

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE PERÚ
William H. Prescott
Antonio Machado Libros
MACHADO LECTUS

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE PERÚ

William H. Prescott

Traducción de
Rafael Torres Pabón

William Hickling Prescott nació el 4 de mayo de 1796 en Salem, Massachusetts, y murió de un paro cardíaco en su casa de Boston el 29 de enero de 1859. Está reconocido como uno de los historiadores norteamericanos más renombrados, principalmente por sus escritos sobre el imperio español.

Sus obras más destacadas, además de esta *Historia de la conquista del Perú,* son: *Historia de la conquista de México* (A. Machado Libros, 2004), *The History of the Reign of Ferdinand and Isabella the Catholic* (1837), *The Life of Charles the Fifth after His Abdication* (1856), y completó solo los tres primeros volúmenes de su *The History of the Reign of Philip the Second* (1855-58).

Prefacio

Las conquistas de México y Perú proporcionan, sin duda, los pasajes más brillantes en la historia de la aventura española en el Nuevo Mundo. Eran los dos estados que combinaban una mayor extensión de su imperio, una política social refinada con un considerable progreso en las artes de la civilización. Lo cierto es que destacan tanto dentro del marco de la historia que el nombre de la una, a pesar del contraste que ofrecen en sus respectivas instituciones, sugiere de la forma más natural el de la otra, y cuando envié a alguien a España para reunir materiales con los que hacer el relato de la conquista de México, incluí en mi búsqueda aquellos relacionados con el Perú.

La mayor parte de los documentos, en ambos casos, se obtuvieron del mismo gran depósito, los archivos de la Real Academia de la Historia de Madrid, una institución a la que se ha encomendado de forma especial la conservación de todo lo que pueda servir para ilustrar los anales de la España colonial. La parte más rica de esta colección es probablemente la que aportan los papeles de Muñoz. Este eminente erudito, el historiador de las Indias, dedicó casi cincuenta años de su vida a amasar materiales para una historia del descubrimiento y la conquista española en América. Para esto, como realizaba su trabajo bajo la autoridad del gobierno, se le proporcionaron todo tipo de facilidades, y tanto las oficinas públicas como los depósitos privados de las principales ciudades del imperio, tanto en casa como a lo largo y ancho de sus posesiones coloniales, se abrieron a su inspección. El resultado fue una magnífica colección de manuscritos, muchos de los cuales transcribió él mismo pacientemente de su puño y letra. Pero no vivió para cosechar los frutos de su perseverante labor. El primer volumen, el que se ocupa de los viajes de Colón, estaba apenas terminado cuando murió, y sus manuscritos, al menos la parte de los mismos relacionada con México y Perú, pasaron a ayudar a otra persona, un habitante del ese Nuevo Mundo al que se referían.

Otro erudito, con cuyos fondos literarios estoy en deuda enormemente, es don Martín Fernández de Navarrete, el recientemente fallecido director de la Real Academia de la Historia. A lo largo de la mayor parte de su larga

vida se dedicó a reunir documentos originales que ilustraran los anales coloniales. Muchos de estos han sido incluidos en su gran obra *Colección de los Viages y Descubrimientos*, que, aunque lejos de haberse realizado bajo el plan original del autor, es de un inestimable valor para el historiador. Siguiendo el hilo de la marcha del descubrimiento, Navarrete se apartó de las conquistas de México y Perú, para mostrar los viajes de sus compatriotas en los mares de las Indias. Cortésmente permitió que se copiaran para mí aquellos de sus manuscritos relacionados con estos dos países. Algunos de ellos han sido entregados posteriormente a la imprenta, bajo los auspicios de sus doctos ayudantes, Salvà y Baranda, vinculados con él en la Academia, pero los documentos que se pusieron en mis manos conforman una contribución enormemente importante a los materiales de esta historia.

La muerte de este ilustre hombre, que tuvo lugar poco después de que se comenzara el presente trabajo, ha dejado un vacío en su país que no será fácil de suplir, ya que estaba dedicado con entrega a las letras y pocos han hecho más por extender el conocimiento de su historia colonial. Lejos de estar dedicado de forma exclusiva a sus propios proyectos literarios, estaba siempre dispuesto a extender su simpatía y ayuda hacia los trabajos de los demás. Su reputación como estudioso se veía acrecentada por las cualidades aún mayores que poseía como hombre, por su benevolencia, su sencillez y su impoluta valía moral. Mis obligaciones para con él son grandes, ya que desde la publicación de mi primer trabajo histórico hasta su última semana de vida, he recibido constantemente pruebas de su más sincero y efectivo interés en la realización de mis trabajos históricos, por lo que en este momento le rindo este merecido tributo a sus deseos, que debería quedar libre de cualquier sospecha de adulación.

Entre aquellos con los que estoy más en deuda por los materiales, debo incluir también el nombre de M. Ternaux-Compans, tan conocido por sus versiones al francés, elegantes y fieles, de los manuscritos de Muñoz, así como la de mi amigo don Pascual de Gayangos, quien bajo la modesta apariencia de una traducción ha proporcionado los comentarios más agudos y sabios sobre la historia árabe, asegurándose el puesto más puntero en esta difícil área de las letras, que ha sido iluminada por los trabajos de un Masdeu, un Casiri o un Conde.

A los materiales que he reunido de estas fuentes he añadido algunos manuscritos de importancia, a partir de la biblioteca de El Escorial. Estos,

que en su mayoría están relacionados con las antiguas instituciones del Perú, forman parte de la espléndida colección de lord Kingsborough, que desgraciadamente ha compartido el destino de la mayoría de las colecciones literarias y ha quedado dispersa después de la muerte de su autor. Estos documentos se los debo a ese laborioso bibliógrafo, Mr. O. Rich, que ahora reside en Londres. Finalmente, no debo omitir mencionar la deuda que tengo, por otras razones, con mi amigo Charles Folsom, Esq., el erudito bibliotecario del Ateneo de Boston, cuyo detallado conocimiento de la estructura gramatical y la correcta variante de nuestra lengua inglesa, me ha permitido corregir muchas incorrecciones en las que había incurrido en la redacción tanto de este como de mis anteriores trabajos.

A partir de estas fuentes diversas he acumulado una gran cantidad de manuscritos, del carácter más variado y de los orígenes más auténticos; concesiones y ordenanzas reales, instrucciones de la Corte, cartas del emperador a los grandes oficiales coloniales, registros municipales, diarios personales y memorandos y una gran masa de correspondencia privada de los principales protagonistas en este turbulento drama. Quizá fue la turbulenta situación del país lo que llevó a una correspondencia más frecuente entre el gobierno en España y los oficiales coloniales. Pero, fuera cual fuera la causa, la colección de materiales manuscritos relacionados con Perú es mayor y más completa que la de los relacionados con México, por lo que prácticamente no hay un rincón o esquina en el camino del aventurero, por muy oscura que sea, sobre el que la correspondencia escrita de la época no haya arrojado alguna luz. El historiador se ha podido quejar más bien del *embarras des richesses*[*], puesto que en la multiplicidad de testimonios contradictorios no siempre es fácil detectar la verdad, ya que es más probable que ante la multiplicación de fuentes de luz cruzadas la vista del espectador quede deslumbrada y confundida.

Esta historia ha sido realizada siguiendo el mismo plan general que en la *Conquista de México* . En un libro introductorio, el libro I, he intentado mostrar las instituciones de los incas, para que el lector pueda entrar en contacto con el carácter y la situación de esta raza, antes de adentrarse en la historia de su conquista. El resto de los libros están dedicados a la narración de la conquista. Y aquí el tema, a pesar de las oportunidades que presenta para desplegar de las características de extraños y románticos acontecimientos y escenarios pintorescos, no proporciona, sin embargo, unas ventajas tan obvias para el historiador como la conquista de México.

La verdad es que pocos temas pueden resistir la comparación con este, tanto para los propósitos del historiador como del poeta. El desarrollo natural de la historia, en ese otro caso, es exactamente lo que está prescrito por las reglas más estrictas del arte. La conquista del país es el gran final que está siempre presente en la mente del lector. Desde el primer desembarco de los españoles, sus posteriores aventuras, sus batallas y negociaciones, su ruinosa retirada, su recuperación y asedio final, todo tiende hacia este gran resultado final, hasta que finalmente la larga serie de eventos se cierra con la caída de la capital. A medida que avanza la historia, todos los movimientos se dirigen lentamente hacia su consumación. Es una épica magnífica en la que la unidad de interés es completa.

En la *Conquista del Perú*, la acción en lo que se refiere a la subyugación de los incas termina mucho antes de que se cierre la narración. El resto se ocupa de las terribles disputas entre los conquistadores que, por su propia naturaleza, parecen incapaces de centrarse alrededor de un punto único de interés. Para conseguirlo debemos mirar más allá del derrocamiento del imperio indio. La conquista de los nativos no es más que el primer paso, al que seguirá la conquista de los españoles los mismos españoles rebeldes, hasta que la supremacía de la Corona se asienta de forma permanente sobre el país. Hasta este momento no se puede decir que se complete la adquisición de este imperio trasatlántico, de tal manera que, fijando la vista en este punto más remoto, se verá que los pasos sucesivos de la narración llevan a un gran resultado y que de esta manera se mantiene la unidad de interés, lo que es casi tan esencial para la composición histórica como para la dramática. Hasta qué punto se haya logrado esto en el presente trabajo lo debe juzgar el lector.

Hasta donde yo sé, los españoles no han intentado hacer ninguna historia de la conquista del Perú basándose en documentos originales y con la aspiración de obtener el crédito de una composición clásica, parecida a la *Conquista de México* de Solís. Los ingleses tienen una de gran valor gracias a la pluma de Robertson, cuyo boceto magistral ocupa el espacio que se merece en su gran trabajo sobre América. Mi objetivo ha sido mostrar esta misma historia con todos sus detalles románticos, no retratar únicamente los rasgos característicos de la conquista, sino rellenar el perfil con el colorido de la vida, para mostrar una representación fiel de la época. Con este propósito he usado con total libertad en la composición del trabajo los materiales manuscritos, he permitido a los protagonistas que hablen tanto

como fuera posible por sí mismos y especialmente he hecho uso frecuente de sus cartas, ya que no hay ningún lugar donde el corazón esté más dispuesto a abrirse que en la libertad de la correspondencia privada. He sacado con liberalidad fragmentos de estas autoridades en las notas, tanto para apoyar el texto como para poner en forma impresa esas producciones de eminentes capitanes y hombres de estado de la época que no son muy accesibles para los mismos españoles.

M. Amédée Pichot, en el prefacio a la traducción francesa de la *Conquista de México*, deduce a partir del plan de composición, que debo haber estudiado cuidadosamente los escritos de su compatriota M. de Barante. El agudo crítico no me hace más que justicia al suponer que estoy familiarizado con los principios de la teoría histórica de este escritor, tan diestramente desarrollada en el prefacio de su *Ducs de Bopurgogne* . Y he tenido la ocasión de admirar la hábil manera en que él mismo ilustra su teoría, construyendo a partir de materiales bastos de tiempos distantes un monumento de genio que nos sitúa de forma instantánea en plena Edad Media, y esto sin la incongruencia que normalmente va unida a una antigüedad moderna. Igualmente, he intentado atrapar la expresión característica de una época distante y mostrarla con la frescura de la vida. Pero en un detalle esencial me he desviado del plan del historiador francés. He permitido que el andamio se quedase una vez construido el edificio. En otras palabras, he mostrado al lector los pasos del proceso gracias al cual he llegado a mis conclusiones. En lugar de exigirle que confiara en mi versión de la historia, he intentado darle una razón para que la creyera, mediante numerosas citas de las autoridades originales y con suficientes notas críticas de las mismas como para explicarle las influencias a las que estaban sometidos. He intentado ponerle en una situación desde la que pueda juzgar él mismo y, por tanto, hacer una revisión y, de ser necesario, contradecir los juicios del historiador. Gracias a esto podrá en cualquier momento estimar la dificultad de llegar a la verdad entre tantos testimonios contradictorios y aprenderá a fiarse poco de los escritores que se pronuncian sobre el misterioso pasado con lo que Fontanelle llama «un terrible grado de certidumbre», un espíritu enormemente opuesto al de la verdadera filosofía de la historia.

Sin embargo, se debe admitir que el cronista que registra los acontecimientos de una época anterior tiene algunas ventajas obvias en la cantidad de materiales manuscritos de los que dispone; las declaraciones de

amigos, rivales y enemigos proporcionan un contrapeso sano entre sí, así como en el curso general de los acontecimientos, ofreciendo el mejor comentario de los verdaderos motivos de las partes. El protagonista, enzarzado en el calor de la contienda, tiene su visión acotada por el círculo que le rodea y su vista cegada por el humo y el polvo de la lucha, mientras que el espectador, cuya vista se extiende por el campo desde un punto mucho más alto y distante, a pesar de que los objetos concretos puedan perder algo de su colorido, goza de una perspectiva de todas las operaciones sobre el campo. Parecería paradójicamente que un escritor posterior podría encontrar la misma verdad basándose en el testimonio de los coetáneos que los mismos escritores de la época.

Antes de terminar estos comentarios, me he permitido añadir algunas notas de carácter personal. En algunas reseñas extranjeras sobre mis escritos se dice que el autor es ciego y más de una vez se me ha achacado haber perdido la vista en la composición de mi primera historia. Al encontrarme con afirmaciones erróneas como estas, me he apresurado a corregirlas, pero la presente ocasión me proporciona el mejor medio para hacerlo, y soy la persona que más desea hacerlo, ya que temo que alguno de mis comentarios en los prefacios a mis anteriores historias hayan llevado a error.

Cuando me encontraba en la Universidad sufrí una lesión en uno de mis ojos, que me privó de la vista en el mismo. El otro se inflamó tan gravemente poco después, que por algún tiempo perdí la vista de este también, y a pesar de que posteriormente la recuperé, el órgano estaba tan dañado que quedó permanentemente debilitado, lo que ha provocado que dos veces en mi vida desde ese momento me haya visto privado de su uso para leer y escribir, por períodos de varios años. Fue durante uno de estos períodos cuando recibí de Madrid los materiales para la *Historia de Isabel y Fernando*, y en mi condición lisiada, rodeado como estaba de mis tesoros trasatlánticos, era como sufrir de hambre en medio de la abundancia. En este estado, decidí dejar que el oído hiciera el trabajo de la vista hasta donde fuera posible. Me procuré los servicios de un secretario que me leyó las diferentes autoridades y con el tiempo me familiaricé tanto con los sonidos de las diferentes lenguas extranjeras (con algunas de las cuales ya me había familiarizado en mis viajes por el extranjero), que podía comprender su lectura sin mucha dificultad. A medida que el lector avanzaba dicté numerosas notas, y cuando estas llegaron a una cantidad considerable, hice que me las leyeran repetidas veces, hasta que había dominado su contenido

lo suficiente para los fines de mi composición. Las mismas notas proporcionaron un método fácil de referencia para apoyar el texto.

Sin embargo, apareció otra dificultad en el trabajo mecánico de escribir, que resultó ser una ardua tarea para mi vista. Esto se remedió con la utilización de una caja de escritura como las que usan los ciegos, lo que me permitió trasladar mis pensamientos al papel sin la ayuda de la vista, sirviéndome igualmente en la oscuridad como con luz. Los caracteres así formados tomaron un cariz cercano a los jeroglíficos, pero mi secretario se convirtió en un experto en el arte de descifrarlos, gracias a lo cual se transcribió una copia pasable, pasando por alto con generosidad los errores inevitables, para la imprenta. He descrito el proceso con más detalle, ya que me han expresado repetidamente la curiosidad en cuanto al *modus operandi* en mi condición de privación y porque el conocimiento de esto puede ayudar a otras personas en circunstancias similares.

Aunque me motivaba el notable progreso de mi trabajo, este era lento por necesidad. Pero con el tiempo la tendencia a la inflamación disminuyó y el ojo se reforzó cada vez más. Con el tiempo quedó tan recuperado que podía leer durante varias horas durante el día, aunque este trabajo terminaba con la luz del día. Tampoco podía pasar sin los servicios de un secretario o sin la caja de escritura, ya que, al contrario de la experiencia habitual, he descubierto que la escritura me resulta mucho más dura que la lectura, algo que no es extensible a la lectura de manuscritos, y, por tanto, para poder revisar mi composición con mayor cuidado, hice que se imprimiera una copia de la *Historia de Isabel y Fernando* para mi propia inspección antes de que fuera enviada a la imprenta. Mi estado de salud estaba muy mejorado como he señalado durante la preparación de la *Conquista de México* y, satisfecho con verme elevado al mismo nivel que el resto de los de mi especie, apenas envidiaba la fortuna aún mayor de aquellos que podían prolongar sus estudios hasta la tarde y las altas horas de la madrugada.

Pero de nuevo ha tenido lugar un cambio en los últimos dos años. La vista de mi ojo se ha visto oscurecida gradualmente, al tiempo que la sensibilidad del nervio ha aumentado tanto que durante varias semanas del último año no he abierto un volumen y a lo largo de todo este tiempo no he podido usar mi vista más que una media de una hora al día. Tampoco me puedo alegrar con la ilusión de que, dañado como ha quedado el órgano de haber sido forzado, probablemente más allá de sus fuerzas, pueda recuperar

su juventud o ser de mucha utilidad de aquí en adelante en mis investigaciones literarias. No puedo decir si tendré el ánimo para adentrarme, como me he propuesto, en un campo nuevo y más extenso de la investigación histórica, con estos impedimentos. Quizá el largo hábito y un deseo natural de continuar una carrera que he desempeñado tanto tiempo hagan esto, en cierto modo, necesario, ya que mi experiencia pasada ha demostrado que es factible.

Con la lectura de esta declaración (me temo que demasiado larga para su paciencia), el lector que sienta alguna curiosidad sobre el asunto comprenderá el alcance real de mis dificultades en mis trabajos históricos. Se admitirá rápidamente que no han sido muy ligeros, cuando se considere que solo he tenido un uso limitado de la vista en su mejor estado y que la mayor parte del tiempo me he visto privado de ella completamente. Sin embargo, las dificultades con las que he tenido que luchar son muy inferiores a las que tiene que enfrentar un ciego. No conozco ningún historiador, que esté con vida, que pueda reclamar la gloria de haber superado obstáculos parecidos, más que al autor de *La Conquête de l'Angleterre par les Normands*, quien, para utilizar su propio lenguaje, bello y conmovedor, «se ha hecho amigo de la oscuridad», y quien une a una profunda filosofía que no requiere más luz que la interior, la capacidad de una investigación amplia y variada que exigiría la aplicación más completa para el estudioso.

Espero que el lector no achaque estas notas en las que ya me he explayado tanto a un indigno egoísmo, sino a su verdadero origen, un deseo de corregir un malentendido al que he dado lugar de forma no intencionada yo mismo y que me ha valido un crédito entre algunos, que no es grato a mis sentimientos por no ser merecido, de haber superado los incalculables obstáculos que se cruzan en el camino de un hombre ciego.

Boston, 2 abril de 1847

Notas al pie

[*] N. del T. En francés en el original.

LIBRO I

Introducción. Visión general de la civilización de los incas

Capítulo I

Aspecto físico del país. Orígenes de la civilización peruana. Imperio de los incas. Familia real. Nobleza

De las numerosas naciones que ocupaban el gran continente americano en el momento de su descubrimiento por parte de los europeos, las dos más avanzadas en cuanto a poder y refinamiento eran indudablemente las de México y Perú. Pero aunque las dos se parecen en cuanto al alcance de la civilización, difieren ampliamente en cuanto a la naturaleza de la misma y puede que un filósofo que estudie sus especies sienta una curiosidad natural por rastrear los diferentes pasos mediante los que estas dos naciones han intentado salir del estado de barbarismo y situarse en un punto superior en la escala de la humanidad. Me he esforzado en un trabajo anterior por mostrar las instituciones y el carácter de los antiguos mexicanos y la historia de su conquista por parte de los españoles. El presente trabajo estará dedicado a los peruanos y, si bien se puede pensar que su historia muestra anomalías menos extrañas y contrastes menos chocantes que la de los aztecas, puede que resulte casi tan interesante por el agradable espectáculo que ofrece de un gobierno bien regulado y unos hábitos sobrios de laboriosidad bajo la patriarcal influencia de los incas.

El imperio de Perú, durante el período de la invasión española, se extendía a lo largo del Pacífico desde más o menos el grado dos norte hasta el grado treinta y siete latitud sur, una línea, también, que describe las fronteras occidentales de las modernas repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Su anchura no puede determinarse fácilmente, ya que aunque

limitada por el gran océano por el oeste, hacia el este se extendía en muchas partes más allá de las montañas, hasta los confines de estados bárbaros, cuya posición exacta no ha sido establecida o cuyos nombres han quedado borrados del mapa de la historia. Sin embargo, es cierto que su anchura estaba en general desproporcionada con su longitud[1].

El aspecto topográfico del país es extraordinario. A lo largo de la costa se extiende una franja de tierra que raras veces excede las veinte leguas de anchura y que está cercada a lo largo de toda su extensión por una colosal línea de montañas, que, avanzando desde el estrecho de Magallanes, alcanza su punto más alto (ciertamente el más alto del continente americano) en el grado diecisiete sur[2], y después de cruzar la línea gradualmente disminuye convirtiéndose en colinas de un tamaño despreciable a medida que se adentra en el istmo de Panamá. Esta es la famosa cordillera de los Andes o las «montañas de cobre»[3], como las llamaban los nativos, aunque con mayor razón podían haber sido llamadas las «montañas del oro». A veces alineadas en una sola línea, más a menudo en dos o tres líneas paralelas y oblicuas, se ofrecen al viajero desde el océano como una sola cadena, al tiempo que los inmensos volcanes, que a la mirada de los habitantes de la meseta semejan bloques solitarios e independientes, se confunden con otros tantos picos dentro de la misma vasta y magnífica cadena. La escala en la que trabaja la naturaleza en estas regiones es tan grande que el espectador solo puede comprender la relación entre las diferentes partes de este formidable conjunto desde una gran distancia. Ciertamente, pocos trabajos de la naturaleza pueden provocar impresiones más sublimes que el aspecto de esta costa, a medida que se despliega ante la vista del marinero que navega en las aguas distantes del Pacífico, donde se ven montañas superponerse a montañas, y el Chimborazo, con su glorioso dosel de nieve, brillando a lo lejos sobre las nubes, coronando el conjunto con su diadema celestial[4].

La superficie del país parece especialmente desfavorable tanto para la agricultura como para la comunicación interna. La franja arenosa a lo largo de la costa, donde nunca llueve, tan solo la riegan unos escasos arroyos, que ofrecen un chocante contraste con las enormes masas de agua que se precipitan por la vertiente oriental hacia el Atlántico. Las escarpadas pendientes de la sierra, con accidentadas laderas de pórfido y granito y sus regiones más altas cubiertas de nieves que no se derriten nunca bajo el fiero sol del ecuador, de no ser por la devastadora acción de sus propios fuegos

volcánicos, parecerían igualmente poco propicias para las labores agrícolas. Además, podría parecer que el carácter salvaje de la región, roto por precipicios, torrentes furiosos y *quebradas*[*] infranqueables (esos terribles cortes en la cadena montañosa cuyas profundidades intenta sondear inútilmente la aterrorizada mirada del viajero a medida que recorre los caminos en el aire), cortarían toda comunicación entre las diferentes partes de este extenso territorio[5], sin embargo, el trabajo, casi sería mejor decir el genio, de los indios fue capaz de superar todos estos impedimentos de la naturaleza.

Gracias a un juicioso sistema de canales y de acueductos subterráneos, abundantes arroyos regaban las desoladas regiones de la costa vistiéndolas de fertilidad y belleza. Sobre las abruptas laderas de la cordillera se levantaron terrazas, y como las diferentes alturas producían el efecto del clima de latitudes diferentes, estas exhibían en una gradación regular todos los tipos de formas vegetales, desde el crecimiento estimulado de los trópicos, a los productos templados de los climas del norte, al tiempo que rebaños de llamas (las ovejas peruanas) vagabundeaban con sus pastores sobre las anchas soledades cubiertas de nieve de las crestas de la sierra, que se elevan por encima de los límites de las zonas cultivables. A lo largo de las regiones inferiores de la meseta se asentó una población industriosa, y las ciudades y aldeas, apiñándose entre huertos y extensos jardines, parecían estar suspendidas en el aire muy por encima de la habitual altura de las nubes[6]. Las relaciones entre estos numerosos asentamientos se mantenían gracias a grandes carreteras que atravesaban los pasos de montaña y establecían una fácil comunicación entre la capital y los extremos más remotos del imperio.

El origen de esta civilización se puede rastrear hasta el valle de Cuzco, la región central del Perú, como su nombre sugiere[7]. El origen del imperio peruano, como el origen de todas las naciones, excepto de las pocas que, como la nuestra, han tenido la buena fortuna de nacer de un período y pueblo civilizado, se pierde en las nieblas de la leyenda, que de hecho se ha asentado de forma tan impenetrable alrededor de su historia como sobre la de todas las naciones, jóvenes o antiguas, del viejo mundo. Según la tradición con la que están más familiarizados los eruditos europeos, hubo un tiempo en que las antiguas razas del continente estaban todas sumergidas en un estado de barbarismo deplorable, en el que adoraban prácticamente cualquier objeto de la naturaleza de forma indiscriminada, en el que la

guerra era su pasatiempo y se daban festines con la carne de los prisioneros sacrificados. El sol, el gran astro y pariente de la humanidad, apiadándose de su degradante condición, envió a sus hijos Manco Capac y Mama Oello Huaco para que organizaran a los nativos en comunidades y les enseñaran las artes de la vida civilizada. Esta pareja celestial, hermano y hermana, esposo y esposa, avanzaron a lo largo de las planicies vecinas al lago Titicaca, sobre el grado dieciséis sur. Con ellos llevaban una cuña de oro y se les ordenó establecer su residencia en el lugar donde el sagrado emblema se hundiera sin esfuerzo en la tierra. Avanzaron como se les había ordenado una corta distancia, hasta el valle de Cuzco, allí quedó indicado el lugar al producirse un milagro, ya que la cuña se hundió rápidamente en la tierra desapareciendo para siempre. Aquí establecieron su residencia los hijos del sol y pronto comenzaron a realizar su benéfica misión entre los rudos habitantes de la tierra: Manco Capac, enseñando a los hombres las artes de la agricultura, y Mama Oello[8], iniciando a su propio sexo en los misterios del tejido y del hilado. La gente sencilla prestó oído de forma voluntaria a los mensajeros del Cielo y, agrupándose a su alrededor en cantidades considerables, plantaron los cimientos de la ciudad de Cuzco. Las mismas máximas sabias y benevolentes que regulaban la conducta de los primeros incas[9], se transmitieron a sus sucesores, y bajo su templado cetro gradualmente se extendió por la ancha superficie de la meseta una comunidad que impuso su autoridad sobre las tribus vecinas. Tal es el agradable retrato sobre el origen de la monarquía peruana, tal y como nos lo muestra Garcilaso de la Vega, descendiente de incas y gracias al cual se popularizó entre los lectores europeos[10].

Pero esta tradición es solo una de entre las que corren entre los indios peruanos y probablemente tampoco es de las más comunes. Otra leyenda habla de ciertos hombres blancos barbados que, avanzando desde las orillas del lago Titicaca, dominaron a los nativos y les impartieron las bendiciones de la civilización. Puede que nos recuerde la tradiciones que existen entre los aztecas con respecto a Quetzalcoatl, el buen dios, quien con un atuendo y un aspecto similar llegó a la gran meseta proveniente del este en una misión igualmente benevolente para con los nativos. La analogía es de lo más notable sobre todo teniendo en cuenta que no hay ningún rastro de comunicación o siquiera conocimiento entre las dos naciones[11].

La fecha que se le ha asignado normalmente a estos extraordinarios hechos es alrededor de unos cuatrocientos años antes de la llegada de los

españoles o a comienzos del siglo XII[12]. Pero por muy grata que sea para la imaginación y por muy popular que sea la leyenda de Manco Capac, no hace falta mucha reflexión para demostrar su inverosimilitud incluso una vez que se la ha despojado de sus añadidos sobrenaturales. Hoy en día existen en las orillas del lago Titicaca unas inmensas ruinas que los mismos peruanos reconocen que son anteriores al pretendido advenimiento de los incas y que les han proporcionado a estos los modelos para su arquitectura[13]. Ciertamente la fecha de su aparición es manifiestamente irreconciliable con su posterior historia. Ninguna relación le asigna a la dinastía inca más de trece príncipes antes de la conquista. Pero este número es demasiado pequeño como para haberse extendido a lo largo de cuatrocientos años y llevaría la fundación de la monarquía, basándose en cualquier cálculo probable, hasta dos siglos y medio, una antigüedad no increíble en sí misma, y que, cosa notable, es tan solo medio siglo posterior a la fecha que se alega para la fundación de la capital de México. La ficción de Manco Capac y de su hermana mujer fue inventada, sin duda, en un período posterior, para gratificar la vanidad de los monarcas peruanos y para sancionar aún más su autoridad remontándola a un origen celestial.

Podemos concluir razonablemente que en el país existía una raza avanzada en la civilización antes de la época de los incas y, de acuerdo prácticamente con todas las tradiciones, podemos rastrear esa raza hasta la vecindad del lago Titicaca[14], una conclusión fuertemente confirmada por los imponentes restos arquitectónicos que todavía permanecen, después de tantos años, en sus orillas. Quiénes eran esta raza y de dónde venían puede proporcionar un tentador tema para la investigación del anticuario especulativo. Pero es un territorio oscuro que se encuentra más allá del dominio de la historia[15].

Las mismas nieblas que penden sobre el origen de los incas se mantienen sobre los posteriores anales, y los registros que empleaban los peruanos eran tan imperfectos y tan confusas y contradictorias sus tradiciones, que el historiador no encuentra una base firme donde apoyarse hasta el siglo de la conquista española[16]. Al principio, el progreso de los peruanos parece haber sido lento, casi imperceptible. Gracias a su política sabia y moderada, gradualmente se impusieron sobre las tribus vecinas, al convencerse cada vez más estas últimas de los beneficios de un gobierno justo y bien regulado. A medida que se hicieron más poderosos, pudieron depender de

forma más directa de la fuerza, pero aún avanzaban bajo la cobertura de los mismos pretextos benéficos que utilizaban sus predecesores, proclamaban la paz y la civilización a punta de espada. Las rudas naciones del país, sin un principio de cohesión entre ellas, cayeron una tras otra ante el brazo victorioso de los incas. Sin embargo, no fue hasta mediados del siglo XV cuando el famoso Topa Inca Yupanqui, abuelo del monarca que ocupaba el trono a la llegada de los españoles, guio sus ejércitos a través del terrible desierto de Atacama y, penetrando en las regiones sureñas de Chile, estableció la frontera permanente de sus dominios en el río Maule. Su hijo, Huayna Capac, que poseía una ambición y un talento militar comparable al de su padre, marchó por la cordillera hacia el norte, continuando sus conquistas más allá del ecuador, incorporando el poderoso reino de Quito al imperio de Perú[17].

La antigua ciudad de Cuzco, mientras tanto, había ido avanzando gradualmente en riqueza y población, hasta convertirse en la digna metrópolis de una monarquía grande y floreciente. Estaba asentada en un bello valle en una región elevada del altiplano, que en los Alpes hubiera estado enterrado por las nieves eternas, pero entre los trópicos disfrutaba de una temperatura agradable y salubre. Hacia el norte estaba defendida por una elevada prominencia, un ramal de la gran cordillera, y la ciudad la atravesaba un río o, mejor dicho, un pequeño arroyo sobre el que se extendían puentes de madera con pesadas losas de piedra, que proporcionaban un cómodo medio de comunicación con la orilla opuesta. Las calles eran largas y estrechas, las casas bajas y las más pobres estaban construidas de arcilla y juncos. Pero Cuzco era la residencia real y estaba adornada con inmensas moradas de la gran nobleza. Hoy todavía están incorporados a los edificios modernos enormes fragmentos que testimonian el tamaño y la solidez de los antiguos[18].

Se promovía la salud de la ciudad con espaciosos lugares abiertos y plazas en las que la numerosa población de la capital y de la región circundante se reunía para celebrar las grandes celebraciones de su religión. Porque Cuzco era la «Ciudad Santa»[19], y el gran templo del sol, al que se dirigían los peruanos desde las fronteras más lejanas del imperio, era la construcción más magnífica del nuevo mundo, y probablemente ningún edificio del viejo la superaba en lo costoso de su decoración.

Hacia el norte, en la sierra o abrupta prominencia que ya hemos señalado, se elevaba una poderosa fortaleza, cuyos restos provocan la admiración del

viajero por su inmenso tamaño[20]. Estaba defendida por una única muralla de gran espesor y de mil doscientos pies de largo en el lado que enfrentaba la ciudad, donde el terreno accidentado era ya en sí mismo suficiente para su defensa. En la otra parte, donde era menos difícil acercarse, estaba protegida por otros dos muros semicirculares de la misma longitud que el anterior. Estaban separados uno de otro y de la fortaleza por una considerable distancia y el terreno intermedio se elevaba de tal manera que los muros proporcionaban un parapeto para las tropas estacionadas allí, en caso de ataque. La fortaleza se componía de tres torres, separadas una de la otra. Una pertenecía al inca y estaba decorada con una suntuosa decoración propia de una residencia real, más que de un puesto militar. Las otras dos estaban ocupadas por una guarnición, que se reclutaba entre los nobles peruanos y era comandada por un oficial de sangre real, ya que la posición era demasiado importante como para confiarse a manos inferiores. La colina estaba excavada bajo las torres y varias galerías subterráneas las comunicaban con la ciudad y con los palacios del inca[21].

La fortaleza, los muros y las galerías estaban todas construidas de piedra, y sus pesadas masas no estaban colocadas de forma regular, sino dispuestas de tal manera que las pequeñas rellenaban los intersticios entre las grandes. Formaban una especie de trabajo rústico, bastamente tallado excepto en los bordes, donde el tallado era fino y, a pesar de que no se utilizaba cemento, los diferentes bloques estaban ajustados con tanta exactitud y tan cerrados que era imposible introducir la hoja de un cuchillo entre ellas[22]. Muchas de estas rocas eran de gran tamaño, algunas tenían más de treinta y ocho pies de longitud por dieciocho de ancho y seis pies de grosor[23].

Nos llena de asombro cuando reflexionamos sobre el hecho de que estas enormes masas habían sido extraídas de su cuenca natural y talladas por gente que ignoraba el uso del hierro, que se obtenían de canteras que se encontraban a quince leguas de distancia[24], sin la ayuda de bestias de carga se transportaban a través de ríos y cañadas, se subían hasta la elevada posición de la sierra y finalmente se ajustaban allí con la mayor precisión, sin el conocimiento de las herramientas y la maquinaria con la que está familiarizado el europeo. Se dice que se emplearon veinte mil hombres en esta gran construcción y que tardaron cincuenta años en construirla[25]. Fuera como fuere, podemos ver en las obras el funcionamiento de un despotismo que tenía las vidas y las fortunas de sus vasallos a su completa disposición y

que, por muy suave que fuera su carácter en general, consideraba a estos vasallos, cuando estaban trabajando para él, como animales de los que servían como sustitutos.

La fortaleza de Cuzco era una parte del sistema de fortificaciones establecido a lo largo de los dominios del inca. Este sistema era un rasgo prominente de su política militar, pero, antes de entrar en este tema, sería adecuado dar al lector una visión de conjunto de sus instituciones civiles y de su forma de gobierno.

El cetro de los incas, si podemos confiar en sus historiadores, pasó en sucesión ininterrumpida de padre a hijo, a través de toda la dinastía. Pensemos lo que pensemos de esto, parece probable que el derecho de sucesión pudiera ser reclamado por el hijo mayor de la *coya*, o reina legítima, como se la conocía, para distinguirla de la hueste de concubinas que compartían los afectos del soberano[26]. Además, la reina era distinguida, al menos en los últimos reinados, por el hecho de ser seleccionada de entre las hermanas del inca, una disposición que, por muy repugnante que sea para la mente de las naciones civilizadas, merecía aceptación entre los peruanos para asegurarse un heredero al trono de pura sangre real de procedencia divina, no contaminada con mezcla terrenal[27].

En estos primeros años, la descendencia real se confiaba al cuidado de amautas, u «hombres sabios», como eran llamados los profesores de la ciencia peruana, que les instruían en los conocimientos que poseían y especialmente en el pesado ceremonial de su religión, en el que tendrían que tomar un papel principal. Se prestaba gran cuidado a su educación militar, de gran importancia en un estado que, a pesar de su profesión pacífica y de buena voluntad, siempre estaba en guerra para la adquisición de imperio.

En esta escuela militar se le educaba con los nobles incas que fueran más cercanos a su edad, ya que el nombre sagrado de inca, una fructífera fuente de oscuridad en sus anales, se aplicaba indistintamente a todos los que descendían por vía paterna del fundador de la monarquía[28]. A la edad de dieciséis años los pupilos pasaban un examen público, previo a su admisión en lo que se puede llamar una orden de caballería. Esta prueba la llevaban a cabo algunos de los incas más ancianos y más ilustres. Se exigía a los candidatos que demostraran su fuerza en los ejercicios atléticos del guerrero, en la lucha, en el boxeo y en carreras de larga distancia que ponían a prueba su agilidad y su fuerza, en duros ayunos de varios días y en

combates mímicos, en los que, a pesar de que las armas estaban romas, siempre acababan con heridas y a veces con la muerte. Durante estas pruebas, que duraban treinta días, el neófito real estaba en las mismas condiciones que sus camaradas, durmiendo en el suelo desnudo, sin calzado y llevando una pobre vestimenta, un modo de vida, se suponía, que le inspiraría más compasión por los desposeídos. Con toda esta muestra de imparcialidad, sin embargo, probablemente no sería hacer una injusticia a los jueces el suponer que una discreta diplomacia puede haber azuzado en cierto modo su percepción de los méritos reales del heredero.

Una vez finalizado este período, los candidatos que eran considerados dignos de los honores de la bárbara caballería eran presentados ante el soberano, quien condescendía a participar con un papel principal en la ceremonia de inauguración. Comenzaba con un breve discurso, en el que, tras felicitar a los jóvenes aspirantes por la maestría que habían mostrado en los ejercicios marciales, les recordaba las responsabilidades que iban unidas a su nacimiento y su posición y se dirigía a ellos afectuosamente como «hijos del sol», les exhortaba a imitar a su gran progenitor en la gloriosa carrera en beneficio a la humanidad. Los novicios entonces se acercaban al inca y este, después de que se hubieran arrodillado uno a uno ante él, les perforaba la oreja con una aguja de oro que se dejaba ahí hasta que se hubiera hecho una apertura lo suficientemente grande para los enormes pendientes propios de su orden y que les valieron entre los españoles el nombre de *orejones*[29]. Este ornamento era tan grande en las orejas del soberano, que deformaba el cartílago hasta hacerle casi llegar a los hombros, produciendo lo que parecía una monstruosa deformidad a los ojos de los europeos, aunque bajo la mágica influencia de la moda era tenido por belleza entre los nativos.

Una vez realizada esta operación, uno de los nobles más venerados calzaba los pies de los candidatos con las sandalias que vestía la orden, lo que nos recuerda la ceremonia de abrochar las espuelas del caballero cristiano, tras lo que se les permitía vestirse la faja alrededor de los riñones, lo que correspondería a la *toga virilis* de los romanos dando a entender que habían alcanzado la mayoría de edad. Se adornaban con guirnaldas de flores, que con los diferentes colores constituían los emblemas de la clemencia, de la bondad que debería adornar el carácter de todo verdadero guerrero, así como las hojas de una planta perenne que se mezclaban con las flores para mostrar que estas virtudes deberían durar sin fin[30]. La cabeza

del príncipe se adornaba además con una cinta u orla decorada con borlas, de color amarillo, elaborada con finos hilos de la lana de vicuña, que rodeaba la frente como insignia del heredero. Después aparecía el gran cuerpo de la nobleza inca, y todos, comenzando por los más cercanos en la línea familiar, se arrodillaban ante el príncipe y le rendían homenaje como sucesor de la Corona. Toda la asamblea se trasladaba después a la gran plaza de la capital, donde se cerraba esta importante ceremonia del *huaracu* con cantes y bailes[31].

El lector quedará menos sorprendido con el parecido que esta ceremonia tiene con el nombramiento de un caballero cristiano en la época feudal si reflexiona sobre el hecho de que se puede contemplar una analogía similar en las instituciones de otros pueblos más o menos civilizados y que es algo natural que naciones que se dedican al gran negocio de la guerra establecieran un período en el que terminaba la preparación, con una ceremonia de características similares.

Después de haber pasado honrosamente esta ordenación, el heredero era ya digno de sentarse en los consejos de su padre y se le encomendaban cargos en casa, o más a menudo era enviado fuera en expediciones distantes para practicar en el campo las lecciones que hasta entonces había estudiado únicamente en un escenario de guerra simulada. Sus primeras campañas se realizaban bajo la vigilancia de renombrados comandantes que habían encanecido sirviendo a su padre, hasta que una vez adquirida experiencia con los años, se le ponía al mando en persona y, como Huayna Capac, el último y más ilustre de su linaje, llevaba la bandera del arco iris, la divisa de su casa, lejos de sus fronteras, entre las remotas tribus del altiplano.

El gobierno de Perú era un despotismo, de características suaves, pero puro y sin atenuantes en las formas. El soberano se encontraba a una distancia inconmensurable por encima de sus súbditos. Ni siquiera los más orgullosos de entre la nobleza inca, que podían reclamar la misma procedencia divina que el inca, se atrevían a entrar en presencia real sin antes descalzarse y cargar un ligero peso sobre sus hombros en señal de homenaje[32]. Como representante del sol estaba a la cabeza de los sacerdotes y presidía las fiestas religiosas más importantes[33]. Organizaba ejércitos y normalmente los mandaba en persona. Imponía impuestos, dictaba leyes y hacía posible su aplicación, nombrando jueces a los que destituía a placer. Era la fuente de donde todo fluía, toda dignidad, todo poder y todo

emolumento. Él mismo era, en pocas palabras, en la bien conocida frase del déspota europeo, «el Estado»[34].

El inca reivindicaba su origen superior adoptando una pompa en su modo de vida bien calculada para imponerse sobre su pueblo. Su vestido era de la lana más fina de vicuña, ricamente teñido y adornado con una profusión de oro y piedras preciosas. Alrededor de su cabeza se ceñía un turbante de pliegues multicolores, llamado *llautu*, y colocada sobre este llevaba una orla adornada de borlas, como la que llevaba el príncipe, aunque de color escarlata, con dos plumas de un pájaro raro y curioso, llamado *coraquenque*, lo que conformaba la insignia de la realeza. Los pájaros de los que se sacaban estas plumas se encontraban en una zona desértica entre las montañas y estaba castigado con la muerte cazarlos o atraparlos, ya que se reservaban para el uso exclusivo de proporcionar el adorno de la cabeza de la realeza. Cada monarca sucesivo era obsequiado con un par de estas plumas y sus crédulos súbditos creían profundamente que tan solo habían existido dos individuos de la especie para proporcionar el simple adorno para la diadema de los incas[35].

A pesar de que el monarca se encontraba tan por encima de sus súbditos, condescendía a mezclarse de vez en cuando con ellos y se preocupaba personalmente de inspeccionar la condición de las clases más humildes. Presidía algunas celebraciones religiosas y en estas ocasiones invitaba a los grandes nobles a su mesa y les halagaba a la manera de las naciones más civilizadas, bebiendo a la salud de aquellos a los que más quería honrar[36].

Pero el modo más efectivo que tenían los incas de comunicarse con su pueblo eran sus viajes ceremoniales por el imperio. Estos tenían lugar a intervalos de varios años, con gran pompa y magnificencia. El palanquín, o litera, en el que viajaban, ricamente estampado con oro y esmeraldas, iba protegido por una numerosa escolta. Los hombres que la transportaban a hombros provenían de dos ciudades, especialmente designadas para este propósito. Era un puesto que nadie debía codiciar si, como se afirma, una caída se castigaba con la muerte[37]. Viajaban con rapidez y facilidad, deteniéndose en los *tambos*, o posadas, que el gobierno había levantado a lo largo de la ruta, y de vez en cuando en los palacios que en las grandes ciudades proporcionaban amplio acomodo para todo el séquito del monarca. Las nobles calzadas que atravesaban el altiplano estaban llenas de gente a los lados que quitaban las piedras y los rastrojos de su superficie, esparciendo flores de dulces esencias y compitiendo unos con otros en la

tarea de cargar con el equipaje de un pueblo a otro. El monarca se detenía de tiempo en tiempo para escuchar las quejas de sus súbditos, o para decidir algunos puntos que habían sido remitidos a su decisión por los tribunales regulares. A medida que el principesco séquito seguía su camino a lo largo de los pasos de montaña, todos los lugares estaban llenos de espectadores ansiosos por ver un momento a su soberano, y cuando levantaba las cortinas de su litera y se mostraba a sus ojos, el aire se llenaba de aclamaciones que invocaban las bendiciones del cielo sobre su cabeza[38]. La tradición conmemoraba durante mucho tiempo los lugares en los que se había detenido y el pueblo sencillo del país los reverenciaba como lugares consagrados por la presencia del inca[39].

Los palacios reales estaban construidos a una escala magnífica y, lejos de quedarse confinados a la capital o a unas pocas ciudades principales, estaban esparcidos por todas las provincias del vasto imperio[40]. Los edificios eran bajos, pero cubrían una amplia extensión de terreno. Algunas de las habitaciones eran espaciosas, pero generalmente eran pequeñas y no tenían comunicación unas con otras, excepto la que se abría a la plaza o patio común. Los muros estaban hechos de piedras de varios tamaños, como las descritas en la fortaleza de Cuzco, bastamente talladas, aunque delicadamente trabajadas en la línea de juntura, que prácticamente era invisible. Los techados eran de madera o de juncos y han perecido bajo la ruda mano del tiempo, que ha mostrado más respeto por los muros de los edificios. El conjunto parece haber estado caracterizado por la solidez y la fuerza, antes que por cualquier intento de elegancia arquitectónica[41].

Pero la falta de elegancia que hubiera en el exterior de las moradas imperiales quedaba ampliamente compensada en el interior, donde toda la opulencia de los príncipes peruanos se desplegaba ostentosamente. Las paredes de las habitaciones estaban espesamente cubiertas de adornos de oro y plata. En las paredes había nichos llenos con imágenes de animales y plantas delicadamente trabajados con los mismos materiales costosos, e incluso gran parte de los muebles, incluyendo los utensilios dedicados a los fines más nimios, ¡desplegaban la misma magnificencia desbocada![42]. Con toda esta maravillosa decoración se mezclaban telas ricamente teñidas de la delicada lana peruana, que poseían una textura tan bella que los soberanos españoles, con todos los lujos de Europa y Asia a su alcance, no desdeñaban usar[43]. La casa real constaba de un ejército de sirvientes, que venían de las

ciudades y pueblos vecinos, que, como en México, estaban obligados a suministrar el combustible y otras necesidades para el consumo del palacio.

Pero la residencia favorita de los incas se encontraba en Yucay, a unas cuatro leguas de distancia de la capital. En este delicioso valle, rodeado por los amables brazos de la sierra, que le protegían de las crudas brisas del este y le refrescaban con manantiales y arroyos de agua, construyeron el más bello de sus palacios. Aquí les encantaba retirarse cuando estaban cansados del polvo y los trabajos de la ciudad y distraerse con la compañía de sus concubinas preferidas, andando entre los setos de jardines aéreos que esparcían alrededor sus suaves y embriagadores olores y embotaban los sentidos con un reposo voluptuoso. Aquí también les encantaba relajarse en el lujo de sus baños, rellenos con arroyos de agua cristalina que se llevaba a través de canales de plata subterráneos hasta pilas de oro. Los espaciosos jardines estaban provistos de una enorme variedad de plantas y flores que crecían sin esfuerzo en esta región *templada* de los trópicos, al tiempo que se plantaban a sus lados parterres de las plantas más extraordinarias, que brillaban con todas las formas de la vida vegetal ¡artísticamente imitadas en oro y plata! Entre ellas se conmemora especialmente el maíz, el más bello de los granos americanos, y se ha señalado un minucioso trabajo en el que el grano dorado estaba medio abierto entre anchas hojas de plata y la ligera borla del mismo material que flotaba graciosamente desde su parte superior[44].

Si esta deslumbrante escena hace tambalearse la fe del lector, este debe reflexionar que las montañas peruanas estaban repletas de oro, que los nativos conocían el arte de explotar las minas hasta un nivel considerable, que ninguna parte del metal era posteriormente convertida en moneda y que toda ella pasaba a las manos del soberano para su uso exclusivo, tanto para propósitos de utilidad como de ornamento. Es cierto que no hay hecho mejor atestiguado por los mismos conquistadores, que tenían amplios medios de información y ningún motivo para engañar. Los poetas italianos, en sus maravillosas descripciones de los jardines de Alvina y Morgana, se acercaron a la verdad más de lo que imaginaban.

Es razonable que provoque nuestra sorpresa el hecho de considerar que la riqueza que desplegaban los príncipes peruanos era únicamente la que había amasado él mismo. No debía nada a la herencia de sus predecesores. A la muerte de un inca, sus palacios eran abandonados, todos sus tesoros, excepto los que se utilizaban en sus exequias, sus muebles y atavíos,

permanecían tal y como los había dejado, y sus mansiones, excepto una de ellas, eran cerradas para siempre. El nuevo soberano se proporcionaba a sí mismo todo lo que necesitaba para su nueva situación real. La razón de esto era la creencia popular de que el alma del monarca ido regresaría para reanimar su cuerpo en la tierra y deseaban que encontrara todo tal cual lo había dejado en vida, preparado para su recepción[45].

Cuando moría un inca, o para usar sus propias palabras, «era llamado a las mansiones de su padre el sol»[46], sus exequias se celebraban con gran pompa y solemnidad. Se le sacaban los intestinos al cuerpo y se depositaban en el templo de Tampu, a unas cinco leguas de la capital. Una parte de su vajilla y joyas era enterrada con ellos y un número de sus sirvientes y concubinas favoritas, que a veces, según se dice, ascendían a mil, se inmolaban en su tumba[47]. Algunos mostraban la natural repugnancia al sacrificio que a veces muestran las víctimas de una superstición parecida en la India, pero estos probablemente se trataba de los sirvientes y los ayudantes más humildes, ya que se sabe de mujeres que más de una vez se han inmolado cuando se les ha impedido testimoniar su fidelidad con este acto de martirio conyugal. Esta triste ceremonia iba seguida de un luto general por todo el imperio. En momentos establecidos del año, el pueblo se reunía para renovar sus muestras de dolor, se hacían procesiones, desplegando la insignia del monarca desaparecido y se nombraba a bardos y trovadores para que relataran sus hazañas, y sus canciones continuaban oyéndose en las grandes celebraciones en presencia del monarca reinante, estimulando de esta manera a los vivos con el glorioso ejemplo de los muertos[48].

El cuerpo del finado inca era embalsamado habilidosamente y llevado al gran templo del sol en Cuzco. Allí, el soberano peruano, al entrar en el terrible santuario, podía contemplar las efigies de sus ancestros reales, dispuestos en filas opuestas, los hombres a la derecha y sus reinas a la izquierda del gran astro que resplandecía con el refulgente oro de las paredes del templo. Los cuerpos, cubiertos con los principescos atuendos que acostumbraban a vestir, se colocaban en sillas de oro y se les sentaba con las cabezas inclinadas hacia el suelo y las manos plácidamente cruzadas sobre el pecho; sus rostros mostraban su habitual tono oscuro, menos predispuesto al cambio que el colorido más fresco de la tez europea, y su cabello de un negro de ala de cuervo, o plateado, dependiendo de la edad a la que hubieran muerto. Parecía una compañía de solemnes adoradores

dispuestos para la devoción, tan conservadas estaban sus formas y los rasgos de la vida. Los peruanos tuvieron tanto éxito en el miserable intento de perpetuar la existencia del cuerpo más allá de los límites establecidos por la naturaleza como los egipcios[49].

Conservaban una ilusión aún más extraña en las atenciones que seguían prestando a estos restos insensibles, como si estuvieran vivos. Una de las casas que pertenecía al inca finado se mantenía abierta y era ocupada por su guardia y sus ayudantes, con toda la pompa necesaria propia de la realeza. En ciertas festividades, los reverenciados cuerpos de sus soberanos se sacaban con gran ceremonia a la plaza pública de la capital. Los capitanes de la guardia de los respectivos incas enviaban invitaciones a los nobles y oficiales de la corte y se ofrecían banquetes en nombre de sus amos, que desplegaban toda la profusa magnificencia de sus tesoros y «había un despliegue tal», dice un antiguo cronista, «en la plaza de Cuzco en esta ocasión, de cubertería de oro y plata y de joyas como no ha presenciado ninguna otra ciudad del mundo»[50]. El banquete era servido por los criados de los respectivos anfitriones y los invitados participaban del triste brindis en presencia del fantasma real con el mismo respeto a las formas de la cortesía y la etiqueta que si lo presidiera el monarca en vida[51].

La nobleza de Perú estaba formada por dos órdenes, la primera, y con mucho la más importante, era la de los incas, quienes podían enorgullecerse de una ascendencia común con el soberano, vi- vían, por así decirlo, en la luz reflejada de su gloria. Como los monarcas peruanos se permitían el derecho de la poligamia hasta un punto muy liberal, dejando tras ellos familias de hasta doscientos hijos[52], los nobles de sangre real, aunque solo incluía los descendientes en línea paterna, con el curso de los años se hicieron muy numerosos[53]. Estaban divididos en diferentes linajes cada uno de los cuales rastreaba su pedigrí hasta un miembro diferente de la dinastía real, aunque todos terminaban en el divino fundador del imperio.

Se les distinguía con muchos privilegios exclusivos y muy importantes: vestían un traje especial, hablaban, si debemos creer al cronista, un dialecto propio[54] y disponían de la parte más selecta del dominio público para mantenerse. Vivían en su mayor parte en la corte, cerca del príncipe, participando en sus consejos, cenando en su mesa o abasteciéndose de ella. Tan solo ellos podían entrar en los puestos importantes del sacerdocio. Se les daba el mando de ejércitos y de guarniciones distantes, se les ponía al

mando de provincias y, en pocas palabras, desempeñaban todos los cargos de alta confianza y estipendio[55]. Incluso las leyes, severas en general, parecían no haberse hecho para ellos, y el pueblo que investía a toda la orden de una parte del carácter sagrado propio del soberano, tenía a los nobles incas por incapaces de delinquir[56].

La otra orden de la nobleza eran los *Curacas*, los caciques de las naciones conquistadas o sus descendientes. Normalmente se les permitía que continuaran gobernando en las provincias donde estaban, aunque se les exigía que visitaran la capital de vez en cuando y que dejaran que sus hijos fueran educados allí como muestra de su lealtad. No es fácil definir la naturaleza y el alcance de sus privilegios. Tenían más o menos poder, de acuerdo con su patrimonio y el número de sus vasallos. Su autoridad normalmente se transmitía de padre a hijo, aunque a veces el sucesor era elegido por el pueblo[57]. No ocupaban los puestos más altos del estado ni los más cercanos al soberano, como los nobles de sangre. Su autoridad parece haber sido generalmente local y siempre subordinada a la jurisdicción territorial de los grandes gobernadores de la provincia, que eran elegidos de entre los incas[58].

Ciertamente la nobleza inca era la que constituía la verdadera fuerza de la monarquía peruana. Unida a su príncipe por lazos consanguíneos, tenían simpatías comunes y, hasta un punto considerable, intereses comunes a él. Se distinguían del resto de la comunidad por un atuendo y una insignia especiales, así como por el lenguaje y la sangre. Nunca se mezclaban con las otras tribus y naciones que se habían incorporado a la gran monarquía peruana. Tras un lapso de siglos, seguían manteniendo su peculiaridad como una gente especial. Para las razas conquistadas del país eran lo mismo que los romanos para las hordas bárbaras del imperio, o los normandos para los antiguos habitantes de las islas británicas. Apiñándose en torno al trono, formaban una falange invencible que lo protegía igualmente de la conspiración secreta como de la insurrección abierta. A pesar de vivir principalmente en la capital, también se distribuían por todo el país en todas las clases altas y poderosos puestos militares, estableciendo de esta manera comunicación con la corte, lo que permitía al soberano actuar simultáneamente y con efectividad en las partes más distantes de su imperio. Poseían además una preeminencia intelectual que les daba autoridad sobre el pueblo no menos que su alta posición. Los cráneos de la raza inca demuestran una decidida superioridad sobre las otras razas de la

tierra en poderío intelectual[59], y no se puede negar que era la fuente de una civilización y una política social peculiar, que elevó a la monarquía peruana por encima de cualquier otro estado en Sudamérica. De dónde vino esta notable raza y cuál fue su historia primigenia son preguntas que se encuentran entre esos misterios que nos encontramos tan frecuentemente en las crónicas del nuevo mundo y que el tiempo y los anticuarios han hecho tan poco para explicar.

Notas al pie

[1] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 65.–Cieza de León, *Crónica del Perú* (Anvers, 1554), cap. 41.–Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales* (Lisboa, 1609), parte I, lib. I, cap. 8. Según esta última autoridad, el imperio, en su momento de mayor anchura, no excedía de ciento veinte leguas. Pero la geografía no resiste la crítica.

[2] Según Malte-Brun, las cimas más elevadas de esta cadena montañosa las encontramos por debajo del ecuador (*Universal Geography*, traducción inglesa, libro 86). Pero mediciones más recientes han mostrado que se encuentra entre los grados quince y diecisiete sur, donde se eleva la Nevada de Sorata hasta la inmensa altura de 25.250 pies y el Ilimani hasta los 24.300.

[3] Al menos la palabra *anta*, que se ha pensado que proporcionaba la etimología de Andes, significaba «cobre» en la lengua peruana. Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 15.

[4] Humboldt, *Vues des Cordillères et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amerique* (París, 1810), p. 106. Malte-Brun, libro 88.

Los escasos apuntes que nos ha ofrecido M. de Humboldt del paisaje de las cordilleras, que evidencian tanto la mano de un gran pintor como la de un filósofo, nos hace lamentar aún más que no nos haya ofrecido los resultados de sus observaciones en esta interesante región de forma tan minuciosa como lo hizo con respecto a México.

[*] En español en el original. (N. del T.)

[5] «Estas quebradas son tan profundas», dice M. de Humboldt, con su habitual viveza en los ejemplos, «que si el Vesubio o el Puy de Dôme se asentaran en su base, no se elevarían por encima del nivel de las crestas de la sierra vecina». *Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amerique*, p. 9.

[6] Las planicies de Quito se encuentran a una altitud de entre nueve mil y diez mil pies sobre el nivel del mar (véase Condamine, *Journal d'un Voyage à L'Equateur*, París, 1751, p. 48). Hay otros valles o mesetas en este vasto grupo de montañas que alcanzan alturas superiores.

[7] «*Cuzco*, en la lengua de los incas significa *ombligo* », dice Garcilaso. *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 18.

[8] Mama entre los peruanos significaba «madre» (Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. I). La identidad de esta palabra con la que utilizan los europeos es una curiosa coincidencia. Sin embargo, es poco menos sorprendente que la de la correspondiente palabra *papa*, que entre los antiguos mexicanos indicaba un sacerdote de alto rango, que nos recuerda al uso de «papa» entre los italianos. En ambas, el término parece incluir en su sentido más amplio la relación paternal en que se utiliza de forma más familiar entre la mayor parte de las naciones europeas. Tampoco su uso se limita a los tiempos modernos, ya que se aplicaba de la misma manera tanto por los griegos como por los

romanos. Π΄αππαφ΄ιλε, dice Nausikaa dirigiéndose a su padre en una lengua sencilla que los versificadores modernos han considerado demasiado sencilla como para traducir literalmente.

9 *Inca* significaba *Rey* o *Señor* . *Capac* significaba *grande* o *poderoso* . Se aplicó a varios sucesores de Manco, de la misma manera que el epíteto Yupanqui, que significaba rico en todas las virtudes, se añadía a los nombres de los diferentes incas (Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 41.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 17). Las buenas cualidades que conmemoran los sobrenombres de la mayoría de los príncipes peruanos proporcionan un honroso tributo, aunque no del todo libre de sospecha, a la excelencia de su carácter.

10 *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, caps. 9-16.

11 Estas distintas tradiciones, todas ellas de carácter bastante pueril, se pueden encontrar en Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. I.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 105.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Declaración de los Presidentes é Oidores de la Audiencia Real del Perú*, manuscrito –todas ellas autoridades coetáneas a la conquista–. La historia de los hombres blancos barbudos se puede encontrar en la mayoría de sus leyendas.

12 Algunos escritores lo llevan hasta 500 o 550 años antes de la invasión española (Balboa, *Histoire du Perou*, cap. I.–Velasco, *Histoire de Royaume de Quito*, tom. I, p. 81. Ambos auct. Ap. *Relations et Mémoires Originaux pour servir à l'Histoire de la Découverte de l'Amérique, par Ternaux Compans*, París, 1840). En el informe de la Audiencia Real de Perú, el período se sitúa con más modestia en 200 años antes de la conquista. *Declaración de los Presidentes é Oidores de la Audiencia Real del Perú*, manuscrito.

13 «Otras cosas ay mas que decir deste Tiguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mi tengo esta antigualla por la mas antigua de todo Peru. Y assi se tiene que antes q los Ingas reynassen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar a Indios, que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se vee en este pueblo.» (Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 105.) Véase también Garcilaso (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. I), quien ofrece una relación de estos restos basándose en la autoridad de un eclesiástico español, que se puede comparar por lo maravilloso con cualquiera de las leyendas de su orden. Herrera señala otras ruinas de una antigüedad tradicional similar (*Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Madrid, 1730, dec. 6, lib. 6, cap. 9). McCulloh, en algunas sensatas reflexiones sobre el origen de la civilización peruana, defiende, basándose en la autoridad de Garcilaso de la Vega, el famoso templo de Pachacamac, no muy lejos de Lima, como un ejemplo de arquitectura más antigua que la de los incas (*Researches, Philosophical an Antiquarian, concerning the Aboriginal History of America*, Baltimore, 1829, p. 405). Esto, de ser cierto, aportaría mucho a la hora de confirmar el punto de vista de nuestro texto, pero McCulloh es llevado a un error por su guía ciego, Rycaut, el

traductor de Garcilaso, ya que este último no dice que el templo existiera antes de la época de los incas, sino antes de que el país fuera conquistado por ellos. *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 30.

14 Entre otras autoridades para esta tradición se encuentra Sarmiento, *Relación*, manuscrito, caps. 3, 4.–Herrera, Historia General, dec. 5, lib. 3, cap. 6.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 10, ap. Barcia, *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, Madrid, 1749, tom. 3.

En la mayoría de las tradiciones, no en todas, se reconoce a Manco Capac como el nombre del fundador de la monarquía peruana, aunque su historia y su carácter aparecen con bastantes discrepancias.

15 Mr. Ranking: «Quien profundos misterios desvela,
como quien una aguja enhebra.»

«Who can deep mysteries unriddle,
As easily as thread a needle» (Samuel Butler, *Hudibras,* parte I, canto I, versos 499-500).

encuentra altamente probable que el primer inca del Perú fuera ¡un hijo de Kublai Kan! (*Historical Researches on the Conquest of Peru, &c., by the Moguls*, Londres, 1827, p. 170). Las coincidencias son curiosas, aunque difícilmente no nos precipitaremos a secundar las conclusiones del atrevido autor. Todos los estudiosos estarán de acuerdo con Humboldt en el deseo de que «algunos sabios viajeros visitaron las orillas del lago Titicaca, en el distrito de Callao y las altas planicies de Tihuanaco, el escenario de la antigua civilización americana» (*Vues des Cordillères*, p. 199). Sin embargo, los monumentos arquitectónicos de los aborígenes que han salido a la luz hasta el momento han proporcionado pocos materiales para un puente de comunicación a través del oscuro golfo que aún separa al Viejo del Nuevo Mundo.

16 Gran parte del siglo, a decir verdad. Garcilaso y Sarmiento, por ejemplo, las dos autoridades de la antigüedad con mayor reputación, difícilmente encuentran un punto de contacto en sus crónicas de los primeros príncipes peruanos, el primero explicando que el cetro pasó suavemente en sucesión de mano en mano a través de una línea ininterrumpida de la dinastía, mientras que el segundo proporciona un relato con tantas conspiraciones, deposiciones y revoluciones como el de comunidades más bárbaras y desgraciadamente más civilizadas. Cuando a estos dos se le añaden los diferentes escritores coetáneos y los de épocas posteriores, que han tratado el tema de los anales peruanos, nos encontraremos en un conflicto tal de tradiciones, que el criticismo se pierde en la conjetura. Sin embargo, esta incertidumbre, en cuanto a los acontecimientos históricos, afortunadamente no se extiende a la historia de las artes y de las instituciones que existían antes de la llegada de los españoles.

[17] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, caps. 57, 64.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– Velasco, *Historia del Reino de Quito*, p. 59.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.– Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, caps. 18-19, lib. 8, caps. 5-8.

Este último historiador, y en realidad algunos otros, asignan la conquista de Chile a Yupanqui, el padre de Topa Inca. Los diferentes cronistas mezclan tanto las hazañas de los dos monarcas, que en cierto modo confunden sus personalidades.

[18] Garcilaso, *Comentarios Reales*, lib. 7, caps. 8-11.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 92.

«El Cuzco tuuo gran manera y calidad, deuio ser fundada por gente de gran ser. Auia grandes calles, saluo q eran angostas, y las casas hechas de piedra pura con tan lindas junturas, q ilustra el antiguedad del edificio, pues estauan piedras tan grandes muy bien assentadas.» *(Ibid., ubi supra.)* Comparar con el relato que hizo Miller de la ciudad tal y como es hoy en día. «Los muros de muchas de las casas han permanecido inalterados por siglos. El gran tamaño de las piedras, la variedad de sus formas y el inimitable trabajo que muestran, dan a la ciudad ese aire interesante de antigüedad y de romance, que llena la mente con una veneración agradable aunque dolorosa.» *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, Londres, 1829, 2.ª ed., vol. II, p. 225.

[19] «La Imperial Ciudad de Cozco, que la adoravan los Indios, como á Cosa Sagrada.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 20.–También Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[20] Véase, entre otras, las Memorias citadas anteriormente del General Miller, que contienen una relación detallada y muy interesante del Cuzco moderno (vol. II, p. 223, *et seq.*). Ulloa, que visitó el país a mediados del último siglo, no tiene límites en sus expresiones de admiración. *Voyage to South America*, traducción inglesa, Londres, 1806, libro VII, cap. 12.

[21] Betanzos, *Suma y Narración de los Yngas*, manuscrito, cap. 12.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, caps. 27-29.

La demolición de la fortaleza, que comenzó inmediatamente después de la conquista, provocó la protesta de más de un español iluminado, cuya voz, sin embargo, fue impotente frente al espíritu de avaricia y de violencia. Véase Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 48.

[22] *Ibid., ubi supra.–Inscripciones, Medallas, Templos, Edificios, Antigüedades, y Monumentos del Perú*, manuscrito. Este manuscrito, que anteriormente perteneció al Dr. Robertson y que ahora se encuentra en el Museo Británico, es el trabajo de un autor desconocido, probablemente de una época cercana a Carlos III, un período en el que, como señala el sagaz estudioso con el que me encuentro en deuda por una copia del mismo, un espíritu de mayor criticismo era visible entre los historiadores castellanos.

[23] Acosta, *Naturall and Morall Historie of the East and West Indies*, trad. inglesa, Londres, 1604, lib. 6, cap. 14 –midió él mismo las piedras–. Véase también a Garcilaso, *Comentarios Reales*, *loc. cit.*

[24] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 93.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

Todavía se pueden ver cientos de bloques de granito, según se dice, en estado inacabado en una cantera cercana a Cuzco.

[25] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 48.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, caps. 27-28.

Los españoles, intrigados por la realización de un trabajo tan inmenso con medios aparentemente tan poco apropiados, lo achacaban de forma sumaria al diablo, una opinión que Garcilaso parece dispuesto a refrendar. El autor de las *Antigüedades y Monumentos del Perú*, manuscrito, rechaza esta idea con la apropiada gravedad.

[26] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 7.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 26.

Acosta dice que el hermano mayor del inca tenía preferencia sobre el hijo (lib. 6, cap. 12). Puede que haya confundido los usos peruanos con los aztecas. El Informe de la Real Audiencia afirma que el hermano era el sucesor a falta de un hijo. *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

[27] «*Et soror et conjux.* » Según Garcilaso, el heredero al trono *siempre* se casaba con una hermana (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 9). Ondegardo señala que esto era una innovación de finales del siglo XV (*Relación Primera*, manuscrito). El historiador de los incas, sin embargo, se ve confirmado en su extraordinaria afirmación por Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 7.

[28] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 26.

[29] «Los caballeros de la sangre Real tenian orejas horadadas, y de ellas colgando grandes rodetes de plata y oro: llamaronles por esto los *orejones* los Castellanos la primera vez que los vieron» (Montesinos, *Memorias Antiguas Historiales de Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 6). El ornamento, que tenía forma de rueda, no pendía de la oreja, sino que estaba insertado en el cartílago y tenía el tamaño de una naranja. «La hacen tan ancha como una gran rosca de naranja; los Señores i Principales traian aquellas roscas de oro fino en las orejas» (*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Véase también Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 22). «Cuanto mayor era el agujero», dice uno de los antiguos conquistadores, «se era más caballero». Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú,* manuscrito .

[30] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 27.

[31] *Ibid.,* parte I, lib. 6, caps. 24-28.

Según Fernández, los candidatos vestían camisetas blancas, ¡con algo parecido a una cruz bordada en el frente! (*Historia del Perú*, Sevilla, 1571, parte 2, lib. 3, cap. 6). Podría parecernos que estamos hablando de alguna ceremonia de caballeros de la Edad Media.

[32] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. II – Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 7.

«Porque verdaderamente á lo que yo he averiguado toda la pretensión de los Ingas fue una subjeccion en toda la gente, qual yo nunca he oido decir de ninguna otra nacion en tanto grado, que

por muy principal que un Señor fuese, dende que entrava cerca del Cuzco en cierta señal que estava puesta en cada camino de quatro que hay, havia dende alli de venir cargado hasta la presencia del Inga, y alli dejava la carga y hacia su obediencia.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

33 Las autoridades sacerdotal y real en Perú se unieron únicamente en una de estas celebraciones, demasiado poco para apoyar las generalizaciones de Carli. Veremos a continuación la importante e independiente situación que ocupaba el sumo sacerdote. «La Sacerdoce et l'Empire étoient divisés au Mexique; au lieu qu'ils étoient réunis au Pérou, comme au Tibet et à la Chine, et comme il le fut à Rome, lorsqu'Auguste jetta les fondemens de l'Empire, en y réunissant le Sacerdoce ou la dignité de Souveraien Pontifice.» *Lettres Américaines*, París, 1788, trad. francesa, tom. I, carta 7.

34 «Porque el Inga dava á entendër que era hijo del Sol, con este titulo se hacia adorar, i governaba principalmente en tanto grado que nadie se le atrevia, i su palabra era ley, i nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad; aunque obiese de matar cient mill Indios, no havia ninguno en su Reino que le osase decir que no lo hiciese.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

35 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 114.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 22; lib. 6, cap. 28.–Acosta, lib. 6, cap. 12.

36 Difícilmente se podría esperar encontrar entre los indios americanos esta costumbre social y cortés de nuestros ancestros sajones, que hoy en día ha caído un poco en desuso con las caprichosas innovaciones de la moda moderna. Garcilaso es un poco difuso en su relato de las formalidades que se respetaban a la mesa real (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 23). Las únicas horas de comer eran las ocho y las nueve de la mañana y al anochecer, que tenían lugar casi a la misma hora en prácticamente todas las estaciones del año, en la latitud de Cuzco. El historiador de los incas admite que, a pesar de que eran moderados en el comer, eran liberales en sus copas, prolongando frecuentemente su jolgorio hasta altas horas de la noche. *Ibid.,* parte I, lib. 6, cap. I.

37 «In lectica, aureo tabulato contrastata, humeris ferebant; in umma, ea erat observantia, vt vultum ejus intueri maxime incivile putarent, et inter baiulos, quicunque vel leviter pede offenso hæsitaret, e vestigio interficerent.» Levinus Apolonius, *De Peruviæ Regionis Inventione, et Rebus in eadem gestis*, Antverpiæ, 1567, fol. 37.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú,* lib. I, cap. II.

38 Las aclamaciones deben haber sido ciertamente potentes si, como nos cuenta Sarmiento, a veces ¡hacían caer a los pájaros del cielo! «De esta manera eran tan temidos los Reyes que si salían por el Reyno y permitian alzar algun paño de los que iban en las andas para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan gran alarido que hacian caer las aves de los alto donde iban volando á ser tomadas á manos» (*Relación*, manuscrito, cap. 10).

39 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 14; lib. 6, cap. 3.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú,* lib. I, cap. II .

[40] Velasco nos ha dado una relación de varios de estos palacios situados en diferentes lugares del reino de Quito. *Historia del reino de Quito*, tom. I, pp. 195-197.

[41] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 44.– *Antigüedades y Monumentos del Perú*, manuscrito. Véase entre otros la descripción de los restos que todavía existen de edificios reales en Callo, a unas diez leguas al sur de Quito, que hace Ulloa, *Voyage to South America*, lib. 6, cap. II, y desde entonces más detalladamente el de Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 197.

[42] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. I.

«Tanto que todo servicio de la Casa del Rey así de cantaras para su vino, como de cozina, todo era de oro y plata, y esto no en un lugar y en una parte lo tenia, sino en muchas.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. II. Véase también los encendidos relatos de los palacios de Bilcas, al oeste de Cuzco, que hizo Cieza de León, tal y como se lo habían contado los españoles que lo habían visto en toda su gloria (*Crónica del Perú*, cap. 89). Los viajeros modernos también han encontrado los nichos descritos en las paredes (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 197).

[43] «La ropa de la cama todo era de mantas, y freçadas de lana de Vicuña, que es tan fina, y tan regalada, que entre otras cosas preciadas de aquellas Tierras, se las han traido para la cama del Rey Don Phelipe Segundo.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. I.

[44] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 26; lib. 6, cap. 2.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 94.

Este último escritor habla de un cemento que estaba hecho en parte de oro líquido y que se usaba en los edificios reales de Tambó, un valle no muy lejano de Yucay *(ubi supra)*. Podemos excusar a los españoles por haber demolido estos edificios, si es que alguna vez los encontraron.

[45] Acosta, lib. 6, cap. 12.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 4.

[46] Los aztecas también creían que el alma del guerrero que caía en batalla iba a acompañar al sol en su brillante camino a través de los cielos (véase *La Conquista de México*, lib. I, cap. 3).

[47] *Conquista i Población de Pirú*, manuscrito.–Acosta, lib. 5, cap. 6.

Cuatrocientas de estas víctimas, según Sarmiento (esperemos que sea una exageración), bendijeron los funerales de Huayna Capac, el último de los incas antes de la llegada de los españoles. *Relación*, manuscrito, cap. 65.

[48] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 62.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 5.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 8.

[49] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 29.

Los peruanos escondieron estas momias de sus soberanos después de la conquista para que no fueran profanadas por los insultos de los españoles. Ondegardo, siendo *corregidor* de Cuzco, descubrió cinco de ellas, tres masculinas y dos femeninas. Los primeros eran los cuerpos de Viracocha, el gran Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Capac. Garcilaso las vio en 1560.

Estaban vestidas con sus regias ropas, sin insignia pero con el *llautu* en sus cabezas. Estaban en posición sedente, y para usar su propia expresión, «perfectos como vivos, sin que le faltara ni un pelo ni una ceja». Cuando fueron llevados por las calles, decentemente tapados con un manto, los indios se pusieron de rodillas mostrando su reverencia, con lágrimas y gemidos, y quedaron aún más afectados al contemplar a algunos de los españoles quitándose las gorras en muestra de respeto al personaje real *(ibid., ubi supra).* Los cuerpos fueron posteriormente llevados a Lima, y el padre Acosta, que los vio allí unos veinte años después, los describe todavía en perfecto estado de conservación.

50 «Tenemos muy por cierto que ni en Jerusalem, ni en Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo por ninguna Republica ni Rey de el, se juntaban en un lugar tanta riqueza de Metales de oro y Plata y Pedreria como en esta Plaza de Cuzco; quando estas fiestas y otras semejantes se hacian.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 27.

51 Ídem, *Relación*, manuscrito, caps. 8, 27.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

Sin embargo, eran solo los grandes y buenos príncipes los que eran honrados así, según Sarmiento, «cuyas almas el estúpido pueblo creía, que por sus virtudes, estaban en el cielo, aunque en verdad», como el mismo escritor nos asegura, «estaban todo el tiempo ardiendo en las llamas del infierno». «Digo los que haviendo sido en vida buenos y valerosos, generosos con los Indios en les hacer mercedes, perdonadores de injurias, porque á estos tales canonizaban en su ceguedad por Santos y honrraban sus huesos, sin entender que las animas ardian en los Ynfiernos y creian que estaban en el Cielo.» *Ibid., ubi supra.*

52 ¡Garcilaso dice de más de trescientos! (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 19). El hecho, aunque bastante sorprendente, no es increíble si, como Huayna Capac, tenían hasta setecientas mujeres en el serrallo. Véase Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 7.

53 Garcilaso menciona una clase de incas *por privilegio*, que tenían derecho a tener el nombre y muchas de las inmunidades de la sangre real, aunque solo descendían de grandes vasallos reales que sirvieron al principio bajo la bandera de Manco Capac (*Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 22). Nos hubiera gustado confirmar este importante hecho, al que se refiere a menudo, con alguna otra autoridad.

54 «Los Incas tuvieron otra Lengua particular, que hablavan entre ellos, que no la entendian los demàs Indios, ni les era licito aprenderla, como Lenguage Divino. Esta me escriven del Perú, que se ha perdido totalmente; porque como pereciò la Republica particular de los Incas, pereciò tambien el Lenguage dellos.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, manuscrito.

55 «Una sola gente hallo yo que era exenta, que eran los Ingas del Cuzco y por alli al rededor de ambas parcialidades, porque estos no solo no pagavan tributo, pero aun comian de lo que traian al Inga de todo el reino, y estos eran por la mayor parte los Governadores en todo el reino, y por donde quiera que iban se les hacia mucha honrra.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

[56] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 15.

[57] En este caso, según parece, el sucesor nombrado se presentaba normalmente al inca para que lo confirmara (*Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito). En otras épocas, el mismo inca elegía al sucesor entre los hijos del Curaca difunto. «En breve», dice Ondegardo, «no había una regla de sucesión fija, pero la voluntad suprema del soberano podía dejarla de lado». *Relación Primera*, manuscrito.

[58] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 10.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. II.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 93.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[59] El valioso trabajo del Dr. Morton contiene varios grabados tanto de calaveras de incas como de peruanos comunes, mostrando que el ángulo facial de los primeros, aunque en ningún caso era grande, era mucho mayor que el de los segundos, que era especialmente plano y deficiente en carácter intelectual. *Crania Americana*, Philadelphia, 1829.

Capítulo II

Clases sociales del Estado. Disposiciones de justicia. División de la tierra. Rentas y registros. Grandes calzadas y postas. Tácticas militares y políticas

Si nos sorprenden las características propias y originales de lo que puede llamarse la aristocracia peruana, nos sorprenderemos aún más a medida que descendamos hasta las clases inferiores de la comunidad y contemplemos la índole enormemente artificial de sus instituciones, tan artificiales como las de la antigua Esparta y, aunque de una manera distinta, casi tan repugnantes para los principios básicos de nuestra naturaleza. Las instituciones de Licurgo, sin embargo, fueron pensadas para un estado diminuto, mientras que las de Perú, aunque en un principio fueran ideadas también para un estado pequeño, parecían, como la tienda encantada de un cuento árabe, tener un poder de expansión infinito y sirvieron tan bien al imperio en su momento de mayor esplendor como en su estado primitivo. En esta notable adaptación al cambio de las circunstancias, podemos ver la prueba de un ingenio que demuestra un avance nada despreciable en la civilización.

Los nativos desconocían el nombre de Perú. Este se lo dieron los españoles y surgió, según se dice, a partir de una mala interpretación de la palabra india para «río»[60]. Sea como fuere, lo cierto es que los nativos no tenían otro nombre para designar el conjunto de tribus y pueblos reunidos bajo el cetro de los incas que el de *Tavantinsuyu*, o «las cuatro esquinas del mundo»[61], lo que no constituirá ninguna sorpresa para los ciudadanos de los

Estados Unidos, que no tienen más nombre con el que clasificarse entre las naciones que el que han tomado prestado de una parte del globo[62]. El reino, como indica su nombre, estaba dividido en cuatro partes, caracterizadas cada una con un título propio, y a cada una de ellas se dirigía una de las grandes calzadas que partían de Cuzco, la capital, o *centro* de la monarquía peruana. La ciudad estaba igualmente dividida en cuatro barrios, y las diferentes razas que allí se reunían, desde las distantes regiones del imperio, vivían en aquel de los barrios más cercano a sus respectivas provincias. Todos seguían vistiendo su propio traje regional, de tal manera que era fácil determinar su origen. El mismo orden que imperaba sobre la variopinta población de la capital regía las grandes provincias del imperio. La capital, de hecho, era una imagen en miniatura del imperio[63].

Cada una de las cuatro grandes provincias se hallaba bajo el gobierno de un virrey o gobernador que las regía con la ayuda de uno o más Consejos para los diferentes departamentos. Estos virreyes vivían, al menos una parte del tiempo, en la capital, donde formaban una especie de Consejo de Estado para el inca[64]. El país estaba dividido en su totalidad en decenas o pequeños grupos de diez hombres, y cada décimo hombre o cabeza de la decena supervisaba al resto, vigilando que disfrutaran de los derechos y exenciones a las que tenían derecho; en caso que fuera necesario, solicitaban ayuda del gobierno en su beneficio, e igualmente llevaban a los delincuentes ante la justicia. A esto último les estimulaba una ley que, en caso de negligencia, les imponía a ellos la misma pena en la que hubiera incurrido el culpable. Con esta ley pendiendo sobre sus cabezas, bien podemos imaginar que los magistrados del Perú no se quedaran dormidos en sus puestos[65].

El pueblo, además, estaba dividido en cuerpos de cincuenta, de cien, de quinientos y de mil, cada uno con un funcionario al frente, que supervisaba a los demás, y los de rango superior poseían una relativa autoridad en cuestiones policiales. Finalmente, todo el imperio estaba distribuido en secciones o departamentos de diez mil habitantes, con un gobernador de la nobleza inca en cada una de ellas, que tenía control sobre los *curacas*, y otros funcionarios oficiales del distrito. También existían tribunales regulares de justicia en cada una de las ciudades o pequeñas comunidades, formados por magistrados y con jurisdicción sobre los delitos menores, mientras que los de carácter más grave eran llevados ante instancias superiores, normalmente los gobernadores o aquellos que dirigieran los distritos. Todos estos jueces mantenían su autoridad y recibían apoyo de la

Corona, que les nombraba y retiraba de su puesto a placer. Estaban obligados a dictar sentencia en todos los pleitos en el plazo de cinco días a partir del momento en que se les presentaban y no existía apelación de un tribunal a otro. Sin embargo, había importantes disposiciones para la seguridad de la justicia. Un comité de visitadores patrullaba el reino de vez en cuando para investigar el carácter y la conducta de los magistrados, y cualquier negligencia o violación en sus deberes era castigada de la manera más ejemplar. Los tribunales inferiores también tenían la obligación de redactar informes mensuales de sus procedimientos a los tribunales superiores y estos a su vez tenían que presentar informes a los virreyes, de tal manera que el monarca, sentado en el centro de sus dominios, pudiera mirar a su alrededor, por así decirlo, hasta los extremos más distantes y revisar y rectificar cualquier abuso en la administración de justicia[66].

Las leyes eran pocas y extremadamente severas. Prácticamente todas ellas estaban relacionadas con temas penales. No se necesitaban muchas más leyes para un pueblo que tenía poco dinero, escaso comercio y prácticamente ninguna cosa que se pudiera llamar bienes inmuebles. Los delitos de robo, adulterio y asesinato eran todos castigados con la pena de muerte, aunque se preveían con sabiduría que algunas circunstancias atenuantes mitigaran el castigo[67]. Blasfemar contra el sol y maldecir al inca, delitos que en realidad eran lo mismo, se castigaban igualmente con la pena de muerte. Retirar las lindes, quitarle el agua a la tierra del vecino para llevársela a la propia, quemar una casa constituían delitos castigados con severidad. Quemar un puente significaba la muerte. El inca no permitía ningún obstáculo en esos medios de comunicación tan esenciales para el mantenimiento del orden público. Una ciudad o una provincia rebelde era arrasada y sus habitantes exterminados. La rebelión contra el «hijo del sol» era el mayor de los crímenes[68].

Se puede pensar que la simplicidad y la severidad del código peruano indican una sociedad en un estado poco avanzado, que poseía pocos de esos complejos intereses y relaciones que surgen en una comunidad civilizada y que no habían progresado lo suficiente en la ciencia de la legislación para economizar el sufrimiento humano haciendo que las penas fueran proporcionales a los delitos. Pero las instituciones peruanas deben contemplarse desde un punto de vista distinto al que se utiliza para estudiar las de otras naciones. Las leyes emanaban del soberano, y el soberano ostentaba una misión de carácter divino al igual que poseía una naturaleza

divina. Violar la ley no significaba tan solo insultar la majestad del trono, sino que constituía un sacrilegio. Desde este punto de vista, el menor delito merecía la muerte y el más grave no podía incurrir en ninguna pena mayor[69]. Sin embargo, al inflingir los castigos, no mostraban una crueldad innecesaria y los sufrimientos de la víctima no se prolongaban con ingeniosos tormentos, tan frecuentemente utilizados entre las naciones bárbaras[70].

Estas disposiciones legislativas pueden sorprendernos por sus defectos, incluso comparadas con las de las razas a medio civilizar del Anáhuac, donde una gradación de tribunales, y lo que es más importante, con derecho de apelación, proporcionaba una garantía tolerable de justicia. Pero en un país como Perú, donde se conocían pocas causas más allá de las penales, el derecho de apelación tenía mucha menos trascendencia. La ley era sencilla, su aplicación simple y, en caso de que el juez fuera honesto, era tan probable que el caso se fallara correctamente en la primera vista como en la segunda. La inspección de una junta de visitadores y los informes mensuales de las cortes de justicia proporcionaban no poca garantía de su integridad. La ley que exigía una decisión en el plazo de cinco días parecería poco apropiada para los complejos y farragosos litigios de un tribunal moderno. Pero en las sencillas cuestiones que se presentaban ante un juez peruano, el retraso hubiera sido inútil, y los españoles, familiarizados con los males que surgían de causas que se prolongaban largamente, en las que un litigante con éxito es demasiado a menudo un hombre arruinado, son pródigos en sus encomios a esta justicia económica y rápida[71].

Las disposiciones fiscales de los incas y las leyes relacionadas con la propiedad constituyen los rasgos más notables de la política peruana. Todo el territorio del imperio estaba dividido en tres partes, una para el sol, otra para el inca y la última para el pueblo. No queda claro cuál de las tres partes era mayor. Las proporciones variaban sensiblemente en las diferentes provincias. La distribución, en realidad se hacía sobre el mismo principio general a medida que se añadían nuevas conquistas a la monarquía, pero la proporción variaba de acuerdo con la cantidad de población y la mayor o menor cantidad de tierra que se necesitaba en consecuencia para mantener a los habitantes[72].

Las tierras asignadas al sol proporcionaban ingresos para mantener los templos y el costoso ceremonial del culto peruano, así como de los

múltiples sacerdotes. Las reservadas para el inca se utilizaban para mantener la casa real, así como a los numerosos miembros de su casa y familia y abastecía las diferentes necesidades del gobierno. El resto de las tierras se dividía, *per capita*, en partes iguales entre el pueblo. Estaba establecido por ley, como veremos más adelante, que cada peruano se casara a cierta edad. Cuando esto tenía lugar la comunidad o distrito en el que viviera le proporcionaba una vivienda que, al estar construida de materiales humildes, tenía un coste bajo. Se le asignaba después un lote de tierra suficiente para su propio mantenimiento y el de su mujer. Se le concedía una porción adicional por cada hijo, siendo esta cantidad el doble por un varón que por una mujer. La división del terreno se renovaba cada año y las posesiones del arrendatario se incrementaban o disminuían de acuerdo con la cantidad de miembros de su familia[73]. La misma disposición se mantenía en lo referente a los curacas, exceptuando que el terreno se les asignaba de acuerdo con la superior dignidad de su estado[74].

No se puede imaginar una ley agraria más completa y efectiva que esta. En otros países donde se ha introducido una ley similar, su puesta en práctica, pasado un tiempo, ha dado lugar a que los hechos siguieran el curso natural de los acontecimientos y a que, bajo la inteligencia y la economía superior de unos y la prodigalidad de otros, se haya permitido que las habituales vicisitudes de la fortuna sigan su curso y que las cosas hayan vuelto a su habitual desigualdad. La aproximación más cercana a la organización peruana se dio probablemente en Judea, donde, con el gran jubileo nacional cada cincuenta años, las propiedades revertían a sus propietarios originales. En el caso de Perú había una importante diferencia, que el arrendamiento, si podemos así llamarlo, no solo terminaba cada año, sino que durante ese período el arrendatario no tenía poder para enajenarlo o anexionarlo a sus posesiones. Al finalizar el breve período se veía exactamente en la misma situación en que se encontraba al comenzarlo. Tal estado de cosas puede parecer fatídico para cualquier tipo de apego a la tierra o para el deseo de mejorarla, que es natural al propietario permanente y prácticamente igual al de un arrendatario a largo plazo. Pero el efecto real de la ley parece haber sido otro, y es probable que, bajo la influencia de ese amor al orden y la aversión al cambio que marcan las instituciones peruanas, cada nueva partición de la tierra reafirmara en general al ocupante en su posesión y que el arrendatario de un año se convirtiera en propietario de por vida.

El territorio era cultivado en su totalidad por el pueblo. Las tierras que pertenecían al sol eran las primeras que se cuidaban. Posteriormente se labraban las de los viejos, los ancianos, las viudas y los huérfanos y las de los soldados que estuvieran de servicio, en pocas palabras, de toda esa parte de la comunidad que por debilidad física o por cualquier otra causa eran incapaces de atender a sus propios intereses. Solo entonces se permitía a la gente trabajar su propia tierra, cada uno para sí mismo, pero con la obligación general de ayudar a sus vecinos, en caso de que cualquier circunstancia (como por ejemplo la carga de una familia joven y numerosa) lo exigiera[75]. Finalmente cultivaban las tierras del inca. Esto lo hacía toda la población con gran ceremonia como un solo cuerpo. Al rayar el día eran convocados por la llamada desde una torre o prominencia cercana y todos los habitantes del distrito, hombres, mujeres y niños aparecían vestidos con sus prendas más alegres, engalanados con sus pocas galas y ornamentos como para una gran fiesta. Realizaban los trabajos del día con el mismo espíritu festivo, cantando sus baladas populares que conmemoraban los hechos heroicos de los incas, regulando sus movimientos por la medida de los cantos y todos mezclados en el coro, en los que la palabra *hailli* o «triunfo» era normalmente el tema principal. Estos aires nacionales eran de carácter suave y agradable, lo que hizo que los españoles los encomiaran y pusieran música a más de una canción peruana después de la conquista, que los desgraciados nativos escuchaban con melancólica satisfacción, ya que evocaba recuerdos del pasado, cuando sus días transcurrían tranquilamente bajo el cetro de los incas[76].

Se seguía una organización similar con respecto a las diferentes manufacturas así como a los productos agrícolas del país. Los rebaños de llamas, u ovejas peruanas, eran propiedad exclusiva del sol y del inca[77]. Su número era inmenso. Estaban distribuidas por las diferentes provincias, principalmente en las regiones más frías del país, donde se ponían bajo el cuidado de pastores experimentados que las guiaban por los diferentes pastos dependiendo del cambio de las estaciones. Cada año se enviaba a la capital un gran número para el consumo de la corte, así como para las fiestas religiosas y los sacrificios. Pero tan solo se enviaba a los machos y no las hembras, a las que no se podía matar. Las normas para el cuidado y cría de estos rebaños se prescribían con la mayor precisión y con una sagacidad que provocó la admiración de los españoles, familiarizados con el manejo de grandes rebaños migratorios de merinas en su propio país[78].

En la temporada señalada se esquilaba a todas y la lana se depositaba en almacenes públicos. Después se entregaba a las mujeres de la casa, que conocían bien el trabajo del hilado y del tejido, distribuyéndose a cada familia en cantidad suficiente para satisfacer sus necesidades. Una vez terminado este trabajo y teniendo la familia un abrigo basto pero cálido para cubrirse (ya que en la parte baja del país el algodón, que proporcionaba de igual forma la Corona, ocupaba el lugar de la lana), apropiado para el frío clima de las montañas, el pueblo estaba preparado para trabajar para el inca. La cantidad de tejido que necesitaban, así como el tipo concreto y la calidad del material, era determinada anteriormente en Cuzco. Posteriormente se dividía el trabajo entre las diferentes provincias. Unos funcionarios, nombrados al efecto, supervisaban la distribución de la lana, de tal manera que la fabricación de los diferentes artículos se encargara a las manos más competentes[79]. No dejaban aquí el asunto, sino que entraban en las viviendas de vez en cuando y comprobaban que el trabajo se realizaba de forma correcta. Esta especie de inquisición doméstica no se limitaba a los trabajos del inca. Incluía también aquellos para las diferentes familias y se preocupaba de que cada casa empleara los materiales que se les proporcionaba de la manera adecuada para que nadie se quedara sin el vestido necesario[80]. Estaba dispuesto que toda la parte femenina participara en este trabajo doméstico. Se encontraba trabajo para todos, desde los niños de cinco años hasta la vieja matrona que no estuviera demasiado débil como para hacer funcionar la rueca. No se permitía que nadie, al menos nadie que no estuviera demasiado viejo o enfermo, comiera el pan de la holgazanería en Perú. La holgazanería era un delito a los ojos de la ley y, como tal, duramente castigada, al mismo tiempo que se alababa y estimulaba públicamente con recompensas la laboriosidad[81].

En todo lo relacionado con los demás requisitos del gobierno se seguía el mismo esquema. Todas las minas del reino pertenecían al inca. Se trabajaban exclusivamente para su beneficio por personas que estuvieran familiarizadas con este trabajo, elegidas en los distritos donde se encontraran las minas[82]. Todos los peruanos de las clases bajas eran agricultores y, a excepción de aquellos que ya hemos señalado, se esperaba de ellos que atendieran a su propio mantenimiento con el cultivo de su tierra. Sin embargo, a una pequeña parte se la instruía en las artes de la mecánica, algunas de ellas del cariz más elegante subordinada a los propósitos del lujo y el adorno. La demanda de estos quedaba

principalmente limitada al soberano y a su corte, sin embargo, hacía falta un número mayor de brazos para la ejecución de las grandes obras públicas que cubrían el territorio. La naturaleza y cantidad de los servicios exigidos se establecían en Cuzco por unos comisionados que conocían bien los recursos del país y el carácter de los habitantes de las diferentes provincias[83].

Esta información se obtenía gracias a una admirable norma para la que difícilmente se encontrará un paralelo en los anales de los pueblos a medio civilizar. Se mantenía un registro de los nacimientos y muertes a lo largo de todo el país y cada año se elaboraban informes exactos al gobierno sobre la población real mediante *quipus*, un curioso invento que se explicará más adelante[84]. A ciertos intervalos se hacía también un estudio general del país, ofreciendo una visión completa de las características del suelo, su fertilidad, la naturaleza de sus productos, tanto agrícolas como minerales, en pocas palabras, de todo aquello que conformaba los recursos del imperio[85]. Armado con esta información estadística, era fácil para el gobierno, después de determinar el volumen de los materiales recolectados, distribuir el trabajo entre las respectivas provincias que estuvieran mejor cualificadas para realizarlo. La tarea de distribuir el trabajo se asignaba a las autoridades locales y se ponía mucho cuidado en que se hiciera de tal manera que al mismo tiempo que se elegían las manos más competentes, esta no cayera de forma desproporcionada sobre ninguna[86].

Las diferentes provincias del país proporcionaban personas especialmente aptas para los diferentes trabajos que, como veremos más adelante, normalmente pasaban de padres a hijos. De esa manera, un distrito suministraba los trabajadores más hábiles en el trabajo de las minas, otro los trabajadores más delicados de los metales o de la madera, etc.[87] El gobierno proporcionaba al artesano los materiales y no se le pedía a nadie que diera más tiempo del estipulado a los servicios públicos. Después era sustituido por otro durante el mismo tiempo y se debería señalar que todos los que trabajaban para el gobierno (y el comentario vale igualmente para los que trabajaban en el campo) eran mantenidos, mientras desarrollaban su trabajo, a expensas del erario público[88]. Gracias a esta rotación constante del trabajo, se pretendía que nadie fuera sobrecargado y que todo hombre tuviera tiempo para atender a las necesidades de su propia casa. Era imposible, a juicio de una alta autoridad española, mejorar el sistema de

distribución, por lo cuidadosamente que estaba adaptado a la condición y comodidad del artesano[89]. Parece que la seguridad de las clases trabajadoras fue siempre tenida en cuenta en las reglamentaciones del gobierno, y estas estaban organizadas con tan buen juicio que los trabajos más cansados y desagradables, como los de las minas, no causaban detrimento en la salud de los trabajadores, un impactante contraste con su posterior situación bajo el dominio español[90].

Una parte de la producción agrícola y de las manufacturas se llevaba a Cuzco para atender las necesidades inmediatas del inca y su corte. Pero la mayor parte con mucho se guardaba en los almacenes esparcidos por las diferentes provincias. Estos espaciosos edificios, construidos de piedra, estaban divididos entre el sol y el inca, aunque parece que la mayor parte se la había apropiado el monarca. Gracias a una sabia ordenación, cualquier deficiencia en las contribuciones del inca podía suplirse con los graneros del sol[91]. Pero es difícil que se diera una necesidad tal, y la previsión del gobierno normalmente dejaba un gran excedente en los depósitos reales que se trasladaba a un tercer tipo de almacenes, cuya función era abastecer al pueblo en épocas de escasez y ocasionalmente proporcionar alivio a individuos que por enfermedad o desgracia se hubieran empobrecido, justificando de esa manera, en cierto modo, la afirmación de un documento castellano de que una gran parte de los ingresos del inca revertía, por un camino u otro, a manos del pueblo[92]. Los españoles, a su llegada, encontraron estos almacenes llenos de los diferentes productos y manufacturas del país, maíz, *coca*, *quinua*, telas de lana y algodón de la mejor calidad, jarrones y utensilios de oro, plata y cobre, en pocas palabras, con todo tipo de artículos de lujo o de uso cotidiano que estuviera al alcance de las habilidades peruanas[93]. Los almacenes de grano, en concreto, hubieran satisfecho con frecuencia el consumo del distrito adyacente durante varios años[94]. Los funcionarios reales llevaban un inventario de los diferentes productos del país y de las regiones de donde se obtenían cada año y los *quipucamayus* los inscribían en sus registros con una regularidad y una precisión sorprendente. Estos registros se llevaban a la capital y se presentaban al inca, quien podía de esta manera, echándole una mirada, por así decirlo, abarcar los resultados generales de toda la industria nacional y comprobar hasta qué punto se correspondían con las exigencias del gobierno[95].

Estos son los rasgos más notables de las instituciones peruanas relacionadas con la propiedad, tal y como los describieron los escritores que, por muy contradictorios que fueran en los detalles, tienen una general coincidencia en el perfil. Estas instituciones son de hecho tan notables que es difícilmente creíble que fueran puestas en práctica a lo largo del gran imperio y durante un largo número de años. Sin embargo, poseemos el testimonio más inequívoco de este hecho de los españoles, que desembarcaron en Perú a tiempo para presenciar su funcionamiento, algunos de los cuales, hombres de alto rango jurídico y personal, fueron comisionados por el gobierno para realizar investigaciones sobre el estado del país bajo el gobierno de sus antiguos señores.

Las cargas impositivas del pueblo peruano parecen haber sido bastante altas. Sobre ellas descansaba todo el peso del mantenimiento, no solo de su propia clase, sino de todas las demás clases del estado. Los miembros de la casa real, los grandes nobles, incluso los funcionarios públicos y el numeroso cuerpo de sacerdotes estaban exentos de impuestos[96]. Toda la responsabilidad de sufragar los gastos del gobierno correspondía al pueblo. Sin embargo, esto no era esencialmente diferente del estado de las cosas que existía anteriormente en la mayor parte de Europa, donde las clases privilegiadas exigían su exención (no siempre con éxito, ciertamente) a la hora de cargar con parte de los gastos públicos. La gran adversidad en el caso de los peruanos era que no podían mejorar su condición. Sus trabajos eran para otros, más que para sí mismos. Por muy trabajador que se fuera, no se podía sumar una era[*] a sus posesiones, ni avanzar un pelo en la escala social. Se perdía lo que constituye el gran y universal incentivo para el trabajo honesto, el mejorar las propias condiciones de vida. La gran ley del progreso humano no existía para él. Tal y como nacía iba a morir. Ni siquiera podía llamar propio a su tiempo. Sin dinero, con pocas propiedades de cualquier tipo, pagaba sus impuestos con trabajo[97]. No es de extrañar que el gobierno tratara la pereza como un delito. Era un delito contra el estado, y malgastar el tiempo era, en cierto modo, robar al erario público. El peruano, trabajando toda su vida para los demás, puede ser comparado a un convicto en la noria, repitiendo la misma rutina de incesante trabajo, con la conciencia de que por muy provechoso que sea para el Estado, no significaba nada para él.

Pero esta es la parte oscura del relato. Si nadie podía hacerse rico en Perú, nadie podía hacerse pobre. Ningún despilfarrador podía gastarse su

fortuna en lujos descontrolados. Ningún intrigante aventurero podía arruinar a su familia con su espíritu de especulación. La ley iba siempre dirigida a conseguir una industria constante y un manejo sobrio de sus asuntos. En Perú no se permitía la mendicidad. Cuando un hombre se veía reducido a la pobreza o sufría una desgracia (difícilmente podía ser por su culpa), el brazo de la ley se extendía para administrar ayuda, no la ayuda escatimada de la caridad privada, ni aquella que se subsidia gota a gota, por así decirlo, de unas reservas congeladas de la «parroquia», sino en una medida generosa, que no conlleva ninguna humillación para el que la recibe y que le sitúa en el mismo nivel con el resto de sus compatriotas[98].

En Perú ningún hombre podía ser rico, ningún hombre podía ser pobre, pero todos podían disfrutar y disfrutaban de una función. La ambición, la avaricia, el amor al cambio, el malsano espíritu de descontento, las pasiones que más agitan las mentes de los hombres, no tenían cabida en el pecho de los peruanos. La misma condición de su ser parecía estar enfrentada con el cambio. Se movía en el mismo círculo cerrado en el que sus padres se habían movido antes que ellos y en el que se moverían sus hijos. El objetivo de los incas era infundir en sus súbditos un espíritu de obediencia pasiva y de tranquilidad; una perfecta conformidad con el orden establecido de las cosas. En esto lograron su objetivo. Los españoles que visitaron por primera vez el país son enfáticos en su testimonio de que ningún gobierno podía haber estado más adaptado al genio del pueblo y ningún pueblo podía haber parecido más satisfecho con su suerte o más devoto a su gobierno[99].

Quienes no crean los relatos de la laboriosidad peruana verán desaparecer sus dudas con una visita al país. El viajero todavía puede encontrar, especialmente en las regiones centrales del altiplano, monumentos del pasado, restos de templos, palacios, fortalezas, montañas aterrazadas, grandes carreteras militares, acueductos y otras obras públicas que sea cual sea el nivel científico que muestran en su realización, le sorprenderán por su número, el tamaño inmenso de sus materiales y la grandiosidad de su diseño. Entre ellos quizá los más destacables sean las grandes calzadas, cuyos restos derrumbados todavía están lo suficientemente bien conservados como para atestiguar su anterior grandiosidad. Había muchas de estas calzadas que atravesaban las diferentes partes del reino, pero las más importantes eran las dos que se extendían de Quito a Cuzco, y de nuevo, partiendo de la capital, continuaban en dirección sur hacia Chile.

Una de estas calzadas atravesaba la gran meseta y la otra discurría a través de las tierras bajas cercanas al océano. La primera era con mucho el logro más difícil, debido a las características del terreno. Se llevó a cabo a través de sierras intransitables, cubiertas de nieve; se cavaron túneles en la roca viva durante leguas, se cruzaron ríos con puentes que se balanceaban suspendidos en el aire, se escalaron precipicios mediante escaleras talladas directamente sobre la roca, se rellenaron con mampostería barrancos de una profundidad espantosa, en pocas palabras, se afrontaron y se vencieron todas las dificultades que pueblan una región salvaje y montañosa y que pueden descorazonar al ingeniero más valiente de los tiempos modernos. La longitud de la calzada, de la que solo quedan fragmentos esparcidos, se ha calculado de forma muy diversa entre mil quinientas y dos mil millas y se levantaron pilares de piedra, al estilo de los mojones europeos, a intervalos regulares de algo más de una legua a lo largo de todo el recorrido. Su anchura apenas excedía los veinte pies[100]. Estaba construida de grandes losas de piedra caliza y, en algunas partes, estaba cubierta de cemento bituminoso que el tiempo ha hecho más duro que la piedra misma. En algunas partes, donde los barrancos se habían rellenado de mampostería, los torrentes montañosos, desgastándola durante años, se han abierto gradualmente un camino a través de la base y ¡han dejado la masa por encima (tal era la unión de los materiales), todavía cruzando el valle como un arco![101].

Sobre algunos de los torrentes más vigorosos era necesario construir puentes colgantes, como se les llama, realizados de fibras de maguey o del mimbre del país, que tiene un alto grado de resistencia y fuerza. Estos mimbres se hilaban en cables del grosor de un cuerpo humano. Las inmensas maromas se cruzaban a través del agua, donde se hacían pasar a través de unos anillos o agujeros en unos inmensos contrafuertes de piedra levantados en los lados opuestos del río y allí se aseguraban a pesadas piezas de madera. Varios de estos enormes cables atados formaban un puente que, cubierto con tablones, bien asegurado y defendido por una verja de mimbre también en los lados, proporcionaba un paso seguro al viajero. La longitud de estos puentes aéreos, que algunas veces sobrepasaba los doscientos pies, hacía que, pendiendo como estaban tan solo de los lados, se hundieran con una alarmante inclinación hacia el centro, al mismo tiempo que el movimiento que le daban los que lo cruzaban provocaba una oscilación todavía más terrible, mientras que su mirada pasaba sobre el

oscuro abismo de aguas espumeantes y se revolvía a varios fathom[*] de profundidad. Sin embargo, los peruanos cruzaban estas construcciones frágiles y ligeras sin miedo y los españoles todavía las mantienen sobre los mismos torrentes que, por su profundidad e impetuosidad, parecerían impracticables para los medios habituales de transporte. Las aguas más anchas y tranquilas se cruzaban en *balsas*[**] a las que se les añadían velas, lo que proporciona el único ejemplo de este tipo de navegación superior entre los indios americanos[102].

La otra gran calzada de los incas se extendía a través del terreno nivelado que hay entre los Andes y el océano. Estaba construida de una forma diferente tal y como exigía la naturaleza del terreno, en su mayor parte bajo y en gran medida arenoso. La calzada se elevaba sobre un alto terraplén de arena y estaba protegida en ambos costados por un parapeto o muro de arcilla. A lo largo de los lados se plantaron árboles y arbustos olorosos, que regalaban los sentidos del viajero con sus perfumes y le refrescaban con su sombra, tan agradable bajo el ardiente sol de los trópicos. En las yermas franjas de arena que la cruzaban ocasionalmente, donde el ligero y volátil suelo era incapaz de soportar la carretera, se hundieron en la tierra enormes pilares, muchos de los cuales se pueden ver todavía hoy en día, para indicar la ruta al viajero[103].

A lo largo de estas calzadas se levantaron caravasares, o *tambos*, como se les llamaba, a una distancia de diez o doce millas de distancia uno de otro, para el alojamiento, en especial del inca y de su séquito y para quienes viajaban por asuntos públicos. Había pocos viajeros más en Perú. Algunos de estos edificios estaban construidos a una gran escala, y constaban de una fortaleza, barracones y otras construcciones militares rodeadas de parapetos de piedra y que cubrían un gran espacio de tierra, destinados, evidentemente, al acomodo de los ejércitos imperiales en caso de que cruzaran el país. El cuidado de las grandes calzadas estaba encomendado a los distritos que atravesaba y constantemente había un gran número de brazos trabajando para los incas en su reparación. Repararlas era enormemente sencillo en un país donde el medio de transporte era, principalmente, a pie, aunque las carreteras se dice que estaban tan bien construidas que un carruaje podía haber rodado sobre ellas de forma tan segura como sobre cualquiera de las de Europa[104]. Sin embargo, en una región donde los elementos del agua y el fuego llevan a cabo, de forma

constante, su trabajo de destrucción, las carreteras tendrían que haberse degradado de forma gradual a no ser que estuvieran bajo constante supervisión. Tal ha sido su destino bajo los conquistadores españoles, quienes no se cuidaron de aplicar el admirable sistema que habían adoptado los incas para su mantenimiento. Sin embargo, las partes fragmentadas que todavía subsisten aquí y allá, al igual que los fragmentos de las grandes calzadas romanas esparcidas por Europa, evidencian su primitiva grandeza y han provocado el elogio de un perspicaz viajero, que normalmente no es demasiado prolijo en su panegírico, de que «las calzadas de los incas se encontraban entre los trabajos más maravillosos y útiles que nunca ha realizado el hombre»[105].

Los soberanos peruanos mejoraron aún más el sistema de comunicación a través de sus dominios con la introducción de postas, a la manera de los aztecas. Sin embargo, las postas peruanas, construidas en todas las grandes rutas que llevaban a la capital, tenían una planificación a mucha mayor escala que las de México. A lo largo de todas estas rutas se levantaron pequeños edificios a una distancia de menos de cinco millas entre sí[106], en cada uno de los cuales se encontraba un número de corredores, o *chasquis*, como se les llamaba, para continuar el transporte de los despachos del gobierno[107]. Estos despachos eran tanto verbales como codificados mediante *quipus*, y a veces iban acompañados por un hilo de los flecos carmesíes que rodeaban los templos del inca, considerado con la misma deferencia incuestionable que el sello de un déspota oriental[108].

Los *chasquis* iban vestidos con un curioso uniforme que indicaba su profesión. Todos habían sido preparados para su trabajo y seleccionados por su velocidad y lealtad. Como la distancia que cada correo tenía que realizar era pequeña y tenía mucho tiempo para refrescarse en las estaciones, corrían sobre la tierra con gran rapidez y los mensajes se transportaban a través de toda la extensión de las largas rutas a una media de ciento cincuenta millas al día. El puesto de *chasqui* no se limitaba a portar despachos. Frecuentemente llevaban diferentes artículos para el uso de la corte, y de esta manera el pescado del lejano océano, frutas, caza y diferentes artículos de las regiones cálidas de la costa se transportaban hasta la capital en buen estado y se servían frescos en la mesa real[109]. Es notable que esta importante institución fuera conocida tanto por mexicanos como por peruanos, sin ninguna relación entre ellos y que se hubiera creado entre

las naciones bárbaras del nuevo mundo mucho antes de que se introdujera entre las naciones civilizadas de Europa[110].

Gracias a estos sabios ingenios de los incas, las partes más distantes del extenso imperio de Perú estaban íntimamente comunicadas entre sí. Y mientras que las capitales de la cristiandad, a tan solo unos cientos de millas, permanecían tan separadas como si los mares se hubieran interpuesto entre ellas, las grandes capitales Cuzco y Quito estaban en inmediata correspondencia gracias a las calzadas de los incas. Las informaciones de las numerosas provincias se transmitían en alas del viento hasta la metrópolis peruana, el gran foco en el que convergían todas las líneas de comunicación. En cuanto se levantaba un movimiento insurgente, o había una invasión en la frontera más remota, las noticias se llevaban inmediatamente a la capital y los ejércitos imperiales se ponían en marcha, para aplastarla, a través de las magníficas calzadas del país. ¡Así de admirable era la maquinaria ideada por los déspotas americanos para mantener la tranquilidad a lo ancho y largo de sus dominios! Puede que nos recuerde a una institución similar en la antigua Roma, cuando, bajo el gobierno de los césares, era dueña de medio mundo.

Uno de los principales objetivos de las grandes calzadas era que sirviera para la comunicación militar. Formaba un importante elemento dentro de su política militar que merece la pena estudiar tanto como su política municipal.

A pesar de las manifestaciones pacíficas de los incas y de la tendencia pacífica, que ciertamente tenían sus instituciones internas, estaban constantemente en guerra. Fue precisamente gracias a la guerra como su mísero territorio había aumentado gradualmente hasta convertirse en un poderoso imperio. Una vez que esto se consiguió, la capital, a salvo en su posición central, no se vio agitada ya por estos movimientos militares y el país disfrutó, en alto grado, de las bendiciones de la tranquilidad y del orden. Pero, por muy tranquilo que se encontrara en su corazón, no hay reinado en los registros en el que la nación no se viera involucrada en una guerra contra las naciones bárbaras de las fronteras. La religión proporcionaba un pretexto plausible para la constante agresión y camuflaba el deseo de conquista de los incas, probablemente de sus propios ojos tanto como de los de sus propios súbditos. Como los seguidores de Mahoma, que llevaban la espada en una mano y el Corán en la otra, los incas del Perú no ofrecían otra alternativa más que reverenciar al sol o la guerra.

Es cierto que su fanatismo (o su política) se mostraba en ellos de una forma más suave que en los descendientes del profeta. Como el gran astro que adoraban, actuaban con una delicadeza más poderosa que la violencia[111]. Buscaban ablandar los corazones de las rudas tribus que les rodeaban y reducirles con actos de condescendencia y de amabilidad. Lejos de provocar hostilidades, daban tiempo a que el saludable ejemplo de sus instituciones surtiera efecto, confiando en que sus vecinos menos civilizados se someterían a su cetro, con la convicción de las bendiciones que con ello lograrían. Cuando este argumento fallaba empleaban otros medios, pero aun así de carácter pacífico, y trataban de ganar su dominio sobre ellos mediante negociación, tratados de conciliación y regalos a los hombres principales. En pocas palabras, practicaban todas las artes con las que está familiarizado el político más sutil de una nación civilizada para asegurarse la adquisición de un imperio. Cuando todos estos recursos fallaban, se preparaban para la guerra.

Los reclutamientos se realizaban en todas las provincias, aunque en algunas, donde el carácter de la gente era especialmente violento, más que en otras[112]. Parece probable que todo peruano que hubiera alcanzado cierta edad pudiera ser llamado a las armas. Pero la rotación del servicio militar y las instrucciones regulares que se realizaban dos o tres veces al mes en cada aldea elevaban a los soldados generalmente por encima del grado de una simple milicia. El ejército peruano, al principio poco considerable, llegó a ser muy grande, con el incremento de población en los últimos días del imperio, de tal manera que los monarcas podían llevar al campo de batalla, según nos aseguran los contemporáneos, una fuerza que ascendía a doscientos mil hombres. Mostraban la misma habilidad y respeto por el orden en su organización militar que en el resto de las cosas. Las tropas estaban divididas en cuerpos que correspondían con nuestros batallones y compañías, dirigidas por oficiales que se elevaban en gradación regular desde el más bajo subalterno hasta el noble inca que ostentaba el mando general[113].

Entre sus armas se encontraban las que normalmente utilizaban las naciones, tanto civilizadas como no civilizadas, antes de la invención de la pólvora: arcos y flechas, lanzas, jabalinas, un tipo de espada corta, un hacha de batalla, o la alabarda, y hondas, con las que eran muy expertos. Sus lanzas y flechas estaban acabadas en cobre o, más comúnmente, en hueso, y las armas de los señores incas estaban generalmente engarzadas con oro y

plata. Protegían sus cabezas con cascos fabricados de madera o de la piel de animales salvajes y a veces ricamente decorados con metal y con piedras preciosas y tocados con el brillante plumaje de pájaros tropicales. Estos eran, por supuesto, los ornamentos tan solo de las clases más altas. La gran masa de la soldadesca iba vestida con el traje propio de su provincia y sus cabezas se coronaban con una especie de turbante o rollo de trapos de diferentes colores, que producía un efecto alegre y animado. Su armadura consistía en escudo y rodela y una túnica ceñida de algodón acolchado del mismo modo que los mexicanos. Cada compañía tenía su propio estandarte y, por encima de todos, el estandarte imperial desplegaba el brillante emblema y el arco iris, el escudo de armas de los incas, dando a entender sus pretensiones de ser los hijos de los cielos[114].

Gracias al perfecto sistema de comunicación que se había establecido en el país, bastaba muy poco tiempo para reunir tropas de los lugares más remotos. El ejército se ponía bajo el mando de algún jefe experimentado de sangre real o, más frecuentemente, lo dirigía el inca en persona. La marcha se realizaba rápidamente y con poco esfuerzo para los soldados, ya que a lo largo de toda la ruta les proporcionaban habitaciones a intervalos regulares donde podían encontrar amplio acomodo. El país todavía está cubierto con los restos de obras militares, construidas de granito pórfido que, según la tradición nos asegura, estaban pensados para alojar al inca y a su ejército[115].

A intervalos regulares también se habían levantado almacenes llenos de grano, armas y todo tipo de reservas para la guerra, con las que se abastecía al ejército en su camino. El gobierno tomaba especial cuidado en comprobar que estos almacenes, que se surtían de las reservas de los incas, estuvieran siempre llenos. Cuando los españoles invadieron el país mantuvieron sus propios ejércitos durante un largo período de tiempo con las provisiones que encontraron en ellos[116]. Los soldados peruanos tenían prohibido cometer ningún delito contra la propiedad de los habitantes por cuyo territorio pasaba en el camino de la marcha. Cualquier violación de esta orden era castigada con la muerte[117]. El soldado era vestido y alimentado con el trabajo de la gente, y los incas decidieron justamente que este no debería retribuirle con violencia. Lejos de constituir una carga sobre el trabajo del campesino o siquiera un peso sobre su hospitalidad, los ejércitos imperiales atravesaban el país de un extremo al otro causando tan pocas molestias para los habitantes como las que hubiera causado una

procesión de pacíficos burgueses o una congregación de alegres soldados para una celebración.

A partir del momento en que se declaraba la guerra, el monarca peruano se apresuraba todo lo posible en reunir sus fuerzas, para poder anticiparse a los movimientos de sus enemigos y evitar que se unieran a sus aliados. La poca atención que prestaron a esta capacidad de combinación entre las diferentes naciones del país, que podían haberse impuesto confederando sus fuerzas, fue la razón por la que cayeron una detrás de otra bajo el yugo imperial. No obstante, una vez en el campo de batalla el inca generalmente no mostraba inclinación a aprovecharse de sus ventajas hasta el límite y llevar a su enemigo a una situación extrema. En todas las fases de la guerra siempre estaba abierto a proposiciones de paz y, a pesar de que intentaba reducir a sus enemigos llevándose sus cosechas y atacándoles con el hambre, no permitía que sus tropas cometieran ningún delito innecesario sobre las personas o la propiedad. Se dice que uno de los príncipes peruanos dijo: «Debemos perdonar a nuestros enemigos, o será nuestra pérdida, ya que todo lo que les pertenece será pronto nuestro»[118]. Era una sabia máxima y, como la mayoría de las sabias máximas, se basaba tanto en la benevolencia como en la prudencia. Los incas adoptaron una política que un romano reclamaba para sus compatriotas, quienes nos cuenta que ganaban más con la clemencia hacia los vencidos que con sus victorias[119].

Con el mismo considerado espíritu, ponían el mayor cuidado en proporcionar el mayor confort y la mayor seguridad a sus propias tropas, y cuando una guerra se prolongaba durante mucho tiempo o el clima resultaba malsano, se cuidaban de aliviar a sus hombres con frecuentes reemplazos, que permitían que los primeros soldados volvieran a sus casas[120]. Pero al mismo tiempo que así cuidaban las vidas, tanto de los suyos como de los enemigos, no se echaban atrás a la hora de tomar medidas más severas cuando eran provocados por la ferocidad o el carácter obstinado de la resistencia, y los anales peruanos contienen más de una de estas sangrientas páginas sobre las que no se puede reflexionar hoy en día sin estremecerse. Debería añadirse que la política caritativa que he descrito como característica de los incas no era propia de todos y que hubo más de un miembro de la sangre real que desplegó todo el enérgico y poco escrupuloso espíritu del vulgar conquistador.

El primer paso del gobierno, una vez reducido un país, era introducir el culto al sol. Se levantaban templos y se ponían bajo el cuidado de un

numeroso cuerpo de sacerdotes que exponían al pueblo conquistado los misterios de su nueva fe y que los deslumbraban con el despliegue de su rico y solemne ceremonial[121]. Sin embargo, la religión de los conquistados no era tratada con deshonor. El sol debía ser reverenciado por encima de todos, pero las imágenes de sus dioses eran llevadas a Cuzco y colocadas en uno de los templos para ocupar su lugar entre las deidades inferiores del panteón peruano. Aquí se quedaban como rehenes, en cierto modo, de la nación conquistada, que de esta manera estaría menos inclinada a abandonar su lealtad cuando al hacerlo dejarían a sus propios dioses en manos de sus enemigos[122].

Los incas facilitaban la colonización de la nueva conquista, ordenando que se elaborara un censo de la población y se realizara una cuidadosa inspección del país para determinar sus productos y las características y capacidades de su suelo[123]. Se efectuaba una división del territorio sobre el mismo principio adoptado en su propio reino y se asignaban sus respectivas porciones al sol, al soberano y al pueblo. La cantidad de esta última porción quedaba regulada por la cantidad de población, pero la porción que correspondía a cada persona era igual para todos. Puede parecer extraño que un pueblo aceptase con resignación una norma que implicaba una entrega tan absoluta de la propiedad. Pero se trataba de un pueblo conquistado, a quienes unas guarniciones armadas, apostadas en diversos puntos clave a lo largo de todo el país, llenaban de un temor reverencial[124]. Es probable también que los incas no hicieran más cambios que los esenciales para la nueva situación y que asignaran las propiedades, hasta donde fuera posible, a sus anteriores propietarios. Los curacas, en concreto, eran confirmados en su antigua autoridad o, en caso de que se considerara necesario deponer al curaca que estuviera, se permitía que su legítimo heredero le sucediera[125]. Se mostraba todo el respeto a los antiguos usos y leyes del lugar, hasta donde fueran compatibles con las instituciones básicas de los incas. También se debe recordar que las tribus conquistadas estaban, en muchos casos, demasiado retrasadas en civilización como para poseer ese apego a la tierra, propio de las naciones cultivadas[126]. Pero sea cual fuere la explicación que se quiera dar, parece probable que las extraordinarias instituciones de los incas se establecían con poca oposición en los territorios conquistados[127].

Sin embargo, los soberanos peruanos no confiaban completamente en esta muestra de obediencia de sus nuevos vasallos y para asegurársela de una manera más eficaz utilizaban algunos recursos demasiado notables como para pasarlos en silencio. Inmediatamente después de una conquista reciente, trasladaban por un tiempo a los curacas y sus familias a Cuzco. Aquí aprendían el lenguaje de la capital, se familiarizaban con los usos y los modales de la corte, así como con la política general del gobierno, recibiendo muestras de favor por parte de los soberanos, de forma que sus sentimientos se sintieran halagados y pudieran apegarse de una forma más cálida a su persona. Bajo la influencia de estos sentimientos, los enviaban de nuevo a gobernar sobre sus vasallos, pero dejando a sus hijos mayores en la capital como garantía de su fidelidad y para que honraran la corte del inca[128].

Había otro recurso que tenía características más audaces y originales. No era otra cosa que revolucionar el lenguaje del país. Sudamérica, así como Norteamérica, estaba dividida en una gran variedad de dialectos, o mejor dicho lenguas, que tenían poca afinidad entre sí. Este hecho generaba una gran dificultad al gobierno en la administración de las provincias en las que no conocían el idioma. Se decidió, por tanto, implantar una lengua universal, el *Quichua* (la lengua de la corte, la capital y los territorios circundantes), el más rico y el más global de los dialectos de Sudamérica. Se proporcionaban profesores a las ciudades y aldeas a lo largo del país para que dieran instrucción a todos, incluso a las clases humildes, al mismo tiempo que se daba a entender que no se ascendería a nadie que no conociera esta lengua a un puesto de dignidad o de provecho. Los curacas y otros jefes que visitaban la capital se familiarizaban con este dialecto en su contacto con la corte y a su regreso a casa daban ejemplo utilizándolo entre ellos. Este ejemplo era imitado por sus seguidores, y el quichua se convirtió gradualmente en la lengua de la elegancia y la moda, del mismo modo que el francés normando fue adoptado por todos aquellos en Inglaterra que aspiraban a tener alguna consideración después de la conquista. De esta manera, al mismo tiempo que cada provincia mantenía su lengua particular, se introducía un bello medio de comunicación que permitía a los habitantes de una parte del país mantener comunicación con todas las demás y al inca y sus representantes comunicarse con todos. Esta era la situación a la llegada de los españoles. Debe admitirse que la historia ofrece pocos

ejemplos de una autoridad más absoluta que una revolución como esta en la lengua de un imperio por voluntad de su señor[129].

Sin embargo, otra estratagema de los incas para asegurarse la lealtad de sus súbditos era igualmente notable. Cuando cualquiera de las conquistas recientes mostraba un espíritu pertinaz de desafección, no era raro hacer que una parte de la población, que podía llegar a diez mil habitantes o más, fuera trasladada a un lugar lejano, ocupado por antiguos vasallos de fidelidad intachable a la Corona. Un número igual de estos últimos era trasladado al territorio que los emigrantes habían dejado libre. Mediante este intercambio, la población quedaba compuesta de dos razas distintas que se miraban con recelo y que servía como un efectivo vigilante ante cualquier motín. Con el tiempo prevalecía la influencia de los afectos, apoyada como estaba por la autoridad real y por el trabajo silencioso de las instituciones del estado, a las que las razas extrañas se acostumbraban gradualmente. Poco a poco brotaba en sus pechos un espíritu de lealtad y antes de que hubiera pasado una generación las diferentes tribus estaban mezcladas en armonía como miembros de la misma comunidad[130]. Sin embargo, las diferentes razas continuaban distinguiéndose mediante vestidos diferentes, ya que según la ley del país todo ciudadano debía llevar el traje típico de su provincia natal[131]. Tampoco podían los colonos, que habían sido trasplantados de manera tan poco ceremoniosa, volver a su distrito de nacimiento, ya que por otra ley estaba prohibido a todo el mundo cambiar de residencia sin licencia para ello[132]. Quedaba instalado de por vida. El gobierno peruano atribuía a cada hombre su asentamiento, su esfera de acción, más aún, la misma naturaleza y calidad de su trabajo; dejaba de ser un agente libre, prácticamente se puede decir que le liberaba de la responsabilidad personal.

Al seguir este procedimiento tan peculiar, los incas mostraban tanta preocupación por el bienestar y la conveniencia de los colonos como fuera compatible con la ejecución de su plan. Cuidaban de que los *mitimaes*, como se llamaba a estos emigrantes, fueran trasladados al clima que más congeniara con el suyo propio. No se llevaba a los habitantes de las regiones frías a las cálidas ni a los habitantes de las cálidas a las regiones frías[133]. Incluso se tenían en cuenta sus ocupaciones habituales, y el pescador era realojado en una región marítima o cercana a un lago, mientras que al campesino se le asignaban las tierras que estuvieran mejor adaptadas

a los cultivos que les eran más familiares[134]. Y, como muchos, por no decir todos, considerarían la migración como una calamidad, el gobierno tenía cuidado en dar especiales muestras de favor a los *mitimaes* y de mejorar su condición mediante diversos privilegios e inmunidades y de esta manera reconciliarles, en lo posible, con su suerte[135].

Las instituciones peruanas, aunque puedan haberse modificado y madurado bajo los sucesivos soberanos, llevan todas la marca del mismo patrón, fueron fundidas en el mismo molde. El imperio, reforzándose y agrandándose en cada fase sucesiva de su historia, no era, en sus últimos días, más que un desarrollo, a gran escala, de lo que era en sus inicios en miniatura, de igual manera que se dice que el germen naciente contiene en sí mismo todas las ramificaciones del futuro monarca del bosque. Cada inca sucesivo parecía tener el único deseo de llevar a cabo los planes de su predecesor y avanzar en su camino. Las grandes empresas que comenzaban bajo el reinado de uno eran continuadas por otro y completadas por un tercero. De esta manera, mientras que todos actuaban sobre un plan regular, sin ninguno de esos movimientos excéntricos y retrógrados que traicionan los actos de diferentes individuos, el estado parecía hallarse bajo la dirección de una mano única y, como si se tratara de un largo y único reinado, seguía de forma constante su gran carrera de civilización y de conquista.

El último fin de sus instituciones era la tranquilidad interna. Pero parecía como si esta solo se pudiera conseguir mediante la guerra en el extranjero. La situación de Perú era la tranquilidad en el corazón de la monarquía mientras que había guerra en sus fronteras. Mediante la guerra se daba ocupación a una parte del pueblo y con la dominación y civilización de sus bárbaros vecinos se proporcionaba seguridad a todos. Todo soberano inca, por benigno y benevolente que fuera en su gobierno interno, era un guerrero y guiaba a sus ejércitos en persona. Cada reinado sucesivo extendía aún más las fronteras del imperio. Año tras año contemplaba al monarca victorioso regresar a la capital cargado con los botines, seguido por una multitud de jefes tributarios. Su recepción allí era un triunfo romano. Su numerosa población se lanzaba a la calle para recibirle, vestidos con los alegres y pintorescos trajes de las diferentes provincias, agitando estandartes sobre sus cabezas y esparciendo ramas y flores a lo largo del camino del conquistador. El inca, transportado a hombros de sus nobles sobre su trono de oro, se movía en solemne procesión bajo los arcos triunfales colocados

en su camino hasta el gran templo del sol. Allí, sin ayudantes (ya que todo el mundo, a excepción del monarca, tenían prohibido entrar en los recintos sagrados), el victorioso príncipe, sin su insignia real, descalzo y con toda humildad se acercaba al terrible altar y ofrecía un sacrificio en señal de agradecimiento a la gloriosa deidad que presidía sobre los destinos de los incas. Una vez que esta ceremonia había concluido, toda la población se entregaba a los festejos, la música, el jolgorio y los bailes se podían escuchar en todas las partes de la capital y la iluminación y las fogatas conmemoraban la victoriosa campaña del inca y la incorporación de un nuevo territorio a su imperio[136].

En esta celebración podemos contemplar características más propias de una fiesta religiosa. Ciertamente, todas las guerras peruanas estaban impregnadas de un carácter religioso. La vida de un inca era una larga cruzada contra el infiel para extender el culto al sol y rescatar a las naciones sumidas en la ignorancia de sus bastas supersticiones e impartirles las bendiciones de un gobierno bien regulado. Esta era, en la frase favorita de nuestro tiempo, la «misión» del inca. También era la misión del conquistador cristiano que invadió el imperio de este mismo potentado indio. A la historia le toca decidir cuál de los dos realizó su misión más fielmente.

Sin embargo, los monarcas peruanos no mostraban una impaciencia infantil en la adquisición de imperio. Paraban después de cada campaña y daban tiempo para que se asentara una conquista antes de acometer otras y en este intervalo se ocupaban en la tranquila administración de su reino y hacían largos desplazamientos por el imperio, que les hacían tener una comunicación más cercana con su pueblo. Durante estos intervalos, sus nuevos vasallos también habían comenzado a acostumbrarse a las extrañas instituciones de sus señores. Aprendían a apreciar el valor del gobierno que les elevaba por encima de los males físicos del estadio del barbarismo, les aseguraba protección personal y plena participación en los privilegios de que disfrutaban sus conquistadores y, a medida que se familiarizaban más con las peculiares instituciones del país, el hábito, esa segunda naturaleza, le hacía apegarse más intensamente a esas instituciones por su misma peculiaridad. De esta manera, gradualmente y sin violencia, surgió el gran tejido del imperio peruano, compuesto de numerosas tribus independientes e incluso hostiles entre sí, aunque bajo la influencia de una religión común, una lengua común y un gobierno común, entrelazadas como una nación,

animadas por un espíritu de amor a sus instituciones y de lealtad devota a su soberano. ¡Qué contraste con la situación de la monarquía azteca en el continente vecino, que, compuesta de los mismos materiales heterogéneos, sin un principio de cohesión interna, tan solo se mantenía unida mediante la severa presión ejercida desde fuera por la fuerza física! La razón por la que la monarquía peruana no tuvo más suerte que su rival en este conflicto con la civilización europea se explicará en las siguientes páginas.

Notas al pie

[60] Pelú, según Garcilaso, era la palabra india para «río» y fue la respuesta que dio uno de los nativos a una pregunta que le hicieron los españoles, quienes lo tomaron por el nombre del país (*Comentarios Reales*, parte I, lib. I, cap. 6). Este tipo de errores ha originado el nombre de muchos lugares, tanto en Norteamérica como en Sudamérica. Montesinos, sin embargo, niega que exista tal palabra india para «río» (*Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, lib. I, cap. 2). Según este escritor, Perú era la antigua Ophir, de la que Salomón extrajo tales cantidades de riqueza, y que debido a una transformación muy natural, quedó corrompido en *¡Phirú, Pirú y Perú!* El primer libro de las *Memorias*, que consta de treinta y dos capítulos, está dedicado a este valioso descubrimiento.

[61] Ondegardo, *Relación Primera,* manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. II.

[62] Sin embargo, un *americano* puede encontrar alimento para su vanidad en la reflexión de que se le haya concedido en exclusiva el nombre de una parte del mundo, habitada por tantas naciones civilizadas. ¿Fue concedido o tomado?

[63] *Ibid* ., parte I, caps. 9-10.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 93.

La capital además estaba dividida en dos partes, la ciudad alta y la ciudad baja, que había sido fundada, según se pretendía, por población de diferentes orígenes, una división que también podía verse en las ciudades inferiores. Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[64] *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 15.

Para esta descripción de los Consejos estoy en deuda con Garcilaso, quien a menudo rellena los huecos que sus compañeros han dejado en blanco. Uno, sin embargo, puede dudar de que este relleno resista el paso del tiempo en todos los casos, del mismo modo que el resto de su trabajo.

[65] *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Montesinos, *Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 6.–Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

¡Qué gran analogía hay entre la división peruana y la división anglosajona en *hundreds* y *tithings* ! Sin embargo, la ley sajona era más humana, ya que imponía tan solo una multa sobre el distrito en caso de que se escapara un criminal.

[66] *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Ondegardo, *Relación Primera et Segunda*, manuscritos.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, caps. 11-14.–Montesinos, *Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 6.

Las referencias a los tribunales peruanos por parte de las autoridades más antiguas son enormemente magras e insatisfactorias. Incluso la viva imaginación de Garcilaso ha sido incapaz de suplir este vacío.

[67] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 3.

El robo era castigado con menor dureza si el delincuente era en realidad culpable del delito para satisfacer sus necesidades vitales. Es un hecho llamativo, el que la ley peruana no hiciera distinción entre la fornicación y el adulterio, siendo ambos igualmente castigados con la muerte. Sin embargo, la ley difícilmente se podía poner en práctica, ya que a las prostitutas se les asignaban, o al menos se les permitía, una residencia en las afueras de las ciudades. Véase Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 34.

68 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 23.

«I los traidores entre ellos llamava *aucaes*, i esta palabra es la mas abilitada de todas quantas pueden decir aun Indio del Pirú, que quiere decir traidor á su Señor.» (*Conquista i población del Pirú*, manuscrito.) «En las rebeliones y alzamientos se hicieron los castigos tan asperos que algunas veces asolaron las provincias de todos los varones de edad sin quedar ninguno.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

69 «El castigo era reguroso, que por la mayor parte era de muerte, por liviano que fuese el delito; porque decian, que no los castigavan por el delito que avian hecho, ni por la ofensa agena, sina por aver quebrantado el mandamiento, y rompido la palabra del Inca, que lo respetavan como á Dios.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 12.

70 Uno de los castigos más frecuentes para los delitos menores era llevar una piedra sobre la espalda. McCulloh describe como una prueba de sensibilidad y refinamiento un castigo que se realizaba sin más sufrimiento que la desgracia que lleva asociada. *Researches on America*, p. 361.

71 La Real Audiencia de Perú, bajo el reinado de Felipe II (no puede haber una autoridad más alta), ofrece un enfático testimonio de lo barato y eficiente de la administración de justicia bajo el reinado de los incas. «De suerte que los vicios eran bien castigados y la gente estaba bien sujeta y obediente; y aunque en las dichas penas havia esceso, redundaba en buen gobierno y policia suya, y mediante ella eran aumentados [...]. Porque los Indios alababan la gobernación del Ingá, y aun los Españoles que algo alcanzan de ella, es porque todas las cosas susodichas se determinaban sin hacerles costas.» *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

72 Acosta, lib. 6, cap. 15.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. I.

«Si estas partes fuesan iguales, o qual fuese mayor, yo lo he procurado averiguar y en unas es diferente de otras, y finalmente yo tengo entendido que se hacia conforme á la disposicion de la tierra y a la calidad de los Indios.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

73 Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 2.

La porción que se le otorgaba a cada pareja de recién casados, según Garcilaso, era una *fanega* y media de tierra. Se añadía una cantidad similar por cada hijo varón que naciera y la mitad por cada hija. La fanega era toda la tierra que se podía plantar con cien pesos de grano indio. En el fructífero suelo de Perú, esto significaba una generosa concesión para una familia.

[74] *Ibid.,* parte I, lib. 5, cap. 3.

Es notable que mientras que se habla tanto del soberano inca, se diga tan poco de la nobleza inca, de sus posesiones o de las condiciones de propiedad bajo las que las explotaban. Su historiador nos dice que tenían las mejores tierras donde quiera que vivieran, además de los intereses que tuvieran en las del sol o en las del inca, como hijos de uno y familiares del otro. Nos informa también de que eran mantenidos a costa de la mesa real cuando vivían en la corte (lib. 6, cap. 3). Pero esta información es muy vaga. El estudiante de historia debería saber desde el principio que no debe esperar de los analistas contemporáneos una descripción precisa, o siquiera consistente, de las instituciones de una gente y época bárbara.

[75] Garcilaso relata que Huayna Capac colgó a un indio por labrar la tierra de un curaca, un familiar cercano suyo, antes que las de los pobres. La horca se levantó en la misma tierra del curaca. *Ibid.,* parte I, lib. 5, cap. 2.

[76] *Ibid.,* parte I, lib. 5, caps. 1-3.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[77] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

Sin embargo, a veces el soberano podía recompensar a algún gran jefe o incluso a alguno de entre el pueblo que le hubiera prestado un servicio con la concesión de una pequeña cantidad de llamas, nunca muchas. Los propietarios no podían disponer de ellas ni matarlas, sino que pasaban como propiedad común a sus herederos. Esta extraña disposición demostró ser una fructífera fuente de litigio después de la conquista. *Ibid., ubi supra.*

[78] Véase en especial el relato del licenciado Ondegardo, que entra en mayor detalle que cualquier escritor contemporáneo, en lo concerniente al cuidado de los rebaños peruanos. *Relación Segunda*, manuscrito.

[79] Ondegardo, *Relación Primera et Segunda*, manuscritos.

La fabricación de telas para el inca incluía también la fabricación de artículos para las numerosas personas de sangre real que vestían ropas de la textura más delicada de la que pudiera permitirse ningún peruano. Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, cap. 6.

[80] Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Acosta, lib. 6, cap. 15.

[81] Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 11.

[82] Garcilaso nos quería hacer creer que el inca estaba en deuda con los curacas por su oro y su plata, que los grandes vasallos entregaban en calidad de regalos (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 7). Esta improbable afirmación es contradicha por el informe de la Real Audiencia, *manuscrito de Sarmiento* (*Relación*, manuscrito, cap. 15) y por Ondegardo (*Relación Primera*, manuscrito), que coinciden en decir que las minas eran propiedad del gobierno y se trabajaban exclusivamente para su beneficio. A partir de este depósito lo recaudado era liberalmente administrado en forma de regalos entre los grandes señores y aún en mayor cantidad para el embellecimiento de los templos.

[83] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, caps. 13-16.–Ondegardo, *Relación Primera et Segunda*, manuscritos.

[84] Montesinos, *Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 6.–Pedro Pizarro, *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú*, manuscrito.

«Cada provincia, en fin del año, mandava asentar en los quipos, por la cuenta de sus nudos, todos los hombres que habian muerto en ella en aquel año, y por el consiguiente los que habian nacido, y por principio del año que entraba, venian con los quipos al Cuzco.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap.16.

[85] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 16.

[86] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 15.

«Presupuesta y entendida la dicha división que el Inga tenia hecha de su gente, y orden que tenia puesta en el gobierno de ella, era muy facil haverla en la division y cobranza de los dichos tributos; porque era claro y cierto lo que á cada uno cabia sin que hubiese desigualdad ni engaño.» *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

[87] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 15.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[88] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 5.

[89] «Y tambien se tenia cuenta que el trabajo que pasavan fuese moderado, y con el menos riesgo que fuese posible [...] Era tanta la orden que tuvieron estos Indios, que a mi parecer aunque mucho se piense en ello seria dificultoso mejorarla conocida su condicion y costumbres.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

[90] «El trabajo de las minas estaba», dice el presidente del Consejo de Indias, «tan regulado que nadie lo sentía como una penuria, ni mucho menos su vida se veía acortada por el mismo». Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 15. Es un reconocimiento bastante franco para un español.

[91] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 34.–Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

«E asi esta parte del Inga no hay duda sino que de todas tres era la mayor, y en los depositos se parece bien que yó visité muchos en diferentes partes, é son mayores é mas largos que nó los de su religión sin comparasion.» Ídem, *Relación Segunda*, manuscrito.

[92] «Todos los dichos tributos y servicios que el Inga imponia y llevaba como dicho es eran con color y para efecta del gobierno y pro comun de todos asi como lo que se ponia en depositos todo se combertia y distribuia entre los mismo naturales.» *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

[93] Acosta, lib. 6, cap. 15.

«No podre decir», dice uno de los conquistadores, «los depósitos. Vide de rropas y de todos generos de rropas y vestidos que en este reino se hacian y vsavan que faltava tiempo para vello y entendimiento para comprender tanta cosa, muchos depositos de barretas de cobre para las minas y

de costales y sogas de vasos de palo y platos del oro y plata que aqui se hallo hera cosa despanto». Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reynos del Perú*, manuscrito.

94 A veces por diez años si debemos dar crédito a Ondegardo, quien tenía los medios para saberlo. «É ansi cuando nó era menester se estaba en los depositos é habia algunas vezes comida de diez años [...]. Los cuales todos se hallaron llenos cuando llegaron los Españoles desto y de todas las cosas necesarias para la vida humana.» *Relación Segunda*, manuscrito.

95 Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

«Por tanta orden é cuenta que seria dificultoso creerlo ni darlo á entender como ellos lo tienen en su cuenta é por registros é por menudo lo manifestaron que se pudiera por estenso.» Ídem, *Relación Segunda*, manuscrito.

96 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 15.

* *Rod* en el original, una medida que equivale a cinco yardas y media.

97 «Solo el trabajo de las personas era el tributo que se dava, porque ellos no poseian otra cosa.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

98 «Era tanta la orden que tenia en todos sus Reinos y provincias, que no consentia haver ningun Indio pobre ni menesteroso, porque havia orden i formas para ello sin que los pueblos reciviesen vexacion ni molestia, porque el Inga lo suplia de sus tributos» (*Conquista y Población del Perú*, manuscrito). El licenciado Ondegardo tan solo ve una invención de Satán en estas regulaciones de la ley peruana, por las que los viejos y débiles y los pobres se independizaban, en cierto modo, de sus hijos y de aquellos más cercanos sobre quienes se hubieran apoyado de forma natural; considera que no hay una manera más eficiente de endurecer el corazón que apartándolo de esta manera de la compasión de la humanidad, y ninguna circunstancia ha hecho más, concluye, por contrarrestar la influencia y extender el cristianismo entre los nativos (*Relación Segunda*, manuscrito). Los puntos de vista son ingenuos, pero en un país donde entre el pueblo no existía la pobreza, como en Perú, parecería no haber alternativa para los que sobraban más que aceptar el apoyo del gobierno o morirse de hambre.

99 Acosta, lib. 6, caps. 12, 15.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 10.

100 *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

«Este camino hecho por valles ondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremedales de agua y por peña viva y junto á rios furiosos por estas partes y ballano y empedrado por las laderas, bien sacado por las sierras, deshechado, por las peñas socavado, por junto á los Rios sus paredes, entre nieves con escalones y descanso, por todas partes limpio barrido descombrado, lleno de aposentos, de depositos de tesoros, de Templos del Sol, de Postas que havia en este camino.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 60.

101 «On avait comblé les vides et les ravins par de grandes masses de maçonnerie. Les torrents qui descendent des hauteurs après des pluies abondantes, avaient creusé les endroits les moins

solidez, et s'etaient frayé une voie sous le chemin, le laissant ainsi suspendu en l'air comme un pont fait d'une seule pièce» (Velasco, *Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 206). Este escritor habla a partir de la observación profesional, después de haber examinado diferentes partes de la calzada en la última parte del último siglo.

* El fathom es una medida de longitud que equivale a 2 yardas, es decir, 1,828 metros, cuyo referente más cercano sería la braza española de 1,671 metros.

** En español en el original.

102 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 7.

Se puede encontrar un relato detallado de estos puentes, tal y como todavía hoy pueden verse en diferentes partes del Perú, en Humboldt (*Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 230 *et seq.*). Las *balsas* son descritas con el mismo detalle por Stevenson. *Residence in America*, vol. II, p. 222 *et seq.*

103 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 60.– *Relación del Primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur*, manuscrito.

Este documento anónimo de uno de los primeros conquistadores contiene una detallada y probablemente fiable descripción de las dos calzadas, que el escritor vio en su gloria, y que incluye entre las grandes maravillas del mundo.

104 *Relación del Primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 37.–Zárate, *Historia del Descubrimiento y Conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. II.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 9, cap. 13.

105 «Cette chaussée, bordée de grandes pierres de taille, peut éter comparée aux plus belles routes des Romaines que j'aie vues en Italie, en France et en Espagne [...]. Le grand chemin de l'Inca, un des ouvrages les plus utiles, et en même temps des plus gigantesques que les hommes aient exécuté.» Humboldt, *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 294.

106 La distancia entre las casas de postas ha sido calculada de forma muy diversa, la mayoría de los escritores no la estiman en más de tres cuartos de una legua. He preferido la autoridad de Ondegardo, quien normalmente escribe con más cuidado y conocimiento del terreno que la mayoría de sus contemporáneos.

107 El término *chasqui*, según Montesinos, significa «alguien que recibe algo» (*Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, cap. 7). Pero Garcilaso, una autoridad mejor para su propio idioma, dice que significa «alguien que hace un intercambio». *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 8.

108 «Con vn hilo de esta Borla, entregado á uno de aquellos Orejones goveranaban la Tierra, i proveian lo que querian con maior obediencia, que en ninguna Provincia del Mundo se ha visto tener

á las Provisiones de su Rei.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 9.

109 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 18.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

Si debemos creer a Montesinos, en la mesa real se servía pescado que había sido pescado a cien leguas de la capital ¡veinticuatro horas después de haber sido sacado del océano! (*Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 7). Esto es demasiado rápido prácticamente para cualquier cosa que no sea el tren.

110 La institución de las postas peruanas parece haber provocado una profunda impresión en las mentes de los españoles que visitaron por primera vez el país y se pueden encontrar muchos comentarios de ella en Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 15.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. 5.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito, *et auct. plurimis* .

La creación de postas data de gran antigüedad entre los chinos y, probablemente, todavía de mayor antigüedad entre los persas (véase Herodoto, *Historia Urania*, sec. 98). Es algo notable que una invención pensada para usos de un gobierno despótico recibiera su plena aplicación tan solo bajo uno libre, ya que en él tenemos el germen de ese bello sistema de comunicación que une a todas las naciones de la cristiandad como una vasta familia.

111 «Mas se hicieron Señores al principio por maña, que por fuerza.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

112 Ídem, *Relación Primera*, manuscrito.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

113 Gómara, *Crónica*, cap. 195.– *Conquista del Perú*, manuscrito.

114 Gómara, *Crónica*, *ubi supra* .–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 20.–Velasco, *Historia del Reyno de Quito*, tom. I, pp. 176-179.

Este último escritor ofrece un detallado catálogo de las antiguas armas peruanas, que incluye prácticamente todo aquello con lo que estaba familiarizado el soldado europeo a excepción de las armas de fuego. Tuvo el suficiente juicio como para omitir estas.

115 Zárate, *Historia del Descubrimiento y Conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. II.– Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 60.

Condamine habla de un gran número de estos lugares fortificados, esparcidos por el país entre Quito y Lima, que contempló en su primera visita a Sudamérica en 1737, algunos de los cuales ha descrito con gran detalle. *Mémoire sur Quelques Anciens Monumens, fu Pérou, du Temps des Incas*, ap. *Histoire de l'Académie Royale des Sciences et de Belles Lettres* (Berlín, 1748), tom. II, p. 438.

116 «E ansi», dice Ondegardo hablando a partir de su propio conocimiento personal, «cuando el Señor Presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo alli siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en deposito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15 hanegas junto al camino, é alli comió la gente, y se entendió que si fuera menester muchas

mas nó faltaran en el valle de aquellos depositos, conforme á la orden antigua, porque á mi cargo estubo el repartirlas y hacer la cuenta para pagarlas». *Relación Segunda*, manuscrito.

117 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 44.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 14.

118 «Mandabase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor, presto serán estos nuestros como los que ya lo son; como esto tenian conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 14.

119 «Plus pene parcendo victis, quám vincendo imperium auxisse.» Livio, lib. 30, cap. 42.

120 Garcilaso, *Comentarios Reales*, manuscrito, cap. 14.

121 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 14.

122 Acosta, lib. 5, cap. 12.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 12.

123 *Ibid.*, parte I, lib. 5, caps. 13-14.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 15.

124 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 19.

125 Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. II.

126 Sarmiento ofrece una relación muy completa e interesante de la destacable política humanitaria que seguían los incas en sus conquistas, que forma un chocante contraste con el habitual proceder de esos azotes de la humanidad, a los que la humanidad en su sabiduría corresponde con una mayor admiración todavía de la que le otorga a sus benefactores. Sarmiento, que fue presidente del Consejo Real de las Indias y que llegó al país poco después de la conquista, es una alta autoridad, y su trabajo, almacenado en un oscuro recoveco de El Escorial, es prácticamente desconocido.

127 Según Velasco, incluso el poderoso estado de Quito, con un avance suficiente en civilización como para que entre su pueblo la ley de propiedad estuviera bien reconocida, admitió las instituciones de los incas, «no sólo sin repugnancia, sino con alegría» (*Historia del Reyno de Quito*, tom. II, p. 183). Pero Velasco, una autoridad moderna, creía con facilidad, o por lo menos creía que su lector así lo hacía.

128 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 12, lib. 7, cap. 2.

129 *Ibid.,* parte I, lib. 6, cap. 35; lib. 7, caps. I-2.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito–. Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 55.

«Aun la Criatura no hubiese dejado el Pecho de su Madre quando le comenzasen á mostrar le Lenguaque que havia de saber; y aunque al principio fué dificultoso, é muchos se pusieron en no querer deprender mas lenguas de las suyas propias, los Reyes pudieron tanto que salieron con su intención y ellos tubieron por bien de cumplir su mandado y tan de veras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se savia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.» *Ibid.,* cap. 21.

[130] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. II.

[131] «Este reglamento», dice el padre Acosta, «la tenían en la mayor importancia los incas para el orden y el buen gobierno del reino», lib. 6, cap. 16.

[132] *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[133] «Trasmutaban de las tales Provincias la cantidad de gente de que de ella parecia convenir que saliese, á los cuales mandaban pasar a poblar otra tierra del temple y manera de donde salian, si fria fria, si caliente caliente, en donde les daban tierras, y campos, y casas, tanto, y mas como dejaron.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 19.

[134] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

[135] Los descendientes de estos *mitimaes* todavía se pueden encontrar en Quito (o al menos se podía a finales del último siglo, según Velasco), a los que se les distinguía por este nombre del resto de la población. *Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 175.

[136] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 55.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, caps. 11, 17; lib. 6, cap. 16.

Capítulo III

Religión de los peruanos. Las deidades. Los magníficos templos. Las festividades. Las vírgenes del sol. El matrimonio

Es un hecho notable que muchos, si no todos, los rudos habitantes del vasto continente americano, por muy desfiguradas que pudieran ser sus creencias en otros sentidos debido a una superstición infantil, habían llegado a la sublime concepción de un Gran Espíritu, el Creador del Universo, quien, inmaterial en su propia naturaleza, no debía ser deshonrado por un intento de representación visible y quien, al ocupar todo el espacio, no podía quedar circunscrito a las paredes de un templo. Sin embargo, estas elevadas ideas, tan avanzadas con respecto a los límites habituales del intelecto sin instrucción, no parecen haberles llevado a las consecuencias prácticas que podían haberse esperado y pocas de las naciones americanas han mostrado una gran disposición al mantenimiento de un culto religioso o han encontrado en su fe un poderoso impulso para la acción.

Pero, con el progreso en la civilización, se desarrollaron gradualmente ideas más cercanas a las de las comunidades civilizadas, se estableció una clase independiente con un generoso estipendio, para los servicios de la religión, que se llevaban a cabo con un ceremonial de una precisión y magnificencia que podía rivalizar, en ciertos aspectos, en su comparación con los de las naciones más cultas de la cristiandad. Tal era el caso de las naciones que habitaban la meseta de Norteamérica y de los nativos de Bogotá, Quito, Perú y otras elevadas regiones del gran continente

sudamericano. Era, sobre todo, el caso de los peruanos, quienes reclamaban un origen divino para los fundadores de su imperio, cuyas leyes se basaban todas ellas en la sanción divina y cuyas instituciones de gobierno, así como sus guerras en el exterior, estaban igualmente dirigidas para mantener y propagar su fe. La religión era la base de su política, la condición misma, por así decirlo, de su existencia social. El gobierno de los incas, en sus principios esenciales, era una teocracia.

Sin embargo, aunque la religión estuviera tan imbricada en el tejido social y en la conducta de las instituciones políticas del pueblo, su mitología, es decir, las leyendas tradicionales mediante las cuales pretendían explicar los misterios del universo, eran sumamente pobres y pueriles. Prácticamente ninguna de sus tradiciones, excepto aquella tan bella relativa a los fundadores de su dinastía real, es digna de consideración ni arroja mucha luz sobre sus propias antigüedades o sobre la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de importancia se encuentra una sobre el diluvio, que tiene tanto en común con la de tantas naciones en todas las partes del globo, y que ellos relataban con ciertos detalles que guardan cierto parecido con una leyenda mexicana[137].

Las ideas concernientes a un estado futuro del ser son dignas de mayor atención. Admitían la existencia de un alma en el más allá y conectado con esto tenían una creencia sobre la resurrección del cuerpo. Destinaban dos lugares distintos para la residencia de los buenos y de los malvados; a estos últimos los situaban en el centro de la tierra. Los buenos se suponía que pasaban a una lujosa vida de tranquilidad y sosiego en consonancia con sus altas nociones de felicidad. Los malvados debían expiar sus crímenes con años de duro trabajo. A estas ideas asociaban la creencia en un principio o espíritu del mal, que llevaba el nombre de *Cupay*, a quien no intentaba propiciar con sacrificios y que parece haber sido tan solo una nebulosa personificación espiritual del pecado que ejercía poca influencia sobre su conducta[138].

Esta creencia en la resurrección de la carne era lo que les llevaba a conservar el cuerpo con tanta solicitud, mediante un proceso simple sin embargo que, a diferencia del complicado embalsamamiento de los egipcios, consistía en exponerlo a la acción de la fría, extremadamente seca y altamente enrarecida atmósfera de las montañas[139]. Como creían que las ocupaciones en el mundo futuro serían muy parecidas a las del presente, enterraban junto con los nobles fenecidos algunos de sus vestidos, sus

utensilios y con frecuencia sus tesoros, completando la sombría ceremonia con el sacrificio de sus esposas y criados favoritos, para que le acompañaran y le sirvieran en las alegres regiones más allá de las nubes[140]. Sobre los muertos, cuyos cuerpos secos o momias se han encontrado en una cantidad considerable, algunas veces en posición erecta, aunque más a menudo sentados como es común a las tribus indias de ambos continentes, se levantaban inmensos túmulos de forma irregular o, más frecuentemente, oblonga, surcados por galerías que los recorrían en ángulos rectos. De vez en cuando también se han rescatado tesoros de gran valor en estos monumentales depósitos, lo que ha estimulado a los soñadores aventureros a realizar múltiples excavaciones con la esperanza de tener una buena suerte parecida. Era una lotería igual a la de buscar minas, pero donde, sin embargo, las probabilidades parecían estar en contra de los aventureros[141].

Los peruanos, como tantas otras razas indias, reconocían un ser supremo, creador y señor del universo, al que adoraban bajo los diferentes nombres de Pachacamac y Viracocha[142]. No se levantaba ningún templo a este ser invisible, a excepción de uno tan solo en el valle que tomaba el nombre de la misma deidad, no muy lejos de la ciudad española de Lima. Este templo ya estaba ahí incluso antes de que el país cayera bajo el dominio de los incas y era el gran centro de peregrinaje entre los indios de remotas partes de la tierra, un hecho que sugiere la idea de que el culto a este gran espíritu, aunque aceptado quizá debido a su política acomodaticia, no se había originado con los príncipes peruanos[143].

El culto que inculcaban especialmente y que no dejaban de instaurar allí donde penetraban sus estandartes era el del sol. Era él quien, de una manera peculiar, presidía sobre los destinos del hombre, daba luz y calor a los pueblos y vida al mundo vegetal, a quien reverenciaban como el padre de su dinastía real, el fundador de su imperio y cuyos templos se levantaban prácticamente en todas las aldeas a lo largo del país, al mismo tiempo que sus altares humeaban con las ofrendas quemadas, una forma de sacrificio propia de los peruanos entre las naciones semicivilizadas del nuevo mundo[144].

Además del sol, los incas reconocían varios objetos de devoción conectados de una u otra manera con su deidad principal. Como, por ejemplo, la luna, su hermana esposa, las estrellas veneradas como parte de su séquito, a pesar de que Venus, la más bella de todas ellas, que los

peruanos conocían por el nombre de Chasca, o «el joven de pelo largo y rizos», era adorada como el paje del sol, a quien atendía tan de cerca en su salida y en su puesta. También le dedicaban templos al trueno y al rayo[145], en quienes reconocían a los terribles emisarios del sol, y al arco iris, a quien adoraban como una bella emanación de su gloriosa deidad[146].

Además de estos, los súbditos de los incas incluían entre sus deidades inferiores muchos objetos de la naturaleza, como los elementos, los vientos, la tierra, el aire, las grandes montañas y los ríos, que les impresionaban con ideas de lo sublime y del poder, o a los que se suponía en cierto modo una misteriosa influencia sobre los destinos del hombre[147]. También adoptaron la noción, no muy distinta de la profesada por algunas de las escuelas de filosofía antigua, de que todas las cosas de la tierra tienen su idea arquetípica, su *madre*, como la llamaban enfáticamente, a la que tenían por sagrada, en cierto modo como si fuera su esencia espiritual[148]. Pero su sistema, lejos de estar limitado a estos múltiples objetos de devoción, abrazaba dentro de sus amplios dobleces las numerosas deidades de las naciones conquistadas, cuyas imágenes eran transportadas a la capital, donde las costosas cargas de su mantenimiento eran sufragadas por las respectivas provincias. Era un extraño rasgo de la política de los incas mediante el que podían acomodar su religión a sus intereses[149].

Pero el culto al sol era un asunto que los incas cuidaban especialmente y era objeto de un gasto espléndido por su parte. El más antiguo de los muchos templos dedicados a esta divinidad era el de la isla del Titicaca, de donde se dice que procedían los fundadores de la línea real peruana. Esta era la razón por la que este santuario era especialmente venerado. Todo lo que le pertenecía, incluso los amplios campos de maíz que rodeaban el templo y formaban parte de sus dominios, estaban empapados de su santidad. La producción anual se distribuía entre los diversos almacenes públicos en pequeñas cantidades para cada uno, como algo que santificaría al resto de los productos del almacén. ¡Feliz era el hombre que podía asegurarse aunque fuera una espiga de la cosecha divina para su propio granero![150]

Pero el más renombrado de los templos peruanos, el orgullo de la capital y la maravilla del imperio, estaba en Cuzco, donde, bajo la munificencia de los sucesivos soberanos, se había visto tan enriquecido que recibía el nombre de *Coriancha*, o «el lugar del oro». Constaba de un edificio

principal y de diversas capillas y edificios inferiores, que cubrían una amplia extensión de tierra en el corazón de la ciudad, y estaba completamente rodeado por un muro que, al igual que los edificios, estaba construido de piedra. La construcción era de ese tipo descrito para los demás edificios públicos del país y tan delicadamente realizada que un español que lo vio en su gloria nos asegura que tan solo podía recordar dos edificios en España que por su factura pudieran compararse en modo alguno con este[151]. Sin embargo, esta sólida y, en cierto modo, magnífica estructura ¡estaba rematada con paja!

El interior del templo era lo más digno de admiración. Era literalmente una mina de oro. En la muralla occidental había una representación estampada de la deidad que era un semblante humano, mirando al frente entre innumerables rayos de luz que emanaban de él en todas las direcciones, del mismo modo que siempre se ha personificado al sol entre nosotros. La figura estaba grabada en una placa de oro de enormes dimensiones espesamente cubierta de esmeraldas y piedras preciosas[152]. Estaba situada de tal forma frente a la gran puerta oriental que los rayos del sol de la mañana caían directamente sobre ella, iluminando toda la sala con una luz que parecía más que natural y que rebotaba en los ornamentos de oro que recubrían las paredes y el techo. El oro, en la lengua metafórica del pueblo eran «las lágrimas que lloraba el sol»[153], y por todas partes en el interior del templo brillaba sobre los platos pulidos y las tachuelas del precioso metal. Las cornisas que rodeaban los muros del santuario eran del mismo costoso material, y una franja o friso de oro incrustada en la piedra rodeaba todo el exterior del edificio[154].

Adjunto a la estructura principal, había varias capillas de dimensiones más pequeñas. Una de ellas estaba consagrada a la luna, la segunda deidad de culto, como madre de los incas. Su efigie tenía el mismo diseño que la del sol en una enorme placa que prácticamente cubría un lado de la estancia. Pero esta placa, así como los objetos que decoraban el edificio, eran de plata, como era apropiado a la pálida y plateada luz del bello planeta. Había otras tres capillas, una de las cuales estaba dedicada a la cohorte de las estrellas que conformaba la brillante corte de la hermana del sol; otra estaba consagrada a sus terribles ministros de la venganza, el trueno y el rayo, y una tercera, al arco iris, cuyo arco multicolor llenaba los muros del edificio con colores prácticamente tan radiantes como los suyos propios. Existían además otros edificios o estancias independientes para

acomodar a los numerosos sacerdotes que oficiaban los servicios del templo[155].

Toda la vajilla, los ornamentos y utensilios de todo tipo que se usaban en los servicios religiosos eran de oro o plata. En el suelo del gran salón había doce inmensas vasijas de este último metal llenas de granos de maíz[156], los incensarios para los perfumes, los aguamaniles que contenían el agua para el sacrificio, las cañerías que la conducían a través de los canales subterráneos hacia los edificios, los depósitos que la recibían, incluso los aperos usados en los jardines del templo, eran de los mismos materiales nobles. Los jardines, como aquellos descritos en los palacios reales, brillaban con flores de oro y de plata y diferentes imitaciones del reino animal. También se encontraban aquí animales (entre los que la llama, con su dorado vellón, era la más abundante) realizados en el mismo estilo y con un grado de destreza que, en este caso, probablemente no sobrepasaba la excelencia del material[157].

Si el lector ve en este panorama de hadas tan solo el colorido romántico de algún El Dorado de fábula, debe recordar lo que se ha dicho anteriormente en referencia a los palacios de los incas y considerar que estas «Casas del Sol», como se las llamaba, eran el almacén habitual hacia donde fluían todas las corrientes de la beneficencia pública y privada a lo largo y ancho del imperio. Puede que algunas de las afirmaciones estén enormemente exageradas, unas por la credulidad y otras por el deseo de provocar la admiración, pero ante la coincidencia del testimonio contemporáneo no es fácil establecer la línea exacta que debería marcar la medida de nuestro escepticismo. Es cierto que la brillante descripción que he dado está garantizada por aquellos que vieron estos edificios en todo su orgullo o poco después de que hubieran sido despojados por la avaricia de sus compatriotas. Muchos de los costosos artículos fueron enterrados por los nativos o arrojados a las aguas de los ríos y de los lagos, pero quedaron suficientes como para atestiguar la opulencia sin precedentes de estos edificios religiosos. Todo aquello que por su naturaleza fuera portátil fue rápidamente arrebatado, para gratificar las ansias de los conquistadores, quienes incluso arrancaron las sólidas cornisas y los frisos de oro del gran templo rellenando los lugares vacíos con un material más barato aunque más duradero, ya que no tienta a la avaricia, que es el yeso. Sin embargo, incluso habiendo sido despojados de su esplendor, los venerables edificios todavía ofrecían una atractivo para el pillaje, ya que en sus muros derruidos

había una inagotable cantera para levantar otros edificios. Sobre el mismo terreno que un día estuvo coronado por la impresionante Coricancha, se levantó la imponente iglesia de Santo Domingo, una de las construcciones más imponentes del nuevo mundo. Sobre el lugar que un día resplandecía con los dorados jardines del templo, hoy florecen campos de maíz y alfalfa y el fraile canta sus rezos dentro del recinto consagrado, que una vez estuvo ocupado por los hijos del sol[158].

Además del gran templo del sol, existían un gran número de templos inferiores y de casas religiosas en la capital peruana y sus alrededores, hasta un número, según afirman, de trescientos o cuatrocientos[159]. Ya que Cuzco era un lugar santificado, venerado no solo como la morada de los incas, sino como la de todas las deidades que presidían el abigarrado grupo de naciones del imperio. Era la ciudad querida del Sol, donde su culto se mantenía en su esplendor, «donde cada fuente, sendero y muro», dice un antiguo cronista, «era contemplado como un misterio sagrado»[160]. Y desgraciado era el noble indio que, en algún período u otro de su vida, no hubiera hecho su peregrinaje a la Meca del Perú.

Por las provincias había otros templos y viviendas religiosas esparcidas, algunas de ellas construidas en una escala de magnificencia que prácticamente rivalizaba con la metrópolis. Los ayudantes de estas conformaban un ejército en sí mismos. El número completo de los funcionarios, incluyendo a los de la orden sacerdotal, que oficiaban tan solo en Coriacancha, era de no menos de cuatro mil[161].

A la cabeza de todos, tanto aquí como a lo largo de todo el país, se encontraba el gran Sumo sacerdote, o Villac Vmu, como se le llamaba. Tan solo estaba por debajo en dignidad al inca y generalmente se le elegía de entre sus hermanos o sus familiares cercanos. Era nombrado por el monarca y ocupaba su cargo de por vida; él mismo a su vez nombraba a todos los cargos inferiores de su propia clase, que era muy numerosa. Aquellos de sus miembros que oficiaban en la casa del sol en Cuzco eran elegidos exclusivamente de entre la raza sagrada de los incas. Los ministros de los templos en las provincias se elegían de entre las familias de los curacas, aunque el cargo de sumo sacerdote en cada distrito estaba reservado a alguien de sangre real. Con estas disposiciones se pretendía preservar la pureza de la fe y salvaguardarla contra cualquier desviación del pomposo ceremonial que prescribía de forma tan detallada[162].

La clase sacerdotal, aunque numerosa, no se distinguía mediante ningún signo o traje especial del resto de la nación. Tampoco era la única depositaria de la escasa ciencia del país, ni le estaba encomendada la tarea de la instrucción, ni la de las tareas parroquiales, si se pueden llamar así, que ponen al sacerdote en contacto con el gran cuerpo del pueblo, como sucedía en México. La causa de este rasgo especial se puede rastrear probablemente en la existencia de una clase superior, como era la de los nobles incas, cuya santidad por nacimiento trascendía de tal manera todos los dones humanos, que les hacía reunir en sí mismos, en cierto modo, todo lo que había de veneración religiosa en el pueblo. Eran, de hecho, la única clase sagrada en el estado. No hay duda de que cualquiera de ellos podía, como de hecho muchos de ellos hicieron, asumir las funciones sacerdotales, y su propia insignia y privilegios especiales eran demasiado bien conocidos como para que necesitaran cualquier otro sello que les separara del pueblo.

Las obligaciones del sacerdote quedaban limitadas a los trabajos en el templo. Incluso aquí su presencia no era constante, ya que el sacerdote era sustituido después de un intervalo establecido por otro hermano de su orden, reemplazándose uno a otro en una rotación regular. Su ciencia quedaba limitada al conocimiento de los fastos y festividades y a las ceremonias apropiadas que las caracterizaban. Esto, por muy frívolo que parezca, no era una adquisición fácil, ya que el ritual de los incas suponía una rutina de ritos, tan compleja y elaborada como nunca distinguió el de ninguna otra nación, pagana o cristiana. Cada mes tenía su propia fiesta o mejor dicho fiestas. Las cuatro principales estaban relacionadas con el sol y conmemoraban los grandes períodos de su periplo anual, los solsticios y equinoccios. Quizá la más magnífica de todas las solemnes ceremonias nacionales fuera la fiesta de Raymi, que se celebraba en el período del solsticio de verano, cuando el sol, después de haber tocado el extremo sur de su curso, volvía sobre su camino, como para alegrar con su presencia los corazones de su pueblo elegido. En esta ocasión, los nobles indios de las diferentes regiones del país se dirigían en masa hacia la capital para tomar parte en la gran celebración religiosa.

Durante tres días antes, había un ayuno general y no se permitía que se encendiera fuego en las moradas. Cuando el día establecido llegaba, el inca y su corte, seguidos por toda la población de la ciudad, se reunían al amanecer en la gran plaza para dar la bienvenida a la salida del sol. Iban vestidos con sus trajes más alegres y los señores indios competían entre sí

en el despliegue de los costosos ornamentos y joyas que llevaban encima, al mismo tiempo que los palios de colorido trabajo de plumas y telas ricamente teñidas, que los ayudantes llevaban sobre sus cabezas, le daban a la gran plaza y a las calles que en ella desembocaban la apariencia de haber sido cubierta con un enorme y magnífico toldo. Ansiosamente contemplaban la llegada de su deidad, y en cuanto el primer rayo dorado rozaba las torretas y los más altos edificios de la capital, un grito de alegría surgía de la multitud reunida, acompañado de canciones de triunfo y de la salvaje melodía de los instrumentos bárbaros, que aumentaban de tono a medida que la brillante esfera, elevándose sobre la cadena montañosa que daba al este, brillaba con todo su esplendor sobre sus devotos. Después de las habituales ceremonias de adoración, el inca ofrecía una libación a la gran deidad de una enorme vasija de oro llena del licor fermentado de maíz o de maguey, que, tras haber probado el monarca en persona, repartía entre los familiares reales. Una vez completadas estas ceremonias, la enorme congregación se disponía en procesión y se dirigía hacia el Coricancha[163].

A medida que entraban en la calle del edificio sagrado, todos se despojaban de sus sandalias, excepto el inca y su familia que lo hacían al pasar a través de los portales del templo, donde no se permitía entrar a nadie excepto a estos augustos personajes[164]. Después de un buen tiempo de devoción, el soberano, acompañado de su distinguido séquito, aparecía de nuevo y se hacían los preparativos para que comenzara el sacrificio. Este, en el caso de los peruanos, consistía en animales, grano, flores y resinas de dulces esencias, a veces de seres humanos, en cuyo caso se solía elegir a un niño o una bella doncella como víctima. Pero tales sacrificios eran raros, reservándose para celebrar grandes eventos públicos como una coronación, el nacimiento de un heredero real o una gran victoria. Nunca iban seguidos de esos banquetes caníbales comunes entre los mexicanos y entre muchas de las fieras tribus conquistadas por los incas. Ciertamente, las conquistas de estos príncipes bien pueden considerarse una bendición para las naciones indias, aunque solo fuera por la supresión del canibalismo y la disminución bajo su dominio de los sacrificios humanos[165].

En la fiesta de Raymi, el sacrificio que se ofrecía normalmente era el de la llama, y el sacerdote, después de abrir el cuerpo de su víctima, rebuscaba en la apariencia de lo que se veía para leer la lección del misterioso futuro. Si los augurios no eran propicios, se mataba una nueva víctima, con la esperanza de recibir una confirmación más agradable. El augur peruano

podía haber aprendido una buena lección del romano, considerar favorables todos los augurios que servían a los intereses de su país[166].

Mediante un espejo cóncavo de metal pulido que recogía los rayos del sol en un solo foco sobre una cantidad de algodón seco, se prendía rápidamente el fuego. Era el mismo método que se utilizaba en situaciones similares en la antigua Roma, al menos durante el reinado del pío Numa. En caso de que el cielo estuviera cubierto y el rostro de la buena deidad se escondiera de sus adoradores, lo que se contemplaba como un mal augurio, se obtenía el fuego mediante fricción. La llama sagrada era confiada al cuidado de las vírgenes del sol y si, por cualquier negligencia, se apagaba en el transcurso del año, el hecho se contemplaba como una calamidad que auguraba algún extraño desastre para la monarquía[167]. Después se hacía una ofrenda de las víctimas quemadas a los altares de la deidad. Este sacrificio era tan solo el preludio del sacrificio de un enorme número de llamas, parte de los rebaños del sol, que proporcionaba un banquete no solo para el inca y su corte, sino para el pueblo, que en estas fiestas compensaba las frugales comidas a las que estaban normalmente condenados. En la mesa real se colocaba un delicado pan o tarta confeccionada de harina de maíz por las delicadas manos de las vírgenes del sol, y allí el inca, presidiendo sobre la fiesta, brindaba con sus grandes nobles en generosas copas rellenas del licor fermentado del país. Por la noche se cerraban los festejos del día con música y baile. El baile y la bebida eran los pasatiempos preferidos de los peruanos. Estas diversiones continuaban durante varios días, aunque los sacrificios terminaran el primero. Así era la gran fiesta de Raymi, y la repetición de estas fiestas y otras parecidas aliviaba la rutina monótona del trabajo que debían realizar las clases bajas de la sociedad[168].

En la distribución del pan y el vino en esta gran fiesta, los españoles ortodoxos que llegaron por primera vez al país vieron un chocante parecido con la comunión cristiana[169], del mismo modo que en la práctica de la confesión y la penitencia que, ciertamente de una forma más irregular, parecen haber practicado los peruanos, percibieron una coincidencia con otro de los sacramentos de la iglesia[170]. Los buenos padres se enorgullecían de rastrear tales coincidencias, que ellos consideraban como una treta de Satán, que de esta manera intentaba engañar a sus víctimas falsificando los sagrados ritos de la cristiandad[171]. Otros, en un tono diferente, imaginaban que veían en tales analogías la prueba de que algunos de los antiguos

predicadores del evangelio, quizá un apóstol en persona, había visitado estas distantes regiones y esparcido entre ellos las semillas de la verdad religiosa[172]. Pero no parece muy necesario invocar al príncipe de la oscuridad, o la intervención de los santos sagrados, para explicar las coincidencias que existían en países alejados de la luz de la cristiandad y en épocas, ciertamente, en que su luz todavía no se había elevado en el mundo. Es mucho más razonable explicar estos puntos casuales de coincidencia en la constitución común del hombre y en las necesidades de su naturaleza moral[173].

Otra analogía curiosa con las instituciones de la iglesia católica de Roma se encuentra en las vírgenes del sol, las «elegidas», como eran llamadas[174], a quienes ya he tenido ocasión de hacer referencia. Estas eran jóvenes doncellas dedicadas al servicio de la deidad, a quienes, a una edad temprana, se sacaba de sus casas introduciéndolas en conventos, donde se las ponía bajo el cuidado de unas ancianas matronas, *mamaconas*, que habían envejecido entre sus paredes[175]. Bajo estas venerables guías, las santas vírgenes eran instruidas en la naturaleza de sus deberes religiosos. Se dedicaban al hilado y al bordado y con el fino pelo de la vicuña tejían las colgaduras de los templos y los trajes del inca y su casa real[176]. Ante todo, su función era vigilar el fuego sagrado que se obtenía en el festival de Raymi. Desde el momento en que entraban en la institución cortaban todo contacto con el mundo, incluso con su propia familia y amigos. Nadie, excepto el inca y la coya, o reina, podía entrar nunca en su recinto consagrado. Se le prestaba la mayor atención a la moral y se enviaban todos los años inspectores para comprobar las instituciones e informar sobre el estado de su disciplina[177]. ¡Desgraciada la muchacha a la que se le descubriera cualquier aventura! Por una ley muy severa de los incas, debía ser enterrada en vida, su amante estrangulado y la ciudad o aldea de donde procediera arrasada y «sembrada de piedras» como para borrar cualquier memoria de su existencia[178]. Uno se queda asombrado al encontrar un parecido tan cercano entre las instituciones de los indios americanos, la antigua Roma y los modernos católicos. La castidad y la pureza de vida eran virtudes en la mujer, que parece haber sido de igual estimación entre los bárbaros y los civilizados. Sin embargo, el fin último de las internas de estas casas religiosas era completamente distinto.

La gran institución en Cuzco estaba compuesta totalmente por mujeres de sangre real, cuyo número ascendía, según se dice, a no menos de mil quinientas. Los conventos provinciales se nutrían de las hijas de los curacas y nobles inferiores y ocasionalmente, en el caso de que una muchacha fuera recomendada por sus grandes atractivos personales, de las clases más bajas del pueblo[179]. Las «Casas de las vírgenes del sol» estaban formadas por filas de edificios bajos de piedra, que cubrían una extensión de terreno, rodeado de altas murallas, que las ocultaba completamente de la vista. Estaban provistas de todas las comodidades para las bellas internas, y estaban adornadas de la misma manera suntuosa y costosa que los palacios del inca y los templos, ya que recibían el cuidado especial del gobierno como una parte importante de la orden religiosa[180].

Sin embargo, la carrera de todas las habitantes de estos claustros no quedaba confinada a las estrechas murallas. Porque las vírgenes del sol eran las novias del inca en edad de casarse, se seleccionaba a las más hermosas de entre ellas para los placeres de su cama y eran llevadas al serrallo real. El número total de estas ascendía en tiempos no solo a cientos, sino a miles, todas alojadas en sus diferentes palacios a lo largo del país. Cuando el monarca estaba dispuesto a rebajar el número de sus sirvientes, la concubina cuya compañía estaba dispuesto a perder, regresaba no a su antigua residencia monástica, sino a su propia casa, donde, por muy humilde que pudiera ser su antigua condición, se la mantenía con una gran pompa, y lejos de ser deshonrada por la posición que había ocupado, era reverenciada de forma generalizada como la novia del inca[181].

A los grandes nobles de Perú se les permitía, como a su soberano, tener varias esposas. El pueblo en general, ya fuera por ley o por una necesidad más fuerte que la ley, estaba limitado más felizmente a una. El matrimonio se llevaba a cabo de una forma que le daba un carácter casi tan peculiar como el de las otras instituciones del país. En un día establecido del año, todos aquellos que se encontraban en edad de casarse, lo que en los hombres se establecía en no menos de veinticuatro años, tomando como referencia su habilidad para hacerse cargo de una familia, y en las mujeres a los dieciocho o veinte, eran reunidos en la plaza mayor de sus respectivas ciudades y aldeas a lo largo del imperio. El inca presidía en persona la asamblea de sus propios familiares y, tomando las manos de las diferentes parejas que iban a unirse, las juntaba, declarando a las partes marido y mujer. Lo mismo hacían los curacas con todas las personas de su mismo

grado o inferiores en sus respectivos distritos. Esta era la sencilla forma de matrimonio en Perú. No se permitía que nadie eligiera a su mujer más allá de la comunidad a la que pertenecía, que generalmente estaba compuesta por sus familiares[182]; nadie excepto el soberano estaba autorizado a eximirse de la ley de la naturaleza, o al menos de la habitual ley de las naciones, hasta el punto de casarse con su propia hermana[183]. No se consideraba válido ningún matrimonio sin el consentimiento de los padres y, se dice, que se tenían en cuenta las preferencias de las partes, aunque considerando las barreras impuestas por la edad establecida para los candidatos, esto debe haber sucedido dentro de unos límites estrechos y caprichosos. Se preparaba una morada para la pareja de recién casados a cargo del distrito y se les asignaba la parte prescrita de tierra para su sustento. La ley de Perú preveía para el futuro, así como para el presente. No dejaba nada a la casualidad. La simple ceremonia del matrimonio iba seguida de celebraciones generales entre los amigos de las partes que duraban varios días y, como todas las bodas tenían lugar el mismo día y había pocas familias que no tuvieran a alguno de sus miembros directamente implicado, había un jubileo matrimonial universal a lo largo de todo el imperio[184].

Las extraordinarias reglamentaciones con respecto al matrimonio bajo el reinado de los incas son sumamente características del talante del gobierno, que, lejos de limitarse a asuntos de interés público, se introducía en los recovecos más privados de la vida familiar, no permitiendo a ningún hombre, por muy humilde que fuera, actuar por sí mismo, incluso en aquellas cuestiones personales en las que nadie excepto él o su familia como mucho se supone que deberían estar interesados. No había peruano que fuera demasiado bajo para el amparo vigilante del gobierno. Nadie se encontraba tan alto como para que la dependencia en cada acto de su vida pasara desapercibida. Su misma existencia como individuo era absorbida dentro de la comunidad. Sus esperanzas y sus miedos, sus alegrías y sus penas, la más tierna compasión de su naturaleza, que normalmente quedarían fuera de la vigilancia, estaban todas reguladas por la ley. No se le permitía ni siquiera ser feliz a su propia manera. El gobierno de los incas era el más suave, pero el más escrutador de los despotismos.

Notas al pie

[137] Contaban que, después del diluvio, siete personas salieron de una cueva donde se habían salvado y que ellos fueron los que repoblaron la tierra. Una de las tradiciones de los mexicanos llevaba su ascendencia y la de sus tribus hermanas, de igual manera, hasta siete personas que salieron de otras tantas cuevas en Aztlan (*Conf. Acosta*, lib. 5, cap. 19; lib. 7, cap. 2.–Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito). La historia del diluvio es contada por diferentes escritores con muchas variaciones, en muchas de las cuales no es difícil detectar la impresionable mano del cristiano converso.

[138] Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 123.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, caps. 2, 7.

Uno puede suponer que los peruanos educados, si podemos hablar así, pensaban que el pueblo llano no tenían alma, a juzgar por lo poco que se dice sobre sus opiniones en relación con la condición de estos últimos en la vida futura, mientras que se extienden sobre el futuro de las órdenes más altas, de las que creían profundamente que mantendrían el mismo nivel que en su situación en este mundo.

[139] Tal parece ser de hecho la opinión de Garcilaso, aunque algunos escritores hablan de ungüentos resinosos y de otros tipos para embalsamar el cuerpo. La apariencia de las momias reales encontradas en Cuzco, tal y como lo relatan Ondegardo y Garcilaso, hace probable que no se utilizara ninguna sustancia externa en su conservación.

[140] Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

El licenciado dice que este uso continuó incluso después de la conquista y que él había salvado la vida de más de un siervo preferido, que había huido hacia él buscando protección cuando iba a ser sacrificado en los funerales de su señor muerto. *Ibid.*, *ubi supra.*

[141] Sin embargo, estas minas sepulcrales han demostrado que merecían la pena ser excavadas. Sarmiento habla de que a veces se enterraba junto con los señores incas oro por valor de 100.000 castellanos (*Relación*, manuscrito, cap. 57), y Las Casas, desde luego no la mejor autoridad en las estimaciones numéricas, dice que se han encontrado tesoros que valían más de medio millón de ducados a los veinte años de la conquista en tumbas cercanas a Trujillo (*Œuvres, ed. Par Llorente*, París, 1822, tom. II, p. 192). El varón Humboldt visitó el sepulcro de un príncipe peruano en la misma región del país de donde un español había sacado en 1576 una masa de oro valorada en ¡un millón de dólares! *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 29.

[142] *Pachacamac* significa «Aquel que mantiene o da la vida al universo». El nombre de la gran deidad se expresa a veces por los dos, Pachacamac y Viracocha, combinados (véase Balboa, *Histoire du Pérou*, cap. 6.–Acosta, lib. 6, cap. 21). Un viejo español encuentra en el significado popular de

Viracocha, «espuma del mar», un argumento para derivar la civilización peruana a algún viajero del viejo mundo. *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

143 Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 27.

Ulloa señala que las extensas ruinas de ladrillo que marcan el probable asentamiento del templo de Pachacamac, que atestiguan con su actual apariencia su antigua magnificencia y fuerza, *Mémoires Philosophiques, Historiques, Physiques*, París, 1787, trad. fr., p. 78.

144 Al menos eso es lo que dice el Dr. McCulloh, y no se puede pedir una mayor autoridad sobre las antigüedades americanas (*Researches*, p. 392). ¿Quizá podía haber añadido naciones *bárbaras?*

145 Los peruanos expresaban el trueno, el relámpago y el rayo con una palabra, *Illapa* . ¡De ahí que algunos españoles hayan pensado que los nativos conocían la trinidad! «El demonio robó todo lo que pudo», exclama Herrera, con justificada indignación (*Historia General*, dec. 5, lib. 4 cap. 5). Estas y otras conclusiones todavía más precipitadas (véase Acosta, lib. 5, cap. 28) son reconocidas por Garcilaso como invenciones de los conversos indios, deseosos de agradar la imaginación de sus profesores cristianos (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, caps. 5, 6; lib. 3, cap. 21). La impostura por un lado y la credulidad por el otro han proporcionado una productiva cosecha de absurdos, que ha sido diligentemente reunida por los píos anticuarios de la siguiente generación.

146 La afirmación de Garcilaso de que estos cuerpos celestiales eran objeto de adoración como cosas sagradas, pero no de culto (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. I, 23), es contradicha por Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.– Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 4.– Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 121, y se puede añadir que por casi todos los demás escritores de autoridad que he consultado. Se contradice, en cierto modo, por la admisión del mismo Garcilaso de que los peruanos personalizaban ciertos objetos como seres vivos y que tenían templos dedicados a ellos como tales con sus efigies dibujadas de la misma manera que las del sol en su morada. Ciertamente, el esfuerzo del historiador de reducir el culto de los incas al del sol no es demasiado reconciliable con lo que dice en todos los demás sitios del homenaje que se rendía sobre todo a Pachacamac y Rimac, el gran oráculo del pueblo llano. La mitología peruana era probablemente parecida a la del Indostaní, donde bajo dos, o como mucho tres, deidades principales se reunía una caterva de deidades inferiores a los que el pueblo le rendía homenaje religioso como personificaciones de los diferentes objetos de la naturaleza.

147 Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito. Estos objetos consagrados eran llamados *huacas*, una palabra muy prolífica en significados, ya que podía significar un templo, una tumba y cualquier objeto natural notable por su tamaño o por su forma; en resumen, una nube de significados que por su carácter contradictorio ha arrojado una increíble confusión sobre los escritos de los historiadores y los viajeros.

148 «La orden por donde fundavan sus huacas que ellos llamavan á las Idolatrias hera porque decian que todas criava el sol i que les dava madre por madre que mostravan á la tierra, porque decian que tenia madre, i tenian léwecho su vulto i sus adoratorios, i al fuego decian que tambien tenia madre i al mais i á las otras sementeras i á las ovejas iganado decian que tenian madre, i a la chocha ques el brebaje que ellos usan decian que el vinagre della fera la madre i lo reverenciavan i llamavan mama agua madre del vinagre, i á cada cosa adoravan destas de su manera.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

149 Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

Así parece haberlo visto el licenciado Ondegardo. «E los Idolos estaban en aql *galpón* grande de la casa del Sol, y cada Idolo destos tenia su servicio y gastos y mugeres, y en la casa del Sol le iban á hacer reverencia los que venian de su provincia, para lo qual é sacrificios que se hacian proveian de su misma tierra ordinaria é muy abundantemente por la misma orden que lo hacia quando estaba en la misma provincia, que daba gran autoridad á mi parecer é aun fuerza á estos Ingas que cierto me causó gran admiracion.» *Relación Segunda*, manuscrito.

150 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 25.

151 «Tenia este Templo en circuito mas de quatro cientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy excelente de fina piedra, muy bien puesta y asentada, y algunas piedras eran muy grandes y soberbias, no tenian mezcla de tierra ni cal, sino con el betun que ellos suelen hacer sus edificios, y estan tan bien labradas estas piedras que no se les parece mezcla ni juntura ninguna. En toda la España no he visto cosa que pueda comparar á estas paredes y postura de piedra, sino a la torre que llaman de Calahorra que está junto con la puente de Cordoba, y á una obra que vi en Toledo, cuando fui a presentar la primera parte de mi Crónica al Principe Dn Felipe.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.

152 *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, caps. 44, 92.

«La figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada muy primamente engastonada en muchas piedras ricas.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.

153 «I al oro asimismo decian que era lagrimas que el Sol llorava.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

154 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.– *Antigüedades y Monumentos del Perú*, manuscrito.

«Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo i medio de ancho i lo mismo tenian por de dentro en cada bohio ó casa i aposento» (*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito). «Tenia una cinta de planchas de oro de anchor de mas de un palmo enlazadas en las piedras.» Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

155 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 21.–Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

156 «El bulto del Sol tenian mui grande de oro, i todo el servicio desta casa era de plata i oro, i tenian doze horones de plata blanca que dos hombres no abrazarian cada uno quadrados, i eran mas altos que un buena pica donde echaban el maiz que havian de dar al Sol, segun ellos decian que comiese.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito. El original, como percibirá el lector español, dice que cada una de estas vasijas o tarros de plata era tan alta como una buena lanza y tan grande que ¡dos hombres con los brazos extendidos difícilmente podían abrazarlas! Como esto puede superar la fe de la mente más acomodaticia, he preferido no ser responsable de ninguna dimensión en concreto.

157 *Levinus Apollonius*, fol. 38.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 24.–Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

«Tenian un Jardin que los Terrones eran pedazos de oro fino y estaban artificiosamente sembrado de maizales los quales eran oro asi las Cañas de ello como las ojas y mazorcas, y estaban tan bien plantados que aunque hiciesen recios bientos no se arrancaban. Sin todo esto tenian hechas mas de veinte obejas de oro con sus Corderos y los Pastores con sus ondas y cayados que las guardaban hecho de este metal; havia mucha cantidad de Tinajas de oro y de Plata y esmeraldas, vasos, ollas y todo genero de vasijas todo de oro fino; por otras Paredes tenian esculpidas y pintadas otras mayores cosas, en fin era uno de los ricos Templos que hubo en el mundo.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 24.

158 *Memorias de Miller*, vol. II, pp. 223-224.

159 Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 8.

«Havia en aquella ciudad y legua y media de la redonda quatrocientos y tantos lugares, donde se hacian sacrificios, y se gastava mucha suma de hacienda en ellos.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

160 «Que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de Dioses, é ansi nó habia en toda ella fuente ni paso ni pared que nó dixesen que tenia misterio.» Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

161 *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

Un ejército realmente, si, como afirma Cieza de León, el número de los sacerdotes y sirvientes empleados en el famoso templo de Bilcas, en la ruta hacia Chile, ¡ascendía a 40.000! (*Crónica del Perú*, cap. 89). Todo lo relacionado con estas casas del Sol parece estar hecho a gran escala. Pero sería fácil creer que esto fuera un error de contabilidad por 4.000.

162 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 27.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

Los sacerdotes, según Garcilaso, tan solo eran mantenidos por las propiedades del Sol mientras estaban en el servicio del templo. Cuando no lo estaban debían mantenerse con sus propias tierras que, si tiene razón, se les asignaban de la misma manera que al resto de la nación. *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 8.

[163] *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 27.

El lector encontrará una brillante, y no demasiado extravagante, relación de las fiestas peruanas en la novela de Marmontel *Les Incas* . El autor francés vio en su extraordinario ceremonial una introducción apropiada a su propia festividad literaria, tom. I, caps. 1-4.

[164] «Ningun indio comun osaba pasar por la calle del Sol calzado; ni ninguno, aunque fuese mui gran Señor, entrava en las casas del Sol con zapatos.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[165] Garcilaso de la Vega rechaza de plano que los incas fueran culpables de los sacrificios humanos y mantiene, al contrario, que los abolieron igualmente en todos los países que subyugaron, en los que existiera previamente (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 9 *et alibi*). Pero en este hecho esencial es contradicho de forma inequívoca por Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 22.–*Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Montesinos, *Memorias Antiguas*, manuscrito, lib. 2, cap. 8.–Balboa, *Histoire du Perou*, caps. 5, 8.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 72.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Acosta, lib. 5, cap. 19, y puedo añadir, sospecho, que de continuar mi investigación, por todos los escritores antiguos de autoridad, algunos de los cuales, al haber llegado al país poco después de la conquista, mientras las antiguas instituciones aún estaban en vigor, tienen derecho a una mayor deferencia en el tema que el mismo Garcilaso. Es natural que el descendiente de los incas quisiera evitar a su raza una imputación tan odiosa y debemos sentir compasión por él si muestra, en ciertas ocasiones, donde el honor de su país está en juego, «high gravel blind». Debería añadirse que, para hacer justicia al gobierno peruano, las mejores autoridades coinciden en admitir que los sacrificios eran pocos, tanto en número como en magnitud, reservándose para las ocasiones extraordinarias como las mencionadas en el texto.

[166] «Augurque cum esset, dicere ausus est, optimis auspiciis ea geri, quæ pro rei publicæ salute gererentur.» Cicerón, *De Senectute* .

Esta inspección de las entrañas de los animales para propósitos adivinatorios es digna de señalar, como un hecho de lo más raro, si no único, entre las naciones del nuevo mundo, aunque fuera una ceremonia de sacrificio tan familiar entre las naciones paganas del viejo.

[167] «Vigilemque sacraverat ignem, Excubias divûm æernas.»

Plutarco, en su vida de Numa, describe los reflectores que utilizaban los romanos para encender el fuego sagrado como unos instrumentos cóncavos de bronce, aunque no de forma esférica como los de los peruano, sino triangulares.

[168] Acosta, lib. 5, caps. 28-29.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 23.

[169] «Lo que es más admirable en el odio y el atrevimiento de Satán es que no sólo falsificaba en la idolatría y los sacrificios, sino que también en ciertas ceremonias, nuestros sacramentos que Jesucristo nuestro señor creo y la sagrada iglesia utiliza, habiendo pretendido imitar especialmente, en cierto modo, el sacramento de la comunión, que es el más alto y divino de todos.» Acosta, lib. 5, cap. 23.

170 Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 4.–Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

«El padre de las mentiras igualmente falsificaba el sacramento de la confesión y en las idolatrías buscó ser honrado con ceremonias muy parecidas a las de los cristianos.» Acosta, lib. 5, cap. 25.

171 Cieza de León, no contento con los numerosos relatos maravillosos sobre la influencia y aparición real de Satán en las ceremonias indias, ha adornado su volumen con numerosos grabados representado al Príncipe del mal en forma corpórea con sus habituales detalles de la cola, las garras, etc., ¡como para reforzar las homilías en su texto! Los peruanos contemplaban en su ídolo a un dios. Su conquistador cristiano veía en él al demonio. Uno puede quedarse perplejo a la hora de decidir cuál de los dos puede reclamar la superstición más burda.

172 Piedrahita, el historiador de los Muiscas, está convencido de que este apóstol tiene que haber sido San Bartolomé, cuyos viajes se sabía que habían sido extensos (*Conquista de Granada*, parte I, lib. I, cap. 3). El historiador mexicano considera que Santo Tomás estaba encargado de llevar la misión entre la gente del Anahuac. Parecería, por tanto, que estos dos apóstoles se hubieran dividido el nuevo mundo, al menos las partes civilizadas del mismo, entre los dos. No nos informan de cómo llegaron, si por el estrecho de Bering o directamente a través del Atlántico. Velasco, ¡un escritor del siglo XVIII!, no tiene dudas de que realmente vinieron. *Historia del Reino de Quito*, tom. I, pp. 89, 90.

173 El tema es ilustrado con algunos ejemplos en la *Historia de la Conquista de México*, vol. III, apéndice I, ya que los mismos usos en ese país llevaron exactamente a las mismas conclusiones precipitadas entre los conquistadores.

174 «Llamavase Casa de Escogdas; porque las escogian, ó por Linaje, ó por Hermosura.» Garcilaso, *Cometarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. I.

175 Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

La palabra *mamacona* significa «matrona», *mama* ; la primera mitad de esta palabra compuesta, como ya se ha dicho, significa «madre». Véase Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. I.

176 Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

177 *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.

178 Balboa, *Histoire du Pérou*, cap. 9.–Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. 11.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 3.

Según el historiador de los incas, la digna hermandad no incurrió ni una sola vez en la terrible pena, aunque, de haberlo hecho, el soberano, nos asegura, la hubiera «ejecutado al pie de la letra, con tan poco reparo como lo hubiera hecho ahogando a un cachorro» (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 3). Otros escritores sostienen que estas vírgenes tenían poco para reclamar la reputación de vestales (véase Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 121). Tales imputaciones son bastante comunes para los habitantes de las casas religiosas, tanto paganas como cristianas. En este caso quedan contradichas por el testimonio coincidente de la

mayoría de aquellos que tuvieron la mejor oportunidad de llegar a la verdad y se vuelven bastante improbables por la supersticiosa reverencia de la que disfrutaban los incas.

179 Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. I.

180 *Ibid.,* parte I, lib. 4, cap. 5.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 44.

181 *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 4.–Montesinos, *Memorias Antiguas*, manuscrito, lib. 2, cap. 19.

182 Mediante la estricta palabra de la ley, según Garcilaso, nadie se debía casar fuera de su propio linaje. Pero esta estrecha ley tenía una interpretación más liberal, ya que todos los de la misma ciudad, e incluso la provincia, nos asegura, se consideraban familiares entre sí. *Comentarios Reales*, parte I, lib. 4, cap. 8.

183 Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. 9.

Esta práctica, tan repulsiva para nuestros sentimientos que bien se puede considerar que viola la ley de la naturaleza, no se debe, sin embargo, contemplar como propia de los incas, ya que fue aceptada por muchas de las naciones más cultas de la antigüedad.

184 Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 36.– *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Montesinos, *Memorias Antiguas*, lib. 2, cap. 6.

Capítulo IV

Educación. Quipus. Astronomía. Agricultura. Acueductos. Guano. Manjares más importantes

«La ciencia no es para el pueblo, sino para aquellos de sangre generosa. A la gente baja tan solo la hincha, la envanece y la hace arrogante. Tampoco debería esta mezclarse con los asuntos de gobierno, ya que esto menoscabaría la reputación de los altos cargos y causaría detrimento al Estado»[185]. Tal era la máxima favorita, a menudo repetida, de Tupac Inca Yupanqui, uno de los soberanos peruanos más renombrados. Puede parecer extraño que se proclamara una máxima como esta en el nuevo mundo, donde las instituciones populares se han fundado a una escala mayor de lo que nunca antes se había visto, donde el gobierno descansaba completamente en el pueblo y la educación, al menos en la gran división norteña del continente, estaba directamente orientada a cualificar a la gente para las tareas del gobierno. Sin embargo, esta máxima se ajustaba estrictamente al carácter de la monarquía peruana y puede servir como clave para su habitual política, al mismo tiempo que vigilaba con solicitud incansable sobre sus súbditos, satisfacía sus necesidades físicas, cuidaba de su moral y mostraba constantemente el interés afectuoso de unos padres con sus hijos, sin embargo, los contemplaba tan solo como niños que nunca debían salir del estado de pupilaje para actuar y pensar por sí mismos, sino que todos sus deberes terminaban en la obligación de la obediencia ciega.

Tal era la humillante condición del pueblo bajo los incas, mientras que las numerosas familias de sangre real disfrutaban del beneficio de toda la

luz de la educación que la civilización del país podía proporcionar, y mucho después de la conquista se seguían señalando los lugares donde habían existido seminarios para la instrucción de la nobleza. Estos estaban bajo el cuidado de los *amautas*, u «hombres sabios», que absorbía el escaso depósito de ciencia, si podía llamarse así, que poseían los peruanos, y que eran los únicos maestros de la juventud. Era natural que el monarca se tomara un vivo interés en la instrucción de la joven nobleza, sus propios familiares. Se dice que varios de los príncipes peruanos construyeron sus palacios cerca de los colegios, para que pudieran acudir a ellos de la manera más fácil y escuchar las lecciones de los *amautas*, que algunas veces las reforzaban con una homilía propia[186]. En estas escuelas los pupilos reales eran instruidos en los tipos distintos de conocimiento en los que sus maestros estaban versados, con especial referencia a los cargos que iban a ocupar posteriormente en la vida. Estudiaban las leyes y los principios de administración del Estado, en el que muchos de ellos participarían. Se les iniciaba en los peculiares ritos de su religión, de lo más necesarios para aquellos que iban a asumir las funciones sacerdotales. También aprendían a emular los logros de sus ancestros reales escuchando las crónicas recopiladas por los *amautas* . Se les enseñaba a hablar su propio dialecto con pureza y elegancia y entraban en contacto con la misteriosa ciencia del quipu, que proporcionaba a los peruanos un medio de comunicar sus ideas de uno a otro y de trasmitirlas a las generaciones futuras[187].

El quipu era una cuerda de unos dos pies de largo, compuesto de diferentes hilos de color fuertemente entrelazados, de los que colgaban un número de hilos menores a modo de flecos. Los hilos eran de diferentes colores y estaban anudados. La palabra *quipu*, de hecho, significa *un nudo* . Los colores denotaban objetos sensibles como, por ejemplo, el blanco representaba plata y el amarillo oro. A veces también representaban ideas abstractas. De tal manera que el blanco significaba paz y el rojo guerra. Pero los quipus se utilizaban principalmente para fines aritméticos. Los nudos hacían las veces de cifras y podían combinarse de tal manera que pudieran representar números hasta cualquier cantidad necesaria. Mediante este método hacían sus cálculos con gran rapidez y los españoles que visitaron por primera vez el país dan testimonio de su precisión[188].

En cada uno de los distritos se nombraban funcionarios, que bajo el título de *quipucamayus*, o «mantenedores de quipus», tenían como obligación proporcionar al gobierno información sobre diferentes temas de

importancia. Uno estaba al cargo de los ingresos, informando sobre la cantidad de material en bruto que se distribuía entre los trabajadores, la calidad y cantidad de las telas que se hacían con él y la cantidad de las reservas de diferentes tipos que se pagaba a los almacenes reales. Otro llevaba el registro de nacimientos y muertes, los matrimonios, el número de los aptos para llevar armas y datos parecidos relacionados con la población del reino. Estos informes se enviaban anualmente a la capital, donde se entregaban a los oficiales que conocían el arte de descifrar estos registros místicos para su inspección. El gobierno tenía así un valioso volumen de información estadística y las madejas de hilos de múltiples colores, recogidas y cuidadosamente mantenidas, constituían lo que se puede llamar los archivos nacionales[189].

Aunque los quipus bastaban para los cálculos aritméticos que necesitaban los peruanos, eran insuficientes para representar las múltiples ideas que puede expresar la escritura. Pero, incluso siendo así, el invento no carecía de utilidad ya que, independientemente de la representación directa de objetos sencillos e incluso de ideas abstractas hasta un punto muy limitado, como se ha dicho anteriormente, era de gran ayuda para memorizar mediante asociación. De esta forma un nudo o un color concreto sugería lo que no podía representar, de la misma manera, adaptando el ejemplo casero de un viejo escritor, que el número de un mandamiento nos trae a la memoria el mandamiento mismo. Utilizados de esta manera, los quipus pueden verse como el sistema peruano de nemotecnia.

En cada una de las principales comunidades se nombraban analistas, con la función de registrar los acontecimientos más importantes que sucedían en ellas. Otros funcionarios de más alta jerarquía, habitualmente los *amautas*, tenían la obligación de registrar la historia del imperio y se les seleccionaba para narrar las grandes hazañas del inca reinante o de sus ancestros[190]. La narración que se confeccionaba de esta manera tan solo podía transmitirse mediante tradición oral. Pero los quipus servían al cronista para organizar los hechos con método, así como para refrescar su memoria. Esta historia, una vez atesorada en la mente, quedaba impresa de forma indeleble mediante la repetición periódica. El *amauta* la repetía a sus pupilos y de esta manera la historia, transmitida parcialmente de forma oral y parcialmente mediante signos arbitrarios, pasaba de generación en generación con bastante discrepancia en los detalles, pero con una conformidad general en el contorno con la verdad.

Los quipus peruanos eran sin duda un mal sustituto de ese bello ingenio; el alfabeto, que empleando unos pocos y simples signos que representan sonidos en lugar de ideas, es capaz de transmitir los más delicados matices del pensamiento que nunca hayan pasado por la mente del hombre. Ciertamente el invento peruano estaba muy por debajo de los jeroglíficos, incluso por debajo de la rudimentaria escritura pictórica de los aztecas, ya que el arte de estos últimos, por muy incompetente que fuera a la hora de expresar ideas abstractas, podía describir objetos perceptibles con una precisión aceptable. El hecho de que los peruanos no hayan tomado prestado nada del sistema jeroglífico de los mexicanos es una prueba de la total ignorancia que tenían las dos culturas la una de la otra, y esto a pesar de la existencia de la planta de maguey, *agave*, en Sudamérica, que podía haberles proporcionado el mismo material que utilizaban los aztecas para la fabricación de sus mapas[191].

Es imposible contemplar sin interés los esfuerzos realizados por las diferentes naciones, a medida que salían de su estado de barbarismo, por proporcionarse símbolos visibles de pensamiento, ese misterioso medio por el que la mente de un individuo puede ponerse en comunicación con las mentes de toda una comunidad. La privación de tales símbolos es, en sí misma, el mayor impedimento para avanzar en el camino de la civilización, ya que, ¿qué otra cosa es sino limitar un pensamiento, que contiene en sí las características de la inmortalidad, al pecho del autor o del pequeño círculo de los que entran en contacto con él, en lugar de extenderlo para que ilumine a miles y a generaciones que todavía no han nacido? El símbolo no es solo un elemento esencial de la civilización, sino que puede ser tomado como el verdadero criterio de la civilización, ya que los avances intelectuales de un pueblo están enormemente relacionados con las posibilidades para la comunicación intelectual.

Sin embargo, debemos tener cuidado de no subestimar el verdadero valor del sistema peruano, ni de suponer que los quipus eran unos instrumentos tan torpes en manos de un experimentado nativo como lo serían en las nuestras. Conocemos el efecto del hábito en todas las operaciones mecánicas y los españoles dan testimonio constante de la habilidad y precisión de los peruanos en esta. Su habilidad no es más sorprendente que la facilidad con que el hábito nos permite manejar los contenidos de una página impresa, que incluye miles de caracteres independientes, con una sola mirada, por así decirlo, aunque cada carácter exige un reconocimiento

independiente por parte de la vista y todo eso sin romper tampoco el hilo de pensamiento del lector. No tendríamos la invención del quipu en poca cosa si reflexionamos sobre el hecho de que proporcionaba los medios de cálculo que demandaban los asuntos de una gran nación y que, por muy insuficiente que fuera, proporcionaba no poca ayuda en lo que aspiraba al crédito de una composición literaria.

La labor de registrar los anales nacionales no quedaba únicamente en manos de los *amautas* . Era asumida en parte por los *haravecs*, o poetas, que seleccionaban los hechos más brillantes para sus canciones y baladas, cantadas en las fiestas reales a la mesa del inca[192]. De esta manera creció un corpus de trovadas tradicionales, como la poesía española o británica, gracias al cual el nombre de muchos jefes rudos, que podía haber perecido por falta de cronista, ha llegado arrastrado por la corriente de una rústica melodía hasta las siguientes generaciones.

Sin embargo, se puede pensar que la historia no ganó demasiado de esta alianza con la poesía, ya que el dominio del poeta se extiende sobre un reino imaginado habitado por las incorpóreas formas de la imaginación que tienen poco parecido con las duras realidades de la vida. Se puede considerar que los anales peruanos muestran en parte los efectos de esta unión, ya que hasta el último de los períodos flota un tinte de maravilloso sobre ellos, que a modo de niebla ante los ojos del lector le hace difícil distinguir entre los hechos y la ficción.

El poeta encontró un conveniente instrumento para sus propósitos en el bello dialecto quichua. Ya hemos visto las extraordinarias medidas que tomaron los incas para propagar su lengua a través de su imperio. De esta manera, haciéndolo propio en las provincias más remotas, se enriqueció con una variedad de palabras y expresiones exóticas que bajo la influencia de la corte y de la cultura poética, si se me permite expresarme así, fue fundiéndose gradualmente, como un mosaico terminado compuesto de materiales bastos e inconexos, en un todo armonioso. El quichua se convirtió en el más completo y variado, así como el más elegante de los dialectos de Sudamérica[193].

Además de las composiciones ya mencionadas, se dice que los peruanos mostraron algo de talento para los espectáculos teatrales, no esas yermas pantomimas que, dirigidas tan solo a la vista, han conformado el entretenimiento de más de una nación primitiva. Las piezas peruanas aspiraban al rango de composiciones dramáticas, apoyadas por un personaje

y diálogo, basadas a veces en temas de interés dramático y otras veces en otras que por su carácter social y ligero pertenecían a la comedia[194]. No tenemos medios para juzgar la ejecución de estas piezas. Probablemente eran bastante primitivas, como es propio de gente sin formación. Pero fuera como fuera la realización, tan solo el concepto de un entretenimiento como este es una prueba de refinamiento que distingue honrosamente a los peruanos de las demás razas americanas, cuyos pasatiempos eran la guerra o los feroces deportes que la imitaban.

El carácter intelectual de los peruanos parece ciertamente haber quedado marcado más por una tendencia al refinamiento que por esas cualidades más duras que aseguran el éxito en los caminos más severos de la ciencia. En estos se encontraban por detrás de muchas de las naciones medio civilizadas del nuevo mundo. Tenían ciertos conocimientos de geografía, en lo referente a su propio imperio, que ciertamente era extenso y diseñaban mapas con líneas marcadas sobre ellos que indicaban los límites y las localidades, sobre el mismo principio que las que utilizaban antiguamente los ciegos. En astronomía, parece que llegaron a alcanzar un dominio modesto. Dividían el año en doce meses lunares, cada uno de los cuales, con su nombre, se distinguía por una fiesta propia[195]. Tenían también semanas, pero no está claro qué longitud tenían, si siete, nueve o diez días. Como su año lunar tenía obligatoriamente que quedarse corto con respecto al tiempo real, rectificaban su calendario con observaciones solares realizadas mediante un número de columnas cilíndricas elevadas en las tierras altas alrededor de Cuzco, que les servían para medir el acimut y midiendo sus sombras, calculaban el tiempo exacto de los solsticios. El período de los equinoccios lo determinaban con la ayuda de un pilar solitario o gnomon, colocado en el centro del círculo dibujado en el área del gran templo y atravesado por un diámetro de este a oeste. Cuando las sombras eran prácticamente invisibles bajo los rayos del sol del mediodía, decían que «el dios se había sentado con toda su luz sobre la columna»[196]. Quito, que queda exactamente en el ecuador, donde los rayos verticales no proyectaban sombra al mediodía, era venerado de forma especial como la morada de la gran deidad. El período de los equinoccios se celebraba con fiestas públicas. El pilar estaba coronado por la silla dorada de dios y, tanto en ese momento como en los solsticios, las columnas estaban engalanadas con guirnaldas y se hacían ofrendas de flores y frutas, mientras la fiesta se celebraba por todo el imperio. Con estos períodos, los peruanos regulaban

sus ritos y ceremonias religiosas y decidían la naturaleza de sus trabajos agrícolas. El mismo año comenzaba a partir de la fecha del solsticio de invierno[197].

Esta escasa relación abarca prácticamente todo lo que nos ha llegado de la astronomía peruana. Puede parecer extraño que una nación que había llegado tan lejos en sus observaciones no hubiera llegado más lejos, y que, a pesar de su general avance en la civilización, quedaran en esta ciencia tan lejos, no solo de los mexicanos, sino de los muyscas, que habitaban con ellos las mismas regiones elevadas del gran altiplano del sur. Estos últimos regulaban su calendario sobre el mismo esquema general de ciclos y de series periódicas que los aztecas, acercándose aún más al sistema que seguían los pueblos de Asia[198].

Se podría esperar que los incas, que se vanagloriaban de ser hijos del sol, hubieran realizado un estudio especial de los fenómenos de los cielos y hubieran construido calendarios sobre principios tan científicos como los de sus mediocivilizados vecinos. La verdad es que un historiador nos asegura que organizaban sus años en ciclos de diez, cien y mil años y que mediante estos ciclos regulaban su cronología[199]. Pero esta afirmación, que no es improbable por sí misma, se apoya en un escritor no muy dotado de espíritu crítico y se contrapesa con el silencio de todas las autoridades anteriores y más altas, y con la ausencia de cualquier monumento, como los que se han encontrado entre otras naciones americanas, para atestiguar la existencia de ese calendario. La inferioridad de los peruanos se puede quizá explicar en parte por el hecho de que el cuerpo sacerdotal se nutriese exclusivamente del conjunto de los incas, una clase privilegiada de la nobleza, que, al dar por supuesta su superioridad en el conocimiento, no tenía necesidad de protegerse de los acercamientos del vulgo. La poca ciencia verdadera que poseían los sacerdotes aztecas les proporcionaba una llave para desvelar el misterio de los cielos, y el falso sistema de astrología que construían sobre ella les daba crédito como seres que tenían algo de divino en su propia naturaleza. Pero el noble inca era divino por nacimiento. El ilusorio estudio de la astrología, tan cautivador para la mente poco ilustrada, no atraía su atención. Las únicas personas en Perú que reclamaban el poder de leer el misterioso futuro eran los adivinadores, hombres que, combinando con sus pretensiones algunas habilidades en las artes curativas, recordaban a los hechiceros que se encuentran entre las tribus indias. Pero el oficio no disfrutaba de mucha reputación, excepto entre las clases bajas, y se dejaba a

los que por razones de edad o enfermedad quedaban exentos de las verdaderas ocupaciones de la vida[200].

Los peruanos conocían una o dos constelaciones y observaban los movimientos del planeta Venus, al que, como hemos visto, dedicaban altares. Sin embargo, su ignorancia de los principios básicos de la ciencia astronómica queda patente en sus ideas sobre los eclipses, que suponían eran provocados por alguna gran perturbación del planeta, y cuando la luna pasaba por una de estas misteriosas enfermedades, tocaban sus instrumentos y llenaban el aire de gritos y lamentos para levantarla de su letargo. Creencias tan pueriles como estas forman un chocante contraste con el verdadero conocimiento de los mexicanos, como el que demuestran en sus mapas jeroglíficos en los que la verdadera causa de este fenómeno se describe claramente[201].

Pero, aunque con menos éxito en la exploración de los cielos, se debe admitir que los incas sobrepasaron a todas las razas americanas en su dominio de la tierra. Practicaban la agricultura siguiendo principios que pueden verdaderamente llamarse científicos. Era la base de sus instituciones científicas. Al no tener comercio exterior, era la agricultura la que les proporcionaba los medios de su intercambio interno, su subsistencia y sus ingresos. Hemos visto sus notables disposiciones para distribuir la tierra en parcelas iguales entre el pueblo, al mismo tiempo que exigían a cada hombre, excepto a las clases privilegiadas, que participaran en su cultivo. El mismo inca no desdeñaba dar ejemplo. En una de sus grandes fiestas anuales se desplazaba a las afueras de Cuzco, acompañado de su corte y en presencia de todo el pueblo, levantaba la tierra con un arado de oro (o un instrumento que servía para el mismo fin) consagrando de esta manera la ocupación del campesino como una digna de ser seguida por los hijos del sol[202].

El patrocinio del gobierno no se quedaba en este fácil despliegue de condescendencia real, sino que se mostraba en medidas más eficaces que facilitaban los trabajos de la tierra. Gran parte del país a lo largo de la costa sufría de la falta de agua, ya que en esa zona caía poca o ninguna lluvia y los escasos arroyos, en su breve y acelerado curso desde las montañas, ejercían una influencia muy limitada sobre la amplia extensión de terreno. El suelo, ciertamente, era en su mayor parte arenoso y estéril, pero muchos lugares podían ser recuperados y de hecho tan sólo necesitaban la irrigación apropiada para ser capaces de una extraordinaria producción. A estos

lugares se condujo el agua mediante canales y acueductos subterráneos, realizados a una escala magnífica. Fabricados de grandes losas de piedra caliza encajadas unas junto a otras sin cemento, descargaban un volumen de agua suficiente, mediante conductos latentes y represas, como para humedecer las tierras por las que pasaban, en niveles inferiores. Algunos de estos acueductos eran de gran longitud. Uno que atravesaba el distrito de Condesuyu medía entre cuatrocientas y quinientas millas. Se sacaban de algún lago o reserva de agua natural elevada en el corazón de las montañas y se alimentaban a intervalos por otras cuencas que se encontraban en su ruta a través de laderas de la sierra. En este descenso, a veces había que abrir un paso a través de las rocas (y esto sin la ayuda de herramientas de hierro), rodear una montaña impracticable, atravesar ríos y pantanos; en pocas palabras, tenían que afrontar los mismos obstáculos que en la construcción de sus impresionantes calzadas. Pero los peruanos parecían disfrutar en su lucha contra las dificultades de la naturaleza. Cerca de Cajamarca todavía se puede ver un túnel que excavaron en las montañas para dar salida a las aguas de un lago, cuando este se elevaba, en la temporada de las lluvias, hasta una altura que amenazaba el país con la inundación[203].

Los españoles dejaron que la mayor parte de este trabajo benefactor de los incas se deteriorara. En algunos lugares, todavía se deja que las aguas fluyan por sus silenciosos canales subterráneos cuyos meandros y fuentes han sido igualmente inexplorados. Otros, aunque parcialmente en ruinas y taponados de residuos e invadidos por la vegetación, todavía delatan su curso con ocasionales parches de fertilidad. De este tipo son los restos en el valle de Nasca, un fructífero lugar situado entre grandes zonas de desierto, donde las antiguas canalizaciones de agua de los incas, que medían cuatro o cinco pies de profundidad por tres de anchura y que estaban construidas de grandes sillares sin cemento, vienen de una distancia desconocida.

Se ponía el mayor cuidado en que todos los ocupantes de las tierras por las que atravesaban estos arroyos se beneficiaran de los mismos. La cantidad de agua distribuida a cada uno estaba prescrita por ley y había supervisores reales que vigilaban la distribución y comprobaban que fuera fielmente utilizada para la irrigación de la tierra[204].

Los peruanos mostraban un espíritu de empresa similar en sus planes para introducir el cultivo en las partes montañosas de sus dominios. Muchas de las colinas, aunque cubiertas de un fértil terreno, eran demasiado

escarpadas para ser aradas. Las cortaban en terrazas, con una pared de piedra basta, disminuyendo en una gradación regular hacia la cima, de tal manera que mientras que la franja más baja, o *anden* como la llamaban los españoles, que rodeaba la base de la montaña ocupaba cientos de acres, la más alta era tan solo capaz de albergar unas pocas filas de maíz[205]. Algunas de las prominencias presentaban una masa de roca sólida tan grande que después de haber sido talladas en terrazas tenían que cubrirlas profundamente de tierra antes de que pudieran servir a los propósitos de la agricultura. ¡Los peruanos combatían así con un trabajo tan paciente los formidables obstáculos que presentaba la cara del país! Sin las herramientas o la maquinaria con la que estaban familiarizados los europeos, las personas individualmente hubieran hecho poco, pero actuando en enormes grupos y bajo una dirección única podían, mediante una infatigable perseverancia, conseguir los resultados, intentar lo que hubiera llenado, incluso a los europeos, de desánimo[206].

En este mismo espíritu de agricultura económica que redimía la rocosa sierra de la esterilidad, cavaban bajo el árido suelo de los valles y buscaban un estrato donde se pudiera encontrar alguna humedad natural. Estas excavaciones, que los españoles llamaban *hoyas*, estaban realizadas a una gran escala, abarcando normalmente más de un acre, se hundían hasta una profundidad de quince o veinte pies y estaban rodeadas de un muro de *adobes*[*], o ladrillos secados al sol. El fondo de la excavación, bien preparado con un rico fertilizante de sardinas, un pequeño pez que se obtenía en grandes cantidades por toda la costa, se plantaba con alguna especie de grano o de vegetal[207].

Los granjeros peruanos conocían todos los diferentes tipos de fertilizantes y hacían amplio uso de ellos, un hecho extraño en las ricas tierras de los trópicos y que probablemente no se practicaba entre ninguna otra de las rudas tribus de América. Utilizaban mucho el *guano*, los valiosos restos de las aves marinas que últimamente han atraído mucho la atención de los agrónomos tanto de Europa como de nuestro propio país, cuyas propiedades nutritivas y estimuladoras los indios sabían apreciar perfectamente. Este se encontraba en tales cantidades en muchas de las pequeñas islas a lo largo de la costa, con la apariencia de altas colinas cubiertas con blancas incrustaciones salinas, que llevó a los conquistadores a darles el nombre de *Sierra Nevada*[*].

Los incas tomaban sus habituales precauciones para asegurarse los beneficios de este importante artículo agrícola. Asignaban para su uso las pequeñas islas de la costa a los respectivos distritos que se encontraban cerca de ellas. Cuando la isla era grande se distribuía entre diferentes distritos y se establecían claramente las fronteras para cada una de ellas. Cualquier intromisión en los derechos de los demás se castigaba con severidad. Además aseguraban la conservación de las aves con penas tan severas como aquellas mediante las que los tiranos normandos de Inglaterra protegían su propia caza. Nadie tenía derecho a poner el pie en la isla durante la temporada de apareamiento, bajo pena de muerte, y matar a los pájaros en cualquier época estaba castigado de la misma manera[208].

Teniendo en cuenta este avance en la ciencia agrícola, se podía pensar que los peruanos conocerían de alguna manera el arado, de uso tan general entre las naciones primitivas del continente oriental. Pero no tenían ni la reja de hierro del Viejo Mundo ni los animales de tiro para arrastrarlo que, ciertamente, no existían en el Nuevo Mundo. El instrumento que utilizaban era una fuerte estaca de punta afilada atravesada por una pieza horizontal a unas diez o doce pulgadas de la punta, sobre la que el agricultor podía colocar el pie para empujarla hacia la tierra. Se ataban seis u ocho hombres fuertes mediante cuerdas a la pica y la arrastraban con fuerza tirando juntos y manteniendo el ritmo, a medida que se movían, entonando sus cantos nacionales, en los que les acompañaban las mujeres, que seguían el cortejo para romper los terrones con sus rastrillos. El suave terreno ofrecía poca resistencia, y el trabajador, mediante una larga práctica, adquiría una destreza que le permitía levantar la tierra hasta la profundidad necesaria con increíble facilidad. Este sustituto del arado era un invento un tanto tosco, sin embargo, es curioso como el único de este tipo entre los aborígenes americanos y quizá no muy inferior al instrumento de madera introducido por los conquistadores europeos en su lugar[209].

Frecuentemente la política de los incas consistía, una vez que habían proporcionado a un tramo de desierto los medios de irrigación y de esta manera lo habían hecho apto para los trabajos de la agricultura, en trasplantar una colonia de *mitimaes*, quienes lo trabajaban cultivando los cereales más apropiados para el terreno. Al mismo tiempo que se tenía en cuenta el carácter y la capacidad de las tierras, se proporcionaban medios de intercambio de los diferentes productos con las provincias vecinas, que debido a la formación del país variaba mucho más de lo habitual dentro de

los mismos límites. Para facilitar estos intercambios agrícolas se crearon ferias que tenían lugar tres veces al mes en algunos de los lugares más poblados, donde, como el dinero era desconocido, se realizaba, con un primitivo comercio, el trueque de sus respectivos productos. Estas ferias proporcionaban de esta manera muchos días de fiesta para la relajación de los hacendosos trabajadores[210].

Tales eran las medidas que adoptaron los incas para la mejora de su territorio y, aunque imperfectas, se debe reconocer que muestran un conocimiento de los principios de la ciencia agrícola que les da derecho a reclamar su lugar entre los pueblos civilizados. Bajo su paciente y discriminado cultivo, cada pulgada de la buena tierra se llevaba a su mayor nivel de producción, al mismo tiempo que los lugares menos prometedores eran obligados a contribuir con algo para la subsistencia del pueblo. Por todo el país bullían pruebas de una riqueza agrícola, desde los agradables valles a lo largo de la costa hasta las laderas aterrazadas de la sierra que se elevaban en pirámides de verdor, brillando con todos el esplendor de la vegetación tropical.

La configuración del país era especialmente favorable, como ya se ha señalado, para una infinita variedad de productos, no tanto por su extensión como por sus diferentes alturas, que incluían, todavía más que en México, todas las latitudes desde el ecuador hasta las regiones polares. Sin embargo, aunque la temperatura cambia en esta región con el grado de elevación, se mantiene prácticamente constante en los mismos lugares a lo largo del año y el habitante no siente ninguna de esas gratificantes vicisitudes de la temporada que son propias de las latitudes templadas del globo. De esta manera, mientras que el verano está en pleno apogeo en las ardientes regiones de las palmeras y el árbol del cacao que bordean el océano, la ancha superficie del altiplano florece con la frescura y la primavera permanente y las cimas más altas de las cordilleras están blancas de nieves perpetuas.

Los peruanos aprovecharon esta variedad fija de climas, si podemos decirlo así, cultivando los productos apropiados de cada uno, y prestando especial atención a los que proporcionaban más alimento para el hombre. De tal manera que en las alturas bajas se podían encontrar el árbol de la mandioca y los plátanos, esa pródiga planta que parece haber liberado al hombre de la condena, o más bien la bendición, primigenia de trabajar para subsistir[211]. A medida que la banana desaparecía del paisaje, se encontraba

un buen sustituto en el maíz, el gran alimento básico tanto de la parte norte como de la parte sur del continente americano, y que después de su exportación al Viejo Mundo, se extendió allí de forma tan rápida que llegó a sugerir la idea de que fuera originario de allí[212]. Los peruanos conocían bien los diferentes modos de preparar este útil vegetal, aunque parece que no lo utilizaban para el pan, excepto en las fiestas, y extraían una especie de miel del tallo, además de elaborar un licor euforizante con el grano fermentado, al que, como los aztecas, eran adictos de forma inmoderada[213].

El clima templado de la meseta les proporcionaba el maguey, *agave Americana*, muchas de cuyas extraordinarias cualidades conocían, aunque no la más importante, que era la de proporcionar material para el papel. Entre los productos de esta región elevada también se encontraba el tabaco. Sin embargo, los peruanos se diferenciaban de todas las demás naciones indias que lo conocían en que tan solo lo utilizaban para fines medicinales esnifándolo[214]. Quizá encontraron un sustituto para sus cualidades narcóticas en la coca (*Erythroxylum Peruvianum*), o *cuca*, como la llamaban los nativos. Las hojas, una vez recogidas, secadas al sol y mezcladas con un poco de cal, formaban una preparación para mascar muy parecida a la hoja del betel oriental[215]. Con una pequeña provisión de esta cuca en su bolsa y un puñado de maíz tostado, el indio peruano de nuestro tiempo realiza sus pesados viajes día tras día, sin fatiga, o al menos sin quejarse. Incluso la comida más vigorizante le es menos grata que su amado narcótico. Bajo el gobierno de los incas, se dice que estaba reservada exclusivamente para las clases nobles. De ser así la gente ganó un lujo con la conquista y, después de este período, estaba tan extendido su uso que este artículo se convirtió en uno de los elementos más importantes en los ingresos coloniales de España[216]. A pesar de poseer los sedantes encantos de un opiáceo, esta hierba tan cacareada por los nativos, cuando se usa en exceso, se dice que provoca los mismos efectos maliciosos de una embriaguez común[217].

Más alto, en las laderas de la cordillera, más allá de los límites del maíz y de la *quinoa*, un grano que se parece al arroz y que es muy cultivado entre los indios, se encontraba la patata, cuya introducción en Europa ha comenzado una nueva era en la historia de la agricultura. Ya fuera indígena del Perú o fuera importada del vecino país de Chile, era el gran alimento base de las planicies más elevadas bajo el reinado de los incas y su cultivo

continuaba hasta una altura en las regiones ecuatoriales que alcanzaba muchos miles de pies por encima del límite de las nieves perpetuas en las regiones templadas de Europa[218]. Más al norte se pueden ver especímenes silvestres de esta planta, surgiendo espontáneamente entre los atrofiados arbustos que visten las suaves laderas de las cordilleras, hasta que estos gradualmente se hunden entre los musgos y esa especie de hierba amarilla, *pajonal*, que como una alfombra dorada se ha extendido alrededor de la base de los imponentes conos que se elevan en las lejanas regiones del silencio eterno, cubiertos con las nieves de siglos[219].

Notas al pie

[185] «No es lícito, que enseñen á los hijos de los Plebeyos, las Ciencias, que pertenecen á los Generosos, y no mas; porque como Gente baja, no se eleven, y ensorbevezcan, y menoscaben, y apoquen la Republica: bastales, que aprendan los Oficios de sus Padres; que el Mandar, y Gobernar no es de Plebeyos, que es hacer agravio al Oficio, y á la Republica, encomendársela á Gente comun.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 8.

[186] *Ibid.,* parte I, lib. 7, cap. 10.

El descendiente de los incas indica los restos, visibles en su día, de dos de los palacios de sus ancestros reales, que habían sido construidos en la vecindad de escuelas para poder acceder a ellos más fácilmente.

[187] *Ibid.,* parte I, lib. 4, cap. 19.

[188] *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 9.–Acosta, lib. 6, cap. 8.–Garcilaso, parte I, lib. 6, cap. 8.

[189] Ondegardo expresa su asombro ante la variedad de objetos que abarcaban estos simples registros, «difícil de creer por alguien que no los haya visto». «En aquella ciudad se hallaron muchos viejos oficiales antiguos del Inga, asi de la religión, como del Gobierno, y otra cosa que no pudiera creer sino la viera, que por hilos y nudos se hallan figuradas las leyes, y estatutos asi de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los Reyes y tiempo que gobernaron: y hallose lo que todo esto tenian a su cargo que no fue poco, y aun tube alguna claridad de los estatutos que en tiempo de cada uno se havian puesto» (*Relación Primera*, manuscrito) (véase también Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 9.–Acosta, lib. 6, cap. 8.–Garcilaso, parte I, lib. 6, caps. 8-9). Todavía se puede encontrar un vestigio de los quipus en algunas partes del Perú, donde los pastores mantienen las cuentas de sus numerosos rebaños mediante esta antigua aritmética.

[190] *Ibid., ubi supra.*

[191] *Ibid., ubi supra .– Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 9.

Sin embargo, se debe reconocer que los quipus tienen cierto parecido con los cinturones de wampum, fabricados de cuentas de colores enhebradas, de uso común entre las tribus de Norteamérica, para sancionar tratados y para otros propósitos.

[192] *Declaración de la Audiencia Real*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 27.

La palabra *haravec* significa «inventor» o «encontrador» y en su título, así como en sus funciones, el poeta juglar nos puede recordar al *trouvère* normando. Garcilaso ha traducido una de las piezas líricas de sus paisanos. Es ligera y viva, pero un pequeño ejemplar no nos proporciona bases para una crítica general.

[193] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

Sarmiento se lamenta justamente de que sus compatriotas permitieran que este dialecto, que podía haberse demostrado tan útil en sus relaciones con las variopintas tribus del imperio, se perdiera tanto en su uso como lo ha hecho. «Y como tanto digo que fué harto beneficio para los Españoles haver esta lengua pues podian con ella andar por todas partes en algunas de las quales ya se vá perdiendo.» *Relación*, manuscrito, cap. 21.

Según Velasco, los incas, al llegar con sus legiones conquistadoras a Quito, se quedaron asombrados de descubrir que un dialecto del quichua se hablaba allí, aunque era desconocido en la mayor parte del territorio cercano, un hecho llamativo ciertamente, de ser cierto (*Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 185). El autor, un nativo de ese país, tenía acceso a algunas fuentes de información poco usuales y sus curiosos volúmenes muestran una íntima analogía entre la ciencia y las instituciones sociales del pueblo de Quito y Perú. Sin embargo, este libro se traiciona con una obvia ansiedad por mostrar a su país desde un punto de vista superior y con frecuencia aventura afirmaciones con una confianza que no está bien calculada para asegurar la de sus lectores.

[194] Garcilaso, *Comentarios Reales*, *ubi supra* .

[195] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

Fernández, que difiere de la mayoría de las autoridades en la datación del comienzo del año en junio, da los nombres de los diferentes meses, con sus ocupaciones propias. *Historia del Perú*, parte 2, lib. 3, cap. 10.

[196] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, caps. 22-26.

Los conquistadores españoles derribaron estos pilares como un resto de idolatría de los indios. ¿Cuál tenía más derecho al título de bárbaro?

[197] Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, manuscrito, cap. 16.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 23.–Acosta, lib. 6, cap. 3.

El gnomon más célebre en Europa, ese levantado en el duomo de la iglesia metropolitana de Florencia, fue levantado por el famoso Toscanelli, para determinar los solsticios y regular las fiestas de la iglesia, alrededor del año 1468, quizá en una fecha no muy lejana de la de un ingenio astronómico similar de los indios americanos. Véase Tiraboschi, *Historia della Letteratura Italiana*, tom. VI, lib. 2, cap. 2, sec. 38.

[198] Piedrahita, obispo de Panamá, ha ofrecido una relación escasa, aunque tan exhaustiva como probablemente podían garantizar las autoridades, de este interesante pueblo, en los dos primeros libros de la *Historia General de las Conquistas del Nuevo Regno de Granada* (Madrid, 1688). M. de Humboldt tuvo suerte de obtener un manuscrito escrito por un eclesiástico español residente en Santa Fe de Bogotá, relacionado con el calendario Muysca, del cual el filósofo prusiano ha hecho un amplio y luminoso análisis. *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 244.

[199] Montesinos, *Memorias Antiguas historiales y políticas del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 7.

«Renovó la computacion de los tiempos, que se iba perdiendo, y se contaron en su Reinado los años por 365 dias y seis horas; á los años añadió decadas de diez años, á cada diez decadas una centuria de 100 años, y á cada diez centurias una capachoata ó Jutiphuacan, que son 1000 años, que quiere decir el grande año del Sol; asi contaban los siglos y los sucesos memorables de sus Reyes.» *Ibid., loc. cit.*

[200] «Ansi mismo les hicieron señalar gente para hechizeros que tambien es entre ellos, oficio publico y conocido en todos, [...] los diputados para ello no lo tenian por travajo, por que ninguno podia tener semejante oficio como los dichos sino fuesen viejos é viejas, y personas inhábiles para trabajar, como mancos, cojos ó contraechos, y gente asi á quien faltava las fuerzas para ello.» Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[201] Véase el *Códice Telleriano Remensis*, parte 4, fig. 22, ap. *Antiquities of México*, vol. I. Londres, 1829.

[202] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 16.

También los nobles, según parece, en esta gran fiesta, imitaban el ejemplo de su señor. «Pasadas todas las fiestas, en la ultima llevavan muchos arados de manos, los quales antiguamente heran de oro; i échos los oficios, tomava el Inga un arado i comenzava con el a romper la tierra, i lo mismo, i sin que el Inga hiciese esto no avia Indio que osase romper la tierra, ni pensavan que produjese si el Inga no la rompia primero i esto vaste quanto á las fiestas.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[203] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 21.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 24.–Stevenson, *Narrative of a Twenty Years' Residence in S. America* (Londres, 1829), vol. I, p. 412; vol. II, pp. 173-174.

«Sacauan acequias en cabos y por partes que es cosa estraña afirmar lo: porque las echauan por lugares altos y baxos: y por laderas de los cabeços y haldas de sierras q estan en los valles: y por ellos mismos atreuiessan muchas: unas por una parte, y otras por otra, que es gran delectacio caminar por aquellos valles: porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescuras.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 66.

[204] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Memoirs of Gen. Miller*, vol. II, p. 220.

[205] Miller supone que era a partir de estos *andenes* que los españoles le dieron el nombre de Andes a las cordilleras de Sudamérica (*Memoirs of Gen. Miller*, vol. II, p. 219). Pero el nombre es más antiguo que la conquista, según Garcilaso, quien lo rastrea hasta *Anti*, el nombre de la provincia que queda al este de Cuzco (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. II). También puede haber sugerido el nombre de la provincia sino directamente de las montañas *anta*, la palabra para cobre, que se encontraba en abundancia en ciertas regiones del país.

206 *Memoirs of Gen. Miller*, *ubi supra* .–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. I.

* En español en el original.

207 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 73.

Los restos de estas antiguas excavaciones todavía provocan el asombro del viajero moderno. Véase Stevenson, *Residence in S. America*, vol. I, p. 359.–También McCulloh, *Researches*, p. 358.

* En español en el original.

208 Acosta, lib. 4, cap. 36.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 3.

209 *Ibid.,* parte I, lib. 5, cap. 2.

210 Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 19.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 36; lib., cap. I.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 3.

211 Las prolíficas propiedades del plátano son mostradas por M. de Humboldt, quien afirma que su productividad, en comparación con la del trigo, es de 133 a 1 y que con la de la patata es de 44 a 1 (*Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, París, 1827, tom. II, p. 389). Es un error suponer que esta planta no fuera indígena de Sudamérica. La hoja de banana se ha encontrado frecuentemente en las antiguas tumbas peruanas.

212 El nombre erróneo de *blé de Turquie* muestra el error popular. Sin embargo, la rapidez de su difusión por Europa y Asia, después del descubrimiento de América, no es en sí misma suficiente para demostrar que no pudiera ser indígena del Viejo Mundo, y que no hubiera permanecido desconocido allí durante tanto tiempo.

213 Acosta, lib. 4, cap. 16.

La sustancia almibarada que contiene el tallo de la planta de maíz es mucho mayor en los países tropicales que en las latitudes más nórdicas, hasta el punto de que a veces se puede ver a los nativos de las primeras chupándolo como la caña de azúcar. Un tipo de los licores fermentados, el *sora*, hecho de su grano, era tan fuerte, que su uso estaba prohibido por los incas, al menos entre el pueblo común. Sus prohibiciones no parecen haber sido obedecidas de forma tan ciega en este caso como de costumbre.

214 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 2, cap. 25.

215 La cáustica hoja del *betel* se mezclaba con cal para mascar (Elphinstone, *History of India*, Londres, 1841, vol. I, p. 33). El parecido de este placer en el lejano este y el lejano oeste es llamativa.

216 Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Acosta, lib. 4, cap. 22.–Stevenson, *Residence in South America*, vol. II, p. 63.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 96.

217 Un viajero (Poeppig) indicado en la *Foreign Quarterly Review* (n.º 33) se explaya sobre los malignos efectos del uso habitual de coca, como muy similares a aquellos que se producen en el mascador de opio. Es curioso que tan nefastas propiedades no sean el tema de comentarios más

frecuentes por parte de otros escritores. No recuerdo haber visto que hicieran siquiera referencia a ello.

218 Malte-Brun, lib. 86.

La patata, encontrada por los primeros conquistadores en Chile, Nueva Granada y por todas las cordilleras de Sudamérica, era desconocida en México, una prueba más de la completa ignorancia que tenían mutuamente las dos naciones de los dos continentes. M. de Humboldt ha dedicado mucha atención a la historia primitiva de esta planta, que ha ejercido una influencia tan importante en la sociedad europea, supone que el cultivo de esta en Virginia, donde los primeros colonos la conocían, tenía que haber venido originariamente de las colonias españolas del sur. *Essai Politique*, tom. II, p. 462.

219 Mientras que Perú, bajo los incas, podía enorgullecerse de estos productos indígenas y de muchos otros poco familiares para el europeo, desconocía otros de gran importancia que desde la conquista han prosperado allí como si se tratara de su terreno original. Tales son la oliva, la uva, la higuera, la manzana, la naranja y la caña de azúcar. Allí no se encontraban ninguno de los cereales del Viejo Mundo. El primer trigo fue introducido por una dama española de Trujillo que se tomó grandes trabajos para diseminarlo entre los colonos, de lo que el gobierno, para su crédito, no hizo caso omiso. Su nombre era María Escobar. La historia que se ocupa tanto de celebrar los azotes de la humanidad, debería tomarse igual placer en conmemorar a uno de sus verdaderos benefactores.

Capítulo V

La oveja peruana. Las grandes cacerías. Manufacturas. Habilidades mecánicas. Arquitectura. Reflexiones finales

De una nación que había hecho tales progresos en agricultura, era razonable esperar que hubiera adquirido cierta competencia en las artes mecánicas. Especialmente cuando, como en el caso de los peruanos, su economía agrícola exigía en sí misma un grado bastante considerable de dichas habilidades. Se ha comprobado que el progreso en las manufacturas, en la mayoría de las naciones, está íntimamente relacionado con el avance en la agricultura. Las dos artes están dirigidas al mismo gran objetivo de proporcionar tanto las necesidades básicas como las comodidades, o en un estado más refinado de sociedad, los lujos de la vida de tal manera que, cuando una se lleva a un nivel de perfección que implica un cierto avance en la civilización, la otra debe encontrar naturalmente un desarrollo similar bajo las exigencias y las capacidades crecientes de la nueva situación. Los súbditos de los incas, en su paciente y tranquila dedicación a las ocupaciones más humildes de la industria que les ataban a su tierra de origen, se parecían mucho más a las naciones orientales, como los indios y los chinos, que a la gran familia anglosajona, cuyo fuerte temperamento les ha llevado a buscar sus fortunas en el tormentoso océano y a abrir vías de comercio con las regiones más distantes del globo. Los peruanos, aunque rodeados de una extensa costa, no tenían comercio exterior.

Contaban con ventajas especiales para la producción local en un material incomparablemente superior a todo lo que poseían las demás razas del

continente occidental. Encontraron un buen sustituto para el lino en un material que, al igual que los aztecas, sabían cómo tejer a partir de la dura fibra del maguey. El algodón crecía de forma exuberante en los niveles bajos y bochornosos de la costa y les proporcionaba un vestido apto para las latitudes más suaves del país. Pero de la llama y las especies hermanas de la oveja peruana obtenían una lana que se adaptaba mejor al clima más frío del altiplano; «más valiosa», para citar el lenguaje de un escritor bien informado, «que la piel del castor canadiense, la lana de las *brebis des Calmoucks*[*], o de la cabra Siria»[220].

De las cuatro variedades de oveja peruana, la llama, la más comúnmente conocida, es la menos valiosa en cuanto a su lana. Se utiliza principalmente como animal de carga, para lo que parecería quedar descartada por su pequeño tamaño y su fuerza, aunque sea algo más grande que las otras variedades. Lleva una carga de poco más de cien libras y no puede viajar más de tres o cuatro leguas en un día. Pero todo esto queda compensado por la escasa atención y coste que se requiere para su cuidado y mantenimiento. Se sustenta fácilmente a base del musgo y el raquítico pasto que crece escaso en las resecas laderas de la cordillera. La estructura de su estómago, como la del camello, es tal que puede pasar sin ningún suministro de agua durante semanas, por no decir meses. Su mullida pezuña, armada con una garra o talón puntiagudo, le permite tener un apoyo seguro en el hielo, nunca necesita que se le calcen herraduras y la carga que se coloca sobre su espalda se mantiene agarrada de forma segura en el lecho de su lana, sin la ayuda de cinchas ni sillas. Las llamas se mueven en rebaños de quinientos o incluso mil, y de esta manera, aunque cada una carga poco, la cantidad en conjunto es considerable. La caravana al completo viaja a un paso regular, pasando la noche a la intemperie sin sufrir por las temperaturas más bajas, marchando en perfecto orden y obedeciendo la voz de su guía. Este pequeño y brioso animal tan solo se niega a moverse cuando se las carga demasiado, y no se levanta del suelo ni con golpes ni con caricias. Es tan testaruda a la hora de hacer valer sus derechos en este caso, como de natural es dócil y obediente[221].

El empleo de animales domesticados diferenciaba a los peruanos de todas las demás razas del Nuevo Mundo. Este ahorro de trabajo humano sustituyéndolo por una bestia es un importante elemento de la civilización, inferior tan solo en lo que se ha ganado al sustituir a ambos por las máquinas. Sin embargo, los antiguos peruanos parecen haber prestado

mucha menos atención a esto que sus conquistadores españoles y haber valorado la llama, junto con los demás animales de su género, principalmente por su vellón. El gobierno mantenía inmensos rebaños de este *ganado mayor*, como era llamado, y de ese otro *ganado menor*, o *alpacas*[222], como ya se ha dicho, y los ponía bajo el cuidado de pastores que las guiaban de una región a otra del país según los cambios de estación. Estas migraciones estaban reguladas con la misma precisión con que el código de la *mesta*[*] establecía las migraciones de los enormes rebaños de *merinas*[**] en España, y los conquistadores, cuando desembarcaron en Perú, quedaron sorprendidos al encontrar una raza de animales tan similares en sus propiedades y hábitos y controlados por una legislación que podría parecer importada de su propio país de origen[223].

Pero la mayor reserva de lana se obtenía, no de los animales domesticados, sino de las otras dos especies, los guanacos y las vicuñas, que rumiaban en su libertad original por los territorios congelados de las cordilleras, donde a menudo se les podía ver escalando los picos cubiertos de nieve que no habita ningún otro ser vivo excepto el cóndor, ese inmenso ave de los Andes cuyas amplias alas le elevan en la atmósfera hasta una altura de más de veinte mil pies por encima del nivel del mar[224]. En estos escarpados pastos el «rebaño sin redil» encontraba suficiente sustento en el *ychu*, una especie de hierba que se esparce por toda la gran cadena montañosa de la cordillera, desde el ecuador hasta los límites sureños de la Patagonia. Y como estos límites definen el territorio que atraviesa la oveja peruana, que raramente, si lo hace alguna vez, cruza el límite norte de la línea, parece muy probable que esta misteriosa plantita sea tan importante para su existencia, que su ausencia sea la principal razón por la que no han penetrado en las latitudes más al norte de Quito y Nueva Granada[225].

Pero, a pesar de que rumiaran así sin dueño por las soledades ilimitadas de las cordilleras, el agricultor peruano tenía prohibido cazar estos animales salvajes, que estaban protegidos por leyes tan severas como lo estaban los lustrosos rebaños que pastaban en las laderas más habitadas de la meseta. La caza salvaje de los bosques y de las montañas era propiedad del gobierno, de la misma manera que si hubiera estado metida dentro de un parque o encerrada dentro de un redil[226]. Tan solo se permitía que se cogiera parte de la caza en momentos determinados, en las grandes cacerías que tenían lugar una vez al año, bajo la supervisión personal del inca o sus

oficiales más importantes. Estas cacerías no se repetían en la misma región del país con más frecuencia que una vez cada cuatro años, para dejar tiempo a que se reparara el daño ocasionado. En el momento establecido se distribuía a todos los que vivían en el distrito o en sus cercanías, que podían llegar a un número de cincuenta o sesenta mil hombres[227], en círculo, formando un cordón de una extensión enorme que debería rodear todo el campo en el que se iba a cazar. Los hombres estaban armados con picas largas y lanzas con las que batían cualquier tipo de caza que merodeara por el bosque, los valles y las montañas, matando a los animales de presa sin merced y dirigiendo a los otros, que en su mayoría eran ciervos del país y guanacos y vicuñas, hacia el centro de un amplio círculo, hasta que, a medida que se cerraba, los pusilánimes habitantes del bosque se concentraban en una espaciosa llanura donde el ojo del cazador podía correr libremente sobre sus víctimas, que no encontraban refugio o escapatoria.

Se cazaban los ciervos macho y algunas de las especies más bastas de oveja peruana, sus pieles se reservaban para las variadas manufacturas útiles para las que generalmente se utilizan y su carne, cortada en finas rodajas, era distribuida entre el pueblo, que las convertía en *charqui*, la carne seca del país que era la única, igual que desde entonces ha sido la más importante, comida animal de las clases bajas del Perú[228].

Pero prácticamente se dejaba que escapara la totalidad de las ovejas, que normalmente ascendían a treinta o cuarenta mil, o incluso más, después de ser cuidadosamente esquiladas, para que retomaran sus solitarios vagabundeos por las montañas. La lana así recogida se depositaba en los almacenes reales, de donde, llegado el momento, era distribuida entre el pueblo. La de peor calidad se convertía en vestidos para su uso, mientras que la más delicada era para el inca, ya que nadie excepto un noble inca podía llevar la delicada tela de vicuña[229].

Los peruanos mostraban una gran habilidad en la fabricación de los diferentes artículos que hacían para la casa real con este delicado material, que hoy se conoce en los telares de Europa bajo el nombre de lana de *vigonia* . Se convertía en mantones, trajes y otros artículos de vestido para el monarca, así como en alfombras, cobertores y tapices para los palacios imperiales y los templos. La tela se terminaba de igual manera por ambos lados[230], la delicadeza de su textura era igual al lustre de la seda y el brillo de los tintes provocó la admiración y envidia de los artesanos europeos[231].

Los peruanos también producían un artículo de gran dureza y durabilidad mezclando el pelo de animales con la lana y eran expertos en el bello plumaje, que entre ellos era tenido en menor consideración que entre los mexicanos debido a la superior calidad de los materiales para otras telas que tenían a su disposición[232].

Los nativos mostraban gran habilidad en las demás artes mecánicas, similar a la que desplegaban en sus manufacturas de tela. Se esperaba de todo hombre de Perú que conociera las diferentes artesanías básicas para las comodidades domésticas. Para esto no era necesario un largo aprendizaje, porque las necesidades eran muy pocas entre los campesinos de los incas. Pero si esto fuera todo, implicaría un avance muy moderado en las artes. Había ciertas personas, sin embargo, cuidadosamente preparadas para esas ocupaciones que cubrían las demandas de las clases más opulentas de la sociedad. Estas ocupaciones, como cualquier otra profesión y oficio en Perú, siempre pasaban de padre a hijo[233]. La división de castas en este caso era tan precisa como la que existía en Egipto y en la India. Si esta organización era desfavorable para la originalidad o para el desarrollo de un peculiar talento del individuo, al menos daba como resultado una ejecución fácil y refinada, al familiarizar al artista con la práctica de su arte desde la infancia[234].

En los almacenes reales y los *huacas* o tumbas de los incas se han encontrado muchos ejemplares de artesanía curiosos y elaborados. Entre estos, vasijas de oro y plata, brazaletes, collares y otros ornamentos para las personas, utensilios de todo tipo, algunos de fina arcilla y en mayor cantidad de cobre, espejos de una dura piedra pulida o de plata bruñida, con una gran variedad de otros artículos realizados generalmente con un patrón caprichoso que mostraban tanto ingenio como gusto o talento inventivo[235]. Ciertamente, el carácter de la mente peruana llevaba a la imitación más que a la invención, a la delicadeza y a la minuciosidad del acabado más que a la audacia o a la belleza en el diseño.

Es realmente maravilloso que realizaran estos difíciles trabajos con las herramientas que poseían. Era comparativamente fácil fundir o esculpir en superficies metálicas, lo que hacían con una habilidad consumada. Pero que mostraran la misma facilidad cortando las sustancias más duras, como esmeraldas y otras piedras preciosas, no es tan fácil de explicar. Las esmeraldas se obtenían en cantidades considerables del yermo distrito de Atacames y este rígido material parecía tan dúctil en las manos del artista

peruano como si se tratara de arcilla[236]. Sin embargo, los nativos no conocían el uso del hierro, aunque el terreno estaba ampliamente impregnado del mismo[237]. Las herramientas que utilizaban eran de piedra o más frecuentemente de cobre. Pero el material en el que confiaban para la realización de las tareas más difíciles se hacía combinando una pequeña porción de estaño con cobre[238]. Esta composición le otorgaba una dureza al metal que parece haber sido poco inferior a la del acero. Con la ayuda de este, el artesano peruano no solo daba forma tallando el porfirio y el granito, sino que mediante su paciente laboriosidad realizaba trabajos que los europeos no se habrían atrevido a ejecutar. Entre los restos de los monumentos de Cannar se pueden ver anillos móviles en los hocicos de los animales, todos bellamente esculpidos de un único bloque de granito[239]. Merece la pena destacar que los egipcios, los mexicanos y los peruanos en su progreso hacia la civilización nunca detectaran el uso del hierro, que se encontraba a su alrededor en abundancia, y que cada uno sin conocimiento de los otros encontrara un sustituto para él en combinaciones tan curiosas de metales, que les daban a sus herramientas prácticamente el temple del acero[240], un secreto que se ha perdido o, para hablar con mayor corrección, nunca ha sido descubierto por la civilización europea.

Ya he hablado de la gran cantidad de oro que se trabajaba en diferentes artículos de elegancia y utilidad para los incas, aunque la cantidad era poco considerable, en comparación con lo que po- dían haber permitido las riquezas minerales de la tierra y con lo que desde entonces se ha obtenido gracias a la avidez más sagaz y con menos escrúpulos del hombre blanco. Los incas sacaban el oro de los depósitos de los arroyos. También extraían el mineral en cantidades considerables de los valles de Curimayo, al noreste de Caxamarca, así como de otros lugares y, en concreto, las minas de plata de Porco les rendían considerables ingresos. Sin embargo, no intentaron penetrar en las entrañas de la tierra abriendo una galería, sino que simplemente excavaban una caverna en las abruptas laderas de la montaña o, como mucho, abrían una vena horizontal de moderada profundidad. Igualmente carecían del conocimiento de los mejores medios para separar el metal precioso de la escoria a la que está unida y no tenían nociones de las virtudes del azogue, un mineral que no era raro en Perú, como amalgama para realizar su descomposición[241]. Su método de fundir el mineral consistía en hornos construidos en alto en posiciones expuestas, donde

podían avivarse por los fuertes vientos de las montañas. En pocas palabras, los súbditos de los incas, con toda su paciente perseverancia, hacían poco más que penetrar bajo la corteza, la costra exterior por así decirlo, formada sobre esas cavernas de oro escondidas en las profundas oscuridades de los Andes. Sin embargo, lo que recogían de la superficie era más que suficiente para sus exigencias, ya que no era un pueblo comerciante y no conocía el dinero[242]. En esto diferían de los antiguos mexicanos, quienes tenían una divisa de un determinado valor. En un aspecto, sin embargo, eran superiores a sus rivales americanos, ya que hacían uso de los pesos para determinar la cantidad de sus bienes, algo totalmente desconocido por los aztecas. Este hecho se establece por el descubrimiento de balanzas de plata, ajustadas con perfecta precisión, en algunas de las tumbas de los incas[243].

Pero la prueba más fiable de la civilización de un pueblo, al menos tan fiable como cualquiera, que proporcionan las artes mecánicas se encuentra en la arquitectura, que presenta un campo tan noble para el despliegue de la grandiosidad y la belleza y que al mismo tiempo está tan íntimamente conectada con el bienestar esencial de la vida. No hay ningún objetivo sobre el que los recursos de los ricos se prodiguen con mayor prodigalidad o que haga aflorar de manera más efectiva el talento inventivo del artista. El pintor y el escultor pueden desarrollar su genio individual en creaciones de una excelencia incomparable, pero es en los grandes monumentos, de gusto y magnificencia arquitectónicos, donde queda grabada la actitud y el genio propio de una nación. Los griegos, los egipcios, los sarracenos, los godos, ¡qué claves proporcionan sus respectivos estilos para el carácter y la condición de los pueblos! ¡Los monumentos de China, de Indostán y de América central son todos indicativos de un período inmaduro, en el que la imaginación no ha sido disciplinada por el estudio y en el que, por tanto, en sus mejores resultados, deja vislumbrar solo las aspiraciones mal reguladas en pos de la belleza, propias de un pueblo medio civilizado!

La arquitectura peruana, a pesar de poseer también las características generales de un estado imperfecto de refinamiento, tenía, sin embargo, un carácter peculiar y este era tan uniforme, que los edificios por todo el país parecen haber sido fabricados en el mismo molde[244]. Estaban construidos normalmente de porfirio o granito y a menudo de ladrillos. Estos, que se hacían en bloques o cubos de dimensiones mucho mayores que las de nuestros ladrillos, se fabricaban con una tierra dura mezclada con juncos o hierba dura y con el tiempo adquiría un grado de dureza que le hacía

insensible tanto a las tormentas como al duro sol de los trópicos[245]. Los muros eran de gran grosor, pero bajos, superando raramente los doce o catorce pies de altura. Es raro encontrar alguna noticia sobre algún edificio que se levantara hasta un segundo piso[246].

Las habitaciones no tenían comunicación entre sí, sino que normalmente se abrían a un patio y, como no disponían de ventanas o aberturas que hicieran las veces, la única luz del exterior tenía que entrar por las puertas. Estas se construían con los lados acercándose el uno al otro en la parte superior, de tal manera que el dintel era considerablemente más estrecho que el umbral, una peculiaridad también de la arquitectura egipcia. Los techos han desaparecido en su mayor parte con el paso del tiempo. Algunos pocos han sobrevivido en los edificios menos ambiciosos, con una peculiar forma acampanada y hechos de una mezcla de tierra y guijarros. Se supone, sin embargo, que estaban construidos en general de materiales más perecederos, como la madera o la paja. Ciertamente la mayoría de los edificios de piedra de tamaño más considerable estaban terminados en paja. Muchos parecen haberse construido sin ayuda de cemento y los escritores han discutido sobre si los peruanos desconocían de hecho el uso de mortero o cemento de cualquier tipo[247]. Pero en algunos edificios se puede descubrir un firme mantillo en los intersticios de granito y en otros donde los bloques bien encajados no dejaban sitio para este material más basto, el ojo del anticuario ha detectado una cola bituminosa, tan dura como la misma roca[248].

En la construcción de los edificios se observa la mayor simplicidad y generalmente carecían de ornamento exterior, aunque en algunos se dio forma convexa a las inmensas piedras con gran regularidad y ajustado con una precisión tan bella una con otra que sería imposible, de no ser por las acanaladuras, determinar la línea de unión. En otras, la piedra es basta, tal y como se había sacado de la cantera, en las formas más irregulares con los extremos bellamente tallados para que encajasen unos en otros. No aparecen columnas o arcos, aunque hay alguna contradicción en cuanto al último punto. Pero no se puede dudar que, aunque puede que hicieran algún acercamiento a este tipo de construcción mediante la mayor o menor inclinación de los muros, los arquitectos peruanos desconocían completamente el verdadero principio del arco circular que reposa sobre su piedra angular[249].

La arquitectura de los incas se caracteriza, según un eminente viajero, por «la simplicidad, la simetría y la solidez»[250]. Puede parecer poco filosófico condenar el estilo particular de una nación indicando que carece de gusto porque su estándar de gusto sea distinto del nuestro. Sin embargo, hay una incongruencia en la composición de los edificios peruanos que argumenta un conocimiento muy imperfecto de los principios básicos de la arquitectura. Mientras que unían sus voluminosas masas de porfirio y granito con el mayor arte, eran incapaces de ensamblar la madera y en su desconocimiento del hierro no tenían mejor método de unir las vigas que atándolas con cuerdas de maguey. En ese mismo espíritu incongruente el edificio, que estaba rematado con paja e iluminado con una ventana, ¡brillaba de tapices de oro y plata! Estas son las inconsistencias de un pueblo primitivo, entre quienes las artes tan solo están desarrolladas parcialmente. Puede que no sea difícil encontrar ejemplos de una inconsistencia parecida en la arquitectura y las disposiciones domésticas de nuestros antepasados anglosajones y en un período aún más antiguo de nuestros antepasados normandos.

Sin embargo, los edificios de los incas estaban adaptados a las características del clima y estaban bien preparados para resistir esas terribles convulsiones propias de las tierras volcánicas. La sabiduría de su planificación queda probada por el número de los que todavía sobreviven, mientras que las construcciones más modernas de los conquistadores han quedado convertidas en ruinas. Ciertamente, la mano de los conquistadores ha caído con fuerza sobre estos venerables monumentos y en su ciega y supersticiosa búsqueda de tesoros escondidos ha causado infinitamente más ruina que el tiempo o los terremotos[251]. Sin embargo, todavía existen suficientes de estos monumentos para invitar a las investigaciones de los anticuarios. Tan solo se han examinado los que se encuentran en los lugares más llamativos. Pero según el testimonio de viajeros pueden hallarse muchos más en las partes menos frecuentadas del país y podemos esperar que un día desplieguen un espíritu de empresa parecido al que de forma tan exitosa ha explorado los misteriosos recovecos de América central y Yucatán.

No puedo cerrar este análisis de las instituciones peruanas sin unas pocas reflexiones sobre sus características y tendencia generales, que si bien implica alguna repetición de los apuntes anteriores, bien puede, creo, ser excusada por mi deseo de dejar en el lector una impresión correcta y

consistente. En esta investigación no podemos más que sorprendernos ante la total ausencia de parecido entre estas instituciones y las de los aztecas, la otra gran nación que lideraba la marcha de la civilización en este continente occidental y cuyo imperio en la parte norte del mismo era tan llamativo como el de los incas en la parte sur. Ambas naciones llegaron a la meseta y comenzaron su carrera de conquistas en fechas puede que no muy distantes la una de otra[252]. Y es digno de destacar que en América la civilización eligiera la elevada región a lo largo de las crestas de la gran cadena montañosa en los dos hemisferios.

La política seguida por las dos razas en su carrera militar fue muy distinta. Los aztecas, animados por un espíritu feroz, llevaban a cabo una guerra de exterminio, señalando sus triunfos con el sacrificio de hecatombes de cautivos, mientras que los incas, aunque practicaban el juego de la conquista con igual pertinacia, preferían una política más suave, sustituyendo la violencia por la negociación y la intriga y tratando a sus antagonistas de tal manera que sus futuras fuentes de recursos no se vieran mermadas y que se unieran como amigos y no como enemigos en el seno del imperio.

Su política hacia los conquistados contrasta de forma no menos chocante con la que seguían los aztecas. Los vasallos mexicanos eran aplastados por impuestos excesivos y por reclutamientos militares. No se tenía en consideración su bienestar y el único límite para la opresión era el poder de aguante. Eran intimidados por fortalezas y guarniciones armadas y se les hacía sentir en cada momento que no formaban parte de la nación, sino que estaban subyugados como pueblo conquistado. Los incas, por el contrario, otorgaban a sus nuevos súbditos inmediatamente todos los derechos de los que disfrutaba el resto de la comunidad y, aunque les obligaban a aceptar las leyes y usos establecidos del imperio, cuidaban de su seguridad personal y de su confort con una especie de solicitud paternal. La abigarrada población, unida de esta manera por el interés común, estaba animada por un sentimiento común de lealtad que otorgaba mayor fuerza y estabilidad al imperio a medida que se extendía más y más, mientras que las diferentes tribus que iban cayendo bajo el cetro mexicano, al estar unidas tan solo por la presión de la fuerza externa, estaban dispuestas a desmoronarse en el momento en que esa fuerza desapareciera. La política de las dos naciones desplegaba el principio del miedo en contraste con el principio del amor.

Los rasgos característicos de sus sistemas religiosos tenían también poco parecido entre sí. Todo el panteón azteca participaba más o menos del sanguinario espíritu del terrible dios de la guerra que lo presidía y su frívolo ritual casi siempre terminaba con el sacrificio humano y orgías caníbales. Pero los ritos de los peruanos eran de un tinte más inocente, ya que tendían hacia un culto más espiritual, por cuanto que el culto al creador se realiza a través del culto de los cuerpos celestes, que girando en sus brillantes órbitas parecen ser los símbolos más gloriosos de su beneficencia y poder.

En las artes mecánicas menores, ambos mostraban una habilidad considerable, pero en la construcción de importantes obras públicas, de carreteras, acueductos, canales y en la agricultura en todos los detalles, los peruanos eran muy superiores. Es extraño que se hayan quedado tan atrás de sus rivales en sus esfuerzos por conseguir, más concretamente, una cultura intelectual más alta en la ciencia astronómica y en el arte de comunicarse a través de símbolos visibles. Cuando consideramos el mayor refinamiento de los incas, tan solo puede explicarse su inferioridad frente a los aztecas en estos aspectos por el hecho de que los segundos, con toda probabilidad estaban en deuda, en cuanto a su ciencia, con la raza que les precedió en la tierra, esa raza indefinida cuyo origen y desaparición han quedado igualmente ocultos a los ojos del investigador, pero que probablemente buscaran refugio de sus feroces invasores en esas regiones de América central, cuyos restos arquitectónicos proporcionan hoy los monumentos más bellos de la civilización india. Es con esta raza más avanzada, con la que los peruanos parecen tener más parecidos en su organización mental y moral, con la que debería comparárseles. De haberse permitido que el imperio de los incas se extendiera con las rápidas zancadas con las que estaba avanzando en el período de la conquista española, las dos razas podían haber entrado en conflicto o quizá podían haberse aliado entre sí.

Los mexicanos y los peruanos, tan diferentes en las características de su peculiar civilización, ignoraban, según parece probable, la existencia del otro, y puede parecer singular que durante la existencia simultánea de sus imperios, algunas de las semillas de ciencia y de arte, que pasan de forma tan imperceptible de un pueblo a otro, no atravesaran el espacio que separaba a las dos naciones. Proporcionan un interesante ejemplo de las direcciones opuestas que puede tomar la mente humana en su esfuerzo por salir de la oscuridad hacia la luz de la civilización.

Como ya he tenido ocasión de señalar más de una vez, se puede encontrar un parecido aún más cercano entre las instituciones peruanas y algunos de los gobiernos despóticos de Asia oriental, esos gobiernos en los que el despotismo aparece en su forma más mitigada y todo el pueblo bajo el dominio patriarcal de su soberano parece estar unido como los miembros de una vasta familia. Tales eran, por ejemplo, los chinos, a quienes los peruanos se parecían en su obediencia ciega a la autoridad, su temperamento tranquilo aunque algo terco, su cuidado por las formas, su reverencia por los usos antiguos, su habilidad en las manufacturas más pequeñas, su molde mental más imitativo que inventivo y su paciencia invencible que sustituye a un espíritu más aventurero en la ejecución de las tareas difíciles[253].

Todavía puede encontrarse una analogía más cercana con los nativos de Indostán en su división en castas, su culto a los cuerpos celestes y a los elementos de la naturaleza, así como su conocimiento de los principios científicos de la agricultura. Con los antiguos egipcios también tienen un considerable parecido en los mismos detalles, así como en las ideas de una existencia futura que les llevaban a dar tanta importancia a la conservación permanente del cuerpo.

Pero buscaremos en vano en la historia de Oriente para encontrar un paralelo con el absoluto control ejercido por los incas sobre sus súbditos. En Oriente este se fundamentaba en el poder físico, en los recursos externos del gobierno. La autoridad del inca puede compararse a la del Papa en los días de su poder, cuando la cristiandad temblaba ante los truenos del Vaticano y el sucesor de San Pedro colocaba su pie sobre los cuellos de los príncipes. Pero la autoridad del Papa se fundamentaba en las creencias. Su poder temporal no significaba nada. El imperio de los incas se fundamentaba en ambos. Era una teocracia, más potente en su funcionamiento que la de los judíos, ya que aunque entre estos últimos la sanción de la ley puede ser igualmente grande, la ley les era interpretada por un legislador humano, sirviente y representante de la divinidad. Pero los incas eran tanto el legislador como la ley. No eran tan solo representantes de la divinidad o, como el Papa, su virrey, sino que eran la misma divinidad. La violación de sus leyes era un sacrilegio. Nunca existió un plan de gobierno impuesto mediante sanciones tan terribles o que fuera tan opresivo sobre sus súbditos, ya que no solo alcanzaba los actos visibles, sino también la conducta privada, las palabras y los mismos pensamientos de sus vasallos.

Añadía no poca eficacia al gobierno el hecho de que bajo el soberano hubiera una clase de nobles hereditarios del mismo origen divino que él, que, aunque situados muy por debajo, se encontraban aun así inconmensurablemente por encima del resto de la comunidad, no solamente por ascendencia, sino según parece por su naturaleza intelectual. Estos eran los depositarios exclusivos del poder y como su larga preparación hereditaria les ponía en contacto con su futura ocupación y les aseguraba una deferencia ciega por parte de la multitud, se convertían en el apoyo y en los agentes con experiencia para llevar a cabo las medidas ejecutivas de la administración. Todo lo que ocurría a lo largo y ancho de la amplia extensión del imperio, así de perfecto era el sistema de comunicación, pasaba revista, por así decirlo, ante los ojos del monarca, y un millar de manos armadas con una autoridad irresistible estaban preparadas en cada provincia para obedecer sus órdenes. ¿Acaso no era, como hemos dicho, el más opresivo, aunque el más suave, de los despotismos?

Era el más suave, precisamente por el hecho de que el rango trascendente del soberano y la humilde, más aún, supersticiosa devoción a su voluntad, hacía superfluo imponer esta voluntad mediante actos de violencia o de rigor. La gran masa del pueblo podía presentarse a sus ojos como algo poco superior a la condición del bruto, creada para cumplir sus deseos. Pero precisamente por su misma indefensión los contemplaba con un sentimiento de conmiseración, como los que un buen amo puede sentir por los pobres animales que tiene a su cargo, o para hacer justicia al carácter benéfico que se le atribuía a muchos de los incas, como el que un progenitor puede sentir por su joven y débil descendencia. Las leyes estaban cuidadosamente dirigidas a su conservación y a su bienestar personal. No se permitía que se empleara al pueblo en trabajos perniciosos para su salud ni que sufriera un triste contraste con su posterior destino, bajo la imposición de trabajos demasiado pesados para su fuerza. Nunca se convertían en las víctimas de extorsión privada o pública y una benevolente previsión velaba cuidadosamente por sus necesidades, proporcionándoles alivio en época de enfermedad y sustento en la salud. El gobierno de los incas, por muy arbitrario que fuera en la forma, era en su espíritu verdaderamente patriarcal.

Sin embargo, en esto no había nada de alentador para la dignidad de la naturaleza humana. Lo que el pueblo tenía se le concedía como un favor, no como un derecho. Cuando una nación caía bajo el cetro de los incas

renunciaban a todo derecho personal, incluidos los más queridos de la humanidad. Bajo esta extraordinaria política, un pueblo avanzado en muchos de los refinamientos sociales, hábil en las manufacturas y en la agricultura, desconocía, como hemos visto, el dinero. No tenían nada que mereciese ser llamado propiedad. No podían seguir ningún oficio, no podían comenzar ningún trabajo, ninguna distracción, más que las que establecía la ley. No podían cambiar su residencia o su vestido sin una licencia del gobierno. No podían siquiera ejercer la libertad que se les concede a los más miserables en otros países, el de escoger a sus propias esposas. El espíritu imperativo del despotismo no les permitía ser felices o desgraciados, más que como establecía la ley. El poder de la libre acción, el derecho inestimable e innato de todo ser humano, quedaba aniquilado en Perú.

El asombroso mecanismo de la política peruana tan solo podía haber sido el resultado de la combinación de la autoridad y del poder absoluto en el dirigente, hasta un grado sin precedentes en la historia del hombre. Sin embargo, que funcionara con tanto éxito y que durara tanto tiempo, en contra de los gustos, los prejuicios y los mismos principios de nuestra propia naturaleza, es una fuerte prueba de una administración sabia en general y moderada del gobierno.

La política que habitualmente seguían los incas para la prevención de los males que pudieran disturbar el orden de las cosas está bien ejemplificada en sus disposiciones contra la pobreza y la inactividad. En estas disciernen correctamente las dos grandes causas de desafecto en una comunidad poblada. La laboriosidad de la gente se aseguraba no solo mediante su ocupación obligatoria en casa, sino mediante su empleo en esas grandes obras públicas que cubrían todas las partes del país y que todavía testimonian en su decadencia su antigua grandiosidad. Pero bien podemos quedar sorprendidos al saber que la dificultad natural de esas empresas, lo bastante grandes en sí mismas considerando lo imperfecto de sus herramientas y maquinaria, quedaba inconcebiblemente realzado por el ingenio político del gobierno. Los edificios reales de Quito, según nos aseguran los conquistadores españoles, estaban construidos de inmensas masas de piedra, muchas de las cuales habían sido traídas todo el camino por senderos de montaña desde Cuzco, una distancia de varios cientos de leguas[254]. La gran plaza de la capital estaba llena hasta una considerable profundidad de mantillo traído, con increíbles trabajos por las laderas de las

cordilleras, desde las distantes orillas del océano Pacífico[255]. La ley peruana no veía el trabajo solo como un medio sino como un fin.

El lector ya conoce sus múltiples disposiciones contra la pobreza. Eran tan perfectas, que en todo su extenso territorio (gran parte del cual está golpeado por la maldición de la improductividad), ningún hombre, por humilde que fuera, sufría de la falta de comida o de vestido. El hambre, un azote tan común en todas las naciones americanas, tan común en esa época en todos los países civilizados de Europa, era un mal desconocido en los dominios del inca.

Los españoles más inteligentes que visitaron Perú en un principio, sorprendidos por la apariencia general de abundancia y prosperidad y por el asombroso orden con que todas las cosas estaban reguladas por todo el país, no silencian sus expresiones de admiración. En su opinión, no se podía haber diseñado un mejor gobierno para el pueblo, que estaba satisfecho de su situación y libre de vicios. Utilizando el lenguaje de una de las eminentes autoridades de aquellos primeros días, el suave y dócil carácter de los peruanos hubiera estado bien preparado para recibir las enseñanzas de la cristiandad, de haber animado el corazón de los conquistadores el amor por la conversión, en lugar del amor al oro[256]. Y un filósofo de época posterior, encendido por la contemplación de la escena (que su propia imaginación había coloreado) de prosperidad pública y de felicidad privada bajo el reinado de los incas, proclama que «el hombre moral en Perú es muy superior al europeo»[257].

Sin embargo, los resultados son difícilmente reconciliables con la teoría del gobierno que he intentado analizar. Donde no hay libertad de acción, no puede haber moralidad. Donde no puede haber tentación, difícilmente se puede ser virtuoso. Donde la rutina queda estrictamente prescrita por la ley, la ley y no el hombre tiene el mérito de la conducta. Si el mejor gobierno es el que menos se hace notar, el que únicamente invade la natural libertad de sus súbditos tan solo hasta donde fuere necesario para la subordinación civil, entonces de todos los gobiernos pensados por el hombre el peruano es el que tiene menos derecho a nuestra admiración.

No es fácil comprender el genio y todo el significado de instituciones tan opuestas a las de nuestra propia república libre, donde cada hombre, por muy humilde que sea su condición, puede aspirar a los más altos honores del Estado, puede elegir su propia carrera y forjarse su propia fortuna a su manera, donde la luz del conocimiento, en lugar de estar concentrada en

unos pocos elegidos, se proyecta hacia todos lados como la luz del día y se permite que caiga igualmente sobre el pobre y sobre el rico, donde la colisión del hombre con el hombre despierta una generosa emulación que hace aflorar los talentos ocultos y que lleva las energías a su máximo, donde la conciencia de la independencia crea un sentimiento de dependencia en uno mismo desconocido para los timoratos súbditos del despotismo, donde, en pocas palabras, el gobierno está hecho para el hombre, no como en Perú, donde el hombre parecía estar hecho tan solo para el gobierno. El Nuevo Mundo es el escenario en el que estos dos sistemas políticos, de características tan opuestas, se han puesto en funcionamiento. El imperio de los incas ha pasado sin dejar huella. El otro gran experimento sigue en marcha, el experimento que debería resolver el problema que tanto tiempo se ha discutido en el Viejo Mundo de la capacidad del hombre para autogobernarse. ¡Ay de la humanidad si fracasase!

El testimonio de los conquistadores españoles no es unívoco en cuanto a la influencia favorable que ejercían las instituciones peruanas sobre el carácter del pueblo. Se decía que la bebida y el baile eran placeres a los que eran adictos sin medida. Como los esclavos y siervos en otras tierras, cuya posición les excluía de ocupaciones más serias y ennoblecedoras, encontraban un sustituto en la indulgencia frívola o sensual. Vagos, lujuriosos y licenciosos son los epítetos que les brinda alguien que les vio durante la conquista, pero cuya pluma no era demasiado amiga de los indios[258]. Sin embargo, el espíritu de independencia difícilmente podía ser fuerte en un pueblo que no tenía interés en la tierra, ni derechos personales que defender, y la facilidad con que se rindieron ante el invasor español, aun reconociendo su inferioridad numérica en comparación, argumenta una deplorable carencia de ese sentimiento patriótico que tiene en poco la vida en comparación con la libertad.

Pero no debemos juzgar con excesiva dureza al desgraciado nativo porque se rindiera ante la civilización de los europeos. No debemos ser insensibles ante los resultados verdaderamente grandes que alcanzó el gobierno de los incas. No debemos olvidar que bajo su reinado el más miserable del pueblo disfrutaba de un grado de bienestar personal mucho mayor, al menos un grado mayor de exención del sufrimiento físico, que el que poseían las clases similares en las otras naciones del continente americano, mayor probablemente que la que poseían esas mismas clases en la mayoría de los países feudales de Europa. Bajo su cetro, las clases más

altas del Estado habían logrado avances en muchas de las artes propias de una comunidad culta. Se sentaron las bases de un gobierno regular, que, en una era de rapiña, aseguraba a sus súbditos las inestimables bendiciones de la tranquilidad y la seguridad. Gracias a las sólidas políticas de los incas, las primitivas tribus de las selvas salieron gradualmente de sus refugios y fueron reunidas bajo el manto de la civilización. Con estos materiales se construyó un floreciente y poblado imperio, como no se encuentra en ninguna otra parte del continente americano. Los defectos de este gobierno eran de un exceso de refinamiento en la legislación, el último defecto que se podría buscar, ciertamente, entre los aborígenes americanos.

No he creído necesario aumentar esta introducción con una investigación sobre el origen de la civilización peruana, como la que iba adjunta a la historia de la mexicana. La historia peruana sugiere indudablemente analogías con más de una nación del este, algunas de las cuales se han señalado brevemente en las páginas precedentes, aunque estas analogías se aducen allí no como evidencia de un origen común, sino para mostrar las coincidencias que pueden surgir naturalmente entre las diferentes naciones que se encuentran en la misma fase de civilización. Tales coincidencias no son ni tan numerosas, ni tan impactantes como las que presenta la historia azteca. La correspondencia que presenta únicamente la ciencia astronómica de los mexicanos es más importante que todo lo demás. Sin embargo, la luz de la analogía que proporcionan las instituciones de los incas parece apuntar, hasta donde alcanza, en la misma dirección, y como la investigación no podría presentar más que algo poco sustancial para confirmar, y menos aún para refutar los puntos de vista adoptados en la anterior disquisición, he pensado que es mejor no fatigar al lector con ello.

Dos de las autoridades más prominentes sobre las que me he basado en esta parte introductoria del trabajo son Juan de Sarmiento y el licenciado Ondegardo. Del primero no he podido recopilar información más allá de lo que aparece en sus propios escritos. En el título que antecede a su manuscrito se le llama presidente del Consejo de Indias, un puesto de gran autoridad del que se infiere una importancia de carácter en él y unos medios de información que otorgan gran consideración a sus opiniones en los temas coloniales.

Estos medios de información se veían enormemente agrandados por la visita que Sarmiento realizó a las colonias durante la administración de Gasca. Habiendo concebido el plan de compilar una historia de las antiguas instituciones peruanas, visitó Cuzco, como nos cuenta él mismo, en 1550, y allí obtuvo de los mismos nativos el material para su narración. Su posición le dio acceso a las fuentes de conocimiento más auténticas y de los labios de los nobles incas, los mejor instruidos de la raza conquistada, recabó las tradiciones de su historia e instituciones nacionales. Los quipus

formaban, como hemos visto, un sistema imperfecto de nemotecnia, que requería una atención constante y que era muy inferior a los jeroglíficos mexicanos. Tan solo mediante diligente instrucción se podían hacer útiles para propósitos históricos y esta instrucción había quedado tan desatendida después de la conquista que los antiguos anales del país hubieran perecido con la generación que era su único depositario, de no haber sido por los esfuerzos de unos pocos eruditos inteligentes, como Sarmiento, que vio la importancia, en ese período crítico, de cultivar un intercambio con los nativos y extraer de ellos las reservas escondidas de información.

Para dar aún mayor autenticidad a su trabajo, Sarmiento viajó por el país, examinó los principales objetos de interés con sus propios ojos, verificando de esta manera, hasta donde era posible, las narraciones de los nativos, con su propia observación personal. El resultado de estos esfuerzos fue su trabajo titulado «*Relación del Perú y otras cosas tocantes á aquel Reyno, para el Iltmo. Señor Dn. Juan Sarmiento, Presidente del Consejo Rl. de las Indias* ».

Está dividido en capítulos y ocupa unas cuatrocientas páginas folio en manuscrito. La parte introductoria de la obra se ocupa de los cuentos tradicionales sobre el origen y la primera aparición de los incas, repletas, como es habitual en las antigüedades de los pueblos bárbaros, de fábulas legendarias del tipo más salvaje y monstruoso. Sin embargo, estas concepciones pueriles proporcionan una mina inagotable para los trabajos de los anticuarios, que se esfuerza por desenredar la trama alegórica que unos ingeniosos sacerdotes habían desarrollado como símbolo de estos misterios de la creación más allá de sus poderes de comprensión. Pero Sarmiento felizmente se limita a la mera exposición de las fábulas tradicionales sin la ambición quimérica de explicarlas.

Desde esta región de novela romántica, Sarmiento pasa a las instituciones de los peruanos, describe su antigua política, su religión, sus progresos en las artes, especialmente en la agricultura, y presenta, en pocas palabras, una imagen elaborada de la civilización que alcanzaron bajo la dinastía inca. Esta parte de su trabajo, apoyándose como es el caso sobre la mejor autoridad, confirmada en muchos casos por su propia observación, es de incuestionable valor y está escrita con un aparente respeto a la verdad que se gana la confianza del lector. La última parte del manuscrito se ocupa de la historia civil del país. Los reinos de los primeros incas que quedan más allá de la sensata región de la historia los despacha con encomiable brevedad. Pero sobre los tres últimos reinos y, afortunadamente, sobre los más grandes príncipes que ocupaban el trono peruano, se extiende más. Este era un terreno relativamente firme para el cronista, ya que los acontecimientos eran demasiado recientes como para quedar oscurecidos por las leyendas vulgares que se juntan como el musgo alrededor de cada hecho de tiempos antiguos. Su relato se detiene con la invasión española, ya que Sarmiento sentía que esta historia podía dejarse con tranquilidad a sus contemporáneos que habían participado en la misma, pero que no estaban cualificados más que pobremente por su gusto y educación para explorar las antigüedades y las instituciones sociales de los nativos.

El trabajo de Sarmiento está compuesto en un estilo simple y perspicuo, sin esa ambición de despliegue retórico demasiado común entre sus compatriotas. Escribe con candor honrado y, al

tiempo que hace amplia justicia a los méritos y capacidad de las razas conquistadas, señala con indignación las atrocidades de los españoles y la tendencia depravada de la conquista. Puede pensarse de hecho que se formó una estimación demasiado alta de los logros de la nación bajo el reinado de los incas. Y no es improbable que, asombrado con los vestigios que proporcionaba una civilización original, se enamorara del tema y de esta manera lo mostrara con colores en cierto modo demasiado brillantes para la mirada del europeo. Pero este era un defecto afable no muy ampliamente compartido por los severos conquistadores, quienes subvirtieron las instituciones del país y vieron poco que admirar en él aparte del oro. Se debe admitir además que Sarmiento no tiene intención de imponerse sobre su lector y que es cuidadoso a la hora de distinguir entre lo que presenta como información de oídas y lo que son experiencias personales. Ni el mismo padre de la historia discrimina entre estas dos cosas tan cuidadosamente.

Tampoco se puede excusar completamente al historiador español de la superstición propia de su tiempo y a menudo le encontramos achacando a la intervención directa de Satán aquellos efectos que bien pueden ser culpados a la perversidad del ser humano. Pero esto era común en la época y en los hombres más sabios de la misma y es demasiado pedir a un hombre ser más sabio que su generación. Es suficiente loa para Sarmiento que en una época en la que la superstición se aliaba tan a menudo con el fanatismo, no parece haber tenido ningún tinte de fanatismo en su naturaleza. Su corazón se abre en completa benevolencia a los desgraciados nativos y su lenguaje, al mismo tiempo que no está encendido con el furor religioso del misionero, está alentado por un generoso rayo de filantropía, que abraza a los conquistados no menos que a los conquistadores como a sus hermanos.

El trabajo de Sarmiento, pese a su gran valor por la información que proporciona sobre el Perú bajo los incas, es poco conocido, ha sido pocas veces consultado por los historiadores y todavía se encuentra entre los manuscritos sin publicar que se esconden, como el oro sin acuñar, en las cámaras secretas de El Escorial.

La otra autoridad a quien he aludido, el licenciado Polo de Ondegardo, es un jurista de alta consideración cuyo nombre aparece frecuentemente en los asuntos del Perú. No he encontrado ningún testimonio sobre el período en que llegó por primera vez al país. Pero ya estaba allí a la llegada de Gasca, y residía en Lima durante la usurpación de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda intentó conseguir las firmas de los habitantes para el documento que proclamaba la soberanía de su jefe, encontramos a Ondegardo liderando entre aquellos de su profesión que se le enfrentaron. A la llegada de Gasca, aceptó un puesto en su ejército. Al final de la rebelión fue nombrado corregidor de La Plata y posteriormente de Cuzco, y en este honorable puesto parece haber permanecido durante varios años. En el ejercicio de sus funciones judiciales entró en contacto cercano con los nativos y tuvo muchas oportunidades para estudiar sus leyes y costumbres antiguas. Se condujo con tanta prudencia y moderación que parece haberse ganado la confianza no solo de sus compatriotas, sino de los indios, al mismo tiempo que la administración se cuidó de beneficiarse de su larga experiencia a la hora de diseñar medidas para el mejor gobierno de la colonia.

Las *Relaciones*, tan a menudo citadas en esta historia, fueron redactadas por sugerencia de los virreyes; el primero está dedicado al marqués de Cañete en 1561, y el segundo, diez años más tarde, al conde de Nieva. Los dos cubren prácticamente el mismo tema que el manuscrito de Sarmiento, y quizá se puede deducir por lo descuidado y difuso de la composición del segundo memorial, escrito tanto tiempo después del primero, la avanzada edad del autor.

Como estos documentos son un intento de responder a las respuestas a los interrogatorios propuestos por el gobierno, el espectro de los temas que tocan podría parecer que queda restringido a unos límites más estrechos de los que el historiador moderno desearía. Estas encuestas, ciertamente, hacían especial referencia a los ingresos, los tributos, la administración financiera, en pocas palabras, de los incas, y en estos oscuros temas el informe de Ondegardo es especialmente completo. Pero la culta curiosidad del gobierno abarcaba un campo mucho más amplio y las respuestas implicaban necesariamente un conocimiento de la política interna de los incas, de sus leyes, hábitos sociales, religión, ciencia y artes, en pocas palabras, de todo lo que en conjunto conforma la civilización. Las memorias de Ondegardo, por tanto, cubren todos los terrenos de investigación del historiador filosófico.

En el tratamiento de estos temas tan variados, Ondegardo despliega tanto agudeza como erudición. Nunca se achica ante la discusión por muy difícil que sea y, al mismo tiempo que ofrece sus conclusiones con un aire de modestia, es evidente que es consciente de haber obtenido su información de los canales más auténticos. Descarta lo fabuloso con desdén, se decanta sobre la probabilidad de los hechos a medida que los relata y cándidamente expone la falta de evidencia. Lejos de desplegar el entusiasmo simple del bien intencionado pero crédulo misionero, avanza con el paso frío y cauto de un abogado acostumbrado a la contradicción de los testimonios y a la incertidumbre de la tradición oral. Esta manera circunspecta de proceder y el carácter comedido de sus juicios hacen merecedor a Ondegardo de una consideración mucho más alta como autoridad que la mayoría de sus compatriotas que se han ocupado de las antigüedades indias.

A través de sus escritos se puede apreciar una vena de humanidad que se muestra especialmente en su ternura hacia los desafortunados nativos, a cuya antigua civilización hace completa, aunque no extravagante, justicia, al tiempo que, al igual que Sarmiento, denuncia sin miedo los excesos de sus compatriotas y admite el oscuro oprobio que habían traído sobre el honor de la nación. Pero al tiempo que esta censura conforma la base más sólida para la condena de los conquistadores, al provenir de los labios de un español como ellos mismos, acredita también que España en esa época de violencia podía dar a luz en su seno hombres sabios y buenos que se negaban a hacer causa común con la licenciosa plebe que les rodeaba. Ciertamente, en estos mismos memoriales se da suficiente prueba de los incesantes esfuerzos del gobierno colonial, desde el buen virrey Mendoza en adelante, por asegurar la protección y los beneficios de una legislación suave para los desafortunados nativos. Pero los conquistadores de hierro y los colonos, cuyo corazón tan solo se suavizaba con el toque del oro, representaban una formidable barrera contra las mejoras.

Los escritos de Ondegardo se distinguen honrosamente por estar libres de esa superstición que es la característica más envilecedora de los tiempos, una superstición que es patente en el fácil crédito que se da a lo maravilloso, tanto si se trata de historia pagana como cristiana, ya que en la primera el ojo de la credulidad podía distinguir tan rápidamente la interposición de Satán como en el segundo la mano del Todopoderoso. Es esta disposición a creer en la intermediación espiritual, tanto para el bien como para el mal, uno de los rasgos más prominentes de los escritos del siglo XVI. Nada puede ser más repugnante para el verdadero espíritu de la investigación filosófica o más irreconciliable con el criticismo racionalista. Lejos de delatar tal flaqueza, Ondegardo escribe de una manera directa y eficiente, valorando las cosas por lo que valen según la regla básica del sentido común. Siempre mantiene el objeto principal de su argumento a la vista, sin permitirse a sí mismo, como los charlatanes cronistas de la época, perderse en miles de episodios intrincados que desconciertan al lector y no le llevan a ningún sitio.

Las memorias de Ondegardo no solo tratan de las épocas pasadas de la nación, sino que también se ocupa de su estado actual y de los mejores medios para reparar los múltiples males a los que estaba sujeta bajo el severo dominio de sus conquistadores. Sus sugerencias están llenas de sabiduría y de una política clemente, que pudiera reconciliar los intereses del gobierno con la prosperidad y la felicidad de sus vasallos más humildes. De esta manera, mientras que sus contemporáneos recababan luz de sus sugerencias en cuanto al estado actual de la situación, el historiador de tiempos posteriores no está menos en deuda con él por la información en cuanto al pasado. Su manuscrito fue profusamente consultado por Herrera, y el lector, a medida que examina las páginas del erudito historiador de las indias, disfruta inconscientemente de los beneficios de las investigaciones de Ondegardo. Sus valiosas *Relaciones*, por tanto, fueron utilizadas por las generaciones posteriores, aunque nunca han disfrutado de los honores de la imprenta. La copia que obra en mi poder, como la del manuscrito de Sarmiento, por la que estoy en deuda con el laborioso bibliógrafo Mr. Rich, forma parte de la magnífica colección de lord Kingsborough, un nombre que siempre debería ser honrado por los estudiosos por sus infatigables esfuerzos para ilustrar las antigüedades de América.

Se debería recalcar que los manuscritos de Ondegardo no llevan su firma. Pero contienen alusiones a varios hechos de la vida del escritor, que los identifican, más allá de cualquier duda razonable, como obra suya. En los archivos de Simancas hay una copia duplicada del primer documento, *Relación Primera*, aunque, como la copia de El Escorial, sin el nombre del autor. Muñoz lo atribuye a la pluma de Gabriel de Rojas, un distinguido caballero de la conquista. Esto es claramente un error, ya que el autor del manuscrito se identifica a sí mismo como Ondegardo, al declarar en su respuesta al quinto interrogatorio, que él era la persona que descubrió las momias de los incas de Cuzco, un acto expresamente atribuido, tanto por Acosta como por Garcilaso, al licenciado Polo de Ondegardo, cuando era corregidor de la ciudad. Si los *savans* de Madrid incluyeran de aquí en adelante entre las publicaciones de manuscritos valiosos estas *Relaciones*,

deberían ser cuidadosos de no caer en un error en este punto, debido a la autoridad de un crítico como Muñoz, cuyo criticismo raramente falla.

Notas al pie

[*] En francés en el original.

[220] Walton, *Historical and Descriptive Account of the Peruvian Sheep* (Londres, 1811), p. 115. La comparación de este escritor se refiere a la lana de vicuña, la más apreciada de la especie por su vellón.

[221] *Ibid.,* p. 23 *et seq.* –Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 16.–Acosta, lib. 4, cap. 41.

Llama, según Garcilaso de la Vega, es una palabra peruana que significa «rebaño» *(ibid., ubi supra).* Los nativos no obtenían leche de sus animales domesticados; tampoco la utilizaba, según creo, ninguna otra tribu del continente americano.

[222] *Ganado maior, ganado menor* .

[*] En español en el original.

[**] En español en el original.

[223] El juicioso Ondegardo recomienda enfáticamente la adopción de muchas de estas reglamentaciones por parte del gobierno español, ya que estaban especialmente adaptadas a las exigencias de los nativos. «En esto de los ganados paresció haber hecho muchas constituciones en diferentes tiempos é algunas tan utiles é provechosas para su conservación que convendría que tambien guardasen agora.» *Relación Segunda*, manuscrito.

[224] Malte-Brun, lib. 86.

[225] *Ychu*, llamado en la flora peruana *Jarava* ; Clase Monandria Digynia. Véase Walton, p. 17.

[226] Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

[227] Algunas veces se llegaban a reunir cien mil hombres, cuando el inca en persona cazaba, si debemos creer a Sarmiento. «De donde habiéndose ya juntado cinquenta ó sesenta mil Personas ó cien mil si mandado les era.» *Relación*, manuscrito, cap. 13.

[228] *Ibid., ubi supra.*

Charqui ; de ahí probablemente dice McCulloh el término «tasajo», que se aplica a la ternera seca de Sudamérica. *Researches*, p. 377.

[229] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, *loc. cit.* –Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 81.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 6, cap. 6.

[230] Acosta, lib. 4, cap. 41.

[231] «Ropas finísimas para los Reyes, que lo eran tanto que parecian de sarga de seda y con colores tan perfectos quanto se puede afirmar.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 13.

[232] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«Ropa finísima para los señores Ingas de lana de las Vicuñas. Y cierto fue tan prima esta ropa, como auran visto en España: por alguna que alla fue luego que se gano este reyno. Los vestidos destos Ingas eran camisetas desta ropa; vnas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas: y algunas de plumas de aues: otras de solamente la manta. Para hazer estas ropas, tuuieron y tienen tan perfectas colores de carmesí, azul, amarillo, negro, y de otras suertes: que verdaderamente tienen ventaja a las de España.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 114.

233 Ondegardo, *Relación Primera* y *Segunda*, manuscritos.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, caps. 7, 9, 13.

234 Al menos, tal es la opinión de los egipcios, quienes se referían a esta organización de castas como el origen de su peculiar destreza en las artes. Véase Diodorus, Sic. lib. I, sec. 74.

235 Ulloa, Not. Amer., ent. 21.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 114.– Condamine, *Mem. ap. Hist. De l'Acad. Royale de Berlin*, tom. II, pp. 454-456.

236 Tenían turquesas también y podían haber tenido perlas, pero solo por la ternura de los incas que ¡no estaban dispuestos a arriesgar la vida de la gente en esta peligrosa pesca! Al menos eso es lo que nos asegura Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 23.

237 «No tenian herramientas de hierro ni azero.» Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 4.

238 M. de Humboldt trajo consigo a Europa una de estas herramientas metálicas, un cincel encontrado en una mina de plata abierta por los incas no muy lejos de Cuzco. Analizándola se descubrió que tenía un 0,96 de cobre y un 0,06 de estaño. Véase *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 117.

239 «Quoiqu'il en soit» dice M. de la Condamine, «nous avons vûe en quelques dont les narines preces portoient des anneaux móviles de la même pierre». *Mem. ap. Histoire de l'Academie Royale de Berlin*, tom. II, p. 452.

240 Véase la *History of the Conquest of Mexico*, lib. I, cap. 5.

241 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 25.

242 *Ibid.,* parte I, lib. 5, cap. 7; lib. 6, cap. 8.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

Esto que Bonaparte pensaba que era tan increíble en la pequeña isla de Loo Choo era aún más extraordinario en un imperio grande y floreciente como Perú, un país además que contenía dentro de sus entrañas los tesoros que un día proporcionarían a Europa las bases de su vasta divisa en metálico.

243 Ulloa, Not. Amer., ent. 21.

244 Es la observación de Humboldt. «Il est imposible d'examiner attentivement un Seúl édifice du temps des Incas, sans reconnoître le même type dans tous les autres qui covrent le dos des Andes, sur une longueur de plus de quatre cent cinquante lieues, depuis mille jusqu'à quatre mille mêtres

d'elévation au-dessus du niveau de l'Océan. On dirait qu'un Seúl architecte a construit ce grand nombre de monumens.» *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 197.

245 Ulloa, que ha examinado cuidadosamente estos ladrillos, sugiere que debe haber habido algún secreto en su composición (tan superiores en muchos aspectos a los de nuestra propia fabricación) ahora perdido. Not. Amer., ent. 20.

246 *Ibid., ubi supra.*

247 Entre otros, véase Acosta, lib. 6, cap. 15.–Robertson, *History of America*, Londres, 1796, vol. III, p. 213.

248 Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.–Ulloa, Not. Amer., ent. 21.

Humboldt, que ha analizado el cemento de las antiguas estructuras de Cannar, dice que es un verdadero mortero, formado de una mezcla de guijarros y de una marga arcillosa (*Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 116); el padre Velasco se embelesa con un «tipo de cemento prácticamente imperceptible» hecho de cal y de una sustancia bituminosa parecida a la cola, que mezclada con piedras para mantenerlas firmemente unidas como una masa sólida, que, sin embargo, no dejaba nada visible a los ojos del observador común. Con este compuesto glutinoso, mezclado con guijarros, se hacía una especie de carreteras Macadam muy utilizadas por los incas, tan dura y prácticamente tan lisa como el mármol. *Historia del Reyno de Quito*, tom. I, pp. 126-128.

249 Condamine, Mem. ap. *Histoire de l'Acad. Royale de Berlin*, tom. II, p. 448.– *Antigüedades y Monumentos históricos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 4.–Acosta, lib. 6, cap. 14.–Ulloa, *Voyage to South America*, vol. I, p. 469.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

250 «Simplicité, symétrie, et solidité, voilà les trois caracteres par lesquels se distinguent avantageusement tous les édifices pèruviens.» Humboldt, *Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques*, p. 115.

251 El autor anónimo de las *Antigüedades y Monumentos históricos del Perú*, manuscrito, nos ofrece de segunda mano una de esas leyendas de oro que, en los primeros tiempos, fomentaba el espíritu de aventura. En este caso piensa que la tradición es bien digna de crédito. El lector juzgará por sí mismo.

«Es un relato bien probado, y generalmente aceptado, que hay una sala secreta en la fortaleza de Cuzco, donde se esconde un inmenso tesoro, que consiste en las estatuas de todos los incas hechas de oro. Una señora que todavía vive, Doña Maria de Esquivel, la mujer del último Inca, que ha visitado esta sala y yo la he oído relatar como fue llevada a verla.

Don Carlos, el marido de la dama, no mantenía un estilo de vida correspondiente a su alto rango. Doña María a veces se lo reprochaba, declarando que la habían engañado casándola con un indio

pobre bajo el altisonante título de Señor o Inca. Se lo decía tan frecuentemente que Don Carlos, una noche exclamó "¡Señora! ¿Deseáis saber si soy rico o pobre? Verás que no hay señor ni rey en el mundo que tenga un tesoro mayor que el mío". Después cubriéndole los ojos con un pañuelo, le hizo darse la vuelta varias veces y tomándola de la mano la guió una corta distancia antes de quitarle el vendaje. Al abrir los ojos ¡Cuál no sería su sorpresa! No había ido más allá de doscientos pasos y descendido un pequeño tramo de escaleras y ahora se encontraba en una sala grande de forma cuadrada, donde alineados en bancos alrededor de las paredes, contempló estatuas de Incas, cada una del tamaño de un niño de doce años, todos de oro macizo. Vio también muchas vasijas de oro y plata. "Ciertamente", dijo ella, "era uno de los tesoros más magníficos de todo el mundo".»

252 Ante, cap. 1.

253 El conde Carli se ha entretenido rastreando los diferentes puntos de parecido entre los chinos y los peruanos. El emperador de China era llamado el hijo del cielo o del sol. También levantaba la azada una vez al año en presencia de su pueblo, para mostrar su respeto por la agricultura. Y los solsticios y equinoccios eran señalados para determinar los períodos de sus fiestas religiosas. Las coincidencias son curiosas. *Lettres Américaines*, tom. II, pp. 7-8.

254 «Era muy principal intento que la gente no holgase, que dava causa a que después que los Ingas estuvieron en paz hacer traer de Quito al Cuzco piedra que venía de provincia en provincia para hacer casas para si ó para el Sol en gran cantidad, y del Cuzco llevalla a Quito para el mismo efecto [...], y asi destas cosas hacian los Ingas muchas de poco provecho y de excesivo travajo en que traian ocupadas las provincias ordinariamente, y en fin el travajo era causa de su conservacion.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.–También en *Antigüedades y Monumentos históricos del Perú*, manuscrito.

255 Esto era literalmente polvo de oro, ya que Ondegardo afirma que cuando era gobernador de Cuzco ordenó que se desenterrasen de la arena en la que habían sido escondidos por los nativos grandes cantidades de vasijas de oro y de ornamentos. «Que toda aquella plaza del Cuzco le sacaron la tierra propia, y se llevó á otras partes por cosa de gran estima, é la hicheron de arena de la costa de la mar, como hasta dos palmos y medio en algunas partes, mas sembraron por toda ella muchos vasos de oro é plata, y ovejuelas y hombrecillos pequeños de lo mismo, lo cual se ha sacado en mucha cantidad, que todo lo hemos visto; desta arena estaba toda la plaza, quando yo fui á governar aquella Ciudad; é si fue verdad que aquella se trajo de ellos, afirman é tienen puestos en sus registros, paresceme que sea ansí, que toda la tierra junta tubo cargas que en ella entraron; y la costa por lo mas cerca esta mas de nobenta leguas á lo que creo, y cierto yo me satisface, porque todos dicen, que aquel genero de arena, no lo hay hasta la costa.» *Relación Segunda*, manuscrito.

256 «Y si Dios permitiera que tubieran quien con celo de Cristiandad, y no con ramo de codicia, en lo pasado, les diera entera noricia de nuestra sagrada Religión, era gente en que bien imprimiera,

segun vemos por lo que ahora con la buena orden que hay se obra.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 22.

Pero el testimonio más enfático de los méritos del pueblo es el que proporciona Mancio Sierra Lejesema, el último superviviente de los primeros conquistadores españoles que se asentó en Perú. En el preámbulo a su testamento, realizado como él mismo afirma para aliviar su conciencia en la hora de su muerte, declara que toda la población bajo los incas se distinguía por su sobriedad y su laboriosidad, que cosas tales como los atracos y el robo eran desconocidas, que lejos de ser licenciosos no había siquiera una prostituta en el país y que todas las cosas se llevaban con el mayor orden y completa sumisión a la autoridad. El panegírico es en cierto modo demasiado poco cualificado para toda la nación y puede inducirnos a sospechar que los aguijones del remordimiento por su propio trato a los nativos acosaba al veterano moribundo para que sobrestimase sus méritos más allá de lo que estrictamente garantizan los hechos. Sin embargo, este testimonio, realizado por un hombre como este en un momento como el que lo hizo, es demasiado notable, así como demasiado honroso para con los peruanos, como para que el historiador lo pase en silencio.

257 «Sans doute l’homme moral du Pérou étoit infiniment plus perfectionné que l’Européen.» Carli, *Lettres Américaines*, tom. I, p. 215.

258 «Heran muy dados á la lujuria y al bever, tenian acceso carnal con las hermanas y las mugeres de sus padres como no fuesen sus mismas madres, y aun algunos avia que con ellas mismas lo hacian y ansi mismo con sus hijas. Estando borrachos tocavan alfunos el pecado nefando, emborrachavanse muy á menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traia á la voluntad hacian. Heran estos orejones muy soberbios y presuntuosos [...] Tenian otras muchas maldades que por ser muchas no las digo.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

LIBRO II

Descubrimiento del Perú

Capítulo I

Ciencia antigua y moderna. El arte de la navegación. Descubrimientos marítimos. El espíritu de los españoles. Posesiones en el Nuevo Mundo. Rumores relacionados con Perú

Sea cual fuera la diferencia de opinión que pueda existir en cuanto a los méritos comparativos de los antiguos y los modernos en las artes, la poesía, la elocuencia y todo lo que depende de la imaginación, no puede dudarse que en la ciencia los modernos tienen una ventaja evidente. No podría ser de otra manera. En las primeras épocas del mundo, como en las primeras etapas de la vida, había la frescura de una existencia naciente, en la que el brillo de la novedad estaba en todo lo que saltaba a la vista, en la que los sentidos, todavía no embotados por la familiaridad, estaban más vivamente despiertos a la belleza y la mente, bajo la influencia de un gusto sano y natural, no estaba pervertida por la teoría filosófica, y el intelecto epicúreo, saciado por la repetición, todavía no había comenzado a buscar estímulos en lo fantástico y en lo caprichoso. Todos los reinos de la imaginación estaban por explorar y el zafio toque de aquellos que intentaban cultivarla aún no habían arrancado sus flores más hermosas, ni explotado sus bellezas. Las alas del genio no estaban atadas a tierra por las frías y convencionales leyes del criticismo, sino que podían levantar el vuelo a lo ancho y largo del extenso territorio de la creación.

Pero con la ciencia sucede lo contrario. Ningún genio podría suplir la carencia de datos prácticamente para ningún descubrimiento. Tenían que reunirse con doloroso esfuerzo, recolectarse a partir de una cuidadosa observación y experimentación. El genio, ciertamente, puede ordenar y combinar estos hechos en nuevas formas y obtener de estas nuevas combinaciones nuevas e importantes deducciones, y en este proceso prácticamente puede rivalizar en originalidad con las creaciones del poeta y del artista. Pero si los procesos de la ciencia son necesariamente lentos, también son seguros. No hay movimientos regresivos en sus dominios. Las artes pueden desaparecer, la musa enmudecer, un letargo moral puede bloquear las facultades de la nación, la misma nación puede desaparecer y dejar tan solo la memoria de su existencia, pero el acopio que la ciencia ha reunido se mantendrá para siempre. A medida que nuevas naciones entran en escena y surgen nuevas formas de civilización, los monumentos y las artes de la imaginación, productos de un tiempo más antiguo, se colocan como un obstáculo en el camino de la mejora. No se puede construir sobre ellos, ocupan un terreno que el nuevo aspirante a la inmortalidad tendrá que cubrir. Todo el trabajo debe hacerse de nuevo, y otras formas de belleza (ya sean mayores o menores en la escala de méritos, pero diferentes de las pasadas) deben levantarse para ocupar un lugar a su lado. Pero en la ciencia cada piedra que se coloca se mantiene como cimiento para la siguiente. La generación venidera retoma el trabajo donde la anterior lo había dejado. En su campo no se da marcha atrás. Una nación concreta puede retroceder, pero la ciencia sigue avanzando. Cada paso conquistado facilita la ascensión para los que vienen detrás. Cada paso lleva al paciente investigador detrás de la verdad, más y más alto hacia el cielo y, a medida que asciende, abre ante él un horizonte más amplio, una vista nueva y más maravillosa del universo.

La geografía, al igual que todas las ramas de la ciencia en las épocas primitivas del mundo, estaba llena de impedimentos. El conocimiento de la tierra tan solo podía venir de la expansión del comercio, y el comercio se fundamenta sobre necesidades artificiales o sobre una curiosidad ilustrada, difícilmente compatible con el estado primitivo de la sociedad. En la infancia de las naciones, las diferentes tribus, ocupadas en sus riñas internas, encontraban pocas ocasiones para vagabundear más allá de la cadena montañosa o el ancho arroyo que formaba la frontera natural de sus dominios. Ciertamente se dice que los fenicios navegaron más allá de las

columnas de Hércules y que se lanzaron al gran océano occidental. Pero los aventureros de estos viajes de la antigüedad pertenecen a las míticas leyendas y quedan mucho más allá del dominio de los registros auténticos.

Los griegos, rápidos y aventureros, habilidosos en las artes mecánicas, tenían muchas de las cualidades de los buenos navegantes, y dentro de los límites de su pequeño mar interior se movían sin miedo y libremente. Pero las conquistas de Alejandro hicieron más por ampliar los límites de la ciencia geográfica y abrieron el conocimiento de los remotos países del este. Sin embargo, la marcha del conquistador es lenta en comparación con los movimientos del viajero sin carga. Los romanos eran todavía menos emprendedores que los griegos, con menos carácter de comerciantes. Las contribuciones al conocimiento geográfico crecieron con las lentas adquisiciones del imperio. Pero su sistema era de tendencia centralizadora y en lugar de dirigirse al exterior y mirar a lo lejos para descubrir nuevas tierras, cada rincón de los vastos dominios imperiales giraba su vista a la capital, hacia la cabeza y punto de atracción central. El conquistador romano hacía el camino por tierra, no por mar. Pero el agua es la gran avenida entre las naciones, el verdadero elemento para el descubridor. Los romanos no eran un pueblo marítimo. Al final de su imperio, difícilmente se podía decir que la ciencia geográfica se hubiera extendido más allá del conocimiento de Europa (y esto sin incluir su parte más septentrional) junto con una parte de Asia y de África, al mismo tiempo que no tenían otra concepción del mundo más allá de las aguas occidentales que la que se podía encontrar en las afortunadas predicciones del poeta[1].

Después vino la Edad Media, los años oscuros, como se les denominó, aunque en su oscuridad maduraron aquellas semillas de conocimiento que, con el transcurso del tiempo, debían florecer en nuevas y más gloriosas formas de civilización. La organización de la sociedad se hizo más favorable para la ciencia geográfica. En lugar de un imperio demasiado grande y letárgico que oprimía todo con su peso colosal, Europa quedó dividida en diferentes comunidades independientes, muchas de las cuales, adoptando formas liberales de gobierno, sintieron los impulsos naturales de los hombres libres, y las pequeñas repúblicas del Mediterráneo y el Báltico enviaron a sus enjambres de marineros hacia un comercio muy rentable que entrelazó a los diferentes países esparcidos por las grandiosas aguas europeas.

Pero los avances que tuvieron lugar en el arte de la navegación, la medición más precisa del tiempo, y sobre todo, el descubrimiento de la polaridad magnética, hicieron progresar enormemente la causa del conocimiento geográfico. En lugar de arrastrarse tímidamente a lo largo de la costa, o de limitar sus expediciones a los estrechos confines de las cuencas fluviales, el viajero podía ahora extender sus velas con audacia sobre el piélago, seguro de un norte al que dirigir su embarcación de forma infalible cruzando las soledades sin límite. La conciencia de este poder llevó, por tanto, a navegar en una nueva dirección y el marinero comenzó a buscar con ansiedad otro camino para llegar a las islas de las Especies de la India que no fuera la de las caravanas de Oriente que atravesaban el continente asiático. En esta crisis, las naciones sobre las que recayó de forma natural el espíritu de empresa fueron España y Portugal, situadas como estaban en los extremos del continente europeo, liderando el gran escenario de los descubrimientos futuros.

Ambos países sentían la responsabilidad de su nueva posición. La corona de Portugal fue constante en sus esfuerzos por encontrar un paso que rodeara la punta sur de África hasta el océano Índico, a lo largo de todo el siglo XV, aunque su navegación era tan pusilánime, que cada nuevo cabo se convertía en una nueva barrera y no fue hasta la última parte del siglo cuando el aventurero Díaz rodeó el cabo de las Tormentas, como lo llamó, y que Juan II con un augurio más feliz denominó cabo de Buena Esperanza. Pero antes de que Vasco de Gama se aprovechara de este descubrimiento para desplegar sus velas en los mares de la India, España entró en su gloriosa carrera y envió a Colón a cruzar las aguas occidentales.

El objetivo del gran navegante era también descubrir una ruta a la India, pero por el oeste en lugar de por el este. No esperaba encontrarse un nuevo continente en su camino, y después de varios viajes seguía en su error original, muriendo como es bien sabido en la convicción de que había llegado a las orillas orientales de Asia. Era el mismo objetivo al que se dirigían las empresas náuticas de aquellos que siguieron el camino del almirante, y el descubrimiento de un estrecho hacia el océano Índico era el punto principal de todas las órdenes del gobierno y el plan de más de una expedición a diferentes puntos del nuevo continente, que parecía extender su longitud de leviatán de uno al otro polo. El descubrimiento de un paso a las Indias es la verdadera llave de los movimientos marítimos del siglo XV

y de la primera mitad del XVI. Era la gran idea conductora que imprimía el carácter a las hazañas de la época.

No es fácil en nuestro tiempo comprender el impulso que le dio a Europa el descubrimiento de América. No había sido la gradual adquisición de un territorio fronterizo, una provincia o un reino lo que se había ganado, sino que era un nuevo mundo lo que en ese momento quedaba abierto de par en par a los europeos. Las razas de animales, las riquezas minerales, las formas vegetales y la variedad de aspectos de la naturaleza, el hombre en diferentes fases de civilización, llenaron la mente de nuevos idearios que cambiaron la habitual corriente de pensamiento y la estimularon hasta especulaciones ilimitadas. El entusiasmo por explorar los maravillosos secretos del nuevo hemisferio se hizo tan activo que las principales ciudades de España quedaron, en cierto modo, despobladas, ya que los emigrantes se lanzaron uno detrás de otro a buscar suerte en el piélago[2]. Lo que se abría de par en par era un mundo romántico, ya que, fuera cual fuera la suerte del aventurero, sus informes a la vuelta estaban teñidos de un colorido de romance que estimulaba todavía más la receptiva imaginación de sus compatriotas y fomentaba los sentimientos quiméricos de una época de caballería. Escuchaban con oídos atentos los cuentos de amazonas que parecían convertir en realidad las leyendas clásicas de la antigüedad, las historias de gigantes de la Patagonia, encendidas escenas de un El Dorado, donde las arenas resplandecían con gemas y pepitas de oro del tamaño de huevos de pájaro que servían para lastrar las redes en los ríos.

Sin embargo, el hecho de que los aventureros no eran impostores, sino inocentes, víctimas demasiado inocentes de sus propias imaginaciones crédulas, queda demostrado por el carácter extravagante de sus empresas, por las expediciones en busca de la mágica fuente de la vida, el templo de oro de Doboyba, los sepulcros de oro de Zenu, ya que el oro siempre flotaba delante de su distorsionada visión y el nombre de *Castilla del Oro*, la región más insalubre y menos rentable del Istmo, levantaba una brillante promesa para el desafortunado colono, que demasiado a menudo, en lugar de oro tan solo encontraba allí su tumba.

En este reino encantado, cualquier cosa servía para mantener la ilusión. Los simples nativos, con sus cuerpos indefensos y bastas armas, no eran rival para el guerrero europeo armado hasta los dientes con cota de malla. Las posibilidades eran tan grandes como las que se encuentran en cualquier leyenda de caballería, donde la lanza de un buen caballero derriba a cientos

de un golpe. Los peligros que se presentaban en el camino del descubridor y los sufrimientos que tenía que padecer eran escasamente inferiores a los de un caballero errante. El hambre, la sed y la fatiga, los mortales efluvios de las ciénagas con sus tropeles de insectos venenosos, el frío de las montañas nevadas y el ardiente sol de los trópicos, esto era lo que le esperaba al caballero que viniera en busca de su fortuna al Nuevo Mundo. Era una realidad romántica. La vida del aventurero español era un capítulo más, y no el menos notorio, de las crónicas de la caballería andante.

La figura del guerrero adoptó algo del exagerado colorido que se proyectaba sobre sus hazañas. Orgulloso y presuntuoso, se henchía con altas expectativas de su destino y una confianza invencible en sus propios recursos, ningún peligro podía hacerle desfallecer y ningún trabajo le fatigaba. En realidad, cuanto mayor el peligro, mayor la atracción, ya que su alma se deleitaba en la exaltación y la empresa sin peligro carecía de ese acicate novelesco necesario para avivar sus energías y llevarle a la acción. Sin embargo, entre los motivos de la acción se mezclaban de forma extraña las influencias mezquinas junto con las más sublimes, las temporales con las espirituales. El oro era el incentivo y la recompensa, y en la búsqueda, su inquebrantable naturaleza raramente dudaba sobre los medios que utilizaba. Su coraje estaba mancillado por la crueldad, esa crueldad que emanaba a partes iguales (por muy extraño que pueda parecer), de su avaricia y de su religión; la religión, como se entendía en esa época, la religión del cruzado. Era el conveniente manto de una multitud de pecados, que les cubría incluso de ellos mismos. El castellano, demasiado orgulloso para la hipocresía, cometió más crueldades en el nombre de la religión de las que nunca cometió el pagano idólatra o el fanático Islam. La quema del infiel era un sacrificio aceptable para el cielo y la conversión de los que sobrevivían expiaba ampliamente los delitos más nauseabundos. Es una triste y vergonzosa consideración el que el espíritu más intransigente de intolerancia, el espíritu del inquisidor en casa y del cruzado fuera, emanara de una religión que predicaba la paz en la tierra y la buena voluntad con el hombre.

¡Qué contraste presentan estos hijos de la Europa meridional con las razas anglosajonas que se esparcían por la gran parte norte del hemisferio occidental! Ya que el principio de acción de estos últimos no era la avaricia, ni el pretexto más engañoso del proselitismo, sino la independencia, independencia religiosa y política. Para asegurarse esto, se contentaban con

ganarse un sustento básico mediante una vida frugal de trabajo. No pedían nada del suelo más que los razonables frutos de su trabajo. Ninguna visión de oro esparcía un halo engañoso en su camino atrayéndoles para que avanzaran a través de mares de sangre hasta derrocar a una dinastía inofensiva. Se contentaban con el lento pero constante progreso de la ciencia política. Su paciencia soportaba las privaciones de la naturaleza, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con el sudor de su frente, hasta que arraigó fuerte en la tierra y elevó sus ramas hacia los cielos, mientras que las comunidades del continente vecino, creciendo entre los repentinos esplendores de una vegetación tropical, mostraban, incluso en su momento de máximo esplendor, los síntomas claros de su decadencia.

Parecería estar especialmente dispuesto por la providencia que el descubrimiento de las dos grandes divisiones del hemisferio americano recayera en las dos razas mejor preparadas para conquistarlos y colonizarlos. De esta manera la parte del norte quedó encomendada a la raza anglosajona, cuyos hábitos ordenados e industriosos encontraron amplio campo para el desarrollo bajo sus cielos gélidos y en su suelo más tosco, mientras que la parte meridional, con sus ricos productos tropicales y tesoros de riqueza mineral, presentaba el cebo para invitar a la empresa de los españoles. ¡Qué diferente podría haber sido el resultado si la embarcación de Colón hubiera tomado una dirección más al norte, como meditó en un momento, y hubiera desembarcado con su banda de aventureros en las orillas de lo que hoy es la América protestante!

Bajo la presión de ese espíritu de empresa náutica que inundaba las comunidades marítimas de Europa en el siglo XVI, se exploró toda la extensión del imponente continente, desde Labrador a la Tierra de Fuego en menos de treinta años después de su descubrimiento, y en 1521 el portugués Magallanes, navegando bajo bandera española, resolvió el problema del estrecho y encontró un camino al oeste hacia las largamente buscadas islas de las Especies de la India, para gran sorpresa de los portugueses, quienes, navegando en la dirección opuesta, encontraron a sus rivales, cara a cara en las antípodas. Pero, mientras que se había explorado toda la costa oriental del continente americano y colonizado la parte central, incluso después de la brillante conquista de México, todavía no se había levantado el velo que pendía sobre las doradas orillas del Pacífico.

De vez en cuando llegaban a los españoles vagos rumores sobre países en el lejano oeste que bullían con el metal que tanto deseaban, pero la primera

noticia concreta del Perú data del año 1511, cuando Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del mar del Sur, estaba pesando algo de oro que había recaudado de los nativos. Un joven jefe bárbaro, que estaba presente, golpeó las balanzas con su puño y, esparciendo el centelleante metal por la habitación, exclamó: «Si esto es lo que aprecias tanto que estás dispuesto a abandonar tu hogar distante y arriesgar la vida por él, te puedo contar de una tierra donde comen y beben en vajilla de oro y el oro es tan barato como el hierro lo es entre vosotros.» Poco después de esta sorprendente información Balboa realizó la formidable aventura de escalar la muralla montañosa del istmo que divide los dos imponentes océanos, cuando armado con una espada y una rodela se lanzó a las aguas del Pacífico y gritó en una vena verdaderamente caballeresca que «reclamaba este mar desconocido junto con todo lo que contenía para el rey de Castilla y que defendería esa reclamación contra cualquiera, cristiano o infiel, que osara oponérsele»[3]. ¡Todo el ancho continente y las soleadas islas que bañaban las aguas del océano del Sur! El valiente caballero tenía una idea bastante vaga de lo que implicaba realmente en su totalidad su magnífico alarde.

En este lugar recibió noticias más explícitas del imperio del Perú, escuchó las pruebas que le narraron de su civilización y le mostraron dibujos de la llama, que para el europeo se asemejaba a una especie de camello árabe. Pero, aunque dirigió su carabela hacia estos reinos de oro e incluso empujó sus descubrimientos unas veinte leguas más al sur del golfo de San Miguel, la aventura no le estaba reservada a él. El ilustre descubridor estaba sentenciado a caer víctima de esa miserable envidia con la que un pequeño espíritu contempla los logros de uno grande.

Los dominios coloniales españoles se dividieron en un número de pequeños gobiernos que se entregaron a veces a favoritos de la corte, aunque, como las obligaciones del puesto, en este período inicial, eran de naturaleza muy ardua, frecuentemente estaban reservados para hombres de cierto talento práctico y de iniciativa. Colón, en virtud de su contrato original con la Corona, tenía jurisdicción sobre los territorios que él mismo descubriera, que incluían algunas de las islas principales y unos pocos lugares del continente. Esta jurisdicción era muy distinta de la de otros funcionarios, ya que era hereditaria; privilegio que finalmente pareció demasiado importante para un súbito y se le cambió, por tanto, por un título y una pensión. Estos gobiernos coloniales se multiplicaron con el crecimiento del imperio, y para el año 1524, el período en el que nuestra

narración comienza, propiamente hablando, se diseminaban por las islas, el istmo de Darién, el ancho tramo de *tierra firme*[*] y la reciente conquista de México. Algunos de estos gobiernos no eran demasiado grandes. Otros, como el de México, tenían las dimensiones de un reino, y la mayoría tenían asignado un campo indefinido para el descubrimiento en su vecindad más cercana, gracias al cual cada uno de los pequeños potentados podía aumentar su dominio territorial y enriquecer a sus seguidores y a sí mismo. Esta organización política servía de la mejor manera a los fines de la Corona al proporcionar un incentivo perpetuo para el espíritu emprendedor. De esta manera, viviendo en sus propios dominios pequeños a gran distancia de la madre patria, estos gobernadores militares ostentaban una especie de poder virreinal y también demasiado frecuentemente lo ejercían de la manera más opresiva y tiránica, opresiva con los nativos y tiránica con sus propios seguidores. Era la consecuencia natural cuando hombres, originalmente de clase baja, y sin la educación necesaria para el puesto, se veían repentinamente llamados a ejercer una autoridad de forma breve e irresponsable. Solo tras haberse producido alguna triste experiencia de estos resultados, se tomaron medidas para mantener controlados a estos pequeños tiranos mediante tribunales regulares o Audiencias Reales, como eran llamadas, que, compuestas de hombres de carácter y erudición, pudieran interponer el brazo de la ley, o al menos, la voz de la amonestación, para proteger tanto a los colonos como a los nativos.

Entre los gobernadores coloniales, que debían su posición a su rango en la patria, se encontraba don Pedro Arias de Ávila, o Pedrarias, como normalmente se le llama. Estaba casado con una hija de doña Beatriz de Bobadilla, la célebre marquesa de Moya, más conocida como amiga de Isabel la Católica. Era un hombre de alguna experiencia militar y de carácter considerablemente enérgico. Pero, como quedó probado, tenía un temperamento maligno, y las infames cualidades que podían haber pasado inadvertidas en la oscuridad de la vida privada se hicieron manifiestas y en cierta medida quizá creadas por la súbita ascensión al poder, del mismo modo en que la luz del sol que influye de forma generosa sobre el terreno fértil y lo estimula para la producción también extrae de la malsana ciénaga tan solo nauseabundos y pestilentes vapores. A este hombre se le situó en los territorios de la *Castilla del Oro*, el terreno elegido por Núñez de Balboa como escenario de sus descubrimientos. El éxito atrajo sobre este la envidia de su superior, ya que era un delito suficiente a los ojos de Pedrarias el

merecer demasiado. La trágica historia de este caballero pertenece a un período algo anterior a aquel del que nos vamos a ocupar. Ha sido estudiado por manos más hábiles que las mías y aunque breve conforma uno de los pasajes más brillantes de los anales de los conquistadores americanos[4].

Pero aunque Pedrarias deseaba detener la gloriosa carrera de su rival, no era insensible a las importantes consecuencias de sus descubrimientos. Vio inmediatamente lo poco apto que era Darién para llevar a cabo expediciones en el Pacífico, y siguiendo la sugerencia original de Balboa, en 1519, hizo que se trasladara su emergente capital de las orillas del Atlántico al antiguo sitio de Panamá, a alguna distancia de la actual ciudad del mismo nombre[5]. Este lugar enormemente insalubre, cementerio de muchos desgraciados colonos, estaba favorablemente situado para el gran objetivo de las empresas marinas, y el puerto, debido a su posición central, proporcionaba el mejor punto de partida para expediciones, tanto hacia el norte como el sur, a lo largo de una amplia extensión de costa sin descubrir que bordeaba el océano del Sur. Sin embargo, se dejó que pasaran varios años en esta nueva posición más favorable, antes de que el curso del descubrimiento tomara la dirección de Perú, dirigiéndose de forma exclusiva hacia el norte o mejor dicho hacia el oeste, obedeciendo las órdenes del gobierno que siempre tenía en mente localizar el estrecho que, según se suponía, debería cruzar en una u otra parte el prolongado istmo. Se preparó una expedición tras otra con este objetivo quimérico, y Pedrarias vio expandirse su dominio más y más, año tras año, sin que de sus adquisiciones se derivara ninguna ventaja considerable. Se ocuparon sucesivamente Veragua, Costa Rica, Nicaragua, y sus bravos caballeros abrieron un camino atravesando el bosque, la montaña y las tribus guerreras de salvajes, hasta que en Honduras entraron en colisión con los compañeros de Cortés, los conquistadores de México, que habían descendido desde la gran meseta del norte hasta las regiones de América central y de esta manera completaban la exploración de esta tierra salvaje y misteriosa.

Hasta 1522 no se envió una expedición regular hacia el sur de Panamá, bajo el mando de Pascual de Andagoya, un caballero de mucha distinción en la colonia. Pero ese oficial penetró tan solo hasta el puerto de Piñas[*], el límite de los descubrimientos de Balboa, donde su mal estado de salud le obligó a reembarcar y abandonar su empresa cuando comenzaba[6].

Sin embargo, los vagos rumores sobre la riqueza y la civilización de una poderosa nación al sur llegaban continuamente a oídos y encendían las

ensoñadoras imaginaciones de los colonos, y puede parecer sorprendente que se postergara tanto tiempo una expedición en esa dirección. Pero la posición y la distancia exacta de este reino de hadas eran tema de conjetura. El largo trecho de terreno que se interponía estaba ocupado por razas primitivas y guerreras y la poca experiencia que los navegantes españoles habían tenido con la costa vecina y sus habitantes y todavía más con el tempestuoso carácter de los mares (ya que su expedición había tenido lugar en la estación menos propicia del año) aumentaban las aparentes dificultades de la empresa y hacían encogerse incluso a sus duros corazones al imaginarlo.

Tales fueron los sentimientos de la pequeña comunidad de Panamá durante varios años después de su fundación. Mientras tanto, la deslumbrante conquista de México dio nuevo impulso al ardor del descubrimiento y en 1524 se encontraban tres hombres en la colonia en quienes el espíritu de la aventura triunfó sobre cualquier consideración de dificultad y peligro que se interpusiera en la consecución de su empresa. Uno entre ellos fue elegido por lo adecuado de su carácter para conducirla hasta un feliz término. Ese hombre era Francisco Pizarro y, ya que ocupa el mismo puesto prominente en la conquista de Perú que el que ocupó Cortés en la de México, será necesario revisar brevemente su historia anterior.

Notas al pie

[1] La bien conocida predicción de Séneca en su *Medea* es quizá la profecía al azar más notable que se ha registrado. Ya que no es una simple extensión de las fronteras de las partes conocidas del globo lo que se anuncia de forma tan confiada, sino la existencia de un *nuevo mundo* al otro lado de las aguas, lo que se descubriría en años venideros:

«Quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque Novos
Detegat Orbes»

era más bien un golpe de suerte del filósofo que del poeta.

[2] El embajador veneciano, Andrea Navagiero, que viajó por España en 1525, cerca de la época en que comienza nuestra narración, señala la fiebre general por la emigración. Sevilla, en concreto, el gran puerto de embarcación, estaba tan vacía de sus habitantes, dice, «que en la ciudad prácticamente solo quedaron mujeres». *Viaggio fatto in Spagna*, Vinegia, 1563, fol. 15.

[3] Herrera, *Historia General*, dec. I, lib. 10, cap. 2.–Quintana, *Vidas de Españoles Célebres*, Madrid, 1830, tom. II, p. 44.

[*] En español en el original.

[4] Las memorables aventuras de Vasco Núñez de Balboa han sido registradas por Quintana (*Españoles Célebres*, tom. II) y por Irving en sus *Companions of Columbus* . Es extraño que la vida de un individuo fuera el objeto de dos elegantes memoriales tales, producidos prácticamente al mismo tiempo y en diferentes idiomas, sin ninguna comunicación entre los autores.

[5] La corte dio instrucciones concretas a Pedrarias para que creara un asentamiento en el golfo de San Miguel, siguiendo la sugerencia de Vasco de Núñez de que sería el sitio más apto para el descubrimiento y el comercio en el mar del Sur. «El asiento que se oviere de hacer en el golfo de S. Miguel en la mar del sur debe ser en el puerto que mejor se hallare y mas convenible para la contratación de aquel golfo, porque segund lo que Vasco Núñez escribe, seria muy necesario que allí haya algunos navíos, así para descubrir las cosas del golfo; y de la comarca dél, como para la contratación de rescates de las otras cosas necesarias al buen proveimiento de aquello; é para que estos navíos aprovechen es menester que se hagan allá.» *Capítulo de Carta escrita por el Rey Católico á Pedrarias Dávila*, ap. Navarrete, *Colección de los Viages y Descubrimientos*, Madrid, 1829, tom. III, n.º 3.

[*] En español en el original.

[6] Según Montesinos, Andagoya recibió una grave herida al caerse del caballo mientras exhibía el brioso animal ante los asombrados ojos de los nativos (*Annales de Perú*, manuscrito, año 1524). Pero el adelantado, en unas memorias de sus propios descubrimientos, redactadas por él mismo, no dice

nada de esta desafortunada gesta de equitación, sino que imputa su estado de salud a haberse caído en el agua, un accidente por el que casi se ahogó, hasta el punto de que pasaron varios años antes de que pudiera recuperarse de los efectos del mismo, una manera de narrar su regreso prematuro más tranquilizadora para su vanidad probablemente que la generalmente aceptada. Este documento, importante por venir de la pluma de uno de los primitivos conquistadores, se conserva en los Archivos de Indias de Sevilla y fue publicado por Navarrete, *Colección*, tom. III, n.º 7.

Capítulo II

Francisco Pizarro. Sus primeros pasos. Primera expedición al sur. Dificultades de los viajeros. Duros enfrentamientos. Regreso a Panamá. La expedición de Almagro. 1524-1525

Francisco Pizarro nació en Trujillo, una ciudad de Extremadura, en España. La fecha de su nacimiento es incierta, pero probablemente no fue muy lejos de 1471[7]. Era hijo ilegítimo y no es sorprendente que sus padres no se hubieran tomado el trabajo de perpetuar la fecha de su nacimiento. Poca gente se cuida de registrar sus transgresiones particulares. Su padre, Gonzalo Pizarro, era coronel de infantería y sirvió con cierta distinción en las campañas italianas bajo el gran capitán y después en las guerras de Navarra. Su madre, llamada Francisca Gonzales, era una persona de condición humilde de la ciudad de Trujillo[8].

Pero poco se ha contado de los primeros años de Francisco, y ese poco no siempre es digno de crédito. Según algunos, fue abandonado por sus dos padres y dejado como expósito a la puerta de una de las principales iglesias de la ciudad. Incluso se dice que hubiera muerto de no haber sido cuidado por una cerda[9]. Esta es una fuente de sustento todavía más vergonzosa que la del pequeño Rómulo. Los primeros pasos de hombres que han hecho famosos sus nombres posteriormente, como la historia inicial de las naciones, proporciona un campo fructífero para la invención.

Parece cierto que el joven Pizarro recibió poco cuidado de sus padres y se permitió que creciera al dictado de la naturaleza. No aprendió a leer ni a escribir y su principal ocupación fue la de porquero de cerdos. Pero este letárgico estado de vida no se acomodaba con el inquieto espíritu de Pizarro a medida que crecía y escuchaba los relatos del Nuevo Mundo que tanto circulaban y tan cautivadores eran para la imaginación infantil. Compartía el entusiasmo popular y se aprovechó de un momento favorable para abandonar su innoble tarea y escapar a Sevilla, al puerto desde donde embarcaban los aventureros españoles en busca de aventuras en el oeste. Pocos de ellos podían volver la mirada a su tierra natal con menos causa para lamentarse que Pizarro[10].

No tenemos información sobre el año en que tuvo lugar este importante cambio en su destino. Lo primero que oímos de él en el Nuevo Mundo es en la isla de la Española en 1510, donde participó en la expedición a Uraba en *Tierra Firme*[*] bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, un caballero cuyo carácter y logros no encuentra parangón más que en las páginas de Cervantes. Hernando Cortés, cuya madre era una Pizarro, y familia, según se dice, del padre de Francisco, estaba en Santo Domingo y se preparaba para acompañar a la expedición de Ojeda, pero se lo impidió una cojera temporal. De haber ido, la caída del imperio azteca podía haberse pospuesto más tiempo, y el cetro de Montezuma haber terminado en paz para la posteridad. Pizarro compartió la desastrosa fortuna de la colonia de Ojeda y gracias a su discreción obtuvo la confianza de su comandante hasta tal punto que le dejó encargado del asentamiento, cuando este regresó a por provisiones a las islas. El teniente continuó en su peligroso puesto durante prácticamente dos meses, esperando deliberadamente a que la muerte redujera la colonia lo suficiente como para que permitiera al miserable resto embarcar en la única embarcación que les quedaba[11].

Después de esto, le encontramos asociado a Balboa, el descubridor del Pacífico, y cooperando con él en la fundación de una colonia en Darién. Tuvo la gloria de acompañar a este galante caballero en su terrible marcha a través de las montañas y de estar, por tanto, entre los primeros europeos cuyos ojos encontraron la visión largamente prometida del océano del Sur.

Después de la muerte a destiempo de su comandante, Pizarro unió su destino al de Pedrarias, y este gobernador le empleó en varias expediciones militares, que, si bien no aportaron nada nuevo, le dieron la preparación

necesaria para los peligros y privaciones que se encontraban en el camino de la futura conquista del Perú.

En 1515 fue elegido, junto con otro caballero llamado Morales, para cruzar el istmo y comerciar con los nativos en las orillas del Pacífico. Y allí, mientras estaba ocupado en la recaudación de su botín de oro y perlas de las islas vecinas y su vista recorría la oscura línea de la costa hasta perderse en la distancia, su imaginación puede que se encendiera por primera vez con la idea de intentar un día la conquista de las misteriosas regiones que se extendían tras las montañas. Cuando se desplazó el asentamiento del gobierno a través del istmo a Panamá, Pizarro acompañó a Pedrarias y su nombre destacó entre los caballeros que extendieron la línea de la conquista hacia el norte sobre las guerreras tribus de Veragua. Pero todas estas expediciones, por mucha gloria que le reportaran, dieron poco oro como resultado, y a la edad de cincuenta años el capitán Pizarro se encontraba en posesión tan solo de un área de terreno insalubre en la vecindad de la capital y los *repartimientos*[*] de nativos que se pensaron adecuados a sus servicios militares[12]. El Nuevo Mundo era una lotería donde los grandes premios eran tan pocos que las posibilidades estaban en gran medida contra los que participaban; sin embargo, en el juego estaban dispuestos a apostar la salud, la fortuna y también, demasiado a menudo, su buena fama.

Tal era la situación de Pizarro cuando, en 1522, Andagoya regresó de su empresa inacabada al sur de Panamá, trayendo con él nuevos relatos más detallados que los que hasta ahora habían recibido sobre la opulencia y grandiosidad de los países que había más allá[13]. También fue en esta época cuando los espléndidos logros de Cortés causaron su impresión en la mente del público y le dieron nuevo impulso al espíritu de aventura. Las expediciones del sur se convirtieron en un tema común de especulación entre los colonos de Panamá. Pero la región del oro, detrás de la imponente cortina de la cordillera, todavía estaba cubierta por la oscuridad. No se podía hacer ninguna idea de la distancia real, y las dificultades y trabajos que habían encontrado los pocos navegantes que habían surcado en esa dirección le daban un carácter sombrío a la empresa que hasta ese momento había disuadido a los más osados de embarcarse en ella. No hay ninguna prueba de que Pizarro mostrara una prontitud especial en la causa. Tampoco sus fondos eran suficiente garantía para tener alguna expectativa de éxito sin una gran ayuda de otros. Encontró esta ayuda en dos personas de la

colonia, que tomaron también parte importante en las posteriores acciones que no son especialmente notables.

Uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna algo mayor; parece probable que Pizarro, aunque poco se sabe de su nacimiento, e incluso el lugar está en disputa. Se supone que fue la ciudad de Almagro en la nueva Castilla, de donde, a falta de una fuente mejor, provendría el nombre, ya que, como Pizarro, también era un expósito[14]. Se conocen pocos detalles de él hasta este momento de nuestra historia, ya que era una de esas personas que en tiempos turbulentos son las que primero salen a la superficie, menos afortunado quizá que si se les dejase en su anterior anonimato. En su carrera militar Almagro se había ganado la reputación de soldado valiente. Era franco y generoso en sus disposiciones, algo precipitado e ingobernable en sus pasiones, pero como los hombres de temperamento sanguíneo, una vez que habían pasado los primeros impulsos no era difícil de apaciguar. Tenía, en resumen, las buenas cualidades y los defectos propios de una naturaleza honesta, que no se han visto mejorados por la disciplina de una educación temprana o por el autocontrol.

El otro miembro de la asociación era Hernando de Luque, un eclesiástico español que ejercía las funciones de vicario en Panamá y había cumplido anteriormente las funciones de maestro en la catedral de Darién. Parece haber sido un hombre de especial prudencia y conocimiento del mundo, y gracias a sus respetables cualidades había adquirido una considerable influencia en la pequeña comunidad a la que pertenecía, así como el control de los fondos, lo que hacía que su colaboración fuera esencial para el éxito de esta empresa.

Se decidió entre los tres asociados que los dos caballeros contribuirían con sus pequeñas reservas a sufragar los gastos de la expedición, pero con mucho la mayor parte de los fondos los proporcionó Luque. Pizarro debería tomar a su mando la expedición, mientras que la obligación de avituallar y equipar los barcos quedaba a cargo de Almagro. Los asociados no encontraron ninguna dificultad en obtener el consentimiento del gobernador para su empresa. Había proyectado otra expedición al regreso de Andagoya, pero el oficial al que se la iba a encomendar murió. No figura la razón por la que no continuó con su propósito original y encomendó el asunto a un capitán experimentado como Pizarro. Probablemente no le desagradaba que el peso de la expedición lo llevaran otros mientras que una parte de los

beneficios fuera para sus propios cofres. No pasó por alto esto en sus estipulaciones[15].

Reforzados de esta manera con los fondos de Luque y el consentimiento del gobernador, Almagro no tardó en hacer los preparativos para el viaje. Se compraron dos pequeños navíos, el mayor de los cuales lo había construido originalmente Balboa para él mismo con vistas a la misma expedición. Después de su muerte había sido desmantelado en la bahía de Panamá. Ahora se volvía a montar tan bien como lo permitían las circunstancias y se ponía a punto para el mar, mientras que el equipamiento y las provisiones se subían a bordo con una celeridad que hablaba mejor, como se comprobaría después, del celo de Almagro que de su previsión.

En lo referente a obtener el necesario complemento de tripulación hubo más dificultades, ya que se había creado un sentimiento general de desconfianza hacia las expediciones en esta dirección, que no pudo superarse de forma rápida. Pero había muchos oportunistas que habían venido a reconstruir sus fortunas y estaban dispuestos a aprovechar su oportunidad para hacerlo, por muy desesperada que fuera. Con materiales de este tipo, Almagro reunió un cuerpo de algo más de cien hombres[16], y una vez que todo estuvo dispuesto, Pizarro tomó el mando y, levando el ancla, partió del pequeño puerto de Panamá a mediados de noviembre de 1524. Almagro debía seguir en un segundo bajel de menor calado tan pronto como estuviera dispuesto[17].

La época del año era la menos apropiada que se podía haber elegido para el viaje, ya que era la estación de lluvias, cuando la navegación hacia el sur, impedida por vientos contrarios, se hace doblemente peligrosa por las tempestades que recorren la costa. Pero los aventureros no lo sabían. Después de tocar en la isla de las Perlas, un punto de descanso habitual de los navegantes a tan solo unas leguas de distancia de Panamá, Pizarro mantuvo el rumbo cruzando el golfo de San Miguel y se dirigió prácticamente directo hacia el sur, rumbo al puerto de Piñas, un cabo en la provincia de Biruquete que marcaba el límite del viaje de Andagoya. Pizarro, antes de su partida, había recabado toda la información que pudo de este oficial en lo relativo al país y la ruta que debía seguir. Pero la experiencia propia del caballero era demasiado limitada para que pudiera servir de mucha ayuda.

Doblando el puerto de Piñas, el pequeño barco entró en el río Birú, cuya mala interpretación ha dado lugar a que muchos defendieran que era este el

que había originado el nombre del imperio de los incas[18]. Después de navegar corriente arriba durante un par de leguas, Pizarro ancló, y desembarcando toda su fuerza, excepto los marineros, procedió a explorar el territorio a la cabeza de los mismos. El terreno se extendía en una vasta ciénaga, en la que las fuertes lluvias se habían acumulado en charcos de agua estancada y el suelo embarrado no ofrecía apoyo al viajero. Esta siniestra ciénaga estaba rodeada de árboles, a través de cuya espesa y enmarañada maleza les fue difícil penetrar, y una vez que salieron de ellos llegaron a un terreno de colinas, tan desigual y rocoso que se cortaban los pies hasta el hueso, y los cansados soldados, cargados con su pesada cota o su jubón espesamente acolchado de algodón, difícilmente podían dar un paso detrás de otro. El calor a ratos era opresivo y, desmayados por el trabajo y hambrientos por la falta de comida, cayeron al suelo de pura extenuación. Con este mal presagio comenzaba la expedición a Perú.

Pizarro, sin embargo, no perdió el ánimo. Se esforzó por reavivar el espíritu de sus hombres y les suplicó que no se descorazonaran ante dificultades que un corazón valiente superaría con seguridad, recordándoles el dorado premio que les esperaba a los que perseveraran. Sin embargo, era obvio que no se iba a ganar nada quedándose durante más tiempo en esta desolada región. Por tanto, regresaron al barco, descendieron aguas abajo y siguieron en su curso al sur por el gran océano.

Después de costear durante unas cuantas leguas, Pizarro ancló en un lugar de apariencia no muy atractiva donde se aprovisionó de madera y agua. Después, separándose más hacia el mar abierto, mantuvo el mismo rumbo hacia el sur. Pero en esto se vio frustrado por una sucesión de fuertes tormentas, acompañadas con un carillón tan tremendo de truenos y sabanas de agua como tan solo se pueden ver en las terribles tormentas de los trópicos. El mar azotaba con furia, e hinchándose en olas como montañas, amenazaba con hundir en cualquier momento la pequeña y ridícula embarcación, que se abría por todas sus juntas. Durante diez días los desafortunados viajeros fueron zarandeados de un lado para otro por los inclementes elementos y tan solo gracias a incesantes esfuerzos (los esfuerzos de la desesperación) evitaron que el barco se hundiera. Para sumarse a sus calamidades, sus provisiones comenzaron a escasear y empezó a faltarles el agua, de la que solo tenían unos pocos toneles, ya que Almagro había contado con reponer sus escasas provisiones de tiempo en tiempo en la orilla. La carne se había consumido en su totalidad y quedaron

reducidos a una mísera ración de dos espigas de grano indio al día para cada hombre.

Atosigados de esta manera por el hambre y los elementos, los maltratados viajeros se hubieran alegrado sobremanera de deshacer su camino y tomar de nuevo el puerto donde se habían aprovisionado por última vez de madera y agua. Sin embargo, nada podía ser menos prometedor que el aspecto de la región. Era el mismo tipo de terreno bajo y pantanoso, igual que su primer lugar de fondeo; además, a lo largo de la costa se extendían bosques espesos de una profundidad que la vista no podía penetrar, hasta una longitud interminable. En vano intentaron los agotados españoles abrirse paso a través de los laberintos de esta enmarañada maleza, en la que las enredaderas y las exuberante parras, que estallaban en la atmósfera exuberante y húmeda, se habían enredado alrededor de los inmensos troncos de los árboles y habían formado una red que tan solo se podía abrir con el hacha. La lluvia, mientras tanto, raramente amainaba, y la tierra, cubierta de hojas y saturada de humedad, parecía desaparecer bajo sus pies.

Nada podía ser más lúgubre y descorazonador que el aspecto de estos fúnebres bosques, donde las emanaciones de la superficie de la tierra sobrecargada envenenaban el aire y parecían no permitir la vida, a excepción de miríadas de insectos, cuyas alas esmaltadas brillaban de un lado para otro, como chispas de fuego, en cada claro del bosque. Incluso las más bajas criaturas parecía evitar instintivamente este terrible lugar y los vagabundos no vieron ni un animal ni un pájaro de ningún tipo. El silencio reinaba eternamente en el corazón de estas sombrías soledades, el único sonido que se podía oír era el caer de las gotas sobre las hojas y los pasos de los desesperados aventureros[19].

Completamente descorazonados por el aspecto del país, los españoles comenzaron a comprender que no habían ganado nada cambiando su situación del mar a la orilla y sintieron un serio miedo a morir de hambre en una región que no proporcionaba nada más que las malsanas bayas que podían coger aquí y allá en los bosques. Se quejaron abiertamente de su suerte, acusando a su comandante de ser el causante de todos sus problemas y de haberles embaucado con promesas de una tierra encantada que parecía escabullirse a medida que avanzaban. No servía de nada, decían, luchar contra su destino y era mejor arriesgarse a regresar al puerto de Panamá a tiempo para salvar sus vidas que esperar allí a morir de hambre.

Pero Pizarro estaba preparado para enfrentarse a males mucho mayores que estos, antes que regresar a Panamá, en bancarrota, objeto de escarnio como un soñador vanaglorioso que había convencido a otros para embarcarse en una aventura que no tenía el coraje para llevar a cabo él solo. El presente era su única posibilidad. Regresar sería su ruina. Por tanto, utilizó todos los argumentos que le pudiera dar el orgullo mortificado o la avaricia para que sus seguidores abandonaran su propósito; les hizo ver que estos eran los problemas que obligatoriamente se encontraban en el camino del descubridor, y les trajo a la memoria los brillantes éxitos de sus compatriotas en otras partes, así como los repetidos informes que ellos mismos habían recibido sobre las ricas regiones que había a lo largo de la costa, y que tan solo con coraje y constancia por su parte podrían adueñarse de ellas. Sin embargo, como sus necesidades presentes presionaban, decidió enviar de regreso el barco a la isla de las Perlas, para aprovisionarse de avituallamientos frescos para su compañía, que les permitieran seguir hacia adelante con renovada confianza. La distancia no era muy grande y en unos pocos días todos saldrían de su peligrosa situación. El oficial elegido para este servicio se llamaba Montenegro, y tomando con él prácticamente la mitad de la compañía, después de haber recibido las órdenes de Pizarro, levantó inmediatamente anclas y se dirigió a la isla de las Perlas.

Al partir su barco, el comandante español hizo un intento de explorar el terreno y ver si se podía encontrar algún asentamiento indio donde pudieran procurarse refresco sus seguidores. Pero sus esfuerzos fueron en vano y no hubo rastro de morada humana, aunque en el denso e impenetrable follaje de las regiones ecuatoriales una distancia de unas pocas varas puede ser suficiente para ocultar una ciudad a la vista. Las únicas fuentes de alimentación que les quedaron a los desgraciados aventureros fueron los moluscos que ocasionalmente recogían en la orilla o los brotes más amargos de la palma y las bayas y hierbas insalubres que crecían silvestres en los bosques. Algunas de estas eran tan venenosas que los cuerpos de aquellos que las comieron se hincharon y sufrieron de dolores incontrolables. Otros, prefiriendo el hambre a esta miserable dieta, se consumían de debilidad y morían de inanición. Sin embargo, su resuelto líder intentó mantener su propia alegría y levantar los decaídos ánimos de sus hombres. Repartió liberalmente con ellos sus escasas provisiones, no descansaba en sus esfuerzos por conseguir sustento, atendía a los enfermos y ordenó que se construyeran barracones para acomodarlos, que les protegiera al menos de

las fuertes lluvias de la temporada. Gracias a esta compasión espontánea hacia sus seguidores en sus sufrimientos, obtuvo una ascendencia sobre sus duras naturalezas que la afirmación de la autoridad, al menos en las penalidades presentes, nunca le hubiera asegurado.

Habían pasado ya día tras día, semana tras semana y no había noticias del barco que debía traerles la ayuda a los náufragos. En vano aguzaban la vista sobre las distantes aguas para captar una visión de sus amigos. Ni una pequeña mancha se podía divisar en la inmensidad azul, donde la canoa del salvaje no se atrevía a aventurarse y la vela del hombre blanco todavía no se había extendido. Aquellos que habían mantenido con bravura el ánimo cedieron al desaliento, al sentirse abandonados por sus compatriotas en esta desolada orilla. Sufrían por ese triste sentimiento que «aflige el corazón»[*]. Más de veinte del pequeño grupo habían muerto ya y los supervivientes parecían seguirles rápidamente[20].

En este punto de la crisis informaron a Pizarro de que se había visto una luz a través de un claro distante del bosque. Recibió las noticias con entusiasmo, entendiendo que existía algún asentamiento en la vecindad, y poniéndose a la cabeza de una pequeña partida fue en la dirección indicada para reconocer el terreno. No quedó defraudado, y después de abrirse paso a través de densa maleza de matojos y follaje salió a un espacio abierto donde se levantaba una pequeña aldea india. Los temerosos habitantes, ante la súbita aparición de los extraños, abandonaron sus cabañas consternados, y los hambrientos españoles lanzándose rápidamente se adueñaron de sus contenidos. Estos estaban compuestos de varios artículos de comida, principalmente maíz y cocos. Las provisiones, aunque escasas, eran demasiado oportunas como para no llenarles de alegría.

Los asombrados nativos no ofrecieron resistencia, y tomando confianza, ya que no se ejercía ninguna violencia sobre ellos, se acercaron a los hombres blancos y preguntaron que «¿Por qué no se quedaban en sus casas y araban sus propias tierras, en lugar de deambular por ahí y robar a otros que nunca les habían hecho daño?»[21]. Cualquiera que fuera su opinión sobre la cuestión del derecho, los españoles, sin duda, sentían que eso era lo más sabio que se podía hacer, pero los salvajes llevaban encima ornamentos de oro de cierto tamaño, aunque torpemente trabajados. Esto proporcionó la mejor respuesta a sus preguntas. Era el cebo de oro lo que hacía que el aventurero español renunciara a su agradable hogar por las adversidades de la naturaleza. Pizarro pidió a los indios que le confirmaran los informes que

había recibido tan a menudo de un rico país que se encontraba más al sur, y estos le dijeron que a una distancia de diez días de viaje cruzando las montañas moraba un poderoso monarca cuyos dominios habían sido invadidos por otro todavía más poderoso, el hijo del sol[22]. Probablemente se refería a la invasión de Quito por el valiente inca Huayna Capac, que tuvo lugar algunos años antes de la expedición de Pizarro.

Finalmente, después de que pasaran más de seis semanas, los españoles contemplaron con alegría el regreso del barco errante que se había llevado a sus camaradas, y Montenegro navegó hasta el puerto con un amplio suministro de provisiones para sus hambrientos compatriotas. Grande fue su horror ante el aspecto que presentaban estos últimos, sus rostros estaban asilvestrados y demacrados y sus deteriorados cuerpos, tan consumidos por el hambre y la enfermedad que a sus antiguos compañeros les costó reconocerles. Montenegro justificó su retraso diciendo que habían tenido mal tiempo e incesantes vientos de proa y que él mismo tenía también un lúgubre relato que contar de las penurias por las que él y su tripulación se habían visto reducidos por el hambre, en su camino a la isla de las Perlas. Gracias a pequeños incidentes como estos que nos han ocupado, podemos comprender lo extremo de los sufrimientos a los que estaban sujetos los aventureros españoles en la consecución de su gran obra del descubrimiento.

Revividos por este alimento tan básico que habían extrañado tanto tiempo, los caballeros españoles, con el optimismo propio de hombres de vida arriesgada y errante, olvidaron sus antiguos pesares en su voluntad por continuar la empresa. Volviendo a embarcar, por tanto, Pizarro se despidió del escenario de tanto sufrimiento, que denominó con el apropiado nombre de *Puerto del hambre*[*], y extendió las velas de nuevo a una brisa favorable que le llevó hacia adelante en dirección al sur.

De haber avanzado más valientemente en el océano, en lugar de haberse pegado a la costa inhóspita, donde hasta entonces había encontrado tan poca recompensa, podía haberse ahorrado la repetición de las pesadas y poco beneficiosas aventuras y hubiera llegado por una ruta más corta a su punto de destino. Pero el marinero español andaba a tientas por estas costas desconocidas, desembarcando en cualquier cabo cómodo, no fuera a ser que pasara por alto alguna región fructífera o una preciosa mina si interrumpía por un momento la línea de exploración. Sin embargo, se debería recordar que, aunque el verdadero punto de destino de Pizarro es obvio para nosotros

que conocemos la topografía de estos países, él estaba navegando en la oscuridad, tanteando su camino pulgada a pulgada, por así decirlo, sin mapas para guiarse, sin conocer los mares o los giros de la costa y sin tener siquiera una idea más definida del objetivo que seguía que el hecho de que se trataba de una tierra que bullía con oro, ¡que se encontraba en algún lugar al sur! Era la búsqueda del El Dorado, sobre una información escasamente más circunstancial o auténtica que la que proporcionaba las bases de tantas empresas quiméricas en esta tierra de maravillas. Únicamente el éxito, el mejor argumento para la multitud, redimiría las expediciones de Pizarro de una imputación de extravagancia.

Manteniendo su rumbo sur bajo el sotavento de la orilla, Pizarro, tras un corto trecho, se encontró junto a un tramo abierto de terreno, o al menos no tan cubierto de bosques, que se elevaba gradualmente a medida que se separaba de la costa. Desembarcó con un pequeño grupo de hombres y, avanzando un corto trecho hacia el interior, encontró una aldea india. Había sido abandonada por los habitantes, quienes al acercarse los invasores se habían retirado a las montañas, y los españoles, entrando en las moradas desiertas, encontraron una buena provisión de maíz y otros artículos comestibles, así como ornamentos primitivos de oro de valor considerable. La comida no era mucho más necesaria para sus cuerpos que la visión del oro, de tiempo en tiempo, para estimular su apetito de aventura. Un espectáculo, sin embargo, heló su sangre de horror. Se trataba de la visión de carne humana que encontraron asándose al fuego, tal y como la habían dejado los bárbaros, preparándose para su obsceno festín. Los españoles, creyendo que se habían encontrado con la tribu de los caribes, la única raza en esa parte del Nuevo Mundo que se sabía que fueran caníbales, se retiraron precipitadamente a su barco[23]. La triste familiaridad con el espectáculo no les había hecho insensibles como a los conquistadores de México.

El clima, que había sido favorable, ahora se hizo tempestuoso, con fuertes borrascas, acompañadas de constantes truenos y rayos, y la lluvia, como es normal en estas tempestades tropicales, caía no tanto en gotas, como en planchas continuas de agua. Los españoles, sin embargo, preferían arriesgarse contra los desatados elementos de la naturaleza a quedarse en el escenario de tales abominaciones brutales. Pero la furia de la tormenta amainó gradualmente y el pequeño barco mantuvo su rumbo a lo largo de la costa, hasta que llegando junto a un cabo prominente que Pizarro llamó

Punta Quemada, dio órdenes de anclar. El margen de la orilla estaba bordeado por un profundo anillo de manglares, cuyas largas raíces, entrelazándose entre sí, formaban una especie de enrejado que hacía difícil acercarse al lugar. Unas avenidas que se abrían a través de este espeso matorral llevaron a Pizarro a la conclusión de que la región debía estar habitada y desembarcó con la mayor parte de su fuerza para explorar el interior.

No había penetrado más de una legua cuando vio su conjetura confirmada al contemplar la ciudad india de mayor tamaño que habían visto hasta ahora, en la cima de una prominencia y bien defendida por empalizadas. Los habitantes, como de costumbre, habían huido, pero habían dejado en sus moradas una buena provisión de alimentos y algunas baratijas de oro de las que los españoles no tardaron en apropiarse. Las fuertes tormentas a las que se había enfrentado en los últimos días habían abierto algunas vías de agua en el endeble barco de Pizarro, de tal manera que era poco seguro proseguir el viaje sin llevar a cabo reparaciones más profundas de las que se le podían dar en esta desolada costa. Por tanto, decidió enviarlo de regreso con unos pocos marineros a Panamá y mientras tanto decidió establecer su cuartel general en la actual posición que era tan favorable para la defensa. Pero primero destacó un pequeño grupo bajo las órdenes de Montenegro para que reconocieran el país y si era posible entablaran comunicación con los nativos.

Estos últimos eran una raza guerrera. Habían dejado sus moradas para poner a sus mujeres y niños a salvo. Pero habían mantenido un ojo sobre los movimientos de los invasores y cuando vieron sus fuerzas divididas decidieron caer sobre cada cuerpo independientemente, antes de que pudieran comunicarse unos con otros. Por tanto, en cuanto Montenegro se había adentrado lo suficiente en los desfiladeros de las altas colinas, que se levantaban como espolones de las cordilleras a lo largo de esta parte de la costa, los guerreros indios saltaron de su escondite enviando una nube de flechas y otros proyectiles que oscurecieron el aire, al tiempo que hacían vibrar el bosque con su estridente grito de guerra. Asombrados ante la aparición de los salvajes con sus cuerpos desnudos embadurnados de brillantes pinturas y blandiendo sus armas al tiempo que brillaban entre los árboles y la desordenada maleza que llenaba el desfiladero, los españoles fueron tomados por sorpresa y se desorganizaron momentáneamente. Tres murieron y varios quedaron heridos. Sin embargo, reagrupándose

rápidamente devolvieron la descarga sobre los atacantes con sus ballestas, ya que las tropas de Pizarro no parecen haber tenido mosquetes en esta expedición, y después, cargando con valentía contra el enemigo espada en mano, consiguieron empujarlos hasta los refugios de las montañas. Pero esto tan solo provocó que cambiaran sus operaciones a otro lado y realizaran un ataque sobre Pizarro antes de que su lugarteniente pudiera ayudarle.

Aprovechándose de su superior conocimiento de los caminos, alcanzaron el campamento del comandante antes que Montenegro, que había comenzado a hacer la contramarcha en la misma dirección. Y saliendo de los bosques, los valientes salvajes recibieron a la guarnición española con una tempestad de dardos y flechas, algunas de las cuales se abrieron camino a través de las juntas de las armaduras y las cotas acolchadas de los caballeros. Pero Pizarro tenía demasiada experiencia como soldado para estar desprevenido. Llamando a sus hombres a su alrededor, decidió no resistir el ataque mansamente en las defensas, sino salir y enfrentarse al enemigo en su propio terreno. Los bárbaros, que habían avanzado hasta cerca de las defensas, se retiraron cuando los españoles surgieron como una exhalación con su valiente líder a la cabeza. Pero volviendo pronto a la carga con admirable fiereza, señalaron a Pizarro, quien con su valiente comportamiento y aire de autoridad, destacaba fácilmente como el jefe y, lanzándole una tormenta de proyectiles, le hirieron, a pesar de su armadura, en no menos de siete sitios[24].

Obligado a retirarse ante la furia del ataque dirigido contra él, el comandante español se retiró por la pendiente de la colina, defendiéndose, a pesar de todo, como podía con la espada y la rodela, cuando resbaló y cayó. El enemigo lanzó un fiero grito de triunfo y algunos de los más valientes saltaron hacia adelante para acabar con él. Pero Pizarro se puso en pie en un momento y golpeando a dos de los primeros con su fuerte brazo mantuvo al resto a raya hasta que sus soldados pudieron llegar al rescate. Los bárbaros, admirados por su valor, comenzaron a titubear, momento en el que Montenegro, llegando afortunadamente al terreno y cayendo sobre su retaguardia, completó la confusión y abandonando el campo se lanzaron como pudieron a los refugios en las montañas. El terreno estaba cubierto con indios muertos, pero la victoria fue cara por la muerte de dos españoles y una larga lista de heridos.

Se convocó un consejo de guerra. La posición había perdido su encanto para los españoles, que habían encontrado aquí la primera resistencia a su expedición. Era necesario poner a los heridos en algún lugar seguro, donde se les pudieran cuidar las heridas. Sin embargo, no era seguro seguir avanzando en el estado precario en que se encontraba el barco. Finalmente se decidió regresar e informar de sus acciones al gobernador y, aunque las grandes esperanzas de los aventureros no se habían hecho realidad, Pizarro creía que se había hecho lo suficiente para reivindicar la importancia de su empresa y para asegurarse la aprobación de Pedrarias para continuar[25].

Sin embargo, Pizarro no se decidía a presentarse ante el gobernador en el actual estado de la empresa. Decidió, por tanto, que le dejaran en tierra con la mayor parte de la compañía en Chicamá, un lugar en tierra firme a poca distancia al oeste de Panamá. Una vez en este lugar, al que llegó sin más incidentes, despachó al barco y en él a su tesorero, Nicolás de Ribera, con el oro que había reunido y con órdenes de dar una relación completa de sus descubrimientos y del resultado de la expedición ante el gobernador.

Mientras esto sucedía, el socio de Pizarro, Almagro, había estado muy ocupado en fletar otro barco para la expedición en el puerto de Panamá. No estuvo preparado para seguir a su amigo hasta mucho después de la partida de este. Con la ayuda de Luque, finalmente consiguió equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de entre sesenta y setenta aventureros, la mayoría de ellos de las clases más bajas de entre los colonos. Puso rumbo en pos de su camarada con la intención de alcanzarle lo antes posible. Gracias a una señal previamente concertada que consistía en hacer muescas en los árboles, pudo identificar los lugares que Pizarro había visitado, puerto de Piñas, puerto del Hambre, Pueblo Quemado, tocando sucesivamente en cada punto de la costa explorado por sus compatriotas, aunque por mucho menos tiempo. En el último lugar mencionado, fue recibido por los mismos fieros nativos con las mismas demostraciones hostiles que con Pizarro, aunque en este encuentro los indios no se aventuraron más allá de sus defensas. Pero la sangre caliente de Almagro estaba tan exasperada ante este retraso que atacó el lugar y lo tomó espada en mano, prendiendo fuego a las defensas exteriores y a las moradas y empujando a los pobres habitantes a los bosques.

Su victoria le costó cara. Una herida de jabalina en la cabeza le provocó una inflamación en un ojo que después de gran angustia terminó con la pérdida del mismo. Sin embargo, el intrépido aventurero no dudó en

proseguir su viaje, y después de tocar varios lugares en la costa, algunos de los cuales le procuraron un considerable botín de oro, alcanzó la boca del *Río de San Juan*[*], cerca del grado catorce, latitud norte. Quedó impactado con la belleza del arroyo y con el cultivo de sus orillas, que estaban rociadas de cabañas indias que mostraba cierta habilidad en su construcción y sugerían en general una civilización más elevada que la que habían visto hasta ahora.

Su mente seguía ansiosa por el destino de Pizarro y sus seguidores. No había encontrado rastro de ellos en la costa por un largo tiempo y era evidente que tenían que haberse hundido en el mar o regresado a Panamá. Esto último le pareció lo más probable, ya que el barco podía haber pasado desapercibido bajo el manto de la noche o de las densas nieblas que a veces pendían sobre la costa.

Impresionado por esta idea, no tenía ganas de continuar con el viaje de descubrimiento, para el que, ciertamente, su barco en solitario, con la pequeña tripulación de hombres, era completamente insuficiente. Se propuso, por tanto, regresar sin demora. En el viaje de vuelta, tocó en la isla de las Perlas y allí supo del resultado de la expedición de su amigo y el lugar de su actual residencia. Dirigiéndose inmediatamente en dirección a Chicamá, los dos caballeros pronto tuvieron la satisfacción de abrazarse y contarse sus diferentes hazañas y escapadas. Almagro regresaba todavía más cargado de oro que su aliado y a cada paso de su avance había recabado más información fresca sobre la existencia de un enorme y opulento imperio en el sur. La confianza de los dos amigos se vio enormemente reforzada por sus descubrimientos y sin dudarlo se juraron mutuamente morir antes que abandonar la empresa[26].

La mejor manera de obtener los medios necesarios para una empresa tan formidable, que ahora les parecía aún más formidable que antes, se convirtió en el centro de una larga y seria discusión. Finalmente se decidió que Pizarro se quedaría en su actual residencia, a pesar de que fuera poco conveniente e incluso insalubre por la humedad del clima y los pestilentes enjambres de insectos que llenaban el aire. Almagro se trasladaría a Panamá, expondría el caso al gobernador y se aseguraría si era posible su buena voluntad para la continuación de la empresa. Si no se interponía ningún obstáculo de esta parte, podían confiar en la ayuda de Luque para reunir las provisiones necesarias, al mismo tiempo que los resultados de la reciente expedición eran lo suficientemente alentadores para atraer

aventureros a su estandarte en una comunidad que tenía un ansia de excitación que otorgaba encanto incluso al peligro y que tenía la vida en poco en comparación con el oro.

Notas al pie

[7] Los pocos escritores que se aventuran a afirmar la fecha del nacimiento de Pizarro lo hacen de una forma tan vaga y contradictoria que sus relatos no nos inspiran mucha confianza. Es cierto que Herrera afirma de forma fehaciente que tenía sesenta y tres años a la hora de su muerte en 1541 (*Historia General*, de. 6, lib. 10, cap. 6). Esto llevaría la fecha de su nacimiento tan solo hasta 1478. Pero Garcilaso de la Vega afirma que tenía más de cincuenta años en 1525 (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. I). Esto situaría su nacimiento antes de 1475. Pizarro y Orellana, quien como familiar del conquistador puede suponerse que tuviera los mejores medios de información, dice que tenía cincuenta y dos años en la misma fecha de 1525 (*Varones Ilustres del Nuevo Mundo*, Madrid, 1639, p. 128). Pero en la época de su muerte ¡dice que tiene casi ochenta años! (p. 185). Tomando esto último como una clara exageración para provocar un efecto en la dirección concreta en la que se usa y admitiendo la precisión de la primera afirmación, la fecha de su nacimiento se adapta a la que se da en el texto. Esto le hace un poco mayor para lanzarse a la conquista de un imperio. Pero Colón comenzó su carrera aún con más edad.

[8] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 179.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.– Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, p. 128.

[9] «Nació en Truxillo, i echaronlo á la puerta de la Iglesia, mamò una Puerca ciertos Dias, no se hallando quien le quisiese dàr leche.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 144.

[10] Según el comendador Pizarro y Orellana, Francisco Pizarro sirvió con su padre, cuando todavía era un mozalbete, en las guerras italianas, y después bajo Colón y otros ilustres descubridores en el Nuevo Mundo cuyos logros el autor atribuye modestamente al valor de su familiar, ¡como causa principal! *Varones Ilustres*, p. 187.

[*] En español en el original.

[11] Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, pp. 121, 128.–Herrera, *Historia General*, dec. I, lib. 7, cap. 14.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1510.

[*] En español en el original.

[12] «Teniendo su casa, i Hacienda, i Repartimiento de Indios como uno de los Principales de la Tierra; porque siempre lo fue.» Jerez, *Verdadera Relación de Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 79.

[13] Andagoya dice que obtuvo, mientras estaba en Birú, relatos muy detallados del imperio de los incas de ciertos comerciantes itinerantes que frecuentaban ese país. «En esta provincia supe y hube relacion, ansí de los señores como de mercaderes é intérpretes que ellos tenian, de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente

della, porque estos alcanzaban por via de mercaduria mucha tierra.» Navarrete, *Colección*, tom. III, n.º 7.

14 «Decia el que hera de Almagro», según Pedro Pizarro, que le conocía bien. *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú*, manuscrito.–Véase también Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 141.–Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, p. 211.

El último escritor admite que no se conoce a los padres de Almagro, pero añade que el carácter de sus anteriores gestas sugiere una ascendencia ilustre. Esto difícilmente pasaría como prueba en el Colegio de Heráldica.

15 «Asi que estos tres compañeros ya dichos Acordaron de yr á conquistar esta provincia ya dicha. Pues consultándolo con Pedro Arias de Avila que a la sazón hera gobernador en tierra firme. Vino en ellos haziendo compañia con los dichos compañeros con condicion que Pedro Arias no havia de contribuir entonces con ningun dinero ni otra cosa sino de lo que se hallase en la tierra de lo que á el le cupiese por virtud de la compañia de alli se pagasen os gastos que á el le cupiesen. Los tres compañeros vinieron en ello por aver esta licencia porque de otra manera no la alcazaran» (Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). Andagoya, sin embargo, afirma que el gobernador estaba igualmente involucrado con los otros asociados en la aventura, aportando cada uno de ellos un cuarto de la carga (Navarrete, *Colección*, tom. III, n.º 7). Pero cualquiera que fuera la participación original de Pedrarias importaba poco, ya que se cedió antes de que la expedición obtuviera ningún beneficio.

16 Herrera, el historiador más popular de estos hechos, estima el número de los seguidores de Pizarro tan solo en ochenta. Pero todas las demás autoridades que he consultado eleva este número a cien. El padre Naharro, contemporáneo y residente en Lima, llega incluso a ciento veintinueve. *Relación sumaria de la entrada de los españoles en el Perú*, manuscrito.

17 Hay una discrepancia normal entre los autores sobre la fecha de esta expedición. La mayoría la fijan en 1525. He seguido a Jerez, el secretario de Pizarro, cuya narración se publicó diez años después del viaje y que difícilmente podría haber olvidado la fecha de este memorable acontecimiento en un intervalo tan corto de tiempo (véase su *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 179).

El año parece quedar establecido por la *Capitulación* de Pizarro con la Corona, que no he examinado hasta después de escribir el texto anterior. Este documento, fechado en julio de 1529, dice que su primera expedición tuvo lugar unos cinco años antes.

18 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 6. cap. 13.

19 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 180.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1515.–Zárate, *Historia*

del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú, lib. I, cap. I.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 7.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 6, cap. 13.

* El autor hace referencia al proverbio 13:12 de la Biblia: «Esperanza que se dilata, aflige el corazón; deseo satisfecho es árbol de vida.»

20 *Ibid., ubi supra* .– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, *ubi supra.*

21 «Porque decian à los Castellanos, que por què no sembrarban, i cogian, sin andar tomando los Bastimentos agenos, pasando tantos trabajos?». Herrera, *Historia General*, *loc. cit.*

22 «Dioles noticia el viejo por medio del lengua, como diez soles de alli habia un Rey muy poderoso yendo por espesas montañas, y que otro mas poderoso hijo del sol habia venido de milagro á quitarle el Reino sobre que tenian mui sangrientas batallas» (Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1525). La conquista de Quito por Huayna Capac tuvo lugar más de treinta años antes de este período en nuestra historia. Pero los detalles de esta revolución, el momento concreto o el escenario en el que tuvo lugar, probablemente fueron comprendidas de forma muy vaga por las primitivas naciones en la vecindad de Panamá, y los viajeros españoles entendieron tan mal la alusión que les hicieron en un dialecto desconocido que los viajeros españoles no comprendían que probablemente sacarían más información de los signos que de las palabras.

* En español en el original.

23 «I en las Ollas de la comida, que estaban al Fuego, entre la Carne, que sacaban havia Pies i Manos de Hombres, de donde conocieron, que aquellos Indios eran Caribes.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. II.

24 Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú,* ap. Barcia, tom. III, p. 180.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.–Balboa, *Histoire du Pérou*, cap. 15.

25 Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. II.–Jerez, *ubi supra.*

* En español en el original.

26 Jerez, *ubi supra* .–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, *loc. cit.* –Balboa, *Histoire du Pérou*, cap. 15.–*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. 13.–*Levins Apollonius*, fol. 12.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 108.

Capítulo III

El célebre contrato. Segunda expedición. Ruiz explora la costa. Los sufrimientos de Pizarro en el bosque. Llegada de nuevos reclutas. Nuevos descubrimientos y desastres. Pizarro en la isla del Gallo. 1526-1527

A su llegada a Panamá, Almagro se encontró con que los acontecimientos habían tomado un giro menos favorable para sus puntos de vista de lo esperado. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para liderar una expedición en persona contra un oficial rebelde en Nicaragua, y su temperamento, no muy amable por naturaleza, estaba aún más dolido por la defección de su lugarteniente que le imponía una larga y peligrosa marcha. Por tanto, cuando Almagro apareció ante él con la petición de que se le permitiera reclutar más refuerzos para continuar su empresa, el gobernador le recibió con disgusto evidente, escuchó fríamente la narración de sus pérdidas, le prestó un oído incrédulo a sus magníficas promesas de futuro, y sin rodeos demandó un recuento de las vidas que se habían sacrificado por la obstinación de Pizarro, pero que de haber sido salvadas hubieran podido serle de mucha utilidad en su actual expedición a Nicaragua. Explícitamente declinó aprobar los imprudentes planes de los dos aventureros por más tiempo, y la conquista de Perú se hubiera hundido

en el lodo de no ser por la eficiente interposición del asociado que quedaba, Fernando Luque.

La narración de Almagro había provocado una impresión muy distinta en el sagaz eclesiástico de la que había provocado en la mente del irritable gobernador. Los resultados reales en oro y plata de la empresa, hasta este momento, habían sido pequeños, formando un mortificante contraste con la magnitud de las expectativas. Pero, desde otro punto de vista, eran de la mayor importancia, ya que la información que los aventureros habían recabado en cada uno de sus avances confirmaba con mayor fuerza las narraciones sobre un rico imperio indio en el sur que anteriormente se habían recibido de Andagoya y otros y que podría compensar las dificultades de su conquista tan bien como México había pagado la empresa de Cortés. Coincidiendo completamente, por tanto, con los sentimientos de sus socios militares, utilizó toda su influencia sobre el gobernador para inclinarle hacia un punto de vista más favorable a la petición de Almagro, y nadie en la pequeña comunidad de Panamá ejercía una influencia mayor sobre los consejos del gobernante que el padre Luque, ya que se le debía tanto por su discreción y reconocida sagacidad, como por su situación profesional.

Pero al tiempo que Pedrarias se rindió ante los argumentos o la insistencia del clérigo, concedió un reacio asentimiento a la solicitud, y se cuidó de hacer evidente su disgusto con Pizarro, al que culpaba especialmente de la pérdida de sus seguidores, nombrando a Almagro como su igual en el mando de la expedición que le proponían. Esta mortificación penetró profundamente en la mente de Pizarro. Sospechaba que su camarada, no sabemos basándose en qué, había solicitado este favor al gobernador. Entre ellos surgió una frialdad temporal que amainó, al menos en su manifestación externa, cuando Pizarro reflexionó que era mejor que esa autoridad se le confiriera a un amigo que a un extraño o quizá un enemigo. Pero en su pecho quedaron las semillas permanentes de la desconfianza, esperando el momento propicio para madurar en una rica cosecha de discordia[27].

Pedrarias había estado interesado en la empresa, al menos en un principio, hasta el punto de estipular un reparto de las ganancias, aunque según parece no había contribuido con un solo ducado en los gastos. Sin embargo, finalmente le convencieron de que renunciara a todo derecho a participar en el conjunto de los beneficios. No obstante, con su

comportamiento tan solo demostró un espíritu mercenario más propio de un pequeño comerciante que de un alto oficial de la Corona. Estipuló que los asociados deberían asegurarle la suma de mil *pesos de oro*[*] en retribución por su buena voluntad, y ellos con entusiasmo aceptaron esta propuesta antes que cargar con sus futuras pretensiones. ¡Por una consideración tan mezquina renunció a su parte del rico expolio de los incas![28]. Pero el gobernador no había sido dotado con visión de profeta. Su avaricia era de ese tipo corto de vista que se derrota a sí misma. Había sacrificado al caballeroso Balboa justo cuando este oficial le estaba abriendo la conquista de Perú y ahora hubiera apagado el espíritu de aventura en Pizarro y sus asociados que estaba llevando en la misma dirección.

Poco después de esto, al año siguiente, le sucedió en el gobierno don Pedro de los Ríos, un caballero de Córdoba. La política de la Corona de Castilla era no permitir a ninguno de los grandes oficiales de las colonias ocupar el mismo puesto lo suficiente como para que pudiera convertirse en alguien con una autoridad demasiado formidable[29]. Tenía, además, muchas causas concretas de disgusto con Pedrarias. El funcionario que enviaron para sucederle iba reforzado con amplias instrucciones para el bien de la colonia y especialmente de los nativos, cuya conversión religiosa se urgía como objetivo capital y cuya libertad personal quedaba confirmada de forma inequívoca al ser declarados leales vasallos de la Corona. Es de justicia reconocerle al gobierno español que sus disposiciones se guiaban generalmente por una política considerada y humana, que se veía frustrada con la misma regularidad por la avaricia de los colonos y la crueldad caprichosa del conquistador. Los pocos años restantes de Pedrarias pasaron en pequeñas riñas, tanto de naturaleza personal como oficial, ya que seguía en servicio, aunque en un puesto de mucha menos consideración que el que hasta entonces había desempeñado. Sobrevivió unos pocos años, dejando tras de sí la reputación nada envidiable de alguien que a un espíritu pusilánime unía unas pasiones incontrolables, que, sin embargo, desplegaba una cierta energía de carácter o para hablar más correctamente una impetuosidad de propósito, que podía haber llevado a buenos resultados de haber tomado la dirección correcta. Desgraciadamente, su falta de discreción era tal que la dirección que tomó raramente fue útil para él o para su país.

Habiendo zanjado sus dificultades con el gobernador y habiendo obtenido la sanción para su empresa, los aliados no perdieron tiempo en

hacer los preparativos necesarios para la misma. Su primer paso fue redactar el memorable contrato que sirvió como base a sus futuros planes y, como el nombre de Pizarro aparece en él, parece probable que ese jefe hubiera pasado a Panamá en cuanto se aseguró la disposición favorable de Pedrarias[30]. El documento, después de invocar de la manera más solemne los nombres de la Sagrada Trinidad y de Nuestra Señora la Virgen Bendita, establece que, considerando que las partes tienen total autoridad para descubrir y conquistar los países y provincias que se encontraban al sur del golfo, pertenecientes al imperio del Perú, y como Fernando de Luque había avanzado los fondos para la empresa en barras de oro por un valor de veinte mil *pesos*[*], se obligaban a dividir igualitariamente entre ellos todo el territorio conquistado. Esta estipulación se repite una y otra vez, especialmente con referencia a Luque, quien, según se declara, tiene derecho a un tercio de todas las tierras, *repartimientos*[**], tesoros de todo tipo, oro, plata y piedras preciosas, incluso hasta un tercio de todos los vasallos, rentas y emolumentos que surgieran de las concesiones que la Corona pudiera conferir a cualquiera de los socios militares para su propio uso o de cualquiera de sus descendientes, cesionarios o representantes legales.

Los dos capitanes juraron dedicarse exclusivamente a la actual empresa hasta su conclusión y, en caso de fallar por su parte en lo convenido, se comprometían a reembolsar a Luque sus adelantos, de lo cual servirían como garantía todas sus propiedades y esta declaración sería garantía suficiente para la ejecución de una sentencia contra ellos, al igual que si procediera del mandato de un tribunal de justicia.

Los comandantes Pizarro y Almagro hicieron el juramento sagrado, en el nombre de Dios y de los santos evangelistas, de guardar este pacto, jurando sobre un misal sobre el que habían trazado con sus propias manos el emblema sagrado de la cruz. Para darle aún mayor validez al pacto, el padre Luque administró los sacramentos a las partes, dividiendo el agua sagrada en tres partes de la que cada uno tomó una, mientras que los espectadores, según dice un historiador, quedaron tan tocados por el espectáculo de la solemne ceremonia con la que estos hombres voluntariamente se consagraban a un sacrificio que parecía muy cercano a la locura, que se les saltaron las lágrimas[31].

El documento que está fechado el 10 de marzo de 1526 fue suscrito por Luque y atestiguado por tres ciudadanos respetables de Panamá, uno de los

cuales firma en representación de Pizarro y otro de Almagro, ya que ninguna de las partes, según reconoce el documento, podía escribir su propio nombre[32].

Tal era el particular pacto por el que tres individuos de origen humilde dividían y se repartían fríamente un imperio cuya extensión, poder y recursos, de cuya situación, siquiera de su existencia, no tenían un conocimiento preciso. El tono confiado y decidido con el que hablan de la grandeza de este imperio, de unas reservas de riqueza a medida del pacto, pero de las que en realidad podían conocer tan poco, crea un chocante contraste con el escepticismo y la indiferencia que mostró prácticamente todo el mundo, de condición alta o baja, en la comunidad de Panamá[33].

El tono religioso del documento no es el rasgo menos notable, especialmente cuando lo contrastamos con la implacable política que siguieron en su conquista del país esos mismos hombres que lo firmaban. «Ratificaron un contrato en el nombre del príncipe de la paz», dice el ilustre historiador de América, «cuyo propósito era el saqueo y el derramamiento de sangre»[34]. La reflexión parece razonable. Sin embargo, a la hora de criticar tanto lo que se hace como lo que se escribe, debemos tener en cuenta el espíritu de la época[35]. La invocación al cielo es natural, por cuanto el objetivo de la expedición era, en parte, un objetivo religioso. La religión formaba parte, más o menos, al menos en la teoría, de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo. Nadie negará que mezclados ampliamente con estos motivos más elevados había otros de tipo más bajo en diferentes proporciones dependiendo del carácter de la persona. Y son pocos los que se han propuesto una larga carrera de acción sin que se mezclaran algunos vulgares motivos personales: fama, honores o emolumentos. Sin embargo, es evidente que, por muy burdamente que se hayan podido llevar a cabo, la religión proporciona una clave para las cruzadas americanas, tanto por la historia de su origen como por la sanción que les otorgó abiertamente la cabeza de la iglesia, por la avalancha de entregados misioneros que siguieron la pista de los conquistadores para recoger la rica cosecha de almas, las reiteradas instrucciones de la Corona cuyo gran objetivo era la conversión de los nativos o por esos mismos actos supersticiosos de la soldadesca de corazón de hierro, que, por mucho que puedan tildarse de fanatismo, eran claramente demasiado sinceros como para dar lugar a la acusación de hipocresía. Ciertamente lo que se llevó por la tierra maldita fue una cruz de fuego, que la quemaba y la consumía a su

terrible paso, pero seguía siendo una cruz, el signo de la salvación del hombre, el único símbolo por el que generaciones y generaciones que todavía no habían nacido iban a ser salvadas de la perdición eterna.

Un notable hecho, que hasta ahora ha escapado de las alusiones de los historiadores, es que Luque realmente no formaba parte de este contrato. Él representaba a otra parte que ponía en sus manos los fondos necesarios para la empresa. Esto es lo que parece desprenderse de un documento firmado por el propio Luque y certificado ante el mismo notario que preparó el contrato original. El documento declara que la suma total de veinte mil *pesos* adelantada para la expedición la proporcionaba el licenciado Gaspar de Espinosa, entonces en Panamá, que el vicario actuaba tan solo como su agente y por su autoridad y que, en consecuencia, el dicho Espinosa y no otro tenía derecho a un tercio de todos los beneficios y adquisiciones que resultaran de la conquista de Perú. Este documento, atestiguado por tres personas, uno de ellos el mismo que había intervenido como testigo en el contrato original, está fechado el 6 de agosto de 1531[36]. El licenciado Espinosa era un respetable funcionario que había ocupado el puesto de alcalde de Darién y después había tomado parte destacada en la conquista y población de Tierra Firme. Disfrutaba de mucha consideración por su carácter y posición y es notable que se supiera tan poco del modo en que la cláusula, sellada de forma tan solemne, se realizó en su nombre. Al igual que en el caso de Colón, es probable que la magnitud inesperada de los resultados fuera suficiente como para evitar una adherencia fiel a las estipulaciones originales; por la misma consideración es difícil dudar que los veinte mil *pesos* del valiente especulador no le supusieran una magnífica ganancia. Tampoco se quedó sin recompensa el valioso vicario de Panamá, como la historia mostrará más adelante.

Después de haber terminado con estas disposiciones previas, los tres socios no perdieron tiempo en hacer los preparativos para el viaje. Se compraron dos barcos, mayores y mejores, desde cualquier punto de vista, que los empleados en la ocasión anterior. Se cargaron provisiones a mayor escala que en la ocasión anterior, como dictaba la experiencia, y se publicó la proclama de una «expedición al Perú». Pero los escépticos ciudadanos de Panamá no respondieron de forma inmediata a la llamada. De los cerca de doscientos hombres que embarcaron anteriormente no quedaban más de tres cuartos[37]. Esta terrible mortandad y el aspecto consumido y empobrecido de los supervivientes hablaba más elocuentemente que las fanfarronas

promesas y las magníficas perspectivas que presentaban los aventureros. Aun así había hombres en la comunidad en una situación tan desesperada que cualquier cambio les parecía una oportunidad de mejorar su condición. La mayor parte de la antigua compañía, aunque sea extraño decirlo, también se sentía mejor siguiendo al aventurero hasta el final que abandonándolo, pues veían que la luz de un nuevo día se elevaba sobre ellos. De estas fuentes los dos capitanes consiguieron reunir unos ciento sesenta hombres, lo que en total era una fuerza muy inadecuada para la conquista de un imperio. También se compraron algunos caballos y una provisión de munición y pertrechos militares mejor que la anterior, aunque también a una escala bastante limitada. Considerando sus fondos, la única manera de explicar esto debe ser la dificultad de obtener provisiones en Panamá que, recientemente fundada y en la remota costa del Pacífico, tan solo se podía alcanzar atravesando la escarpada barrera montañosa que convertía el transporte de artículos voluminosos en algo extremadamente difícil. Probablemente ese escaso material que poseían, en la coyuntura del momento, estuviera además pesadamente gravado por los preparativos del gobernador para su propia expedición al norte.

De esta manera pobremente provistos, los dos capitanes, cada uno en su propio barco, partieron de nuevo de Panamá, bajo la dirección de Bartolomé Ruiz, un sagaz y resuelto piloto, bien experimentado en la navegación en el océano del Sur. Era natural de Moguer, en Andalucía, ese pequeño vivero de empresas náuticas que proporcionó tantos navegantes para los primeros viajes de Colón. Se mantuvieron más lejos de la costa, sin tocar en los puntos intermedios, que ofrecían poco atractivo a los viajeros, dirigiéndose directamente a Río de San Juan, el límite más lejano alcanzado por Almagro. La temporada se eligió mejor que en la ocasión anterior y fueron conducidos por brisas favorables hasta su punto de destino, que alcanzaron sin ningún incidente en unos pocos días. Al entrar en la desembocadura del río vieron las orillas bien alineadas de moradas indias, y Pizarro, desembarcando a la cabeza de un grupo de soldados, consiguió sorprender una pequeña aldea y llevarse un considerable botín de ornamentos de oro que encontraron dentro de las casas, junto con algunos de los nativos[38].

Exaltados por sus éxitos, los dos jefes confiaban en que la visión del rico expolio tan rápidamente obtenido consiguiera atraer aventureros hacia su estandarte en Panamá, y como sentían más que nunca la necesidad de una fuerza mayor para hacer frente a la densa población del país que iban a

penetrar, se decidió que Almagro regresara con el tesoro y buscara refuerzos mientras que el piloto Ruiz, en otro barco, debería reconocer el país hacia el sur y obtener información que pudiera determinar sus futuros movimientos. Pizarro, con el resto de la fuerza, se quedaría en la vecindad del río, porque los prisioneros indios le habían asegurado que no muy lejos hacia el interior había una región abierta, donde él y sus hombres podrían encontrar buen acomodo. Esta decisión se puso inmediatamente en marcha. Primero acompañaremos al intrépido piloto en su viaje hacia el sur.

Bordeando la costa a lo largo del gran continente, con sus velas todavía extendidas hacia los vientos favorables, el primer lugar en el que Ruiz ancló fue en la pequeña isla de Gallo, a unos dos grados al norte. Los habitantes, que no eran muy numerosos, estaban preparados para darle una recepción hostil, ya que las noticias de los invasores les habían precedido por el país, y habían llegado incluso a este aislado lugar. Como el objetivo de Ruiz era explorar y no conquistar, no se preocupó de enzarzarse en hostilidades con los nativos, y cambiando su propósito de desembarcar, levó anclas y recorrió la costa hasta lo que hoy día se conoce como la bahía de San Mateo. La región, que a medida que avanzaba continuaba mostrando pruebas de una mejor cultura, así como de una población más densa que las partes que habían visto hasta ahora, estaba llena a lo largo de las orillas de espectadores que no daban muestras de miedo ni hostilidad. Se quedaban contemplando el barco de los hombres blancos mientras este se deslizaba suavemente por las aguas cristalinas de la bahía, imaginándose que era, dice un viejo escritor, algún misterioso ser que había descendido de los cielos.

Sin detenerse lo suficiente en esta costa amiga para sacar del error a aquel pueblo simple, Ruiz, dando la espalda a la costa, se lanzó mar adentro, pero no había navegado mucho en esa dirección, cuando quedose sorprendido ante la visión de un navío, que en la distancia parecía una carabela de considerable tamaño, atravesada por una gran vela que la empujaba lentamente sobre las aguas. El viejo navegante quedó perplejo con el fenómeno, ya que estaba seguro de que no podía haber llegado un barco europeo antes que él a estas latitudes y ninguna nación india, descubierta hasta entonces, ni siquiera los mexicanos, conocían el uso de las velas en la navegación. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que el enorme barco, o mejor dicho, *balsa*, como la llamaban los nativos, estaba fabricada de un número de enormes troncos de madera ligera y porosa, fuertemente atados con un endeble revestimiento de juncos sobre ellos que

hacían de puente. Dos mástiles o robustos postes, levantados en mitad del barco, sostenían una gran vela cuadrada de algodón, al tiempo que una especie de rudimentario timón y una quilla móvil fabricada con un tablón insertado entre los troncos, permitían al marinero dar una dirección a la construcción flotante, que mantenía su curso sin la ayuda de remos o palas[39]. La arquitectura simple de esta embarcación era suficiente para los propósitos de los nativos y, ciertamente, ha seguido respondiéndoles hasta el día de hoy, ya que la *balsa*, coronada por pequeñas cabañas o cabinas de paja, todavía les proporciona el medio más cómodo para el transporte de pasajeros y equipaje por los arroyos y a lo largo de las costas de esta parte del continente sudamericano.

Al llegar a su lado, Ruiz vio a varios indios a bordo, tanto hombres como mujeres, algunos de los cuales tenían ricos ornamentos de oro y plata que llevaban con el fin de intercambiar en los diversos lugares de la costa. Pero lo que más atrajo su atención fue el paño de lana del que estaban hechos algunos de sus vestidos. Era de una fina textura, delicadamente bordados con figuras de pájaros y flores y teñidos con brillantes colores. También observó en el bote un par de balanzas hechas para pesar metales preciosos[40]. Su asombro ante estas pruebas de ingenio y civilización, tan superiores a todo lo que habían visto en el país, aumentó con la información que recabó de algunos de estos indios. Dos de ellos habían venido de Tumbez, un puerto peruano algunos grados más al sur, y le dieron a entender que en las cercanías los campos estaban cubiertos de grandes rebaños de ganado de los que se obtenía la lana, y que el oro y la plata eran casi tan comunes como la madera en los palacios de su monarca. Los españoles escucharon con avaricia estos informes, que armonizaban tan bien con sus complacientes deseos. Aunque desconfiando a medias de la exageración, Ruiz decidió retener a algunos de los indios, incluyendo a los nativos de Tumbez, para que pudieran repetir el maravilloso relato a su comandante y al mismo tiempo para que aprendiendo castellano pudieran de aquí en adelante servir como intérpretes con sus compatriotas. Permitió que el resto del grupo continuara sin más interrupción su viaje. Después, manteniendo su curso, el prudente piloto, sin tocar ningún otro punto en la costa, avanzó hasta la Punta de Pasado, a medio grado más o menos al sur, teniendo la gloria de ser el primer europeo que, navegando en esta dirección por el Pacífico, rebasó la línea del equinoccio. Este fue el límite de sus descubrimientos, al llegar ahí viró en redondo, y navegando hacia el norte

consiguió, después de una ausencia de varias semanas, alcanzar el punto donde había dejado a sus camaradas[41].

Justo a tiempo, ya que el espíritu del pequeño grupo había sido puesto seriamente a prueba por los peligros encontrados. Al partir sus barcos, Pizarro marchó hacia el interior con la esperanza de encontrar la agradable región de campos que le habían prometido los nativos. Pero a cada paso los bosques parecían hacerse más espesos y más oscuros y los árboles se elevaban hasta alturas nunca vistas, ni siquiera en estas fructíferas regiones donde la naturaleza trabaja a una escala tan gigantesca[42]. A medida que avanzaban, las colinas se elevaban una detrás de otra desplegándose hacia delante, por decirlo así, como ondas sucesivas hasta unirse a la colosal barrera de los Andes, cuyas laderas heladas a lo lejos, sobre las nubes, se extendían como una cortina de plata bruñida que parecía poner en contacto los cielos con la tierra.

Mientras cruzaban estas elevaciones boscosas, los desesperados aventureros se zambullían en quebradas de espantosa profundidad, donde las exhalaciones de un suelo húmedo se elevaban rodeadas por los perfumes de las olorosas flores que brillaban entre las profundas tinieblas con todas las variedades de color concebibles. Pájaros, especialmente de la familia de los loros, se mofaban en esta fantástica variedad de la naturaleza, con tintes tan brillantes como los del mundo vegetal. Los monos parloteaban en bandadas sobre sus cabezas y ponían muecas como los diabólicos espíritus de estas soledades, mientras que horrorosos reptiles, engendrados en las viscosas profundidades de los estanques, se arremolinaban alrededor de las pisadas de los caminantes. Aquí se podía ver a la gigantesca boa, enrollando sus rígidos pliegues alrededor de los árboles, para que no se la distinguiera del tronco, hasta que estuviera preparada para saltar sobre su presa, mientras que los caimanes se tumbaban a disfrutar en las orillas de los arroyos o se deslizaban bajo las aguas, atrapando a sus incautas víctimas antes de que se dieran cuenta de que se acercaba[43]. Muchos de los españoles perecieron miserablemente de esta manera y otros fueron atacados por los nativos, que mantenían una celosa vigilancia sobre sus movimientos y se aprovechaban de cualquier oportunidad para atacarles con ventaja. En una sola ocasión catorce de los hombres de Pizarro se quedaron varados en una canoa en la orilla de un arroyo[44].

A sus otros problemas se añadió el hambre y con dificultad encontraron medios para mantenerse vivos con la escasa comida del bosque,

ocasionalmente la patata, que crecía sin cultivar, o las nueces del cacao silvestre o la salada y amarga fruta de los manglares en la orilla, aunque esta era aún menos tolerable que el bosque debido a las bandadas de mosquitos que obligaban a los desdichados aventureros a enterrar sus cuerpos en la arena hasta la cabeza. En estos sufrimientos extremos, tan solo pensaban en regresar, y todos los planes de avaricia y ambición quedaron sustituidos por las ansias de regresar a Panamá, excepto en Pizarro y otros pocos espíritus intrépidos.

Fue en este momento de crisis cuando el piloto Ruiz regresó con los informes de sus brillantes descubrimientos, y no poco después Almagro entró navegando en el puerto con su barco cargado de provisiones y un considerable refuerzo de voluntarios. El viaje de este comandante había sido próspero. Cuando llegó a Panamá encontró el gobierno en manos de don Pedro de los Ríos y ancló en el puerto, sin querer confiarse en bajar a tierra, hasta que hubiera obtenido del padre Luque algún informe sobre la disposición del ejecutivo. Este fue lo suficientemente favorable, ya que el nuevo gobernador tenía órdenes especiales de llevar a cabo en su totalidad los acuerdos que había tomado su predecesor con los socios. Al saber de la llegada de Almagro, se acercó al puerto para darle la bienvenida, manifestándole su disposición a proporcionarle cualquier ayuda para llevar a cabo sus planes. Afortunadamente, justo antes de este período, un pequeño grupo de aventureros militares había llegado a Panamá desde la madre patria, ardiendo en deseos de hacer fortuna en el Nuevo Mundo. Estos picaron en el cebo de oro que se les ponía delante, de forma mucho más entusiasta que los antiguos y cautelosos colonos, y sumando a estos unos pocos supernumerarios rezagados que deambulaban por la ciudad, Almagro se encontró a la cabeza de un refuerzo de al menos ochenta hombres, con los que, después de haber embarcado un nuevo suministro de provisiones, partió de nuevo hacia el Río de San Juan.

La llegada de los nuevos refuerzos, todos dispuestos a continuar la expedición, el agradable cambio en su situación que produjo el amplio suministro de nuevas provisiones y las encendidas imágenes de riqueza que les esperaban al sur, tuvieron su efecto sobre los abatidos espíritus de los seguidores de Pizarro. Olvidaron rápidamente sus últimos esfuerzos y privaciones, y con los sentimientos variables y boyantes que acompañan la vida del filibustero, ahora pedían con tanta convicción a su comandante que siguieran el viaje como le habían pedido antes que lo abandonara.

Aprovechándose de los renovados espíritus de aventura, los capitanes subieron a bordo de sus barcos y bajo la guía del veterano piloto dirigieron la proa hacia el mismo camino que había seguido antes.

Pero se había permitido que pasara la temporada favorable para viajar al sur, que en estas latitudes dura tan solo unos pocos meses al año. Las brisas soplaban de forma constante hacia el norte y había una fuerte corriente, no muy lejos de la orilla, en la misma dirección. Los vientos se levantaban en tempestades con regularidad, y los desafortunados viajeros fueron zarandeados durante muchos días entre las olas hirvientes, rodeados de las más terribles tormentas de truenos y relámpagos, hasta que finalmente encontraron un puerto seguro en la isla de Gallo que ya había visitado Ruiz. Como ahora eran demasiado fuertes en número para temer un ataque, las tripulaciones desembarcaron y, sin experimentar molestias por parte de los nativos, continuaron en la isla durante quince días, arreglando sus barcos dañados y recuperándose tras las fatigas del océano. Después, reanudando el viaje, los capitanes se dirigieron hacia el sur hasta que llegaron a la bahía de San Mateo. A medida que avanzaban por la costa, quedaron sorprendidos, como Ruiz anteriormente, con las pruebas de una mayor civilización que constantemente se podían apreciar en el aspecto general de la región y sus habitantes. Se veía la mano del cultivo en todas partes. La apariencia natural de la costa también tenía algo más atractivo en sí misma, ya que en lugar del eterno laberinto de manglares con sus complicadas raíces enmarañadas en formidables madejas bajo las aguas, que parecían querer atrapar y enredar al viajero, la parte baja de la orilla estaba cubierta con una maleza enorme de ébano y de especies de caoba y otras maderas nobles que al ser pulidas toman los tonos más brillantes y abigarrados. El sándalo y muchos árboles olorosos de nombres desconocidos esparcían sus suaves fragancias a lo ancho y a lo largo en una atmósfera que no estaba teñida por la corrupción vegetal, sino por las brisas puras del océano que traían salud, así como fragancias en sus alas. Se divisaban amplios parches de tierra cultivada, descubriéndose colinas cubiertas del amarillo maíz y de la patata, o dividido en cuadrículas en los niveles más bajos con florecientes plantaciones de cacao[45].

Los pueblos se iban haciendo más numerosos y, en cuanto los barcos anclaron en el puerto de Tacamez, los españoles vieron ante ellos una ciudad de dos mil casas o más, organizada en calles, con una numerosa población que se apiñaba en los alrededores[46]. Los hombres y mujeres

desplegaban muchos adornos de oro y de piedras preciosas en sus personas, lo que puede parecer extraño, considerando que los incas peruanos exigían un monopolio de las joyas para ellos mismos y para los nobles a los que se dignaban a permitírselo. Pero aunque los españoles habían llegado ahora a los límites exteriores del imperio peruano, no se trataba de Perú, sino de Quito y esa parte del mismo que había sido recientemente anexionada al cetro de los incas, donde los usos antiguos de la gente difícilmente podían borrarse, ni siquiera bajo el opresivo sistema de los déspotas americanos. El territorio adyacente era además especialmente rico en oro, que, recogido de lavaderos en los arroyos, sigue siendo uno de los principales productos de Barbacoas. Aquí también se encontraba el bello río de Esmeraldas, así llamado por las canteras de esta bella gema en sus orillas, gracias a las cuales los monarcas indios enriquecían su tesoro[47].

Los españoles contemplaron con placer estas innegables pruebas de riqueza y vieron en el cuidadoso cultivo del suelo una agradable confirmación de que habían llegado a la tierra que durante tanto tiempo habían contemplado como una brillante aunque distante visión ante ellos. Pero aquí de nuevo quedaron defraudados por el espíritu guerrero de la gente, quienes, conscientes de su propia fuerza, no mostraban disposición a amilanarse ante los invasores. Por el contrario, varias de sus canoas salieron rápidamente cargadas de guerreros, que, mostrando una máscara de oro como emblema, se cernieron sobre los barcos con miradas desafiantes y que se refugiaron con facilidad cuando fueron perseguidos bajo el abrigo del viento de tierra firme[48].

A lo largo de la costa, según las relaciones españolas, se reunió un cuerpo más formidable que alcanzaba un número de por los menos diez mil guerreros, dispuestos, aparentemente, a entrar en acción directa contra los invasores. Pizarro, que había desembarcado con un grupo de sus hombres con la esperanza de conseguir una conferencia con los nativos, tampoco pudo evitar completamente las hostilidades y podían haberlo pasado muy mal los españoles, vehemente asediados por su resuelto enemigo tan superior en número, de no ser por un ridículo incidente que, según los historiadores, le sucedió a uno de los caballeros. Este fue una caída de su caballo, lo que asombró a los bárbaros, quienes no estaban preparados para esta división de lo que parecía un mismo ser en dos, y que llenos de consternación retrocedieron y ¡abrieron camino a los cristianos para que regresaran a sus navíos![49].

Se reunió un consejo de guerra. Era evidente que las fuerzas de los españoles eran desiguales en un combate contra un cuerpo tan numeroso y tan bien pertrechado de nativos, e incluso si pudieran imponerse aquí, no podrían tener esperanzas de contener el torrente que se levantaría contra ellos a su paso, ya que el país se iba haciendo más y más densamente poblado y en cada cabo que doblaban aparecían ciudades y aldeas. Era mejor, en opinión de algunos, los pusilánimes, abandonar la empresa inmediatamente, por estar más allá de sus fuerzas. Pero Almagro tomó un punto de vista diferente sobre el asunto. «Irse a casa», dijo, «sin nada hecho, sería la ruina, además de una desgracia. No había prácticamente nadie que no hubiera dejado acreedores en Panamá, que esperaban el pago de los frutos de su expedición. Irse a casa ahora sería entregarse inmediatamente en sus manos. Sería ir a prisión. Mejor errar como hombres libres, aunque fuera en la espesura, que estar atado con grilletes en las mazmorras de Panamá»[50]. «El único camino para ellos», concluyó, «era el que se había seguido hasta ahora. Pizarro podía encontrar algún lugar espacioso donde quedarse con parte de las fuerzas, mientras que él mismo regresaba por refuerzos a Panamá. La historia que tenían ahora que contar de las riquezas de la tierra vista por sus propios ojos pondría su expedición bajo una luz muy distinta y no podría fallar en atraer a su estandarte tantos voluntarios como necesitaran».

Pero esta recomendación, por muy juiciosa que fuera, no era completamente del gusto de este último comandante, al que no le hacía gracia la parte que constantemente le tocaba de quedarse atrás en las ciénagas y los bosques de este salvaje país. «Todo está muy bien», le dijo a Almagro, «para ti que pasas el tiempo agradablemente, yendo sin control de un lado para otro, o cómodamente protegido en una tierra de abundancia en Panamá, pero es bastante distinto para los que se quedan detrás para desfallecer y morir de hambre en la espesura»[51]. A esto Almagro replicó algo acalorado, declarando su propia disposición a hacerse cargo de los bravos hombres que se quedaran con él si Pizarro declinaba. La controversia, tomando un tono más enfadado y amenazante, hubiera pasado pronto de las palabras a los golpes, ya que los dos, con las manos en las espadas, estaban preparados para lanzarse el uno contra el otro, cuando el tesorero Ribera, ayudado por el piloto Ruiz, consiguió pacificarles. No hizo falta mucho esfuerzo por parte de estos dos consejeros apaciguadores para convencer a los caballeros de la estupidez de una conducta que terminaría

inmediatamente con la expedición de una manera poco encomiable para los que la habían planeado. Por tanto, se produjo una reconciliación suficiente, al menos exteriormente, como para permitir a los dos comandantes actuar juntos en concierto. Se aceptó el plan de Almagro, y tan solo quedaba encontrar el lugar más seguro y más conveniente para los cuarteles de Pizarro.

Durante varios días estuvieron tocando en diferentes partes de la costa, a medida que volvían sobre sus pasos, pero en todos los sitios los nativos parecían haberse puesto en estado de alarma y tomado un aspecto amenazador y, debido a su número, formidable. La región más al norte, con sus malsanos pantanos y bosques, donde la naturaleza lleva una guerra incluso más implacable que la del hombre, no se tenía siquiera en cuenta. En esta confusión se decidieron por la pequeña isla de Gallo, en líneas generales por su distancia de la orilla, y por lo escaso de su población, el punto de mejor elección en su desamparada e indigente situación[52].

Pero en cuanto se dio a conocer la decisión de los dos capitanes, entre sus seguidores estalló un sentimiento de descontento, especialmente entre los que debían quedarse en la isla con Pizarro. «¡Qué!», exclamaron, «¿Iban a ser arrastrados hasta ese oscuro lugar para morir de hambre?». Toda la expedición había sido engañada y era un fracaso de principio a fin. Los dorados países, tan cacareados, parecía que habían pasado volando frente a sus ojos a medida que avanzaban, y el poco oro que habían sido lo suficientemente afortunados de ganar iba a enviarse de regreso a Panamá para atraer a otros tontos que siguieran su ejemplo. ¿Qué habían conseguido por todos sus sufrimientos? ¡Los únicos tesoros de los que se podían jactar eran sus arcos y flechas, y ahora iban a ser abandonados para morir en esta deprimente isla, sin siquiera un palmo de tierra santa donde reposar sus huesos![53].

En esta desesperada situación, varios de los soldados escribieron a sus amigos, informándoles de su deplorable condición y quejándose de la sangre fría con la que iban a ser sacrificados por la obstinada avaricia de sus líderes. Pero estos últimos eran lo suficientemente precavidos como para anticipar este movimiento, y Almagro lo derrotó tomando todas las cartas de los barcos y cortando de esta manera inmediatamente los medios de comunicación con sus amigos en casa. Sin embargo, este acto de violencia sin escrúpulos, como la mayoría de los actos similares, no consiguió su propósito, ya que un soldado llamado Sarabia tuvo el ingenio para

esquivarlo de introducir una carta en una bala de algodón, que debía llevarse a Panamá como muestra de los productos del país y presentarse ante la mujer del gobernador[54].

La carta, que iba firmada por varios de los soldados desafectos además del escritor, describía en sombríos tonos las miserias de su situación, acusaba a los comandantes de ser los causantes de esto y apelaba a las autoridades de Panamá para que interfirieran enviando un navío que les sacara de este desolado lugar, mientras algunos pudieran sobrevivir a los horrores de su confinamiento. La epístola concluía con una estancia en la que los dos líderes eran estigmatizados como socios de un matadero, uno ocupado en llevar a los animales para que el otro los sacrificara. Los versos que corrían en su día entre los colonos, aunque ciertamente no por sus méritos literarios, pueden traducirse de esta manera con los siguientes ripios:

«Look out, Señor Governor,
For the drover while he's near;
Since he goes home to get the sheep
For the butcher who stays here»[55].

Notas al pie

[27] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 180.– Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1526.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. 12.

[*] En español en el original.

[28] Tal es el relato de Oviedo, que estaba presente en la entrevista entre el gobernador y Almagro cuando se discutían los términos de la compensación. El diálogo es bastante entretenido y está bien relatado por el viejo cronista. Otra versión del asunto aparece en la *Relación*, que tan a menudo he citado, de uno de los conquistadores de Perú, en la cual se dice que Pedrarias salió de la asociación voluntariamente, disgustado ante una situación tan poco prometedora. «Vueltos con la dicha gente á Panamá, destrozados y gastados que ya no tenian haciendas para tornar con provisiones y gentes que todo lo habian gastado, el dicho Pedrarias de Avila les dijo, que ya el no queria mas hacer compañia con ellos en los gastos de la armada, que si ellos querian volver á su costa, que lo hiciesen; y ansi como gente que habia perdido todo lo que tenia y tanto habia trabajado, acordaron de tornar á proseguir su jornada y dar fin á las vidas y haciendas que les quedaba, ó descubrir aquella tierra, y ciertamente ellos tubieron grande constancia y animo.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[29] El sagaz Martir señala esta política. «De mutandis namque plærisque gubernatoribus, ne longa nimis imperii assuetudine insolescant, cogitatur, qui præcipue non fuerint prouinciarum domitores, de hisce ducibus namque alia ratio ponderatur» [*De Orbe Novo* (París, 1587), p. 498]. Uno no puede más que sentir pena de que un filósofo, que se tomó un interés tan grande en los sucesivos descubrimientos de las diferentes partes del Nuevo Mundo, muriera antes de que el imperio de los incas se abriera a los europeos. Vivió para saber y registrar las maravillas del

«Rich México, the seat of Montezuma;
Not Cuzco in Peru, the richer seat of Atabalipa».

[30] A la hora de situar la firma del contrato al comienzo de la segunda expedición, he seguido a Montesinos, en contra de la mayoría de las autoridades, excepto la del juicioso Quintana. Esta distribución coincide con la fecha del mismo documento, que, a excepción de Montesinos, no ofrece *in extenso* ningún otro escritor antiguo que haya consultado.

[*] En español en el original.

[**] En español en el original.

[31] Montesinos expone en su totalidad este peculiar documento (*Annales*, manuscrito, año 1526).

[32] Para más información sobre el hecho de que Pizarro no supiera escribir, lo que ha sido discutido por más de uno, véase el libro 4, cap. 5, de esta historia.

33 Los vehementes esfuerzos a favor de la empresa le ganan al padre Luque, haciendo un juego de palabras, el epíteto de loco; *Padre Luque ò loco*, dice Oviedo de él, como si fueran sinónimos. *Historia de las Indias Islas e Tierra Firme del Mar Océano*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. I.

34 Robertson, *America*, vol. III, p. 5.

35 «A perfect judge will read each work of wit
With the same spirit that its author writ.»
(«Un crítico perfecto leerá todo producto del intelecto
Con el mismo espíritu que lo escribió su autor.»)

Dice el gran bardo de la razón. (N. del T. El autor se refiere a Alexander Pope, ensayista y poeta inglés del siglo XVIII, en su *An essay on criticism* .) Un criticismo justo aplicará la misma regla a la acción que a la escritura y en la estimación moral de la conducta tendrá en cuenta enormemente el espíritu de la época que lo produjo.

36 El documento que hace esta extraordinaria revelación es citado por entero en un manuscrito titulado *Noticia General del Perú, Tierra Firme y Chili*, por Francisco López de Caravantes, un fiscal en estas colonias. El manuscrito, que anteriormente se guardaba en la biblioteca del gran colegio de Cuença en Salamanca, ahora se puede encontrar en la biblioteca de su majestad en Madrid. El pasaje ha sido extraído por Quintana, *Españoles Célebres*, tom. II, apénd. n.º 2, nota.

37 «Con ciento i diez hombres saliò de Panamá, i fue donde estaba el Capitan Piçarro con otros ciquenta de los primeros cineto i diez, que con èl salieron, i de los setenta, quel el Capitan Almagro llevò quando le fue à buscar, que los ciento i treinta ià eran muertos.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 180.

38 *Ibid.,* pp. 180, 181.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. 13.

39 «Traia sus mantenes y antenas de muy fina madera y velas de algodon del mismo talle de manera que los nuestros navios.» *Relación de los Primeros Descubrimientos de F. Pizarro y Diego de Almagro*, sacada del Códice, n.º 120, de la Biblioteca Imperial de Viena, manuscrito.

40 En una corta nota de esta expedición, escrita aparentemente en la misma época, o poco después, se especifica con detalle los diferentes artículos que se encontraban en la *balsa*, entre ellos se mencionan fuentes y espejos de plata bruñida y curiosas telas tanto de algodón como de lana. «Espejos guarnecidos de la dicha plata, y tasas y otras vasijas para beber, traían muchas mantas de lana y de algodon, y camisas y aljubas y alcaçeres y alaremes, y otras muchas ropas, todo lo mas de ello muy labrado de labores muy ricas de colores de grana y carmisi y azul y amarillo, y de todas otras colores de diversas maneras de labores y figuras de aves y animales, y Pescados, y arbolesas y traían unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura Romana, y otras muchas cosas.» *Relación sacada de la Biblioteca Imperial de Viena*, manuscrito.

41 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 181.– *Relación sacada de la Biblioteca Imperial de Viena*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 8, cap. 13.

Una de las autoridades dice que se pasó sesenta días de viaje. Desgraciadamente, no puedo precisar las fechas y los acontecimientos de estas primeras expediciones. Pero para estos antiguos cronistas la cronología es algo que tiene poco interés, parecen pensar que las fechas de los acontecimientos, tan frescos en su memoria, tienen que serlo también en la de todos los demás.

42 «Todo era montañas, con árboles hasta el cielo!» Herrera, *Historia General*, *ubi supra.*

43 *Ibid., ubi supra.*

44 *Ibid., loc. cit.* –Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 108.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

45 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 181.– *Relación sacada de la Biblioteca Imperial de Viena*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1526.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

46 El secretario de Pizarro habla de que una de las ciudades contenía 3.000 casas. «En esta Tierra havia muchos Mantenimientos, i la Gente tenia mui buena orden de vivir, los Pueblos con sus Calles, i Plaças: Pueblo havia que tenia mas de tres mil Casas, i otros havia menores.» *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 181.

47 Stevenson, que visitó esta parte de la costa a principios de este siglo, se extiende en su descripción de este mineral y de los tesoros vegetales. La mina de esmeraldas en las cercanías de Las Esmeraldas, un día famosa, ahora está bajo la maldición de una superstición más propia de los tiempos de los incas. «Nunca la he visitado», dice el viajero, «debido al miedo supersticioso de los nativos que me aseguran que está encantada y es guardada por un enorme dragón que vomita truenos y rayos sobre aquellos que se atrevan a remontar el río». *Residence in South America*, vol. II, p. 406.

48 «Salieron á los dichos navios quatorce canoas grandes con muchos Indios dos armados de oro y plata, y traían en la una canoa ó en estandarte y encima de él un bolto de un mucho desio de oro, y dieron una suelta á los navios por avisarlos en manera que no los pudiese enojar, y asi dieron vuelta acia á su pueblo, y los navios no los pudieron tomar porque se metieron en los baxos junto á la tierra.» *Relación sacada de la Biblioteca Imperial de Viena*, manuscrito.

49 «Al tiempo del romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los Indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fué tanto el miedo que tubieron que volvieron las espaldas dando voces á los suyos, diciendo, que se habia hecho dos haciendo admiración dello: lo cual no fué sin misterio; porque á no acaecer esto se presume, que mataran todos los cristianos» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito). Esta manera de explicar el pánico de los bárbaros es ciertamente casi tan creíble como

la explicación que, bajo circunstancias similares, proporcionaba la aparición del combativo apóstol Santiago, tan a menudo citado por los historiadores en estas guerras.

50 «No era bien volver pobres, á pedir limosna, i morir en las Carceles, los que tenian deudas.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 2.

51 «Como iba, i venia en los Navios, adonde no le faltaba Vitualla, no padecia la miseria de la hambre, i otras angustias que tenian, i ponian á todos en estrema congoja» (Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 2). Los caballeros de Cortés y Pizarro, por muy valientes que fueran sus hazañas, ciertamente quedaban en poco comparándolas con las de los caballeros andantes que conmemoraba Hudibras, quienes:

«As some think,
Of old did neither eat nor drink;
Because, when thorough deserts vast
And regions desolate they past,
Unless they gazed, there's not one word
Of their provision on record;
Which made some confidently write,
They had no stomachs but to fight.»

(N. del T. El autor cita al poeta Samuel Butler en su obra *Hudibras.*)

52 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Relación sacada de la Biblioteca Imperial de Viena*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumario*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. I.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 2.

Fue especialmente afortunado que Pizarro, en lugar de seguir hacia el sur, se hubiera pegado durante tanto tiempo a las costas del norte del continente. Dampier las describe acosadas por una lluvia constante, al mismo tiempo que los inhóspitos bosques y el carácter especialmente feroz de los nativos ha hecho que estas regiones sigan siendo hasta hoy en día poco conocidas. Véase sus *Voyages and Adventures*, Londres, 1776, vol. I, cap. 14.

53 «Miserablemente morir adonde aun no havia lugar Sagrado, para sepultura de sus cuerpos.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

54 «Metieron en un ovillo de algodón una carta firmada de muchos en que sumariamente daban cuenta de las hambres, muertes y desnudez que padecían, y que era cosa de risa todo, pues las riquezas se habian convertido en flechas, y no havia otra cosa.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.

55 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 181.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Balboa, *Historia du Pérou*, cap. 15.

«Al fin de la petición que hacian en la carta al Gobernador puso Juan de Sarabia natural de Trujillo, esta cuarteta:

Pues Señor Gobernador,
Mirelo bien por entero
Que alla va el recogedor,
Y acá queda el carnicero.»

Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.

Capítulo IV

Indignación del gobernador. Dura decisión de Pizarro. Reanudación del viaje. Deslumbrante aspecto de Tumbez. Descubrimientos a lo largo de la costa. Regreso a Panamá. Pizarro se embarca para España. 1527-1528

Poco después de la partida de Almagro, Pizarro envió el barco que quedaba bajo el pretexto de que se tenía que reparar en Panamá. Probablemente le liberó de una parte de sus seguidores, cuyo espíritu de motín les convertía en obstáculo más que en ayuda en la desesperada situación en la que se encontraba y de los que prefería separarse ante la dificultad de encontrar comida en el yermo lugar que ahora ocupaban.

Grande fue la consternación que causó el regreso de Almagro y sus seguidores en la pequeña comunidad de Panamá, ya que la carta, escondida subrepticiamente en la bala de algodón, llegó a manos de quien se pretendía y el contenido pronto se difundió con las típicas exageraciones. Los semblantes famélicos y abatidos de los aventureros, por sí mismos, contaban un relato lo suficientemente desolador y pronto se extendió la creencia de que Pizarro retenía contra su voluntad a los pocos supervivientes desventurados para que finalizaran sus días con su desilusionado jefe en la desolada isla.

Pedro de los Ríos, el gobernador, estaba tan indignado con el resultado de la expedición y con la pérdida de vidas que había ocasionado a la colonia, que cerró los oídos a todas las solicitudes de Luque y Almagro para que se continuara el asunto, se burló de sus confiadas expectativas para el futuro y finalmente decidió enviar a un oficial a la isla del Gallo con órdenes de traer de regreso a todos los españoles que encontrara con vida en ese lúgubre lugar. Se enviaron de inmediato dos barcos para este propósito y bajo las órdenes de un caballero llamado Tafur, nativo de Córdoba.

Mientras tanto, Pizarro y sus seguidores estaban experimentando todos los infortunios que se podían esperar de la naturaleza yerma del lugar en el que estaban prisioneros. Ciertamente no tenían nada que temer de los nativos, ya que estos habían abandonado la isla al ser ocupada por los hombres blancos, pero tenían que soportar los dolores del hambre incluso en un grado mayor del que anteriormente experimentaron en los bosques del vecino continente. Su comida principal eran los cangrejos y las almejas que pudieran atrapar en las orillas. Era la temporada de las lluvias y constantes tormentas de truenos y rayos barrían la isla maldita, empapándoles con su riego continuo. De esta manera, medio desnudos y sufriendo de hambre, había pocos de la pequeña compañía que no sintieran apagarse el espíritu de empresa en su interior o que no esperaran un fin más feliz de sus dificultades que el que proporcionaba el regreso a Panamá. La aparición de Tafur, por tanto, con sus dos barcos bien provisto de provisiones, fue recibida con todo el éxtasis que la tripulación de un barco hundiéndose puede sentir ante la llegada de un socorro inesperado, y el único pensamiento, después de satisfacer sus ansias de comida, fue embarcar para abandonar la detestada isla para siempre.

Pero en el mismo barco venían cartas para Pizarro de sus dos socios, Luque y Almagro, suplicándole que no desesperara en su actual situación límite, sino que se aferrara a su propósito original. Regresar en la actual circunstancia sería sellar el destino de la expedición, y ellos se comprometían solemnemente a proporcionarle en poco tiempo, si se mantenía firme en su puesto, los medios necesarios para seguir adelante[56].

Un rayo de esperanza era suficiente para el valiente espíritu de Pizarro. No parece que él mismo tuviera, en ningún momento, pensamientos de regresar. De haberlos tenido, estas palabras de ánimo los habrían hecho desaparecer por completo de su pecho, de manera que se preparó para aguantar la fortuna de la aventura en la que se había embarcado de forma

tan desesperada. Sabía, sin embargo, que los ruegos y los reproches le servirían de poco con los compañeros de su empresa y probablemente no le preocupaba ganarse los espíritus más timoratos, quienes, mirando atrás constantemente, tan solo serían un lastre en sus futuros movimientos. Anunció su propósito, sin embargo, de una forma lacónica aunque decidida, características de un hombre más acostumbrado a actuar que a hablar, y de forma bien calculada para causar impresión en sus rudos seguidores.

Sacando la espada trazó una línea con ella en la arena de este a oeste. Después, volviéndose hacia el sur, dijo, «¡Amigos y camaradas!, en ese lado están los esfuerzos, el hambre, la desnudez, las lluvias torrenciales, el desamparo y la muerte; en este lado, las facilidades y el placer. Ahí está Perú con sus riquezas, aquí Panamá con su pobreza. Que cada hombre elija lo que es más apropiado para un bravo castellano. Por mi parte yo me voy al sur». Diciendo esto cruzó la línea[57]. Fue seguido por el valiente piloto Ruiz, el siguiente fue Pedro de Candia, un caballero nacido, como su nombre sugiere, en una de las islas de Grecia. Otros once sucesivamente cruzaron la línea, indicando con ello su disposición a unir sus fortunas a las de su caudillo, para bien o para mal[58]. La fama, para citar el lenguaje entusiasta de un antiguo cronista, ha conmemorado los nombres de esta pequeña banda, «quienes de esta manera, afrontando dificultades sin parangón en la historia, con la muerte más que la riqueza como recompensa, lo preferían antes que abandonar su honor y se mantuvieron firmes junto a su líder como un ejemplo de lealtad para las épocas venideras»[59].

Pero el acto no provocó tanta admiración en la mente de Tafur, quien lo contemplaba como una grave desobediencia a las órdenes del gobernador, y poco mejor que la locura, ya que implicaba la destrucción segura de las partes involucradas en ella. Se negó a sancionarlo él mismo, dejando uno de sus barcos a los aventureros para que prosiguieran su viaje, y con gran dificultad le persuadieron de que dejara parte de las provisiones que había traído para apoyarles. Esto no influyó en su determinación, y el pequeño grupo, diciendo adiós a los camaradas que regresaban, se mantuvo imperturbable en su propósito de unirse a la fortuna de su comandante[60].

Hay algo sorprendente para la mente en el espectáculo de estos pocos espíritus valientes, consagrándose a sí mismos a una temible empresa que parecía estar tan por encima de sus fuerzas como cualquiera de los fabulosos anales de la caballería andante. Un puñado de hombres sin

comida, sin ropa, casi sin armas, sin conocimiento de la tierra en la que entraban, sin barco para transportarlos, quedaban abandonados en una roca solitaria en el océano, con el declarado propósito de llevar a cabo una cruzada contra un poderoso imperio, apostándose sus vidas en el éxito. ¿Qué hay en las leyendas de caballería que sobrepase esto? Esta fue la crisis del destino de Pizarro. Hay momentos en la vida de un hombre que de ser aprovechados o desaprovechados deciden su futuro destino[61]. De haber abandonado Pizarro su propósito original y haber cedido a la tentadora oportunidad que se le presentaba en este momento de salir él y su destrozada banda de su desesperada posición, su nombre hubiera quedado enterrado junto con su fortuna, y la conquista del Perú se hubiera dejado para otros aventureros con más suerte. Pero su constancia estuvo a la altura de las circunstancias y su conducta aquí demostró su competencia para el peligroso puesto que había asumido e inspiró a otros una confianza en él, que era la mejor garantía de éxito.

En el barco que llevó de vuelta a Tafur y a los que habían desertado de la expedición se permitió volver también al piloto Ruiz, para que cooperara con Luque y Almagro en su nueva búsqueda de socorro.

Poco después de la partida de los barcos, Pizarro decidió abandonar sus actuales cuarteles, que eran poco recomendables y que, pensó, ahora podían quedar expuestos a los ataques de los antiguos habitantes, en caso de que reunieran el coraje para volver, al saber de la disminución del número de los hombres blancos. Los españoles, por tanto, siguiendo sus órdenes, construyeron un bote o balsa rudimentaria, sobre el que consiguieron transportarse a la pequeña isla de Gorgona, a veinticinco leguas al norte de su actual residencia. Se encontraba a unas cinco leguas del continente y estaba deshabitada. Tenía algunas ventajas sobre la isla del Gallo, ya que se encontraba más alta sobre el nivel del mar y estaba parcialmente cubierta de bosque, lo que proporcionaba abrigo para una especie de faisán y la liebre o conejo del país, de tal manera que los españoles, con sus ballestas, podían procurarse una provisión de caza suficiente. Unos fríos arroyos que surgían de la roca viva proporcionaban abundante agua, aunque las lluvias torrenciales que caían sin interrupción les dejaban en una situación en la que no podían temer morir de sed. Encontraron alguna protección contra esta molestia en unas cabañas rudimentarias que construyeron, aunque aquí, como en su anterior residencia, sufrieron de la molestia no menos insoportable de los venenosos insectos multiplicados y enjambrados gracias

a las emanaciones del terreno estancado y estimulado. Pizarro no desaprovechó ningún medio con el que apoyar los espíritus alicaídos de sus hombres en este lúgubre lugar. Por la mañana se rezaban debidamente plegarias y se cantaba con regularidad el himno de la tarde a la virgen, igualmente se tenía cuidado en celebrar las fiestas de la iglesia y el comandante tomó todas las medidas para darle un carácter religioso a su empresa y para inspirar a sus duros seguidores la confianza en la protección del cielo, que pudiera apoyarles en su peligrosa situación[62].

En estos cuarteles tan incómodos, su principal ocupación era mantener la vigilancia sobre el océano, para poder saludar la primera señal del esperado socorro. Pero pasaron muchos meses tediosos y no apareció ninguna señal. Alrededor tan solo se extendía la misma soledad acuática, excepto al este, donde las congeladas crestas de los Andes, tocadas por el ardiente sol del Ecuador, relumbraban como una cresta de fuego a lo largo de toda la extensión del gran continente. Señalaban cuidadosamente cada mota que divisaran en el distante horizonte y su imaginación convertía en el prometido navío las maderas flotantes o las masas de algas que chapoteaban de un lado para otro en el seno de las aguas, hasta que, hundiéndose bajo sucesivas decepciones, la esperanza gradualmente dio paso a la duda y la duda se convirtió en desesperación[63].

Mientras tanto el navío de Tafur había llegado al puerto de Panamá. Las noticias que trajo sobre la inflexible obstinación de Pizarro y sus seguidores llenaron de indignación al gobernador. No podía contemplarlo más que como un acto de suicidio y rechazó repetidamente enviar más ayuda a hombres que de forma tan obstinada se empeñaban en su propia destrucción. Sin embargo, Luque y Almagro eran fieles a sus promesas. Le hicieron ver al gobernador que si la conducta de su camarada era precipitada, al menos lo era en servicio de la Corona y con el fin de proseguir el gran trabajo del descubrimiento. Las órdenes de Ríos al tomar el cargo eran que ayudara a Pizarro en la empresa y abandonarle ahora sería tirar por la borda las posibilidades que quedaban de éxito e incurrir en la responsabilidad de su muerte y la de los valientes hombres que se le habían unido. Estas quejas finalmente surtieron efecto en la mente del funcionario y a regañadientes accedió a que se enviara un navío a la isla de Gorgona, pero con la tripulación justa para trabajar en él y con instrucciones claras para Pizarro de que regresara en el plazo de seis meses y se presentara a él en Panamá, fuera cual fuera el resultado de su expedición.

Habiéndose asegurado así la sanción por parte del ejecutivo, los dos socios no perdieron tiempo en fletar un barco pequeño con provisiones y un cargamento de armas y municiones y lo enviaron a la isla. Los desgraciados ocupantes de este lugar dejado de la mano de Dios, que ya ocupaban por espacio de siete meses[64], difícilmente podían creer a sus sentidos cuando discernieron las blancas velas del barco amigo acercándose sobre las aguas. Y a pesar de que Pizarro quedó decepcionado, una vez que el navío ancló en la orilla, al ver que no traía refuerzos adicionales para la empresa, lo recibió con alegría, ya que le proporcionaba los medios para solucionar el gran problema de la existencia o no del rico imperio del sur y de esa manera abrir el camino para su futura conquista. Dos de sus hombres estaban tan enfermos que se decidió dejarlos al cuidado de algunos indios amigos que habían continuado con él a lo largo de toda su estancia, y recogerlos a su vuelta. Tomando con él al resto de sus duros seguidores y los nativos de Tumbez, embarcó y levando ancla rápidamente se despidió del «Infierno», como llamaron los españoles al que había sido el escenario de tanto sufrimiento y tan intrépida decisión[65].

Todos los corazones se hallaban ahora eufóricos de esperanza por encontrarse una vez más en las aguas, bajo la guía del buen piloto Ruiz, quien, obedeciendo las direcciones de los indios, propuso enfilar hacia la tierra de Tumbez, lo que les llevaría inmediatamente al dorado imperio de los incas, El Dorado que habían perseguido durante tanto tiempo. Pasando por la lóbrega isla del Gallo que tenían tan buenas causas para recordar, se hicieron mar adentro hasta que llegaron a Tacumez, cerca de donde desembarcaron en su viaje anterior. No tocaron ninguna parte de la costa, sino que siguieron tranquilamente su curso, aunque con la considerable molestia de las corrientes, así como del viento que soplaba con pocas variaciones desde el sur. Afortunadamente el viento era suave y, como el tiempo era favorable, su viaje, aunque lento, no era incómodo. En unos pocos días, tuvieron a la vista Punta Pasado, el límite del anterior viaje del piloto, y cruzando la línea el pequeño barco entró en esos mares desconocidos que nunca antes habían sido hollados por quilla europea. Observaron cómo la costa abandonaba gradualmente su anterior naturaleza agreste y escarpada, deslizándose suavemente hacia la orilla y extendiéndose en planicies arenosas, aliviadas aquí y allá por parches de una riqueza y belleza poco común, al mismo tiempo que las cabañas blancas de los nativos refulgiendo por los márgenes del mar y el humo que

se elevaba de las distantes colinas sugerían el aumento de la población del país.

Finalmente, pasado un período de unos veinte días después de su partida de la isla, el aventurero navío rodeó la punta de Santa Elena y se deslizó suavemente sobre las aguas del bello golfo de Guayaquil. El país estaba en esta parte tachonado por toda la orilla de ciudades y pueblos, aunque la imponente cordillera, elevándose abruptamente a partir de la costa, tan solo dejaba una estrecha franja de un verdor esmeralda, a través de la que se abrían paso hasta el mar multitud de arroyos que esparcían la fertilidad a su alrededor.

Los viajeros se encontraban ahora junto a algunas de las alturas más maravillosas de esta magnífica cordillera, Chimborazo, con su ancha cima redondeada, dominando como la cúpula de los Andes y Cotopaxi, con su deslumbrante cono de argénteo blanco, que no conoce más cambio que el de la acción de sus fuegos volcánicos, ya que esta montaña es el más terrible de los volcanes americanos y se encontraba en una increíble actividad en un período no tan lejano de la época de nuestra narración. Encantados por los signos de civilización que se abrían ante ellos en cada legua de su avance, los españoles finalmente anclaron en la isla de Santa Clara, que se encuentra en la entrada de la bahía de Tumbez[66].

El lugar estaba deshabitado, pero los indios de a bordo lo reconocieron como un sitio al que de vez en cuando acudía un pueblo guerrero de la vecina isla de Puná para realizar sacrificios y practicar su culto. Los españoles encontraron en el lugar algunos pedazos de oro bastamente trabajados en diferentes formas y probablemente pensados como ofrendas para la deidad india. Sus corazones se alegraron a medida que los nativos les aseguraban que verían abundancia del mismo metal precioso en la misma ciudad de Tumbez.

La siguiente mañana partieron para el otro lado de la bahía hacia ese lugar. A medida que se acercaban, contemplaron una ciudad de considerable tamaño, con muchos de los edificios aparentemente de piedra y yeso, situada en el seno de una fructífera pradera, que parecía haber sido redimida de la esterilidad del territorio circundante gracias a una cuidadosa y minuciosa irrigación. Cuando se hallaban a cierta distancia de la costa, Pizarro vio apostadas frente a él varias balsas grandes, que descubrieron llenas de guerreros que iban en expedición contra la isla de Puná. Poniéndose al lado de la flotilla india invitó a algunos de los jefes a que

subieran a bordo de su navío. Los peruanos contemplaron con asombro todo lo que aparecía ante su vista, especialmente a sus propios compatriotas, a quienes difícilmente esperaban encontrar aquí. Estos últimos les informaron de qué manera habían caído en manos de los extranjeros, a quienes describieron como una maravillosa raza de seres que no habían llegado allí para causar mal, sino solamente para conocer el país y sus habitantes. Este relato se vio confirmado por el comandante español, quien persuadió a los indios para que regresaran a sus balsas e informaran a sus compatriotas de lo que habían conocido, pidiéndoles al mismo tiempo que cargaran su barco de provisiones, ya que su deseo era comenzar una relación amistosa con los nativos.

El pueblo de Tumbez se reunió a lo largo de la orilla y contempló con sorpresa inenarrable el castillo flotante que, una vez anclado, se balanceaba perezosamente en su amarradero en la bahía. Escucharon atentamente los relatos de sus compatriotas e inmediatamente informaron de los acontecimientos al *curaca*, o gobernador del distrito, quien, pensando que los extranjeros debían ser seres de una clase superior, se preparó inmediatamente para cumplir su petición. No pasó mucho tiempo antes de que se vieran varias balsas dirigiéndose hacia el barco cargados con bananas, plátanos, yuca, maíz, patatas dulces, piñas, cocos y otros ricos productos del fructífero valle de Tumbez. También añadieron caza y pescado, junto con un número de llamas, de las que Pizarro había visto unos bastos dibujos que pertenecían a Balboa, pero de las que hasta ahora no había encontrado ningún espécimen vivo. Examinó con mucho interés este curioso animal, la oveja peruana, o como la llamaban los españoles, el «pequeño camello» de los indios, admirando enormemente la mezcla de lana y pelo que proporcionaba a los nativos material para sus telas.

En esa época había en Tumbez un noble inca, u *orejón*, ya que así era, según he señalado anteriormente como llamaban los españoles a los hombres de este rango, debido a los enormes ornamentos de oro que llevaban en las orejas. Expresó una gran curiosidad por ver a los maravillosos extranjeros y, por tanto, había salido con las balsas para este propósito. Era fácil percibir, por la calidad superior de su vestido, así como por la deferencia que le rendían los demás, que era una persona de consideración, y Pizarro le recibió con marcada distinción. Le mostró las diferentes partes del barco, explicándole los usos de cualquier cosa que llamara su atención y respondió a sus numerosas preguntas como bien pudo

mediante los intérpretes indios. El jefe peruano deseaba especialmente saber de dónde y por qué Pizarro y sus seguidores habían venido a estas orillas. El capitán español contestó que era el vasallo de un gran príncipe, el mayor y más poderoso del mundo, y que había venido a este país para afirmar la *supremacía legítima* de su señor sobre el mismo. Había venido además para rescatar a los habitantes de la oscuridad de su falta de fe en la que ahora vagaban. Adoraban un espíritu del mal que hundiría sus almas en la perdición eterna y les daría el conocimiento del Dios verdadero y único, Jesucristo, ya que creer en Él significaba la salvación eterna[67].

El príncipe indio escuchó con profunda atención y aparente sorpresa, pero no respondió nada. Puede ser que ni él ni sus intérpretes tuvieran una idea muy clara sobre las doctrinas que abruptamente les eran reveladas de esta manera. Puede ser que no creyera que hubiera otro potentado sobre la tierra mayor que el inca, ninguno al menos que tuviera más derecho a gobernar sobre sus dominios. Y es muy posible que no estuviera dispuesto a admitir que el gran astro a quien él adoraba era inferior al dios de los españoles. Pero pasara lo que pasara por la mente no instruida del bárbaro, no lo aireó, sino que mantuvo un discreto silencio sin intentar entrar en controversia o convencer a su antagonista cristiano.

Se quedó a bordo del navío hasta la hora de la comida que compartió con los españoles, expresando su satisfacción ante los extraños platos y quedando especialmente agradado con el vino, que declaró superior a los licores fermentados de su propio país. Al partir, insistió a los españoles para que visitaran Tumbez, y Pizarro le despidió con el regalo, entre otras cosas, de una hachuela de hierro, que había provocado su enorme admiración, ya que el uso del hierro, como hemos visto, era tan desconocido entre los peruanos como entre los mexicanos.

Al día siguiente, el capitán español envió a la orilla a uno de sus propios hombres, llamado Alonso de Molina, acompañado por un negro que había venido en el barco de Panamá, junto con un presente para el curaca que consistía en algo de cerdo y gallina, ninguno de los cuales eran originarios del Nuevo Mundo. Hacia la tarde su emisario regresó con una nueva remesa de frutas y verduras, que el amistoso pueblo enviaba al barco. Molina tenía un maravilloso relato que contar. Al desembarcar, quedó rodeado de nativos que expresaban el mayor asombro ante su vestido, su clara tez y su larga barba. Las mujeres, especialmente, manifestaban gran curiosidad con respecto a él y Molina parecía haber sido totalmente conquistado por sus

encantos y sus cautivadores modales. Probablemente mostró su satisfacción con su comportamiento, ya que le urgían a quedarse con ellos, prometiéndole que en ese caso le proporcionarían una bella mujer.

Su sorpresa fue igualmente grande ante la piel de su negro compañero, color azabache. No podían creer que fuera natural e intentaban borrar el imaginario tinte con sus manos. Como el africano soportaba todo esto con su característico buen humor, desplegando al mismo tiempo su fila de dientes de marfil, quedaron prodigiosamente encantados[68]. Los animales también estaban por encima de su comprensión, y cuando el gallo cacareó, el pueblo llano batió sus manos y preguntó qué estaba diciendo[69]. Sus intelectos estaban tan desconcertados por los signos de novedad que parecían incapaces de distinguir entre un hombre y un animal.

Molina fue escoltado después hasta la residencia del curaca, a quien encontró viviendo con mucha pompa, con porteros en la puerta y con una cantidad de vasijas de oro y plata, de las que le servían. Después le llevaron a las diferentes partes de la ciudad india; vio una fortaleza construida de piedra basta que, aunque baja, se extendía a lo largo de una amplia extensión de terreno[70]. Cerca de esta se encontraba el templo, y la descripción que hizo el español de su decoración, que resplandecía de oro y plata, parecía tan extravagante que Pizarro, desconfiando de todo su informe, decidió enviar al día siguiente a un emisario más discreto y digno de confianza[71].

La persona elegida fue Pedro de Candia, el caballero griego mencionado como uno de los primeros que dio a entender su intención de compartir la fortuna de su comandante. Fue enviado a la orilla, vestido con cota completa, como correspondía a un buen caballero, con su espada al costado y su arcabuz al hombro. Los indios quedaron incluso más asombrados con su aparición que con la de Molina, ya que el sol caía brillante sobre su pulida armadura y resplandecía en sus armas. Habían oído mucho del formidable arcabuz de los compatriotas que habían llegado en el navío y pidieron a Candia «que permitiera que les hablase». Por tanto, dispuso una tabla de madera como diana y apuntando cuidadosamente disparó el mosquete. El fulgor de la pólvora y el alarmante estallido de la pieza, cuando la tabla, golpeada por la bala saltó en astillas, llenó a los nativos de consternación. Algunos cayeron al suelo cubriéndose los rostros con las manos y otros se acercaron al caballero con sentimientos de pavor que

fueron desapareciendo gradualmente con la confianza que les daba la sonriente expresión de su rostro[72].

Después le mostraron las mismas atenciones de hospitalidad que le habían rendido a Molina, y la descripción que hizo a la vuelta de las maravillas no quedó nada corta con la de su predecesor. La fortaleza, que estaba rodeada por un triple anillo de muro, estaba fuertemente guarnecida. El templo lo describió como literalmente tapizado de placas de oro y plata. Con una construcción adjunta que era una especie de convento destinado a las esposas del inca, quienes manifestaban gran curiosidad por verle. No queda claro si se les concedió, pero Candia describe los jardines del convento al que entró, brillando con imitaciones de frutas y verduras ¡todas de oro y plata pura![73]. Había visto un número de artesanos trabajando, cuyo único cometido parecía ser bruñir estas maravillosas decoraciones de las casas religiosas.

Los informes del caballero pueden haber sido algo exagerados[74]. Era natural que hombres que habían venido de la lúgubre espesura, en la que habían estado enterrados los últimos seis meses, quedaran vivamente impresionados por los elementos de civilización que encontraron en la costa peruana. Pero Tumbez era una ciudad de los príncipes peruanos. Era el lugar más importante en la frontera norte del imperio, contigua a la reciente adquisición de Quito. El gran Tupac Yupanqui había establecido allí un fuerte y lo había poblado con una colonia de *mitimaes* . El templo y la casa que ocupaban las vírgenes del sol habían sido levantados por Huayna Capac y habían sido liberalmente dotados por ese inca, siguiendo la suntuosa moda de los edificios religiosos de Perú. La ciudad estaba bien provista de agua tanto por los numerosos acueductos, y el fructífero valle en el que estaba insertada, así como el océano que bañaba sus orillas proporcionaban amplios medios de subsistencia para una considerable población. Pero la codicia de los españoles después de la conquista no tardó mucho en despojar al lugar de sus glorias y, en menos de medio siglo después del fatal período, el emplazamiento de sus orgullosas torres y templos tan solo se puede rastrear por las inmensas masas de ruinas que se amontonan en el terreno[75].

Los españoles estaban prácticamente enloquecidos de alegría, dice un viejo escritor al recibir estas esplendorosas noticias de la ciudad peruana. Todos sus complacientes sueños se veían ahora realizados y finalmente habían llegado al reino que durante tanto tiempo se había agitado ante ellos

con todo el esplendor de una visión. Pizarro expresó su gratitud al cielo por haber coronado sus esfuerzos con un resultado tan glorioso, pero lamentó amargamente el duro destino que, privándole de sus seguidores, le negaba en este momento los medios para lograr el éxito. Sin embargo, no tenía razón para lamentarse, y el devoto católico consideraba esta misma circunstancia una interposición de la providencia que le impedía intentar la conquista, ya que era prematuro. Perú todavía no estaba dividido por las disensiones de los candidatos rivales al trono y unido fuertemente bajo el cetro guerrero del monarca bien podía haber desafiado a todas las fuerzas que Pizarro pudiera reunir. «Fue claramente la obra del cielo», exclama un devoto hijo de la Iglesia, «que los nativos del país le recibieran con un espíritu tan amable y afectuoso, como el más apropiado para facilitar la conquista, ya que era la mano del señor la que le guiaba a él y a sus seguidores a esta remota región para extender la santa fe y para la salvación de sus almas»[76].

Habiendo recabado toda la información esencial para su objetivo, Pizarro, después de despedirse de los nativos de Tumbez y prometiendo un rápido regreso, levó anclas y de nuevo giró su proa hacia el sur. Seguía manteniéndose lo más cerca posible de la costa, para que ningún lugar de importancia escapara a su observación, pasó Cabo Blanco, y después navegando más o menos un grado y medio, llegó al puerto de Payta. Los habitantes, que tenían noticia de su llegada, salieron en sus balsas para ver a los maravillosos extranjeros, trayéndoles provisiones de frutas, pescado y verduras, con el mismo espíritu de hospitalidad que habían mostrado sus compatriotas de Tumbez.

Tras permanecer allí un corto espacio de tiempo e intercambiar presentes de insignificante valor con los nativos, Pizarro continuó su viaje y, navegando por los arenosos llanos de Sechura durante casi cien millas, dobló la Punta Aguja y recorrió la costa hacia el sur a medida que giraba hacia el este, todavía llevado por brisas ligeras y algo variables. El tiempo se tornó en ese momento más desfavorable y los viajeros encontraron una sucesión de fuertes tempestades que les arrastraron a cierta distancia mar adentro y les zarandearon durante unos días. Pero no perdieron de vista la impresionante cadena de los Andes que, a medida que avanzaban hacia el sur, todavía veían prácticamente a la misma distancia de la orilla, sucediéndose pico tras pico con sus increíbles olas de hielo, como un vasto océano que hubiera quedado repentinamente detenido y congelado en

medio de su salvaje y tumultuosa carrera. Con este punto de referencia siempre a la vista el navegante tenía poca necesidad de estrellas o de brújula para guiar su barco en su curso.

En cuanto la tormenta amainó, Pizarro se dirigió de nuevo hacia el continente, tocando los puntos principales a medida que recorría la costa. En todos los sitios fue recibido con el mismo espíritu de generosa hospitalidad; los nativos se acercaban en sus balsas para recibirle, cargados con sus pequeñas cargas de frutas y verduras de todas las exquisitas variedades que crecen en *tierra caliente* . Todos estaban deseosos de contemplar a los extranjeros, los «hijos del sol», como los españoles comenzaban a ser llamados, debido a su tez clara, brillante armadura y los rayos que llevaban en sus manos[77]. Además, les precedían los informes más favorables sobre la urbanidad y la amabilidad de sus modales, abriendo de esta manera los corazones de los simples nativos y disponiéndoles a la confianza y a la amabilidad. El soldado de corazón de hierro no había descubierto todavía el lado más oscuro de su carácter. Era demasiado débil para hacerlo. La hora de la conquista todavía no había llegado.

En todos los lugares Pizarro recibió los mismos informes de un poderoso monarca que gobernaba la tierra y tenía su corte en las llanuras de la montaña en el interior, donde se describía su capital como deslumbrante por el oro y la plata y desplegando toda la profusión de un sátrapa oriental. Los españoles, excepto en Tumbez, parecen haber encontrado pocos metales preciosos entre los nativos de la costa. Más de un escritor afirma que no los codiciaban, o al menos por órdenes de Pizarro hacían ver que no era así. No dejó que les traicionara su apetito por el oro, y de hecho ¡rechazó regalos cuando se los ofrecieron![78]. Es más probable que vieran poco despliegue de riquezas, a excepción de los adornos de los templos y otros edificios sagrados que no se atrevieron a violar. No era muy probable que los metales preciosos, reservados para usos religiosos y para personas del alto rango, abundaran en las ciudades y aldeas de la costa.

Sin embargo, los españoles se encontraron con suficientes pruebas de una civilización y de un poder general como para convencerles de que había mucho fundamento para los informes de los nativos. Repetidamente vieron estructuras de piedra y yeso y de vez en cuando mostrando habilidad, si no elegancia, arquitectónica en la ejecución del diseño. En cualquier sitio en el que anclaran contemplaban parches verdes de terreno cultivado redimidos de la esterilidad de la naturaleza y que florecían con la variada vegetación

de los trópicos, mientras que un refinado sistema de irrigación mediante acueductos y canales parecía extenderse como una red sobre la superficie del país, haciendo que incluso el desierto floreciera como una rosa. En muchos lugares en los que desembarcaron contemplaron la gran calzada de los incas que atravesaba la costa, a menudo ciertamente perdida entre las volátiles arenas, donde ninguna carretera podía mantenerse, más que elevándose sobre un importante terraplén, cuando emergía sobre un pavimento más firme. Un medio de comunicación interna como este era, en sí mismo, un monumento no pequeño a la civilización.

Siguiendo hacia el sur, Pizarro pasó por lo que sería el futuro asentamiento de la floreciente ciudad de Trujillo, que fundaría él mismo algunos años más tarde, y rodeó el puerto de Santa. Se mantuvo en las orillas de un ancho y bello arroyo, pero el territorio circundante era tan extremadamente árido que a menudo los peruanos lo elegían como lugar de enterramiento, ya que encontraban el suelo muy favorable para la conservación de las momias. Tan numerosas eran, ciertamente, las *guacas* indias que el lugar podría bien ser llamado la casa de los muertos más que de los vivos[79].

Habiendo alcanzado este punto, alrededor del grado nueve de latitud sur, los seguidores de Pizarro le pidieron que no prosiguiera el viaje más allá. Se había hecho lo suficiente y más que suficiente, dijeron, para probar la existencia y la verdadera posición del gran imperio indio que habían estado buscando durante tanto tiempo. Sin embargo, con sus exiguas fuerzas no tenían poder para aprovecharse del descubrimiento. Todo lo que quedaba, por tanto, era regresar e informar del éxito de su empresa al gobernador de Panamá. Pizarro reconoció lo razonable de esta petición. Había llegado ya a nueve grados más que cualquier navegante anterior en estos mares del sur y, en lugar de la maldición que hasta ahora parecía pender sobre su suerte, podía regresar triunfante ante sus compatriotas. Por tanto, se preparó sin dudarlo para desandar sus pasos y puso de nuevo rumbo al norte.

En su camino tocó varios lugares donde ya había desembarcado anteriormente. En uno de estos, que los españoles llamaron Santa Cruz, una mujer india de rango le había invitado a tierra y él había prometido visitarla a su regreso. En cuanto su navío ancló en el pueblo donde esta vivía, ella subió a bordo, seguida de un numeroso séquito de ayudantes. Pizarro la recibió con todas las muestras de respeto y cuando partió le regaló algunas chucherías que tuvieron un verdadero valor a los ojos de la princesa india.

Esta urgió al comandante español y a sus compañeros a que regresaran de visita, comprometiéndose a enviar un número de rehenes a bordo, como garantía para que les trataran bien. Pizarro le aseguró que la franca confianza que les había mostrado probaba que esto no era necesario. Sin embargo, en cuanto partió en su bote, el día siguiente para ir a la orilla, varias personas principales del lugar vinieron junto al barco para entregarse como rehenes durante la ausencia de los españoles, una prueba de especial consideración para los comprensibles temores de sus huéspedes.

Pizarro comprobó que se habían hecho preparativos para su recepción en un estilo de sencilla hospitalidad que evidenciaba cierto grado de gusto. Se montaron pérgolas de exuberantes y anchas ramas, entrelazadas con flores fragantes y arbustos que desprendían un delicioso perfume por el aire. Se dispuso un banquete repleto de viandas preparadas al estilo peruano, y con frutas y verduras de colores tentadores y cautivadores para el gusto, aunque los nombres y la naturaleza fueran desconocidas para los españoles. Después de que terminara la colación, los invitados fueron entretenidos con música y baile por un grupo de hombres y mujeres jóvenes sencillamente vestidos, que mostraban en su distracción nacional favorita toda la agilidad y la gracia que los ágiles miembros de los indios peruanos les cualificaban tan bien para desplegar. Antes de su partida, Pizarro declaró a su amable anfitrión los motivos de su visita al país, de la misma manera que lo había hecho en otras ocasiones, y concluyó desplegando el estandarte real de Castilla que había traído a la orilla, pidiéndole a ella y a sus ayudantes que lo elevaran en muestra de su alianza con su soberano. Esto lo hicieron con buen humor, riendo todo el rato, dice el cronista, y dejando claro que no tenían una idea muy clara de la seria naturaleza de la ceremonia. Pizarro se contentó con este despliegue externo de lealtad y regresó a su navío bien satisfecho con el entretenimiento que había recibido y meditando, puede ser, sobre la mejor manera de devolverlo más adelante con la subyugación y conversión del país.

El comandante español no pasó por alto tocar Tumbez en su viaje de vuelta a casa. Aquí algunos de sus seguidores, ganados por el confortable aspecto del lugar y las maneras del pueblo, manifestaron su deseo de quedarse, concibiendo sin duda que sería mejor vivir donde serían personas de importancia que regresar a una oscura condición en la comunidad de Panamá. Uno de estos hombres era Alonso de Molina, el mismo que había ido el primero a la orilla y había quedado cautivado por los encantos de las

bellezas indias. Pizarro accedió a sus deseos pensando que no pasaría nada si a su vuelta se encontraba a algunos de sus seguidores que hubieran aprendido el idioma y las costumbres de los nativos. También se le permitió que se llevara de regreso en su barco a dos o tres peruanos, para el mismo propósito de instruirles en el castellano. Uno de ellos, un joven llamado por los españoles Felipillo, jugará un papel de cierta importancia en la historia de los siguientes acontecimientos.

Al dejar Tumbez, los aventureros enfilaron directamente hacia Panamá, tocando en su camino tan solo la isla de triste fama de Gorgona para embarcar a sus dos compañeros que habían sido abandonados allí, demasiado enfermos para seguir con ellos. Uno había muerto, y después de recoger al otro, Pizarro y su valiente y pequeña banda continuaron su viaje, y tras una ausencia de al menos dieciocho meses se encontraron de nuevo anclando a salvo en el puerto de Panamá[80].

La sensación que causó su llegada fue enorme, como se podía esperar. Ya que había pocos, incluso entre los más optimistas de sus amigos, que no imaginaran que habían pagado ya hacía mucho por su temeridad y habían caído víctimas del clima o de los nativos, o que habían perecido miserablemente en su tumba marina. Su alegría fue, por tanto, proporcional cuando vieron a los errantes recién llegados, no solo con salud y a salvo, sino con noticias fiables sobre los bellos países que durante tanto tiempo habían escapado a sus garras. Fue un momento de orgullosa satisfacción para los tres socios, quienes, a pesar del oprobio, el escarnio y todo tipo de impedimentos que la desconfianza de amigos o la frialdad del gobierno había puesto en su camino, habían perseverado en su gran empresa, hasta determinar la verdad de lo generalmente denunciado como una quimera. Es la desgracia de esos espíritus temerarios que conciben una idea demasiado grande para el entendimiento de su propia generación o, al menos, para intentar llevarla a cabo, que pasan por visionarios soñadores. Tal había sido el destino de Luque y sus socios. La existencia de un rico imperio indio en el sur, que se había alojado en sus mentes durante mucho tiempo avivada con todos los argumentos en su favor hasta convertirse en una convicción, había sido ridiculizada por el resto de sus compatriotas como un mero *mirage*[*] de la imaginación que al acercarse más se desharía en el aire, al mismo tiempo que quienes patrocinaban el proyecto, que se jugaban sus fortunas en la aventura, eran denunciados como locos. Pero su hora de triunfo, su lento y trabajado triunfo, había llegado.

Sin embargo, el gobernador, Pedro de los Ríos, no parecía estar convencido, ni siquiera en este momento, de la magnitud del descubrimiento, o quizá estaba desalentado por su alcance. Cuando los socios, ahora con más confianza, le solicitaron patrocinio para una empresa que era demasiado grande para sus recursos individuales, respondió fríamente que «no tenía ningún deseo de construir otras fortunas a costa de la suya, ni tampoco iban a impulsarle a desperdiciar más vidas de las que ya se habían sacrificado por un barato despliegue de ¡bagatelas de oro y plata y unas pocas ovejas indias!»[81].

Dolorosamente descorazonados por este rechazo del único lugar de donde podían esperar ayuda, los confederados, sin fondos y con el crédito prácticamente agotado por sus anteriores esfuerzos, quedaron extremadamente desconcertados. Sin embargo, detenerse ahora, ¿qué otra cosa significaba sino abandonar la rica mina que su propio esfuerzo y perseverancia había abierto para que otros la trabajaran a placer? En esta extrema situación la fructífera mente de Luque sugirió la única solución que les podía llevar al éxito. Esta era dirigirse directamente a la Corona. Nadie estaba tan interesado en el resultado de la expedición. Ciertamente era para el Gobierno para quien se iban a hacer los descubrimientos, para quien se iba a conquistar el país. Únicamente el gobierno era competente a la hora de proveer los medios necesarios y era más probable que adoptara un punto de vista más amplio y liberal sobre el tema que un insignificante funcionario colonial.

Pero, ¿quién entre ellos estaba cualificado para encargarse de esta delicada misión? Luque estaba encadenado por sus obligaciones profesionales con Panamá, y sus socios, soldados iletrados, estaban mejor preparados para asuntos de campo que de la corte. Almagro, franco y algo elegante y ostentoso en su trato, de pequeña estatura y rostro poco agraciado por la naturaleza, ahora muy desfigurado por la pérdida de un ojo, no estaba tan bien cualificado para la misión como su compañero de armas, quien, poseyendo una buena apariencia y en general una presencia imponente, era convincente, y a pesar de todos los defectos de su educación, podía cuando estaba profundamente interesado ser incluso elocuente en su discurso. El eclesiástico, sin embargo, sugirió que la negociación fuera encargada al licenciado Corral, un respetable funcionario que en ese momento estaba a punto de regresar por algunos asuntos públicos a la madre patria. A esto Almagro se opuso fuertemente. Nadie,

dijo, podía llevar tan bien el asunto como una parte implicada. Tenía una alta opinión de la prudencia de Pizarro, su naturaleza astuta y su política fría y deliberada[82]. Conocía lo suficiente a su camarada para confiar en que su presencia de espíritu no le abandonaría, siquiera en las nuevas y, por tanto, embarazosas circunstancias en las que se encontraría en la corte. Nadie, dijo, podría contar la historia de sus aventuras con tanto efectismo como el hombre que había sido el principal protagonista en las mismas. Nadie podría describir tan bien los sufrimientos sin parangón y los sacrificios que habían tenido que enfrentar, nadie podría contar de forma tan convincente lo que se había hecho, lo que todavía quedaba por hacer y qué ayuda sería necesaria para llevarla a cabo. Concluyó, con su característica franqueza, urgiendo imperiosamente a su aliado para que aceptara la misión.

Pizarro sintió la fuerza del razonamiento de Almagro y, aunque sin esconder su renuencia, aceptó una medida que era menos de su agrado que una expedición a la espesura. Pero Luque introdujo nuevas dificultades en el acuerdo. «Que Dios garantice que ninguno de vosotros, hijos míos», exclamó el eclesiástico, «defraude la confianza del otro»[83]. Pizarro se comprometió a tener en cuenta los intereses de sus socios como los suyos propios. Pero es evidente que Luque no confiaba en Pizarro.

Hubo algunas dificultades a la hora de reunir los fondos con que poner al enviado en condiciones de tener una apariencia apropiada para la corte, tan bajo había caído el crédito de los aliados y tan poca confianza se ponía todavía en el resultado de sus espléndidos descubrimientos. Finalmente se reunieron quince mil ducados, y Pizarro, en la primavera de 1528, dijo adiós a Panamá, acompañado de Pedro de Candia[84]. Tomó consigo también a algunos de los nativos, así como dos o tres llamas, varias hermosas telas, con muchos ornamentos y fuentes de oro y plata, como especímenes de la civilización del país y garantes de su maravillosa historia.

De todos los escritores de la historia antigua de Perú, ninguno ha adquirido tanta celebridad o se han referido tanto a él los posteriores compiladores, como el inca Garcilaso de la Vega. Nació en Cuzco en 1540 y era un *mestizo*, es decir, de ascendencia mixta, siendo su padre europeo y su madre india. Su padre, Garcilaso de la Vega, pertenecía a esa ilustre familia cuyos logros, así en las armas como en las letras, han dado tanto lustre al período más orgulloso de los anales castellanos. Llegó a

Perú, en la comitiva de Pedro de Alvarado, poco después de la conquista del país por Pizarro. Garcilaso se unió al destino de este jefe y, tras su muerte, al de su hermano Gonzalo, manteniéndose fiel a este último a través de toda su rebelión, hasta el momento de su derrota en Xaquixaguana, momento en el que Garcilaso tomó el mismo rumbo que la mayor parte de la facción y se pasó al enemigo. Pero esta demostración de lealtad, aunque salvó su vida, fue demasiado tardía como para redimir su crédito dentro del partido victorioso y el oprobio en el que incurrió participando en la rebelión proyectó una nube sobre su posterior fortuna e incluso sobre la de su hijo, según parece, años después.

La madre del historiador era de sangre real peruana. Era la sobrina de Huayna Capac y nieta del renombrado Tupac Inca Yupanqui. Garcilaso, al mismo tiempo que demuestra una obvia satisfacción por la sangre civilizada europea que corre por sus venas, se muestra no menos orgulloso de descender de la dinastía del Perú, y esto lo indicaba combinando con su patronímico el título distintivo de los príncipes peruanos, sobrenombrándose siempre como Garcilaso Inca de la Vega.

Sus primeros años pasaron en su tierra nativa, donde fue educado en la fe católica romana y recibió los beneficios de una educación tan buena como se podía obtener entre el incesante barullo de las armas y la conmoción civil. En 1560, cuando tenía veinte años de edad, abandonó América, y a partir de ese momento fijó su residencia en España. Aquí entró en el servicio militar y obtuvo un puesto como capitán en la guerra contra los moriscos y después bajo las órdenes de don Juan de Austria. Aunque cumplió honrosamente con su aventurera carrera, no parece haber quedado satisfecho con la manera en que sus servicios fueron retribuidos por el gobierno. El antiguo reproche de la deslealtad de su padre todavía pendía sobre el hijo y Garcilaso nos asegura que esta circunstancia hizo fracasar todos sus esfuerzos por recuperar la gran herencia de tierras que pertenecía a su madre, que había sido confiscada por la Corona. «Tales eran los prejuicios contra mí», dice, «no pude instar mis antiguas reclamaciones o expectativas y dejé el ejército tan pobre y tanto más en deuda, que no me preocupé de aparecer en la corte de nuevo, sino que me vi obligado a retirarme a una oscura soledad, donde llevo una vida tranquila por el breve espacio que me queda, sin estar más engañado por el mundo y sus vanidades».

El escenario de este oscuro retiro, sin embargo, no fueron, como podría imaginar el lector por este tono de filosófica resignación, las profundidades de algún páramo rural, sino Córdoba, una vez la alegre capital de la ciencia musulmana y todavía un populoso lugar. Aquí nuestro filósofo se dedicó a las labores literarias, lo más suave y tranquilizador para su espíritu, con la intención de ilustrar las pasadas glorias de su tierra natal y mostrarlas en su primitivo esplendor a los ojos de sus compatriotas de adopción. «Y no tengo razón para arrepentirme», dice en el prefacio a su narración sobre Florida, «de que la fortuna no me haya sonreído, ya que esta circunstancia me ha abierto una carrera literaria que, creo, me asegurará una fama más amplia y duradera que la que pudiera venir de cualquier prosperidad mundana».

En 1609 dio al mundo la primera parte de su gran trabajo, *Comentarios Reales*, dedicada a la historia del país bajo los incas, y en 1616, unos pocos meses antes de su muerte, terminó la segunda parte, que abarca la historia de la conquista, que fue publicada en Córdoba el año siguiente. El cronista, que cerró de esta manera sus trabajos con su vida, murió a la madura edad de sesenta y seis años. Dejó una considerable suma para la compra de misas por su alma, mostrando que las quejas sobre su pobreza no deben tomarse literalmente. Sus restos fueron enterrados en la catedral de Córdoba en una capilla que lleva el nombre de Garcilaso, y se colocó una inscripción en su monumento, indicando el alto respeto en que se tenía al historiador tanto por su valía moral como por sus logros literarios.

La primera parte de los *Comentarios Reales* se ocupa, como ya se ha dicho, de la historia antigua del país, presentando un retrato completo de su civilización bajo el reinado de los incas, mucho más completo de lo que lo ha ofrecido ningún otro escritor. La madre de Garcilaso tenía diez años en la época de la ascensión al trono de su primo Atahualpa, o mejor dicho la usurpación, como el partido de Cuzco la llama. Tuvo la buena fortuna de escapar a la masacre que, según el cronista, cayó sobre la mayor parte de sus familiares, y con su hermano continuó viviendo en la antigua capital después de la conquista. Sus conversaciones naturalmente volvían sobre los buenos viejos tiempos del gobierno inca que, con el colorido de su nostálgica memoria, se puede suponer que no perdieran nada al contemplarlas a través de la lente de aumento del pasado. El joven Garcilaso escuchaba ávidamente las historias que narraban la magnificencia y el poder de sus antecesores reales, y aunque no las utilizó en ese momento, se hundieron en lo profundo de su memoria, atesoradas para una ocasión futura. Cuando se preparó, después del lapso de muchos años, en su retiro de Córdoba para escribir la historia de su país, escribió a sus antiguos amigos y compañeros de colegio de la familia inca para obtener una información más completa que la que podía recopilar en España sobre los diferentes temas de interés histórico. Había presenciado en su juventud antiguas ceremonias y usos de sus compatriotas, comprendía la ciencia de los quipus y dominaba muchas de sus primitivas tradiciones. Con la ayuda que ahora obtuvo de sus familiares peruanos, se familiarizó con la historia de la gran raza inca y de sus instituciones nacionales, hasta un punto que ninguna persona podría haberlo hecho, a no ser que se hubiera educado entre ellos, hablando la misma lengua y con la misma sangre india corriendo por sus venas. Garcilaso, en pocas palabras, era el representante de una raza conquistada, y po- dríamos esperar encontrar las luces y las sombras del retrato que compone su pluma para que produjera un efecto bastante distinto del que hasta ahora había mostrado bajo las manos de los conquistadores.

Esto es así hasta cierto punto, y esta circunstancia proporciona unos medios de comparación que tan solo ofrecen sus trabajos, de gran valor a la hora de llegar a conclusiones históricas. Pero Garcilaso escribió tarde en su vida, después de que la historia hubiera sido contada por escritores castellanos. Naturalmente, respetaba mucho a estos hombres, algunos de los cuales disfrutaban de alto crédito a cuenta tanto de su erudición como de su posición social. Su objetivo, declara, no era

tanto añadir nada nuevo de sí mismo, sino corregir sus errores y malentendidos a los que habían sido llevados por su ignorancia de la lengua india y de los usos de su pueblo. Va, de hecho, mucho más allá, y la cantidad de información que ha reunido ha convertido su trabajo en un gran depósito de donde han extraído copiosos materiales quienes han trabajado posteriormente en el mismo campo. Escribe directamente desde el corazón e ilumina todos los temas que toca con una variedad y riqueza en la ilustración que deja poco que desear a la curiosidad más insistente. La diferencia entre leer sus *Comentarios* y los relatos de los escritores europeos es la diferencia que existe entre leer un trabajo en el original y en una pobre traducción.

Sin embargo, sus *Comentarios* están abiertos a una gran objeción, una objeción que sugiere de forma natural su posición. Dirigiéndose al europeo culto, ardía en deseos de desplegar las antiguas glorias de su pueblo y todavía más de la raza inca, de la forma más impresionante. Este era, sin duda, el gran acicate de sus trabajos literarios, para los que su educación previa, fuera lo buena que fuera en la terrible época en que se produjo, le había cualificado enormemente. Garcilaso escribía, por tanto, para cumplir un objetivo concreto. Se erigió en abogado de sus desgraciados compatriotas, defendiendo la causa de esa degradada raza ante el tribunal de la posteridad. El tono exagerado del panegírico consecuente se hace evidente en cada página de su trabajo. Describe un estado de sociedad que un filósofo de la utopía difícilmente se hubiera atrevido describir. Sus ancestros reales se convirtieron en los prototipos de cualquier excelencia imaginable y la edad de oro es revivida por una nación, que, al mismo tiempo que tiene la guerra explotando en sus fronteras, disfruta en el interior de todas las bendiciones de la tranquilidad y la paz. Incluso el esplendor material de la monarquía, lo bastante grande en esta tierra del oro, se veía aumentado bajo la brillante imaginación del cronista indio, hasta las magníficas ilusiones de un cuento de hadas.

Sin embargo, hay verdad en el fondo de sus más descontroladas invenciones y no sería justo para el historiador indio suponer que él mismo no creía la mayoría de las maravillas mágicas que describe. No hay credulidad como la de un converso cristiano, un nuevo convertido a la fe. Viviendo durante largo tiempo en la oscuridad del paganismo, sus ojos, cuando se abren por primera vez a la luz de la verdad, no han adquirido el poder de discriminar lo real de lo imaginario. Garcilaso ciertamente no era un converso, ya que fue criado desde la infancia en la fe católica romana. Pero estaba rodeado de conversos y neófitos, entre los de su propia sangre, quienes, después de practicar durante toda su vida los ritos del paganismo, eran ahora admitidos al redil cristiano. Escuchaba las enseñanzas del misionero, aprendía de él a dar crédito ciego a las maravillosas leyendas de santos y a las no menos maravillosas narraciones de sus propias victorias en su guerra espiritual por la propagación de la fe. De esta manera, acostumbrado desde el principio a créditos tan inmensos sobre su credulidad, su razón perdió su poder celestial para distinguir la verdad del error y se familiarizó tanto con lo milagroso que lo milagroso dejó de ser un milagro.

Sin embargo, al mismo tiempo que se hacen grandes deducciones sobre este tema, a partir de los informes del cronista, siempre hay un germen de verdad que no es difícil detectar e incluso separar de

la fantasiosa cubierta que lo envuelve, y después de eliminar todas las exageraciones de la vanidad nacional, encontraremos abundante información genuina relacionada con las antigüedades de su país, que buscaremos en vano en cualquier escritor europeo.

El trabajo de Garcilaso es el reflejo de la época en que vivió. Está dirigido más a la imaginación que a la razón sobria. Nos deslumbra el maravilloso espectáculo que muestra constantemente, y nos agrada con la variedad de interesantes detalles y animado cotilleo que esparce sobre sus páginas. El hilo de la narración se desvía constantemente con discusiones sobre temas que ilustran su desarrollo, para romper la monotonía y proporcionar un agradable alivio al lector. Esto es válido para la primera parte de su gran trabajo. En la segunda parte no había ya lugar para tal discusión, por lo que se ha suplido con recuerdos de charlatán, anécdotas personales, aventuras superfluas y una gran cantidad de detalles triviales, triviales a los ojos del pedante, que los historiadores han estado demasiado dispuestos a descartar, por ser inferior a la dignidad de la historia. Tenemos a los protagonistas de este gran drama en su faceta privada, conocemos sus hábitos personales, escuchamos sus dichos familiares y, en pocas palabras, reunimos esos detalles que en conjunto conforman una parte tan grande de la vida y no menos del carácter.

Es precisamente esta confusión de lo grande y lo pequeño, mezcladas con tan poco arte, lo que constituye uno de los encantos de las viejas crónicas románticas; no es menos cierto que, en este sentido, se acerca más al tono habitual del romance. Es en escrituras de este tipo donde podemos buscar para encontrar la forma y los problemas de la época. Los documentos oficiales comidos por los gusanos, la correspondencia oficial, los registros públicos, todos son prácticos, indispensables para la historia. Son la trama sobre la que reposa el esqueleto de hechos que le da su fuerza y proporciones. Pero son tan valiosos como los secos huesos de un esqueleto, a no ser que se revistan de una bella forma y de vestimenta humana, y estén imbuidos del espíritu de la época. Nuestra deuda es enorme también con los anticuarios que con precisión construyen a conciencia los anchos y profundos cimientos de la verdad científica, y no menos con el analista filosófico que muestra al hombre en la faceta de su vida pública, el hombre en la mascarada, pero ciertamente no se le puede negar nuestra gratitud a aquellos que, como Garcilaso de la Vega, y muchos escritores con espíritu romántico de la Edad Media, han sostenido el espejo ante el espectador (puede que quizá distorsionado en cierto modo) dirigiéndolo hacia la vida interior, reflejando todos los objetos, los grandes y los pequeños, los bellos y los deformados, con su importancia natural y su viveza de colorido. Se podría pensar que, como obra de arte, una producción así podría ser demasiado intrascendente para la crítica. Pero, aunque desafíe las reglas del arte en su composición, no viola necesariamente los principios del gusto, ya que adecua su espíritu al espíritu de la época en la que está escrita. Y el crítico que la condena fríamente basándose en severos principios de arte encontrará un encanto en su misma simpleza, que le hará recurrir una y otra vez a sus páginas, mientras que composiciones más clásicas y correctas se dejan de lado y se olvidan.

No puedo terminar esta nota sobre Garcilaso, aunque ya se haya prolongado demasiado, sin una alusión a la traducción inglesa de sus *Comentarios* . Apareció en el reinado de Jaime II y es obra del caballero sir Paul Rycaut. Fue impresa en Londres en 1688 en folio, con una considerable pretensión en su aspecto exterior, bien provista de grabados y un frontispicio que muestra los rasgos adustos y algo sardónicos, no del autor, sino del traductor. La versión mantiene el paso con la marcha del original, correspondiendo en libros y capítulos y a veces, aunque raramente, tomándose la libertad, tan común en estas antiguas versiones, de abreviar y omitir. En los lugares en los que se desvía del original, es más por ignorancia que por intención. Ciertamente, hasta donde le avale la excusa de la ignorancia, el honorable caballero puede invocarla en su defensa. Nadie que lea el libro dudará de lo limitado de su conocimiento de su propia lengua y nadie que lo compare con el original negará su ignorancia del castellano. Contiene tantos errores como párrafos, y la mayoría de ellos tales que podrían hacer avergonzarse a un colegial. Sin embargo, son tales los primitivos encantos del original, que su versión aún más primitiva ha encontrado un considerable favor entre los lectores, y la traducción de sir Paul Ryacut, antigua como es, todavía se puede encontrar en más de una biblioteca pública y privada.

Notas al pie

[56] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 182.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 2.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 3.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[57] «Obedeciola Pizarro y antes que se ejecutase sacó un Puñal, y con notable animo hizo con la punta una raya de Oriente á Poniente; y señalando al medio dia, que era la parte de su noticia, y derrotero dijo: camaradas y amigos esta parte es la de la muerte, los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros, y desamparos; la otra la del gusto: Por aqui se ba à Panama à ser pobres, por alla al Peru à ser ricos. Escoja el que fuere buen Castellano lo que mas bien le estuviere. Diciendo esto pasó la raya: siguieronle Barthome Ruiz natural de Moguer, Pedro de Candi Griego, natural de Candia.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.

[58] Los nombres de estos trece leales compañeros se han conservado en el pacto realizado con la Corona dos años después, donde son conmemorados adecuadamente por su lealtad. Sus nombres no deberían omitirse en una historia de la conquista del Perú. Son «Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luce, Nícolas de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, García de Jerez, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz, Joan de la Torre».

[59] «Estos fueron los trece de la fama. Estos los que cercados de los mayores trabajos que pudo el Mundo ofrecer á hombres, y los que estando mas para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo propusieron á la honra, y siguieron á su capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.

[60] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 2.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

[61] Este sentimiento común queda expresado con una belleza poco corriente por el imaginativo Boiardo, en el que presenta a Rinaldo agarrando a Fortuna, bajo la apariencia de la voluble fata Morgana, por el flequillo. Puede que al lector italiano no le desagrade que le refresque la memoria con él.

> «Chi cerca in questo mondo aver tesoro,
> O diletto, e piacere, honore, e stato,
> Ponga la mano a questa chioma d'oro,
> Ch'io porto in fronte, e lo farò beato;
> Ma quando ha in destro sì fatto lavoro,
> Non prenda indugio, che 'l tempo passato

Perduto è tutto, e non ritorna mai,
Ed io mi volto, e lui lascio con guai.»
Orlando Innamorato, lib. 2, canto 8.

62 «Cada Mañana daban gracias á Dios: á las tardes decian la Salve, i otras Oraciones, por las Horas: sabian las Fiestas, i tenian cuenta con los Viernes i Domingos.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

63 «Al cabo de muchos Dias aguardando, estaban tan angustiados, que los salages que se hacian bien dentro de la Mar, les parecia, que era el Navio.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 4.

64 «Estuvieron con estos trabajos con igualdad y animo siete meses.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.

65 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 182.– Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 4.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

66 Según Garcilaso, pasaron dos años entre la partida de Gorgona y la llegada a Tumbez (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. II). Un desafío tan grande a la cronología es más bien poco común incluso en las narraciones de estos hechos, donde es tan difícil establecer una fecha precisa, entre el silencio, más que las contradicciones, de las declaraciones contemporáneas, como si los hechos hubieran pasado antes del diluvio.

67 El texto compendia en cierto modo el discurso del polemista militar, que Herrera ofrece en su totalidad, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 4.–Véase también Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1527.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito. –*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

68 «No se cansaban de mirarle, hacíanle labar, para vèr si se le quitaba la Tinta negra, i èl lo hacia de buena gana, riéndose, i mostrando sus Dientes blancos.» Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 5.

69 *Ibid., ubi supra.*

70 «Cerca del solia estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los Yngas reyes del Cuzco y señores de todo el Peru [...]. Ya esta el edificio desta fortaleza muy gastado y deshecho: mas no para que dexe de dar muestra de lo mucho que fue.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 4.

71 *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, *loc. cit.* –Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 2.

72 Se afirma además que los indios, deseosos de probar aún más la naturaleza sobrehumana del caballero español, dejaron libre ante él un tigre, un jaguar probablemente que estaba encerrado en una jaula en la fortaleza real. Pero don Pedro era un buen católico, y cuidadosamente puso la cruz

que llevaba en su cuello en la espalda del animal, el cual, olvidando inmediatamente su naturaleza fiera, se arrellanó a los pies del caballero y comenzó a retozar inocentemente. Los indios, ahora más asombrados que nunca, no dudaron de la santidad de su invitado y le llevaron en triunfo sobre sus hombros al templo. Esta creíble anécdota es repetida sin la menor reserva o desconfianza por varios escritores contemporáneos. (Véase Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 10, cap. 5.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 54.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 12.) Este último autor puede que obtuviera su versión del mismo hijo de Candia, con el que nos cuenta que creció en el colegio. Es indudable que encontraría una admisión igual de fácil entre los que hoy en día creen que la época de los milagros todavía no ha pasado.

[73] «Que habia visto un jardín donde las yerbas eran de oro imitando en un todo á las naturales, arboles con frutas de lo mismo, y otras muchas cosas á este modo con que aficionó grandemente á sus compañeros á esta conquista.» Montesinos, *Annales*, año 1527.

[74] El relato del honorable caballero no parece haber encontrado el favor del viejo conquistador, tan a menudo citado en estas páginas, quien dice que cuando visitaron posteriormente Tumbez, los españoles encontraron que la relación de Candia era una mentira de principio a fin, excepto ciertamente en lo relacionado con el templo, aunque el veterano reconoce que lo que era deficiente en Tumbez quedaba más que remediado por la magnificencia de otros lugares en el imperio que no se habían visitado entonces. «Lo cual fué mentira; porque después que todos los Españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho mas de lo que aquel encareció, lo que faltó en esta ciudad, se halló después en otras que muchas leguas mas adelante se descubrieron.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[75] Cieza de León, que cruzó esta parte del país en 1548, menciona la forma desvergonzada en que la mano del conquistador había caído sobre los edificios indios, que estaban en ruinas incluso en un período tan temprano. *Crónica del Perú*, cap. 67.

[76] «I si le recibiesen con amor, hiciese su Mrd. Lo que mas conveniente le pareciese al efecto de su conquista: porque tenia entendido, que el haverlos traido Dios erá para que su santa fé se dilatase i aquellas almas se salvasen.» Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[77] «Que resplandecían como el Sol. Llamabanles hijos del Sol por esto.» Montesinos, *Annales*, manuscrito. año 1528.

[78] Pizarro deseaba que los nativos comprendieran, dice el padre Naharro, que lo único que les había llevado a su distante tierra era su bien y ¡no el amor por el oro! «Sin haver querido recibir el oro, plata i perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino deseo de su bien el que habia traido de tan lejas tierras á las suyas.» *Relación Sumaria*, manuscrito.

[79] «Lo que mas me admiro, quando passe por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepolturas: y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle: ay numero grande de apartados, hechos a su usança, todo cubiertas de huesos de muertos. De manera que lo que ay en este

valle mas que ver, es las sepolturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 70.

80 *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1528.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 2, caps. 6-7.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

* Espejismo. En francés en el original.

81 «No entendia de despoblar su Gobernación, para que se fuesen à poblar nuevas Tierras, muriendo en tal demanda mas Gente de la que havia muerto, cebando à los Hombres con la muestra de las Ovejas, Oro i Plata, que havian traido.» Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 3, cap. I.

82 «E por pura importunación de Almagro cupole á Pizarro, porque siempre Almagro le tubo respeto, é deseó honrarle.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. I.

83 «Plegue à Dios, Hijos, que no os hurteis la bendición el uno al otro, que yo todavía holgaria, que à lo menos fuerades entrambos.» Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 3, cap. I.

84 «Juntaronle mil y quinientos pesos de oro, que dió de buena voluntad Dn. Fernando de Luque.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1528.

LIBRO III

Conquista del Perú

Capítulo I

Recepción de Pizarro en la corte. Su capitulación con la Corona. Visita su pueblo natal. Regresa al Nuevo Mundo. Dificultades con Almagro. Su tercera expedición. Aventuras en la costa. Batallas en la isla de Puna. 1528-1531

Pizarro y su oficial, tras cruzar el istmo, embarcaron en Nombre de Dios hacia su viejo país, y después de una buena travesía alcanzaron Sevilla a principios del verano de 1528. En esa época casualmente había en el puerto una persona bien conocida en la historia de la aventura española como era el licenciado Enciso. Había participado activamente en la colonización de Tierra Firme y tenía reclamaciones pecuniarias contra los primeros colonos de Darién, de los cuales Pizarro formaba parte. Nada más desembarcar fue detenido por órdenes de Enciso y puesto bajo custodia por esta deuda. Pizarro, que había huido de su tierra natal como un aventurero sin casa, desamparado, después de una ausencia de más de veinte años, pasados en su mayoría entre esfuerzos y sufrimientos sin precedentes, se encontraba ahora a su regreso internado en una prisión. Tal era el comienzo de esa brillante carrera que, según había creído, le esperaba en casa. Este hecho provocó la indignación general, y en cuanto la corte fue avisada de su llegada al país y del gran propósito de su misión, se enviaron órdenes para su liberación, con un permiso para proseguir inmediatamente su viaje.

Pizarro encontró al emperador en Toledo, de donde iba a partir en breve con dirección a Italia. España no era la residencia favorita de Carlos V en la primera parte de su reinado. Ahora se encontraba en ese período del mismo en que disfrutaba de toda la euforia de los triunfos sobre su valiente rival de Francia, a quien había derrotado y hecho prisionero en la gran batalla de Pavía, y el vencedor se preparaba en este momento para pasar a Italia y recibir la corona imperial de manos del pontífice romano. Eufórico con sus éxitos y ascensión al trono de Alemania, Carlos se preocupaba poco de su reino heredado, ya que su ambición había encontrado una carrera tan espléndida abierta de par en par en el campo de la política europea. Hasta ahora había recibido unos ingresos demasiado escasos de sus posesiones trasatlánticas como para prestarles la atención que merecían. Pero, en cuanto se le comunicó la reciente adquisición de México y las brillantes expectativas con respecto al continente meridional, sintió la importancia que tenían como una posibilidad de proporcionarle medios para lograr sus empresas más ambiciosas y costosas.

Por tanto, Pizarro, que ahora venía a satisfacer la vista del rey, con pruebas evidentes sobre la verdad de los rumores de oro que de tiempo en tiempo habían llegado a Castilla, fue recibido graciosamente por el emperador. Carlos examinó con gran atención los diferentes objetos que su oficial le mostró. Estaba especialmente interesado por el aspecto de la llama, tan notable al ser la única bestia de carga que se conocía en el nuevo continente y las delicadas telas de paño de lana que se hacían con sus lanudos costados, le daban un valor mucho mayor a los ojos del sagaz monarca del que tenía como animal doméstico. Pero los ejemplares de oro y plata trabajados, y el maravilloso relato que Pizarro tenía que contar sobre la abundancia de metales preciosos, debieron satisfacer incluso las ansias de la codicia real.

Pizarro, lejos de quedar abrumado por la novedad de su situación, mantuvo su habitual serenidad, y mostró ese decoro e incluso dignidad en el discurso propio de los castellanos. Habló en un estilo simple y respetuoso, pero con la seriedad y la elocuencia natural de alguien que había sido protagonista de las escenas que describía y que era consciente de que la impresión que causara en su audiencia decidiría su futuro destino. Todos escuchaban con ansiedad el relato de sus extrañas aventuras por mar y tierra, sus vagabundeos por los bosques o por las funestas y pestilentes ciénagas de la costa, sin comida, casi sin vestiduras, con los pies arañados y

sangrando a cada paso, con sus pocos compañeros, todavía más reducidos por la enfermedad y la muerte y continuando a pesar de eso con un espíritu indomable para extender el imperio de Castilla y el nombre y poder de su soberano, pero cuando describió su solitaria situación en la desolada isla, abandonado por su propio gobierno, habiendo desertado todos excepto un puñado de devotos seguidores, su real oyente, aunque no se conmovía con facilidad, se vio afectado hasta llegar a las lágrimas. A su partida de Toledo, Carlos encomendó los asuntos de su vasallo en los términos más favorables a la consideración del Consejo de Indias[1].

En esta época había otro hombre en la Corte que había llegado allí con una tarea similar desde el Nuevo Mundo, pero cuyos espléndidos logros ya le habían ganado un nombre que oscureció relativamente la reputación en alza de Pizarro. Este hombre era Hernando Cortés, el conquistador de México. Había venido a casa para poner un imperio a los pies de su soberano y para demandar a cambio una reparación por sus agravios y una recompensa por sus grandes servicios. Estaba cerca del fin de su carrera como Pizarro lo estaba al comienzo de la suya, el conquistador del norte y el del sur, los dos hombres que la providencia había señalado para derrocar las dinastías indias más poderosas y para abrir las puertas del oro por las que los tesoros del Nuevo Mundo iban a pasar a los cofres de España.

A pesar de la recomendación del emperador, los asuntos de Pizarro avanzaban con el paso lento con el que se resuelven normalmente los asuntos en la corte de Castilla. Vio cómo sus limitados medios desaparecían gradualmente bajo los gastos en los que incurría en su actual situación y se figuró que, a no ser que se tomaran rápidamente algunas medidas relacionadas con su pleito, por muy favorable que pudiera ser en un final, no estaría en posición de aprovecharse de él. Por tanto, la reina, encargada del asunto a la partida de su marido, aceleró los trámites, y el veintiséis de julio de 1529 redactó la memorable *Capitulación*, que definía los poderes y los privilegios de Pizarro.

El documento aseguraba a este jefe el derecho de descubrimiento y conquista de la provincia de Perú o Nueva Castilla, como se llamaba entonces ese país, de igual manera que México recibió el nombre de Nueva España, a una distancia de doscientas leguas al sur de Santiago. Recibiría el título de gobernador y capitán general de la provincia, junto con los de adelantado y alguacil mayor de por vida y tendría un salario de setecientos veinticinco mil maravedíes, con la obligación de mantener ciertos oficiales

y soldados de pago, correspondientes a la dignidad de su rango. Tendría derecho a levantar ciertas fortalezas con el dominio absoluto de las mismas, de asignar *encomiendas* de indios bajo ciertas limitaciones prescritas por la ley y en breve a ejercer prácticamente todas las prerrogativas propias de la autoridad de virrey.

Su socio Almagro fue nombrado comandante de la fortaleza de Tumbez, con una renta anual de trescientos mil maravedíes y con el rango y los privilegios de un hidalgo. El reverendo padre Luque recibió, en recompensa por sus servicios, el obispado de Tumbez y también fue nombrado protector de los indios del Perú. Disfrutaría de un estipendio anual de mil ducados, que debería obtenerse, como los demás salarios y gratificaciones de este documento, de los ingresos del territorio conquistado.

Tampoco se olvidaron de los protagonistas subordinados en la expedición. Ruiz recibió el título de gran piloto de la mar océana del sur, con una liberal provisión; Candía fue puesto a la cabeza de la artillería y al resto de los once compañeros de la desolada isla se les nombró hidalgos y caballeros y se les elevó a ciertos puestos municipales en perspectiva.

También se realizaron algunas disposiciones de carácter liberal, para animar la emigración hacia el país. Los nuevos colonos quedarían exentos de algunos de los impuestos más onerosos aunque habituales como la *alcabala* o a quedar sujetos a ellos solo de una forma mitigada. El impuesto sobre los metales preciosos que se extrajeran de las minas quedaba reducido inicialmente a un décimo, en lugar del quinto que se imponía sobre los mismos metales cuando se conseguían mediante trueque o rapiña.

Se encarecía expresamente a Pizarro que observara la normativa existente para el buen gobierno y protección de los nativos y se le exigió que llevara con él a un número concreto de eclesiásticos con los que debería consultar sobre la conquista del país y cuyos esfuerzos deberían encaminarse a la conversión de los indios, al mismo tiempo que a los abogados y fiscales, por otro lado, cuya presencia se consideraba un mal presagio para la armonía de los nuevos asentamientos, les quedaba estrictamente prohibido poner el pie en los mismos.

Pizarro por su parte quedaba obligado en el plazo de seis meses, a partir de la fecha del documento, a reunir una fuerza bien equipada para el servicio, de doscientos cincuenta hombres, de los que cien podían ser reclutados en las colonias, y el gobierno se comprometía a proporcionar algo de ayuda, no muy importante, en la compra de artillería y municiones.

Finalmente, debía estar preparado a los seis meses de su regreso a Panamá a abandonar el puerto y embarcar en su expedición[2].

Estas son algunas de las principales disposiciones de esta capitulación, por la que el gobierno castellano, con la sagaz política que habitualmente siguió en estas ocasiones, estimulaba las ambiciosas esperanzas de los aventureros con títulos altisonantes y promesas liberales de una recompensa proporcional a sus éxitos, pero al mismo tiempo se cuidaba de jugarse nada en la consecución de la empresa. Se cuidaba de recoger los frutos de su trabajo, pero no de pagar por el coste de los mismos.

Una circunstancia que no puede dejar de señalarse en estas disposiciones es la manera en que Pizarro acumuló altos y lucrativos puestos, excluyendo a Almagro, que, si bien no había tomado parte personalmente de forma tan manifiesta en los trabajos ni se había expuesto tanto, había, por lo menos, repartido con él el peso original de la empresa y, con sus trabajos en otra dirección, había contribuido casi de forma tan esencial al éxito de la misma. Almagro había concedido de buen grado el puesto de honor a su aliado, pero se había estipulado a la partida de Pizarro hacia España que al mismo tiempo que solicitara el puesto de gobernador y capitán general para él mismo, le aseguraría el de *adelantado* a su compañero. De igual manera se había comprometido a solicitar la sede de Tumbez para el vicario de Panamá y el puesto de *alguacil mayor* para el piloto Ruiz. El obispado tomó la dirección que se había concertado, ya que el soldado difícilmente podía reclamar la mitra del prelado, pero los otros puestos en lugar de su apropiada distribución quedaron concentrados en él mismo. Sin embargo, era precisamente la solicitud para él y sus amigos en lo que Pizarro había prometido a su partida empeñarse de manera justa y honorable en nombre de todos ellos[3].

El cronista militar Pedro Pizarro afirma que su familiar de hecho impulsó firmemente la causa en nombre de Almagro, pero fue rechazado por el gobierno, basándose en que los puestos de una importancia tan capital no podían adjudicarse a distintas personas. Los efectos negativos de una resolución tal ya se habían hecho sentir en más de una de las colonias indias, donde habían llevado a la rivalidad y a una colisión fatal[4]. Pizarro, por tanto, viendo que sus quejas no eran escuchadas, no tuvo más alternativa que unificar los puestos en su propia persona o ver derrumbarse la expedición. Esta explicación del asunto no ha recibido la sanción de otros historiadores contemporáneos. Puede que el temor que expresó Luque

cuando Pizarro asumió la misión de que esto sucediera como de hecho ocurrió, fundado sin duda en el conocimiento del carácter de su socio, justifique la desconfianza ante la exculpación que alegó sobre su conducta, desconfianza que no disminuirá al conocer su posterior carrera. La virtud de Pizarro no era de las que se resisten a la tentación, aunque fuera mucho menor que la que en esta ocasión se le cruzaba en el camino.

El afortunado caballero también fue honrado con el hábito de Santiago[5] y autorizado a realizar una importante innovación en el blasón de su familia, ya que por el lado paterno podía reclamar su escudo de armas. El águila negra y las dos columnas estampadas en las armas reales quedaron incorporadas a las de Pizarro, y una ciudad india con un barco lejano en las aguas y la llama de Perú revelaban el escenario y el carácter de sus hazañas, mientras que la leyenda anunciaba que «bajo los auspicios de Carlos y por los esfuerzos, el genio y los recursos de Pizarro, se había descubierto y pacificado el país», sugiriendo modestamente de esta manera tanto los servicios pasados como los futuros del conquistador[6].

Habiéndose terminado estos preparativos a completa satisfacción de Pizarro, este abandonó Toledo y se dirigió a Trujillo, su ciudad natal, en Extremadura, donde pensó que probablemente encontraría adeptos para su nueva empresa, y donde sin duda gratificaría su vanidad presentándose en el glorioso, o al menos prometedor, estado de su situación actual. Si la vanidad pudiera perdonarse, ciertamente lo sería en un hombre que nacido en una posición baja en la vida, sin familia, intereses o amigos que le apoyaran, se ha forjado por sí mismo su fortuna en el mundo y gracias a sus propios recursos había triunfado sobre los obstáculos que la naturaleza y la casualidad habían interpuesto en su camino. Tal era la situación de Pizarro en el momento en que ahora volvía a visitar su lugar de nacimiento, donde hasta entonces había sido conocido tan solo como un pobre paria, sin un hogar donde guarecerse, un padre que le reconociera o un amigo en el que apoyarse. Pero ahora encontró tanto amigos como seguidores, algunos de los cuales estaban dispuestos a reconocer un parentesco con él y tomar parte en su futuro destino. Entre estos se encontraban cuatro hermanos. Tres de ellos, como él mismo, ilegítimos; uno de los cuales, llamado Francisco Martín de Alcántara, era familiar suyo por parte de madre; los otros dos, llamados Gonzalo y Juan Pizarro, eran descendientes por parte de padre. «Eran todos pobres, y tan orgullosos como pobres», dice Oviedo, quien los vio, «y sus ansias de lucro eran proporcionales a su pobreza»[7].

El último hermano, el mayor, llamado Hernando, era un hijo legítimo; «legítimo», continúa la misma autoridad cáustica, «por su orgullo así como por su nacimiento». Sus rasgos eran anodinos, incluso desagradables, aunque con buena figura. Era grande de estatura y, como su hermano Francisco, tenía en general una presencia imponente[8]. En su carácter combinaba algunos de los peores defectos propios de los castellanos. Era extremadamente celoso de su propia persona, no soportaba no ya una afrenta sino el más ligero desprecio y era implacable en su resentimiento. Era decidido en sus medidas y poco escrupuloso en la ejecución de las mismas. Ningún toque de piedad tenía poder para detener su brazo. Su arrogancia era tal que constantemente hería el amor propio de aquellos con los que actuaba, consiguiendo de esta manera una animadversión innecesaria que multiplicaba los obstáculos en su camino. En esto era muy diferente de su hermano Francisco, cuyos convincentes modales suavizaban las dificultades y conciliaban la confianza y la cooperación en sus empresas. Desgraciadamente, los malvados consejos de Hernando ejercieron influencia sobre su hermano, desequilibrando en gran medida las ventajas derivadas de su singular capacidad para dirigir sus empresas.

A pesar del interés general que las aventuras de Pizarro despertaron en su país, al caudillo no le fue fácil cumplir las disposiciones de la capitulación con respecto a la cantidad de los reclutamientos. Los que quedaban más sorprendidos con su narración no siempre eran los más inclinados a tomar parte en su destino. Se encogieron ante las incomparables dificultades que se interponían en el camino del aventurero en esta dirección, y escucharon con visible desconfianza las maravillosas imágenes de los templos de oro y de los jardines de Tumbez, que contemplaban, en parte al menos, como producto de la viva imaginación con el obvio propósito de atraer seguidores a su bandera. Incluso se dice que Pizarro hubiera encontrado difícil reunir los fondos necesarios de no ser por la oportuna ayuda de Cortés, natural de Extremadura como él mismo, su compañero de armas en los primeros días y, según alguna versión, su pariente[9]. Nadie se encontraba en mejor situación para extender una mano de ayuda a un hermano aventurero y probablemente nadie sentía una mayor simpatía hacia el destino de Pizarro o tenía una confianza mayor en su éxito final que el hombre que hacía tan poco había recorrido la misma carrera con prestigio.

Los seis meses que concedía la capitulación habían pasado y Pizarro había reunido algo menos de la cantidad de hombres estipulada, con los que

se preparaba para embarcar en una pequeña escuadra de tres navíos en Sevilla; pero antes de que estuvieran completamente preparados recibió noticias de que oficiales del Consejo de Indias preparaban una investigación sobre el estado de los navíos con el fin de comprobar hasta qué punto se habían cumplido los requisitos.

Sin pérdida de tiempo, por tanto, Pizarro, temeroso de que si se conocían los datos pudieran arruinar su empresa, soltó amarras y cruzando la barra de Sanlúcar, en enero de 1530, partió para la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde ordenó a su hermano Hernando, que estaba al mando de los barcos restantes, que se encontrara con él.

Apenas había partido llegaron los oficiales a efectuar la investigación. Pero cuando objetaron la falta de hombres, fueron fácilmente, quizá voluntariamente, engañados con el pretexto de que el resto había partido en el navío de Pizarro. En cualquier caso, no se interpusieron más obstáculos en el camino de Hernando y se le permitió que, junto con el resto de la escuadra, se uniera a su hermano según lo acordado en Gomera.

Después de un viaje favorable, los aventureros llegaron a la costa norte del gran continente sureño y anclaron en el puerto de Santa Marta. Aquí recibieron informes tan descorazonadores sobre los países a donde se dirigían, de bosques repletos de insectos y serpientes venenosas, de inmensos caimanes que se apelotonaban en las orillas de los arroyos y de esfuerzos y peligros que sus propios miedos nunca habían imaginado, que varios de los hombres de Pizarro desertaron, y su jefe, pensando que no era seguro permanecer en un lugar tan traicionero, partió inmediatamente hacia Nombre de Dios.

Poco después de su llegada allí, se encontró con sus dos socios, Luque y Almagro, quienes habían cruzado las montañas con el propósito de escuchar de sus propios labios el contenido exacto de la capitulación con la Corona. El descontento de Almagro fue grande, como se podía imaginar, al conocer los resultados de lo que contemplaba como una pérfida maquinación de su socio. «¿Es así», exclamó, «como has repartido con tu amigo, que ha compartido contigo igualmente los sufrimientos, los peligros y el coste de la empresa, y esto a pesar de tus solemnes promesas a tu partida de velar por sus intereses tan fielmente como por los propios? ¿Cómo has podido permitir que quedara deshonrado de esta manera a los ojos del mundo con la mezquina compensación que parece estimar mis servicios en nada comparándolos con los tuyos?»[10].

Pizarro, en respuesta, aseguró a su compañero que había defendido su caso fielmente, pero que el gobierno se negó a confiar poderes que estaban tan estrechamente unidos el uno con el otro a manos diferentes. No tuvo otra alternativa más que aceptar todo para él mismo o rechazarlas todas, e intentó mitigar el descontento de Almagro haciéndole ver que el país era lo suficientemente grande para la ambición de ambos y que los poderes que le habían conferido eran, de hecho, conferidos a Almagro, ya que todo lo que tenía estaría siempre a disposición de su amigo, como si fuera suyo. Pero estas palabras melosas no satisficieron a la parte herida y los dos capitanes poco después regresaron a Panamá con sentimientos de distanciamiento, si no de hostilidad, entre ellos, lo que no auguraba nada bueno para la empresa.

Aun así, Almagro era de temperamento generoso y puede que hubiera quedado apaciguado por la política de concesiones de su rival, de no ser por la interferencia de Hernando Pizarro, quien desde el primer momento de su encuentro mostró poco respeto por el veterano, a lo que ciertamente no ayudaba su diminuto tamaño, y que ahora le contemplaba con especial aversión como un impedimento en la carrera de su hermano.

Los amigos de Almagro, y sus maneras francas y liberales le habían granjeado bastantes, no estaban menos disgustados que él mismo con la conducta autoritaria de este nuevo aliado. Se quejaron abiertamente de que ya era bastante sufrir la perfidia de Pizarro, sin tener que estar expuestos a los insultos de su familia, que había venido con él para engordar con el botín de la conquista que pertenecía a su jefe. La ruptura pronto llegó a tal punto que Almagro declaró su intención de continuar la expedición sin más cooperación con su socio, y de hecho entró en negociaciones para la compra de navíos con este fin. Pero Luque y el licenciado Espinosa, que afortunadamente habían venido en este punto de Santo Domingo, se interpusieron para reparar la brecha que provocaría la ruina de la empresa y probablemente de aquellos más interesados en su éxito. Gracias a su mediación, se produjo una muestra de reconciliación finalmente entre las partes, con la promesa de Pizarro de que renunciaría a la dignidad de *adelantado* en favor de su rival y pediría al emperador que le confirmara en la posesión de la misma, una promesa, debe señalarse, difícil de reconciliar con su anterior afirmación con respecto a la declarada política de la Corona a la hora de conferir este puesto. Además, debía solicitar una gobernación particular para su socio, en cuanto se convirtiera en señor, del país que se le

había asignado a él, y no debería solicitar un cargo para ninguno de sus hermanos, hasta que Almagro obtuviera uno. Finalmente, se confirmó de manera explícita el anterior contrato en lo relativo al reparto del botín en tres partes iguales entre los tres socios originales. La reconciliación que se produjo de esta manera entre las partes respondió al propósito temporal de permitirles continuar en concierto la expedición. Pero se trataba tan solo de una delgada cicatriz que cubría la herida, que, profunda y envenenada en el interior, esperaba tan solo una causa nueva de irritación para surgir con una virulencia mayor y más fatal que nunca[11].

No se perdió tiempo en preparar el viaje. Sin embargo, este encontró poco apoyo entre los colonos de Panamá, quienes estaban demasiado familiarizados con los sufrimientos de las anteriores expediciones como para preocuparse por participar en otra, ni siquiera con el rico cebo que se les presentaba para atraerles. Algunos pocos de la vieja compañía se alegraron de continuar la aventura hasta su fin y a ellos se unieron algunos rezagados adicionales de la provincia de Nicaragua, un retoño, hay que señalar, de la provincia de Panamá. Pero Pizarro hizo escasas adiciones a la fuerza que había traído con él de España, aunque este grupo se encontraba en mejores condiciones, y en lo referente a las armas, la munición y el equipamiento en general, estaban en mucho mejor estado que sus anteriores levas. El número total no pasaba de los ciento ochenta hombres, con veintisiete caballos para la caballería. Se habían provisto de tres navíos, dos de ellos de buen tamaño, para reemplazar a los que se habían visto obligados a abandonar en el lado opuesto del istmo en Nombre de Dios, una flota pequeña para la conquista de un imperio y muy lejos de la propuesta por la capitulación con la Corona. Con esto el intrépido jefe se proponía comenzar las operaciones confiando en sus propios éxitos y en los esfuerzos de Almagro, que debía quedarse atrás por el momento para reclutar refuerzos[12].

En el día de San Juan Evangelista se consagraron los pendones de la compañía y el estandarte real en la catedral de Panamá; el fraile Juan de Vargas, uno de los dominicos elegidos por el gobierno para la misión peruana, predicó un sermón ante el pequeño ejército, se celebró la misa y se administró el sacramento a todos los soldados antes de que se embarcaran en una cruzada contra el infiel[13]. Habiendo invocado de esta manera solemne la bendición del cielo para su empresa, Pizarro y sus seguidores se embarcaron a bordo de sus navíos, que estaban anclados en la bahía de

Panamá, y a principios de enero de 1531 partieron en su tercera y última expedición para la conquista del Perú.

Su intención era dirigirse directamente hacia Tumbez, que en el anterior viaje había mostrado un tesoro tan magnífico. Pero vientos de proa y las corrientes, como de costumbre, frustraron su propósito, y tras un trayecto de trece días, mucho más corto que el período que necesitaron anteriormente para esa misma distancia, su pequeña escuadra ancló en la bahía de San Mateo, más o menos a un grado al norte. Pizarro, después de consultarlo con sus oficiales, decidió desembarcar sus fuerzas y avanzar a lo largo de la costa, mientras que los navíos mantenían su curso a una conveniente distancia de la orilla.

La marcha de las tropas fue dura y dolorosa en extremo, ya que la carretera estaba constantemente cortada por arroyos, que, crecidos por las lluvias de invierno, se abrían en su desembocadura en espaciosos estuarios. Pizarro, que tenía algún conocimiento previo del terreno, hacía de guía, además de comandante de la expedición. Estaba siempre dispuesto a ofrecer ayuda dondequiera que fuera necesaria, animando a sus seguidores a que vadearan o nadaran los torrentes como mejor pudieran, y animando a los desmoralizados con su propio espíritu alegre y valiente.

Finalmente llegaron a una aldea, o mejor dicho, a una ciudad, densamente poblada en la provincia de Coaque. Los españoles se abalanzaron sobre el lugar y los habitantes huyeron aterrorizados a los bosques vecinos, dejando sus efectos personales (de mucho más valor de lo que habían esperado) en manos de los invasores. «Caímos sobre ellos, espada en mano», dice uno de los conquistadores con cierta ingenuidad, «ya que si hubiéramos avisado a los indios de nuestro acercamiento, nunca hubiéramos encontrado allí tal cantidad de oro y piedras preciosas»[14]. Los nativos, sin embargo, según otra autoridad, se quedaron de forma voluntaria, «ya que como no habían hecho ningún daño a los hombres blancos, se preciaban de que estos no se lo harían a ellos, sino que tan solo habría un intercambio de buenos oficios con los extranjeros»[15], una expectativa fundada, probablemente, en la buena fama que habían dejado los españoles de sí mismos en su anterior visita, pero de la que el pueblo sencillo en este momento quedó desagradablemente decepcionado.

Lanzándose sobre las moradas abandonadas, los invasores encontraron, además de artículos de diferentes tipos y comida que fue bienvenida en la hambrienta situación en la que se encontraban, una enorme cantidad de

ornamentos de oro y plata torpemente trabajados, junto con muchas piedras preciosas, ya que esta era la región de las *esmeraldas*[*] donde esa valiosa gema era más abundante. Una de estas joyas que cayó en manos de Pizarro, en esta región, era tan grande como un huevo de paloma. Desgraciadamente, sus primitivos seguidores no conocían el valor del trofeo, y rompieron muchas de ellas en trozos golpeándolas con martillos[16]. Llegaron a este procedimiento tan extraordinario, según se dice, por uno de los misioneros dominicos, fray Reginaldo de Pedraza, quien les aseguró que este era el modo de probar que eran esmeraldas de verdad, ya que estas no podían romperse. Se comprobó que el buen padre no sometió sus propias joyas al sabio experimento, pero como las piedras perdieron valor al considerárselas como mero cristal coloreado, se llevó al regresar a Panamá una considerable provisión de ellas[17].

Los ornamentos de oro y plata desvalijados de las moradas se juntaron y se depositaron en un montón común, después se dedujo el quinto para la Corona, y Pizarro distribuyó el resto en las debidas partes entre los oficiales y privados de su compañía. Este fue el uso que se respetó de forma idéntica en situaciones parecidas a lo largo de la conquista. Los invasores se habían embarcado en una aventura común. Su interés era común y permitir que cada uno saqueara por su cuenta y riesgo tan solo hubiera llevado a la insubordinación y a constantes peleas. Por tanto, se exigía a todos, bajo pena de muerte, que entregaran todo lo que hubieran obtenido, tanto fuera por trueque como por rapiña, al montón común, y todos tenían mucho interés en la ejecución del castigo como para permitir que el desgraciado culpable que violara la ley tuviera posibilidad alguna de escapatoria[18].

Pizarro, con su habitual política, envió de regreso a Panamá una gran cantidad de oro, por un valor no inferior a veinte mil *castellanos*[*], creyendo que la visión de tanto tesoro, conseguido de forma tan rápida, no dejaría dudas a los dubitativos y les decidiría a unirse a su estandarte[19]. Juzgó correctamente. Como lo expresa píamente uno de los conquistadores, «agradó al señor que cayéramos sobre la ciudad de Coaque, que las riquezas de la tierra encontraran crédito entre la gente y que estos se lanzaran sobre ellas»[20].

Pizarro, después de que sus hombres descansaran, continuó su marcha a lo largo de la costa, pero ya sin el acompañamiento de los barcos que habían regresado a por refuerzos a Panamá. La carretera, a medida que

avanzaba, estaba atravesada por parches de desierto arenoso, que, agitado por los vientos, cegaba a los soldados y tan solo proporcionaba un apoyo traicionero para los hombres y las bestias. El resplandor era intenso y los rayos de un sol vertical golpeaban con fiereza sobre la cota de hierro y los jubones espesamente acolchados de algodón, hasta que las tropas desfallecidas quedaron prácticamente sofocadas por el calor. Para sumarse a sus penurias, una extraña epidemia estalló en el pequeño ejército. Se manifestaba en úlceras, o mejor dicho espantosas verrugas de gran tamaño, que cubrían el cuerpo y que cuando se perforaban, como sucedió en más de un caso, descargaban tal cantidad de sangre que resultaba fatal para el que la sufría. Varios murieron de esta terrible enfermedad, tan repentina en su ataque, y que tenía como resultado una pérdida tal de fuerza, que los que se acostaban bien por la noche, por la mañana eran incapaces de levantar las manos hasta la cabeza[21]. La epidemia que apareció por primera vez durante la invasión y que no sobrevivió mucho tiempo, se extendió por el país sin distinguir entre nativos y hombres blancos[22]. Era una de esas plagas del frasco de la ira, que el ángel destructor que sigue la senda del conquistador derrama sobre las desgraciadas naciones.

Los españoles en su camino experimentaron pocas veces resistencia o molestias por parte de los habitantes, quienes, aleccionados por el ejemplo de Coaque, huían con sus bienes a los bosques de las montañas vecinas. Nadie vino a dar la bienvenida y ofrecer ritos de hospitalidad a los extranjeros, como en su última visita al lugar. Puesto que ya no se consideraba a los hombres blancos como seres buenos venidos del cielo, sino como despiadados destructores que, invulnerables a los ataques de los indios, transportados a lomos de fieros animales, más rápidos que el viento, con armas en las manos que esparcían el fuego y la desolación por donde pasaban. Tales eran las historias que ahora circulaban sobre los invasores y que precediéndoles en todos los lugares de su camino cerraba los corazones, si no las puertas, de los nativos contra ellos. Exhaustos por la fatiga del viaje y por la enfermedad y profundamente decepcionados por la pobreza del terreno, que ahora no ofrecía compensaciones a sus esfuerzos, los soldados de Pizarro maldecían la hora en la que se alistaron bajo su estandarte, y los hombres de Nicaragua en concreto, dice el viejo cronista, recordaban sus agradables casas en la exuberante tierra, suspirando tan solo por regresar a su paraíso mahometano[23].

En esta encrucijada el ejército se alegró ante la vista de un navío de Panamá, que traía algunas provisiones, junto con el tesorero real el *veedor*[*], o inspector, el interventor y otros altos cargos nombrados por la Corona para ayudar a la expedición. Pizarro los había dejado en España debido a su abrupta partida del país, y el Consejo de Indias, al conocer este hecho, había enviado instrucciones a Panamá para que evitaran la partida de la escuadra de ese puerto. Pero el gobernador español, con más sabiduría, dictó una contraorden, exigiendo tan solo a los funcionarios que aceleraran su propia partida y ocuparan su lugar sin pérdida de tiempo en la expedición.

Los españoles en la marcha a lo largo de la costa habían llegado ya hasta Puerto Viejo. Aquí pronto se les unió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, bajo las órdenes de un oficial llamado Belalcazar, quien posteriormente ascendió a una alta distinción en este cargo. Muchos de los seguidores de Pizarro se hubieran detenido en este lugar y hubieran fundado una colonia allí mismo. Pero este jefe pensaba más en conquistar que en colonizar, al menos por el momento, y propuso como primer paso tomar posesión de Tumbez, a la que veía como la puerta del imperio peruano. Por tanto, continuó su marcha hasta las orillas de lo que ahora se llama el golfo de Guayaquil, llegando hasta la pequeña isla de Puná, que se encuentra a no mucha distancia de la bahía de Tumbez. La isla, pensó, le proporcionaría un lugar muy conveniente para acampar hasta que estuviera preparado para caer sobre la ciudad india.

La disposición de los isleños parecía ser favorable a sus propósitos. No había pasado mucho tiempo en el vecindario cuando una delegación de nativos con el cacique a la cabeza cruzaron en balsas a tierra firme para invitar a los españoles a su residencia. Pero los intérpretes indios de Tumbez, que habían regresado con Pizarro de España y habían seguido con él en el campamento, pusieron en guardia a su señor contra la traición que preparaban los isleños, a quienes acusaron de estar planeando la destrucción de los españoles cortando las cuerdas que mantenían unidos los barcos y dejando que los que se encontraban en ellos perecieran en las aguas. Sin embargo, el cacique, al ser acusado por Pizarro de este pérfido plan, lo negó con tal aire de inocencia consciente, que el comandante español, sin dudarlo más, se entregó junto con sus seguidores al transporte y fue llevado sano y salvo a las orillas de Puná.

Aquí fue recibido de manera hospitalaria y se facilitó a las tropas cómodos cuarteles. Satisfecho con su actual posición, Pizarro se decidió a

ocuparla hasta que pasara la violencia de la estación de las lluvias, cuando la llegada de los refuerzos que esperaba le situaran en mejor situación para marchar hacia el país del inca.

La isla, que se encuentra en la desembocadura del río de Guayaquil y tiene unas ocho leguas de largo por cuatro de ancho en la parte más ancha, estaba en aquella época cubierta parcialmente con una noble maleza de madera. Pero una parte grande de la misma estaba dedicada al cultivo y estallaba con plantaciones de cacao, de dulce patata y de los diferentes productos de un clima tropical, evidenciando un conocimiento agrícola además de una población laboriosa. Eran una raza guerrera, pero habían recibido de sus enemigos peruanos el apelativo de «pérfidos». Era la misma etiqueta que habían colocado los historiadores romanos a sus enemigos cartagineses, quizá sin mejor razón. Los valientes e independientes isleños presentaron una pertinaz resistencia a las armas de los incas y, aunque finalmente subyugados, habían mantenido desde entonces continuas riñas y a menudo hostilidades mortales con sus vecinos de Tumbez.

Estos últimos en cuanto oyeron de la llegada de Pizarro a la isla se acercaron en gran número al campamento español, confiando probablemente en sus anteriores relaciones amistosas con él. La presencia de sus detestados rivales no fue en modo alguno grata a los celosos habitantes de Puná y la prolongada residencia de los hombres blancos en su isla no podía ser más que una carga. En su actitud externa todavía mantenían la misma muestra de camaradería, pero los intérpretes de Pizarro le pusieron de nuevo en guardia contra la perfidia proverbial de sus anfitriones. Una vez levantadas estas sospechas, el comandante español fue informado de que algunos de los jefes se habían reunido para deliberar sobre un plan de insurrección. Sin esperar a que saltara esta trampa, rodeó con sus soldados el lugar donde se estaban reuniendo e hizo prisioneros a los jefes sospechosos. Según una autoridad, estos confesaron su culpabilidad[24]. Pero en manera alguna está tan claro. Tampoco está claro que planearan una insurrección. Sin embargo, el hecho no es improbable en sí mismo, aunque le da poca probabilidad adicional la afirmación de los intérpretes enemigos. Lo cierto, sin embargo, es que Pizarro quedó satisfecho con la existencia de una conspiración y sin dudarlo más abandonó a sus desdichados prisioneros, diez o doce, a la tierna merced de sus rivales de Tumbez, quienes inmediatamente los masacraron en su presencia[25].

Enloquecido por este ultraje, el pueblo de Puná se levantó en armas y se lanzó inmediatamente sobre el campamento español, con temibles gritos y las más salvajes amenazas de desesperación. Los números estaban enormemente a su favor, ya que habían reunido a unos miles de guerreros. Pero las armas y la disciplina se inclinaron de forma decisiva hacia el lado de sus enemigos, y, a medida que los indios se lanzaban al ataque hacia delante en una masa confusa, los castellanos los recibieron fríamente con picas largas o barriéndolos con andanadas de mosquetería. Sus cuerpos mal protegidos eran fácilmente despedazados por las afiladas espadas de los españoles, y Hernando Pizarro, poniéndose a la cabeza de la caballería, cargó valientemente entre ellos desbaratándolos por todo el campo, hasta que asaltados por el pánico ante la terrible formación de hombres a caballo cubiertos de acero, y los contundentes estallidos y fogonazos de las armas de fuego, los fugitivos buscaron refugio en las profundidades de los bosques. Sin embargo, la victoria se debió en cierto grado al menos, si debemos dar crédito a los conquistadores, a la interposición del Cielo, ¡ya que se vio a San Miguel y sus legiones en el aire sobre los combatientes contendiendo con el archienemigo del hombre y animando a los cristianos con su ejemplo![26].

En la lucha no cayeron más de tres o cuatro españoles, pero muchos fueron heridos, entre ellos Hernando Pizarro, quien recibió una grave herida en la pierna por una jabalina. La guerra no acabó aquí, ya que los implacables isleños, aprovechándose de la protección de la noche, o de cualquier negligencia de los invasores, estaban siempre dispuestos a salir de su refugio y saltar sobre el campamento de su enemigo, al tiempo que le mantenían en alarma continua aislando a los grupos que quedaban rezagados y destruyendo sus provisiones.

En esta incómoda situación, el comandante español se alegró con la aparición de dos navíos cercanos a la isla. Traían un refuerzo que constaba de cien voluntarios además de caballos para la caballería. Iba comandado por Hernando de Soto, un capitán posteriormente famoso por el descubrimiento del Mississippi, que todavía extiende su majestuosa corriente sobre su tumba un monumento adecuado para sus restos como lo es para su fama[27].

Los refuerzos fueron de lo más bienvenidos por Pizarro, que había estado largo tiempo descontento con su posición en una isla donde no encontró nada para compensar la vida de constante hostilidad que se veía obligado a

llevar. Con estos refuerzos se sintió con la fuerza suficiente como para cruzar al continente y reanudar las operaciones militares en el escenario adecuado para el descubrimiento y la conquista. A través de los indios de Tumbez supo que el país había estado un tiempo trastornado por una guerra civil entre los dos hijos del último monarca, competidores por el trono. Consideró estas noticias como de la mayor importancia, ya que recordaba el uso que Cortés había hecho de disensiones similares entre las tribus del Anahuac. Ciertamente, Pizarro parece haber tenido el ejemplo de su predecesor ante sus ojos en más ocasiones. Pero quedó muy lejos de su modelo, ya que, a pesar del dominio que a veces tenía sobre sí mismo, su naturaleza más basta y su temperamento más feroz a menudo le traicionaban en actos de lo más repugnante para una política sólida, que nunca hubieran sido sancionados por el conquistador de México.

Notas al pie

[1] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

«Hablaba tan bien en la materia, que se llevó los aplausos y atención en Toledo donde el Emperador estaba diole audiencia con mucho gusto, tratolo amoroso, y oyole tierno, especialmente cuando le hizo relacion de su consistencia y de los trece compañeros en la Isla en medio de tantos trabajos.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1528.

[2] Este notable documento, antiguamente en los archivos de Simancas y trasladado ahora al Archivo General de las Indias de Sevilla, fue trascrito para la rica colección del difunto don Martín Fernández de Navarrete, a cuya amabilidad estoy en deuda por una copia del mismo.

[3] «Al fin se capituló, que Francisco Piçarro negociase la Gobernación para si: i para Diego Almagro, el Adelantamiento: i para Hernando de Luque, el Obispado: i para Bartolomé Ruiz, el Aguacilazgo Maior: i Mercedes para los que quedaban vivos, de los trece Compañeros, afirmando siempre Francisco Piçarro, que todo lo queria para ellos, i prometiendo, que negociaria lealmente, i sin ninguna cautela.» Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 3, cap. I.

[4] «Y don Francisco Piçarro pidio conforme á lo que llevava capitulado y hordenado con sus compañeros ya dicho, y en el consejo se le respondió que no avia lugar de dar gobernación á dos compañeros, á caussa de que en santa marta se avia dado ansi á dos compañeros y el uno avia muerto al otro [...]. Pues pedido, como digo, muchas vezes por don Francisco Piçarro se les hiziese la merced á ambos compañeros, se le respondió la pidiesse parassi sino que se daria á otro, y visto que no avia lugar lo que pedia y queria pedio se le hiziese la merced á el, y ansi se le hizo.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[5] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 182.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. I.–Caro de Torres, *Historia de las Órdenes Militares*, Ed. Madrid, 1629, p. 113.

[6] «Caroli Cæsar auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Piçarro inventa, et pacata.» Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 6, cap. 5.

[7] «Trujo tres o cuatro hermanos suyos tan soberbios como pobres, é tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla.» *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. I.

[8] El retrato que Oviedo hace de él no es en ningún sentido halagador. Escribe como alguien demasiado familiarizado con el original. «É de todos ellos el Hernando Pizarro solo era legitimo, é mas legitimado en la soberbia, hombre de alta estatura é grueso, la lengua é labios gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne é encendida, y este fue el desavenidor y estorbador del sosiego de todos y en especial de los dos viejos compañeros Francisco Pizarra é Diego de Almagro.» *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra.*

[9] Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, p. 143.

[10] Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 7, cap. 9.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[11] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1529.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 3.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 3, cap. I.

Parece haber habido poca buena voluntad en el fondo entre los aliados, ya que el padre Luque escribió a Oviedo que sus dos socios le habían pagado sus servicios con ingratitud. «Padre Luque compañero de estos Capitanes, con cuya hacienda hicieron ellos sus hechos, puesto que el uno é el otro se lo pagaron con ingratitud segun a mi me lo escribió el mismo electo de su mano.» *Ibid., loc. cit.*

[12] Las estimaciones numéricas difieren como de costumbre. Me ajusto a la declaración del secretario de Pizarro, Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 182.

[13] «El qual haviendo hecho bendecir en la Iglesia mayor las banderas i estandarte real dia de San Juan Evangelista de dicho año de 1530, i que todos los soldados confesasen i comulgasen en el con vento de Nuestra Señora de la Merced, dia de los Inocentes en la misa cantada que se celebró con toda solemnidad i sermón que predicó el P. Presntdo Fr. Juan de Vargas, uno de los 5 religiosos que en cumplimiento de la obediencia de sus prelados i orden del Emperador pasaban à la conquista.» Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[14] «Pues llegados á este pueblo de Coaque dieron de supito sin savello la gente del porque si estuvieran avisados. No se tomara la cantidad de oro y esmeraldas que en el se tomaron.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[15] Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 7, cap. 9.

[*] En español en el original.

[16] *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 4.

«Á lo que se ha entendido en las esmeraldas ovo gran hierro y torpedad en algunas Personas por no conoscellas. Aunque quieren decir que algunos que las conocieron las guardaron. Pero finalmente muchos vieron esmeraldes de mucho valor; vnos las probaban en yunques dándolas con martillos, diciendo que si hera esmeralda no se quebraria; otros las despreciaban, diciendo que era vidrio.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[17] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 7, cap. 9.

[18] «Los Españoles las rrecoxeron juntaron el oro y la plata, porque asi estava mandado y hordenado sopena de la vida el que otra cossa hiziese, porque todos lo avian de traer á monton para que de alli el gobernador lo rrepartiese, dando á cada uno confforme á su persona y meritos de servicios; y esta horden se guardo en toda esta tierra en la conquista della, y al que se le hallara oto ó plata escondido muriera por ello, y deste medio nadie oso escondello.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[*] En español en el original.

[19] El botín fue ciertamente grande, si como dice Pedro Pizarro, uno de los conquistadores presentes, ascendía a 200.000 castellanos de oro. «Aqui se hallo mucha chaquira de oro y de plata, muchas coronas hechas de oro á manera de imperiales, y otras muchas piezas en que se avaleo montar mas de doscientos mill castellanos» (*Descubrimiento y Conquista*, manuscrito). Naharro, Montesinos y Herrera se contentan con afirmar que se enviaron de regreso 20.000 *castellanos* en los navíos a Panamá.

[20] «Fueron a dar en vn pueblo que se dezia Coaque que fue nuestro Señor servido tapasen con el, porque con lo que en el se hallo se acredito la tierra y vino gente a ella.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[21] Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1530.

[22] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 15.

[23] «Aunque ellos no ninguno por aver venido, porque como avian dexado el paraíso de majoma que hera Nicaragua y hallaron la isla alzada y falta de comidas y la mayor parte de la gente enferma y no oro ni plata como atras avian hallado algunos y todos se holgaran de volver de adonde avian venido.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[*] En español en el original.

[24] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. II, p. 183.

[25] «Y el marques don Francisco Piçarro por tenellos por amigos y estuviesen de paz quando alla passasen, les dio algunos principales los quales ellos matavan en presencia de los españoles, cortándoles las cavezas por el cogote.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[26] Pizarro dio su nombre a la ciudad de San Miguel para conmemorar el evento, y algunos consideran la existencia de la ciudad como prueba evidente de la verosimilitud del milagro. «En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los Indios, ya de los nuestros, que habia en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el Arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro, por Luzbel y sus secuaces; mas apenas cantaron los Castellanos la victoria huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento se oyeron en el aire unas terribles voces que decian, Vencistenos! Miguel vencistenos! De aqui tornó Don Francisco Pizarro tanta devocion al santo Arcangel, que prometió

llamar la primera ciudad que fundase de su nombre; cumpliolo asi como veremos adelante.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1530.

[27] Los acontecimientos de Puná aparecen con mayor o menor extensión en Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, *ubi supra* .– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, pp. 182-183.

Capítulo II

Perú en la época de la conquista. El reino de Huayna Capac. Los hermanos incas. La conquista para el imperio. El triunfo y las crueldades de Atahualpa

Antes de continuar con la marcha de Pizarro y de sus seguidores hacia el interior del país de los incas es necesario que el lector conozca la situación crítica en la que se encontraba el reino en ese momento. Porque los españoles llegaron justo en la consumación de una importante revolución, en una crisis enormemente favorable para sus planes de conquista, y ciertamente, de no ser por ella, nunca se hubiera podido conseguir la conquista con un puñado de soldados.

En la ultima parte del siglo XV murió Tupac Inca Yupanqui, uno de los «hijos del sol» más renombrados, quien, conduciendo los ejércitos peruanos a través de las ardientes arenas de Atacama, pe- netró en las remotas fronteras de Chile, al mismo tiempo que en la dirección opuesta aumentó los límites del imperio con la adquisición de las provincias del sur de Quito. La guerra en esta región fue acaudillada por su hijo Huayna Capac, quien sucedió a su padre en el trono y le igualó plenamente en temeridad militar y capacidad de gobierno.

Bajo este príncipe, la totalidad del poderoso estado de Quito, que rivalizaba con el mismo Perú en riqueza y refinamiento, cayó bajo el cetro de los incas, cuyo imperio recibió con esta conquista la más importante adquisición desde la fundación de la dinastía de Manco Capac. El victorioso

monarca dedicó el resto de sus días a reducir a las tribus independientes en los remotos límites de su territorio y aún más a consolidar sus conquistas con la introducción del sistema de gobierno peruano. Se dedicó activamente a la tarea de completar las grandes obras de su padre, especialmente las calzadas que llevaban de Quito a la capital. Perfeccionó el establecimiento de postas, dedicó grandes esfuerzos a introducir el dialecto quichua por todo el imperio, promovió un mejor sistema de agricultura y, en resumen, animó las diferentes ramas de la industria interna y los diferentes planes ilustrados de sus predecesores para que su pueblo avanzara. Bajo su reinado, la monarquía peruana alcanzó su estado más glorioso, y tanto bajo su reinado como bajo el de su ilustre padre avanzaba a zancadas tan rápidas en la marcha de la civilización que pronto hubieran igualado en refinamiento a los mayores despotismos de Asia, proporcionando al mundo, quizá, una prueba mayor de las capacidades del indio americano de la que se puede encontrar en cualquier otro lugar en el gran continente occidental. Pero las razas indias tenían reservado un destino más sombrío.

La primera llegada del hombre blanco a las orillas del continente americano en el Pacífico tuvo lugar unos diez años antes de la muerte de Huayna Capac, cuando Balboa cruzó el golfo de San Miguel y obtuvo el primer informe claro sobre el imperio de los incas. Es dudoso que las noticias de estos aventureros llegaran a oídos del monarca indio. No hay duda, sin embargo, de que obtuvo noticias de la primera expedición de Pizarro y Almagro, cuando este último comandante se adentró hasta el río de San Juan, a unos cuatro grados norte. Los informes que recibió causaron una fuerte impresión en la mente de Huayna Capac. Percibía en la formidable habilidad y las armas de los invasores pruebas de una civilización muy superior a la de su propio pueblo. Dio a entender su miedo de que volvieran y que algún día, no muy lejano, quizá, estos extranjeros, dotados de unos poderes tan incomprensibles, pudieran derribar el trono de los incas[28]. Para la vista vulgar, era una pequeña mota en el límite del horizonte, pero la del sagaz monarca pareció divisar en ella la oscura nube de tormenta que se iría extendiendo hasta estallar con furia sobre su nación.

Hay cierta base para creerlo. Pero otras versiones que han obtenido difusión popular, no contentas con esto, conectan las primeras noticias del hombre blanco con predicciones que existían desde hacía mucho tiempo en el país, y con apariciones sobrenaturales que llenaron de desaliento los corazones de toda la nación. Se vieron cometas relampaguear a través de los

cielos, la tierra se estremeció con terremotos, se vio la luna rodeada de anillos de fuego de muchos colores, un rayo cayó sobre uno de los palacios reales convirtiéndolo en cenizas, y ¡se vio a un águila perseguida por varios halcones, graznando en el aire y sobrevolando la gran plaza de Cuzco, cuando atravesada por las garras de sus torturadores, el rey de las aves cayó sin vida en presencia de muchos de los nobles incas que leyeron en esto un augurio de su propia destrucción! El mismo Huayna Capac, al ver que se acercaba su fin, convocó a sus principales oficiales a su alrededor, y anunció el derrocamiento de su imperio por una raza de extranjeros blancos y barbudos como la consumación predicha por los oráculos tras el reinado del decimosegundo inca, y encareció a sus vasallos que no se resistieran a los decretos del cielo, sino que prometieran obediencia a sus mensajeros[29].

Esos eran los rumores de la impresión que causó la aparición de los españoles en el país, que nos recuerdan a los sentimientos parecidos de terror supersticioso que provocó su aparición en México. Pero las tradiciones del primer territorio tenían su fundamento en una autoridad mucho mayor que la de los peruanos, que, sin base en ningún testimonio coetáneo, se fundamentan prácticamente de forma única en la afirmación de uno de su propia nación que creía encontrar en los inevitables decretos del cielo, sin duda, la mejor apología para la pasividad de sus compatriotas.

No es improbable que entre las tribus indias a lo largo del gran altiplano de las cordilleras se extendieran gradualmente rumores sobre la llegada de una extraña y misteriosa raza y que los corazones de los guerreros más duros se agitaran con un terror indefinido, como si se tratara de una calamidad inminente. En este estado mental, es natural que las convulsiones físicas a las que ese país volcánico está especialmente sujeto causaran una impresión insólita en sus mentes y que los supersticiosos adivinos interpretaran fenómenos que podían haber sido vistos tan solo como extraordinarios en las épocas normales de seguridad política, como mensajes en el cielo, mediante los que el dios de los incas proclamaba la inminente caída de su imperio.

Huayna Capac tenía, como era habitual entre los príncipes peruanos, una multitud de concubinas, a través de las cuales dejó una numerosa descendencia. El heredero de la corona, el hijo de su esposa legal además de hermana, se llamaba Huáscar[30]. En el período de la historia al que hemos llegado tenía unos treinta años. Después del heredero de la corona venía Manco Capac, hijo de otra mujer, una sobrina del monarca, joven príncipe

que ocupará un importante lugar en la historia que sigue. Pero el más amado de los hijos del inca era Atahualpa. Su madre era la hija del último *Scyri* de Quito, que había muerto de dolor, según se dice, poco después de la conquista de su reino por Huayna Capac. La princesa era bella, y el inca, bien por satisfacer su pasión o, como dicen los peruanos, por el deseo de reparar la ruina de sus padres, la tomó entre sus concubinas. Los historiadores de Quito afirman que era su esposa legítima, pero esta dignidad, según los usos del imperio, quedaba reservada a las doncellas de sangre inca.

Los últimos años de Huayna Capac pasaron en su nuevo reino de Quito. Atahualpa fue consecuentemente criado bajo su propia vigilancia, le acompañó en sus años mozos en sus campañas, dormía en la misma tienda con su real padre y comía del mismo plato[31]. La vivacidad del chico, su coraje y su naturaleza generosa se ganaron los afectos del viejo monarca hasta tal punto que decidió apartarse de los usos establecidos del reino y dividir su imperio entre él y su hermano mayor, Huáscar. En su lecho de muerte, llamó a su lado a los grandes funcionarios de la Corona y declaró que era su voluntad que el antiguo reino de Quito pasara a Atahualpa, quien podía considerarse que tenía derechos naturales sobre el mismo, como el dominio de sus ancestros. El resto del imperio lo depositó sobre Huáscar e imponía a los dos hermanos que reconocieran esta disposición y que vivieran en amistad mutua. Este fue el último acto del heroico monarca, sin duda el menos político de toda su vida. Con su último aliento subvirtió las leyes fundamentales del imperio y al tiempo que recomendaba la armonía entre los sucesores a su autoridad, dejaba en la misma división de esta las semillas de una inevitable discordia[32].

Su muerte tuvo lugar, según parece probable, a finales de 1525, menos de siete años antes de la llegada de Pizarro a Puná[33]. Las noticias de su fallecimiento extendieron el dolor y la consternación por todo el país, ya que, por duro e inexorable que fuera con los rebeldes y los enemigos que se resistían por mucho tiempo, era un monarca valiente y magnánimo y legislaba con las amplias miras de un príncipe que cuidaba todos sus dominios por igual. El pueblo de Quito, halagado por las pruebas de preferencia que les había mostrado residiendo de forma permanente en ese país y el embellecimiento de su capital, manifestaron un dolor sincero por su pérdida, y sus súbditos de Cuzco, orgullosos de la gloria que sus armas y sus habilidades habían proporcionado a su tierra natal, le tuvieron en no

menos admiración[34], al tiempo que los más reflexivos y timoratos en ambos países miraban con temor hacia el futuro, en el que el cetro de un vasto imperio, en lugar de ser blandido por una anciana y experimentada mano, iba a ser encomendado a príncipes rivales, celosos por naturaleza el uno del otro y, debido a su edad, necesariamente expuestos a la maligna influencia de consejeros astutos y ambiciosos. El pueblo manifestó su lamento mediante los insólitos honores que rindieron a la memoria del inca fallecido. Su corazón permaneció en Quito, y su cuerpo, embalsamado a la manera del país, fue trasladado hasta Cuzco para que ocupara su lugar en el gran templo del sol, junto a los restos de sus antecesores reales. Sus exequias fueron celebradas con sanguinario esplendor en las dos capitales del extenso imperio y se dice que varios miles de concubinas imperiales, junto con numerosos pajes y funcionarios del palacio, demostraron su dolor o su superstición ofreciendo sus propias vidas, para poder acompañar a su señor hacia las brillantes mansiones del sol[35].

Durante casi cinco años tras la muerte de Huana Capac, los hermanos reales reinaron cada uno sobre la parte que les había tocado del imperio, sin desconfiar uno del otro, o, al menos, sin colisión. Parecía como si el deseo de su padre fuera a cumplirse completamente y que los dos estados mantendrían su respectiva integridad e independencia casi como si nunca hubieran estado unidos en uno. Pero, con las múltiples causas de envidia y descontento y la multitud de aduladores de la corte que encontrarían provecho fomentando estos sentimientos, no era difícil ver que este tranquilo estado de las cosas no podía durar mucho tiempo. Tampoco hubiera durado tanto de no ser por el temperamento más tranquilo de Huáscar, la única de las partes que tenía motivos para quejarse. Tenía cuatro o cinco años más que su hermano e indudablemente poseía coraje, pero era un príncipe de naturaleza tranquila y generosa y quizá, de no haber tenido influencias de terceros, hubiera accedido a un acuerdo que, por muy difícil de aceptar que fuera, constituía la voluntad de su deificado padre. Pero Atahualpa era de un temperamento distinto. Guerrero, ambicioso y temerario, estaba involucrado constantemente en empresas para aumentar su territorio, aunque su astuta política era escrupulosa para no dirigir sus adquisiciones en la dirección de las de su real hermano. Su inquieto espíritu, sin embargo, provocó cierta alarma en la corte de Cuzco y Huáscar; finalmente envió un mensajero a Atahualpa para quejarse ante él

de sus ambiciosas empresas y para exigirle que le rindiera homenaje por su reino de Quito.

Esta es una de las versiones, pero otras pretenden que la causa inmediata de la ruptura fue una reclamación que presentó Huáscar por el territorio de Tumebamba, que poseía su hermano como parte de su herencia patrimonial. Importa poco cuál fuera el motivo manifiesto del choque entre dos personas colocadas, por las circunstancias, en una posición tan falsa entre ellos, que era inevitable que la colisión ocurriera en un momento u otro.

El comienzo y, en realidad, todas las hostilidades que pronto estallaron entre los hermanos rivales han quedado recogidas y, teniendo en cuenta que el período estaba muy cercano al de la invasión española, con incontables e irreconciliables discrepancias. Algunos dicen que Atahualpa en el primer encuentro con las tropas de Cuzco fue derrotado y hecho prisionero cerca de Tumebamba, una de las residencias favoritas de su padre en el antiguo territorio de Quito y en el distrito de Cañaris. De este desastre se recuperó gracias a una afortunada escapatoria de su confinamiento, y al llegar a su capital pronto se encontró a la cabeza de un numeroso ejército, liderado por los capitanes más capaces y experimentados del imperio. Las maneras liberales del joven Atahualpa le habían granjeado el cariño de los soldados, con los que, como ya hemos visto, había servido en más de una campaña en vida de su padre. Estas tropas eran la flor y nata del gran ejército inca, algunas de las cuales habían decaído en su carrera militar por haberse quedado en el norte, donde inmediatamente traspasaron su alianza al joven soberano de Quito. Eran comandados por dos oficiales de gran consideración, ambos con amplia experiencia en asuntos militares y de gran confianza para el inca. Uno de ellos se llamaba Quizquiz; el otro, tío materno de Atahualpa, se llamaba Chalicuchima.

Con estos experimentados guerreros para guiarle, el joven monarca se puso a la cabeza de su formación militar y dirigió la marcha hacia el sur. No había avanzado más allá de Ambato, a unas sesenta millas de distancia de su capital, cuando se topó con una numerosa hueste, que su hermano había enviado contra él, bajo las órdenes de un distinguido jefe de la familia inca. A continuación siguió una sangrienta batalla que duró gran parte del día, y el escenario del combate fueron las laderas del poderoso Chimborazo[36].

La batalla terminó favorablemente para Atahualpa y destrozaron a los peruanos con una gran matanza y la pérdida de su comandante. El príncipe de Quito aprovechó su ventaja para acelerar su marcha hasta llegar ante las

puertas de Tumebamba, cuya ciudad, así como todo el distrito de Cañaris, aunque era una antigua dependencia de Quito, se había puesto del lado de su rival en la contienda. Entrando en la ciudad tomada como un conquistador, pasó a los habitantes por la espada y la arrasó con todos sus magníficos edificios, algunos de los cuales habían sido levantados por su propio padre. Llevó a cabo la misma guerra de exterminio a medida que marchaba a través del distrito ofensor de Cañaris. En algunos lugares, se dice, las mujeres y los niños salieron con ramas verdes en la mano en melancólica procesión para aplacar su ira, pero el vengador conquistador, sordo a sus súplicas, arrasó el país a fuego y espada, sin dejar pasar a ningún hombre capaz de llevar armas que cayera en sus manos[37].

El destino de Cañaris provocó el terror en los corazones de sus enemigos y una plaza tras otra abrieron sus puertas al vencedor, que continuó su marcha victoriosa hacia la capital peruana. Sus armas tuvieron un freno temporal ante la isla de Puná, cuyos valientes guerreros mantuvieron la causa de su hermano. Después de algunos días perdidos en este lugar, Atahualpa dejó la conquista para sus viejos enemigos el pueblo de Tumbez que previamente le había dado su adhesión, mientras que él reanudaba su marcha y avanzaba hasta Cajamarca, a unos siete grados sur. Aquí se detuvo con un destacamento de su ejército, enviando por delante al cuerpo principal bajo las órdenes de sus dos generales con instrucciones de avanzar directamente contra Cuzco. Prefería no adentrarse más aún en territorio enemigo, donde una derrota pudiera ser fatal. Estableciendo su cuartel en Cajamarca, podría apoyar a sus generales en caso de un revés o en el peor de los casos asegurarse la retirada a Quito, hasta que estuviera de nuevo en condiciones de renovar las hostilidades.

Los dos comandantes, avanzando a marchas forzadas, atravesaron finalmente el río Apurimac y llegaron a corta distancia de la capital peruana. Mientras tanto, Huáscar no había estado ocioso. Al recibir noticias de la derrota de su ejército en Ambato, realizó esfuerzos para reclutar fuerzas por todo el país. Siguiendo el consejo de sus sacerdotes, según se dice (los consejeros menos competentes en tiempos de peligro), prefirió esperar la llegada del enemigo en su propia capital, y hasta que estos estuvieron a unas pocas leguas de Cuzco el inca no salió para ofrecer batalla, tomando consejo de los mismos consejeros espirituales.

Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Quipaypan, en la vecindad de la metrópolis india. Sus números han quedado establecidos con

la habitual discrepancia, pero las tropas de Atahualpa te- nían una ventaja considerable en la disciplina y la experiencia, ya que muchas de las tropas de Huáscar se habían reclutado rápidamente del territorio circundante. Ambos lucharon, sin embargo, con la desesperación de hombres que sienten que se lo juegan todo. Ya no se trataba de la lucha por una provincia, sino de la posesión de un imperio. Las tropas de Atahualpa, excitadas por sus recientes éxitos, lucharon con el aplomo de los que confían en su superioridad, mientras que los vasallos leales al inca desplegaron toda la entrega de hombres que tienen sus vidas en poco al servicio de su señor.

La batalla rugió con la mayor obstinación desde la salida del sol hasta su ocaso y el terreno quedó cubierto con montones de moribundos y de muertos, cuyos huesos quedaron esparcidos emblanqueciéndose en el campo de batalla mucho después de la conquista de los españoles. Finalmente, la fortuna se decantó del lado de Atahualpa, o mejor dicho se produjo el habitual resultado ante una disciplina y una práctica militar superiores. Las filas del inca se desbarataron de forma irreparable dispersándose en todas direcciones. Los conquistadores les siguieron pisándoles los talones en su huida. El mismo Huáscar intentó escapar junto con unos mil hombres que se mantuvieron a su alrededor. Pero el fugitivo real fue descubierto antes de abandonar el campo, rodearon su pequeño grupo nubes de enemigos y prácticamente todos los miembros del grupo de fieles perecieron defendiendo al inca. Huáscar fue hecho prisionero y los jefes victoriosos marcharon inmediatamente a la capital, que ocuparon en el nombre de su soberano[38].

Estos hechos ocurrían en la primavera de 1532, pocos meses antes del desembarco de los españoles. Las noticias de los éxitos de sus armas y la captura de su desafortunado hermano llegaron a Atahualpa en Cajamarca. Inmediatamente dio órdenes de que Huáscar debía ser tratado con el respeto debido a su rango, pero que debía retirársele a la fortaleza de Jauja y mantenido allí en un estricto confinamiento. Sus órdenes no pararon aquí, si debemos creer lo que cuenta Garcilaso de la Vega, él mismo de la raza inca y por parte de madre sobrino del gran Huayna Capac.

Según esta autoridad, Atahualpa invitó a los nobles incas de todo el país a que se reunieran en Cuzco, para deliberar sobre la mejor manera de dividir el imperio entre él y su hermano. Cuando se habían reunido en la capital, fueron rodeados por la soldadesca de Quito y masacrados sin piedad. El motivo de este pérfido acto era exterminar a toda la familia real,

ya que todos ellos podían mostrar un mejor título a la Corona que el ilegítimo Atahualpa. Pero la masacre no terminó aquí. La descendencia ilegítima como él mismo, medio hermanos del monstruo, todos los que, en pocas palabras, tuvieran sangre del inca en sus venas se vieron involucrados en ella y con un apetito por la carnicería sin paralelos en los anales del imperio romano o de la república francesa, Atahualpa ordenó que todas las mujeres de sangre real, sus tías sobrinas y primas fueran asesinadas y todo esto además con las más exquisitas y lentas torturas. Para hacer más amarga su venganza, muchas de las ejecuciones tuvieron lugar en presencia del mismo Huáscar, ¡que era obligado de esta manera a presenciar la masacre de sus propias mujeres y esposas, que en el extremo de su angustia pedían en vano que las protegiera![39].

Tal es el relato que cuenta el historiador de los incas, y según nos asegura lo recibió de su madre y tío, quienes siendo niños en la época tuvieron la suerte de encontrarse entre los pocos que escaparon de la masacre de su casa[40]. Y tal es el relato que han repetido muchos de los escritores castellanos a partir de entonces, sin un atisbo de desconfianza. Pero una trama de atrocidades no provocadas como esta es demasiado repugnante para los principios de la naturaleza humana, y ciertamente para el sentido común, como para permitirnos creer en ella con un testimonio ordinario.

Desgraciadamente, los anales de las naciones medio civilizadas muestran que ha habido ocasiones en que se ha intentado de forma parecida acabar con la totalidad de una raza perniciosa, que se había convertido en el objetivo de la venganza de un tirano, aunque tales intentos son tan quiméricos como lo sería extirpar cualquier tipo concreto de planta, cuyas semillas han sido llevadas por el viento en todas direcciones. Pero si realmente Atahualpa intentó exterminar la raza inca, ¿cómo puede ser que el historiador reconozca tantos descendientes puros de sangre real, casi seiscientos, setenta años después de la imputada masacre?[41]. ¿Por qué, en lugar de limitarse a los miembros legítimos de la estirpe real que podían mostrar mejor título a la Corona que el usurpador, se extendió la masacre a todos los de esa raza por muy remota que fuera la relación o la conexión? ¿Por qué se incluyó en la proscripción a ancianas y a jóvenes doncellas y por qué fueron sometidas a tan refinadas e inútiles torturas, cuando es obvio que seres tan impotentes no podían provocar en ningún caso los celos del tirano? ¿Por qué, cuando tantos fueron sacrificados por tan vagos temores de peligro distante, se permitió que su rival Huáscar junto con su hermano

menor Manco Capac, los dos hombres de los que el conquistador tenía más que temer, conservaran la vida? ¿Por qué, a fin de cuentas, el maravilloso relato no ha quedado registrado por otros antes de Garcilaso y medio siglo más cercanos a los acontecimientos en sí?[42].

Es fácilmente creíble que Atahualpa pudiera ser culpable de excesos y que abusara de los derechos de conquista con actos gratuitos de crueldad, ya que nadie que recuerde el trato que dio a Cañaris, que ni siquiera sus apologistas intentan negar[43], dudará que poseía una buena dosis del carácter vengativo que es propio de

> «Esas almas de fuego e Hijos del Sol,
> Entre los que la venganza es una virtud».

Pero hay una enorme diferencia entre esto y las atrocidades monstruosas y gratuitas que se le imputan, que implican una naturaleza diabólica que no se debe admitir de las declaraciones de un indio partidista, enemigo declarado de su casa y repetida por cronistas castellanos que naturalmente buscarían, pregonando las atrocidades de Atahualpa, encontrar alguna disculpa para la crueldad de sus compatriotas hacia ellos.

Las noticias de la gran victoria llegaron con la velocidad del viento a Cajamarca y la fiesta fue sonada y larga, no solo en el campamento de Atahualpa, sino en la ciudad y la comarca circundante, ya que todos ahora se acercaron, ansiosos por ofrecer sus felicidades por la victoria y rendirle homenaje. El príncipe de Quito no dudó más en asumir la *borla* escarlata, la diadema de los incas. Su triunfo fue completo. Había derrotado a sus enemigos en su propio terreno, había tomado su capital, había puesto el pie sobre el cuello de su rival y había ganado el cetro de los hijos del sol. Pero la hora del triunfo estaba destinada a ser la de su mayor humillación. Atahualpa no era uno de esos a quienes, en palabras del bardo griego, «los dioses están dispuestos a revelárseles»[44]. No había leído los mensajes de los cielos. La pequeña mota que el ojo clarividente de su padre había discernido en el límite distante del horizonte, aunque tenida en poco por Atahualpa, concentrado en el conflicto con su hermano, se había elevado ahora hacia el cenit, extendiéndose más y más, hasta cubrir los cielos con su oscuridad y estaba apunto de estallar en truenos sobre la desgraciada nación.

Notas al pie

28 Sarmiento, una honesta autoridad, nos cuenta que obtuvo esta información de algunos nobles incas que lo habían oído. *Relación*, manuscrito, cap. 65.

29 El inca Garcilaso de la Vega, cuya posición le abría las mejores fuentes de información, ofrece una detallada relación de estos acontecimientos sobrenaturales (*Comentarios Reales*, parte I, lib. 9, cap. 14) que está más que contrapesada por los defectos de su propio carácter como historiador, su credulidad infantil y su deseo de magnificar y mistificar todo lo relacionado con su propia clase y, en realidad, su nación. Su trabajo es la fuente de la mayoría de los datos, y de las falsedades que han circulado con respecto a los antiguos peruanos. Desgraciadamente, a esta distancia en el tiempo, no siempre es fácil distinguir entre unas y otras.

30 *Huáscar*, en el dialecto quichua, significa «un cable». La razón de que se le diera este nombre al heredero legítimo es digna de señalar. Huayna Capac celebró el nacimiento del príncipe con una fiesta, en la que introdujo una enorme cadena de oro para que los nobles la sostuvieran en sus manos mientras bailaban sus danzas nacionales. La cadena era de setecientos pies de longitud y ¡los eslabones casi de la circunferencia de una muñeca humana! (véase Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 14.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 9, cap. I). Este último escritor obtuvo los detalles, según nos cuenta, de su viejo tío inca, quien parece haber tratado ampliamente lo maravilloso por más que su audiencia no se diera cuenta de lo milagroso que era, ya que la historia circuló ávidamente entre la mayoría de los escritores castellanos tanto de esa época como de la siguiente.

31 «Atabalipa era bien quisto de los Capitanes viejos de su Padre y de los Soldados, porque anduvo en la guerra en su niñez y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 66.

32 Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte I, lib. 8, cap. 9.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 12.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 65.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 201.

33 La fecha precisa de este acontecimiento, aunque tan cercano a la época de la conquista, es un tema dudoso. Balboa, coetáneo de los conquistadores y que escribió en Quito, donde murió el inca, la establece en 1525 (*Histoire du Pérou*, cap. 14). Velasco, otro habitante del mismo lugar, después de una investigación sobre las diferentes versiones, llega a una conclusión parecida (*Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 232). El Dr. Robertson, después de decirnos que Huayna Capac murió en 1529, habla del mismo hecho como si hubiera ocurrido en 1527 (*Conf. America*, vol. III, pp. 25, 381). Cualquiera que haya quedado desconcertado por el enredo cronológico de las crónicas antiguas no se sorprenderá al encontrarse de vez en cuando con tales inconsistencias en un escritor que está obligado a tomarlas como guía.

[34] Resulta difícil dudar de la popularidad de este monarca entre la parte femenina de sus súbditos, al menos si como el historiador de los incas nos dice, «nunca se conoció que le negara a una mujer de la edad o del grado que fuera, ¡cualquier favor que le pidiera!». *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 7.

[35] Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 65.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. 17.

[36] Garcilaso afirma que no hubo más que insignificantes escaramuzas antes de la batalla decisiva en las llanuras de Cuzco. Pero el licenciado Sarmiento, que recabó su versión de estos acontecimientos, como él mismo nos dice, de los protagonistas de la misma, caminó sobre el campo de batalla de Ambato, cuando el terreno todavía estaba cubierto de los huesos de los muertos. «Yo hé pasado por este Pueblo y he visto el Lugar donde dicen que esta Batalla se dió y cierto segun hay la osamenta devieron aun de morir mas gente de la que cuentan.» *Relación*, manuscrito, cap. 69.

[37] «Cuentan muchos Indios á quien yo lo oi, que por amansar su ira, mandaron á un escuadron grande de niños y á otro de hombres de toda edad, que saliesen hasta las ricas andas donde venia con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y ojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo, sin mirar la injuria pasada, y que en tantos clamores se lo suplicaron, y con tanta humildad, que bastara quebrantar corazones de piedra; mas poca impresion hicieron en el cruel Atabalipa, porque dicen que mandó á sus capitanes y gentes que matasen á todos aquellos que habian venido, lo cual fué hecho, no perdonando sino algunos niños y á las mugeres sagradas del Templo.» Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 70.

[38] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 77.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 9.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 202.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. I, cap. 12.–Sarmiento, *Relación*, manuscrito, cap. 70.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[39] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 9, caps. 35-39.

«A las Mugeres, Hermanas, Tias, Sobrinas, Primas Hermanas, y Madrastras de Atahualpa, colgavan de los Arboles, y de muchas Horcas mui altas que hicieron: á unas colgaron de los cabellos, á otras por debajo de los braços, y à otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: davanles sus hijuelos, que los tuviesen en braços, tenianlos hasta que se les caìan, y se aporreavan.» (*Ibid* ., cap. 37.) La variedad de la tortura muestra cierta imaginación en el escritor o más probablemente en la tía del escritor, la antigua inca, la *raconteur* de estas carnicerías de Barbazul.

[40] «Las crueldades que Atahualpa en los de la Sangre Real hiço, diré de Relacion de mi Madre, y de un Hermano suio, que se llamó Don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran Niños de menos de diez años.» *Ibid* ., parte I, lib. 9, cap. 14.

[41] Esto aparece en una petición de ciertas inmunidades enviada a España en 1603, firmada por quinientos sesenta y siete indios de la raza real inca. (*Ibid.*, parte 3, lib. 9, cap. 40.) Oviedo dice que

Huayna Capac dejó cien hijos e hijas y que la mayor parte de ellos estaban vivos cuando él escribía. «Tubo cien hijos y hijas, y la mayor parte de ellos son vivos.» *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 9.

42 En vano he buscado alguna confirmación de esta historia en Oviedo, Sarmiento, Jerez, Cieza de León, Zárate, Pedro Pizarro, Gómara, todos vivos en la época y con acceso a las mejores fuentes de información, y todos, puede añadirse, dispuestos a ser muy severos con las malas cualidades del monarca indio.

43 Ninguno de los apologistas de Atahualpa va tan lejos como el padre Velasco, quien en sus exageradas profesiones de lealtad al monarca de Quito contempla la masacre de Cañares como una justa retribución por sus ofensas. «¡Si les auteurs dons je viens de parler s'étaient trouvés dans les mênes circonstances qu'Atahuallpa et avient éprouvé autant d'offenses graves et de trahisons, je ne croirai jamais qu'ils eussent agi autrement!» *Historia de Quito*, tom. I, p. 253.

44 «Ού γάρ π-ω πάντεσσι θεοὶ φαὶνονται ἐναργε-ιζ».

ΟΔΨΣ. π, v. 161.

Capítulo III

Los españoles desembarcan en Tumbez. Pizarro hace un reconocimiento del país. Fundación de San Miguel. Marcha hacia el interior. Embajada del inca. Aventuras durante la marcha. Alcanzan las faldas de los Andes. 1532

Dejamos a los españoles en la isla de Puná, preparándose para desembarcar en el vecino continente en Tumbez. Este puerto se encontraba a unas pocas leguas de distancia, y Pizarro, con la mayor parte de sus seguidores, cruzó con los barcos, mientras que los demás debían transportar el equipaje y las municiones en algunas de las balsas indias. Uno de los últimos navíos que tocó la orilla fue rodeado y tres personas que se encontraban en la balsa fueron arrastradas por los nativos hasta los bosques adyacentes y asesinados salvajemente. Los indios se apoderaron después de otra de las balsas que contenía el guardarropa de Pizarro, pero como los hombres que la defendían dieron fuertes gritos pidiendo ayuda, sus voces llegaron a oídos de Hernando Pizarro, quien, con un pequeño grupo a caballo, había desembarcado un poco más abajo en la orilla. Entre ellos y el grupo que era duramente atacado por los nativos, se extendía una ancha franja de terreno enlodado inundado por el agua. La marea estaba baja y el fondo estaba blando y peligroso. Sin embargo, teniendo en poco el peligro, el valiente caballero espoleó a su caballo en las fangosas profundidades y

seguido de sus hombres, con el barro hasta las cinchas, se lanzó hasta llegar al centro de los maleantes, quienes, aterrorizados por la extraña aparición de los jinetes, huyeron precipitadamente sin ofrecer batalla hacia los bosques vecinos.

Esta conducta de los nativos de Tumbez no es fácil de explicar, considerando las relaciones amistosas que habían mantenido con los españoles en su anterior visita, que fueron posteriormente renovadas en la isla de Puná. Pero Pizarro todavía quedó más sorprendido al entrar en la ciudad y encontrarla no solo desierta, sino, a excepción de unos pocos edificios, completamente derruida. Tan solo cuatro o cinco de las moradas privadas más importantes, el gran templo y la fortaleza, e incluso estas seriamente dañadas y completamente expoliadas de su decoración interior, habían sobrevivido para indicar el emplazamiento de la ciudad y atestiguar su antiguo esplendor[45]. La escena de desolación llenó a los conquistadores de desánimo, ya que incluso las escasas dotaciones que habían visitado antes la costa habían escuchado maravillosas historias de los dorados tesoros de Tumbez y los esperaban confiados después de todas sus fatigas como un fácil expolio. Pero el oro de Perú parecía ser solo un fantasma engañoso que después de guiarles a través de peligros y esfuerzos se desvanecía en el momento en que intentaban asirlo.

Pizarro destacó un pequeño grupo de tropas en persecución de los fugitivos y, después de algunas pequeñas escaramuzas, atraparon a algunos de los nativos, y entre ellos, por casualidad, al curaca del lugar. Cuando fue llevado ante el comandante español, se exculpó de cualquier participación en la violencia que se había infringido a los hombres blancos, diciendo que fue llevada a cabo por una parte ingobernable de su pueblo, sin su conocimiento en el momento en que se hizo y expresó su deseo de traerlos, si se les podía encontrar, para que fueran castigados. Explicó el estado ruinoso de la ciudad por las largas guerras que habían tenido lugar con las fieras tribus de Puná, quienes finalmente habían conseguido tomar la ciudad y expulsar a sus habitantes hacia los bosques y las montañas vecinas. El inca, a cuya causa eran fieles, estaba demasiado ocupado con sus propias contiendas como para protegerles de sus enemigos.

Es dudoso que Pizarro diera crédito a la exculpación del cacique. En cualquier caso, ocultó sus sospechas y, ya que el señor indio prometió obediencia en su propio nombre y en el de sus vasallos, el general español accedió a no tener más en cuenta este asunto. Parece que en este momento

sintió por primera vez con toda su fuerza que su política debía ser ganarse la buena voluntad de la gente entre la que se había lanzado enfrentándose a tales adversidades. Quizá fueron los excesos de los que sus hombres fueron culpables en los primeros pasos de la expedición los que habían roto la confianza de la gente de Tumbez y les habían incitado a esta traicionera represalia.

Pizarro preguntó a los nativos que en ese momento, bajo la promesa de impunidad, llegaron al campamento qué había sucedido a sus dos seguidores que habían permanecido allí en la anterior expedición. Algunos dijeron que murieron de una epidemia, otros que habían perecido en la guerra con Puná y otros insinuaron que habían perdido la vida como consecuencia de haber intentado algo indigno contra las mujeres indias. Fue imposible llegar a la verdad. La última versión no era la menos improbable. Pero cualquiera que fuera la causa, no había duda de que ambos habían muerto.

Esta noticia esparció una nueva melancolía sobre los españoles, que no se disipó con las encendidas descripciones que ahora daban los nativos de las riquezas de la tierra y de la pompa y magnificencia del monarca en su distante capital entre las montañas. Tampoco creyeron la autenticidad de un rollo de papel que Pizarro había obtenido de un indio, a quien se lo había entregado uno de los hombres blancos que quedaban en el país. «Debes saber quien quiera que seas», decía el escrito, «que hayas podido poner pie en este país, que contiene más oro y plata que hierro hay en Vizcaya». Cuando les mostró este papel a los soldados, tan solo provocó sus burlas, ya que pensaban que era una estratagema de su capitán para mantener vivas sus quiméricas esperanzas[46].

Pizarro comprendió entonces que no era una buena política prolongar la estancia en su actual campamento, donde el espíritu de desafección pronto se extendería entre las filas de sus seguidores, a menos que estimulara sus espíritus con la novedad o con una vida de acción incesante. Sin embargo, se sentía profundamente ansioso por obtener más detalles de los que había recabado hasta ahora sobre el estado actual del imperio peruano, de su fuerza y sus recursos, del monarca que reinaba y de su actual situación. También estaba deseoso, antes de tomar cualquier paso decisivo para adentrarse en el país, por encontrar algún lugar favorable para un asentamiento que pudiera proporcionar medios para una comunicación

regular con las colonias y una plaza fuerte a la que pudiera retirarse en caso de desastre.

Decidió, por tanto, dejar parte de su compañía en Tumbez, incluyendo a los que por su estado de salud eran menos capaces en el campo, y realizar con el resto una incursión hacia el interior para reconocer el terreno, antes de decidir cualquier plan de operaciones. Partió a principios de mayo de 1532 y, manteniéndose él mismo en las regiones más bajas, envió un pequeño destacamento bajo las órdenes de Hernando de Soto para explorar las faldas de la vasta sierra.

Mantuvo una rígida disciplina en la marcha, ordenando a sus soldados que se abstuvieran de cualquier violencia y castigando la desobediencia de la manera más inmediata y decidida[47]. Los nativos en raras ocasiones ofrecían resistencia. Cuando lo hacían, eran rápidamente reducidos, y Pizarro, lejos de tomar medidas vengativas, se detenía ante las primeras muestras de sumisión. Gracias a esta política indulgente y liberal, pronto adquirió un renombre entre los habitantes que borró las impresiones desfavorables que había causado en la anterior parte de la campaña. A medida que marchaba a través de las aldeas densamente pobladas que salpicaban las regiones llanas entre las cordilleras y el océano, los nativos le daban la bienvenida con su rústica hospitalidad, proporcionándole buenos acomodos para sus tropas y abundantes provisiones, que costaban poco en el prolífico suelo de *tierra caliente*[*]. En todos los sitios Pizarro proclamó que venía en nombre del santo vicario de Dios y del soberano de España, reclamando la obediencia de los habitantes como verdaderos hijos de la iglesia y vasallos de su rey y señor. Y como la gente sencilla no se oponía a una fórmula de la que no podían comprender una sílaba, fueron admitidos como buenos súbditos de la Corona de Castilla, y su acto de homenaje, o lo que fue rápidamente interpretado como tal, quedó debidamente registrado y atestiguado por el notario[48].

Después de cuatro o cinco semanas reconociendo el país, Pizarro llegó a la conclusión de que el punto más favorable para su nuevo asentamiento era el rico valle de Tangarala, a treinta leguas al sur de Tumbez, atravesado por más de un arroyo que abría comunicación con el océano. Ordenó, por tanto, a los hombres que habían quedado en Tumbez que dirigieran sus barcos inmediatamente hacia este lugar, y en cuanto llegaron, comenzaron activamente los preparativos para la construcción de una ciudad que satisficiera las necesidades de la colonia. Se obtuvo madera de los bosques

vecinos. Se sacó piedra de sus canteras y se levantaron paulatinamente los edificios, algunos de los cuales tenían pretensiones de fortaleza e incluso de elegancia. Entre estos había una iglesia, un almacén para las provisiones públicas, un tribunal de justicia y una fortaleza. Se organizó un gobierno municipal, que constaba de regidores, alcaldes y los habituales funcionarios públicos. El territorio adyacente fue dividido en parcelas entre los residentes y cada colono recibió un cierto número de nativos para ayudarle en sus trabajos, ya que como señala el secretario de Pizarro: «siendo evidente que los colonos no podían sostenerse por sí mismos sin los servicios de los indios, los eclesiásticos y los líderes de la expedición estuvieron todos de acuerdo en que un *repartimiento*[*] de nativos serviría a la causa de la religión y ayudaría enormemente a su bienestar espiritual, ya que de esta manera tendrían la oportunidad de ser iniciados en la verdadera fe»[49].

Tras tomar estas disposiciones con tan escrupulosa consideración hacia el bienestar de los ignorantes paganos, Pizarro dio a su recién nacida ciudad el nombre de San Miguel, en reconocimiento del servicio que le había prestado el santo en sus batallas con los indios en Puná. Posteriormente se descubrió que el lugar que originariamente ocupaba el asentamiento era tan malsano que tuvo que ser abandonado por otro en las orillas del bello Piura. La ciudad conserva algún renombre debido a sus manufacturas, aunque su antigua importancia ha disminuido, si bien el nombre de San Miguel de Piura que lleva todavía conmemora la fundación de la primera colonia europea en el imperio de los incas.

Antes de abandonar el nuevo asentamiento, Pizarro hizo que los ornamentos de oro y plata que había obtenido en las diferentes partes del país fueran fundidos en una masa y que se dedujera un quinto para la Corona. Convenció a las tropas de que renunciaran al resto que les pertenecía, por el momento, asegurándoles que se les pagaría con los primeros expolios que cayeran en sus manos[50]. Con estos fondos y otros artículos recogidos en el curso de la campaña, envió los barcos de regreso a Panamá. El oro se utilizó para pagar a los propietarios de los barcos y a los que habían suministrado provisiones para la expedición. El hecho de que convenciera tan fácilmente a sus hombres para que renunciaran a sus actuales posesiones a cambio de una eventualidad futura es una prueba de que el espíritu de aventura se había renovado en sus corazones con todo el

vigor anterior y que miraban al futuro con la misma confianza alegre en los resultados.

En su anterior recorrido de observación, el comandante español había reunido importante información sobre el estado del reino. Había confirmado el resultado de la contienda entre los dos hermanos incas y que el vencedor se encontraba ahora acampado con su ejército a una distancia de tan solo diez o doce días de viaje desde San Miguel. Los relatos que oyó sobre la opulencia y poder de este monarca y de su gran capital del sur correspondían perfectamente con los rumores generales recibidos anteriormente y contenían, por tanto, material suficiente para hacer tambalear la confianza en sí mismos, así como para estimular la avaricia de los invasores.

Pizarro habría recibido con alegría refuerzos para su pequeño ejército por muy pequeños que fueran y por esto pospuso su partida durante unas semanas. Pero no llegaron refuerzos y, como no recibió más noticias de sus socios, juzgó que una dilación mayor provocaría probablemente mayores males que los que se podía encontrar por el camino y que inevitablemente surgirían los descontentos debido a la enervante influencia del clima tropical. Sin embargo, la fuerza bajo sus órdenes, que no pasaba de los doscientos soldados en total, después de dejar a cincuenta para la protección del nuevo asentamiento, parecía demasiado pequeña para la conquista de un imperio. Bien podía, en lugar de haber marchado contra el inca, haber tomado dirección sur hacia la rica capital de Cuzco. Pero no significaría más que posponer la hora de la verdad, ya que, ¿en qué parte del imperio podía esperar plantar el pie, donde no llegara el brazo de su señor? Además, mediante este movimiento mostraría desconfianza en sí mismo. Desmontaría la opinión de poder invencible que hasta ahora se había preocupado de causar en los nativos y que constituía el gran secreto de su fuerza, que, en resumen, tenía un influjo más fuerte sobre la mente que el despliegue de número y la mera fuerza física. Y aún peor que todo lo anterior, tomar esta dirección afectaría a la confianza de sus tropas en sí mismos y a la que habían depositado en él. Sería como paralizar el brazo de la empresa inmediatamente. No se podía pensar en ello.

Pero a parte de que Pizarro decidiera marchar hacia el interior, es muy dudoso que se hubiera trazado ningún otro plan de acción posterior. Con esta distancia en el tiempo, no tenemos medios para saber sus intenciones más que a través de lo que muestran sus acciones. Desgraciadamente, no

sabía escribir y no dejó ningún registro, como los inestimables *Comentarios* de Cortés, para iluminarnos sobre sus motivos. Su secretario y algunos de sus compañeros de armas han descrito sus acciones con detalle, pero no fueron siempre tan competentes a la hora de desvelar los motivos que llevaron a las mismas.

Es posible que el general español, incluso en un período tan temprano como el de su estancia en San Miguel, hubiera meditado algún golpe temerario, algún *coup-de-main*[*] efectivo, que, al igual que aquel de Cortés, cuando sacó de su residencia al monarca azteca, pudiera aterrorizar los corazones del pueblo y decidir inmediatamente la suerte del día. Sin embargo, es más probable que en este momento tan solo se propusiera presentarse ante el inca como un pacífico representante de un monarca hermano y, mediante esta demostración amistosa, desarmar cualquier sentimiento de hostilidad o incluso de sospecha. Una vez en comunicación con el príncipe indio, podía regular su rumbo futuro por las circunstancias.

El 24 de septiembre de 1532, cinco meses después de desembarcar en Tumbez, Pizarro, a la cabeza de su pequeño cuerpo de aventureros, salió por las puertas de San Miguel, tras ordenar a los colonos que trataran a sus vasallos indios con humanidad y que se condujeran de tal manera que aseguraran la buena voluntad de las tribus circundantes. Su misma existencia y con ella la seguridad del ejército y el éxito de la empresa dependían de estas circunstancias. En el lugar debían quedarse el tesorero real, el *veedor*[*], o inspector de metales, y otros oficiales de la Corona; el mando de la guarnición quedó en manos del *contador*[**] Antonio Navarro[51]. Después, poniéndose a la cabeza de sus tropas, el caudillo se lanzó valientemente hacia el corazón del país en la dirección donde, según le habían informado, se encontraba el campamento del inca. Era una empresa temeraria aventurarse de esa manera con un puñado de seguidores en el corazón de un poderoso imperio, para presentarse cara a cara ante el monarca indio ¡en su propio campamento rodeado de la flor y nata de su victorioso ejército! Pizarro ya había experimentado más de una vez la dificultad de mantener el terreno contra las rudas tribus del norte, tan inferiores en fuerza y en número a las legiones guerreras de Perú. Pero el riesgo del juego, como he tenido más de una ocasión de señalar, tenía un gran encanto para los españoles. Los brillantes logros de sus compatriotas, en ocasiones similares con medios tan inadecuados, le inspiraban confianza en su propia buena estrella, y esta confianza era la fuente de su éxito. De

haber titubeado por un momento, de haberse parado a calcular las posibilidades, hubiera fracasado inevitablemente, ya que la desproporción era demasiado grande como para combatirla con sobria razón. Tan solo se la podía enfrentar y ganar con el espíritu del caballero andante.

Después de cruzar las suaves aguas del Piura, el pequeño ejército continuó avanzando por una zona llana atravesada por arroyos que descendían desde las vecinas cordilleras. El terreno estaba cubierto por bosques de inmenso tamaño y cruzado de vez en cuando por yermas elevaciones del terreno, que semejaban brotes de los Andes vecinos y dividían la superficie de la región en pequeños valles aislados de un encanto especial. El terreno, aunque escasamente regado por las lluvias del cielo, era rico de forma natural, y allí donde lo refrescaba la humedad, como en los márgenes de los arroyos, quedaba esmaltado con el verdor más brillante. El trabajo de los habitantes además había sacado el mejor provecho de estos arroyos, y podían verse canales y acueductos que cruzaban las tierras bajas en todas direcciones extendiéndose sobre el terreno, como una vasta red, difundiendo fertilidad y belleza a su alrededor. El aire estaba perfumado con las dulces fragancias de flores y en todos sitios se refrescaba la vista por la visión de huertos cargados de frutas desconocidas y de campos ondulantes de grano amarillo y rico de exuberantes vegetales de todo tipo que bullían bajo el soleado clima del ecuador. Los españoles se encontraban entre un pueblo que había llevado los refinamientos de la agricultura hasta un punto más alto que ninguno de los que se ha encontrado en el continente americano y, a medida que viajaban a través de este paraíso de abundancia, su situación actual formaba un agradable contraste con lo que habían soportado anteriormente en las lóbregas selvas de manglares.

El pueblo sencillo les recibió en todos sitios además con una confiada hospitalidad, lo que se debía sin duda en gran medida a su propio comportamiento inofensivo. Todos los españoles parecían ser conscientes de que su única posibilidad de éxito se encontraba en conciliar la buena opinión de los habitantes, entre quienes habían lanzado, de forma tan imprudente, su suerte. En la mayoría de las aldeas y en todos los lugares de tamaño considerable, se podía encontrar alguna fortaleza o caravasar, para el inca en sus viajes por el país, cuyos amplios muros proporcionaban abundante acomodo para los españoles, que de esta manera consiguieron acomodo a lo largo de su ruta a cargo del mismo gobierno que se estaban preparando para derrocar[52].

Al quinto día después de salir de San Miguel, Pizarro se detuvo en uno de estos deliciosos valles para dar descanso a sus tropas y realizar una inspección más completa de los mismos. Su número llegaba en total a ciento setenta y siete, de los que sesenta y siete eran de caballería. Tan solo tenía tres arcabuceros en toda la compañía y unos pocos ballesteros que en total no pasaba de veinte[53]. Las tropas estaban tolerablemente bien equipadas y en buena condición. Pero el ojo vigilante de su comandante notaba con desasosiego que, a pesar de la entrega general que manifestaban en la causa sus seguidores, había algunos entre ellos cuyos rostros se inclinaban con descontento y quienes, aunque no lo manifestaban en murmullos abiertos, estaban lejos de moverse con la habitual celeridad. Era consciente de que si este espíritu se contagiaba sería la ruina de la empresa, y pensó que era mejor extirpar la gangrena, inmediatamente, al coste que fuera, que esperar hasta que hubiera infectado todo el cuerpo. Llegó a una resolución extraordinaria.

Reuniendo a sus hombres, les dijo que «había surgido una crisis en sus asuntos que exigía todo su coraje para enfrentarla. Ningún hombre debía pensar en seguir avanzando en la expedición, si no podía hacerlo con todo su corazón o si tenía el menor recelo sobre su éxito. Si alguno se arrepentía de su participación en ella, aún estaba a tiempo para dar la vuelta. San Miguel estaba pobremente guarnecido y se alegraría de verlo más reforzado. Aquellos que así lo quisieran podían volver a este lugar y tendrían derecho a la misma proporción de tierras y vasallos indios que los actuales residentes. Con el resto que eligiera arriesgarse con él, ya fueran pocos o muchos, seguiría la ventura hasta el fin»[54].

Ciertamente era una propuesta notable para un comandante que no sabía cuál era el nivel de desafecto entre sus filas y que no podía prescindir con seguridad de un solo hombre de su fuerza, ya demasiado débil para la empresa. Sin embargo, al insistir en las necesidades de la pequeña colonia de San Miguel, proporcionaba un pretexto decente para la secesión de los malcontentos y barría la barrera de la vergüenza que pudiera haberles mantenido en el campamento. A pesar de la justa oportunidad que así les proporcionaba, hubo pocos, nueve en concreto, que aprovecharon el permiso del general. Cuatro de estos pertenecían a la infantería y cinco iban a caballo. El resto declaró ostentosamente su resolución de seguir adelante con su bravo líder, y si hubo algunas voces que sonaban débiles entre la aclamación general, al menos renunciaron al derecho de quejarse de allí en

adelante, ya que habían rechazado voluntariamente el permiso para regresar[55]. Este golpe de diplomacia en su sagaz capitán tuvo los mejores efectos. Había aventado los pocos granos de descontento que, dejados a su aire, podían haber fermentado en secreto hasta que toda la masa se hubiera levantado amotinada. Cortés había obligado a sus hombres a seguir adelante voluntariosamente en su empresa quemando los barcos y de esta manera cortando el único medio de retirada. Pizarro, por su parte, abría de par en par las puertas a los desafectos y facilitaba su partida. Ambos juzgaron correctamente la situación, bajo sus particulares circunstancias, y los dos tuvieron un completo éxito.

Sintiéndose reforzado, en lugar de debilitado por su pérdida, Pizarro reanudó ahora su marcha y al segundo día llegó a un lugar llamado Zaran, situado en un fructífero valle entre las montañas. Algunos de los habitantes habían sido reclutados para engrosar las tropas de Atahualpa. Los españoles tenían experiencia de las opresivas exacciones del inca, repetidas en su marcha, quien había despoblado prácticamente algunos de los valles para obtener refuerzos para su ejército. El curaca de la ciudad india a la que llegaba ahora Pizarro le recibió con amabilidad y hospitalidad y las tropas fueron acuarteladas como de costumbre en uno de los *tambos* o caravasares reales que había en todas las plazas principales[56].

Sin embargo, los españoles no vieron signos de su acercamiento al campamento real, aunque había pasado ya más tiempo de lo que en un principio se pensaba que se tardaría en llegar. Poco después de entrar en Zaran, Pizarro oyó que una guarnición peruana se hallaba situada en un lugar llamado Caxas, que se encontraba entre las colinas a poca distancia de sus actuales cuarteles. Inmediatamente destacó un pequeño grupo bajo las órdenes de Hernando de Soto en esa dirección, para reconocer el terreno y traerle información de la situación actual de las cosas, a Zaran, donde se quedaría hasta que regresara el oficial.

Día tras día pasaba y una semana sucedió a la otra antes de que recibieran noticias de sus compañeros y Pizarro se estaba alarmando seriamente por su destino, cuando a la octava mañana Soto apareció, trayendo con él a un enviado del mismo inca. Era una persona de rango e iba asistido por varios seguidores de condición inferior. Se había encontrado con los españoles en Caxas y ahora los acompañaba en su regreso para entregar el mensaje de su soberano junto con un presente para el comandante español. El presente consistía en dos fuentes realizadas en piedra con forma de fortaleza, algunas

telas de lana de buena calidad bordadas con oro y plata y una cantidad de carne de ganso, secada y sazonada de una manera especial y muy utilizada como perfume entre los nobles peruanos, una vez pulverizada[57]. El embajador indio también traía un saludo de su señor para los extranjeros, a quienes Atahualpa daba la bienvenida a su país y les invitaba a visitarle en su campamento entre las montañas[58].

Pizarro entendió bien que el objetivo del inca con esta visita diplomática no era tanto hacerle cortesía, como informarse de la fuerza y condición de los invasores. Pero quedó contento con la embajada y fingió no conocer su verdadero propósito. Hizo que el peruano fuera atendido de la mejor manera que se podía en el campamento y, según dice uno de los conquistadores, le rindió todos los respetos debidos al embajador de tan gran monarca[59]. Pizarro le urgió a que prolongara su visita por algunos días, lo que el enviado indio declinó, aunque la mayor parte del tiempo que estuvo allí se dedicó a recabar toda la información que pudo sobre los usos de cada artículo extraño que veía, así como del objetivo de los hombres blancos a la hora de visitar la tierra y la parte del mundo de la que provenían.

El capitán español satisfizo su curiosidad en todos estos temas. La comunicación con los nativos, debe recordarse, se mantenía mediante los dos jóvenes que habían acompañado a los conquistadores en su regreso a casa en su anterior viaje. Pizarro los había llevado a España y, como se había tomado mucho trabajo para que aprendieran castellano, ahora realizaban el trabajo de intérpretes y establecían una fácil comunicación con sus paisanos. Era un servicio inestimable y el comandante español recogió los frutos de su previsión[60].

Al partir el mensajero peruano, Pizarro le obsequió una capa de tela carmesí, algunos ornamentos de vidrio baratos pero llamativos y otras bagatelas que había traído de Castilla con ese propósito. Encargó al enviado que dijera a su señor que los españoles venían de parte de un poderoso príncipe que vivía lejos cruzando las aguas, que había oído de la fama de las victorias de Atahualpa y habían venido para presentarle sus respetos y para ofrecerle sus servicios ayudándole con sus armas contra sus enemigos y que podía tener la seguridad de que no se detendrían en el camino más de lo necesario, hasta que se presentaran ante él.

Pizarro recibió de Soto en este momento una relación completa de su anterior expedición. Este jefe al entrar en Caxas había visto cómo los

habitantes se reunían en formación hostil, como para disputarle el paso. Pero el caballero pronto les convenció de sus intenciones pacíficas y dejando de lado su actitud amenazante recibieron a los españoles con la misma cortesía que habían mostrado en la mayoría de los lugares de su marcha.

Aquí, De Soto encontró a uno de los funcionarios reales recogiendo el tributo para el gobierno. A través de este funcionario supo que el inca estaba acuartelado con un enorme ejército en Cajamarca, un lugar de tamaño considerable en el otro lado de la cordillera, donde disfrutaba del lujo de baños calientes que le proporcionaban los manantiales naturales por los que era ya entonces conocida, como lo es actualmente. El caballero recabó también mucha información importante relacionada con los recursos y la política general del gobierno, el rango social que tenía el inca y la dura severidad con que se imponía en todos sitios la obediencia a la ley. Tuvo oportunidad también de observar esto por sí mismo, ya que entrando en la aldea vio a varios indios que colgaban por sus talones, muertos, que habían sido ejecutados por violentar a las vírgenes del sol, de las que había un convento en la vecindad[61].

Desde Caxas, De Soto pasó a la ciudad vecina de Guancabamba, mucho mayor, más poblada y mejor construida que la anterior. Las casas, en lugar de estar construidas de arcilla cocida al sol, eran de sólida piedra, tan bellamente unidas que era imposible hallar la línea de unión. Un río que pasaba a través de la ciudad estaba atravesado por un puente, y la calzada de los incas que cruzaba el distrito era muy superior a la que los españoles habían visto desde la costa. Se elevaba en muchos lugares como una calzada pavimentada con pesadas losas de piedra y bordeada de árboles que proporcionaban una agradable sombra al paseante, mientras a los lados corría el agua para saciar su sed, a través de acueductos. A ciertos intervalos vieron pequeñas casas, que según les contaron eran para el acomodo del viajero, que podía de esta manera pasar sin inconvenientes de un extremo a otro del reino[62]. En otra parte contemplaron uno de estos almacenes destinados para el ejército, llenos de grano y de vestidos, y a la entrada de la ciudad había un edificio de piedra que ocupaba un funcionario público cuya función era recolectar las tasas o impuestos de los diferentes bienes que se traían al lugar o se sacaban del mismo[63]. Estos informes de Soto no solo confirmaban todo lo que los españoles habían oído sobre el imperio indio, sino que elevaban enormemente las ideas sobre los recursos y la política

interna. Bien podían haber socavado la confianza de corazones menos valientes.

Pizarro, antes de abandonar sus actuales cuarteles, envió un mensajero a San Miguel con detalles de sus movimientos, remitiendo al mismo tiempo los artículos recibidos del inca, así como los obtenidos en los diferentes lugares de su ruta. La habilidad mostrada en la ejecución de algunas de estas telas provocó gran admiración cuando fueron enviadas a Castilla. En concreto, las finas telas de lana con sus ricos bordados fueron declaradas iguales a la seda, de la que no era fácil distinguirlas. Probablemente se trataba de la delicada lana de vicuña, que no se había visto en Europa[64].

Pizarro, una vez conocida la ruta más directa hacia Cajamarca, entonces llamada Caxamalca, reanudó su marcha poniendo rumbo al sur. El primer lugar de tamaño considerable en el que se detuvo fue Motupe, agradablemente situado en un fructífero valle, entre colinas no muy altas, que se agrupaban alrededor de la base de las cordilleras. El curaca del lugar lo había abandonado, ya que con trescientos de sus guerreros había ido a unirse al estandarte del inca. El general, a pesar de su declarado propósito de avanzar sin demora, se detuvo aquí por cuatro días. La lentitud de sus movimientos tan solo se puede explicar por la esperanza que todavía podía tener de que se le unieran más refuerzos antes de cruzar las cordilleras. Estos, sin embargo, no aparecieron, así que las tropas finalmente llegaron al borde de un río, avanzando a través de un terreno en el que los tramos de llanuras arenosas se veían aliviados temporalmente por una ancha extensión de verdes praderas, regadas por canales naturales y todavía de forma más abundante por agua que se transportaban a través de canales artificiales. El río era ancho y profundo y la velocidad de su corriente presentaba una dificultad mayor de lo normal para su paso. Pizarro, temiendo que los nativos le disputaran el paso en la orilla opuesta, ordenó a su hermano que cruzara con un pequeño destacamento bajo la protección de la noche y asegurara un desembarco seguro para el resto de las tropas. Al romper el día Pizarro hizo preparativos para cruzar él mismo, extrayendo madera de los bosques vecinos y construyendo una especie de puente flotante sobre el que, antes de que cayera la noche, toda la compañía pasó sana y salva, los caballos nadando, llevados de las bridas. Fue un día de trabajo duro y Pizarro participó en este de forma voluntaria, como un soldado raso, siempre con una palabra de ánimo para sus seguidores.

Al llegar al lado opuesto supieron por sus camaradas que los habitantes del pueblo del lugar, en vez de ofrecer resistencia, habían huido consternados. Uno de ellos, que había sido atrapado, fue llevado ante Hernando Pizarro, pero rechazó responder a las preguntas que se le hicieron sobre el inca y su ejército, hasta que tras ser torturado afirmó que Atahualpa estaba acampado con toda su fuerza en tres divisiones separadas que ocupaban las llanuras altas de Cajamarca. Afirmó además que el inca estaba al tanto de la llegada de los hombres blancos y de sus pocos efectivos y que les estaba atrayendo de forma deliberada hacia su campamento para poderles tener de forma más completa en su poder.

Cuando Hernando le transmitió a su hermano este relato, provocó en él una gran ansiedad. Sin embargo, a medida que el temor de los aldeanos desapareció gradualmente, algunos se mezclaron con las tropas, y entre ellos el curaca o persona más importante del pueblo. Él mismo había visitado el campamento real e informó al general que Atahualpa se encontraba en la ciudad fuerte de Guamachucho, a veinte leguas o más al sur de Cajamarca, con un ejército de al menos cincuenta mil hombres.

Estas afirmaciones contradictorias dejaron enormemente perplejo al jefe, por lo que propuso a uno de los indios que le había acompañado durante gran parte de la marcha que fuera como espía al campamento del inca y le trajera información de su posición actual, así como de sus intenciones para con los españoles hasta donde pudiera lograr. Pero el hombre rechazó tajantemente este peligroso servicio, aunque declaró su disposición a ir como mensajero autorizado del comandante español.

Pizarro accedió a esta propuesta e instruyó a su enviado para que asegurara al inca que estaba avanzando a la velocidad debida para encontrarle. Debía dar a conocer al monarca la conducta considerada en general de los españoles hacia sus súbditos en su avance a través del país y asegurarle que se dirigían confiando plenamente en encontrar en él los mismos sentimientos amistosos hacia ellos. El emisario fue especialmente instruido para que observara si los puertos fuertes de la carretera estaban defendidos o si se podía discernir cualquier preparativo de carácter hostil. Esta última información debía comunicársela al general mediante dos o tres ayudantes de pie rápido que debían acompañarle en su misión[65].

Después de tomar esta precaución, el cauteloso comandante reanudó de nuevo su marcha y a los tres días alcanzó la base del terraplén montañoso tras el que se encontraba la antigua ciudad de Cajamarca. Ante él se

elevaban los increíbles Andes, roca apilada sobre roca; abajo, sus faldas oscuras de bosques perennes, alterados aquí y allá por parches en terrazas de jardines cultivados, con la cabaña del agricultor aferrándose a sus laderas agrestes, y sus crestas de nieve resplandeciendo arriba en los cielos, mostrando en conjunto tal caos de magnificencia y belleza como no puede mostrar ningún otro escenario montañoso en el mundo. Las tropas debían ahora marchar a través de un tremendo terraplén, a través de un laberinto de pasos, fácilmente defendible por un puñado de hombres contra un ejército. A la derecha corría una carretera ancha y plana, con su linde de amable sombra y lo suficientemente ancha para que dos carruajes pasaran uno al lado del otro. Era una de las grandes rutas que llevaban a Cuzco y parecía por su agradable y fácil acceso invitar al cansado soldado a elegirla antes que los peligrosos desfiladeros montañosos. Muchos eran, por tanto, de la opinión que el ejército debería tomar este camino y abandonar el destino inicial de Cajamarca. Pero no fue esta la decisión de Pizarro.

Los españoles habían proclamado en todos sitios su propósito de visitar al inca en su campamento. Este propósito había sido comunicado al mismo inca. Tomar la dirección opuesta ahora tan solo traería sobre ellos la imputación de cobardía y provocaría el desprecio de Atahualpa. No les quedaba otra alternativa más que marchar en línea recta a través de la sierra hasta sus cuarteles. «Animaos todos», dijo el valiente caballero, «y marchad hacia adelante como buenos soldados, sin atemorizaros por lo escaso de vuestro número, ya que en último extremo Dios siempre lucha por los suyos y no dudéis que Él humillará el orgullo de los infieles y los traerá al conocimiento de la verdadera fe, el gran fin de la conquista»[66].

Pizarro, al igual que Cortés, poseía una buena dosis de esa franca y viril elocuencia que llega al corazón del soldado con más fuerza que el despliegue de retórica o la más fina elocución. Él mismo era un soldado y compartía todos los sentimientos del soldado, sus alegrías, sus esperanzas y sus decepciones. Ni su rango ni su educación le impedían sentir simpatía por el más humilde de sus seguidores. Cada cuerda de su pecho vibraba con las mismas pulsaciones que las suyas y esta convicción le confería un poder sobre ellos. «Guíanos», gritaron, cuando terminó su breve pero animado discurso, «guíanos donde creas que es mejor. Te seguiremos con buena voluntad y verás que podemos realizar nuestra tarea en la causa de Dios y del rey»[67]. No hubo más dudas. Todos los pensamientos se dirigieron ahora hacia la inminente travesía de la cordillera.

Notas al pie

[45] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 185.

«Aunque lo del templo del Sol en quien ellos adoran era cosa de ver, porque tenian grandes edificios, y todo el por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matizes de colores, porque los hay en aquella tierra.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[46] Para el relato de los hechos de Tumbez, véase Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. I.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 9, caps. I, 2.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 185.

[47] «Mando el Gobernador por pregon é so graves penas que no le fuese hecha fuerza ni descortesía é que se les hiciese muy buen tratamiento por los Españoles é sus criados.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 2.

[*] En español en el original.

[48] «E mandabales notificar ó dar á entender con las lenguas el requerimiento que su Magestad manda que se les haga á los Indios para traellos en conocimiento de nuestra Santa fé catolica, y requiriéndoles con la paz, é que obedezcan á la Iglesia e Apostólica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á su Majestad é á los Reyes sus sucesores en los regnos de Castilla i Leon; respondieron que asi lo querian é harian, guardarian é cumplirían enteramente; e el Gobernador los recibio por tales vasallos de sus Majestades por auto publico de notarios.» *Ibid* ., manuscrito, *ubi supra.*

[*] En español en el original.

[49] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú .– Conquista i Población del Perú*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 55.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

«Porque los Vecino, sin aiuda i servicios de los Naturales no se podian sostener, ni poblarse el Pueblo [...] A esta causa, con acuerdo de el Religioso, i de los Oficiales que les parecio convenir asi al servicio de Dios, i bien de los Naturales, el Gobernador depositò los Caciques, i Indios en los Vecinos de este Pueblo, porque los aiudasen a sostener, i los Cristianos los Doctrinasen en nuestra Santa Fè, conforme á los Mandamientos de su Magestad.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 187.

[50] «E sacado el quinto para su Majestad, lo restante que perteneció al Egercito de la Conquista, el Gobernador le tomó prestado de los compañeros para se lo pagar del primer oro que se obiese.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 2.

[*] En francés en el original.

[*] En español en el original.

[**] En español en el original.

[51] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap Barcia, tom. III, p. 187.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 10.

[52] Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 4.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[53] Hay aquí menos discrepancia de la habitual en la estimación de las fuerzas españolas. La escasez de efectivos daba poco lugar a esto. Ningún recuento las lleva más allá de doscientos. He tomado la estimación del secretario Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 187, a quien siguió Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. I, cap. 3, y el juicioso Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. I, cap. 2.

[54] «Que todos los que quiriesen bolverse á la ciudad de San Miguel y avecindarse alli demas de los vecinos que alli quedaban el los depositaria repartimientos de Indios con que se sortubiesen como lo habia hecho con los otros vecinos; é que con los Españoles quedasen, pocos ó muchos, iria á conquistar é pacificar la tierra en demanda y persecución del camino que llevaba.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 3.

[55] *Ibid.,* manuscrito, *loc. cit.* –Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. I, cap. 2.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 187.

[56] *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[57] «Dos fortaleças, à manera de Fuente, figuradas en Piedra, conque beba, i dos cargas de Patos secos, desollados, para que hechos polvos, se sahume con ellos, porque asi se usa entre los Señores de su Tierra: i que le embiaba à decir, que èl tiene voluntad de ser su Amigo, i esperalle de Paz en Caxamalca.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 189.

[58] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 3.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 189.

Garcilaso de la Vega nos cuenta que el enviado de Atahualpa se dirigió al comandante español de la manera más humilde y solícita, como hijo del sol y del gran dios Viracocha. Añade que venía cargado de prodigiosos presentes de todo tipo de caza, viva y muerta, vasijas de oro y plata, esmeraldas, turquesas, etc., suficientes para satisfacer el mejor capítulo de las noches de Arabia. (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 19.) Es extraordinario que ninguno de los conquistadores que tenían un ojo rápido para estas exquisiteces aluda a ellas. No es difícil sospechar que el «viejo tío» se divertía a costa de su joven sobrino y, como se ha probado, a costa de la mayoría de sus lectores, quienes recibían los cuentos de hadas del inca como hechos históricos.

[59] «I mandò, que le diesen de comer à el, i à los que con èl venian, i todo lo que huviesen menester, i fuesen bien aposentados, como Embajadores de tan Gran Señor.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 189.

[60] «Los Indios de la tierra se entendían muy bien con los Españoles, porque aquellos muchachos Indios que en el descubrimiento de la tierra Pizarro truxo á España, entendían muy bien nuestra lengua, y los tenia alli, con los cuales se entendia muy bien con todos los naturales de la tierra.» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.) Sin embargo, es prueba de los ridículos errores en los que caían constantemente los conquistadores el hecho de que el secretario de Pizarro confunda constantemente el nombre del inca con el de su capital. Siempre se dirige a Huayna Capac como «viejo Cuzco» y a su hijo Huáscar como «joven Cuzco».

[61] «A la entrada del Pueblo havia ciertos Indios ahorcados de los pies: i supo de este Principal, que Atabalipa los mandò matar, porque uno de ellos entrò en la Casa de las Mugeres à dormir con una: al qual, i à todos los porteros que consintieron, ahorcò.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 188.

[62] «Van por este camino caños de agua de donde los caminantes beben, traidos de sus nacimientos de otras partes, y a cada jornada una Casa á manera de Venta donde se aposentan los que van é vienen.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, par-te 3, lib. 8, cap. 3.

[63] «A la entrada de este Camino en el Pueblo de Cajas esta una casa al principio de una puente donde reside una guarde que recibe el Portazgo de todos los que van e vienen, é paganló en la misma cosa que llevan, y ninfuno puede sacar carga del Pueblo sino la mete, y esta costumbre es alli antigua.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra* .

[64] «Pizas de lana de la tierra, que era cosa mucho de ver segun su primer é gentileza, e no se sabian determinar si era seda ó lana segun su fineza con muchas labores i figuras de oro de martillo de tal manera asentado en la ropa que era cosa de marabillar.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 4.

[65] Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 4.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 190.

[66] «Que todos se animasen y esforzasen á hacer como de ellos esperaba y como buenos españoles lo suelen hacer, é que no les pusiese temor la multitud que se decia que habia de gente ni el poco numero de los cristianos, que aunque menos fuesen é mayor el egercito contrario, la ayuda de Dios es mucho mayor, y en las mayores necesidades socorre y favorece a los suyos para desbaratar y abajar la soberbia de los infieles è traerlos en conocimiento de nuestra Sta. fe catolica.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 4.

[67] «Todos digeron que fuese por el Camino que quisiese i viese que mas convenia que todos le seguirían con buena voluntad é obra al tiempo del efecto, y veria lo que cada uno de ellos haria en

servicio de Dios é de su Magestad.» *Ibid* ., manuscrito, *loc. cit.*

Capítulo IV

Duro paso de los Andes. Embajadas de Atahualpa. Los españoles llegan a Cajamarca. Embajada al inca. Entrevista con el inca. Abatimiento de los españoles. 1532

Esa noche Pizarro convocó un consejo con sus principales oficiales y se decidió que él debería liderar la avanzadilla, compuesta por cuarenta caballos y sesenta hombres a pie, y reconocer el terreno, mientras que el resto de la compañía, a las órdenes de su hermano Hernando, ocuparía su actual posición hasta que recibieran nuevas órdenes.

Temprano por la mañana, el general español y su destacamento estaban armados y preparados para enfrentar las dificultades de la sierra. Estas resultaron ser aún mayores de lo previsto. Habían hecho el camino rodeando las escarpadas y abruptas laderas de las montañas de la manera más juiciosa para mejor evitar los impedimentos naturales que presentaba el terreno. Pero por fuerza en muchos lugares era tan escarpado que la caballería se veía obligada a desmontar y, arrastrándose como podían, llevar a los caballos de las bridas. En muchos lugares también, allí donde había algún enorme peñasco o prominencia que colgaba sobre la carretera, esta discurría al mismo borde del precipicio y el viajero se veía obligado a serpentear por el estrecho saliente de roca, con espacio escasamente suficiente para un corcel, donde un mal paso ¡le precipitaría a cientos, por no decir, miles de pies en el terrible abismo! Los salvajes pasos de la sierra, practicables para el semidesnudo indio e incluso para la segura y

circunspecta mula, un animal que parece haber sido creado para los caminos de las cordilleras, resultaban formidables para el soldado cubierto con su panoplia de malla. Las tremendas fisuras o *quebradas*[*], tan terribles en esta cadena montañosa, se abrían, como si los Andes se hubieran visto partidos en dos por alguna terrible convulsión, mostrando una ancha extensión de la roca primitiva en sus lados, parcialmente cubiertos por vegetación espontánea de años, mientras que sus oscuras profundidades proporcionaban un canal para los torrentes que, surgiendo del corazón de la sierra, se abrían camino gradualmente hasta la luz, y se extendían por las sabanas y los verdes valles de la *tierra caliente*[**] en su camino hacia el gran océano.

Muchos de estos pasos proporcionaban puntos obvios de defensa, y los españoles, a medida que se adentraban en los desfiladeros rocosos, miraban con temor no fueran a levantar a algún enemigo de su emboscada. Este temor se acrecentó cuando en lo alto de la garganta abrupta y estrecha que estaban atravesando contemplaron un fuerte, que se elevaba como una fortaleza que, por decirlo de alguna manera, fruncía el ceño a los invasores como sombrío desafío. A medida que se acercaban al edificio de piedra sólida, que dominaba un ángulo de la carretera, esperaban ver las formas morenas de los guerreros elevarse sobre las almenas y recibir una lluvia de proyectiles sobre sus rodelas, ya que se encontraba en una posición tan fuerte que unos pocos hombres decididos podía fácilmente haber mantenido allí a raya a un ejército. Pero tuvieron la satisfacción de encontrar el lugar vacío y sus ánimos se elevaron enormemente con la convicción de que el monarca indio no tenía intención de disputarles el paso, cuando hubiera sido muy fácil hacerlo con éxito.

Pizarro envió en este momento órdenes a su hermano para que le siguiera sin dilación y, después de dejar descansar a sus hombres, continuó su trabajosa ascensión, y antes de que cayera la noche llegaron a un promontorio coronado por otra fortaleza todavía de mayor consistencia que la precedente. Estaba construida de sólida mampostería, la parte inferior excavada en la roca viva y todo el trabajo estaba realizado con una habilidad no inferior a la de los arquitectos europeos[68].

Pizarro estableció aquí su campamento para la noche. Sin esperar la llegada de la retaguardia, la siguiente mañana reanudó su marcha adentrándose aún más en las intrincadas gargantas de la sierra. El clima había cambiado gradualmente y los hombres y los caballos, especialmente

estos últimos, sufrieron enormemente del frío, tan acostumbrados como estaban últimamente al tórrido clima de los trópicos[69]. La vegetación también cambió de aspecto y los magníficos bosques que cubrían los niveles bajos de la región habían dado lugar gradualmente a fúnebres bosques de pino y, a medida que seguían ascendiendo, a una maleza raquítica de innumerables plantas alpinas, cuya resistente naturaleza encontraba una temperatura agradable en la helada atmósfera de las regiones más elevadas. Estas lúgubres soledades parecían estar totalmente vacías de animales, así como de hombres. De vez en cuando se podía ver a la vicuña de ágiles patas, vagando en estado natural, mirando hacia abajo desde algún precipicio aéreo, donde el pie del cazador no se atrevía a aventurarse, pero en lugar de las especies emplumadas cuyo alegre plumaje resplandecía en las profundas tinieblas de los bosques tropicales, los aventureros ahora tan solo veían al gran ave de los Andes, el solitario cóndor, que, navegando alto por encima de las nubes, seguía con gritos compungidos el camino del ejército, como guiado por un instinto en el camino de la sangre y la carnicería.

Finalmente alcanzaron la cresta de la cordillera, donde esta se abre en una fuerte e inhóspita extensión, con apenas vestigios de vegetación a excepción del que proporciona el *pajonal*, una hierba amarilla seca, que, vista desde abajo rodeando la base de los picos cubiertos de nieve parece, con su brillante color de paja iluminado por los rayos del ardiente sol, un engarce de oro que rodea los pináculos de plata bruñida. La tierra era estéril, como es habitual en los distritos mineros, ya que ahora se acercaban a las que en su día fueron las famosas canteras de oro en el camino de Cajamarca:

> «Roca rica en gemas y montañas con grandes minas,
> que en el ecuador se elevan prominentes.»

Aquí Pizarro se detuvo hasta que llegara la retaguardia. El aire cortaba y estaba helado y los soldados levantaron sus tiendas, encendieron fuegos y, acurrucándose alrededor de ellos, intentaron encontrar algo de descanso después de su fatigosa marcha[70].

No llevaban mucho tiempo en este campamento, cuando llegó un mensajero, uno de aquellos que acompañaron al enviado indio que Pizarro había mandado a Atahualpa. Informó al general que la carretera estaba libre

de enemigos y que la embajada del inca estaba de camino al campamento castellano. Pizarro ordenó que se acelerara la marcha de la retaguardia, ya que no quería que el enviado peruano le encontrara con sus actuales efectivos. El resto del ejército no estaba muy lejos y no pasó mucho tiempo hasta que llegaron al campamento.

En poco tiempo también llegó la embajada india, que estaba compuesta por uno de los nobles incas y varios ayudantes que traían, como presente de bienvenida para el comandante español, algunas llamas. El peruano traía también los saludos de su señor, que deseaba saber cuándo llegarían los españoles a Cajamarca, para poder proporcionarles el refrigerio apropiado. Pizarro supo que el inca había dejado Guamachucho y que se encontraba ahora con una pequeña fuerza en las cercanías de Cajamarca, en un lugar famoso por sus fuentes naturales de agua caliente. El peruano era una persona inteligente y el comandante español recabó de él muchos detalles relacionados con las últimas luchas que habían agitado el imperio.

Como el enviado alardeaba en términos altaneros del poder y los recursos de su soberano, Pizarro pensó que sería diplomático mostrarle que no tenía poder para intimidarle. Expresó su satisfacción ante los triunfos de Atahualpa, quien reconoció se había elevado alto entre los guerreros indios. Pero era tan inferior, añadió con más diplomacia que delicadeza, al monarca que gobernaba sobre los hombres blancos, como los pequeños curacas del país eran inferiores a él. Esto era evidente por la facilidad con que unos pocos españoles habían conquistado este gran continente, subyugando una nación detrás de otra que, sin embargo, se hubiera resistido a sus armas. Le ofreció sus servicios en su guerra y si era recibido por el inca con el mismo espíritu amistoso con el que él venía, estaba dispuesto, por la ayuda que pudiera prestarle, a posponer un tiempo su paso por el país hasta el otro mar. El indio, según la versión castellana, escuchó con sobrecogimiento este tono de glorificación del comandante español. Sin embargo, es posible que el enviado fuera mejor diplomático de lo que imaginaban y que entendiera que lo que estaba haciendo su antagonista más civilizado era tan solo un juego de bravuconadas[71].

La mañana siguiente, a primera hora, las tropas estaban de nuevo en marcha y durante dos días estuvieron ocupados abriéndose paso a través de los desfiladeros aéreos de las cordilleras. Poco después de comenzar su descenso por el lado este, llegó otro emisario del inca, que traía un mensaje de contenido parecido al anterior e igualmente un regalo de ovejas

peruanas. Se trataba del mismo noble que había visitado a Pizarro en el valle. Esta vez venía con más pompa, bebiendo chicha, el zumo fermentado del maíz, en copas de oro que portaban sus ayudantes, que resplandecían a los ojos de los rapaces aventureros[72].

Mientras que estaba en el campamento, regresó el mensajero indio que anteriormente había enviado Pizarro, y en cuanto contempló al peruano y la honrosa recepción que tenía por parte de los españoles, montó en cólera, que hubiera expresado con violencia personal, de no ser por la interposición de los que estaban cerca. Era duro, dijo, que este perro peruano fuera tratado de forma tan cortés, cuando él mismo casi había perdido la vida en una misión similar entre sus compatriotas. Al llegar al campamento del inca se le había negado el permiso para presentarse ante él, con la excusa de que estaba ayunando y no se le podía ver. No le habían prestado ningún respeto a su afirmación de que venía como enviado de los hombres blancos y probablemente no se le habría permitido que escapara con vida de no haberles asegurado que cualquiera violencia que se le hiciera sería correspondida igualmente sobre las personas de los enviados peruanos que estaban ahora en el campamento de los españoles. No había duda, continuó, de las intenciones hostiles de Atahualpa, ya que estaba rodeado de un poderoso ejército, fuertemente acampado a una legua de Cajamarca, al mismo tiempo que la ciudad había sido completamente evacuada por parte de sus habitantes.

A todo esto, el enviado inca respondió fríamente que el mensajero de Pizarro bien podía haber esperado la recepción que había encontrado, ya que parecía que no había llevado ninguna credencial de su misión consigo. En cuanto al ayuno del inca, era cierto, y, aunque sin duda hubiera visto al mensajero de haber sabido que era uno de los extranjeros, no era seguro molestarle en estas solemnes sesiones, cuando estaba ocupado con sus tareas religiosas. Las tropas de las que estaba rodeado no eran grandes, considerando que el inca estaba en ese momento en una importante guerra, y en cuanto a Cajamarca había sido abandonada por los habitantes para dejar sitio a los hombres blancos que pronto la ocuparían[73].

Esta explicación, aunque fuera muy plausible, no satisfizo completamente al general, ya que estaba profundamente convencido de la astucia de Atahualpa, de cuyas intenciones hacia los españoles desconfiaba enormemente desde hacía tiempo. Sin embargo, como se proponía por el momento mantenerse en relaciones amistosas con el monarca, obviamente

su impulso fue no manifestar ninguna sospecha. Haciendo ver, por tanto, que daba completo crédito a la explicación del enviado, le despidió, asegurándole reiteradamente que pronto se presentaría él mismo ante el inca.

El descenso de la sierra, aunque los Andes son menos empinados por su lado oriental que por el occidental, se realizó con dificultades casi tan grandes como las de la ascensión, y los españoles sintieron una gran satisfacción cuando al séptimo día contemplaron el valle de Cajamarca, que, esmaltado con todas las bellezas del cultivo, se extendía desplegado como una rica y variada alfombra de verdor en un fuerte contraste con las oscuras formas de los Andes que se elevaban en todas las partes de alrededor del valle. El valle tiene forma oval y se extiende por unas cinco leguas de largo y unas tres de ancho. Estaba habitado por una población de un carácter superior a cualquiera que los españoles se hubieran encontrado en el otro lado de las montañas, como quedaba demostrado por el estilo superior de su atuendo y la mayor limpieza y confort que se veía tanto en las personas como en las moradas[74]. Hasta donde alcanzaba la vista, la franja llana mostraba el despliegue de un diligente y económico cultivo. Un ancho río se deslizaba por los prados, proporcionando medios para un riego copioso gracias a los habituales canales y acueductos subterráneos. La tierra, atravesada por verdes setos, estaba llena de parches de diferentes cultivos, ya que el suelo era rico, y el clima, aun siendo menos estimulante que el de las ardientes regiones de la costa, era más favorable para los resistentes productos de las latitudes templadas. Bajo los aventureros se encontraba la ciudad de Cajamarca, con sus blancas casas resplandeciendo bajo el sol, como una gema brillante sobre las oscuras faldas de la sierra. A una distancia más o menos de una legua, atravesando el valle, se podían ver unas columnas de vapor elevándose hacia los cielos, indicando el lugar de los famosos baños calientes, muy frecuentados por los príncipes peruanos. Había además aquí un espectáculo menos gratificante a la vista de los españoles, ya que a lo largo de la pendiente de las colinas se podía contemplar una nube blanca de tiendas que cubría la tierra, aparentemente por espacio de varias millas, tan espesa como los copos de nieve. «¡Nos llenó a todos de sorpresa», exclama uno de los conquistadores, «contemplar a los indios ocupando una posición tan orgullosa! ¡Tantas tiendas, tan bien dispuestas, como nunca se habían visto en las indias hasta ahora! El espectáculo provocó algo parecido a la confusión e incluso miedo en los

corazones más duros. Pero era demasiado tarde para echarse atrás, o para mostrar el mínimo signo de debilidad, ya que los nativos en nuestra compañía hubieran sido en ese caso los primeros en levantarse contra nosotros. Así que con un rostro tan audaz como pudimos, después de observar fríamente el terreno, nos preparamos para hacer nuestra entrada en Cajamarca»[75].

No tenemos noticia de cuáles eran los sentimientos del monarca peruano cuando contempló la marcial comitiva a caballo de los cristianos, a medida que con estandartes ondeando y las brillantes armaduras resplandeciendo bajo los rayos del sol de la tarde, salían de las oscuras profundidades de la sierra y avanzaban en un despliegue hostil sobre su bello dominio que hasta este momento nunca había sido ollado por otro pie que el de los pieles rojas. Puede que, como han afirmado muchas de las versiones, el inca hubiera atraído a propósito a los aventureros hasta el corazón de su poblado imperio, para poder envolverlos con sus legiones y apoderarse de la manera más fácil de su propiedad y de sus personas[76]. ¿O quizá fue por un sentimiento natural de curiosidad, basado en sus muestras de amistad, por lo que les permitió llegar a su presencia, sin ningún intento de resistencia? En cualquier caso, difícilmente podía haber sentido tanta seguridad en sí mismo como para no mirar con miedo, mezclado con sobrecogimiento, a los misteriosos extranjeros que, llegando de un mundo desconocido, poseían tantos dones maravillosos y se habían abierto camino a través de la montaña y el valle, a pesar de todos los obstáculos que el hombre y la naturaleza habían puesto en el camino.

Pizarro, mientras tanto, después de hacer formar a su pequeño cuerpo en tres divisiones, se movió hacia adelante a un paso más medido y en orden de batalla, descendiendo por la pendiente que llevaba a la ciudad india. Nadie vino a recibirle a medida que se acercaba, y cabalgó a través de las calles sin encontrarse con ser vivo o sin escuchar ningún sonido más allá del eco de los pasos de los soldados que repetían las abandonadas moradas.

Era un lugar de tamaño considerable, que tenía unos diez mil habitantes, algo más probablemente que la población que hay hoy en día dentro de las murallas de la moderna ciudad de Cajamarca[77]. Las casas estaban construidas en su mayoría de arcilla solidificada al sol, los tejados eran de paja o de madera. Algunas de las residencias más ambiciosas eran de piedra tallada y había un convento en el lugar, ocupado por las vírgenes del sol, así como entre las profundas y envolventes sombras de una arboleda en las

afueras de la ciudad había un templo dedicado a esa misma deidad protectora. En la parte más cercana al campamento indio había una plaza de inmenso tamaño, rodeada de edificios bajos. Esta estaba formada de amplias salas, con grandes puertas o aperturas que comunicaban con la plaza. Probablemente estaban pensadas como una especie de barracones para los soldados del inca[78]. Al final de la *plaza*[*], mirando hacia el campo, había una fortaleza de piedra con una escalera que venía de la ciudad y una entrada privada desde los barrios adyacentes. Había otra fortaleza en la elevación que dominaba la ciudad, construida de piedra labrada y rodeada de tres murallas circulares, o mejor dicho, de la misma muralla que se curvaba en espiral alrededor de ella. Era un lugar de gran solidez y el trabajo mostraba un gran conocimiento de mampostería y produjo una impresión mayor de la ciencia arquitectónica de este pueblo que nada que los españoles hubieran visto hasta el momento[79].

Estaba avanzada la tarde del 15 de noviembre de 1532, cuando el conquistador entró en la ciudad de Cajamarca. El tiempo, que había sido bueno durante el día, amenazaba ahora tormenta y comenzó a caer algo de lluvia mezclada con granizo, ya que hacía un frío inusual[80]. Pizarro, sin embargo, estaba tan ansioso por determinar la disposición del inca, que decidió enviar una embajada inmediatamente a sus aposentos. Eligió para esto a Hernando de Soto junto con quince caballos, y después de su partida, pensando que el número era demasiado pequeño en caso de que los indios se mostraran hostiles, ordenó a su hermano Hernando que le siguiera con veinte soldados de caballería más. Este capitán y otro más de su partida han dejado una relación de la excursión[81].

Entre la ciudad y el campamento imperial había una calzada, construida en su mayor parte atravesando un prado. La caballería galopó sobre este prado a paso rápido y antes de que hubieran avanzado una legua llegaron frente al campamento peruano, donde este se extendía a lo largo de la suave pendiente de las montañas. Las lanzas de los guerreros estaban plantadas en tierra frente a sus tiendas y los soldados indios holgazaneaban fuera, contemplando en silencioso asombro la cabalgata cristiana, mientras que con el repique de las armas y el estridente toque de la trompeta se deslizaban como una terrible aparición en alas del viento.

El grupo pronto llegó a un ancho aunque poco profundo arroyo que serpenteando por el prado hacía de defensa para la posición del inca. Cruzándolo había un puente de madera, pero los caballeros, desconfiando

de su resistencia, prefirieron lanzarse a través de las aguas y sin ninguna dificultad llegaron a la orilla opuesta. En el otro lado del puente había desplegado un batallón de guerreros indios armados, que no acosaron a los españoles, y estos últimos tenían estrictas órdenes de Pizarro, poco necesarias en su actual situación, de tratar a los nativos con cortesía. Uno de los indios indicó el lugar donde se encontraba el inca[82].

Este se encontraba en un patio de armas abierto, con un edificio ligero o casa de recreo en el centro, que tenía galerías a su alrededor y que en la parte posterior se abría a un jardín. Las paredes estaban cubiertas de un yeso brillante, tanto blanco como pintado, y frente al edificio se podía ver un espacioso tanque o estanque de piedra alimentado por acueductos que proporcionaban tanto agua fría como caliente[83]. En el mismo lugar todavía hay un pilón de piedra tallada, que puede que sea de construcción más reciente, y que lleva el nombre de «baño del inca»[84]. La corte estaba repleta de nobles indios, vestidos con trajes de alegres adornos, que servían al monarca, así como de mujeres de la casa real. Entre esta asamblea no era difícil distinguir a Atahualpa, a pesar de que su vestido era más simple que el de sus ayudantes. Llevaba en su cabeza la *borla*[*] carmesí, que, rodeando la frente, colgaba hasta las cejas. Esta era la marca bien conocida de los soberanos peruanos, y el monarca tan solo la había adoptado después de la derrota de su hermano Huáscar. Estaba sentado en un taburete bajo o cojín, un poco al estilo morisco o turco, y sus nobles o funcionarios principales estaban de pie a su alrededor, ocupando con gran ceremonia el lugar que les correspondía por su rango[85].

Los españoles contemplaron con mucho interés al príncipe de cuya crueldad y astucia habían oído hablar tanto y cuyo valor le había proporcionado la posesión del imperio. Pero su rostro no mostraba ninguna de las fieras pasiones ni la sagacidad que le habían adjudicado y, aunque su comportamiento mostraba una gravedad y una calmada conciencia de autoridad muy propia de un rey, parecía vaciar su rostro de toda expresión y mostrar tan solo la apatía tan característica de las razas americanas. En esta ocasión, esto debe haber sido, al menos en parte, fingido, ya que es imposible que el príncipe indio no contemplara con curioso interés un espectáculo tan extraño y en cierto sentido tan terrible como el de estos misteriosos extranjeros para los que ninguna descripción previa le podía haber preparado.

Hernando Pizarro y Soto, con tan solo dos o tres de sus seguidores, cabalgaron lentamente hasta el inca, y el primero, haciendo una respetuosa reverencia, pero sin desmontar, informó a Atahualpa que venía como embajador de su hermano, el comandante de los hombres blancos, para dar a conocer al monarca su llegada a la ciudad de Cajamarca. Eran los súbditos de un poderoso príncipe de allende los mares y habían venido allí, dijo, atraídos por la noticia de sus grandes victorias, para ofrecer sus servicios y para impartirle las doctrinas de la verdadera fe que profesaban, también le traía una invitación del general a Atahualpa para que este se dignara a visitar a los españoles en su actual campamento.

A todo esto el inca no respondió una palabra, ni siquiera hizo un gesto de reconocimiento de haberlo comprendido, aunque todo le fue traducido por Felipillo, uno de los intérpretes ya mencionados. Se mantuvo en silencio, con los ojos fijos en el suelo, pero uno de sus nobles levantándose a su lado, respondió, «Bien está»[86]. Era una situación embarazosa para los españoles, quienes parecían estar tan lejos de conocer la verdadera disposición del monarca peruano hacia ellos como cuando las montañas se hallaban entre ambos.

De forma cortés y respetuosa, Hernando Pizarro rompió de nuevo el silencio pidiéndole al inca que hablara él mismo y que les informara de lo que deseaba[87]. Ante esto, Atahualpa condescendió a responder, al mismo tiempo que una leve sonrisa pasaba sobre su semblante, «Dígale a su capitán que estoy guardando el ayuno, que terminaré mañana por la mañana. Entonces le visitaré con mis jefes. Mientras tanto, que ocupe los edificios públicos en la plaza y no otros, hasta que yo llegue, momento en el que ordenaré lo que deberá hacerse»[88].

Soto, uno del grupo que se encontraba presente en esta entrevista, como hemos indicado anteriormente, era el mejor montado y quizá el mejor jinete de la tropa de Pizarro. Observando que Atahualpa miraba con cierto interés a la fiera montura que estaba de pie frente a él, mascando la mordida y pateando el suelo con la natural impaciencia de un caballo de guerra, el español le soltó las riendas y, golpeando con su tacón de metal en su costado, se lanzó furiosamente sobre la llanura; después, girando en redondo, desplegó todos los bellos movimientos de su caballo y su propia excelencia como jinete. De pronto, frenándole en plena carrera, llevó al animal prácticamente de patas tan cerca del inca que un poco de la espuma que salpicaba los costados de su caballo cayeron sobre las ropas reales. Pero

Atahualpa mantuvo la misma compostura de mármol que antes, aunque varios de sus soldados frente a los que De Soto pasó en su camino, quedaron tan desconcertados que se echaron atrás manifestando su terror, un acto de falta de coraje por el que pagaron caro, si, como afirman los españoles, Atahualpa hizo que fueran ajusticiados esa misma tarde por mostrar una debilidad tan poco digna ante los extranjeros[89].

En este momento los asistentes reales ofrecieron refrigerios a los españoles, que estos declinaron, ya que no deseaban desmontar. Sin embargo, no renunciaron a beber la espumosa chicha en vasos de oro de un tamaño extraordinario, que les ofrecieron las bellezas de ojos oscuros del harén[90]. Después, despidiéndose respetuosamente del inca, los caballeros cabalgaron de vuelta a Cajamarca, con muchas especulaciones taciturnas sobre lo que habían visto, sobre el grado de opulencia del monarca indio, sobre la fuerza de su despliegue militar, el excelente equipamiento y la aparente disciplina de sus filas, lo que indicaba todo ello un grado de civilización y, por tanto, de poder mucho mayor que cualquier cosa que hubieran presenciado en las regiones bajas del país. Contrastando todo esto con su propia fuerza diminuta, ya adentrados demasiado, como ahora estaban, para que les llegara el socorro, sintieron que se habían precipitado lanzándose en medio de un imperio tan formidable y quedaron llenos de sombrías premoniciones sobre el desenlace[91]. Sus camaradas en el campamento pronto se vieron influenciados por el contagioso espíritu de desaliento, que aumentaba a medida que llegaba la noche y contemplaban las hogueras de los peruanos brillando en las laderas de las montañas y resplandeciendo en la oscuridad, «tan numerosas», dice uno de los que las vieron, «como estrellas en el cielo»[92].

Sin embargo, había un corazón en esa pequeña hueste que no se vio tocado ni por el sentimiento de miedo ni por el de abatimiento. Este era el de Pizarro, quien en secreto se regocijaba de haber llevado el asunto hasta el punto por el que había suspirado tanto tiempo. Veía la necesidad de encender un sentimiento parecido en sus seguidores o todo estaría perdido. Sin mostrar sus planes se fue por entre sus hombres suplicándoles que no mostraran corazones desfallecidos en esta crisis cuando se encontraran cara a cara con el enemigo al que habían estado tanto tiempo buscando. «Tenían que depender de sí mismos y de la providencia que les había llevado, sanos y salvos, a través de muchos y terribles sufrimientos. Ahora no les abandonaría y si los números, por muy grandes que fueran, estaban del lado

de sus enemigos, importaba poco cuando el brazo del cielo estaba del suyo»[93]. El caballero español actuaba bajo la influencia combinada de la aventura caballeresca y el fanatismo religioso. Este último era el más efectivo en la hora del peligro, y Pizarro, que entendía el carácter de aquellos con los que tenían que tratar, encendió las brasas moribundas de entusiasmo en el pecho de sus seguidores presentando la empresa como una cruzada y consiguió reestablecer su titubeante coraje.

Después convocó un consejo de sus oficiales, para considerar el plan de operaciones o, mejor dicho, para proponerles el extraordinario plan que él mismo había decidido. Este consistía en tender una emboscada al inca y tomarlo prisionero ¡frente a todo su ejército! Era un proyecto lleno de peligro, rayando, bien podría decirse, en la desesperación. Tomaran el camino que tomaran se veían amenazados por los peligros más terribles y era mejor enfrentar bravamente el peligro que encogerse débilmente frente a él, cuando no había escapatoria.

Era demasiado tarde para escapar. ¿A dónde podrían ir? A la primera muestra de retirada, todo el ejército del inca se lanzaría sobre ellos. El enemigo, que conocía mucho mejor que ellos los entresijos de la sierra, se anticiparía a sus movimientos, los pasos quedarían ocupados y ellos quedarían atrapados por todos lados, al tiempo que el mismo hecho de su movimiento hacia atrás disminuiría la confianza y con ella la fuerza real de sus hombres, doblándose la del enemigo.

Por otra parte, quedarse inactivo por mucho tiempo en su actual situación parecía por lo menos igualmente peligroso. Incluso suponiendo que Atahualpa albergara sentimientos amistosos hacia los cristianos, no podían confiar en que estos sentimientos continuaran. La familiaridad con los hombres blancos pronto destruiría cualquier imagen de seres sobrenaturales o incluso superiores. Sentiría desprecio ante lo escaso de sus efectivos. Sus caballos, sus armas y su llamativo equipo sería un atractivo cebo para la vista del bárbaro monarca y, cuando fuera consciente de que tenía el poder para destrozar a sus poseedores, no tardaría en encontrar un pretexto para ello. Ya tenía un motivo suficiente en las prepotentes medidas de los conquistadores a lo largo de la marcha que habían hecho a través de sus dominios.

Pero, ¿qué razones tenían para jactarse de que el inca abrigaba tal disposición hacia ellos? Era un príncipe astuto y poco escrupuloso, y si los informes que habían recibido repetidamente en su marcha eran ciertos,

siempre había visto la llegada de los españoles con recelo. Era difícil que la contemplara de otra forma. Sus dulces mensajes tan solo tenían la intención de atraerles a través de las montañas, donde, con la ayuda de sus guerreros, pudiera dominarles fácilmente. Se habían visto enredados en las trampas que el astuto monarca había tendido a su alrededor.

Su única solución era volver las artes del inca contra él, atraparle, si era posible, en su propia trampa. No había tiempo que perder, ya que cualquier día podía traer las victoriosas legiones que habían ganado recientemente sus batallas en el sur y de esta manera desequilibrar aún más la balanza contra los españoles de lo que ya estaba ahora.

Sin embargo, enfrentar a Atahualpa en campo abierto implicaría un gran riesgo e incluso si vencían había pocas posibilidades de que el inca, tan importante, cayera en manos de los vencedores. La invitación a visitarles en su campamento, que había aceptado sin sospechas, proporcionaba la mejor oportunidad para asegurarse este premio tan deseado. La empresa tampoco era tan desesperada, teniendo en cuenta las grandes ventajas que les proporcionaba el carácter y las armas de los invasores y lo inesperado del ataque. El solo hecho de actuar siguiendo un plan concertado hacía de un grupo pequeño un contrincante digno de un rival mucho más numeroso. Pero era necesario que no se dejara pasar a toda la fuerza india a la ciudad antes del ataque, y una vez que hubieran atrapado al inca, sus seguidores, atónitos por un hecho tan extraño, ya fueran muchos o pocos, no tendrían ánimo para ofrecer resistencia, y con el inca en su poder Pizarro podía dictar las leyes del imperio.

En este atrevido proyecto del jefe español, era fácil ver que tenía en mente la brillante hazaña de Cortés, cuando capturó al monarca azteca en su capital. Pero esto se realizó sin violencia, al menos no una violencia abierta, y recibió la sanción, aunque fuera forzada, del mismo monarca. Los resultados en ese caso no justificaban ciertamente la repetición del experimento, ya que el pueblo se levantó como un solo hombre para sacrificar tanto al príncipe como a sus secuestradores. Sin embargo, esto se debía en parte a la indiscreción de estos últimos. El experimento en un principio tuvo un éxito total, y si Pizarro se hacía con Atahualpa, confiaba en su propia discreción para el resto. Al menos le sacaría de la situación crítica en la que se encontraba, poniendo en su poder una inestimable garantía para su seguridad, y si no podía imponer sus condiciones

inmediatamente al inca, la llegada de refuerzos de casa le permitiría pronto, con toda probabilidad, hacerlo.

Después de que Pizarro acordara sus planes para el día siguiente, el consejo se levantó y el mismo jefe se dispuso a proporcionar seguridad para el campamento esa noche. Las entradas a la ciudad estaban defendidas por centinelas apostados en diferentes puntos, especialmente en la cima de la fortaleza, donde debían observar la posición del enemigo y notificar cualquier movimiento que amenazara la tranquilidad de la noche. Después de estas precauciones, el comandante español y sus seguidores se retiraron a los aposentos que se les habían destinado, pero no para dormir. Al menos el sueño debió tardar en llegar a los que eran conscientes del decisivo plan del día siguiente, el día que debía ser el punto de inflexión de su destino, ¡para coronar sus ambiciosos planes con el éxito o relegarlos a la ruina irreparable!

Notas al pie

[*] En español en el original.

[**] En español en el original.

[68] «Tan ancha la Cerca como cualquier Fortaleça de España, con sus Puertas: que si en esta Tierra oviese los Maestros, i Herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la Cerca.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 192.

[69] «Es tanto el frio que hace en esta Sierra, que como los Caballos venian hechos al calor, que en los Valles hacia, algunos se resfriaron.» *Ibid* ., p. 191.

[70] «É aposentaronse los Españoles en sus toldos ó pabellones de algodon de la tierra que llevaban, é haciendo fuegos para defenderse del mucho frio que en aquella Sierra hacen, porque sin ellos no se pudieron valer sin padecer mucho trabajo; y segun á los cristianos les pareció, y aun como era lo cierto, no podia haber mas frio en parte de España en invierno.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 4.

[71] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 193.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 5.

[72] «Este Embajador trata servicio de Señor, i cinco ò seis Vasos de Oro fino, con que bebia, i con ellos daba à beber à los españoles de la Chicha que traìa.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 193.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra* .

Este último autor, en esta parte de su trabajo, ha hecho poco más que transcribir el de Jerez. Su confirmación de las palabras del secretario de Pizarro, sin embargo, es valioso por el hecho de que con menos tentación a equivocarse o a exagerar disfrutaba de excelentes oportunidades de información.

[73] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 194.– Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra* .

[74] Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 195.

[75] «Y eran tantas las tiendas que parecian, que cierto nos puso harto espanto, porque no pensábamos que Indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas ni tan á punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á to- dos los Españoles harta confusión y temor; aunque no convenia mostrarse, no menos volver atras, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos Indios que llevábamos nos mataran, y ansi con animoso semblante, después de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo, y entramos en el pueblo de Cajamalca.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[76] Esta era evidentemente la opinión del viejo conquistador, cuyos imperfectos manuscritos conforman una de las mejores autoridades de esta parte de nuestra narración. «Teniéndonos en muy

poco, y no haciendo cuenta que 190 hombres le habian de ofender, dió lugar y consintió que pasasemos por aquel paso y por otros muchos tan malos como él, porque realmente, á lo que después se supo y averiguó, su intención era vernos y preguntarnos, de donde veniamos? Y quien nos habia hechado de alli? Y que queriamos? Porque era muy sabio y discreto, y aunque sin luz ni escriptura, amigo del saber y de sotil entendimiento; y después de holgadose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que á el mas le aplacian, y sacrificar á los demas.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

77 Según Stevenson, esta población que es de carácter mixto llegaba, o al menos lo hacía hace treinta años, a siete mil personas. Este sagaz viajero ofrece una animada descripción de la ciudad en la que residió cierto tiempo y que parece haber contemplado con especial predilección. Sin embargo, no posee probablemente el rango relativo hoy en día que tenía en la época de los incas. *Residence in South America*, vol. II, p. 131.

78 *Carta de Hernando Pizarro*, ap. Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 15.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 195.

* En español en el original.

79 «Fuerças son, que entre Indios no se han visto tales.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 195.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

80 «Desde à poco rato començo à llover, i caer graniço» (Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 195). Cajamarca en lengua india significa «el lugar de la helada», ya que la temperatura, aunque inusualmente suave y agradable, se ve afectada a veces por vientos helados del este, muy perniciosos para la vegetación. Stevenson, *Residence in South America*, vol. II, p. 129.

81 *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

La carta de Hernando Pizarro, dirigida a la Audiencia Real de Santo Domingo, ofrece un relato completo de los extraordinarios acontecimientos que relata este capítulo y el siguiente, en los que el caballero participó de forma prominente. Teniendo en cuenta la parcialidad propia de un protagonista de las escenas que describe, no hay autoridad que se pueda considerar mejor. El infatigable Oviedo, que residía en Santo Domingo, vio su importancia y afortunadamente incorporó el documento a su gran trabajo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 15. El autor anónimo de la *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito, también fue destacado para este servicio.

82 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

83 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 202.

«Y al estanque venian dos caños de agua, uno caliente y otro frio, y alli se templava la una con la otra, para quando el Señor se queria bañar ó sus mugeres que otra persona no osava entrar en el so

pena de la vida.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

84 Stevenson, *Residence in South America*, vol. II, p. 164.

* En español en el original.

85 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 196.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

La apariencia del monarca peruano es descrita en un estilo simple pero animado por el conquistador, tan a menudo citado, que formaba parte del grupo. «Llegados al patio de la dicha casa que tenia delante della, vimos estar en medio de gran muchedumbre de indios asentado aquel gran señor Atablica (de quien tanta noticia, y tantas cosas nos habian dicho) con una corona en la cabeza, y una borla que le salia della, y le cubria toda la frente, la cual era la insinia real, sentado en una sillecita muy baja del suelo, como los turcos y moros acostumbran a sentarse, el cual estaba con tanta majestad y aparato cual nunca se ha visto jamas, porque estaba cercado de mas de seiscientos Señores de su tierra.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

86 «Las cuales por él oidas, con ser su inclinación preguntarnos y saber de donde veniamos, y que queriamos, y ver nuestras personas y caballos, tubo tanta seriedad en el rostro, y tanta gravedad en su persona, que no quiso responder palabra á lo que se le decia, salvo que un Señor de aquellos que estaban par de el respondia; bien está.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

87 «Visto por el dicho Hernando Pizarro que él no hablaba, y que aquella tercera persona respondia de suyo, tornó le á suplicar, que el hablase por su boca, y le respondiese lo que quisiese.» *Ibid* ., manuscrito, *ubi supra* .

88 «El cual á esto volvió la cabeza á mirarle sonriéndose y le dijo: Decid á ese Capitan que os embia acá; que yo estoy en ayuno, y le acabo mañana, que en bebiendo una vez, yo iré con algunos destos principales mios á verme con el, que en tanto él se aposente en esas casas que estan en la plaza que son comunes á todos, y que no entren en otra ninguna hasta que Yo vaya, que Yo mandaré lo que se ha de hacer.» *Ibid* ., manuscrito, *ubi supra* .

Para esta peculiar entrevista he seguido el relato del caballero que acompañaba a Hernando Pizarro, prefiriéndolo al de este último, que se muestra a sí mismo hablando en un tono arrogante, lo que tiene un deje de alarde demasiado grande por parte del hidalgo.

89 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

«I algunos Indios, con miedo, se desviaron de la Carrera, por lo qual Atabalipa los hiço luego matar» (Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 4). Jerez afirma que Atahualpa confesó esto él mismo, conversando con los españoles después de ser tomado prisionero. La montura de Soto bien podía haber hecho moverse a los indios, si como afirma

Balboa, hizo un salto de veinte pasos, y esto ¡con un caballero y su armadura a la espalda! *Histoire du Pérou*, cap. 22.

90 *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 196.

91 «Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejercito, y las tiendas que era bien de ver, nos volvimos á donde el dicho capitan nos estabá esperando, harto espantados de lo que habiamos visto, habiendo y tomando entre nosotros muchos acuerdos y opiniones de lo que se debia hacer, estando todos con mucho temor por ser tan pocos, y estar tan metidos en la tierra donde no podiamos ser socorridos» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito). Pedro Pizarro es lo suficientemente honesto para confirmar esta versión de la consternación de los españoles. (*Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.) El miedo era una sensación extraña para el caballero castellano. Pero si no sintió un toque del mismo en esa ocasión, tiene que haber tenido algún tipo de relación con ese aguerrido caballero, que, como dijo Carlos V, «nunca podría haber apagado una vela con sus dedos».

92 «Hecimos la guardia en la plaza, de donde se vian los fuegos del ejercito de los Indios, lo cual era cosa espantable, que como estaban en una ladera la mayor parte y tan juntos los unos de otros, no parecia sino un cielo muy estrellado.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

93 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 197.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

Capítulo V

Plan desesperado de Pizarro. Atahualpa visita a los españoles. Horrible masacre. El inca prisionero. Conducta de los conquistadores. Espléndidas promesas del inca. Muerte de Huáscar. 1532

Las nubes de la tarde habían pasado y el sol se alzó brillante a la mañana siguiente, la fecha más memorable en los anales de Perú. Era sábado, el 16 de noviembre de 1532. El potente sonido de la trompeta llamó a las armas a los españoles con el primer rayo del amanecer, y Pizarro, dándoles a conocer brevemente el plan de ataque, hizo los preparativos necesarios.

Como se ha mencionado en el capítulo anterior, la *plaza*[*] estaba defendida en tres de sus lados por líneas de edificios bajos, formadas por espaciosas galerías con amplias puertas y vomitorios que se abrían a la plaza. En estas salas dispuso a la caballería en dos divisiones, una bajo las órdenes de su hermano Hernando, la otra bajo las de Soto. La infantería la situó en otro de los edificios, reservando veinte hombres elegidos para actuar con él como lo requiriera el momento. Pedro de Candia, con unos pocos soldados de artillería (bajo este imponente nombre tan solo había dos pequeñas piezas de artillería llamadas falconetes), quedó situado en la fortaleza. Todos recibieron órdenes de esperar en sus puestos hasta que llegara el inca. Después de su entrada en la gran plaza debían seguir bajo cubierto, fuera de la vista, hasta que se les diera la señal con una descarga de cañón, momento en el que deberían lanzar su grito de guerra,

precipitarse como un solo hombre desde su refugio y pasando a los peruanos por la espada llevarse al inca. La distribución de las grandes salas, abiertas al mismo nivel que la plaza, parecía estar pensada a propósito para un *coup de théatre*[*]. Pizarro ordenó que hubiera un orden y una obediencia ciega, para que en el ajetreo del momento no hubiera confusión. Todo dependía de su actuación en concierto, su frialdad y su celeridad[94].

El caudillo después comprobó que sus armas estaban en buen estado y que las corazas de sus caballos estaban decoradas con cascabeles, para que su ruido se añadiera al desconcierto de los indios. También se distribuyeron refrigerios con liberalidad, para que las tropas estuvieran en buenas condiciones para el combate. Una vez completados estos preparativos, los eclesiásticos que acompañaban a la expedición celebraron una misa con gran solemnidad, se invocó al dios de las batallas para que desplegara su escudo sobre los soldados que estaban luchando para extender el imperio de la cruz, y todos se unieron con entusiasmo en el canto, «*Exsurge, Domine* », «álzate Señor, y haz tuya nuestra causa»[95]. Bien podía tomárseles por una compañía de mártires, a punto de ofrecer sus vidas en defensa de su fe, ¡en lugar de por una licenciosa banda de aventureros preparando uno de los actos más atroces de perfidia en los registros de la historia! Sin embargo, fueran cuales fueran los vicios de los caballeros castellanos, la hipocresía no se encontraba entre ellos. Sentían que estaban luchando por la cruz, y bajo esta convicción, exaltada como estaba en un momento como este por el impulso predominante, estaban ciegos a los motivos más bajos que se mezclaban en la aventura. Con los ánimos así encendidos hasta el punto del fervor religioso, los soldados de Pizarro esperaban con renovado espíritu el combate que se avecinaba y el jefe vio con satisfacción que en la hora de la verdad sus hombres serían fieles a su jefe y a sí mismos.

El día ya estaba avanzado antes de que se viera ningún movimiento en el campamento peruano, donde se hacían muchos preparativos para acercarse al campamento de los cristianos con la debida pompa y ceremonia. Recibieron un mensaje de Atahualpa, informando al comandante español que vendría con sus guerreros completamente armados, del mismo modo que los españoles habían venido a su campamento la noche anterior. Esto no era un indicio agradable para Pizarro, aunque probablemente no tenía razón para esperar lo contrario. Pero objetar podía insinuar desconfianza o quizá revelar en cierto modo sus propios planes. Expresó su satisfacción, por

tanto, ante la noticia, asegurando al inca que viniera como viniera le recibiría como un hermano y amigo[96].

Llegó el mediodía antes de que la procesión india se pusiera en marcha, momento en el que se la vio ocupando la gran calzada a lo largo de un gran tramo. Al frente venía un gran cuerpo de ayudantes, cuya función parecía ser barrer toda partícula de basura de la carretera. Alto, por encima de la multitud, se veía al inca, transportado a hombros de sus principales nobles, mientras que otros del mismo rango marchaban junto a su litera, desplegando una muestra de adornos tan deslumbrante sobre sí mismos que, en el lenguaje de uno de los conquistadores, «brillaban como el sol»[97]. Pero la mayor parte de las fuerzas del inca se concentraban en los campos que se alineaban a los lados de la carretera y se extendían por los anchos campos hasta donde alcanzaba la vista[98].

Cuando la procesión real llegó a media milla de la ciudad se detuvo y Pizarro vio con sorpresa que Atahualpa se disponía a plantar sus tiendas, como para acampar allí. Poco después llegó un mensajero, que informó a los españoles que el inca ocuparía su actual situación durante esa noche y entraría a la ciudad a la mañana siguiente.

Esta noticia preocupó enormemente a Pizarro, que había compartido la impaciencia generalizada de sus hombres ante los lentos movimientos de los peruanos. Las tropas estaban armadas desde el amanecer; la caballería, montada, y la infantería, en sus puestos esperando en silencio la llegada del inca. Una profunda calma reinaba en toda la ciudad, rota tan solo a intervalos por el grito de un centinela en lo alto de la fortaleza indicando los movimientos del ejército indio. Pizarro sabía bien que nada pone tanto a prueba la paciencia del soldado como una incertidumbre prolongada, en una situación crítica como la actual y temió que de aplacarse el ardor este fuera seguido por ese nervioso sentimiento que aparece incluso en el alma más valiente en una crisis como esta y que, si bien no es miedo, se le parece[99]. Envió, por tanto, una respuesta a Atahualpa, criticando su cambio de planes y añadiendo que había preparado todo para atenderle y le esperaba esa noche para que cenara con él[100].

Este mensaje apartó al inca de su propósito y, levantando sus tiendas de nuevo, reanudó su marcha, informando primero al general que dejaría a la mayor parte de sus guerreros detrás y entraría en el lugar con tan solo unos pocos de ellos y sin armas[101], ya que prefería pasar la noche en Cajamarca.

Al mismo tiempo ordenaba que se le proporcionara acomodo para él y su séquito en uno de los grandes edificios de piedra, llamado por una serpiente esculpida en los muros «La casa de la serpiente»[102]. Ninguna noticia podía ser más agradable para los españoles. ¡Parecía como si el monarca indio estuviera deseando lanzarse en la trampa que le habían tendido! El caballero fanático no podía más que ver en esto el dedo directo de la providencia.

Es difícil dar cuenta de esta variable conducta de Atahualpa, tan diferente del carácter atrevido y decidido que la historia le asigna. No hay duda de que visitó a los hombres blancos de absoluta buena fe, aunque Pizarro probablemente tenía razón al pensar que la disposición amistosa se apoyaba en una base muy precaria. No hay tampoco razón para suponer que desconfiara de la sinceridad de los extranjeros, o de otra manera no se hubiera propuesto visitarles desarmado de forma innecesaria. Su propósito original de acudir con todas sus fuerzas tenía como fin, sin duda, desplegar su pompa real y quizá también mostrar un mayor respeto por los españoles, pero cuando consintió aceptar su hospitalidad y pasar la noche en su campamento, estaba dispuesto a prescindir de gran parte de sus hombres armados y a visitarles de un modo que implicaba una total confianza en su buena fe. Era demasiado incuestionable en su propio imperio como para sospechar con facilidad y probablemente no podía comprender la audacia con que unos pocos hombres, como aquellos que se hallaban en Cajamarca, meditaban un ataque sobre un poderoso monarca en medio de su victorioso ejército. No conocía el carácter de los españoles.

Poco después de la puesta del sol, la vanguardia de la procesión real entró en las puertas de la ciudad. Primero llegaron algunos cientos de sirvientes, que tenían como misión limpiar el camino de todo obstáculo y que cantaban canciones de triunfo mientras avanzaban, «que a nuestros oídos», dice uno de los conquistadores, «sonaban ¡como las canciones del infierno!»[103]. Después seguían otros cuerpos de diferentes rangos vestidos con distintos uniformes. Algunos vestían una llamativa tela a cuadros rojos y blancos, como los cuadrados de un tablero de ajedrez[104]. Otros iban cubiertos de blanco puro, con martillos o mazas de plata o cobre[105], y los guardias, junto con aquellos que servían inmediatamente al príncipe, se distinguían por libreas de rico azul celeste y una profusión de alegres adornos, al mismo tiempo que tenían grandes pendientes en las orejas, lo que indicaba que eran nobles peruanos.

En alto sobre sus vasallos llegaba el inca Atahualpa, portado en un palanquín o litera abierta, sobre la que se alzaba una especie de trono fabricado en oro macizo de inestimable valor[106]. El palanquín estaba bordeado con plumas de vivos colores de pájaros tropicales y tachonado con placas de oro y plata[107]. El atuendo del monarca era mucho más rico que el de la tarde anterior. Alrededor del cuello llevaba colgado un collar de esmeraldas de un tamaño y brillo poco común[108]. Su pelo corto estaba adornado con ornamentos de oro y la *borla*[*] imperial ceñía sus sienes. El porte del inca era reposado y digno y desde su alta posición miraba hacia abajo sobre las multitudes con aire de serenidad, como alguien acostumbrado a mandar.

A medida que las primeras filas de la procesión entraban en la gran plaza, mayor dice un viejo cronista que cualquier plaza de España, se abrían a derecha e izquierda para que pasara el séquito real. Todo se realizaba con un orden admirable. Se dejó que el monarca atravesara la *plaza*[**] en silencio y no se vio ni a un español. Cuando habían entrado en la plaza otros cinco o seis mil hombres, Atahualpa se detuvo y, volviéndose con una mirada inquisitiva, requirió: «¿Dónde están los extranjeros?»

En este momento el fraile Vicente de Valverde, un fraile dominico capellán de Pizarro y posteriormente obispo de Cuzco, apareció con su breviario, o, según dicen otras versiones, con una Biblia, en una mano y un crucifijo en la otra y acercándose al inca le dijo que venía por orden de su comandante para exponerle las doctrinas de la verdadera fe, para lo que los españoles habían venido a este país desde una gran distancia. El fraile entonces explicó lo más claro que pudo la misteriosa doctrina de la trinidad y, remontándose mucho en su relato, comenzó por la creación del hombre, pasando de ahí a su caída y su posterior redención por Jesucristo, hasta llegar a la crucifixión y la ascensión, cuando el salvador dejó al apóstol Pedro como su representante sobre la tierra. Este poder se había transmitido a los sucesores del apóstol, hombres buenos y sabios que bajo el título de papas habían comisionado al emperador español, el monarca más poderoso del mundo, a conquistar y convertir a los nativos de este hemisferio occidental, y su general Francisco Pizarro había venido ahora a realizar esta importante misión. El fraile concluyó suplicando al monarca peruano que le recibiera gentilmente, para abjurar de los errores de su propia fe y abrazara la de los cristianos que ahora se le brindaba, la única por la que podía tener

esperanzas de salvarse y más aún que se reconociera como tributario del emperador Carlos V, quien, en tal caso, le ayudaría y protegería como su leal vasallo[109].

Es dudoso que Atahualpa se enterara de todas las relaciones en la curiosa cadena de argumentación mediante la que el monje conectó a Pizarro con San Pedro. Es cierto, sin embargo, que debió tener nociones muy incorrectas de la trinidad, si, como Garcilaso afirma, el intérprete Felipillo lo explicó diciendo que «los cristianos creían en tres dioses y un dios, lo que hace cuatro»[110]. Pero no hay duda de que comprendió perfectamente que el sentido del discurso era persuadirle para que renunciara a su cetro y reconociera la supremacía de otro.

Los ojos del monarca indio relampaguearon con fuego y su oscura frente se oscureció aún más mientras replicaba: «No seré el tributario de ningún hombre. Soy más grande que cualquier príncipe sobre la tierra. Tu emperador puede ser un gran príncipe, no lo dudo cuando veo que ha enviado a sus súbditos tan lejos a través de los mares y estoy dispuesto a tenerle por hermano. En cuanto a tu papa de quien me hablas, debe estar loco si habla de dar países que no le pertenecen. Por lo que respecta a mi fe», continuó, «no la cambiaré. Tu propio dios, como dices, fue asesinado por los mismos hombres que había creado. Pero el mío», concluyó señalando a su deidad, que ¡ay! en ese momento se estaba hundiendo gloriosamente tras las montañas, «mi dios todavía vive en los cielos y vigila sobre sus hijos»[111].

Después requirió a Valverde con qué autoridad decía estas cosas. El fraile indicó el libro que sostenía como su autoridad. Atahualpa tomándolo pasó las páginas un momento; después, como probablemente le pasó por la memoria el insulto que había recibido, lo lanzó con vehemencia exclamando: «Dile a tus camaradas que me darán una explicación de sus acciones en mi tierra. No me iré de aquí hasta que me hayan dado completa satisfacción por todas las afrentas que han cometido»[112].

El fraile, enormemente escandalizado por la indignidad que se le había hecho al libro sagrado, se quedó lo justo para recogerlo y corriendo hacia Pizarro le informó de lo que había hecho, exclamando al mismo tiempo: «¿No ves que mientras estamos aquí malgastando nuestro aliento hablando con este perro, lleno de orgullo como lo está, los campos se están llenando de indios? Comienza inmediatamente, yo te absuelvo»[113]. Pizarro vio que

había llegado el momento. Agitó una bufanda blanca en el aire, la señal convenida. El cañón fatal disparó desde la fortaleza. Después, saltando a la plaza, el capitán español y sus seguidores gritaron el antiguo grito de batalla, «Santiago y a ellos». Todos los españoles en la ciudad respondieron al grito de batalla, al tiempo que se lanzaban desde las avenidas de las grandes salas en las que se habían escondido, entrando en la *plaza*[*] a caballo y a pie, cada uno en su oscura columna abalanzándose en medio de la multitud india. Estos últimos, tomados por sorpresa, aturdidos por el estruendo de la artillería y los mosquetes, cuyos ecos retumbaban como el trueno entre los edificios circundantes y cegados por el humo que se elevaba en volutas de azufre por la plaza, fueron presas del pánico. No sabían hacia dónde huir para buscar refugio y escapar de la ruina que se avecinaba. Los nobles y los comunes fueron pisoteados bajo la fiera carga de la caballería, que descargaba sin miramientos sus golpes a diestro y siniestro, al tiempo que sus espadas, que brillaban a través de la penumbra, llevaban el desaliento a los corazones de los desdichados nativos, quienes veían en este momento por primera vez al caballo y a su jinete en todo su terror. No ofrecieron resistencia, ya que de hecho no tenían armas con las que hacerlo. Todos los caminos de salida estaban cerrados, ya que la entrada de la plaza estaba bloqueada con los cuerpos muertos de los hombres que habían perecido en sus vanos intentos de huida y, tal era la agonía de los supervivientes bajo la terrible presión de sus atacantes que un gran grupo de indios, gracias a un intento desesperado, ¡derribó el muro de piedra y arcilla seca que formaba parte del perímetro de la *plaza!* Cayó, dejando una abertura de más de cien pasos, a través de la cual la multitud encontró en ese momento una manera de salir al campo, todavía perseguidos fieramente por la caballería que saltando sobre los cascotes caídos se pusieron en pos de los fugitivos, derribándoles en todas direcciones[114].

Mientras, la lucha, o mejor dicho la masacre, continuaba en pleno apogeo alrededor del inca, que era el gran objetivo del ataque. Sus fieles nobles, juntándose a su alrededor, se lanzaban en el camino de sus atacantes y se esforzaban por escudar a su querido señor, arrancándoles de sus monturas, o al menos ofreciendo su propio pecho como diana para su venganza. Algunas autoridades dicen que llevaban armas ocultas bajo sus ropas. De ser así les sirvieron de poco, ya que estas mismas autoridades no alegan que las usaran. Pero hasta el animal más timorato se defenderá si se ve acorralado. El que no lo hicieran en esta ocasión es prueba de que no tenían

armas que usar[115]. Sin embargo, continuaron obligando a los caballeros a que se retiraran, aferrándose a los caballos con su último suspiro, y cuando uno caía otro tomaba el lugar del camarada caído con una lealtad realmente conmovedora.

El monarca indio, aturdido y perplejo, veía a sus fieles súbditos caer a su alrededor sin comprender completamente su situación. La litera en la que le transportaban se balanceaba de un lado a otro, al tiempo que la enorme multitud se acercaba y se alejaba y él miraba sobre la incontenible ruina, como un desesperado marinero que zarandeado en su barco por los furiosos elementos ve el rayo fulgurar y oye tronar el trueno a su alrededor con la conciencia de que no puede hacer nada para evitar su destino. Finalmente, cansados de su actividad destructiva, los españoles, a medida que las sombras de la tarde se hacían más espesas, temieron que su real trofeo pudiera, después de todo, escapárseles, y algunos caballeros hicieron un esfuerzo desesperado para terminar la contienda inmediatamente quitando la vida a Atahualpa. Pero Pizarro, que estaba más cerca de él, les gritó con voz estentórea, «que nadie, que tenga en algo su vida, golpee al inca»[116], y alargando su brazo para protegerle recibió una herida en la mano de uno de sus propios hombres, la única herida que recibió algún español en la acción[117].

El combate se hizo en este momento más fiero que nunca alrededor de la litera real, que se tambaleaba más y más. Finalmente, cuando asesinaron a varios de los nobles que la sostenían, se volcó y el príncipe indio se hubiera golpeado violentamente contra el suelo de no haber evitado su caída el esfuerzo de Pizarro y otros caballeros, que le cogieron en sus brazos. Un soldado llamado Estete[118] arrebató inmediatamente la *borla* imperial de sus sienes, y el infeliz monarca, fuertemente sujeto, fue conducido a un edificio cercano, donde le guardaron cuidadosamente.

En ese momento cesó todo intento de resistencia. La suerte del inca pronto se extendió por la ciudad y el país. El encantamiento que podía haber mantenido a los peruanos unidos se disolvió. Cada hombre pensó solo en su propia seguridad. Incluso entre los soldados acampados en las cercanías cundió la alarma y cuando supieron las terribles noticias pudo vérseles huyendo en todas direcciones delante de los perseguidores, quienes en el calor del triunfo no mostraron un ápice de misericordia. Finalmente la noche, con más compasión que el hombre, corrió su manto amigo sobre los

fugitivos y las tropas diseminadas de Pizarro se reagruparon una vez más al sonido de la trompeta en la ensangrentada plaza de Cajamarca.

El número de los muertos ha quedado registrado, como de costumbre, con gran discrepancia. El secretario de Pizarro dice que cayeron dos mil nativos[119]. Un descendiente de los incas, una autoridad más segura que Garcilaso, aumenta el número hasta diez mil[120]. La verdad se encuentra generalmente en algún lugar entre los extremos. La matanza fue incesante porque no había nada que la parara. No parecerá extraño el que no hubiera resistencia si consideramos el hecho de que las desgraciadas víctimas no tenían armas y que sus sentidos tenían que haber quedado aturdidos por el extraño y terrible espectáculo que cayó sobre ellos de forma tan inesperada. «¿Qué portento fue», dijo un antiguo inca a un español, quien lo repitió, «qué portento, que nuestros compatriotas perdieran la cabeza, viendo la sangre correr como el agua y al inca, a quien adorábamos todos nosotros, atrapado y encerrado por un puñado de hombres?»[121]. A pesar de que la masacre fue incesante, fue corta en duración. El tiempo completo que se prolongó, el breve anochecer de los trópicos, no excedió la media hora, un plazo corto ciertamente, aunque lo suficientemente largo para decidir el destino de Perú y para derrocar la dinastía de los incas.

Esa noche Pizarro mantuvo una reunión con el inca, ya que trajo a Atahualpa a que cenara con él. El banquete fue servido en una de las salas que daban a la gran plaza que unas horas antes había sido el escenario de la matanza y el suelo todavía estaba cubierto con los cuerpos de los súbditos del inca. Se situó al monarca cautivo junto a su conquistador. Parecía no haber comprendido completamente el alcance de su calamidad. Si lo hacía, mostraba una sorprendente fortaleza. «Es la fortuna de la guerra», dijo[122], y si podemos dar crédito a los españoles, expresó su admiración por la habilidad con que habían conseguido atraparlo entre sus propias tropas[123]. Añadió que sabía de los avances del hombre blanco desde el momento de su desembarco, pero que lo insignificante de su número le había llevado a infravalorar su fuerza. No tenía duda de que le sería muy fácil dominarles a su llegada a Cajamarca con su fuerza superior y, como deseaba ver por sí mismo qué tipo de hombres eran, les había permitido atravesar las montañas con la intención de tomar a los que eligiera para su propio servicio, apoderarse de sus maravillosas armas y caballos y matar al resto[124].

No es improbable que tal fuera el propósito de Atahualpa. Explica su conducta al no ocupar los pasos de montaña, que proporcionaban puntos tan fuertes de defensa contra la invasión. Pero que un príncipe tan astuto, como lo representa el testimonio general de los conquistadores, hiciera una declaración tan poco política de sus motivos ocultos no es tan probable. La conversación con el inca se llevó a cabo principalmente a través del intérprete Felipillo, como le llamaban por el nombre cristiano que adoptó, un joven malicioso según parece que no tenía buena voluntad hacia Atahualpa y cuyas traducciones los conquistadores admitieron rápidamente, deseosos de encontrar algún pretexto para sus sangrientas represalias.

Atahualpa, como se ha dicho ya en otro sitio, tenía en esta época treinta años. Era de buena constitución y más robusto de lo habitual entre sus compatriotas. Su cabeza era grande y su rostro podía haber sido llamado bello, de no ser porque sus ojos, inyectados en sangre, le otorgaban una expresión fiera a sus rasgos. Era pausado en su discurso, de maneras graves y con su pueblo severo incluso hasta la dureza, aunque con los españoles se mostró afable, e incluso a veces se permitió arranques de alegría[125].

Pizarro mostró todo tipo de atenciones a su cautivo real, y trató de aligerar, ya que no podía disipar, la melancolía que, a pesar de su apariencia de ecuanimidad, pendía sobre la frente del monarca. Le suplicó que no se hundiera por sus reveses, ya que su suerte había sido únicamente la misma que la de todos los príncipes que se habían resistido a los españoles. Habían venido al país a proclamar el evangelio, la religión de Jesucristo, y no era de extrañar que se hubieran impuesto, cuando su escudo les cubría. El cielo había permitido que se humillara el orgullo de Atahualpa, por sus hostiles intenciones hacia los españoles y los insultos que había proferido al libro sagrado. Pero le pidió al inca que reuniera coraje y confiara en él, ya que los españoles eran una raza generosa, ¡que solo hacían la guerra contra aquellos que les hacían la guerra a ellos y que mostraban cortesía a todos los que se rendían![126]. Atahualpa puede haber pensado que la matanza de ese día era un comentario poco afortunado sobre esta cacareada indulgencia.

Antes de retirarse a pasar la noche, Pizarro se dirigió brevemente a sus tropas explicándoles su actual situación. Cuando comprobó que ningún hombre estaba herido, les pidió que dieran gracias a la providencia por un milagro tan grande, sin su protección nunca podrían haber podido imponerse tan fácilmente sobre la hueste de sus enemigos y creía que sus vidas se habían preservado para cosas aún más grandes. Pero para tener

éxito tenían que hacer mucho por sí mismos. Se hallaban en el corazón de un poderoso reino, rodeados de enemigos profundamente unidos a su soberano. Debían mantenerse constantemente en guardia, por tanto, y estar preparados en cualquier hora a levantarse del sueño por la llamada de la trompeta[127]. Después de apostar a sus centinelas, colocó una fuerte guardia ante las habitaciones de Atahualpa y, tomando todas las precauciones de un cuidadoso comandante, Pizarro se retiró a descansar, y si realmente sentía que en las sangrientas escenas del día había combatido tan solo por la buena lucha de la cruz, sin duda dormiría más profundamente que la noche anterior a la captura del inca.

A la mañana siguiente, las primeras órdenes del jefe español fueron limpiar la ciudad de sus impurezas y ordenó a los prisioneros, de los que había muchos en el campamento, que retiraran los muertos y les dieran un enterramiento decente. Su siguiente ocupación fue despachar un cuerpo de unos treinta hombres a caballo a las habitaciones que anteriormente ocupaba Atahualpa en los baños y apoderarse del botín, así como dispersar el resto de las fuerzas peruanas que todavía se encontraban por el lugar.

Antes del mediodía, el grupo que había sido destacado para este servicio regresó con una enorme tropa de indios, hombres y mujeres. Entre estas últimas se encontraban muchas de las mujeres y ayudantes del inca. Los españoles no habían hallado resistencia, ya que los guerreros peruanos, aunque superiores en número y con un equipamiento excelente, eran en su mayor parte jóvenes hábiles, ya que la mayor parte de las fuerzas veteranas se encontraban con los generales del inca en el sur, y habían perdido todo el ánimo en el momento en que su soberano había sido hecho prisionero. No había un líder que ocupara su lugar, ya que no reconocían otra autoridad más que la del hijo del sol y parecían estar atados por una especie de encantamiento invisible al lugar de su encierro, mientras contemplaban con sobrecogimiento supersticioso a los hombres blancos que habían logrado una empresa tan audaz[128].

El número de los prisioneros indios era tan grande que algunos de los conquistadores eran partidarios de matarlos a todos, o al menos cortarles las manos, para que no pudieran cometer actos de violencia y para provocar el terror entre los compatriotas[129]. La proposición, sin duda, llegó de la soldadesca más baja y feroz. Pero el simple hecho de que se propusiera muestra qué tipo de materiales entraban en la composición de la compañía de Pizarro. El jefe lo rechazó inmediatamente, no tanto por ser poco político

como por inhumano, y envió a los indios a sus casas, asegurándoles que nadie sería herido si no ofrecía resistencia a los hombres blancos. Un número suficiente, sin embargo, se quedó para servir a los conquistadores, que en este respecto estaban tan bien provistos, que la mayoría de los soldados comunes eran atendidos por un séquito de sirvientes más propio de la corte de un noble[130].

Los españoles encontraron inmensas manadas de llamas bajo el cuidado de sus pastores en las cercanías de los baños, destinadas al consumo de la corte. A muchas de ellas se las dejaba que rumiaran libres en sus montañas nativas, aunque Pizarro hizo que se reservara algunas para uso del ejército. Y estas no eran pocas, si, como dice uno de los conquistadores, frecuentemente se sacrificaban ciento cincuenta de las ovejas peruanas en un solo día[131]. Ciertamente, los españoles fueron tan poco previsores en la destrucción de estos animales que en unos pocos años los imponentes rebaños que el gobierno peruano criaba con tanto cuidado habían desaparecido prácticamente del país[132].

El grupo enviado a realizar el pillaje en la casa de recreo del inca volvió con un rico botín de oro y plata, que constaba principalmente de vajillas de la mesa real, que asombraron enormemente a los españoles por su tamaño y peso. Todo esto, junto con unas grandes esmeraldas que habían obtenido allí y los preciosos despojos que encontraron en los cuerpos de los nobles indios muertos en la masacre, se pusieron bajo custodia para su posterior división. Las tropas también encontraron en la ciudad de Cajamarca almacenes llenos de telas, tanto de algodón como de lana, muy superior a todo lo que habían visto, por la fineza de la textura y la habilidad con que estaban mezclados los diferentes colores. Estaban apiladas desde el suelo hasta el techo de los edificios y en tal cantidad que, después de que cada soldado hubiera tomado para sí lo que deseaba, no se notó la disminución de la cantidad total[133].

Pizarro hubiera marchado en ese momento con gusto hacia la capital peruana. Pero la distancia era grande y su fuerza era pequeña. Sin duda, esta se había visto disminuida aún más por la necesaria guardia para el inca, y el jefe temía introducirse más profundamente en un imperio hostil tan poblado y poderoso teniendo a su cuidado un botín tan precioso. Por tanto, esperaba con gran ansiedad la llegada de refuerzos de las colonias y envió un correo a San Miguel para que informara a los españoles que habían quedado allí de sus recientes éxitos y para saber si había llegado alguien de Panamá.

Mientras tanto empleó a sus hombres en la tarea de convertir Cajamarca en una residencia más apropiada para la hueste cristiana, erigiendo una iglesia, aunque es probable que se apropiaran de algún edificio indio para este uso, en la que los padres dominicos celebraban la misa regularmente con gran solemnidad. Los muros desvencijados de la ciudad también se reconstruyeron con mayor solidez que antes y pronto se borró todo vestigio del huracán que la había barrido tan recientemente.

No pasó mucho tiempo antes de que Atahualpa descubriera, entre todas las muestras de celo religioso de los conquistadores, un apetito oculto más potente en la mayoría de los pechos que la religión o la ambición: el amor por el oro. Decidió aprovecharse de ello para conseguir su propia libertad. La crítica situación de sus asuntos hacía que fuera importante no retrasarlo mucho. Su hermano, Huáscar, desde su derrota se encontraba detenido como prisionero, sujeto a las órdenes de su vencedor. Ahora estaba en Andamarca, a no mucha distancia de Cajamarca, y Atahualpa temía, con razón, que una vez se conociera su propio encierro a Huáscar le resultara fácil sobornar a sus guardias, escaparse y ponerse él mismo a la cabeza del imperio en disputa sin un rival que lo reclamara.

Por tanto, con la esperanza de conseguir su propósito gracias a la avaricia de sus guardianes, un día le dijo a Pizarro que si le liberaba se comprometía a cubrir el suelo de la habitación en la que se encontraba de oro. Los presentes le escucharon con una sonrisa incrédula, y como el inca no recibía respuesta, dijo con cierto énfasis que «no solo cubriría el suelo, sino que llenaría la habitación de oro hasta donde pudiera alcanzar», y diciendo esto se puso de puntillas, estiró la mano y la apoyó en la pared. Todos se quedaron mirando asombrados, contemplándolo como el alarde malsano de un hombre tan ansioso por conseguir la libertad como para no sopesar el significado de sus palabras. Sin embargo, Pizarro quedó profundamente perplejo. A medida que había avanzado por el país, mucho de lo que había visto, y todo lo que había oído, había confirmado los maravillosos informes recibidos al principio acerca de las riquezas del Perú. El mismo Atahualpa le había ofrecido una brillante imagen de la riqueza de la capital, donde los techos de los templos estaban recubiertos de oro, los muros de tapices y los suelos tenían baldosas del mismo metal precioso. Debía haber algún fundamento para todo ello. En cualquier caso, no había peligro en aceptar la proposición del inca, ya que haciéndolo podía acumular inmediatamente todo el oro a su disposición y de esta manera evitar que fuera sustraído en

secreto por los nativos. Por tanto, accedió a la oferta de Atahualpa y, marcando una línea roja a lo largo de la pared a la altura indicada por el inca, ordenó que el notario registrara debidamente las condiciones de la promesa. La habitación era de unos diecisiete pies de ancho por veintidós de largo y la línea de la pared se encontraba a nueve pies del suelo[134]. Este espacio debía llenarse de oro, pero se entendía que el oro no debía fundirse en lingotes, sino que debía mantener la forma original de los artículos en los que estaba moldeado, para que el inca tuviera la ventaja del espacio que ocupaban. Se acordó además que de igual manera se rellenaría una habitación adjunta dos veces menor de plata, y exigió que todo esto se completara en dos meses[135].

En cuanto se llegó a este acuerdo, el inca despachó a sus correos hasta Cuzco y otros lugares importantes del reino, con órdenes de que se tomaran los adornos y utensilios de oro de los palacios reales, de los templos y de otros edificios públicos y se trajeran sin pérdida de tiempo a Cajamarca. Mientras tanto continuó viviendo en el campamento de los españoles, tratado con el respeto debido a su rango y disfrutando de toda la libertad que era compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitía que saliera, sus miembros no tenían grilletes y el conjunto de sus habitaciones privadas estaba bajo la estricta *surveillance*[*] de una guardia, que conocía demasiado bien el valor de su cautivo real como para ser negligentes. Se le permitía estar en compañía de sus esposas preferidas y Pizarro se cuidó de que no se violase su intimidad. Sus súbditos tenían libre acceso al soberano y cada día recibía visitas de los nobles indios, que venían a traerle presentes y ofrecerle condolencias a su desafortunado señor. En estas ocasiones, el más potente de estos grandes vasallos nunca entraba en su presencia sin quitarse las sandalias y portar una carga sobre la espalda como muestra de reverencia. Los españoles contemplaban con curiosidad estas muestras de homenaje o más bien de sumisión servil, por un lado, y por otro, el aire de perfecta indiferencia con que eran recibidas, como algo perfectamente natural, y se forjaron grandes ideas sobre el carácter de un príncipe que, incluso en su actual situación de indefensión, podía inspirar tales sentimientos de respeto entre sus súbditos. La recepción real estaba tan bien atendida y sus vasallos mostraban tal devoción al monarca cautivo, que finalmente no pudo más que provocar algunos sentimientos de desconfianza en sus guardianes[136].

Pizarro no desperdició la oportunidad que se le proporcionaba de comunicar las verdades de la revelación a su prisionero, y tanto él como su capellán, el padre Valverde, trabajaban en la misma buena obra. Atahualpa escuchaba con compostura y aparente atención. Pero nada parecía conmoverle tanto como el argumento con el que el polemista militar cerraba su discurso de que el dios que veneraba Atahualpa no podía ser el dios verdadero si permitía que cayera en las manos de sus enemigos. El desgraciado monarca asentía ante la fuerza de este argumento, reconociendo que ciertamente la deidad le había abandonado en su mayor necesidad[137].

Sin embargo, su conducta hacia su hermano Huáscar, en este momento, prueba de forma demasiado clara que, por mucho respeto que mostrara a sus profesores, las doctrinas de la cristiandad habían causado poca impresión en su corazón. En cuanto Huáscar fue informado de la captura de su rival y del enorme rescate que había ofrecido por su liberación, como el otro había previsto, hizo todos los esfuerzos para recobrar su libertad y envió, o intentó enviar, un mensaje al comandante español, diciéndole que pagaría un rescate mucho mayor del que había prometido Atahualpa, quien, al no haber vivido nunca en Cuzco, desconocía la cantidad de tesoros que había allí y dónde estaban depositados.

Atahualpa recibió noticias secretas de ello por personas que estaban al cargo de su hermano, y su envidia, que se había despertado de esta manera, aumentó aún más con la declaración de Pizarro de que planeaba traer a Huáscar a Cajamarca, donde él mismo examinaría la controversia y determinaría cuál de los dos tenía más derecho al cetro de los incas. Pizarro percibió, desde el primer momento, las ventajas de una competencia que le permitiría darle preponderancia al platillo de la balanza que quisiera poniendo su espada en él. El partido que obtuviera el cetro gracias a su nombramiento sería de aquí en adelante un instrumento en sus manos, con el que trabajar a su placer más efectivamente de lo que podría hacer en su propio nombre. Como saben todos los lectores, este fue el juego que jugó Eduardo I (y más de un monarca, tanto antes como después) en los asuntos de Escocia, y aunque el soldado iletrado no conociera su ejemplo Pizarro era demasiado rápido en sus percepciones para necesitar en este asunto al menos las enseñanzas de la historia.

Atahualpa quedó muy alarmado por la decisión del comandante español de que el pleito entre los candidatos rivales se desarrollara ante él, ya que temía que, independientemente de los méritos de la causa, era más probable

que la decisión fuera favorable a Huáscar, cuyo temperamento tranquilo y dúctil le convertiría en un instrumento más conveniente en manos de sus conquistadores. Sin dudarlo más, decidió eliminar para siempre esta causa de discordia con la muerte de su hermano.

Sus órdenes fueron ejecutadas inmediatamente y el desgraciado príncipe fue ahogado, como se informa comúnmente, en el río de Andamarca, declarando con su último suspiro que los hombres blancos vengarían su asesinato y que su rival no le sobreviviría mucho tiempo[138]. Así murió, pues, el desgraciado Huáscar, el legítimo heredero del trono de los incas, en el amanecer de su vida y al comienzo de su reinado, un reinado, sin embargo, que había sido lo suficientemente largo para sacar a la luz una muestra de sus muchas y buenas cualidades, aunque su naturaleza fuera demasiado moderada para enfrentarse al valiente y fiero temperamento de su hermano. Tal es el retrato que, a través de los cronistas indios y castellanos, nos ha llegado de él, aunque los primeros, debería añadirse, eran familiares de Huáscar y los segundos ciertamente no tenían buena voluntad hacia Atahualpa[139].

Este otro príncipe recibió las noticias de la muerte de Huáscar con todas las muestras de sorpresa e indignación. Inmediatamente envió a por Pizarro y le comunicó el hecho con expresiones del más profundo dolor. El comandante español al principio se negó a dar crédito a las inoportunas noticias y le dijo sin rodeos al inca que su hermano no podía estar muerto y que respondería por su vida[140]. A esto Atahualpa respondió asegurándole de nuevo que así era, añadiendo que el crimen se había cometido sin su conocimiento por los guardianes de Huáscar, temerosos de que se aprovechara de los problemas del país para escapar. Pizarro al seguir preguntando descubrió que la información de su muerte era cierta. Que lo hubieran perpetrado los oficiales de Atahualpa sin su orden expresa tan solo indicaría que haciéndolo se habían anticipado probablemente a los deseos de su señor. El crimen, que a nuestros ojos toma un tinte aún más oscuro por la relación de las partes, no tenía la misma estimación entre los incas, en cuyas multitudinarias familias los lazos de hermandad deben haber sido laxos, demasiado laxos para detener el brazo del déspota a la hora de barrer cualquier obstáculo que se pusiera en su camino.

Notas al pie

[*] En español en el original.

[*] En francés en el original.

[94] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 197.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 7.

[95] «Los Eclesiásticos i Religiosos se ocuparon toda aquella noche en oración, pidiendo a Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltación de la fé é salvación tanto de numero de almas, derramando muchas lagrimas i sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó á los soldados con una mui cristiana platica que les hizo: con que, i asegurarles los Eclesiásticos de parte de Dios i de su Madre Santísima la vitoria, amanecieron todos mui deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, *Exsurge Domine, et judica causam tuam.* » Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[96] «El gobernador respondió: Dì à tu Señor, que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recebirè como Amigo, i Hermano.» Jerez, *Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 197.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 7.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

[97] «Hera tanta la pateneria que traian d'oro y plata que hera cossa estraña lo que Reluzia con el Sol.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[98] A la vista del viejo conquistador tan a menudo citado, el número de guerreros peruanos parecía no menos de 50.000, «mas de cincuenta mil que tenia de guerra» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito). Al secretario de Pizarro, cuando estaban acampados en las colinas, le parecían 30.000 (Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 196). Por muy gratificante que sea para la mente basarse en un número preciso, es muy extraño poder hacerlo con seguridad a la hora de hacer una estimación de las tropas irregulares y tumultuosas de una hueste bárbara.

[99] Pedro Pizarro dice que un espía indio informó a Atahualpa que los hombres blancos estaban todos apiñados en las grandes salas de la plaza, con mucha consternación, *llenos de miedo*, lo que no estaba muy lejos de la realidad, añade el caballero (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito).

[100] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«Asentados sus toldos envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí, que por la mañana vernía: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no habia de cenar, hasta que fuese.» *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

101 «El queria venir luego, é que venia sin armas. E luego Atabalilca se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevò consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traían porras pequeñas, é hondas é bolsas con piedras.» *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

102 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 197.

103 *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

104 «Blanca y colorada como las casas de un ajedrez.» *Ibid* ., manuscrito.

105 «Con martillos en las manos de cobre y plata.» *Ibid* ., manuscrito.

106 «El asiento que traia sobre las andas era un tablón de oro que pesó un quintal de oro segun dicen los historiadores 25.000 pesos ó ducados.» Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

107 «Luego vania mucha Gente con Armaduras, Paternas, i Coronas de oro i Plata: entre estos venia Atabalipa, en una Litera, aforrada de Pluma de Papagayos, de muchas colores, guarnecida de chapas de Oro, i Plata.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 198.

108 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«Venia la persona de Atabalica, la cual traian ochenta Señores en hombros todos vestidos de una librea azul muy rica, y el vestido su persona muy ricamente con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

* En español en el original.

** En español en el original.

109 Montesinos dice que Valverde leyó al inca la fórmula habitual usada por los españoles en sus conquistas (*Annales*, manuscrito, año 1533). Pero ese discurso, aunque ya bastante absurdo, no incluía todo el discurso teológico que se le adscribe al capellán en esta ocasión. Sin embargo, no es imposible. He seguido el informe de fray Naharro que recabó su información de los protagonistas de la tragedia y cuya declaración más detallada es corroborada por el testimonio más general tanto de los Pizarro como del secretario Jerez.

110 «Por decir Dios trino y uno, dixo Dios tres y uno son quatro, sumando los numeros por darse á entender.» *Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 23.

111 Algunas versiones le describen como acusando a los españoles más o menos en los mismos términos absolutos.

112 Según algunas autoridades, Atahualpa dejó caer el volumen por accidente (Montesinos, *Anales*, manuscrito, año 1533.–Balboa, *Histoire du Pérou*, cap. 22). Pero los testimonios, los que han dado aquellos que estaban presentes, coinciden en describirlo como ha quedado en el texto. Y si habló con el calor que se le imputa, este acto tan solo sería lo normal.

113 «Visto esto por el Frayle y lo poco que aprovechan sus palabras, tomó su libro y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo, y dijole: No veis lo que pasa: para que estais en comedimientos y requerimientos con ese perro lleno de soberbia que vienen los campos llenos de indios? Salid á el –que yo os absuelvo» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito). El historiador no debería apresurarse a la hora de imputarle una conducta tan diabólica al padre Valverde sin pruebas. Dos de los conquistadores presentes, Pedro Pizarro y Jerez, simplemente afirman que el monje informó a su comandante de la indignidad que se había cometido sobre el libro sagrado. Pero Hernando Pizarro y el autor de la *Relación del Primer Descubrimiento*, ambos testigos, y Naharro, Zárate, Gómara, Balboa, Herrera, el inca Titucussi Yupanqui, todos los cuales obtuvieron su información de personas que eran testigos, describen el hecho, con pocas variaciones, tal y como está en el texto. Sin embargo, Oviedo apoya la versión de Jerez, y Garcilaso de la Vega insiste en la inocencia de Valverde de cualquier intento de levantar las pasiones de sus camaradas.

* En español en el original.

114 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 198.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 7.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 5.– *Instrucción del Inga Titucussi Yupanqui*, manuscrito.

115 El autor de la Relación del *Primer Descubrimiento* habla de unos pocos que tenían arcos y flechas y de otros armados con mallas de plata y cobre o mazas que bien podían ser más de adorno que de servicio en la lucha –Pedro Pizarro y algunos escritores posteriores dicen que los indios trajeron consigo correas para atrapar a los hombres blancos. Tanto Hernando Pizarro como el secretario Jerez están de acuerdo en que sus únicas armas estaban escondidas bajo sus ropas, pero como no pretenden que las usaran y como el inca anunció que vendría sin armas, bien se puede dudar de la afirmación, o mejor dicho desacreditar. Todas las autoridades, sin excepción, están de acuerdo en el hecho de que no se ofreció resistencia.

116 «El marquez dio bozes diciendo. Nadie hiera al indio so pena de la vida.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

117 Por muchas discrepancias que existan entre las versiones castellanas con respecto a otras cosas, *todas* coinciden en este notable hecho de que ningún español, excepto su general, recibió herida alguna en esta ocasión. Pizarro vio en esto un argumento satisfactorio para ver a los españoles ese día bajo la especial protección de la providencia. Véase Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 199.

118 Miguel Estete, quien conservó durante mucho tiempo la diadema de seda como un trofeo de la hazaña, según Garcilaso de la Vega (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 27), una autoridad poco importante para cualquier cosa en esta parte de su historia. Este popular escritor, cuyas obras,

por su conocimiento superior de las instituciones del país, han obtenido un crédito mayor, incluso en lo relacionado con la conquista, que los informes de los conquistadores mismos, se ha permitido una vena romántica hasta un punto imperdonable en su narración de la captura de Atahualpa. Según él, el monarca peruano trató a los invasores desde el primer momento con enorme deferencia, como descendientes de Viracocha, que sus oráculos habían predicho que vendrían a gobernar la tierra. Pero si el inca hubiera ofrecido este halagador homenaje, nunca se les hubiera pasado por alto a los conquistadores. Garcilaso había leído los comentarios de Cortés, como nos dice en algún sitio, y es probable que la narración del general, bien fundamentada, según parece, sobre una superstición similar entre los aztecas, le sugiriera al historiador la idea de un sentimiento similar entre los peruanos, que al mismo tiempo que halagaba la vanidad de los españoles, en cierto modo exculpaba a sus propios compatriotas de la acusación de cobardía en la que incurrieron por su sumisión demasiado precipitada, ya que por mucho que se les pudiera pedir que se resistieran a los hombres, hubiera sido una locura pedirles que se resistieran a los decretos del cielo. Sin embargo, la versión romántica de Garcilaso tiene algo de agradable a la imaginación, que siempre ha recibido el favor de la mayoría de los lectores. El estudioso inglés encontrará un correctivo suficiente en la crítica del sagaz y escéptico Robertson.

119 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 199.

120 «Los mataron á todos con los Caballos con espadas con arcabuces como quien mata ovejas, sin hacerles nadie resistencia que no se escaparon de mas de diez mil, doscientos». *Instrucción del Inga Titucussi*, manuscrito.

Este documento, que consta de doscientas páginas tamaño folio, está firmado por el inca peruano, nieto del gran Huayna Capac, y sobrino, por tanto, de Atahualpa. Fue escrito en 1570 y pensado para presentar ante su majestad Felipe II las reclamaciones de Titucussi y de los miembros de su familia a la recompensa real. En el curso de la Memoria, el escritor tiene ocasión de recapitular algunos de los principales acontecimientos en los últimos años del imperio y aunque suficientemente prolijo como para poner a prueba la paciencia de Felipe II, es de mucho valor como documento histórico, viniendo de alguien de la casta real de Perú.

121 Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1532.

Según Naharro, los indios quedaron menos aturdidos por el salvaje rugido que provocó el repentino ataque de los españoles, aunque «éste fue tal que pareció como si cayera el mismo cielo», que por la terrible aparición que surgió en el aire durante la masacre. Esta consistía en una mujer y un niño junto con un caballero a su lado, todo vestido de blanco, sobre una montura del blanco de la leche, sin duda el valiente Santiago, quien, con su espada relampagueando brillante, golpeaba a la hueste infiel y les impedía que se defendieran. Este milagro lo refiere el buen padre basándose en el testimonio de tres miembros de su orden que estaban presentes en la acción y que la recabaron de un número incontable de nativos. *Relación Sumaria*, manuscrito.

122 «Diciendo que era uso de Guerra vencer, i ser vencido.» Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 2, cap. 12.

123 «Haciendo admiración de la traza que tenia hecha.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

124 «Y en mi opinión», añade el conquistador que nos refiere este discurso, «tenía buena base para creer que podía hacer esto, ya que nada más que la milagrosa interposición del cielo podía habernos salvado». *Ibid* ., manuscrito.

125 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 203.

126 «Nosotros vsamos de piedad con nuestros Enemigos vencidos, i no hacemos Guerra, sino à los que nos la hacen, i pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos.» *Ibid* ., tom. III, p. 199.

127 *Ibid., ubi supra.* –Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.

128 A partir de este momento, dice Ondegardo, los españoles, a quienes hasta ahora se les conocía como los «hombres con barbas», *barbudos*, fueron llamados por los nativos según el nombre de su deidad de rostro blanco, *Viracochas* . El pueblo de Cuzco, que no tenían ninguna buena voluntad hacia el inca cautivo, «miró a los extranjeros», dice el autor, «como enviados del mismo Viracocha» (*Relación Primera*, manuscrito). Esto recuerda a la superstición, o mejor dicho la amable invención, que existía entre los antiguos griegos de que «el extranjero llegaba de Júpiter»:

«Preß gàr Dióß eìsin ἅπανεζ Ξε+νοὶ τε.»
ΟΔΨΣ. ξ, v. 57.

129 «Algunos fueron de opinión, que matasen à todos los Hombres de Guerra, ò les cortasen las manos.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 200.

130 «Cada Español de los que alli ivan tomaron para si mui gran cantidad tanto que como andava todo a rienda suelta havia Español que tenia doscientas piezas de Indios i Indias de servicio.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

131 «Se matan cada Dia, ciento i cinquenta.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 202.

132 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 80.–Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

«Hasta que los destruian todos sin haver Español ni Justicia que lo defendiese ni amparase.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

133 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 200.

Había suficiente, dice el conquistador anónimo, para varias cargas de barco. «Todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodon eran en tan gran cantidad, que à mi parecer fueran menester muchos navios en que supieran.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

134 He tomado las dimensiones que dio el secretario Jerez (*Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 202). Según Hernando Pizarro, la habitación era de nueve pies de alto, aunque medía treinta y cinco pies de largo por dieciocho pies de ancho (*Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito). La estimación más moderada es ya bastante grande.

Stevenson dice que todavía muestran «una gran habitación, parte de un viejo palacio, que ahora es la residencia del Cacique Astopilca, donde el desventurado Inca fue hecho prisionero», y añade que la línea trazada en las paredes todavía era visible (*Residence in South America*, vol. II, p. 163). Perú abunda en restos tan antiguos como la conquista, y no sería sorprendente que se mantuviera la memoria de un lugar tan señalado como este, aunque en ningún caso este monumento conmemorativo fuera celebrado por los españoles.

135 Los hechos en el párrafo anterior son relatados con una notable uniformidad por los antiguos cronistas (Conf. Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, *ubi supra.* –Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 6.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 114.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 2, cap. I).

Tanto Naharro como Herrera afirman expresamente que Pizarro prometió al inca su liberación si cumplía el pacto. Esto no es confirmado por los otros cronistas, que, sin embargo, no insinúan que el general español rechazara las condiciones. Y como Pizarro, según todas las versiones, animó a su prisionero a que cumpliera su parte del contrato, debe haberse entendido implícitamente, si no explícitamente, que él cumpliría la otra parte. Es totalmente improbable que el inca se hubiera desprendido de sus tesoros, de no haberlo entendido así.

* En francés en el original.

136 *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 6.

137 «I mas dijo Atabalipa, que estaba espantado de lo que el Gobernador le havia dicho: que bien conocia que aquel que hablaba en su Idolo, no es Dios verdadero, pues tan poco le aiudò.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 203.

138 Los historiadores han referido con muchas discrepancias tanto el lugar como el modo de la muerte de Huáscar. Todos están de acuerdo en un hecho importante, que murió de una muerte violenta por instigación de su hermano. Conf. Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. 2.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 204.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 6.– *Instrucciones del Inga*, Titucussi, manuscrito.

[139] Tanto Garcilaso de la Vega como Titucussi Yupanqui eran descendientes de Huayna Capac, de pura estirpe peruana, los enemigos naturales, por tanto, de su familiar de Quito, a quien contemplaban como un usurpador. Las circunstancias llevaron a los castellanos a una colisión directa con Atahualpa y era natural que buscaran oscurecer su reputación contrastándolo con el buen carácter de su rival.

[140] «Sabido esto por el Gobernador, mostrò, que le pesaba mucho: i dijo que era mentira, que no le havian muerto, que lo trijese luego vivo: i sino, que èl mandaria matar à Atabalipa.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 204.

Capítulo VI

Llega el oro para el rescate. Visita a Pachacamac. Demolición del ídolo. El general favorito del inca. La vida del inca en su confinamiento. Conducta de los enviados en Cuzco. Llegada de Almagro. 1533

Habían pasado varias semanas desde que se había enviado a los emisarios de Atahualpa a por el oro y la plata que deberían cubrir su rescate para los españoles. Pero las distancias eran grandes y los envíos tardaban en llegar. Consistían en su mayor parte de grandes piezas de vajilla, algunas que pesaban dos o tres *arrobas*[*], una medida española equivalente a veinticinco libras. En algunos días llegaron artículos por un valor de treinta o cuarenta mil *pesos de oro*[*] y ocasionalmente por un valor de cincuenta e incluso sesenta mil *pesos* . Los ojos codiciosos de los conquistadores se regodeaban ante los brillantes montones de tesoro, que eran transportados a hombros de los porteadores indios y que, una vez registrados cuidadosamente, se colocaban en depósito seguro bajo una fuerte guardia. Ahora comenzaron a creer que las magníficas promesas del inca se cumplirían. Pero a medida que su avaricia se agudizaba con el despliegue tan deslumbrante de riqueza, que difícilmente podían haber imaginado, se iban volviendo más ansiosos e impacientes. No tenían en cuenta la distancia y las dificultades del camino y arremetían contra la tardanza con que se realizaban las órdenes reales. Incluso sospechaban que Atahualpa preparaba este plan tan solo para tener

un pretexto para comunicarse con sus súbditos en distantes lugares y que estaba intentando retrasarlo lo más posible, para ganar tiempo y poder llevar a cabo sus planes. Entre los peruanos circularon rumores de un alzamiento y los españoles temían un ataque general y súbito sobre su cuartel. Sus nuevas adquisiciones les daban una nueva causa para la preocupación y temblaban en medio de sus tesoros como un avaro[141].

Pizarro comunicó a su cautivo los rumores que circulaban entre los soldados, nombrando como uno de los lugares en los que se reunían los peruanos la ciudad vecina de Guamachucho. Atahualpa escuchó con asombro no disimulado, e indignado rechazó la acusación como falsa de principio a fin. «Ninguno de mis súbditos», dijo, «se atrevería a aparecer armado o a levantar un dedo sin mis órdenes. Me tienes en tu poder», continuó, «¿Acaso no está mi vida a tu disposición? ¿Qué mejor seguridad de mi fidelidad puedes tener?». Después protestó al general haciéndole ver que las distancias a muchos de los lugares eran grandes, que aunque se podía mandar un mensaje por postas en cinco días desde Cajamarca hasta Cuzco, la capital, a través de una sucesión de correos, requeriría semanas para que un porteador viajara la misma distancia con una pesada carga sobre su espalda. «Pero para que quedes satisfecho de que estoy actuando de buena fe», añadió, «desearía que enviaras a algunos de tus hombres a Cuzco. Les daré un salvoconducto y que vean con sus propios ojos que no se prepara ningún movimiento hostil.» Era una oferta justa, y Pizarro, ansioso por tener información más precisa y auténtica del estado del país, se aprovechó de ella con gusto[142].

Antes de la partida de estos emisarios, el general había enviado a su hermano Hernando con unos veinte caballos y un pequeño cuerpo de infantería a la vecina ciudad de Guamachucho para reconocer el terreno y saber si era verdad el informe de que había una fuerza armada reunida allí. Hernando encontró todo tranquilo y tuvo una recepción amable por parte de los nativos. Pero antes de abandonar el lugar recibió órdenes de su hermano de que continuara hasta Pachacamac, una ciudad situada en la costa, al menos a cien leguas de Cajamarca. Estaba consagrada a la sede del gran templo de la deidad del mismo nombre, al que los peruanos adoraban como al creador del mundo. Se dice que allí encontraron altares levantados en honor a este dios en su primera ocupación del país y tal era la veneración que le tenían los nativos que los incas, en lugar de intentar abolir su culto, juzgaron que era más prudente sancionarlo conjuntamente con el de su

propia deidad, el sol. Hombro con hombro, los dos templos se elevaban sobre las alturas que dominaban la ciudad de Pachacamac y prosperaban con las ofrendas de sus devotos. «Era la audaz disposición», dice un antiguo escritor, «gracias a la cual el gran enemigo del hombre se aseguraba una doble cosecha de almas»[143].

Pero el templo de Pachacamac continuaba manteniendo su influencia, y los oráculos, que se impartían desde su oscuro y misterioso altar, eran tenidos en no menos reputación entre los nativos de *Tavantinsuyu* (o «las cuatro esquinas del mundo», como se llamaba Perú bajo el reinado de los incas) que la que tenían los oráculos de Delfos entre los griegos. Se hacían peregrinajes a los lugares sagrados desde las regiones más distantes, y la ciudad de Pachacamac era entre los peruanos lo que la Meca entre los mahometanos o Cholula entre el pueblo de Anahuac. El altar de la deidad, enriquecido por los tributos de los peregrinos, se hizo gradualmente uno de los más opulentos en el país, y Atahualpa, ansioso por reunir su rescate tan rápido como fuera posible, urgió a Pizarro a enviar un destacamento en esa dirección para conseguir los tesoros antes de que los sacerdotes del templo pudieran esconderlos.

Era un viaje de cierta dificultad. Dos tercios de la ruta atravesaban la meseta de la cordillera, cruzando de vez en cuando las cimas de la cadena montañosa que presentaban un impedimento importante a su avance. Afortunadamente, durante gran parte del camino se aprovecharon de la gran calzada de Cuzco, y «nada en la cristiandad», exclama Hernando Pizarro, «iguala la magnificencia de esta calzada que atraviesa la sierra»[144]. En algunos lugares, las crestas rocosas eran tan abruptas que había escalones tallados para los viajeros y, aunque los lados estaban protegidos por pesadas balaustradas de piedra o parapetos, los caballos los escalaban con gran dificultad. Los arroyos atravesaban con frecuencia la carretera y sobre ellos se habían construido puentes de madera y a veces de piedra, aunque de vez en cuando a lo largo de los declives de las montañas las aguas descendían en torrentes tan furiosos que la única manera de atravesarlas era a través de los puentes colgantes de mimbre, que los españoles hasta este momento conocían poco. Estaban fijados a cada orilla por pesados contrafuertes de piedra. Pero como originalmente estaban pensados para soportar viajeros a pie o llamas, como mucho, y como tenían algo extremadamente frágil en su apariencia, los españoles vacilaron a la hora de aventurarse sobre ellos con los caballos. La experiencia, sin embargo, mostró que eran capaces de

aguantar un peso mucho mayor y que, aunque el viajero quedaba aturdido por el balanceo del largo tramo, contemplaba con la cabeza dándole vueltas el torrente que caía en profundidades de cien pies o más por debajo de sus pies, toda la caballería realizó su paso sin accidentes. Es de destacar el que en estos puentes encontraran personas apostadas cuyo trabajo consistía en cobrar un impuesto para el gobierno a todos los viajeros[145].

Los españoles estaban asombrados por el número y el tamaño de los rebaños de llamas que veían pastando sobre el raquítico herbaje que crecía en las regiones elevadas de los Andes. A veces estaban recogidas en recintos, pero normalmente deambulaban a placer guiadas por sus pastores indios, y los conquistadores se enteraron en este momento de que estos animales eran cuidados con tanto mimo y que sus migraciones estaban tan detalladamente reguladas como las de los inmensos rebaños de merinas de su propio país[146].

La meseta y sus declives estaban espesamente cubiertos de aldeas y ciudades, algunas de las cuales eran de considerable tamaño, y el país en todos los sitios mostraba las pruebas de una agricultura bien aprovechada. Se podían ver campos de maíz en todas sus fases, desde el grano verde y tierno hasta el amarillo maduro del tiempo de la cosecha. A medida que descendían por los valles y las profundas quebradas que dividían las cumbres de las cordilleras, quedaban rodeados por la vegetación de un clima más cálido, que deleitaba la vista con su alegre librea de miles de brillantes colores y aturdía los sentidos con sus perfumes. En todos los sitios se estimulaban las capacidades naturales del suelo mediante un minucioso sistema de irrigación que esparcía la fertilizante humedad desde los arroyos y riachuelos que descendían por las pendientes de los Andes, al mismo tiempo que las laderas aterrazadas de las montañas estaban cubiertas de jardines y huertas que bullían de frutas de diferentes latitudes. Los españoles no podían admirar suficientemente la laboriosidad con que los nativos se habían aprovechado de la pródiga naturaleza o habían suplido las deficiencias donde esta había tenido una mano más parsimoniosa.

Ya fuera por las órdenes del inca o por el respeto reverencial que las hazañas de los españoles habían extendido por el país, los conquistadores eran recibidos en todos los sitios por los que pasaban con amable hospitalidad. Se les proporcionaba alojamiento, con abundante refrigerio de los bien provistos almacenes, que estaban distribuidos a intervalos regulares a lo largo de la ruta. En muchas de las ciudades los habitantes salían a

darles la bienvenida con cantos y danzas y cuando reanudaban su marcha se les proporcionaba un número de porteadores sanos para que llevaran su equipaje[147].

Finalmente, después de varias semanas de duro viaje a pesar de todas estas ayudas, Hernando Pizarro llegó a la ciudad de Pachacamac. Se trataba de un lugar de considerable población y los edificios eran, muchos de ellos, de construcción sólida. El templo de la deidad protectora estaba formado por un enorme edificio de piedra o mejor dicho un grupo de edificios, que, apiñándose alrededor de una colina cónica, tenían más aspecto de fortaleza que de edificio religioso. Pero aunque los muros eran de piedra, el techo estaba construido de paja, como es habitual en países donde casi nunca cae la lluvia y donde consecuentemente se busca defensa sobre todo de los rayos del sol.

Al presentarse ante la entrada más baja del templo, los guardianes de la puerta le negaron la entrada a Hernando Pizarro. Pero este, exclamando que había «llegado demasiado lejos como para que le detuviera el brazo de un sacerdote indio», se abrió paso por el corredor y, seguido de sus hombres, subió por la galería que llevaba a la zona de la cima del monte en uno de cuyos extremos se encontraba la capilla. Este era el santuario de la terrible deidad. La puerta estaba adornada con ornamentos de cristal y con turquesas y trozos de coral[148]. Aquí de nuevo los indios quisieron impedir que Pizarro violara los precintos sagrados, cuando la sacudida de un terremoto que hizo que los antiguos muros temblaran hasta sus cimientos, alarmó tanto a los nativos, a los de la propia compañía de Pizarro y a los del lugar, que huyeron consternados sin dudar por un momento que su indignada deidad enterraría a los invasores bajo las ruinas o les consumiría con sus rayos. Pero ningún temor similar consiguió llegar hasta los corazones de los conquistadores, quienes sentían que aquí, al menos, estaban luchando por la buena causa de la fe.

Abriendo la puerta de par en par, Pizarro y su grupo entraron. Pero en lugar de, como ingenuamente imaginaban, una sala resplandeciendo de oro y piedras preciosas, ofrendas de los adoradores de Pachacamac, se encontraron en una pequeña y oscura habitación, o mejor dicho cubil, de cuyo suelo y paredes brotaban los olores más ofensivos, parecidos a los de un matadero. Era el lugar del sacrificio. En el suelo se encontraron unas pocas piezas de oro y algunas esmeraldas y a medida que los ojos se acostumbraron a la oscuridad vieron en el rincón más lejano de la

habitación la figura de la deidad. Era un monstruo tosco, realizado en madera con una cabeza que representaba a un hombre. ¡Este era el dios a través de cuyos labios Satán había pronunciado los afamados oráculos que habían engañado a sus devotos indios![149].

Arrancando el ídolo de su escondite, los indignados españoles lo arrastraron al abierto y allí lo destrozaron en cientos de fragmentos. Después se purificó el lugar y se erigió allí mismo una enorme cruz de piedra y yeso. En unos pocos años los muros del templo fueron derribados por los colonos españoles, quienes encontraron en ellos una conveniente cantera para sus propios edificios. Pero la cruz continuó extendiendo sus anchos brazos. Se levantaba allí donde fue plantada en el mismo corazón de la fortaleza del paganismo y, mientras que todo a su alrededor quedaba en ruinas, ella proclamaba el permanente triunfo de la fe.

Los simples nativos, al ver que el cielo no tenía rayos reservados para los conquistadores y que su dios no tenía poder para evitar la profanación de su santuario, se acercaron poco a poco para rendir homenaje a los extranjeros, a quienes ahora contemplaban con sentimientos de supersticioso sobrecogimiento. Pizarro se aprovechó de este estado de ánimo para apartarlos, de ser posible, de su idolatría, y aunque no era predicador, como él mismo nos dice, pronunció un discurso tan edificante, sin duda, como podía esperarse de la boca de un soldado[150], y, en conclusión, les inculcó que el signo de la cruz era un inestimable talismán para protegerse contra las futuras maquinaciones del diablo[151].

Pero el comandante español no estaba tan absorbido por sus labores espirituales como para no poder ver aquellos asuntos temporales por los que había venido a esta parte del país. Para su desilusión, descubrió en este momento que había llegado un poco tarde y que los sacerdotes de Pachacamac, avisados de su misión, habían escondido la mayor parte del oro y se habían esfumado con él antes de su llegada. Posteriormente se descubrió una cantidad enterrada en las tierras que lo rodeaban[152]. Aun así lo obtenido fue considerable, quedando un poco por debajo de ochenta mil castellanos, lo que en otro momento hubiera parecido una justa compensación para fatigas mayores que habían enfrentado. Pero los españoles se habían familiarizado con el oro, y sus mentes, encendidas por las aventuras románticas en las que se habían visto involucrados últimamente, se entregaban a visiones que difícilmente podía haber satisfecho todo el oro del Perú.

Sin embargo, Hernando obtuvo un premio en esta expedición, que le consoló ampliamente por la pérdida de su tesoro. Mientras que estaba en Pachacamac, supo que el comandante indio Challcuchima se encontraba con un enorme ejército en las cercanías de Jauja, una ciudad de cierta fuerza a una distancia considerable entre las montañas. Este hombre, estrechamente unido a Atahualpa, era su general más experimentado y, junto con Quizquiz, que ahora se encontraba en Cuzco, había logrado aquellas victorias en el sur que habían conducido al inca al trono. Por su nacimiento, sus talentos y su enorme experiencia, se le consideraba el segundo personaje en el reino. Pizarro era consciente de la importancia de capturar a este hombre. Al saber que el noble inca se negaba a entrevistarse con él a su regreso, decidió marchar inmediatamente a Jauja y apresar al jefe en su propio campamento. Un plan como ese, considerando la enorme diferencia de efectivos, puede parecer desesperado incluso para los españoles. Pero el éxito les había dado tanta confianza que difícilmente se dignaban a calcular las posibilidades.

La carretera que atravesaba las montañas presentaba mayores dificultades que las de la marcha anterior. Para sumarse a los problemas de la caballería, las herraduras de sus caballos estaban desgastadas y sus pezuñas sufrían enormemente sobre el camino desigual y rocoso. No había hierro a mano, nada más que oro y plata. En su desesperada situación utilizaron incluso estos y Pizarro ordenó que los caballos de toda la tropa fueran herrados con plata. El trabajo fue realizado por los herreros indios y funcionó tan bien que en este material precioso encontraron un sustituto para el hierro durante el resto de su marcha[153].

Jauja era un lugar grande y poblado, aunque difícilmente podemos dar crédito a la afirmación de los conquistadores de que en la gran plaza de la ciudad se reunían habitualmente cien mil personas[154]. Se decía que el comandante peruano estaba acampado con un ejército de treinta y cinco mil hombres a tan solo unas millas de distancia de la ciudad. Con alguna dificultad le convencieron para que se entrevistara con Pizarro. Este último se dirigió a él con cortesía y le urgió a que regresara al campamento de los españoles en Cajamarca, haciéndole entender que era una orden del inca. Desde la captura de su señor, Challcuchima estaba indeciso sobre el camino que debía tomar. La captura del inca de una manera tan repentina y misteriosa por una raza de seres que parecían haber caído de las nubes y además en la misma hora de su triunfo había desconcertado al jefe peruano.

No había coordinado ningún plan para liberar a Atahualpa, tampoco sabía si este aceptaría un movimiento de esta clase. Por tanto, en este momento accedió a sus órdenes, deseoso en cualquier caso de mantener una entrevista personal con su soberano. Pizarro obtuvo su objetivo sin verse obligado a asestar un solo golpe para realizarlo. Parecería que los bárbaros, al entrar en contacto con el hombre blanco, quedasen amedrentados por su superior intelecto, de la misma manera que se dice que un animal salvaje del bosque tiembla ante la mirada fija del cazador.

Callcuchima iba atendido por un numeroso séquito. Le portaban sus vasallos a hombros en su palanquín y, mientras acompañaba a los españoles en su regreso a través del país, recibía de los habitantes en todos los lugares el homenaje que se rendía tan solo al favorito del monarca. Sin embargo, toda esta pompa se desvaneció al entrar en presencia del inca, a quien se acercó con los pies descalzos, al tiempo que colocaba sobre su espalda un ligero peso que había tomado de uno de sus sirvientes. A medida que se acercaba, el viejo guerrero, levantando las manos al cielo, exclamó: «¡Si hubiera estado aquí esto nunca hubiera pasado!»; después, arrodillándose, besó las manos y los pies de su real señor y las bañó con sus lágrimas. Atahualpa, por su parte, no mostró la menor emoción y no mostró ningún otro signo de satisfacción por la presencia de su consejero favorito que la de simplemente darle la bienvenida. La actitud fría del monarca contrastaba de forma extraña con la sensibilidad leal de su súbdito[155].

El rango del inca le situaba a una distancia inconmensurable sobre el más orgulloso de sus vasallos, y los españoles tuvieron repetidas ocasiones de admirar la ascendencia que, incluso en su actual situación de derrota, mantenía sobre su pueblo y el sobrecogimiento con el que se acercaban a él. Pedro Pizarro registra una entrevista, en la que estuvo presente, entre Atahualpa y uno de sus grandes nobles, que había obtenido permiso para visitar alguna remota parte del país con la condición de regresar en un día concreto. Se retrasó algo más del tiempo convenido y al entrar en su presencia con un pequeño regalo propiciatorio para su soberano sus rodillas se agitaban tan violentamente que parecía, dice el cronista, que iba a caerse al suelo. Su señor, sin embargo, le recibió amablemente y le despachó sin una palabra de reproche[156].

Atahualpa en su arresto continuaba recibiendo por parte de los españoles el mismo tratamiento respetuoso que anteriormente. Le enseñaron a jugar a los dados y el juego más complicado del ajedrez, en el que el cautivo real se

convirtió en un experto y con el que gustaba pasar agradablemente el tiempo en las tediosas horas de su prisión. De cara a su propio pueblo mantenía, hasta donde era posible, su habitual pompa y ceremonial. Era servido por sus esposas y las jóvenes de su harén, quienes, como era costumbre, servían su mesa y desempeñaban otros trabajos de menor importancia alrededor de su persona. Un cuerpo de nobles indios estaba estacionado en la antecámara, aunque nunca entraban en su presencia sin ser llamados, y cuando entraban se sometían a las mismas ceremonias humillantes que se le imponían al más importante de sus súbditos. El servicio de su mesa era de oro y plata. Su vestido, que cambiaba a menudo, estaba hecho de lana de vicuña trabajada en telas tan finas que tenían apariencia de seda. A veces las cambiaba por una toga hecha de pieles de murciélago, tan suave y brillante como el terciopelo. Alrededor de su cabeza llevaba el *llautu*, un turbante o chal de lana de la más delicada textura, entretejida en pliegues de diferentes colores brillantes, y también seguía ciñendo sus sienes con la borla, cuyas hebras carmesíes, entretejidas con oro, descendían hasta tapar en parte los ojos. La imagen de la realeza seguía teniendo encantos para él cuando la sustancia ya le había abandonado. Ningún adorno o utensilio que hubiera pertenecido alguna vez al soberano peruano podía ser utilizado nunca por otra persona. Cuando lo dejaba de lado era cuidadosamente depositado en un arcón que se tenía para ese propósito y posteriormente quemado. Hubiera sido un sacrilegio utilizar para usos vulgares aquello que había sido consagrado al ser tocado por el inca[157].

Poco después de la llegada del grupo de Pachacamac, a finales de mayo, los tres emisarios regresaron de Cuzco. Habían tenido mucho éxito en su misión. Gracias a la orden del inca y al sobrecogimiento que inspiraban los hombres blancos a lo ancho y largo del país, los españoles eran recibidos en todos sitios amablemente. Habían sido transportados a hombros por los nativos en *hamacas*, o palanquines del país, y recorrieron todo el camino hacia la capital por la gran calzada imperial, a lo largo de la cual se habían establecido los relevos de los porteadores indios a intervalos regulares, realizando este viaje de más de seiscientas millas no solo sin ningún contratiempo, sino con las más lujosas facilidades. Pasaron por muchas ciudades pobladas y siempre encontraron a los simples nativos dispuestos a venerarlos como seres de naturaleza superior. En Cuzco fueron recibidos

con fiestas públicas, lujosamente alojados y tuvieron todas las necesidades cubiertas gracias a la obsequiosa devoción de los habitantes.

Sus relatos de la capital confirmaron todo lo que hasta entonces había oído Pizarro sobre la riqueza y población de la ciudad. Aunque permanecieron más de una semana en este lugar, los emisarios no la habían visto en su totalidad. Encontraron el gran templo del sol literalmente cubierto de placas de oro. Habían entrado en el interior y contemplado las momias reales, sentadas cada una en su silla repujada de oro y sus ropas profusamente cubiertas de ornamentos. Los españoles tuvieron la gentileza de respetar estas, ya que habían sido disfrutadas previamente por el inca, pero exigieron que se retiraran las placas que adornaban los muros. Los peruanos accedieron a regañadientes a las órdenes de su soberano de profanar el templo nacional, que todos los habitantes de la ciudad contemplaban con especial orgullo y veneración. Con menos renuencia ayudaron a los conquistadores a desmontar los adornos de algunos de los demás edificios, donde el oro, sin embargo, estaba mezclado en una gran proporción con una aleación de mucho menor valor[158].

El número de placas que arrancaron del templo del sol fue de setecientas y, aunque probablemente no eran de gran grosor, se las compara en tamaño a la tapa de un cofre de diez o doce pulgadas de ancho[159]. El edificio estaba rodeado por una cornisa de oro puro, pero tan fuertemente asegurada a la piedra que afortunadamente desafió los esfuerzos de los expoliadores. Los españoles se quejaron de la lentitud que mostraban los indios en el trabajo de destrucción y aseguraron que había otras partes de la ciudad que contenían edificios ricos en oro y plata que no se les había permitido ver. Ciertamente su misión, que como mucho era una misión poco agradecida, se había convertido en el doble de molesta por la manera en que la realizaron. Los emisarios eran hombres de baja condición y, enorgullecidos por los honores que les habían conferido los nativos, se veían como merecedores de ello y despreciaban a los pobres indios como una raza inmensamente por debajo de los europeos. No solo mostraban la más repugnante rapacidad, sino que trataban a los nobles más altos con insolencia gratuita. Se dice incluso que llegaron al punto de violar la privacidad de los conventos y ultrajar los sentimientos religiosos de los peruanos con sus amores escandalosos con las vírgenes del sol. El pueblo de Cuzco estaba tan exasperado que hubieran puesto sus manos sobre ellos, de no ser por su habitual reverencia hacia el inca, en cuyo nombre habían

venido los españoles. Tal y como sucedió, los indios reunieron tanto oro como era necesario para satisfacer a sus indignos visitantes y se deshicieron de ellos lo más rápido posible[160]. Fue un gran error por parte de Pizarro enviar a aquellos hombres. Había personas incluso en su compañía que, como mostraron otras ocasiones, tenían más sentido de la dignidad, si no ya respeto por los nativos.

Los mensajeros trajeron consigo, además de plata, doscientas *cargas* llenas de oro[161]. Esto era una adquisición importante para las contribuciones de Atahualpa, y aunque el tesoro estaba todavía considerablemente por debajo de la marca señalada, el monarca vio con satisfacción que se acercaba el momento de completar su rescate.

Poco antes de esto, sucedió algo que cambió la situación de los españoles y que influyó de forma desfavorable sobre el destino del inca. Se trataba de la llegada de Almagro a Cajamarca con fuertes refuerzos. Este jefe había conseguido, después de grandes esfuerzos, equipar tres navíos y reunir un cuerpo de ciento cincuenta hombres con los que partió de Panamá a finales del año anterior. Durante el viaje se le unió una pequeña fuerza adicional de Nicaragua, de tal manera que en total ascendían a ciento cincuenta hombres a pie y cincuenta a caballo, bien provistos de municiones. Sus navíos eran pilotados por el viejo piloto Ruiz; después de llegar a la bahía de San Mateo, se movió lentamente a lo largo de la costa, frustrado como de costumbre por los vientos y corrientes y experimentando todas las dificultades propias de una navegación tan prolongada. Por alguna u otra causa, no tuvo la suerte de obtener noticias de Pizarro y sus seguidores; la mayoría de ellos, aventureros novatos, estaban tan descorazonados, que al llegar a Puerto Viejo propusieron abandonar la expedición y regresar inmediatamente a Panamá. Afortunadamente, uno de la pequeña escuadra que Almagro había enviado a Tumbez trajo noticias de Pizarro y de la colonia que había fundado en San Miguel. Animado por las noticias, el caballero reanudó su viaje y consiguió, finalmente, a finales de diciembre de 1532, llevar a todo su grupo sano y salvo al asentamiento español.

Allí obtuvo la narración de la marcha de Pizarro a través de las montañas, la captura del inca y poco después del enorme rescate que este había ofrecido por su liberación. Almagro y sus compañeros escucharon con un asombro manifiesto este relato sobre su socio y sobre un cambio tan rápido y maravilloso en su fortuna, que parecía muy cercano a la magia. Al mismo

tiempo, algunos de los colonos le advirtieron diciéndole que no se confiara al poder de Pizarro, del que era conocida la mala voluntad que le tenía.

Al poco de llegar Almagro a San Miguel, se envió noticia de ello a Cajamarca, así como una nota privada de su secretario Pérez en la que informaba a Pizarro que su socio había llegado con el propósito de cooperar con él, pero con la intención de establecer un gobierno independiente. Los dos capitanes españoles parecían estar rodeados de espíritus malvados y turbulentos que buscaban enzarzarlos, confiando, sin duda, en sacar beneficio con la ruptura. Por una vez, sin embargo, sus maliciosas maquinaciones fracasaron.

Pizarro estaba encantado con la llegada de un refuerzo tan considerable, que le permitiría continuar sus planes como deseaba y avanzar en la conquista del país. Prestó poca atención al comunicado del secretario, ya que, cualquiera que fuera el propósito original de Almagro, Pizarro sabía que la riqueza de la veta que había abierto en la tierra le garantizaría con seguridad su cooperación a la hora de explotarla. Tuvo, por tanto, la magnanimidad, ya que hay algo de magnánimo en ser capaz de contener los indicios de una pequeña rivalidad en aras de una política responsable, de enviar inmediatamente a por su antiguo camarada e invitarle a Cajamarca, asegurándole su amistad. Almagro, que era de una naturaleza franca y despreocupada, recibió el comunicado con el espíritu que se hizo y, tras un retraso necesario, dirigió su marcha al interior. Pero antes de abandonar San Miguel, y después de conocer la traicionera conducta de su secretario, recompensó la traición colgándole en el mismo lugar[162].

Almagro llegó a Cajamarca a mediados de febrero de 1533. Los soldados de Pizarro salieron a dar la bienvenida a sus compatriotas y los dos capitanes se abrazaron con todas las muestras de una cordial satisfacción. Todas las diferencias pasadas quedaron enterradas en el olvido y parecían estar preparados nada más que para ayudarse en la continuación de la brillante carrera que habían abierto en la conquista de un imperio.

Había una persona en Cajamarca a quien esta llegada de los españoles produjo una impresión muy diferente de la que provocó en sus propios compatriotas. Se trataba del inca Atahualpa. Veía en los recién llegados tan solo una nueva nube de langostas que devorarían su desgraciado país y sintió que, con sus enemigos multiplicados a su alrededor de esta manera, las posibilidades de recuperar su libertad, o de mantenerla en caso de recuperarla, disminuían. En este momento tuvo lugar una pequeña

circunstancia, insignificante en sí misma, pero que la superstición convirtió en algo formidable, que proyectó una sombra aún mayor sobre su situación.

Algunos soldados vieron una sorprendente aparición, algo parecido a la naturaleza de un meteoro que también podría haber sido un cometa, y se lo señalaron a Atahualpa. Este lo contempló y fijó su atención en él por unos minutos y después exclamó con un aire abatido que «un signo como este se había visto en los cielos poco antes de la muerte de su padre Huayna Capac»[163]. A partir de este día pareció como si se apoderara de él la tristeza, a medida que miraba con duda y un miedo indefinido hacia su futuro. Es así, que en los momentos de peligro, la mente, al igual que los sentidos, se hace tremendamente aguda en sus percepciones, y la menor desviación del curso natural de la naturaleza, que hubiera pasado desapercibido en tiempos normales, parece llena de significado para la mirada supersticiosa, conectado de una u otra manera con el destino de una persona.

Notas al pie

[*] En español en el original.

[*] En español en el original.

[141] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 6.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 204.

[142] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, pp. 203-204.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[143] «El demonio Pachacama alegre con este concierto, afirman que mostraua en sus respuestas gran contento: pues con lo vno y lo otro era el seruido, y quedauan las animas de los simples malauenturados presas en su poder.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 72.

[144] «El camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada.» *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

[145] «Todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera: en un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver; pasamos por ellas los caballos; tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: esta tienen siempre cerrada é indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan.» *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.–También *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[146] El impresor ha cometido un cómico error en la excelente traducción que ha hecho M. Ternaux-Compans de Jerez en la que relata esta expedición. «On trouve sur toute la rout beaucoup de porcs, de lamas» (*Relation de la Conquête du Pérou*, p. 157). La sustitución de *porcs* por *parcs* puede que lleve al lector al error de suponer que existían cerdos en Perú antes de la conquista.

[147] *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.– *Estete*, ap. Barcia, tom. III, pp. 206-207.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[148] «Esta puerta era muy tejida de diversas cosas de corales y turquesas y cristales otras cosas.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[149] «Aquel era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades, y á lo que alli se entendió, el Demonio aparecia en aquella cueba á aquellos sacerdotes y hablaba con ellos, y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venian en romeria, que es cierto que del todo el Señorio de Atabalica iban alli, como los Moros y Turcos van á la casa de la Meca.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–También Estete, ap. Barcia, tom. III, p. 209.

[150] «É á falta de predicador les hice mi sermón, diciendo el engaño en que vivian.» *Carta de Hernando Pizarro*, manuscrito.

[151] *Ibid.,* manuscrito.– *Relacion del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Estete, ap. Barcia, tom. III, p. 209.

[152] «Y andando los tipos el capitan Rodrigo Orgoñez, y Francisco de Godoy, otros sacaron gran summa de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto, que ay mucho mas: pero como no se sabe donde esta enterrado, se pierde.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 72.

[153] «Hicieron hacer herrage de herraduras é clavos para sus Caballos de Plata, los cuales hicieron los cien Indios fundidores muy buenos é cuantos quisieron de ellos, con el cual herrage anduvieron dos meses» (Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 2, lib. 8, cap. 16). El autor de la *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito, dice que herraron a los caballos con plata y cobre. Y otro de los conquistadores del Perú nos asegura que utilizaron oro y plata (*Relatione d'un Capitano Spagnuolo*, ap. Ramusio, *Navigationi et Viaggi*, Venetia, 1565, tom. III, fol. 376). Todos están de acuerdo en la plata.

[154] «Era mucha la Gente de aquel Pueblo, i de sus Comarcas, que al parecer de los Españoles, se juntaban cada Dia en la Plaça Principal cien mil Personas.» Estete, ap. Barcia, tom. III, p. 230.

[155] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«The like of it», exclama Estete, «was never seen since the Indies were discovered» (nunca se había visto nada parecido desde que se habían descubierto las Indias). *Ibid.,* p. 231.

[156] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[157] Este relato de los hábitos personales de Atahualpa lo ofrece Pedro Pizarro, quien le vio a menudo en su encierro.

[158] *Relatione d'un Capitano Spagnolo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 375.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 2, caps. 12-13.

[159] «I de las Chapas de oro, que esta Casa tenia, quitaron setecientas Planchas [...] à manera de Tablas de Caxas de à tres, i à quatro palmos de largo.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 232.

[160] Herrera, *Historia General*, *ubi supra.*

[161] Eso es lo que dice el secretario de Pizarro, «I vinieron doscientas cargas de Oro, i veinte i cinco de Plata.» (Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, *ubi supra.*) Una carga, dice, era llevada por cuatro indios. «Cargas de Paligueres, que las traen quatro Indios.» El significado de *paligueres*, que no es una palabra española, es dudoso. Ternaux-Compans supone, de forma bastante ingenua, que puede tener algo que ver con *palanquín*, con el que tiene cierto parecido.

[162] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, pp. 204-205.– *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. I.

[163] *Relatione d'un Capitano Spagnolo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 377.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 65.

Capítulo VII

Inmensa cantidad de tesoro. División entre las tropas. Rumores de un alzamiento. Juicio al inca. Su ejecución. Reflexiones. 1533

La llegada de Almagro produjo un cambio considerable en las perspectivas de Pizarro, ya que le permitía reanudar sus operaciones activas y seguir adelante en sus conquistas en el interior. El único obstáculo en su camino era el rescate del inca, y los españoles habían esperado pacientemente hasta que el regreso de los emisarios de Cuzco aumentó el tesoro en una gran cantidad, aunque todavía por debajo del límite estipulado. Pero ahora su avaricia superó su paciencia y pidieron en voz alta una división inmediata del oro. Esperar más tan solo invitaría a que los enemigos atacaran, atraídos por un cebo tan atractivo. Mientras que el tesoro estuviera sin contar, nadie sabría su valor, ni cuál sería su parte. Era mejor distribuirlo inmediatamente y dejar que cada uno tuviera y defendiera su parte. Algunos además estaban dispuestos ahora a regresar a casa y llevarse su parte del oro consigo, donde podían ponerla a salvo. Pero estos eran pocos, mientras que la mayor parte, con mucho, tan solo estaban ansiosos de abandonar sus actuales cuarteles y marchar inmediatamente a Cuzco. Pensaban que les esperaba más oro en la capital del que podían conseguir aquí prolongando su estancia, al mismo tiempo que cada hora era preciosa para evitar que los habitantes escondieran sus tesoros, de cuya intención ya les habían mostrado indicios.

A Pizarro le movía especialmente esta última consideración y sentía que sin la capital no podía esperar convertirse en señor del imperio. Sin más

dilación se acordó la distribución del tesoro.

Sin embargo, antes de hacer esto, era necesario convertirlo todo en lingotes de un tamaño estándar, ya que el expolio estaba compuesto de una infinita variedad de artículos en los que el oro se encontraba en diferentes grados de pureza. Entre los artículos había copas, aguamaniles, bandejas, jarrones de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios para los templos y los palacios reales, azulejos y planchas para la decoración de los edificios públicos, curiosas imitaciones de diferentes plantas y animales. Entre las plantas, la más bella era el grano indio, en el que la espiga dorada estaba enfundada en sus anchas hojas de plata, de la que colgaba una rica borla de hilos del mismo metal precioso. También fue muy admirada una fuente que lanzaba un brillante chorro de oro, mientras que pájaros y animales del mismo material jugaban en las aguas de su base. La delicadeza del trabajo de algunos de estos y la belleza y el ingenio del diseño atrajeron la admiración de mejores jueces que los conquistadores del Perú[164].

Antes de destrozar estos ejemplares del arte indio, se decidió enviar una cantidad que sería descontada del quinto real del emperador. Servirían de ejemplo del ingenio de los nativos y le mostra- rían el valor de sus conquistas. Se seleccionaron algunos de los ejemplares más bellos, hasta una cantidad de cuatrocientos ducados, y se designó a Hernando Pizarro para que fuera el portador hasta España. Debía obtener una audiencia de Carlos y, al mismo tiempo que colocaba ante él los tesoros, debía darle cuenta de las acciones de los conquistadores y buscar un incremento de sus poderes y dignidades.

Nadie en el ejército estaba mejor cualificado para esta misión, por su habilidad y conocimiento de los hechos, que Hernando Pizarro; nadie sería capaz de defender su caso de manera más eficaz ante la altiva corte castellana. Pero, en la coyuntura actual, otras razones influyeron en su elección.

El recelo que había sentido anteriormente hacia Almagro todavía perduraba en su pecho y había contemplado la llegada de este jefe al campamento con sentimientos de disgusto, que no se cuidaba de ocultar. Le miraba como si viniera a compartir los expolios de la victoria y estafar a sus hermanos en sus legítimos honores. En lugar de responder al cordial saludo de Almagro en su primera entrevista, el arrogante caballero se mantuvo apartado en un hosco silencio. Su hermano Francisco quedó enormemente disgustado con esta conducta que amenazaba con renovar sus antiguas

rencillas e indujo a Hernando a que le acompañara a los cuarteles de Almagro y que reconociera su comportamiento poco cortés[165]. Pero, a pesar de esta muestra de reconciliación, el general pensó que esta era una oportunidad favorable para quitar a su hermano del escenario de los hechos, donde su espíritu sectario más que contrapesaba sus eminentes servicios[166].

La tarea de fundir el trofeo fue encomendada a los orfebres indios, a los que se les pedía que deshicieran el trabajo de sus propias manos. Trabajaron día y noche, pero era tal la cantidad que debía refundirse, que llevó todo un mes. Cuando todo quedó reducido a barras de un tamaño estándar, se pesaron con precisión bajo la vigilancia de los inspectores reales. La cantidad total de oro resultó ser un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve *pesos de oro*[*], lo que, teniendo en cuenta el mayor valor del dinero en el siglo XVI, sería, probablemente, el equivalente hoy en día de cerca de tres millones y medio de libras esterlinas, o a lo menos de quince millones y medio de dólares[167]. La cantidad de plata quedó estimada en cincuenta y un mil seiscientos marcos de plata. La historia no proporciona ningún paralelismo de un botín de tales proporciones (y además en la forma más convertible en moneda contante y sonante como era este) que cayera en manos de una pequeña banda de aventureros militares, como los conquistadores de Perú. El gran objetivo de las expediciones españolas en el Nuevo Mundo era el oro. Es notable que su éxito fuera tan completo. De haber tomado el camino de los ingleses, los franceses o los holandeses, en las orillas septentrionales del continente, ¡qué diferente hubiera sido el resultado! Es igualmente digno de mención que la riqueza adquirida de esta manera tan repentina, al separarles de las fuentes más lentas pero más seguras de prosperidad nacional, ha hecho finalmente que se escapara de su mano situándoles entre las naciones más pobres de la cristiandad.

Una nueva dificultad surgió con respecto a la división del tesoro. Los seguidores de Almagro reclamaban que se les admitiera en el reparto, lo que, dado que igualaban o, mejor dicho, eran unos pocos más que la compañía de Pizarro, reduciría las ganancias de estos últimos sustancialmente. «Es cierto que no estábamos aquí en la captura del inca», decían los soldados de Almagro a sus camaradas, «pero hemos hecho nuestros turnos montando guardia desde su captura, os hemos ayudado a defender vuestros tesoros y ahora os proporcionamos los medios para seguir adelante y aseguraros vuestras conquistas. Es una causa común», urgían,

«en la que estamos todos igualmente embarcados y las ganancias deberían ser compartidas igualmente entre nosotros».

Pero esta forma de ver las cosas no era aceptable en absoluto para la compañía de Pizarro, quienes alegaban que el contrato de Atahualpa se había realizado exclusivamente con ellos, que ellos habían atrapado al inca, habían guardado el rescate, habían asumido, en pocas palabras, todo el riesgo de la empresa y no estaban dispuestos ahora a compartir los frutos de esta con cualquiera que viniera detrás. Había mucha fuerza, no se podía negar, en su razonamiento y se decidió finalmente entre los líderes que los seguidores de Almagro renunciarían a sus pretensiones por una suma estipulada no muy grande y confiarían en la carrera que ahora se les abría para labrar sus fortunas por sí mismos.

Después de arreglar armoniosamente este delicado tema, Pizarro se preparó con toda solemnidad para la división del botín imperial. Se reunió a las tropas en la gran plaza, y el comandante español, «con el temor de Dios ante sus ojos», dice el relato, «invocó la ayuda del cielo para hacer el trabajo que quedaba ante ellos con conciencia y justicia»[168]. El llamamiento puede parecer un poco fuera de lugar ante la distribución de un botín tan injustamente adquirido; sin embargo, en verdad, considerando la magnitud del tesoro y el poder asumido por Pizarro para distribuirlo de acuerdo con los deseos de las distintas personas, hubo pocos actos de su vida que implicaran tanta responsabilidad. De su decisión actual se puede decir que pendía el futuro destino de cada uno de sus seguidores, pobreza o independencia durante el resto de sus días.

Se dedujo el quinto real, incluyendo el envío que ya se había hecho a España. La parte destinada a Pizarro ascendió a cincuenta y siete mil doscientos veintidós pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Además de esto tenía la gran silla del trono del inca de oro macizo, valorada en veinticinco mil *pesos de oro* . A su hermano Hernando se le pagaron treinta y un mil ochenta pesos de oro y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. De Soto recibió diecisiete mil setecientos cuarenta pesos de oro y setecientos cuarenta marcos de plata. La mayor parte del resto de la caballería, sesenta, recibieron cada uno ocho mil ochocientos ochenta pesos de oro y trescientos sesenta y dos marcos de plata, aunque algunos tuvieron más y algunos considerablemente menos. La infantería ascendía en total a ciento cinco hombres. A casi un quinto de ellos se les dieron cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro y ciento

ochenta marcos de plata por barba, la mitad de la compensación de la caballería. El resto recibió un cuarto menos, aunque aquí de nuevo hubo excepciones y algunos se vieron obligados a contentarse con una parte mucho menor del expolio[169].

Se dotó a la nueva iglesia de San Francisco, el primer templo cristiano en Perú, con dos mil doscientos veinte pesos de oro. La cantidad asignada a la compañía de Almagro no fue excesiva, si no fue más de veinte mil pesos[170], y la reservada para los colonos de San Miguel, que ascendía tan solo a quince mil pesos, era incalculablemente menor[171]. Entre estos había ciertos soldados que en un período inicial de la expedición, como recordará el lector, abandonaron la marcha y regresaron a San Miguel. Estos, ciertamente, tenían pocas reclamaciones que hacer en la división del botín. Pero la mayor parte de la colonia estaba formada de inválidos, hombres cuya salud se había destrozado por sus anteriores trabajos, pero que todavía, con corazón robusto y voluntarioso, prestaban un buen servicio en su puesto militar en la costa. No es fácil de explicar con qué argumentos perdieron el derecho a una remuneración más generosa.

No se dice nada en el reparto del propio Almagro, quien, según los términos del contrato original, podía reclamar una porción del expolio igual a la de su socio. Se presta igualmente poca atención a Luque, el último socio. Luque no se beneficiaría más de tesoros terrenales. Había muerto poco antes de que Almagro partiera de Panamá[172], demasiado pronto para conocer el éxito de la empresa, que de no ser por sus esfuerzos hubiera fracasado, demasiado pronto para saber los logros y los crímenes de Pizarro. Pero el licenciado Espinosa, a quien representaba y quien parece ser había avanzado los fondos para la expedición, seguía viviendo en Santo Domingo y las pretensiones de Luque se le transfirieron explícitamente a él. Sin embargo, es poco seguro pronunciarse, a esta distancia en el tiempo, sobre la autoridad de un mero testimonio negativo y se debe admitir como una fuerte presunción a favor de la equidad general en la distribución realizada por Pizarro el hecho de que no haya llegado ninguna queja de ninguna de las partes presentes, ni de los cronistas coetáneos[173].

Una vez que los españoles completaron la división del rescate, no parecía que hubiera más obstáculos para que se reanudaran las operaciones activas y comenzaran la marcha a Cuzco. Pero, ¿qué se debía hacer con Atahualpa? Para decidir sobre esta cuestión, cualquier cosa que fuera conveniente era

justa[174]. Liberarle sería dejar libre al mismo hombre que podía resultar ser su enemigo más peligroso, alguien cuyo nacimiento y posición real reuniría a su alrededor a toda la nación, pondría toda la maquinaria y todos los recursos del gobierno bajo su control, a alguien, en pocas palabras, cuya palabra desnuda podía concentrar las energías de su pueblo contra los españoles y, por tanto, retrasar por mucho tiempo, si no arruinar completamente la conquista del país. Sin embargo, mantenerle en cautividad tan solo se podría lograr con la misma dificultad, ya que guardar un trofeo tan importante requeriría una división de su ejército que reduciría enormemente sus fuerzas, y ¿cómo podían esperar, con la protección que fuera, proteger a su prisionero del rescate en los peligrosos pasos de montaña?

El mismo inca exigiría ahora abiertamente su libertad. Cierto que la cantidad propuesta para el rescate no se había pagado por completo. Es bastante dudoso que nunca lo fuera, considerando las dificultades que pusieron en el camino los guardianes de los templos, que parecían dispuestos a esconder los tesoros, antes que expoliar sus depósitos sagrados para satisfacer la codicia de los extranjeros. También fue una mala suerte para el monarca indio que la mayor parte del oro y el de mejor calidad estuviera forjado en placas o planchas planas, que, por muy valiosas que fueran, se unían de forma compacta, de tal manera que no ayudaban mucho a incrementar el total. Pero ya se había logrado una inmensa cantidad y el inca podía alegar que hubiera sido aún mayor, de no ser por la impaciencia de los españoles. En cualquier caso era un rescate espléndido, como nunca había sido pagado por un príncipe o potentado anteriormente.

Atahualpa urgió estas consideraciones a varios de los caballeros y especialmente a Hernando de Soto, quien mantenía una mayor familiaridad con él que Pizarro. De Soto informó de las exigencias de Atahualpa a su líder, pero este último evitó una respuesta directa. No descubrió los oscuros propósitos que estaba rumiando su mente[175]. Poco después hizo que el notario preparase un documento en el que absolvía completamente al inca de cualquier obligación posterior con respecto al rescate. Ordenó que se proclamara públicamente en el campamento, mientras que al tiempo declaraba abiertamente que la seguridad de los españoles requería que se mantuviera al inca en su confinamiento hasta que se vieran reforzados por nuevas tropas[176].

Mientras tanto los antiguos rumores de un plan de ataque de los nativos comenzaron a ser corrientes entre los soldados. Se repitieron de uno en otro, ganando algo en cada repetición. Un inmenso ejército, se decía, se estaba reuniendo en Quito, la tierra natal de Atahualpa, y treinta mil caribes estaban de camino para ayudarles[177]. Los primeros españoles distribuían a los caribes de forma bastante indiscriminada por las diferentes partes de América, invistiéndoles de peculiares horrores como una raza de caníbales.

No era fácil rastrear el origen de los rumores. En el campamento había una considerable cantidad de indios que pertenecían al grupo de Chascar y que, por supuesto, eran hostiles a Atahualpa. Pero su peor enemigo era Felipillo, el intérprete de Tumbez, ya mencionado en estas páginas. Este joven había concebido una pasión, o como algunos dicen, había sido descubierto en un romance con una de las concubinas reales[178]. Este hecho había llegado a oídos de Atahualpa, quien se sentía profundamente ultrajado. «Que una persona tan baja le hubiera insultado era una indignidad», dice, «más difícil de sobrellevar que su prisión»[179], y le dijo a Pizarro, «que de acuerdo con la ley peruana debía ser expiada no solo por la muerte del propio criminal, sino con la de toda la familia»[180]. Pero Felipillo era demasiado importante para los españoles como para despacharlo tan sumariamente; probablemente tampoco hubieran aplicado una condena tal a un delito que, de resultar cierto, hubiera sido consentido con su propio ejemplo[181]. Felipillo, sin embargo, pronto supo del cariz de los sentimientos del inca hacia él y a partir de ese momento le tuvo un odio mortal. Desgraciadamente, su carácter maligno encontró pronto medios para su indulgencia.

Los rumores del alzamiento entre los nativos señalaban a Atahualpa como el instigador del mismo. Se interrogó a Challcuchima sobre el asunto, pero alegó su completa ignorancia sobre cualquier plan, declarando que era una difamación maliciosa. Pizarro después presentó el asunto ante el mismo inca, repitiéndole las historias que circulaban, con el aire de alguien que creía en ellas. «¿Qué traición es esta», dijo el general, «que has meditado contra mí, yo que siempre te he tratado con honor, confiando en tus palabras como en las de un hermano?». «Bromeas», replicó el inca, quien quizá no sentía la importancia de esta confidencia, «siempre estás bromeando conmigo. ¿Cómo he podido yo o mi gente pensar en conspirar contra hombres tan valientes como los españoles? No bromees conmigo de esta

manera, te suplico»[182]. «Esto», continúa el secretario de Pizarro, «lo dijo de la manera más compuesta y natural, sonriendo todo el rato para fingir su falsedad, de tal manera que estábamos todos sorprendidos de descubrir tanta astucia en un bárbaro»[183].

Pero no era con astucia, sino consciente de su inocencia, como demostraron posteriormente los hechos, la manera en que Atahualpa habló a Pizarro. Sin embargo, percibió rápidamente las causas, quizá las consecuencias, de la acusación. Vio un abismo oscuro abriéndose bajo sus pies, rodeado como estaba de extranjeros en ninguno de los cuales podía apoyarse para buscar consejo o protección. La vida del monarca cautivo es normalmente corta, y Atahualpa podía haber aprendido esta verdad cuando pensó en Chascar. Ahora lamentaba amargamente la ausencia de Hernando Pizarro, ya que, por muy extraño que pueda parecer, el altivo espíritu del caballero se había conmovido por la situación del real prisionero, tratándole con tal deferencia que se había ganado la consideración y confianza especial del indio. Sin embargo, este último no perdió tiempo en intentar borrar las sospechas del general y demostrar su propia inocencia. «¿No soy un pobre cautivo en tus manos?», dijo, «¿Cómo podría esconder los planes que me imputas, si yo sería la primera víctima del levantamiento? Y conoces poco a mi pueblo si piensas que un movimiento como ese se haría sin mis órdenes, cuando hasta los mismos pájaros en mis dominios», dijo con algo parecido a una hipérbole, «a duras penas se atreverían a volar si eso contrariara mi voluntad»[184].

Pero estas declaraciones de inocencia tuvieron poco efecto sobre las tropas, entre quienes la historia del alzamiento general de los nativos continuaba ganando crédito a cada hora. Una enorme fuerza, se decía, se había reunido ya en Guamachucho, a no más de cien millas del campamento, y su ataque podía esperarse en cualquier momento. El tesoro que los españoles habían obtenido suponía un trofeo tentador y su alarma se incrementaba por el temor a perderlo. Se redoblaron las patrullas. Se mantuvo a los caballos ensillados y con las bridas puestas. Los soldados dormían con sus armas; Pizarro recorría las rondas regularmente para comprobar que todos los centinelas estaban en sus puestos. El pequeño ejército, en pocas palabras, estaba preparado para un ataque inmediato.

Los hombres que sufren miedo no es muy probable que sean demasiado escrupulosos con los medios para hacerlo desaparecer. Comenzaron a oírse murmullos, mezclados con sombrías amenazas contra el inca, autor de la

conjura. Muchos comenzaron a exigir su vida, como necesaria para la seguridad del ejército. Entre estos los más vehementes eran Almagro y sus seguidores. No habían presenciado la captura de Atahualpa. No sentían compasión alguna hacia él por su situación de derrota. Le contemplaban tan solo como un lastre y únicamente deseaban seguir su camino en el país, ya que habían obtenido tan poco del oro de Cajamarca. Estaban apoyados por Riquelme, el tesorero, y por el resto de los oficiales reales. Pizarro, que no quería tener tales espías oficiales sobre sus movimientos, había dejado a estos hombres en San Miguel, pero habían venido al campamento con Almagro y exigían abiertamente la muerte del inca como algo indispensable para la tranquilidad del país y los intereses de la Corona[185].

Pizarro no prestaba, o no parecía prestar, mucha atención a estas oscuras sugerencias, mostrando una renuencia visible a la adopción de medidas extremas contra su prisionero[186]. Había unos pocos, entre otros Hernando de Soto, que le apoyaban en este punto de vista y que veían totalmente injustificada una medida tal ante las pruebas de la culpabilidad de Atahualpa. En este estado de cosas, el comandante español decidió enviar un pequeño destacamento a Guamachucho para reconocer el país y determinar qué pruebas había de los rumores de insurrección. De Soto fue puesto a la cabeza de la expedición, que tan solo duraría unos días, ya que la distancia no era muy grande.

Después de la partida del caballero, la agitación entre los soldados, en lugar de disminuir, aumentó hasta tal grado que Pizarro, incapaz de resistir ante su insistencia, accedió a someter a Atahualpa a juicio inmediato. Era más decoroso, y ciertamente más seguro, que tomara la forma de un juicio. Se organizó un tribunal, que los dos capitanes, Pizarro y Almagro, presidirían como jueces. Se nombró a un fiscal general para que enjuiciara como representante de la Corona y se designó un abogado para el prisionero.

Las acusaciones imputadas al inca, redactadas en forma de interrogatorios, eran doce. Las más importantes eran que había usurpado la Corona y asesinado a su hermano Chascar, que había despilfarrado los ingresos públicos desde la conquista del país por los españoles y los había prodigado con sus familiares y sus subalternos, que era culpable de idolatría y de prácticas adúlteras, permitiéndose públicamente muchas mujeres, y finalmente que había intentado provocar una insurrección contra los españoles[187].

Estas acusaciones, la mayoría de las cuales hacían referencia a las tradiciones nacionales, o a las relaciones personales del inca, sobre las que los conquistadores españoles claramente no tenían ninguna jurisdicción, son tan absurdas que bien pueden provocar una sonrisa, por no hablar de sentimientos más profundos. La última de estas acusaciones era la única de importancia en una situación como la presente, y su debilidad se puede deducir del cuidado tomado en reforzarla con las otras. La mera enumeración de los artículos puede ser suficiente para mostrar que el destino del inca ya estaba sellado.

Se interrogó a un número de indios, y su testimonio, filtrado a través de la interpretación de Felipillo, recibió, según se dice, cuando era necesario, un colorido muy diferente del original. El interrogatorio terminó pronto y «tuvo lugar una acalorada discusión», según nos asegura el propio secretario de Pizarro, «sobre las posibles bondades o maldades que resultarían de la muerte de Atahualpa»[188]. Era una cuestión de conveniencia. Se le halló culpable, no se nos informa si de todos los delitos imputados, y se le sentenció a ser quemado vivo en la gran plaza de Cajamarca. La sentencia se debería ejecutar esa misma noche. No esperarían siquiera al regreso de Soto, y a la información que pudiera traer para determinar la veracidad o falsedad de los informes relacionados con la insurrección de los nativos. Era deseable obtener la sanción del padre Valverde para estos procedimientos y se envió una copia del juicio al fraile para que la firmara, lo que hizo sin dudar, declarando que «en su opinión, el inca en cualquier caso merecía la muerte»[189].

Sin embargo, hubo algunos pocos en este cónclave marcial que se resistieron a estas medidas arbitrarias. Las consideraban como un pobre pago a todos los favores que les había otorgado el inca, quien hasta ahora no había recibido de sus manos nada más que afrentas. Objetaban que la evidencia era totalmente insuficiente y negaban la autoridad del tribunal para sentar a juicio a un príncipe soberano en el corazón de sus dominios. Si debía ser enjuiciado, debería ser enviado a España y su caso presentado ante el emperador, quien era el único que tenía poder para juzgarlo.

Pero la gran mayoría, y eran diez a uno, rechazaron estas objeciones, declarando que no había duda de la culpabilidad de Atahualpa y que estaban dispuestos a asumir la responsabilidad del castigo. Se enviaría un informe completo de los procedimientos a Castilla y el emperador sería informado de quiénes eran los leales servidores de la corona y quiénes sus

enemigos. La disputa subió tanto de tono, que por un momento amenazó con estallar abiertamente en violencia, hasta que finalmente, convencidos de que la resistencia no daba frutos, la parte más débil, silenciada pero no satisfecha, se contentó con incluir una protesta por escrito contra estos procedimientos, que dejarían una mancha indeleble sobre los nombres de todos los que estaban implicados en ella[190].

Cuando se le comunicó la sentencia al inca, este quedó abrumado. Ciertamente había tenido por probable durante algún tiempo un hecho como este, y se le había oído insinuarlo a la gente que le rodeaba. Pero la probabilidad de un hecho es muy diferente a la certeza, y más aún de una forma tan rápida y tan repentina. Por un momento, la abrumadora condena le acobardó y exclamó con lágrimas en sus ojos, «¿Qué he hecho yo o mis hijos para encontrar tal destino? Y además de tus manos», dijo dirigiéndose a Pizarro, «¡tú que te has encontrado con amistad y amabilidad por parte de mi pueblo, con quien he compartido mis tesoros, que no ha recibido más que beneficios de mis manos!». Después en los tonos más piadosos imploró que se le perdonara la vida, prometiendo cualquier garantía para la seguridad de todos los españoles en el ejército, prometiendo el doble de rescate del que ya había pagado si tan solo se le concedía tiempo para obtenerlo[191].

Un testigo asegura que Pizarro estaba visiblemente afectado cuando se apartó del inca, cuya apelación no tenía poder para escuchar, oponiéndose a la voz del ejército y a su propio sentido de lo que debía hacerse para la seguridad del país[192]. Atahualpa, viendo que no tenía poder para desviar al conquistador de su propósito, recuperó su habitual compostura y a partir de ese momento se sometió a su destino con el coraje de un guerrero indio.

La condena del inca fue proclamada por el sonido de la trompeta en la gran plaza de Cajamarca, y dos horas después de la puesta del sol los soldados españoles se reunieron bajo la luz de las antorchas en la *plaza*[*] para presenciar la ejecución de la sentencia. Era el 29 de agosto de 1533. Atahualpa fue llevado encadenado de pies y manos, ya que, desde que se había apoderado del ejército una gran excitación con respecto al ataque, se le había mantenido encadenado. El padre Vicente de Valverde estaba a su lado, esforzándose por administrar consuelo y si era posible convencerle en el último momento de que abjurara de la superstición y abrazara la religión de sus conquistadores. Estaba dispuesto a salvar el alma de su víctima, al

que alegremente había entregado su parte mortal en este de la terrible expiación en el otro mundo.

Durante el encierro de Atahualpa el monje le había expuesto repetidamente las doctrinas cristianas y el monarca indio demostró mucha agudeza en aprender el discurso de su maestro. Pero no había conseguido llevar la convicción a su mente y, aunque le escuchaba con paciencia, no había mostrado ninguna disposición a renunciar a la fe de sus padres. El dominico le hizo una última llamada en este solemne momento, y cuando Atahualpa estaba atado a la estaca, con los haces que debían prender su pila funeraria a su alrededor, Valverde, sosteniendo la cruz, le suplicó que la abrazara y fuera bautizado, prometiéndole que haciéndolo la dolorosa muerte a la que había sido sentenciado sería conmutada por una más suave en forma de garrote, un método de castigo por estrangulamiento usado con los criminales en España[193].

El desgraciado monarca preguntó si esto era así realmente y, al serle confirmado por Pizarro, consintió en abjurar de su propia religión y recibir el bautismo. La ceremonia la llevó a cabo el padre Valverde, y el nuevo converso recibió el nombre de Juan de Atahualpa, concediéndosele el nombre de Juan en honor a Juan Bautista en cuyo día tuvo lugar el acontecimiento[194].

Atahualpa expresó el deseo de que sus restos fueran llevados a Quito, su lugar de nacimiento, y que fueran guardados con los de sus ancestros. Después, volviéndose hacia Pizarro, como última voluntad le imploró que tuviera compasión de sus pobres hijos y que les tomara bajo su protección. ¿Acaso no había nadie más en esa oscura compañía que permanecía gravemente a su alrededor, en quien pudiera buscar protección para su prole? Quizá pensó que no había nadie más competente para proporcionarla y que los deseos expresados tan solemnemente en esa hora podrían ser respetados incluso por su conquistador. Después, recuperando su comportamiento estoico, que por un momento se había visto alterado, se sometió calmadamente a su destino, mientras que los españoles, juntándose a su alrededor, murmuraban sus credos ¡para la salvación de su alma![195]. ¡De esta manera con la muerte de un malhechor pereció el último de los incas!

Ya he hablado de la persona y cualidades de Atahualpa. Tenía un rostro bello, aunque con una expresión un poco demasiado fiera para ser agradable. Su estructura era musculosa y bien proporcionada, su aspecto

dominante y su comportamiento en el campamento español tenía un grado de refinamiento, tanto más interesante cuanto que añadía un toque de melancolía. Se le acusa de ser cruel en sus guerras y sangriento en sus venganzas[196]. Puede que fuera cierto, pero es muy probable que la pluma del enemigo cargue las sombras del retrato. Se le concede que era valiente, altruista y liberal[197]. Todos se muestran de acuerdo en que mostraba una especial perspicacia y rapidez de percepción. Sus éxitos como guerrero habían puesto su valor fuera de toda duda. El mejor homenaje en este sentido es la renuencia que mostraron los españoles a devolverle la libertad. Le temían como enemigo y le habían agraviado demasiado como para pensar que podía ser su amigo. Sin embargo, su conducta hacia ellos desde el primer momento había sido de lo más amistosa y tan solo le pagaron con la prisión, el robo y la muerte.

El cuerpo del inca quedó en el lugar de la ejecución durante toda la noche. A la mañana siguiente lo llevaron a la iglesia de San Francisco, donde se realizaron las exequias funerarias con gran solemnidad. Pizarro y los principales caballeros iban de luto y las tropas escucharon con devota atención el servicio del muerto de los labios del padre Valverde[198]. La ceremonia se vio interrumpida por un fuerte sonido de gritos y llantos, como de muchas voces en las puertas de la iglesia. Estas se abrieron de pronto de par en par y un gran número de mujeres indias, las esposas y hermanas del finado, lanzándose por el pasillo central, rodearon el cuerpo. Esta no era manera, gritaron, de celebrar los ritos funerarios de un inca y declararon su intención de sacrificarse en su tumba y hacerle compañía en la tierra de los espíritus. La audiencia, indignada ante este comportamiento desesperado, les dijo a las intrusas que Atahualpa había muerto en la fe cristiana y que el dios de los cristianos aborrecía tales sacrificios. Después obligaron a las mujeres a salir de la iglesia, y algunas, retirándose a sus cuartos, cometieron violencias contra sí mismas, con la vana esperanza de acompañar a su amado señor a las brillantes mansiones del sol[199].

Los restos de Atahualpa, a pesar de su petición, fueron depositados en el cementerio de San Francisco[200]. Pero de allí, según se dice, después de que los españoles abandonaran Cajamarca, fueron retirados en secreto y llevados, como él deseaba, a Quito. Los colonos de una época posterior supusieron que podían haberse escondido algunos tesoros con el cuerpo. Pero al excavar el terreno no descubrieron ni el tesoro ni los restos[201].

Uno o dos días después de estos trágicos sucesos, Hernando de Soto regresó de su excursión. Grande fue su sorpresa y su indignación al saber lo que se había hecho en su ausencia. Buscó inmediatamente a Pizarro y le encontró, dice el cronista, «con un gran sombrero de fieltro, como muestra de luto, inclinado sobre sus ojos», y evidenciando en su traje y todo su porte la muestra de su dolor[202]. «Has actuado con precipitación», le dijo De Soto sin preámbulos, «Atahualpa ha sido difamado vilmente. No había ningún enemigo en Guamachucho, ni ningún alzamiento entre los nativos. No me he encontrado en el camino con otra cosa que muestras de buena voluntad y todo está tranquilo. Si era necesario llevar a juicio al inca, debía haber sido llevado a Castilla y juzgado por el emperador. Yo me hubiera brindado a ponerle sano y salvo a bordo de un navío»[203]. Pizarro confesó que se había precipitado y dijo que había sido engañado por Riquelme, Valverde y los demás. Estas acusaciones pronto llegaron a oídos del tesorero y del dominico, quienes como respuesta se exculparon y reprendieron duramente a Pizarro en su cara como el único responsable del suceso. La disputa subió de tono y los que estaban cerca oyeron a las dos partes ¡acusar de mentir a la otra![204]. Esta vulgar riña entre los líderes tan poco tiempo después del acontecimiento es el mejor comentario sobre la iniquidad de su propia actuación y la inocencia del inca.

El tratamiento de Atahualpa, de principio a fin, forma indudablemente uno de los capítulos más oscuros de la historia colonial española. Puede que se hayan perpetrado masacres a mayor escala y ejecuciones acompañadas de crueldades más refinadas. Pero los anales manchados de sangre de la conquista no proporcionan ningún ejemplo de una frialdad de corazón y persecución sistemática, no de un enemigo, sino de alguien cuyo comportamiento no había sido más que el de un amigo y benefactor.

Desde el momento en que Pizarro y sus seguidores habían entrado en la esfera de influencia de Atahualpa, los nativos les habían tendido una mano amistosa. Su primer acto, nada más cruzar las montañas, fue secuestrar al monarca y masacrar a su pueblo. Puede que quienes consideran que el fin justifica los medios reivindiquen su prisión basándose en que era indispensable asegurarse el triunfo de la cruz. Pero no se puede presentar una apología parecida para la masacre de una población indefensa y desarmada, tan innecesaria como malintencionada.

Los conquistadores habían utilizado el largo confinamiento del inca para sacarle sus tesoros con la dura garra de la avaricia. Durante todo este

funesto período, él se había portado con especial generosidad y buena fe. Había abierto paso libre a los españoles por todas las partes de su imperio y les había proporcionado todo lo que necesitaban para realizar sus planes. Cuando esto se hubo cumplido y se había convertido en un estorbo en sus manos, a pesar de su compromiso expreso o implícito con ellos de soltarle (y Pizarro, como hemos visto, mediante un acto formal absolvió a su cautivo de cualquier obligación posterior en cuanto al rescate), fue acusado ante un tribunal ridículo, y bajo pretensiones igualmente falsas y frívolas fue condenado a una muerte atroz. De principio a fin, la política de los conquistadores españoles con su infeliz víctima está marcada por la barbarie y el fraude.

No es fácil absolver a Pizarro de ser en gran parte responsable de esta política. Sus partidarios han intentado demostrar que le fue impuesto por la necesidad del momento y que, especialmente en cuanto a la muerte del inca, cedió a regañadientes ante la insistencia de los demás[205]. Pero, a pesar de que esta excusa sea débil, el historiador que disponga de medios para comparar los diferentes testimonios de la época llegará a una conclusión distinta. Probablemente le parecerá que Pizarro sintió que la desaparición de Atahualpa era esencial para el éxito de su empresa. Había previsto el odio que provocaría con la muerte de su cautivo real sin fundamentos suficientes; a pesar de que se ocupó de inventarlas, se echó atrás a la hora de responsabilizarse de la acción y prefirió escudarse en la obediencia a las sugerencias de otros antes que siguiendo su propia iniciativa. Como muchos políticos sin principios, deseaba recoger el beneficio de un acto malvado y dejar que otros asumieran la culpa por él.

Los secretarios de Pizarro informan que Almagro y sus seguidores fueron los primeros que insistieron en la muerte del inca. Les apoyaba abiertamente el tesorero y los oficiales reales, que lo consideraban indispensable para los intereses de la Corona, y finalmente los rumores de la conspiración levantaron el mismo grito entre los soldados, y Pizarro, a pesar de todo su cariño por el prisionero, no pudo negarse a llevarle a juicio. Era necesario el formalismo de un juicio para darle la apariencia de justicia al procedimiento. Que se trataba de un mero formulismo lo acredita la indecente prisa con que se desarrolló; la revisión de las pruebas, la sentencia y la ejecución se llevaron a cabo en el mismo día. La multiplicidad de las acusaciones, pensadas para fundamentar más firmemente la culpabilidad del acusado, tuvieron, por su mismo número, el

efecto contrario, probando tan solo la decisión de condenarlo. Si Pizarro había sentido rechazo ante esta condena, como pretendía, ¿por qué cuando se inició el interrogatorio envió lejos a De Soto, el mejor amigo de Atahualpa? ¿Por qué fue ejecutada la sentencia tan sumariamente de manera que no hubiera oportunidad, con la vuelta del caballero, de demostrar la falsedad del cargo principal, el único, de hecho, sobre el que los españoles podían estar preocupados? La solemne farsa del luto y del profundo dolor que fingió Pizarro, quien con estos honores al muerto pretendía sugerir el interés sincero que había sentido por el vivo, eran un velo demasiado fino para los más crédulos.

Con estas reflexiones no me propongo exculpar al resto del ejército y especialmente a sus oficiales de su parte de infamia en los acontecimientos. Pero Pizarro, como comandante del ejército, era el principal responsable de sus medidas. Porque no era un hombre que permitiera que se le arrancara su autoridad de la mano o que cediera con timidez ante los impulsos de otros. Ni siquiera cedía ante los propios. Toda su carrera muestra, tanto para bien como para mal, que actuó con una política fría y calculadora.

A menudo se ha repetido una historia, que explica los motivos de la conducta de Pizarro, al menos en cierto grado, mediante el resentimiento personal. El inca había pedido a uno de los soldados españoles que escribiera el nombre de Dios en su uña. El monarca se lo enseñó a varios de los guardias sucesivamente, y cuando lo leían y cada uno pronunciaba la misma palabra, la sagaz mente del bárbaro se deleitaba con lo que le parecía un pequeño milagro, con el que la ciencia de su propia nación no le proporcionaba ninguna analogía. Al mostrarle la escritura a Pizarro, este jefe se quedó en silencio y el inca, al descubrir que no sabía leer, despreció al comandante, que estaba menos formado que sus soldados. No lo ocultó del todo, y Pizarro, consciente de la causa del mismo, tampoco lo olvidó ni lo perdonó[206]. La anécdota no se basa en la más alta autoridad. Puede que sea cierta, pero no hace falta buscar los motivos de la conducta de Pizarro en una rencilla personal, cuando se pueden ver tantas pruebas de una política oscura y deliberada.

Sin embargo, las artes del caudillo español fracasaron a la hora de reconciliar a sus compatriotas con la atrocidad de sus acciones. Es notable observar la diferencia entre el tono que toman los primeros cronistas de los hechos, mientras todavía estaban frescos, y el de quienes los escribieron cuando un lapso de unos pocos años había mostrado la tendencia de la

opinión pública. Los primeros reconocen descaradamente los hechos como exigidos por la conveniencia, si no la necesidad, al mismo tiempo que tratan en términos de reproche sin límites el carácter de la desgraciada víctima[207]. Los segundos, por otro lado, aunque atenuaban los errores del inca y hacían justicia a su buena fe, no tienen reservas a la hora de condenar a los conquistadores, sobre cuya conducta dicen que el cielo puso el sello con su propia reprobación llevándolos a todos a un fin prematuro y miserable[208]. La sentencia de los contemporáneos ha sido completamente ratificada por la de la posteridad[209], y se cree con justicia que la persecución de Atahualpa ha dejado una mancha que nunca se podrá borrar en las armas españolas en el Nuevo Mundo.

Notas al pie

[164] *Relatione de Pedro Sancho*, ap. Ramusio, *Viaggi*, tom. III, fol. 399.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 233.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 7.

Oviedo vio en Santo Domingo los artículos que Fernando Pizarro llevaba a Castilla y se extiende sobre varias vasijas bellamente trabajadas, ricamente grabadas del más fino oro y que medían doce pulgadas de altura y treinta de circunferencia. *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 16.

[165] Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 2, cap. 3.

[166] Según Oviedo estaba acordado que Hernando tuviera una parte, mucho mayor de la que le correspondía, del rescate del inca, con la esperanza de que se sentiría tan rico como para no desear nunca regresar a Perú. «Trabajaron de le enviar rico por quitarle de entre ellos, y porque yendo muy rico como fue no tubiese voluntad de tornar á aquellas partes.» *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 16.

[*] En español en el original.

[167] *Acta de Repartición del Rescate de Atahualpa*, manuscrito.–Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 232.

A la hora de reducir las sumas mencionadas en este trabajo, me he aprovechado (como lo hice anteriormente en la *Historia de la Conquista de México*) de los trabajos del señor Clemencín, anteriormente secretario de la Real Academia de la Historia de Madrid. Este eminente erudito, en el sexto volumen de las *Memorias de la Academia*, que preparó íntegramente, ha introducido un elaborado estudio del valor de la divisa en el reino de Fernando e Isabel. Aunque este período, finales del siglo XV, era un poco anterior al de la conquista del Perú, sus cálculos son lo suficientemente cercanos a la realidad para nuestro propósito, ya que la divisa española no se había visto todavía muy afectada por ese origen de desarreglos que fue la influencia de los metales preciosos del Nuevo Mundo.

En investigaciones sobre la divisa de una época remota, debemos considerar, en primer lugar, el valor específico de una moneda, es decir, el valor que se deriva del peso, la pureza, etc., del metal, circunstancias fácilmente determinadas. En segundo lugar, podemos investigar sobre el valor comercial o comparativo del dinero, es decir, el valor fundamentado en la comparación de la diferencia entre la cantidad de los bienes que la misma suma compraría anteriormente y actualmente. La última investigación es muy difícil de realizar, por la dificultad de encontrar un artículo que se pueda tomar como la verdadera medida de valor. Los economistas políticos han escogido generalmente como esta medida el trigo, por su cultivo y uso generalizado, y Clemencín la ha adoptado en sus cálculos. Tomando el trigo como la medida, ha intentado establecer el valor de las

principales monedas en circulación en la época de los Reyes Católicos. No hace mención en su tratado al *peso de oro*, denominación con la que se expresaban más frecuentemente en la primera parte del siglo XVI que ninguna otra. Pero sí establece tanto el valor específico como comercial del *castellano*, que varios de los antiguos escritores como Oviedo, Herrera y Jerez coinciden en declarar como el equivalente exacto del *peso de oro* . De los resultados de sus cálculos, parece que el valor específico del castellano, que él expresa en reales, es igual a tres dólares y siete centavos de nuestra propia divisa, mientras que el valor comercial es casi cuatro veces mayor, o de once dólares sesenta y siete centavos, lo que equivale a dos libras doce chelines y seis peniques esterlinas. Tomando este como el valor aproximado del peso de oro, a comienzos del siglo XVI, el lector puede calcular fácilmente por sí mismo el valor, en aquella época, de las sumas mencionadas en estas páginas, la mayoría de las cuales están expresadas en esta unidad.

He sido de lo más preciso en esta exposición, ya que en mi anterior trabajo me limité al valor comercial del dinero, que, siendo mucho mayor que el valor específico basado en la calidad y el peso del metal, he pensado mediante una ingenua correspondencia que daba al lector una estimación exagerada de las sumas mencionadas en la historia. Pero me parece que el lector tan solo se preocupa de esta comparación o valor comercial que indica la cantidad de bienes que representa una cantidad dada, para poder saber así el valor real de la suma, adoptando de esta manera el principio, aunque expresado a la inversa de la vieja máxima Hudibrastica:

«What is *worth* in anything,
But so much money as't will bring?»

Samuel Butler, Hudibras. Parte ii. Canto i. Línea 465

«¿Cuál es el valor de cualquier cosa
Sino el dinero que traerá?»

168 «Segun Dios Nuestro Señor le diere á entender teniendo su conciencia y para lo mejor hazer pedia el ayuda de Dios Nuestro Señor, é imboco el auxilio divino.» *Acta de Repartición del Rescate*, manuscrito.

169 Los detalles de la distribución se dan en el *Acta de Repartición del Rescate*, un documento redactado y firmado por el notario real. El documento que es, por tanto, de incuestionable autoridad se encuentra entre los manuscritos que seleccioné de la colección de Muñoz.

170 «Se diese á la gente gue vino con el Capitan Diego de Almagro para ayuda á pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traian veinte mil pesos» (*Acta de Repartición del Rescate*, manuscrito). Herrera dice que se pagaron 100.000 pesos a los hombres de Almagro (*Historia General*, dec. 5, lib. 2, cap. 3), pero no es así, como queda escrito en el documento.

171 «En treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes y otros que no vinieron ni se hallaron en la prisión de Atahualpa y toma del oro porque algunos son pobres y otros tienen necesidad señalaba 15.000 ps de oro para los repartir S Señoria entre las dichas personas.» *Ibid.,* manuscrito.

172 Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1533.

173 El «capitán español» citado varias veces, quien nos cuenta que fue uno de los hombres nombrados para guardar el tesoro, se queja ciertamente de que una gran cantidad de jarrones de oro y otros artículos quedaran sin dividir, una evidente injusticia, piensa, para los honestos conquistadores que se lo habían ganado con todos sus sufrimientos (*Relatione d'un Capitano Spagnolo*, ap. Ramusio, tom. III, fols. 378-379). El escritor, a lo largo de su Relación, muestra todo el espíritu basto y codicioso que marcaba a los aventureros de Perú.

174 «Y esto tenia por justo, pues era provechoso.» Es el sentimiento que Herrera le atribuye a Pizarro, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. 4.

175 «I como no ahondaban los designios que tenie le replicaban; pero èl respondia, que iba mirando en ello.» Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. 4.

176 «Fatta quella fusione, il Governatore fece vn atto innazi al notaro nel quale liberaua il Cacique Atabalilpa et l'absolueua della promessa et parola che haueua data a gli Spagnuoli che lo presero della casa d'oro c'haueua lor coceas, il quale fece publicar públicamente a suon di trombe nella piazza di quella città di Caxamalca» (Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 399). La autoridad es impecable, al menos en todos los datos que da contra los conquistadores, ya que la *Relatione* fue realizada por uno de los propios secretarios de Pizarro y fue autorizado bajo la mirada del general y sus grandes oficiales.

177 «De la Gente Natural de Quito vienen doscientos mil Hombres de Guerra, i treinta mil Caribes, que comen Carne Humana.» Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Bacia, tom. III, p. 233.–Véase también Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, *ubi supra.*

178 «Pues estando asi atravesose un demonio de una lengua que se dezia felipillo uno de los muchachos que el marquez avia llevado á España que al presente hera lengua y andava enamorado de una muger de Atabalipa.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

Los amores y la malicia de Felipillo, que Quintana parece creer se basan principalmente en la autoridad de Garcilaso (véase *Españoles Célebres*, tom. II, p. 210, nota), son afirmados de forma muy explícita por Zárate, Naharro, Gómara, Balboa, todos coetáneos, aunque no presentes en persona, como Pedro Pizarro, en el ejército.

179 «Diciendo que sentia mas aquel desacato, que su prision.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 7.

180 *Ibid., loc. cit.*

181 «È le habian tomado sus mugeres é repartidolas en su presencia é usaban de ellas de sus adulterios.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 22.

182 «Burlaste conmigo siempre me hablas de cosas de burlas? Què parte somos Yo, i toda mi Gente, para enojar à tan valientes Hombres como vosotros? No me digas esas burlas.» Jerez,

Verdadera Relación de la Conquista del Perú, ap. Barcia, tom. III, p. 234.

183 «De que los Españoles que se las han oìdo, estan espantados de vèr en vn Hombre Barbaro tanta prudencia.» *Ibid.*, *loc. cit.*

184 «Pues si Yo no lo quiero, ni las Aves bolaràn en mi Tierra.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, manuscrito, lib. 2, cap. 7.

185 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 400.

Todos estos caballeros estaban presentes en el campamento.

186 «Aunque contra voluntad del dicho Gobernador, que nunca estubo bien en ello.» *Relacion del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Véase también Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, *ubi supra.*

187 Los detalles de las acusaciones contra el inca son enumeradas por Garcilaso de la Vega (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 37). Hubiera sido deseable haberlas encontrado enumeradas por algún otro de los protagonistas de la tragedia. Pero Garcilaso tenía acceso a las mejores fuentes de información, y allí donde no hay motivo para la falsedad, como en este caso, probablemente su palabra puede tomarse por buena. El hecho de que se iniciara un proceso formal contra el monarca indio lo reconocen explícitamente varios de los escritores contemporáneos como Gómara, Oviedo y Pedro Sancho. Oviedo lo describe como «un documento mal ideado y peor escrito, diseñado por un sacerdote sectario y sin escrúpulos, un torpe notario sin conciencia y otros de la misma ralea, que estaban todos implicados en esta villanía» (*Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib 8, cap. 22). La mayor parte de las autoridades están de acuerdo en las dos acusaciones principales, el asesinato de Chascar y la conspiración contra los españoles.

188 «Doppo l'esseri molto disputato, et ragionato del danno et vtile che saria potuto auunenire per il viure o morire di Atabalipa, fu risoluto che si facesse giustitia di lui» (Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 400). Es el lenguaje de un escritor a quien se puede tomar como portavoz del mismo Pizarro. Según él, el grupo que hacía campaña por esta «cuestión de conveniencia», estaba compuesto de «oficiales de la corona y los del ejército, un cierto doctor ducho en leyes, que se encontraba con ellos por casualidad así como el reverendo padre Vicente de Valverde».

189 «Respondió, que firmaria, que era bastante, para que el Inga fuese condenado à muerte, porque aun en lo exterior quisieron justificar su intento.» Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3, cap. 4.

190 Garcilaso ha mantenido los nombres de algunos de aquellos que valientemente, aunque de forma ineficaz, resistieron ante el grito popular por la sangre del inca (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. I, cap. 37). Tenían sin duda razón al negar el derecho de un tribunal como ese en un juicio a un príncipe independiente, como el inca del Perú, pero no tanta al suponer que su señor, el emperador,

tenía más derecho. Vartel (lib. II, cap. 4) censura especialmente este pretendido juicio de Atahualpa como un ultraje manifiesto de la ley de las naciones.

191 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 3. cap. 4.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 7.

192 «Yo mismo», dice Pedro Pizarro, «vi al general llorar». «Yo vide llorar al marques de pesar por no podelle dar la vida porque cierto temio los requirimientos y el riesgo que avia en la tierra si se soltava.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

* En español en el original.

193 Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 234.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 400.

El *garrote* es un método de ejecución en el que se rodea con una soga el cuello del criminal, a cuya parte de atrás se une un palo. Dando vueltas este palo, la soga se aprieta y se produce el ahogamiento. Este fue, probablemente, el método de ejecución de Atahualpa. En España, en lugar de una cuerda, se ponía un collar de hierro que al ser atornillado se comprimía alrededor del cuello de la víctima.

194 Velasco, *Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 372.

195 «Ma quando se lo vidde appressare per douer esser morto, disse che raccomandaua al Gouernatore i suoi piccioli figliuoli che boléese tenersegli appresso, & con queste vltime parole, & dicendo per l'anima sua li Spagnuoli che erano all'intorno il Credo, fu subito affogato.» Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 399.

Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 234.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 7.

La muerte de Atahualpa tiene muchos parecidos con la de Caupolican, el gran jefe araucano, como se describe en la épica histórica de Ercilla. Ambos abrazaron la religión de sus conquistadores en la estaca, aunque Caupolican tuvo mucha menos suerte que el monarca peruano, ya que su conversión no le salvó de las torturas de una muerte de más larga agonía. Fue empalado y le dispararon flechas. Los enérgicos versos reflejan tan fielmente el carácter de estos primeros aventureros en los que el fanatismo del cruzado se mezclaba con la crueldad del conquistador y están tan relacionados con el tema que nos ocupa, que citaría gustosamente el pasaje de no ser demasiado largo. Véase *La Araucana*, parte 2, canto 24.

196 «Así pago el castigo por sus errores y crueldades», dice Jerez, «porque era el mayor carnicero, según dicen todos, que el mundo ha visto nunca, ¡arrasando con facilidad toda una ciudad por el delito más leve, y masacrando a mil personas por el delito de uno!» (*Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 234). Jerez era el secretario privado de Pizarro. Sancho, quien a la partida de Jerez para España le sucedió en el mismo puesto, rinde un tributo más decente a la memoria del inca, quien cree que «ha sido recibido en la gloria, ya que murió arrepentido de sus pecados y en la verdadera fe de un cristiano». Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 399.

197 «El hera muy regalado, y muy Señor», dice Pedro Pizarro (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). «Mui dispuesto, sabio, animoso, franco», dice Gómara (*Historia de las Indias*, cap. 118).

198 El secretario Sancho parece pensar que los peruanos debían haber visto estos honores funerales como una amplia compensación a Atahualpa por cualquier afrenta que se hubiera cometido, ¡ya que le habían ascendido inmediatamente al nivel de los españoles! *Ibid., loc. cit.*

199 *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

200 «Oi dicen los indios que está su sepulcro junto á una Cruz de Piedra Blanca que esta en el Cementerio del Convento de Sn Francisco.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1533.

201 Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 22.

Según Stevenson, «en la capilla que pertenece a la prisión común, que era anteriormente parte del palacio se levanta un altar de piedra en el que los españoles pusieron a Atahualpa y le estrangularon y bajo el que está enterrado» (*Residence in South America*, vol. II, p. 163). Montesinos, que escribió más de un siglo después de la conquista, nos dice que «todavía se podían ver manchas de sangre en la ancha losa, en la prisión de Cajamarca, en la que Atahualpa fue *decapitado* » (*Annales*, manuscrito, año 1533). La ignorancia y la credulidad difícilmente podrían ir más lejos.

202 «Hallaronle monstrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto é muy calado sobre los ojos.» Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 22.

203 *Ibid.,* manuscrito, *ubi supra* .–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

204 Este notable suceso lo ofrece Oviedo no en el cuerpo de su narración, sino en un capítulo suplementario en el que incluye la mayoría de los temas variados, aunque a menudo son cotilleos importantes relacionados con los grandes acontecimientos de la historia. Al tener familiaridad con los protagonistas de estos acontecimientos, el testimonio que recabó, un poco aleatoriamente, es una alta autoridad.

205 «Contra su voluntad sentencio á muerte á Atabalipa» (Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). «Contra la voluntad del dicho

Gobernador» (*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito). «Ancora che molto li dispiacesse di venir a questo attl» (Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 399). Incluso Oviedo parece deseoso de admitir que fuera posible que Pizarro hubiera sido, en cierto modo, engañado por los demás. «Que tambien se puede creer que era engañado.» *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 22.

206 La historia se puede encontrar en Garcilaso de la Vega (*Comentarios Reales*, parte 2, cap. 38), y en ningún otro escritor del período, hasta donde yo sé.

207 Ya he señalado los generosos epítetos que lanzó Jerez sobre la crueldad del inca. Esta versión fue impresa en España en 1534, el año después de la ejecución. «El orgulloso tirano», dice el otro secretario, Sancho, «hubiera pagado la amabilidad y el buen trato que había recibido del gobernador y de todos nosotros con la misma moneda con que habitualmente pagaba a sus propios seguidores, sin cualquier falta por su parte, condenándolos a muerte» (Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 399). «Merecía morir», dice el viejo conquistador español, anteriormente citado, «y todo el país se alegró de que se le quitara de en medio». *Relatione d'un Capitano Spagnolo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 377.

208 «Las demostraciones que después se vieron bien manifiestan lo mui injusta que fué, [...] puesto que todos quantos entendieron en ella tuvieron después mui desastradas muertes» (Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito). Gómara utiliza prácticamente los mismos términos. «No ai que reprehender à los que le mataron, pues el tiempo, i sus pecados los castigaron después; cà todos ellos acabaron mal» (*Historia de las Indias*, cap. 118). Según el primer escritor, Felipillo pagó por sus crímenes poco después, siendo colgado por Almagro en la expedición a Chile, cuando, como «*algunos* dicen, confesó haber pervertido el testimonio a favor de la inocencia de Atahualpa, directamente contra el monarca». Oviedo, generalmente bastante dispuesto a excusar los excesos de sus compatriotas, no tiene restricciones en su condena a todo el proceso, que, dice otro contemporáneo, «llena a todo aquel que tenga una chispa de humanidad en su pecho de lástima». *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

209 El ejemplo más eminente de esto lo ofrece Quintana en sus memorias de Pizarro (*Españoles Célebres*, tom. II), a través del cual el escritor, elevándose por encima del prejuicio nacional, que demasiado a menudo ciega a sus compatriotas, mantiene la escala de criticismo histórico con una mano imparcial y distribuye una buena cantidad de reprobación entre los protagonistas de estas escenas tan funestas.

Capítulo VIII

Desórdenes en Perú. Marcha a Cuzco. Enfrentamientos con los nativos. Challcuchima es quemado. Llegada a Cuzco. Descripción de la ciudad. El tesoro que allí encuentran. 1533-1534

El inca del Perú era su soberano en un sentido peculiar. Sus vasallos le obedecían de forma más ciega que a cualquier déspota, ya que su autoridad llegaba hasta la conducta más privada, hasta los pensamientos del individuo. Era reverenciado como algo más que humano[210]. No era meramente la cabeza del Estado, sino el punto en el que convergían todas las instituciones como un centro común, la piedra de toque de la construcción política, que de retirarse se desmoronaría. Así sucedió a la muerte de Atahualpa[211]. Su muerte no solo dejó el trono vacante, sin un sucesor claro, sino que la manera en que sucedió anunciaba a los peruanos que una mano más fuerte que la de los incas había tomado ahora el cetro y que la dinastía de los hijos del sol había pasado para siempre.

A lo que siguieron las consecuencias naturales de tal convicción. El bello orden de las antiguas instituciones se rompió cuando la autoridad que lo controlaba se retiró. Debido al freno poco común al que estaban sometidos anteriormente, los indios estallaron en excesos aún mayores. Se quemaron aldeas, se saquearon templos y palacios y el oro que contenían quedó dispersado o escondido. El oro y la plata adquirieron una enorme

importancia a los ojos de los peruanos cuando vieron la importancia que les daban los conquistadores. Los metales preciosos, que anteriormente servían tan solo para fines de Estado o de decoración religiosa, se acumulaban ahora, enterrándose en cuevas y bosques. Se afirma que el oro y la plata que escondieron los nativos excedía en una enorme cantidad al que cayó en manos de los españoles[212]. Las provincias remotas comenzaron a romper su alianza con los incas. Sus grandes capitanes, a la cabeza de distantes ejércitos, se establecieron por cuenta propia. Ruminavi, un comandante en las fronteras de Quito, intentó separar el reino del imperio peruano y reafirmar su antigua independencia. El país, en pocas palabras, se encontraba en ese estado en el que lo viejo está pasando y el nuevo orden de las cosas todavía no se ha establecido. Se encontraba en un estado de revolución.

Los autores de esta revolución, Pizarro y sus seguidores, se mantenían todavía en Cajamarca. El primer paso del comandante español fue nombrar un sucesor para Atahualpa. Sería más fácil gobernar bajo la venerada autoridad a la que habían rendido homenaje tanto tiempo los indios, y no era difícil encontrar un sucesor. El legítimo heredero a la Corona era un segundo hijo de Huayna Capac llamado Manco, hermano legítimo del desgraciado Huáscar. Pero Pizarro no conocía lo suficiente la disposición de este príncipe, por lo que no tuvo escrúpulos a la hora de elegir al hermano de Atahualpa y presentarle ante los nobles indios como su futuro inca. No sabemos nada del carácter del joven Toparca, quien probablemente se resignó sin resistencia a un destino que, por muy humillante que fuera desde ciertos puntos de vista, era más elevado de lo que nunca hubiera podido esperar conseguir de haber seguido los acontecimientos su curso natural. Se respetaron las ceremonias propias de una coronación inca, tan bien como lo permitían las circunstancias; las sienes del inca fueron ceñidas por la *borla* imperial de manos de su conquistador y recibió el homenaje de sus vasallos indios. Fueron los menos reacios a hacerlo, ya que la mayoría de los del campamento pertenecían a la facción de Quito.

Todos los pensamientos se volvieron con ansiedad hacia Cuzco, de la que circulaban los relatos más brillantes entre los soldados y cuyos templos y palacios reales se describían resplandeciendo de oro y plata. Con la imaginación excitada de esta manera, Pizarro con toda su compañía, que ascendía a casi quinientos hombres, de los cuales casi un tercio probablemente era caballería, partió a principios de septiembre de

Cajamarca, un lugar que será recordado para siempre como el escenario de algunas de las escenas más extrañas y sanguinarias en la historia. Todos partieron con el ánimo alto; los soldados de Pizarro, con la esperanza de doblar sus actuales riquezas, y los seguidores de Almagro, con la perspectiva de compartir a partes iguales el expolio con «los primeros conquistadores»[213]. El joven inca y el viejo jefe Challcuchima acompañaban la marcha en sus literas servidos por un numeroso séquito de vasallos y moviéndose con tanta pompa y ceremonia como si estuvieran en posesión del poder real[214].

La ruta corría por la gran calzada de los incas que se extendía a través de las elevadas regiones de las cordilleras todo el camino hasta Cuzco. Era prácticamente de un ancho uniforme, aunque estaba construida con diferentes grados de cuidado, según el terreno[215]. A veces atravesaba valles suaves y nivelados que ofrecían poco impedimento al viajero, mientras que otras veces seguían el curso de un arroyo de montaña que rodeaba la base de algún escarpado acantilado, dejando poco espacio para hacer pie; otras veces, donde la sierra tenía una pendiente tan grande que parecía cortar cualquier avance, la calzada, adaptada a las sinuosidades naturales del terreno, rodeaba las alturas que hubieran sido imposibles de escalar directamente[216].

Pero, aunque estaba realizada con gran habilidad, era un paso terrible para la caballería. La montaña estaba tallada en escalones, pero las puntas rocosas cortaban las pezuñas de los caballos, y aunque la caballería desmontó y guio a los caballos por las bridas, estos sufrían duramente en sus esfuerzos por hacer pie[217]. La calzada estaba construida para hombres y llamas de pie ligero y la única bestia de carga pesada que estaba preparada era la sagaz mula de pie firme, de la que los aventureros españoles en este momento no disponían. Fue una casualidad notable que España fuera la tierra de las mulas, y, por tanto, el país se vio rápidamente provisto del animal que parecía haber sido mejor creado para los difíciles pasos de las cordilleras.

Otro obstáculo que aparecía a menudo eran los profundos torrentes que se lanzaban con furia colina abajo desde los Andes. Estaban atravesados por los puentes colgantes de mimbre, cuyos frágiles materiales se rompieron, pasado algún tiempo, bajo el pesado paso de la caballería y cuyos agujeros añadían un peligro más al paso. En tales ocasiones, los españoles se las

apañaban para atravesar el río en canoa nadando con sus caballos de las bridas[218].

A lo largo de toda la ruta encontraron casas de postas para el alojamiento de los correos reales, establecidas a intervalos regulares, y almacenes de grano y otras comodidades dispuestas en las principales ciudades para los ejércitos indios. Los españoles se aprovecharon de la prudente previsión del gobierno peruano.

Pasando a través de las diferentes aldeas y ciudades de cierta importancia, de las cuales las más importantes eran Guamachucho y Guanaco, Pizarro, tras una tediosa marcha, alcanzó a ver el valle de Jauja. La marcha, aunque tediosa, se había realizado sin mucho sufrimiento, a excepción del cruce de las escarpadas crestas de la cordillera, que de vez en cuando obstruía su camino, un agreste marco para los bellos valles que se esparcían como gemas por esta elevada región. En los pasos de montaña encontraron algunas inconveniencias debido al frío, ya que para moverse más rápidamente se habían deshecho de todo el peso superfluo y no disponían de tiendas[219]. Los inhóspitos vientos de las montañas penetraban en la dura armadura de los soldados, pero los pobres indios, vestidos de forma más escasa y acostumbrados al clima tropical, sufrieron de forma más intensa. Los españoles parecían tener tanto vigor de cuerpo como de alma, lo que les hacía prácticamente indiferentes al clima.

Durante su marcha no fueron atacados por sus enemigos. Pero más de una vez habían visto rastros suyos en las humeantes aldeas y puentes destrozados. De tiempo en tiempo le llegaban a Pizarro informes de guerreros en su camino y de vez en cuando se podían ver pequeños cuerpos de indios como oscuras nubes en el límite del horizonte que se desvanecían en cuanto los españoles se acercaban. Al llegar a Jauja, sin embargo, estas nubes se reunieron en una oscura masa de guerreros que formaron en la orilla opuesta del río que fluía a través del valle.

Los españoles avanzaron hasta el arroyo, que, crecido por el deshielo de las nieves, tenía ahora una anchura considerable aunque no era profundo. El puente había sido destruido, pero los conquistadores sin dudarlo se lanzaron valientemente hacia delante nadando y vadeando como mejor pudieron hasta la orilla opuesta. Los indios, desconcertados por este decidido movimiento, ya que confiaban en sus defensas acuáticas, huyeron después de lanzar una impotente andanada de proyectiles. El miedo dio alas a los fugitivos, pero los caballos y sus jinetes eran más rápidos y los victoriosos

perseguidores se vengaron sangrientamente de su enemigo por haberse atrevido siquiera a ofrecer resistencia.

Jauja era una ciudad considerable. Es el lugar al que ya se ha hecho referencia cuando lo visitó Hernando Pizarro. Estaba situada en el medio de un verde valle, fertilizado por un millar de pequeños arroyuelos, que el ahorrativo agricultor indio sacaba del río para que se deslizaran lentamente a través de los prados. Había varios edificios amplios de piedra basta en la ciudad y un templo de cierta importancia en tiempos de los incas. Pero el fuerte brazo del padre Valverde y sus compatriotas pronto derribaron las deidades paganas de su puesto preeminente poniendo en su lugar las sagradas efigies de la Virgen y el Niño.

Pizarro propuso detenerse aquí unos días y fundar una colonia española. Era una posición favorable, pensó, para mantener a los montañeses indios a raya, mientras que al mismo tiempo proporcionaba una comunicación fácil con la costa. Mientras tanto decidió enviar por delante a De Soto, con un destacamento de sesenta caballos, para efectuar por adelantado un reconocimiento de la comarca y restablecer los puentes allí donde hubieran sido demolidos por el enemigo[220].

Este activo caballero partió inmediatamente, pero encontró en el camino impedimentos considerables. Las señales de enemigos se hacían cada vez más frecuentes a medida que avanzaban. Los pueblos estaban quemados, los puentes destruidos y pesadas rocas y árboles se esparcían en el camino para impedir el paso de la caballería. A medida que se acercaban a Bilcas, un día un lugar importante aunque ahora haya desaparecido del mapa, sostuvo un duro enfrentamiento con los nativos en un desfiladero de montaña, que le costó las vidas de dos o tres jinetes. La pérdida era poca, pero los españoles sentían cualquier pérdida, tan poco acostumbrados como estaban últimamente a la resistencia.

Siguiendo el avance, el capitán español cruzó el río Abancay y las anchas aguas del Apurimac y, a medida que se acercaba a la sierra de Vilcaconga, supo que un considerable cuerpo de indios estaba esperándole en el peligroso paso de las montañas. La sierra se encontraba a varias leguas de Cuzco, y el caballero, deseoso de llegar al otro lado de la misma antes de la caída de la noche, avanzó incautamente sobre sus cansados caballos. Cuando ya se encontraba bastante avanzado en estos peligrosos desfiladeros rocosos, una multitud de guerreros armados, surgiendo, según parecía, de todas las cavernas y arbustos de la sierra, llenaron el aire con sus gritos de

guerra y se lanzaron sobre los invasores como uno de sus propios torrentes de montaña mientras estos ascendían con gran esfuerzo las pendientes. Hombres y caballos quedaron anulados ante la furia del ataque, y las primeras filas, rodando sobre las que se encontraban detrás, sembraron la ruina y la consternación entre sus filas. De Soto se esforzó en vano por restablecer el orden y, si fuese posible, cargar contra sus atacantes. Los caballos estaban cegados y enloquecidos por los proyectiles, mientras que los desesperados nativos, aferrándose a sus patas, intentaban evitar que ascendieran por el rocoso camino. De Soto vio que, a no ser que llegara a un llano que se abría a cierta distancia ante él, todo quedaría perdido. Animando a sus hombres con el antiguo grito de batalla que siempre iba al corazón del español, hincó sus espuelas en los costados de su cansada montura y valientemente apoyado por sus tropas rompió a través de la oscura formación de guerreros y sacudiéndoselos a derecha y a izquierda consiguió situarse en el llano.

Aquí las dos partes se detuvieron, como de mutuo acuerdo, por unos momentos. Los españoles dieron de beber a sus caballos en un pequeño arroyo que corría por el llano, y cuando los animales recuperaron el aliento, De Soto y sus hombres lanzaron una carga desesperada contra sus atacantes. Los impertérritos indios aguantaron el golpe con firmeza y el resultado del combate todavía era dudoso cuando las sombras de la tarde espesándose a su alrededor separaron a los combatientes.

Las dos partes se retiraron del campo, tomando sus respectivas posiciones a una distancia de tiro de flecha la una de la otra, de manera que podían distinguirse claramente en la quietud de la noche las voces de los guerreros de ambos bandos. Pero las reflexiones de las dos huestes eran muy distintas. Los indios, exultantes por su triunfo provisional, miraban con confianza a que llegara el día para completarlo. Los españoles, por otro lado, estaban proporcionalmente descorazonados. No estaban preparados para este espíritu de resistencia en un enemigo hasta ahora tan manso. Varios caballeros habían caído, uno de ellos por un golpe de un hacha peruano que partió su cabeza hasta la barbilla, demostrando el poder del arma y del brazo que la utilizaba[221]. También habían matado a varios caballos, y esta pérdida se sentía de forma casi tan dura como la de sus jinetes, considerando el gran coste y la dificultad de transportarlos hasta estas distantes regiones. Pocos, tanto de los hombres como de los caballos,

estaban libres de heridas, y los aliados indios sufrían todavía de forma más dura.

Parecía probable, por la persistencia y un cierto orden que se había mantenido en el ataque, que estaba dirigido por algún experimentado líder militar, quizá el comandante indio Quizquiz, de quien se decía que se encontraba en los alrededores de Cuzco con una fuerza considerable.

A pesar de la causa razonable de miedo ante el día siguiente, De Soto, como tenaz caballero que era, intentó mantener el ánimo de sus seguidores. Si habían rechazado al enemigo cuando sus caballos estaban cansados y sus propias fuerzas casi extenuadas, sería mucho más fácil resultar victorioso cuando ambos se hubieran recuperado descansando una noche y les contó que «confiaran en el todopoderoso, que nunca abandonaría a sus fieles seguidores en esta situación extrema». Los hechos justificaron la confianza de Soto en este oportuno socorro.

De vez en cuando en su marcha había enviado avisos a Pizarro sobre el amenazante estado del país, hasta que su comandante, alarmándose seriamente, temió que el caballero pudiera ser derrotado por el número superior del enemigo. Por tanto, destacó a Almagro con casi todo el resto de los caballos para que le apoyara, sin el lastre de la infantería para que pudiera moverse más ligero. El eficiente líder avanzó a marchas forzadas, azuzado por las noticias que encontraba en el camino y tuvo la suerte de alcanzar el pie de la sierra de Vilcaconga la misma noche del enfrentamiento.

Allí, al oír del encuentro, avanzó más rápido sin detenerse, aunque sus caballos estaban agotados por el viaje. La noche era demasiado oscura y Almagro, temiendo que se tropezaran con el vivaque del enemigo y deseoso de informar a De Soto de su llegada, ordenó que se tocaran las trompetas hasta que las notas, rodeando los desfiladeros de las montañas, rompieron el sueño de sus compatriotas, sonando como la música más alegre a sus oídos. Rápidamente respondieron con sus propias cornetas y pronto tuvieron la satisfacción de abrazar a sus libertadores[222].

La consternación de las tropas peruanas fue grande cuando a la luz del día descubrieron los refuerzos entre las filas de los españoles. No tenía sentido luchar contra un enemigo que había recuperado fuerzas y que parecía multiplicarse a placer. Sin más intentos de reanudar la lucha, se aprovecharon de una espesa niebla que pendía sobre las laderas de las colinas para efectuar la retirada y dejaron los pasos abiertos a los invasores.

Los dos caballeros continuaron su marcha hasta que sacaron a sus fuerzas de la sierra, y después de ocupar una posición segura se propusieron esperar la llegada de Pizarro[223].

El comandante en jefe mientras tanto se encontraba en Jauja muy preocupado por los rumores que le llegaban sobre el estado del país. Su empresa, hasta ahora, había avanzado tan suavemente que no estaba mejor preparado que su lugarteniente para enfrentarse a la resistencia de los nativos[224]. No parecía comprender que la naturaleza más dulce puede levantarse ante la opresión y que el asesinato de su inca, a quien contemplaban con una veneración tan terrible, era probable que los despertara de su estado de apatía, si es que algo lo podía hacer.

Las noticias que en ese momento recibió de la retirada de los peruanos fueron muy bienvenidas e hizo que se dijera misa y se ofrecieran gracias al cielo, «que se ha mostrado de esta manera favorable a los cristianos a través de esta gran empresa». Los españoles eran siempre unos cruzados. Eran en el siglo XVI, lo que Ricardo Corazón de León y sus bravos caballeros en el siglo XII, con la diferencia de que el caballero de esa época luchaba por la cruz y por la gloria, mientras que el oro y la cruz eran el lema de los españoles. El espíritu de caballería había disminuido en cierto modo ante el espíritu mercantil, pero el fuego del entusiasmo religioso todavía ardía brillante bajo la cota de malla del conquistador americano, como lo hizo antaño bajo la armadura de hierro del soldado de Palestina.

Parecía probable que alguien de autoridad hubiera organizado, o al menos tolerado, esta resistencia de los nativos, y las sospechas cayeron sobre el jefe cautivo Challcuchima, quien fue acusado de mantener correspondencia secreta con su confederado Quizquiz. Pizarro visitó al noble indio, y acusándole de la conspiración, le reprochó, como lo había hecho anteriormente con su real señor, la ingratitud hacia los españoles que le habían tratado de forma tan liberal. Concluyó afirmando que si no hacía que los peruanos depusieran las armas y se rindieran inmediatamente le quemaría vivo tan pronto como llegaran al campamento de Almagro[225].

El jefe indio escuchó la terrible amenaza con la mayor compostura. Negó haber tenido ninguna comunicación con sus compatriotas y dijo que, al menos, en su actual situación de prisionero no tenía poder para hacer que se rindieran. Después permaneció obstinadamente en silencio y Pizarro no presionó más sobre el tema[226]. Pero dispuso una fuerte guardia para el

prisionero e hizo que se le pusieran grilletes. Era un procedimiento ignominioso y había sido el antecedente de la muerte de Atahualpa.

Antes de abandonar Jauja una desgracia cayó sobre los españoles con la muerte de su criatura el joven inca Toparca. La sospecha, por supuesto, cayó sobre Challcuchima, que había sido elegido ahora como el chivo expiatorio para todos los ataques de su nación[227]. Fue una decepción para Pizarro, quien esperaba encontrar un abrigo conveniente para sus acciones futuras bajo la sombra de su majestad[228].

El general consideró que era más prudente no arriesgar la pérdida de sus tesoros llevándoselos en la marcha y, por tanto, los dejó en Jauja, guardados por cuarenta soldados que permanecieron allí de guarnición. No ocurrió nada de importancia en el camino y, después de unir sus fuerzas a las de Almagro, Pizarro pronto entró en el valle de Xaquixaguana, a unas cinco leguas de Cuzco. Este era uno de esos brillantes enclaves, que tan a menudo se encuentran encajonados entre los Andes, más bello por el contraste con el aspecto salvaje del paisaje que lo rodea. A través del valle fluía un río, que proporcionaba medios para irrigar el suelo y cubrirlo de un verdor perpetuo, y la rica y florida vegetación se extendía como un jardín cultivado. La belleza del lugar y su delicioso frescor lo hacían idóneo como residencia para los nobles peruanos, y las laderas de las colinas estaban salpicadas con sus villas, que les proporcionaban un agradable retiro en los calores del verano[229]. Sin embargo, el centro del valle estaba desfigurado por un cenagal bastante grande, provocado por los frecuentes desbordamientos de las aguas, pero la laboriosidad de los arquitectos indios había construido una calzada sólida, recubierta de pesadas piedras y que conectaba con la gran calzada que atravesaba toda la ciénaga[230].

Pizarro se detuvo en este valle durante varios días, recuperándose sus tropas a partir de los bien provistos almacenes de los incas. Su primera acción fue llevar a juicio a Challcuchima, si eso puede ser llamado juicio, donde la sentencia se puede decir que iba mano con mano con la acusación. No tenemos información de la naturaleza de las pruebas. Era del todo increíble que Challcuchima hubiera animado secretamente un movimiento entre el pueblo, con la intención de asegurar la libertad de su país y la suya propia. Fue condenado a morir quemado vivo en el lugar. «Algunos pensaban que era una medida muy dura», dice Herrera, «pero quienes están gobernados por las razones de la política de estado pueden cerrar los ojos a

todo lo demás»[231]. No está claro por qué los conquistadores españoles adoptaron este cruel método de ejecución, a no ser porque los indios fueran infieles, y el fuego, desde fecha antigua, parece haberse considerado una condena adecuada para el infiel, a modo de esa llama eterna que les esperaba en las regiones de los condenados.

El padre Valverde acompañó al jefe peruano hasta la estaca. Parece haber estado siempre presente en este sombrío momento, ansioso por aprovecharlo, si fuera posible, para conseguir la conversión de la víctima. Describió en lúgubres colores la terrible condena del no creyente, a quien tan solo las aguas del bautismo podían asegurar las inefables glorias del paraíso[232]. No aparece que prometiera ninguna conmutación de la pena en este mundo. Pero sus argumentos cayeron en un corazón de piedra y el jefe fríamente respondió que él «no entendía la religión del hombre blanco»[233]. Puede perdonársele por no comprender la belleza de una fe que le había traído unos frutos tan amargos. En medio de sus torturas mostró el característico coraje de los indios americanos, cuyo poder de resistencia triunfa siempre sobre el poder de persecución de sus enemigos, y murió con su último aliento invocando el nombre de Pachacamac. Sus propios seguidores trajeron los troncos para alimentar las llamas que lo consumían[234].

Poco después de este trágico suceso, Pizarro quedó sorprendido por la visita de un noble peruano que llegaba con gran pompa, servido por un numeroso y llamativo séquito. Era el joven príncipe Manco, hermano del desgraciado Huáscar y el legítimo sucesor a la Corona. Al comparecer ante el comandante español, anunció sus pretensiones al trono y pidió la protección de los extranjeros. Se dice que había planeado resistirse con las armas y que había alentado los ataques que los españoles habían sufrido en la marcha, pero al encontrar inútil la resistencia había tomado este diplomático curso, para gran disgusto de sus nobles más resolutos. Fuera como fuera, Pizarro escuchó su propuesta con especial satisfacción, ya que vio en este nuevo descendiente de la verdadera línea real un instrumento más efectivo para sus propósitos que el que hubiera encontrado en la familia de Quito, hacia quienes los peruanos sentían poca simpatía. Recibió al joven, por tanto, con gran cordialidad y no dudó en asegurarle que había sido enviado al país por su señor, el soberano de Castilla, para reivindicar

las pretensiones de Huáscar a la Corona y para castigar la usurpación de su rival[235].

Tomando con él al príncipe indio, Pizarro reanudó entonces su marcha. Esta se vio interrumpida por unas horas por un grupo de nativos que le esperaban en la sierra vecina. Siguió una dura escaramuza en la que los indios se comportaron con gran ánimo e inflingieron algunas pequeñas heridas a los españoles, pero estos últimos finalmente, sacudiéndoselos, se abrieron paso a través del desfiladero y el enemigo no se preocupó por seguirles a terreno abierto.

Estaba ya avanzada la tarde cuando los conquistadores avistaron Cuzco[236]. El sol, al declinar, derramaba sus rayos directamente sobre la ciudad imperial, donde había muchos altares dedicados a su culto. Las filas bajas de edificios mostraban en sus vigas muchas líneas de luz argéntea que llenaban el valle y las laderas bajas de las montañas, cuyas sombrías formas colgaban oscuras sobre la bella ciudad, como para protegerla de la profanación amenazada. Era tan tarde que Pizarro decidió posponer su entrada hasta la siguiente mañana.

Esa noche se mantuvo una guardia vigilante en el campamento y los soldados durmieron con sus armas. Pero pasó sin ningún ataque por parte del enemigo, y pronto, a la mañana siguiente del día 15 de noviembre de 1533, Pizarro se preparó para su entrada en la capital peruana[237].

El pequeño ejército formó en tres divisiones, de las que el centro, o «batalla», como era llamado, iba liderado por el general. Las afueras estaban abarrotadas de una multitud incontable de nativos que se habían juntado en masa desde la ciudad y desde los alrededores para presenciar el llamativo y para ellos sorprendente espectáculo. Todos miraban con ansiosa curiosidad a los extranjeros, de los que ya se había extendido la fama de sus terribles hazañas hasta las partes más remotas del imperio. Los contemplaban con asombro con sus resplandecientes armas y claros rostros que parecían proclamarles como los verdaderos hijos del sol, y escucharon, con sentimientos de misterioso terror, cuando la trompeta pronunció sus prolongadas notas a través de las calles de la capital y la tierra tembló bajo el paso pesado de la caballería.

El comandante español cabalgó directamente hasta la gran plaza. Estaba rodeada de dos filas bajas de edificios entre los que había varios palacios de los incas. Uno de estos, erigido por Huayna Capac, estaba dominado por una torre, mientras que el piso bajo estaba ocupado por una o más salas

inmensas, como las descritas en Cajamarca, donde los nobles peruanos mantenían sus *fêtes*[*] cuando había tormenta. Estos edificios proporcionaron unos prácticos barracones para las tropas, aunque durante las primeras semanas se quedaron en sus tiendas en la plaza abierta, con los caballos atados a su lado, listos para sofocar cualquier insurrección de los habitantes[238].

La capital de los incas, aunque estaba lejos de ser *El Dorado*[**] que había atraído sus crédulas mentes, asombró a los españoles por la belleza de sus edificios, la longitud y la regularidad de sus calles y el buen orden y apariencia de confort, incluso de lujo, que se podía ver en su numerosa población. Sobrepasaba con mucho todo lo que habían visto en el Nuevo Mundo. Uno de los conquistadores calculó la población de la ciudad en doscientos mil habitantes y la de las afueras en mucho más[239]. Esta versión no está confirmada, hasta donde he podido ver, por ningún otro escritor. Pero, por muy exagerada que sea, es cierto que Cuzco era la metrópolis de un gran imperio, la sede de la corte y de la principal nobleza, frecuentada por los mecánicos y los artesanos más hábiles de todo tipo, que eran solicitados por su ingenio en los recintos reales. El lugar además estaba protegido por una numerosa guarnición de soldados y finalmente era el destino de los emigrantes de las regiones más distantes. El traje, particular y especialmente sus sombreros, que tan raramente se encuentran entre los indios americanos, indicaban la parte de donde venía esta abigarrada población, que, con sus variados colores, conferían un efecto pintoresco a los grupos y masas de las calles. El habitual orden y decoro que se mantenía en esta variopinta asamblea mostraba la excelente política de la capital, donde los únicos sonidos que perturbaban el reposo de los españoles eran los sonidos de la fiesta y el baile que los nativos, con una feliz insensibilidad, prolongaban constantemente hasta altas horas de la noche[240].

Los edificios de mejor construcción, y estos eran muy numerosos, eran de piedra o estaban cubiertos de piedra[241]. Entre los principales se encontraban las residencias reales, ya que cada soberano construía un nuevo palacio para sí mismo que, aunque bajo, cubría una gran extensión de terreno. Los muros estaban a veces coloreados o pintados con alegres tintes, y las puertas, se nos asegura, a veces estaban cubiertas de mármol coloreado[242]. «En la delicadeza del trabajo de la piedra», dice otro de los conquistadores, «los nativos superaban con mucho a los españoles, aunque

los tejados de sus moradas, en lugar de tejas, eran tan solo de paja, aunque dispuesta con la mayor habilidad»[243]. El soleado clima de Cuzco no exigía un material muy sólido para defenderse de las inclemencias.

El edificio más importante era la fortaleza, plantada sobre roca sólida, que se elevaba audazmente sobre la ciudad. Estaba construida en piedra tallada, tan finamente trabajada que era imposible detectar la línea de unión entre los bloques, y las entradas estaban defendidas por tres parapetos semicirculares, compuestos de masas de roca tan pesadas, que se parecía al tipo de trabajo que los arquitectos conocen como ciclópeo. La fortaleza se levantaba a una altura extraña en la arquitectura peruana y desde la cima de la torre la vista del espectador dominaba una perspectiva magnífica, en la que los salvajes rasgos del paisaje montañoso, rocas, bosques y cascadas se mezclaban con el rico verdor del valle y la brillante ciudad que llenaba el primer plano, todo mezclado en dulce armonía bajo el profundo azul de un cielo tropical.

Las calles eran largas y estrechas. Estaban dispuestas con perfecta regularidad, cruzándose en ángulos rectos, y de la gran plaza salían cuatro calles principales que conectaban con las grandes calzadas del imperio. La misma plaza y muchas partes de la ciudad estaban pavimentadas con guijarros finos[244]. A través del corazón de la capital corría un río de agua pura, aunque quizá sería mejor llamarlo canal, cuyas orillas, por una distancia de veinte leguas, estaban cubiertas con piedra[245]. A intervalos había puentes que cruzaban este arroyo construidos con las mismas losas anchas, que permitían una fácil comunicación entre las diferentes partes de la capital[246].

El edificio más suntuoso en Cuzco en tiempos de los incas era indudablemente el gran templo dedicado al sol, que tachonado con placas de oro, como ya se ha dicho antes, estaba rodeado de conventos y dormitorios para sacerdotes, con sus jardines y anchos parterres que resplandecían de oro. Los conquistadores ya habían arrancado los adornos exteriores, todos menos los frisos, que, incrustados en las piedras, todavía rodeaban el principal edificio. Es probable que los relatos de riqueza, que tanto habían circulado entre los españoles, excedieran enormemente la verdad. Si no lo hacían, los nativos debían haber tenido mucho éxito a la hora de esconder sus tesoros de los invasores. Sin embargo, aún quedaba mucho, no solo en la casa del sol, sino en el interior de los templos que poblaban la ciudad.

Pizarro, al entrar en Cuzco, había emitido una orden prohibiendo a todos los soldados que ejercieran violencia alguna contra las moradas de los habitantes[247]. Pero los palacios eran numerosos y las tropas no perdieron tiempo en saquearlos de sus contenidos, así como en despojar los edificios religiosos. Los adornos interiores les proporcionaron un considerable botín. Desmantelaron las joyas y los ricos adornos que decoraban las momias reales en el templo de Coricancha. Indignados por la ocultación de sus tesoros, en algunos casos torturaron a los habitantes para intentar sacarles la confesión de los escondites[248]. Invadieron el reposo de los sepulcros en que los peruanos a menudo depositaban sus efectos de valor y obligaron a las tumbas a que entregaran a sus muertos. Los rapaces conquistadores no dejaron sin explorar ningún lugar y de vez en cuando tropezaban con una mina de riqueza que recompensaba sus esfuerzos.

En una caverna cercana a la ciudad encontraron muchas vasijas de oro puro ricamente grabadas con figuras de serpientes, langostas y otros animales. Entre el botín había cuatro llamas de oro y diez o doce estatuas de mujeres, algunas de oro y otras de plata, «que solamente por verlas», dice uno de los conquistadores con cierta *naïveté*[*], «era verdaderamente una gran satisfacción». El oro era probablemente delgado, ya que las figuras eran todas de tamaño real, y varias de ellas se reservaron para el quinto real y no fueron fundidas, sino que se enviaron en el original a España[249]. Los almacenes estaban provistos de curiosos artículos, telas de algodón ricamente teñidas y de plumaje, sandalias de oro y zapatillas del mismo material para las mujeres, así como vestidos formados completamente de cuentas de oro[250]. Los conquistadores, concentrados solo en satisfacer su deseo de oro, despreciaban el grano y otros artículos de comida que llenaban los almacenes[251]. Llegaría un momento en que el grano tendría mucho más valor.

Sin embargo, la cantidad de tesoro en la capital no igualaba las optimistas expectativas que se habían formado los españoles. Pero la deficiencia se suplió con el saqueo que habían ido juntando en los diferentes lugares de su marcha. En un lugar, por ejemplo, se encontraron con diez placas o barras de plata sólida, cada pieza de veinte pies de longitud, un pie de anchura y dos o tres pulgadas de grosor. Estaban colocadas como decoración en la vivienda de un noble inca[252].

El conjunto total del tesoro se reunió en un montón común como en Cajamarca y, después de que se separaran los ejemplares más delicados para la Corona, el resto se entregó a los orfebres indios para que lo fundieran en lingotes de tamaño estándar. La división del expolio se hizo sobre el mismo principio que anteriormente. Había cuatrocientos ochenta soldados, incluyendo la guarnición de Jauja, de los que cada uno debería recibir una parte, siendo la de la caballería el doble que la de la infantería. Los que estaban presentes en la división establecen la cantidad del botín y la división del mismo. Según algunos excedía considerablemente el rescate de Atahualpa. Otros afirman que era menor. Pedro Pizarro dice que cada caballero consiguió seis mil *pesos de oro* y cada uno de la infantería la mitad de esa suma[253], aunque Pizarro hizo la misma discriminación que anteriormente con respecto al rango de las partes y sus servicios relativos. Pedro Sancho, el notario real y secretario del comandante, estima la cantidad total en mucho menos, sin pasar de quinientos ochenta mil doscientos *pesos de oro* y doscientos cincuenta mil marcos de plata[254]. Ante la ausencia de cifras oficiales, es imposible determinar cuál es la correcta. Pero debe recordarse que la narración de Sancho está refrendada por Pizarro y el tesorero real, Riquelme, y, por tanto, muestra sin duda la cantidad real de que los conquistadores dieron cuenta a la Corona.

Sea cual sea la versión que aceptemos, la suma, combinada con la que obtuvieron en Cajamarca, bien podía haber satisfecho las ansias más avariciosas. La influencia repentina de tanta riqueza y además en una forma tan transferible, en un grupo de aventureros temerarios tan pequeño y poco acostumbrado a la posesión de dinero, tuvo su efecto natural. Les proporcionó los medios para jugar, una pasión tan fuerte y común entre los españoles que bien se puede considerar un vicio nacional. Se perdieron y se ganaron en un solo día fortunas capaces de hacer a los propietarios independientes de por vida, y más de un jugador desesperado, con una tirada de dados o una vuelta de cartas poco afortunada, vio cómo le arrebataban en unas pocas horas los frutos de años de trabajo, viéndose obligado a comenzar de nuevo el trabajo de rapiña. Entre estos se menciona a uno del servicio de la caballería, llamado Leguizano, que recibió como su parte del botín la imagen del sol que se levantaba sobre una plancha de oro bruñido extendido sobre los muros en un hueco del gran templo y que por alguna razón, quizá por su superior delicadeza, no fue fundida como los demás adornos. El despilfarrador perdió este rico trofeo en una sola noche,

de donde llegó a ser un proverbio en España, *juega el Sol antes que amanezca*[255].

El efecto de un exceso tal de metales preciosos se notó inmediatamente en los precios. Los artículos más ordinarios tan solo se podían obtener por las sumas más desorbitadas. Una mano de papel se vendía por diez *pesos de oro* ; una botella de vino, por sesenta; una espada, por cuarenta y cinco; un abrigo, por cien, a veces más; un par de zapatos costaba treinta o cuarenta *pesos de oro*, y un buen caballo no se podía conseguir por menos de dos mil quinientos[256]. Algunos alcanzaron un precio mayor. Todos los artículos aumentaron su valor al tiempo que el oro y la plata, el referente de todo, declinaban. El oro y la plata, en resumen, parecían ser las únicas cosas en Cuzco que no tenían valor. Sin embargo, había algunos pocos hombres lo suficientemente sabios como para regresar satisfechos con sus actuales ganancias a su país natal. Aquí sus riquezas les consiguieron consideración y los medios para vivir y, al tiempo que provocaban la envidia de sus compatriotas, les estimulaban a buscar sus propias fortunas en el mismo camino de la aventura.

Notas al pie

210 «Tal era el sobrecogimiento con el que se contemplaba al Inca», dice Pizarro, «que tan solo necesitaba insinuar sus órdenes para que fueran llevadas a cabo, y un peruano saltaría inmediatamente por un precipicio, se colgaría o pondría fin a su vida de cualquier manera prescrita». *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

211 Oviedo nos cuenta que el nombre correcto del inca era *Atabaliva* y que los españoles normalmente lo escribían de manera incorrecta, porque pensaban más en conseguir el tesoro para sí mismos que en el nombre de la persona que lo poseía (*Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 16). Sin embargo, he preferido la autoridad de Garcilaso, quien, siendo él mismo peruano, y familiar cercano del inca, se puede suponer que estuviera bien informado. Sus compatriotas, dice, pretendían que los gallos importados por los españoles a Perú, cuando cantaban, murmuraban el nombre de Atahualpa, «y yo y otros niños indios», añade el historiador, «cuando íbamos al colegio, solíamos imitarlos». *Comentarios Reales*, parte I, lib. 9, cap. 23.

212 «El que el Inca dio a los españoles, dijeron algunos nobles indios a Benalcazar, el conquistador de Quito, no era más que un grano de maíz en comparación con el montón ante él» (Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 22). Véase también Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

213 Los «primeros conquistadores» según Garcilaso eran especialmente honrados por aquellos que llegaron después de ellos, a pesar de que eran en general hombres de menor consideración y fortuna que los posteriores aventureros. *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, cap. 9.

214 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 400.

215 «Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

216 «En muchas partes viendo lo que está adelante, parece cosa imposible poderlo pasar.» *Ibid.,* manuscrito.

217 Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 404.

218 *Ibid., ubi supra.–Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

219 «La notte dormirono tutti in quella campagna senza coperto alcuno, sopra la neue, ne pur hebber souuenimento di legne ne da mangiare.» Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 401.

220 *Carta de la Justicia y Regimiento de la Ciudad de Xauja*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Conquista i Población*

del Pirú, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, cap. 10.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

221 Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 405.

222 *Ibid., loc. cit.*

223 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, adec. 5, lib. 5, cap. 3.

224 El relato de la aventura de Soto con los nativos aparece con más o menos detalle en Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 405.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–*Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito, quienes estaban todos en el ejército.

225 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 406.

226 *Ibid., ubi supra.*

227 Parece, por el lenguaje de la carta, que la municipalidad de Jauja dirigió al emperador, que las mismas tropas estaban muy lejos de estar convencidas de la culpabilidad de Challcuchima. «Publico fue, aunque dello no ubo averiguación in certenidad, que el capitan Chaliconiman le abia dado ierbas o a beber con que murio.» *Carta de la Justicia y Regidor de Xauja*, manuscrito.

228 Según Velasco, Toparca, a quien, sin embargo, llama por otro nombre, se quitó la diadema que le había otorgado Pizarro con desdén y murió en unas pocas semanas de disgusto (*Historia del reino de Quito*, tom. I, p. 377). Este escritor, un jesuita de Quito, parece sentirse obligado a defender el pleito de Atahualpa y su familia como si hubiera sido contratado expresamente para su causa. Sus justificaciones, cuando consiente en dar alguna, demasiado poco a menudo confirman sus afirmaciones como para inspirarnos mucha confianza en su corrección.

229 «Auia en este valle muy sumptuosos aposentos y ricos adonde los señores del Cuzco salian a tomar sus plazeres solazes.» Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 91.

230 *Ibid., ubi supra.*

231 *Historia General*, dec. 5, lib. 6, cap. 3.

232 Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. II, fol. 406.

233 *Ibid., loc. cit.*

234 *Ibid., loc. cit.* –Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

El manuscrito del viejo conquistador está tan dañado en esta parte que gran parte del relato se ha borrado completamente.

235 Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 406–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[236] «Y dos horas antes que el Sol se pusiese, llegaron á vista de la ciudad del Cuzco.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[237] Los cronistas difieren a la hora de precisar la fecha. No puede haber mejor autoridad que la narración de Pedro Sancho y la carta de los magistrados de Jauja, que he seguido en el texto.

[*] En francés en el original.

[238] Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 407.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, cap. 10.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[**] En español en el original.

[239] «Esta ciudad era muy grande i mui populosa de grandes edificios i comarcas, quenado los Españoles entraron la primera vez en ella havia gran cantidad de gente, seria pueblo de mas de 40 mill. Vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arravalles i comarca en derredor del Cuzco á 10 ó 12 leguas creo yo que havia doscientos mill. Indios porque esto era lo mas poblado de todos estos reinos» (*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito). El vecino o «dueño de una casa» se contabiliza, normalmente, representando a cinco personas. Sin embargo, el padre Valverde, en una carta escrita unos pocos años después de esto, dice que la ciudad tenía solo tres o cuatro mil casas en la época de su ocupación y los alrededores tenían diecinueve o veinte mil (*Carta al Emperador*, manuscrito, 20 de marzo, 1539). Es posible que incluyera en el cálculo tan solo las mejores casas, sin considerar que las cabañas de adobe, o mejor dicho casuchas, que constituían una parte tan importante de la ciudad peruana, merecieran ser contadas.

[240] «Heran tantos los atambores que de noche se oian por todas partes bailando y cantando y beviendo que toda la mayor parte de la noche se les pasava en esto cotidianamente.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[241] «La maggior parte di queste case sono di pietra, et l'altre hano la metà della facciata di pietra.» Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 413.

[242] «Che sono le principali della città dipinte et lauorate, et di pietra: et la miglior d'esse è la casa di Guainacaba Cacique vecchio, et la porta d'essa è di marmo bianco et rosso, et d'altri colori» *(ibid., ubi supra).* Los edificios eran normalmente de caliza. Puede que se tratara de pórfido de las vecinas montañas que los españoles tomaron por mármol.

[243] «Todo labrado de piedra muy prima, que cierto toda la canteria desta cibdad hace gran ventaja á la de España, aunque carecen de teja que todas las casas sino es la fortaleza, que era hecha de azoteas son cubiertas de paja, aunque tan primamente puesta, que parece bien.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[244] Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, *ubi supra.*

Merece la pena citar un pasaje en la carta de la municipalidad de Jauja, que confirma con la mejor autoridad algunos de los interesantes detalles mencionados en el texto. «Esta cibdad es la mejor e maior que en la tierra se ha visto, i aun en Indias; e decimos a V.M. ques tan hermosa i de tan buenos

edeficios que en España seria muy de ver; tiene las calles por mucho concierto en pedradas i por medio dellas un caño enlosado. La plaza es hecha en cuadra i empedrada de quijas pequeñas todas, todas las mas de las casas son de Señores Principales hechas de canteria. Esta en una ladera de un zerro en el cual sobre el pueblo esta una fortaleza mui bien obrada de canteria, tan de ver que por Españoles que han andado Reinos estraños dicen no haver visto otro edeficio igual al della.» *Carta de la Justicia y Regidor de Xauxa*, manuscrito.

245 «Un rio, el cual baja por medio de la cibdad y desde que nace, mas de veinte leguas por aquel valle abajo donde hay muchas poblaciones, va enlosado todo por el suelo, y las varrancas de una parte y de otras hechas de canteria labrada, cosa nunca vista, ni oida.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

246 El lector encontrará unas pocas repeticiones en este capítulo de aquello que ya se ha dicho en la introducción de Cuzco bajo los incas. Pero los hechos aquí descritos están sacados en su mayor parte de otras fuentes y es inevitable cierta repetición para dar una imagen distinta de la capital.

247 «Pues mando el marquez dar vn pregon que ningun español fuese á entrar en las casas de los naturales ó tomalles nada.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

248 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 123.

* En francés en el original.

249 «Et íra l'altre cose signolari, era veder quattro castrati di fin oro molto grandi, et 10 ò 12 statue di done, della grandeza delle done di quel paese tutte d'oro fino, cosi belle et ben fatte come se fossero viue [...] Queste furono date nel quinto che toccaua a S. M.» (Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 409). «Muchas estatuas y figuras de oro y plata enteras, hechas la forma toda de una muger, y del tamaño della, muy bien labradas.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

250 «Avia ansi mismo otras muchas plumas de diferentes colores para este efecto de hacer rropas que vestían los señores y señoras y no otro en los tiempos de sus fiestas; avia tambien mantas hechas de chaquira, de oro, y de plata, que heran vnas quentecitas muy delicadas, que parecia cosa de espanto ver su hechura.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

251 Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

252 «Pues andando yo bucando mahiz ó otras cosas para comer, acaso entre en vn buhio donde halle estos tablones de plata que tengo dicho que heran hasta diez y de largo tenian veinte pies y de anchor de vno y de gordor de tres dedos, di noticia dello al marquez y el y todos los demas que con el estavan entraron á vello.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

253 *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[254] Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 409.

[255] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 20.

[256] Jerez, *Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 233.

Capítulo IX

Un nuevo inca coronado. Reglamentos municipales. Terrible marcha de Alvarado. Entrevista con Pizarro. Fundación de Lima. Hernando Pizarro llega a España. Sensación en la corte. Enemistades entre Almagro y los Pizarro. 1534-1535

La primera preocupación del general español tras la división del botín fue la de colocar a Manco en el trono y obtener para él el reconocimiento de sus compatriotas. Por tanto, les presentó al joven príncipe como su futuro soberano, el legítimo hijo de Huayna Capac y el verdadero heredero al cetro peruano. El anuncio fue recibido con entusiasmo por el pueblo, que tenía mucho cariño a la memoria de su ilustre padre y quedó contento de tener todavía un monarca de la antigua línea de Cuzco que les gobernara.

Todo se hizo para mantener la ilusión entre la población india. Las ceremonias de la coronación se respetaron cuidadosamente. El joven príncipe observó las vigilias y los ayunos prescritos, y el día señalado, los nobles y el pueblo, con todos los soldados españoles, se reunieron en la gran plaza de Cuzco para presenciar la ceremonia final. El padre Valverde celebró una misa pública y el inca Manco recibió la diadema con flecos de Perú, no de la mano del sumo sacerdote de su nación, sino de su conquistador Pizarro. Los señores indios después ofrecieron su obediencia de la forma tradicional, tras lo cual el notario real leyó en voz alta el

documento que afirmaba la supremacía de la corona de Castilla y exigía que todos los presentes le rindieran tributo a su autoridad. El intérprete explicó este discurso y las partes finalizaron la ceremonia de homenaje ondeando la bandera de Castilla dos o tres veces con sus manos. Posteriormente, Manco brindó con el comandante en una copa de oro la espumeante *chicha*[*], y después de que este último abrazara cordialmente al nuevo monarca, sonaron las trompetas anunciando la conclusión de la ceremonia[257]. Pero no era una nota de triunfo, sino la de la humillación, ya que proclamaba que los pies armados de los extranjeros se encontraban dentro de las murallas de los incas peruanos, que la ceremonia de coronación era un miserable espectáculo, que su príncipe no era más que un títere en manos de sus conquistadores y que la gloria de los hijos del sol se había ido para siempre.

Sin embargo, el pueblo se entregó con gusto a la ilusión y parecía dispuesto a aceptar esa imagen de su antigua independencia. La ascensión del joven monarca fue recibida con las habituales *fêtes*[*] y jolgorios. Las momias de sus ancestros reales, con los ornamentos que les habían dejado, fueron paseadas cada una por su propio y numeroso séquito, que les servían como si el objeto de los mismos se encontrara vivo y pudiera sentir su significado. Cada una de las fantasmagóricas formas tomó su asiento en la mesa del banquete, aunque, ¡desgraciadamente!, despojados del magnífico servicio con que se acostumbraba a dar brillo a estas grandes fiestas, y los invitados bebieron profusamente en honor de los ilustres muertos. La danza siguió al desfile y la alocada población continuó los festejos, que se prolongaron hasta altas horas de la noche, noche tras noche, ¡como si los conquistadores no se hubieran atrincherado en la capital![258]. ¡Qué contraste con los aztecas en la conquista de México!

La siguiente preocupación de Pizarro fue la de organizar un gobierno municipal para Cuzco, como los que había en las ciudades de la madre patria. Se nombraron dos *alcaldes* y ocho *regidores*[**], entre los que se encontraban sus hermanos Gonzalo y Juan. Los juramentos al cargo fueron realizados con gran solemnidad el 24 de marzo de 1534, en presencia tanto de españoles como de peruanos, en la plaza pública, como si el general estuviera deseoso con esta ceremonia de insinuar a estos últimos que, al tiempo que mantenían la apariencia de sus antiguas instituciones, el verdadero poder se había conferido a partir de ese momento a sus conquistadores[259]. Invitó a los españoles a que se establecieran en el lugar

con liberales concesiones de tierra y casas, que proporcionaban los numerosos palacios y edificios públicos de los incas, y muchos caballeros que habrían sido demasiado pobres en su país para encontrar un lugar donde vivir se vieron en este momento propietarios de una espaciosa mansión que podía albergar al séquito de un príncipe[260]. A partir de este momento, dice el viejo cronista, Pizarro, que hasta entonces se había distinguido por el título de «capitán general», fue llamado «gobernador»[261]. Ambos le habían sido otorgados por concesión real.

Tampoco olvidó el jefe los intereses de la religión. El padre Valverde, cuyo nombramiento como obispo de Cuzco poco después recibió la sanción papal, se preparó para comenzar las tareas de su cargo. Se eligió un lugar para la catedral de su diócesis, de frente a la *plaza* . Posteriormente, sobre las ruinas de la impresionante casa del sol se alzó un espacioso monasterio, cuyos muros estaban construidos con las antiguas piedras, el altar se levantó en el lugar donde brillaba la deslumbrante imagen de la deidad peruana y los claustros del templo indio fueron hollados por frailes dominicos[262]. Para hacer la metamorfosis aún más completa, la casa de las vírgenes del sol fue reemplazada por un convento católico romano[263]. Las iglesias y los monasterios cristianos paulatinamente suplantaron a los antiguos edificios y aquellos que se permitió que quedaran en pie fueron despojados de su simbología pagana y se pusieron bajo la protección de la cruz.

Los padres dominicos, los hermanos de la orden de la Merced y otros misioneros se afanaron en el buen trabajo de la conversión. Hemos visto que la Corona exigió a Pizarro que llevara un cierto número de estos hombres santos en sus propios navíos y todos los barcos posteriores trajeron refuerzos adicionales de eclesiásticos. No todos eran como el obispo de Cuzco, con corazones tan quemados por el fanatismo como para cerrarse a compasión alguna para con los desgraciados nativos[264]. Había muchos de ellos, hombres de especial humildad, que siguieron el camino del conquistador para esparcir las semillas de la verdad espiritual y, con celo desinteresado, dedicarse a propagar el evangelio. De esta manera su piadosa labor demuestra que eran los verdaderos soldados de la cruz y mostró que el objetivo tan ostentosamente proclamado de llevar su estandarte entre las naciones paganas no era un alarde vacuo.

El esfuerzo por cristianizar a los paganos es una honrosa característica de las conquistas españolas. Los puritanos, con igual celo religioso, hicieron

comparativamente poco por la conversión de los indios, contentándose, al parecer, con asegurarse el inestimable privilegio de adorar a Dios a su manera. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo a menudo han tenido demasiado poco interés por la religión ellos mismos como para ser solícitos a la hora de extenderla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el primero hasta el último, han mostrado un entusiasta interés por el bienestar espiritual de los nativos. Bajo sus auspicios se han erigido iglesias a una escala magnífica, se han fundado colegios de educación elemental y se han tomado todas las medidas racionales para extender el conocimiento de la verdad religiosa, al tiempo que han llevado su solitaria misión hasta las regiones más remotas y casi inaccesibles o han reunido a sus discípulos indios en comunidades como el buen Las Casas en Cumaná, o los jesuitas en California y Paraguay. Los valientes eclesiásticos siempre han estado dispuestos a levantar su voz contra la crueldad del conquistador y la no menos destructiva avaricia de los colonos, y cuando estas quejas, como era demasiado a menudo el caso, se probaron infructuosas han seguido unidos a los afligidos para enseñar a los pobres indios a resignarse a su suerte e iluminar su oscuro intelecto con la revelación de una existencia más santa y feliz. Al revisar los anales manchados de sangre de la historia colonial española, no es más que justicia, y al mismo tiempo algo alentador, reflexionar sobre el hecho de que la misma nación de la que surgió el conquistador de corazón duro dio a luz al misionero para hacer el trabajo de la beneficencia y esparcir la luz de la civilización cristiana sobre las más lejanas regiones del Nuevo Mundo.

Mientras el gobernador, como le llamaremos a partir de ahora, se quedaba en Cuzco recibió repetidos informes sobre una considerable fuerza en las cercanías bajo las órdenes del oficial de Atahualpa Quizquiz. Destacó, por tanto, a Almagro con un pequeño cuerpo a caballo y una gran fuerza india bajo las órdenes del inca Manco, para que dispersaran al enemigo y si era posible capturaran a su líder. Manco estaba de lo más dispuesto a tomar parte en la expedición, ya que el enemigo eran los soldados de Quito, quienes, junto con su comandante, no le guardaban ninguna buena voluntad.

Almagro, moviéndose con su habitual rapidez, no tardó en llegar donde se encontraba el jefe indio. A continuación hubo algunos duros enfrentamientos a medida que el ejército de Quito se retiraba a Jauja, cerca de la cual un enfrentamiento general decidió el destino de la guerra con una

derrota total de los nativos. Quizquiz huyó al altiplano de Quito, donde se mantuvo contra las fuerzas españolas con espíritu indomable, hasta que finalmente sus propios soldados, cansados por estas hostilidades largas e infructuosas, asesinaron a su comandante a sangre fría[265]. Así cayó el último de los dos grandes oficiales de Atahualpa, quien, si su nación hubiera estado animada por un espíritu igual al suyo, podría haber mantenido con éxito su tierra contra el invasor.

Poco antes de que ocurriera esto, el gobernador español, mientras estaba en Cuzco, recibió noticias de un suceso mucho más alarmante para él que cualquier hostilidad con los indios. Se trataba de la llegada a la costa de un fuerte contingente español bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, el valiente oficial que había servido bajo las órdenes de Cortés obteniendo tanto renombre en la guerra de México. Este caballero, después de cerrar una brillante alianza en España, a la que tenía derecho por su nacimiento y rango militar, había regresado a su gobierno en Guatemala, donde los magníficos informes que recibía de las conquistas de Pizarro despertaron su avaricia. Estas conquistas, según supo, se limitaban a Perú, mientras que el reino norteño de Quito, la antigua residencia de Atahualpa, se mantenía intacta. Fingiendo que consideraba que este país se encontraba fuera de la jurisdicción del gobernador, inmediatamente se puso a la cabeza de una gran flota, con la que pretendía llegar a las islas de las especias, en dirección a Sudamérica, y en marzo de 1534 desembarcó en la bahía de Caráquez, con quinientos seguidores, de los que la mitad iban a caballo y todos estaban admirablemente bien provistos de armas y munición. Era la formación mejor equipada y más formidable que había aparecido hasta el momento en los mares del sur[266].

Aunque era manifiestamente una invasión del territorio concedido a Pizarro por la Corona, el temerario caballero decidió marchar inmediatamente a Quito. Con la ayuda de un guía indio, se propuso tomar la ruta directa a través de las montañas, un paso de extraordinaria dificultad incluso en la mejor de las temporadas.

Después de cruzar el río Dable, el guía de Alvarado le abandonó, de tal manera que se vio atrapado entre los intrincados laberintos de la sierra y, a medida que ascendía más y más hacia las regiones invernales, se veía rodeado de nieve y hielo, para las que sus hombres, tomados de los países cálidos de Guatemala, no estaban preparados. A medida que el frío se hizo más intenso, muchos de ellos se encontraban tan entumecidos que

avanzaban con dificultad. La infantería, obligada a hacer esfuerzos, lo pasaba algo mejor. Muchos de los jinetes iban congelados en sus sillas. Los indios, todavía más sensibles al frío, murieron a cientos. Cuando los españoles se apiñaban alrededor de sus míseros vivaques con el poco combustible que podían recoger y prácticamente sin comida, esperaban en un lúgubre silencio la llegada de la mañana. Sin embargo, la luz de la mañana, que brillaba fríamente sobre las sombrías soledades, no les traía ninguna alegría. Tan solo revelaba más claramente el nivel de su desdicha. Siguieron marchando por los sinuosos *Puertos Nevados*[*], en los que su marcha iba quedando señalada por fragmentos de vestido, arneses rotos, ornamentos de oro y otros bienes robados en su camino, por los cadáveres de los hombres o por los menos afortunados a los que se abandonaba para morir en soledad. En cuanto a los caballos, no se dejaba que sus cadáveres cubrieran por mucho tiempo el suelo, ya que los soldados hambrientos los cogían y devoraban medio crudos, como los cóndores famélicos que sobrevolaban a las tropas sobre sus cabezas dándose glotonamente un banquete con los despojos más ofensivos para satisfacer los dolores del hambre.

Alvarado, ansioso por asegurarse el botín que había caído en sus manos en la primera parte de su marcha, animó a todos los hombres a que tomaran todo el oro que quisieran del montón común, reservándose tan solo el quinto real. Pero estos tan solo respondieron con una cadavérica sonrisa de desdén que «la comida era su único oro». Sin embargo, en esta situación extrema, que parecería disolver los lazos de la naturaleza, hay registrados algunos ejemplos de entrega, de camaradas que perdieron sus vidas ayudándose unos a otros y de padres y maridos (porque algunos de los caballeros iban acompañados de sus mujeres) que, en lugar de su propia seguridad, decidieron quedarse y morir en las nieves con sus seres queridos.

Para sumarse a los problemas, el aire se llenó por unos días de unas espesas nubes de partículas de tierra y toba, que cegaron a los hombres e hicieron la respiración enormemente difícil[267]. Parece probable que este fenómeno fuera causado por la erupción del lejano Cotopaxi, que a unas doce leguas al sudeste de Quito levanta su cono colosal y perfectamente simétrico por encima del límite de las nieves eternas, el más bello y terrible de los volcanes americanos[268]. En la época de la expedición de Alvarado se encontraba en estado de erupción, el primer caso de este tipo de registro, aunque indudablemente no el primero[269]. A partir de ese período, ha estado

en frecuente actividad, enviando capas de llamas de una altura de media milla, arrojando chorros de lava que han cubierto aldeas y ciudades en su camino, y agitando la tierra con truenos subterráneos que a distancias de más de doscientas leguas sonaban como las explosiones de la artillería[270]. Los seguidores de Alvarado, que desconocían la causa de este fenómeno, mientras vagaban por los caminos cubiertos de nieve (cuya visión les era completamente extraña), en una atmósfera repleta de cenizas, quedaron completamente desconcertados por esta confusión de elementos, que la naturaleza parecía haber pensado especialmente para su destrucción. Algunos de estos hombres eran soldados de Cortés, endurecidos en más de una marcha dolorosa y en más de un duro encuentro con los aztecas. Pero esta guerra de los elementos, confesaron, era más poderosa que nada de lo que hubieran hecho.

Finalmente, Alvarado, después de sufrimientos que incluso los más resistentes probablemente no hubieran aguantado más que unos días, emergió del paso nevado y llegó al altiplano que se extiende a una altura de más de nueve mil pies sobre el nivel del mar en la vecindad de Riobamba. Pero un cuarto de su aguerrido ejército se había quedado para alimentar a los cóndores en la espesura, sin contar a la mayor parte, al menos dos mil, de sus ayudantes indios. También había perecido un gran número de sus caballos, y los hombres y caballos que escaparon estaban todos más o menos heridos por el frío y lo extremo del sufrimiento. Tal fue el terrible paso de Puertos Nevados que lo he relatado brevemente como un episodio de la conquista peruana, pero cuya narración en detalle, a pesar de que durara tan solo unas semanas, daría una idea mejor de las dificultades que enfrentaron los caballeros españoles que volúmenes de narración ordinaria[271].

A medida que Alvarado, después de detenerse para recuperar a sus extenuadas tropas, comenzó su marcha a través de la ancha meseta, quedó sorprendido al ver las huellas de las pezuñas de los caballos en el suelo. ¡Los españoles habían estado probablemente aquí, por tanto! Y ¡después de todo este trabajo y sufrimientos otros se le habían adelantado en la empresa contra Quito! Es necesario decir unas pocas palabras para explicar esto.

Cuando Pizarro abandonó Cajamarca, al ser consciente de la importancia de San Miguel, el único puerto de entrada entonces en el país, envió una persona en la que tenía gran confianza para que se ocupara de ella. Esta persona era Sebastián Benalcazar, un caballero que posteriormente situó su

nombre entre las filas de los primeros conquistadores, por su coraje, rapacidad y crueldad. Pero este caballero apenas llegó a su gobierno cuando, como Alvarado, recibió tales relatos de las riquezas de Quito, que decidió, a pesar de no tener órdenes, comenzar su toma con la fuerza que se encontraba a sus órdenes.

A la cabeza de unos ciento cuarenta soldados a caballo y a pie, y un fuerte cuerpo de ayudantes indios, ascendió la amplia cadena de los Andes hasta donde se extiende en el altiplano de Quito por un camino mucho más seguro y rápido que el que tomó Alvarado. En las llanuras de Riobamba se encontró con el general indio Ruminavi. A continuación tuvieron lugar varios encuentros, con un éxito dudoso, hasta que, finalmente, la ciencia prevaleció sobre el coraje y el victorioso Benalcazar plantó el estandarte de Castilla en las antiguas torres de Atahualpa. La ciudad, en honor a su general Francisco Pizarro, fue llamada San Francisco del Quito. Pero grande fue la mortificación al encontrar que o bien las historias de sus riquezas habían sido inventadas o que estas riquezas habían sido escondidas por los nativos. La ciudad fue todo lo que ganaron con sus victorias, la concha sin la perla de premio que le diera su valor. Mientras se comía su desilusión lo mejor que podía, el capitán español recibió las noticias de la llegada de su superior Almagro[272].

En cuanto las noticias de la expedición de Alvarado llegaron a Cuzco, Almagro abandonó el lugar con una pequeña fuerza en dirección a San Miguel, con el propósito de atrincherarse con un refuerzo de ese lugar y marchar inmediatamente contra los invasores. Quedó enormemente sorprendido, cuando llegó a esta ciudad, al saber de la partida de su comandante. Dudando de la lealtad de sus motivos, Almagro, con la tenacidad de espíritu propia de la juventud, aunque ciertamente algo debilitado por los achaques de la edad, no dudó en seguir a Benalcazar inmediatamente a través de las montañas.

Con su habitual energía, el intrépido veterano, sobreponiéndose a todas las dificultades de la marcha, en unas pocas semanas llegó con su pequeña compañía a las elevadas llanuras que se extienden alrededor de la ciudad india de Riobamaba, aunque en su camino tuvo más de un duro encuentro con los nativos, cuyo coraje y perseverancia contrastaba bastante con la apatía de los peruanos. Pero el fuego tan solo dormía en el pecho de los peruanos. Su hora todavía no había llegado.

En Riobamaba, Almagro pronto se unió al comandante de San Miguel, quien negó, quizá sinceramente, cualquier intento de deslealtad en su expedición no autorizada. Reforzado, por tanto, el capitán español esperó fríamente la llegada de Alvarado. Las fuerzas de este último, aunque en una condición menos útil, eran muy superiores en número y equipamiento a las de su rival. Cuando estuvieron frente a frente en las anchas llanuras de Riobamba, parecía probable que inmediatamente siguiera un fiero combate y que los nativos del país tuvieran la satisfacción de ver sus afrentas vengadas por las mismas manos que las habían realizado. Pero la diplomacia de Almagro evitó que esto sucediera.

Se realizaron unas negociaciones a pie, en las que cada parte estableció sus pretensiones sobre el país. Mientras tanto los hombres de Alvarado se mezclaron libremente con sus compatriotas en el otro ejército y escucharon allí tales noticias maravillosas sobre la riqueza y las maravillas de Cuzco que muchos de ellos se vieron inclinados a cambiar su actual servicio por el de Pizarro. También su propio líder, convencido de que en Quito no había ninguna recompensa que mereciera el sacrificio que ya había hecho y el que probablemente haría, de insistir en sus pretensiones, fue más consciente de lo precipitado de su acción, que sin duda incurriría en la censura de su soberano. Con este humor no les fue difícil llegar a una solución de sus diferencias y se acordó, como bases de la misma, que el gobernador pagaría cien mil pesos de oro a Alvarado, quien a cambio le concedería su flota, sus fuerzas y todas las provisiones y municiones. Sus navíos, grandes y pequeños, ascendían a un total de doce y la suma que recibió, aunque grande, no cubría los gastos. Una vez que se firmó este tratado, Alvarado propuso, antes de abandonar el país, tener una entrevista con Pizarro[273].

Mientras tanto, el gobernador había abandonado la capital peruana en dirección a la costa, debido a su deseo de repeler cualquier invasión que Alvarado, de quien desconocía sus movimientos reales, pudiera intentar en esa dirección. Dejó Cuzco a cargo de su hermano Juan, un caballero cuyas maneras eran tales que, pensó, sería probable que se ganara la buena voluntad de la población nativa. Pizarro también dejó a noventa soldados de sus tropas como guarnición en la capital, y el núcleo de su futura colonia. Después, tomando al inca Manco con él, avanzó hasta Jauja. En este lugar fue agasajado por el príncipe indio con una exhibición de la gran caza nacional, como ya se ha descrito en estas páginas anteriormente, en la cual se cazó una cantidad inmensa de animales salvajes, y a las vicuñas y otras

especies de oveja peruana que vagan por las montañas se las encerró en rediles para quitarles sus delicados flecos[274].

El gobernador español siguió después hasta Pachacamac, donde recibió la agradable noticia del acuerdo con Alvarado, y poco después fue visitado por este caballero en persona, antes de que embarcara.

La reunión se llevó a cabo con cortesía y una muestra, al menos, de buena voluntad por ambos lados, puesto que ya no había causa real para los recelos entre las partes, y cada uno, como se puede imaginar, miraba al otro con no poco interés, como personajes que habían alcanzado una distinción dentro de la ruda senda de la aventura. Alvarado tenía cierta ventaja en la comparación, ya que aunque Pizarro era la presencia dominante, no tenían la brillantez externa, las maneras liberales y jocosas, que no menos que su fresco rostro y dorados bucles habían ganado para el conquistador de Guatemala en sus campañas contra los aztecas, el *sobriquet*[*] de *Tonatiuh* o «hijo del sol».

Los festejos que en ese momento recorrieron la antigua ciudad de Pachacamac fueron despreocupados, en lugar de canciones y de los sacrificios tan a menudo vistos allí en honor de la deidad del sol; los muros repetían el ruido de los torneos y las justas moras de juncos, con las que los marciales aventureros gustaban recordar los deportes de su tierra natal. Cuando estos terminaron, Alvarado volvió a embarcar hacia su gobierno de Guatemala, donde su inquieto espíritu pronto le hizo embarcarse en otras empresas que terminaron con su carrera de aventurero. Su expedición a Perú era muy característica del hombre. Estaba basada en la injusticia, llevada a cabo con precipitación y terminada en desastre[275].

En este momento se puede considerar, en cierto modo, como terminada la dominación del Perú. Es cierto que algunas tribus bárbaras del interior todavía resistían y se empleó a Alonso de Alvarado, un oficial capaz y prudente, para someterlos. Benalcazar aún estaba en Quito, ciudad de la que fue nombrado posteriormente gobernador por la Corona. Allí estaba plantando más profundamente los cimientos del poder español, al tiempo que avanzaba en la línea de la conquista aún más hacia el norte. Pero Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se había rendido. Los ejércitos de Atahualpa habían sido derrotados y dispersados. El imperio de los incas fue disuelto y el príncipe que portaba ahora la diadema india no era más que la sombra de un rey que ocupaba su cargo de manos de su conquistador.

El primer acto del gobernador fue decidir la sede de la futura capital de este vasto imperio colonial. Cuzco, retirada entre las montañas, estaba demasiado alejada de la costa para un pueblo comerciante. El pequeño asentamiento de San Miguel se encontraba demasiado alejado al norte. Era deseable elegir una posición más central, fácil de encontrar en uno de los fructíferos valles que bordeaban el Pacífico. Se trataba del valle de Pachacamac, que Pizarro ocupaba en este momento. Pero cuando lo examinó más atentamente, se decidió por el vecino valle de Rimac, que se encontraba al norte y que tomaba su nombre, que en quichua significa «alguien que habla», de un célebre ídolo cuyo altar era muy frecuentado por los indios a causa de sus oráculos. A través del valle fluía un ancho arroyo, como una gran arteria, que los nativos, como de costumbre, habían hecho que se dividiera en miles de venas más finas que deambulaban a través de los bellos prados.

En este río Pizarro fundó la sede de la nueva capital a poco menos de dos leguas de distancia de la desembocadura, que se extendía en un cómodo puerto para el comercio, que la profética vista del fundador percibió que un día, y no muy distante, se desarrollaría sobre sus aguas. Su situación central lo hacía recomendable como un lugar de residencia apropiado para el virrey peruano, desde donde podía establecer una fácil comunicación con las diferentes partes del país y mantener la vigilancia sobre sus vasallos indios. El clima era delicioso y, a pesar de que se encontraba a tan solo doce grados al sur del ecuador, las brisas frescas que generalmente soplan del Pacífico o de la región opuesta a través de las laderas congeladas de las cordilleras la templaban de tal manera que el calor era menor que en latitudes correspondientes del continente. Nunca llovía en la costa, pero esta aridez se veía corregida por una nube vaporosa que a lo largo de los meses de verano colgaba como una cortina sobre el valle, protegiéndola de los rayos de un sol tropical y destilando imperceptiblemente una humedad refrescante, que cubría los campos del más brillante verdor.

El nombre que se le dio a la recién nacida capital fue *Ciudad de los Reyes*, en honor al día, el 6 de enero de 1535, la fiesta de la epifanía, que se dice que se fundó o más probablemente cuando se decidió su situación, ya que su fundación real parece haber tenido lugar doce días más tarde[276]. Pero el nombre castellano dejó de usarse incluso en la primera generación y fue sustituido por el de Lima, que fue en lo que se convirtió el nombre original indio de Rimac en bocas de los españoles[277].

La ciudad se diseñó sobre un plano regular. Las calles debían ser mucho más anchas de lo habitual en las ciudades españolas y perfectamente rectas, cruzándose en ángulos rectos y tan separadas como para proporcionar amplio espacio para jardines en las moradas y en las plazas públicas. Se organizó en forma triangular, teniendo como base al río, cuyas aguas debían llevarse, a través de conductos de piedra, por las principales calles para irrigar las tierras que las bordeaban.

En cuanto el gobernador hubo decidido el lugar y el plano de la ciudad, comenzó los trabajos con su característica energía. Se reunieron indios en un radio de más de cien millas para que ayudaran en los trabajos. Los españoles se aplicaron con vigor a la tarea, bajo la vigilancia de su jefe. La espada se trocó por la herramienta de artesano. El campamento se convirtió en un enjambre de diligentes trabajadores y los sonidos de guerra fueron sustituidos por el pacífico zumbido de una población atareada. La *plaza*, que era inmensa, debía estar rodeada por la catedral, el palacio del virrey, el de la municipalidad y otros edificios públicos, y sus cimientos se construyeron a tal escala y de forma tan sólida, que desafiaron los ataques del tiempo y, algunas veces, incluso de los golpes mucho más formidables de los terremotos que en diferentes períodos han dejado partes de la bella capital en ruinas[278].

Mientras estos hechos tenían lugar, Almagro, el almirante, como le llaman normalmente los cronistas de la época, había llegado a Cuzco, a donde le había enviado Pizarro para que se ocupara de esa capital. También recibió instrucciones de emprender, él o sus capitanes, la conquista de los países más al sur, que formaban parte de Chile. Desde su llegada a Cajamarca, Almagro parecía estar deseoso de suavizar sus antiguos resentimientos con su socio, o al menos ocultarlos, y consintió en ponerse bajo sus órdenes obedeciendo al mandato real. Tuvo incluso la magnanimidad de hacer, en sus despachos, honorable mención de Pizarro, describiéndole como alguien ansioso por promover los intereses del gobierno. Sin embargo, no confiaba tanto en su compañero como para pasar por alto la precaución de enviar a un agente confidencial para que representara sus propios servicios, cuando Hernando Pizarro emprendió su misión hacia la madre patria.

Ese caballero, después de tocar en Santo Domingo, llegó sin ningún accidente a Sevilla en enero de 1534. Además del quinto real, llevaba consigo oro por valor de medio millón de pesos, junto con una gran

cantidad de plata, propiedad privada de los aventureros, algunos de los cuales satisfechos con sus propias ganancias habían regresado a España en el mismo navío. La casa de aduanas se llenó de sólidos lingotes y de jarrones de diferentes formas, imitaciones de animales, flores, fuentes y otros objetos, realizados con más o menos habilidad y todos de oro puro, para el asombro de los espectadores que se arremolinaban en los alrededores para contemplar estas maravillosas producciones del arte indio[279]. La mayoría de las manufacturas eran propiedad de la Corona, y Hernando Pizarro, después de una breve estancia en Sevilla, eligió los ejemplares más maravillosos y cruzó el país hasta Calatayud, donde el emperador estaba celebrando las cortes de Aragón.

Hernando fue inmediatamente admitido a presencia real y obtuvo una graciosa audiencia. Era más versado en cortes que ninguno de sus hermanos y, en situaciones que imponían un freno sobre la natural arrogancia de su temperamento, sus maneras eran graciosas e incluso atractivas. En un tono respetuoso, recitó en este momento las conmovedoras aventuras de su hermano y de su pequeño grupo de seguidores, las fatigas que habían pasado, las dificultades que habían superado, la captura del inca peruano y su magnífico rescate. No tuvo que contar el asesinato del desgraciado príncipe, ya que no conocía ese trágico suceso, que había ocurrido después de su partida del país. El caballero se extendió sobre lo productivo del suelo y sobre la civilización del pueblo, como acreditaba su habilidad en las artes mecánicas, para probar lo cual mostró las telas de lana y algodón y los ricos adornos de oro y plata. Los ojos del monarca resplandecieron de placer mientras contemplaba estos últimos. Era demasiado sagaz como para no apreciar las ventajas de una conquista que le aseguraba un país tan rico en recursos naturales. Pero los beneficios de estos eran, por necesidad, graduales y a largo plazo y se le puede perdonar que escuchara con una satisfacción aún mayor los relatos de Pizarro sobre las riquezas minerales, ya que sus ambiciosos proyectos habían drenado el tesoro imperial y veía en la marea de oro que se abalanzaba sobre él los medios inmediatos para reponerse.

Por tanto, Carlos no puso dificultades para garantizar las peticiones del afortunado caballero. Se confirmaron completamente todas las anteriores concesiones de Francisco Pizarro y sus socios y las fronteras de la jurisdicción del gobernador se extendieron setenta leguas hacia el sur. Tampoco quedaron sin recompensa los servicios de Almagro. Se le

confirieron poderes para descubrir y ocupar el país a una distancia de doscientas leguas, comenzando a partir de la frontera sur del territorio de Pizarro[280]. Como prueba aún mayor de su satisfacción, Carlos se dignó graciosamente a dirigir una carta a los dos comandantes, en la que les halagaba por su habilidad y les agradecía sus servicios. Este acto de justicia con Almagro hubiera sido enormemente honroso para Hernando Pizarro, considerando las relaciones poco amistosas en las que se encontraban, de no haberse hecho necesario por la presencia de los propios agentes del mariscal en la corte, quienes, como ya se ha dicho, estaban preparados para suplir cualquier carencia en las afirmaciones del emisario.

El enviado, como es fácil de imaginar, no quedó sin recompensa ante este despliegue del botín real. Fue alojado como ayudante de la corte, fue hecho caballero de Santiago, la más preciada de las órdenes de caballería en España, se le concedieron poderes para organizar una flota y para comandarla y se pidió a los oficiales reales en Sevilla que le ayudaran en sus planes y le facilitaran flete para las indias[281].

La llegada de Hernando Pizarro al país y los informes que extendieron él y sus seguidores crearon una sensación entre los españoles como no había provocado el primer viaje de Colón. El descubrimiento del Nuevo Mundo había llenado las mentes de los hombres de unas indefinidas expectativas de riqueza, que después prácticamente todas las expediciones demostraron ser tan solo falacias. La conquista de México, aunque causando una admiración general por sus brillantes y maravillosas hazañas, no había producido esos resultados de oro que se habían anticipado ingenuamente. Las espléndidas promesas que ofreció Francisco Pizarro en su reciente visita al país no reavivaron la confianza de sus compatriotas, que se mostraron incrédulos ante los repetidos desengaños. Todo lo que se les aseguraba era la dificultad de la empresa, y la desconfianza ante sus resultados quedó bastante patente en el pequeño número de seguidores, además tan solo los más desesperados, que estaban ansiosos por probar suerte en la aventura.

Pero ahora estas promesas se habían hecho realidad. Ya no tenían que creer en las noticias de oro, sino en el oro mismo que se desplegaba ante ellos con tal profusión. Todas las miradas se volvieron ahora hacia el oeste. El despilfarrador en bancarrota vio en Perú el país donde podría recuperar su fortuna tan rápidamente como se había arruinado. El mercader, en lugar de buscar los preciados artículos del este, miraba en dirección contraria y contando con ganancias mucho mayores, donde el más común de los

artículos de la vida alcanzaba precios tan exorbitantes. El caballero, ansioso de ganar con la punta de su lanza tanto oro como gloria, pensaba en encontrar un buen campo para su destreza en el altiplano de los Andes. Fernando Pizarro comprobó que su hermano había juzgado bien a la hora de permitir a todos los compatriotas que quisieran regresar a sus casas confiando en que el despliegue de riqueza atraería diez por cada uno que abandonara.

En poco tiempo el caballero se vio a la cabeza de una de las escuadras más numerosas y mejor pertrechadas, probablemente, que hubiera abandonado las costas españolas, desde la gran flota de Ovando en tiempos de Isabel y Fernando. Tuvo prácticamente la misma suerte que este. A poco de zarpar Fernando, una tempestad cayó sobre la escuadra y les obligó a regresar a puerto para hacer reparaciones. Finalmente cruzaron el océano y llegaron a salvo al pequeño puerto de Nombre de Dios. Pero no se habían hecho preparativos para su llegada y, como se tuvo que quedar allí un tiempo antes de poder pasar las montañas, su compañía sufrió enormemente por la escasez de comida. En esta situación extrema, devoraban con avidez los artículos más insanos y más de un caballero se gastó sus pequeños ahorros en procurarse un miserable sustento. La enfermedad, como de costumbre, caminaba cerca del hambre y muchos desafortunados aventureros sucumbieron bajo los desacostumbrados calores del clima, pereciendo en el mismo umbral del descubrimiento.

Es una situación que se ha repetido muy a menudo en la historia de la aventura española. Unos pocos, más afortunados que el resto, se tropezaban con alguna recompensa inesperada y cientos atraídos por su éxito avanzaban por el mismo camino. Pero el rico botín que se encontraba en la superficie ya había sido barrido por los que habían llegado primero y los que les seguían tenían que ganarse su fortuna, con doloroso esfuerzo, a largo plazo. Con el ánimo hecho pedazos y sin fortuna, muchos regresaban con disgusto a su costa natal, mientras que otros se quedaban donde estaban para morir en la desesperación. Pensaban cavar en busca de oro, pero tan solo encontraban sus propias tumbas.

Sin embargo, no fue eso lo que pasó con toda la compañía de Pizarro. Muchos de ellos, cruzando el istmo con él hasta Panamá, arribaron con el tiempo a Perú, donde en las oportunidades extremas que provocaron las confrontaciones revolucionarias, algunos alcanzaron puestos de provecho y distinción. Entre estos que llegaron a las orillas peruanas se encontraba un

emisario enviado por los agentes de Almagro para informarle de las importantes concesiones que le había hecho la Corona. Las noticias le alcanzaron cuando estaba a punto de entrar en Cuzco, donde fue recibido con todo el respeto por Juan y Gonzalo Pizarro, quienes, obedeciendo las órdenes de su hermano, renunciaron inmediatamente al gobierno de la capital para dárselo al mariscal. Pero Almagro estaba enormemente eufórico al verse situado por su soberano en un puesto que le hacía independiente del hombre que le había ofendido tan gravemente e insinuó que en el ejercicio de su actual autoridad no reconocía ningún superior. Varios de sus seguidores le reafirmaron en este señorial estado de ánimo, insistiendo además en que Cuzco se encontraba al sur del territorio concedido a Pizarro y que consecuentemente se encontraba dentro del que ahora se le había concedido al mariscal. Entre estos seguidores se encontraban varios de los hombres de Alvarado, que, aunque de más alta condición que los soldados de Pizarro, tenían una disciplina mucho peor y que bajo ese jefe poco escrupuloso habían adquirido ciertamente un espíritu de licencia sin frenos[282]. En este momento mostraban poco cuidado por la población nativa de Cuzco, y no contentos con los edificios públicos tomaron las moradas de personas, allí donde les convenía, apropiándose de sus contenidos sin ceremonia, mostrando tan poco respeto, en pocas palabras, hacia las personas como hacia la propiedad como si el lugar hubiera sido tomado por asalto[283].

Mientras que estos acontecimientos tenían lugar en la antigua capital peruana, el gobernador aún se encontraba en Lima, donde quedó enormemente perturbado por las noticias que recibió de los honores concedidos a su socio. No sabía que su propia jurisdicción había sido extendida setenta leguas más al sur y compartía con Almagro la misma sospecha de que la capital de los incas no caía exactamente dentro de sus límites prescritos. Vio todo el mal que probablemente surgiría si esta opulenta ciudad caía en manos de su rival, quien de esta manera tendría medios prácticamente indecibles para satisfacer su propia avaricia y la de sus seguidores. Sentía que en las actuales circunstancias no era seguro permitir que Almagro se anticipara a la posesión de un poder al que todavía no tenía derecho legítimo, ya que los despachos que contenían las concesiones para ello todavía estaban con Hernando Pizarro en Panamá y todo lo que había llegado a Perú era una copia de un indescifrable extracto.

Sin pérdida de tiempo, por tanto, envió instrucciones a sus hermanos en Cuzco de que retomaran el gobierno, al mismo tiempo que defendía la medida frente a Almagro, basándose en que cuando recibiera sus credenciales no sería propio que ya estuviera en posesión del cargo. Concluía urgiéndole a que continuara sin más dilación la expedición hacia el sur.

Pero ni el mariscal ni sus amigos estaban de acuerdo con la idea de renunciar tan pronto a una autoridad que ahora consideraban su derecho. Los Pizarro, por otro lado, fueron pertinaces a la hora de reclamarlo. La disputa se fue haciendo cada vez más acalorada. Cada bando tenía sus partidarios, la ciudad quedó dividida en dos facciones y la municipalidad, los soldados e incluso la población india tomó parte en la lucha por el poder. Los hechos estaban llegando al extremo, amenazando a la capital con la violencia y el derramamiento de sangre, cuando Pizarro apareció en persona entre ellos[284].

Al recibir las noticias de las consecuencias fatales de sus órdenes, había salido a toda prisa hacia Cuzco, donde fue recibido con alegría no disimulada por los nativos, así como por los españoles más templados, ansiosos de prevenir la inminente tormenta. La primera entrevista del gobernador fue con Almagro, a quien abrazó con una aparente cordialidad en las maneras y, sin ninguna muestra de resentimiento, preguntó sobre la causa de los actuales disturbios. A esto el mariscal respondió echándole la culpa a los hermanos de Pizarro, pero aunque el gobernador les reprendió con cierta aspereza por su violencia, pronto fue evidente que sus simpatías estaban de su parte y los peligros de la contienda entre los dos socios parecían mayores que nunca. Felizmente se pospuso por la intervención de algunos amigos comunes, que mostraron más discreción que sus líderes. Con su ayuda al final se llegó a una reconciliación basándose fundamentalmente en su antiguo pacto.

Se acordó que su amistad se mantendría inalterada y se estableció mediante una estipulación que reflejaba la poca confianza de las partes que ninguno difamaría o menospreciaría al otro, especialmente en sus despachos al emperador, y que ninguno debería mantener comunicación con el gobierno sin conocimiento de su socio; finalmente se acordó que tanto los gastos como los beneficios de los futuros descubrimientos serían compartidos a partes iguales por los socios. Se invocó la cólera del cielo sobre la cabeza de cualquiera que violara este pacto con las más solemnes

imprecaciones y se imploró al todopoderoso que castigara al que lo incumpliera ¡con la pérdida de la propiedad y la vida en este mundo y con la perdición eterna en el otro![285]. Las partes se obligaron además a cumplir este contrato mediante un juramento solemne prestado junto con el sacramento, mientras extendían sus manos hacia el padre Bartolomé de Segovia, quien concluyó la ceremonia celebrando la misa. Todo el procedimiento y los artículos del acuerdo fueron cuidadosamente registrados por el notario en un documento que lleva fecha del 12 de junio de 1535 y está certificado por una larga lista de testigos[286].

De esta manera los dos antiguos camaradas, después de pisotear los lazos de la amistad y del honor, esperaban atarse el uno al otro con los lazos de la religión. El hecho de que tuvieran que recurrir a medidas tan extraordinarias podía haberles proporcionado la mejor prueba de su ineficacia.

Poco después de arreglar sus diferencias, el mariscal alzó su estandarte con dirección a Chile, y muchos, ganados por sus maneras populares y su liberal generosidad (liberal hasta la prodigalidad), se unieron con entusiasmo a la empresa, que ingenuamente confiaban les llevaría a mayores riquezas de las que habían encontrado en Perú. Dos indios, Paullo Topa, un hermano del inca Manco, y Villac Umu, el sumo sacerdote de la nación, fueron enviados de avanzadilla con tres españoles para preparar el camino para el pequeño ejército. Un destacamento de ciento cincuenta hombres bajo las órdenes de un oficial llamado Saavedra les siguió después. Almagro se quedó detrás para reunir más tropas, pero, antes de que se completara su reclutamiento, comenzó su marcha, ¡sintiéndose inseguro ahora que sus fuerzas estaban disminuidas en la cercanía de Pizarro![287]. El resto de sus fuerzas, una vez reunidas, debían seguirle.

Liberado de la presencia de su rival, el gobernador regresó sin más demora a la costa para retomar los trabajos del asentamiento en el país. Además de la principal ciudad de «Los Reyes», fundó otras a lo largo del Pacífico, destinadas a convertirse, a partir de entonces, en los florecientes mercados del comercio. La más importante de estas, en honor a su nacimiento, la llamó Trujillo, situándola en un lugar que ya había indicado Almagro[288]. También creó numerosos *repartimientos* tanto de tierras como de indios entre sus seguidores, a la manera habitual de los conquistadores españoles[289], aunque aquí el desconocimiento de los recursos reales del país llevó a resultados muy diferentes de lo que se pretendía, ya que el territorio

menor en extensión, a menudo se volvía el de mayor valor, por los tesoros escondidos en su seno[290].

Pero nada ocupó tanto a Pizarro como la pujante metrópoli de Lima, y animó con tanto entusiasmo los trabajos y fue tan bien secundado por la multitud de trabajadores a sus órdenes, que tuvo la satisfacción de ver su joven capital, con sus imponentes edificios y su pompa de jardines, avanzar rápidamente hacia la terminación. Es agradable contemplar los rasgos más suaves en el carácter del rudo soldado, mientras estaba ocupado así en curar los estragos de la guerra, sentando las bases sólidas de un imperio más civilizado que aquel que había derrocado. Esta ocupación pacífica creó un contraste con la vida de constante agitación en que hasta ahora había estado enfrascado. También parece más adecuada para su avanzada edad, que naturalmente invitaba a reposar. Y, si podemos creer a los cronistas, no hubo parte de su carrera en la que obtuviera mayor satisfacción. Es cierto que no hay parte que la posteridad haya contemplado con mayor satisfacción y entre la aflicción y la desolación que Pizarro y sus seguidores trajeron a la castigada tierra de los incas, Lima, la bella ciudad de los Reyes, todavía sobrevive como el más glorioso trabajo de creación, la gema más bella en las orillas del Pacífico.

Notas al pie

[*] En español en el original.

[257] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 407.

[*] En francés en el original.

[258] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«Luego por la mañana iba al enterramiento donde estaba cada uno por orden embalsamados como es dicho, y asentados en sus sillas, y con mucha veneración y respeto, todos por orden los sacaban de alli y los traían á la ciudad, teniendo cada uno su litera, y hombres con su librea, que le trujesen, y ansi desta manera todo el servicio y aderezos como si estuviera vivo.» *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

[**] En español en el original.

[259] Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 409.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1534.– *Actto de la fundación del Cuzco*, manuscrito.

Este documento, que pertenece a la colección de Muñoz, registra no solo los nombres de los magistrados, sino los de los *vecinos* que formaron la primera población de la capital cristiana.

[260] *Actto de la fundación de Cuzco*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 7, cap. 9 *et seq*.

[261] Montesinos, *Annales*, año 1534.

[262] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 3, cap. 20; lib. 6, cap. 21.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[263] Ulloa, *Voyage to S. America*, lib. 7, cap. 12.

«Las monjas indias», dice el autor de la *Relación del Primer Descubrimiento*, «vivían castamente y en santidad». «Su castidad era todo una fachada», dice Pedro Pizarro, «ya que tenían constantes amores con los sirvientes del templo». (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.) ¿Cuál es la verdad? En afirmaciones tan contradictorias bien podemos aceptar la más favorable a los peruanos. Los prejuicios de los conquistadores ciertamente no se inclinaban de este lado.

[264] Sin embargo, no es este, para hacer justicia a Valverde, el tono que le aplican los rudos soldados de la conquista. La municipalidad de Jauja, en comunicación a la corte, ensalza al dominico como un eclesiástico erudito y un ejemplo que había proporcionado gran consuelo a sus compatriotas. «Es persona de mucho exemplo i Doctrina i con quien todos los Españoles an tenido

mucho consuelo» (*Carta de la Justicia y Regidor de Xauxa*, manuscrito). Sin embargo, esto no es incompatible con un alto grado de insensibilidad para con los derechos de los nativos.

265 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, cap. 20.–Pedro Sancho, *Relatione*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 408.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.

266 Los historiadores establecen el número de forma muy variada. Pero de una investigación legal realizada en Guatemala parece deducirse que el total de la fuerza ascendía a 500, de los cuales 230 eran de caballería. *Información echa en Santiago*, Set. 15, 1536, manuscrito.

* En español en el original.

267 «Comenzó a llover partículas de tierra de los cielos», dice Oviedo, «que cegaron a hombres y caballos, de tal manera que los árboles y los arbustos quedaron llenos de suciedad». *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 20.

268 Garcilaso dice que la nube de cenizas venía del «volcán de Quito» (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 2). Cieza de León tan solo dice que de uno de los volcanes de esa región (*Crónica del Perú*, cap. 41). Ninguno de ellos especifica el nombre. Humboldt acepta la opinión común de que se referían al Cotopaxi. *Researches*, I, 123.

269 Una tradición popular entre los nativos afirma que un gran fragmento de pórfido cerca de la base del cono fue lanzado en una erupción que tuvo lugar en el momento de la muerte de Atahualpa. Pero tales tradiciones difícilmente pasan a la historia.

270 Una relación muy detallada de esta formidable montaña la ofrece M. de Humboldt (*Researches*, I, 118 *et seq.*), y más circunstancialmente Condamine (*Voyage à l'Equateur*, pp. 48-56, 156-160). El último filósofo quería intentar escalar las paredes casi perpendiculares del volcán, pero nadie fue lo suficientemente valiente como para seguirle.

271 Con mucho el registro más inspirado y concienzudo de la marcha de Alvarado es el que ofrece Herrera, que ha tomado prestada la pluma de Livio al describir la marcha alpina de Anibal (*Historia General*, dec. 5, lib. 6, caps. 1, 2, 7, 8, 9). Véase también Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 20.– *Carta de Pedro de Alvarado al Emperador, San Miguel, 15, de enero de 1535*, manuscrito.

Alvarado, en la carta anteriormente citada, que se conserva en la colección Muñoz, explica al emperador, con no poca desfachatez, el fundamento de su expedición. En este documento toca muy brevemente su marcha, ocupándose principalmente de las negociaciones con Almagro y acompañando sus comentarios con muchas sugerencias oscuras sobre la política que seguían los conquistadores.

[272] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 4, caps. 11, 18; lib. 6, caps. 5-6.– Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 19.– *Carta de Benalcazar*, manuscrito.

[273] *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 6, caps. 8-10.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 20.– *Carta de Benalcazar*, manuscrito.

La cantidad de la bonificación que se pagó a Alvarado queda reflejada de forma muy diferente entre los distintos escritores. Pero tanto el caballero como Almagro, en sus cartas al emperador, que hasta entonces eran desconocidas para los historiadores, coinciden en la suma que se da en el texto. Alvarado se queja de que no tenía más opción que tomarla, aunque fue a costa de una gran pérdida por su parte y derrotando su expedición, sugiriendo con modestia, para pérdida de la Corona (*Carta de Alvarado al Emperador*, manuscrito) –Almagro, sin embargo, afirma que la suma pagada era tres veces lo que valía la flota, «un sacrificio», añade, «que hizo para mantener la paz, sin tener en cuenta el precio»–. ¡Extraño sentimiento para un conquistador castellano! *Carta de Diego de Almagro al Emperador*, manuscrito, 15 de octubre de 1534.

[274] *Carta de la Justicia y Regidor de Xauxa*, manuscrito.– *Relación del Primer Descubrimiento*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 6, cap. 16.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1534.

En este lugar, el autor de la *Relación del Primer Descubrimiento del Perú*, el manuscrito tan a menudo citado en estas páginas, termina abruptamente su trabajo. Es un escritor observador y con sentido común y, aunque comparte la tendencia nacional a exagerar y a cargar las tintas, escribe como alguien que intenta ser honesto y que ha visto lo que describe.

En Jauja termina también su *Relación* el notario Pedro Sancho, que abarca un período mucho más corto que la anterior narración, pero que es igualmente auténtica. Viniendo del secretario de Pizarro y refrendado por el mismo general, esta *Relación*, ciertamente, puede ser contemplada como de la mayor autoridad. Y, sin embargo, obviamente deben hacerse enormes deducciones debido a la fuente de donde surge, ya que puede tomarse como el relato del mismo Pizarro de sus acciones, algunas de las cuales tenían necesidad de una apología. Debe añadirse, haciendo justicia tanto al general como a su secretario, que la *Relación* no difiere sustancialmente de otras narraciones contemporáneas y que el intento de barnizar los pasajes conflictivos de la conducta de los conquistadores no lo obstruye.

Para la publicación de este diario estamos en deuda con Ramusio, cuyas ilustradas labores nos han preservado más de una producción contemporánea de valor, aunque sea en su traducción.

[*] En francés en el original.

[275] Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Francisco Pizarro el Señor de Molina*,

manuscrito.

Alvarado murió en 1541 de una herida recibida por un caballo que rodó sobre él cuando intentaba escalar una colina en Nueva Galicia. El mismo año, por una singular coincidencia, pereció su bella esposa en su propia residencia de Guatemala, que fue arrasada por un torrente de las adyacentes montañas.

276 Eso es lo que dice Quintana, quien sigue en esto a quien llama una autoridad segura, el padre Bernabé Cobo, en su libro titulado *Fundación de Lima* . *Españoles Célebres*, tom. II, p. 250, nota.

277 Los manuscritos de los viejos conquistadores muestran como, desde el primer momento, el nombre de Lima sustituyó al nombre indio original. «Y el marquez se passo á Lima y fundo la ciudad de los reyes que agora es» (Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). «Asi mismo ordenaron que se pasasen el pueblo que tenian an Xauxa poblado á este Valle de Lima donde agora es esta ciudad de los i aqui se poblo.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

278 Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1535.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

Los restos del palacio de Pizarro todavía se pueden ver en el Callejón de Petateros, dice Stevenson, quien da la mejor descripción de Lima que se puede encontrar en cualquier libro de viajes moderno de los que he consultado. *Residence in South America*, vol. II, cap. 8.

279 Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 6, cap. 13.– *Lista de todo lo que Hernando Pizarro trajo del Perú*, ap. Manuscritos de Muñoz.

280 El país que se ocupara debía recibir el nombre de Nuevo Toledo, en la concesión real, como las conquistas de Pizarro debían haberse llamado Nueva Castilla. Pero el actual intento de cambiar el nombre indio fue tan infructuoso como el anterior y el antiguo nombre de Chile todavía se utiliza para nombrar la estrecha franja de fructífera tierra entre los Andes y el océano que se extiende por el sur del gran continente.

281 *Ibid., loc. cit.*

282 En cuanto a la disciplina, mostraban un notable contraste con los conquistadores del Perú, si podemos tomar la palabra de Pedro Pizarro, quien nos asegura que sus camaradas no hubieran robado ni una mazorca sin permiso de su comandante. «Que los que pasamos con el Marquez á la conquista no ovo hombre que osase tomar vna mazorca de mahiz sin licencia.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

283 «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á recibir i les tomaron la ciudad con todo quanto habia de dentro llenas las casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna Divina ni humana, i porquesta es una cosa larga i casi incomprehensible, la dexase al juicio de quien mas entiende aunque

en el daño rescebido por parte de los naturales cerca deste articulo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

284 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Herrera, *Historia General*, dec. lib. 7, cap. 6.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

285 «E suplicamos á su infinita bondad que á qualquier de nos que fuere en contrario de lo asi convenido, con todo rigor de justicia permita la perdicion de su anima, fin y mal acavamiento de su vida, destruicion y perdimientos de su familia honrras y hacienda.» *Capitulación entre Pizarro y Almagro*, 12 de junio, 1535, manuscrito.

286 El original de este notable documento se guarda en los archivos de Simancas.

287 «El Adelantado Almagro después que se vido en el Cuzco descarnado de su jente temio al Marquez no le prendiese por las alteraciones pasadas que havia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, i dicen que por ser avisado dello tomó la posta i se fue al pueblo de Paria donde estava su Capitan Saavedra.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

288 *Carta de Francisco Pizarro a Molina*, manuscrito.

289 Tengo ante mí dos copias de las encomiendas de Pizarro, una fechada en Jauja en 1534, la otra en Cuzco en 1539. Ambas encarecen enfáticamente al colono la instrucción religiosa de los nativos bajo su cuidado, así como un uso amable y considerado. Lo inefectivo de las recomendaciones se puede deducir del lamento del anónimo contemporáneo, que tan a menudo hemos citado, de que «de este tiempo en adelante, la peste de la servidumbre personal se estableció entre los nativos, igualmente desastrosa para el cuerpo como para el alma, tanto del amo como del esclavo» (*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito). Esta honesta explosión de indignidad no era de esperar del rudo conquistador y probablemente llegó de un eclesiástico.

290 «El Marques hizo encomiendas en los Españoles, las quales fueron por noticias que ni el sabia lo que dava ni nadie lo que rescebia sino a tiento ya poco mas ó menos, y asi muchos que pensaron que se les dava pocos se hallaron con mucho y al contrario.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

Capítulo X

Huida del inca. Regreso de Hernando Pizarro. Alzamiento de los peruanos. Asedio y quema de Cuzco. Penurias de los españoles. Asalto a la fortaleza. Consternación de Pizarro. El inca levanta el asedio. 1535-1536

Al tiempo que la ausencia de su rival Almagro alivió a Pizarro de toda preocupación inmediata por esta parte, su autoridad se veía amenazada en otra, donde menos lo esperaba. Se trataba de la población nativa del país. Hasta este momento los peruanos tan solo habían mostrado un temperamento manso y sumiso, que inspiraba a sus conquistadores demasiado desprecio como para dejar lugar al miedo. Habían admitido pasivamente la usurpación de los invasores, habían visto a su monarca asesinado, otro colocado en el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su país tomados y parcelados entre los españoles, pero, a excepción de alguna escaramuza ocasional en los pasos de montaña, no habían descargado un solo golpe en defensa de sus derechos. Sin embargo, era una nación guerrera que había extendido sus conquistas ¡sobre la mayor parte del continente!

En su carrera, Pizarro, aunque no había tenido escrúpulos para conseguir su objetivo, no había tolerado normalmente actos gratuitos de crueldad como los que han manchado demasiado a menudo las armas de sus

compatriotas en otras partes del continente, y que en el curso de unos pocos años habían exterminado prácticamente toda la población de la Española. Había asestado un golpe pasmoso con la captura de Atahualpa y parecía dispuesto a apoyarse en este para infundir terror entre los nativos. Incluso fingió cierto respeto por las instituciones del país y reemplazó al monarca que había asesinado por otro de la línea legítima. Sin embargo, esto era solo un pretexto. El reino había experimentado una revolución enormemente decisiva. Sus antiguas instituciones habían quedado abolidas. Su aristocracia de ascendencia divina quedó relegada prácticamente a la condición de un campesino. El pueblo quedó convertido en siervo de los conquistadores. Sus viviendas en la capital, al menos después de la llegada de los oficiales de Almagro, fueron tomadas apropiándose de ellas. Los templos se convirtieron en establos, las residencias reales en barracones para las tropas. Se violó la santidad de las casas religiosas. Miles de matronas y doncellas, que por muy errada que fuera su fe vivían en casta reclusión en los conventos, fueron expulsadas y se convirtieron en presa de la licenciosa soldadesca[291]. Una mujer favorita del joven inca fue corrompida por los oficiales castellanos. El mismo inca, tratado con desdeñosa indiferencia, descubrió que no era más que un pobre subordinado, si no un instrumento en manos de sus conquistadores[292].

Sin embargo, el inca Manco era un hombre de elevado espíritu y un corazón valeroso, tal que podría haber resistido la comparación con los más bravos de sus ancestros en los días más orgullosos del imperio. Aguijoneado en carne viva por las humillaciones a las que había estado expuesto, urgió repetidamente a Pizarro para que le restaurara en el ejercicio real del poder, no solo en la apariencia. Pero Pizarro eludió una petición tan incompatible con sus propios planes ambiciosos o, en realidad, con la política de España y dejó que el joven inca y sus nobles rumiaran sobre sus heridas en secreto y esperaran pacientemente la hora de la venganza.

Las disensiones entre los mismos españoles parecían proporcionar una oportunidad favorable para ello. Los jefes peruanos mantuvieron muchas reuniones sobre el tema y el sumo sacerdote Villac Umu urgió la necesidad de un alzamiento en cuanto Almagro hubiera retirado sus fuerzas de la ciudad. En ese momento sería comparativamente fácil, atacando a los invasores en sus diferentes puestos, esparcidos por todo el país, arrasarlos por superioridad numérica y sacudirse el detestado yugo antes de que la

llegada de refuerzos ciñera los cuellos de sus compatriotas para siempre. Se ideó un plan general de alzamiento dentro del cual estaba dispuesto que el inca eligiera al sacerdote para que acompañara a Almagro en la marcha con el fin de asegurarse la cooperación de los nativos a lo largo del país y después volviera en secreto, como de hecho hizo, para tomar parte en la insurrección.

Para llevar a cabo sus planes, se hizo necesario que el inca Manco abandonara la ciudad y se presentara entre su pueblo. No encontró ninguna dificultad en retirarse de Cuzco, donde los españoles casi no prestaban atención a su presencia, ya que su poder nominal era tenido en poca importancia por los altivos y confiados conquistadores. Pero en la capital había un cuerpo de aliados indios más celosos de sus movimientos. Estos eran de la tribu de los Cañares, una raza guerrera del norte, demasiado recientemente conquistada por los incas como para sentir mucha simpatía por ellos o sus instituciones. Había en el lugar alrededor de un millar de nativos de este pueblo y como sospechaban un poco de los propósitos del inca vigilaban sus movimientos y rápidamente informaron de su ausencia a Juan Pizarro.

Este caballero, a la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería, marchó inmediatamente en persecución del fugitivo, a quien tuvo la fortuna de descubrir en una espesura de juncos a no mucha distancia de la ciudad, en la que intentó ocultarse. Manco fue arrestado y llevado de regreso a Cuzco como prisionero, donde se le colocó en la fortaleza, bajo una fuerte guardia. La conspiración parecía ahora terminada y no les quedaba nada más a los desgraciados peruanos que lamentarse de sus arruinadas esperanzas y expresar su decepción en tristes baladas que repetían el cautiverio del inca y la caída de su casa real[293].

Mientras sucedía todo esto, Hernando Pizarro regresaba a la ciudad de los Reyes, llevando consigo la comisión real que aumentaba los poderes de su hermano, así como los concedidos a Almagro. El enviado también traía la patente real que confería a Francisco Pizarro el título de *Marqués de los Atavillos*, una provincia del Perú. De esta manera el afortunado aventurero se situó entre las filas de la orgullosa aristocracia de Castilla, pocos de cuyos miembros podían jactarse, si tuvieran el coraje de jactarse, de una ascensión desde un origen tan humilde, y menos aún podían justificarla demostrando mayores servicios a la Corona.

El nuevo marqués decidió no enviar de momento la comisión al mariscal, a quien pensaba involucrar aún más profundamente en la conquista de Chile, para que su atención se distrajera de Cuzco, aunque este territorio, sin embargo, según le aseguraba su hermano, se encontraba ahora sin duda dentro de los nuevos límites ampliados que se le habían concedido de su territorio. Para asegurarse este importante galardón, envió a Hernando a que tomara el gobierno de la capital en sus propias manos, al tratarse del hermano cuyos talentos y experiencia práctica le situaba en el puesto de mayor confianza.

Hernando, a pesar de su comportamiento arrogante hacia sus compatriotas, siempre había manifestado una simpatía más que común por los indios. Había sido el amigo de Atahualpa, hasta tal punto, ciertamente, que se dice que si hubiera estado en el campamento ese momento, el destino del desgraciado monarca probablemente se habría evitado. Ahora mostraba una disposición igualmente amistosa hacia su sucesor, Manco. Hizo que el príncipe peruano fuera liberado de su encierro y poco a poco fue creando una ligera intimidad con él. El astuto indio se aprovechó de su libertad para madurar sus planes para un nuevo alzamiento, pero con tanta cautela, que ninguna sospecha cruzó la mente de Hernando. El secretismo y el silencio son característicos de los americanos, casi tan invariable como el color propio de su piel. Manco reveló a su conquistador la existencia de varios montones de tesoros y los lugares donde habían sido escondidos, y cuando se hubo ganado así su confianza, y estimulado su avaricia aún más con el relato de una estatua de su padre Huayna Capac en oro puro, el astuto peruano pidió permiso para traerla de una cueva secreta en la que estaba depositada, entre los vecinos Andes. Hernando, cegado por su avaricia, accedió a que el inca partiera.

Envió con él dos soldados españoles, no tanto como guardia como para ayudarle en el objetivo de su expedición. Pasó una semana y no regresó ni se pudieron recabar noticias de él. Hernando comprendió su error, especialmente cuando sus propias sospechas se vieron confirmadas con los desfavorables informes de sus aliados indios. Sin más dilación, envió a su hermano Juan, a la cabeza de sesenta hombres a caballo, en busca del príncipe peruano con órdenes de traerle de nuevo como prisionero a su capital.

Este caballero, con sus tropas bien armadas, atravesó pronto los alrededores de Cuzco sin descubrir ningún vestigio del fugitivo. El país

estaba especialmente silencioso y desértico, hasta que al llegar a la cadena montañosa que encerraba el valle de Yucay, a unas seis leguas de la ciudad, se encontró con los dos españoles que habían acompañado a Manco. Informaron a Pizarro que tan solo podrían recuperar al inca a punta de espada, ya que todo el país estaba en armas y el jefe peruano a su cabeza se estaba preparando para marchar sobre la capital. Sin embargo, no había cometido violencia con ellos, sino que les había permitido regresar a salvo.

El capitán español confirmó completamente esta noticia al llegar al río Yucay, en cuya orilla opuesta se encontraban en formación los batallones indios hasta un número de muchos miles de hombres, que, con su joven monarca a la cabeza, se preparaban para disputarles el paso. Parecía que no podían sentir su posición lo suficientemente segura sin poner, como de costumbre, un río de por medio entre ellos y su enemigo. Los españoles no se detuvieron ante ningún obstáculo. El arroyo, aunque profundo, era estrecho, y lanzándose nadaron con sus caballos valientemente, cruzándolo entre una tempestad de piedras y flechas que tableteaban como el pedrisco sobre sus arneses, encontrando de vez en cuando alguna ranura o punto débil, aunque las heridas así recibidas tan solo les espoleaban a esfuerzos mayores. Los bárbaros se retiraron a medida que los caballeros hacían pie, pero, sin darles tiempo para que formaran, regresaron con un espíritu que hasta ahora habían desplegado poco y les envolvieron por todos los lados con la superioridad de su número. La fiera lucha estaba ahora en su apogeo. Muchos de los indios estaban armados con lanzas de punta de cobre templada, de tal manera que casi tenían la dureza del acero, y con grandes mazas y hachas del mismo metal. Su armadura era también en muchos sentidos excelente, constaba de jubones de algodón acolchado, escudos cubiertos de pieles y cascos ricamente adornados con oro y joyas o algunas veces trabajados, como los de los mexicanos, con formas fantásticas de cabezas de animales, decoradas con filas de dientes que sonreían de forma macabra sobre el semblante del guerrero[294]. Todo el ejército tenía un aspecto de ferocidad marcial, bajo el control de una disciplina militar mucho mayor de lo que los españoles habían visto hasta ahora en el país.

La pequeña banda de caballeros, zarandeada por la furia del ataque indio, sufrió un ligero desorden, aunque, finalmente, animándose unos a otros con el viejo grito de guerra de «Santiago», formaron una sólida columna y cargaron valientemente contra la parte más densa del enemigo. Estos, incapaces de aguantar el golpe, cedieron o se vieron pisoteados bajo las

patas de los caballos o atravesados por las lanzas de los jinetes. Sin embargo, su retirada se llevó a cabo con cierto orden, girándose a intervalos para enviar una andanada de flechas o para lanzar furiosos golpes con sus hachas largas y sus mazas. Luchaban como si fueran conscientes de que estaban bajo la mirada del inca.

Se hizo la tarde antes de que abandonaran completamente la llanura y se retiraran a los refugios de las elevadas colinas que rodean el bello valle de Yucay. Juan Pizarro y su pequeña tropa acamparon en la llanura que había en la base de las montañas. Había conseguido una victoria, como de costumbre, contra toda probabilidad, pero nunca se había visto un campo tan bien disputado y su victoria había costado las vidas de varios hombres y caballos, al tiempo que muchos habían sido heridos y estaban prácticamente inutilizados por los esfuerzos del día. Pero confiaba en que la dura lección infligida al enemigo, cuyas bajas habían sido grandes, quebraría el espíritu de resistencia. Quedó defraudado.

La mañana siguiente, grande fue su consternación al ver los pasos de la montaña llenos de oscuras líneas de guerreros, extendiéndose hasta donde la vista podía penetrar en las profundidades de la sierra, al mismo tiempo que densas masas de enemigos se reunían como nubes de tormenta por las laderas y las cimas, dispuestos a caer con furia sobre los atacantes. El terreno, totalmente desfavorable para las maniobras de la caballería, daba todas las ventajas a los peruanos, que lanzaban grandes piedras desde las posiciones elevadas y enviaban constantes andanadas de proyectiles sobre las cabezas de los españoles. Juan Pizarro no se adentró más en el peligroso desfiladero y, aunque cargó repetidamente sobre el enemigo y les rechazó con grandes pérdidas, la segunda noche le encontró con los hombres y los caballos cansados y heridos y habiendo avanzado tan poco en el objetivo de su expedición como la tarde anterior. Después de un día o dos más de estas hostilidades sin provecho en tan lamentable situación fue sorprendido por la llamada de su hermano de que regresara con toda la rapidez posible a Cuzco, ¡que se encontraba ahora asediada por el enemigo!

Sin pérdida de tiempo, comenzó su retirada, volvió a cruzar el valle, la reciente escena de la matanza, cruzó a nado sobre el río Yucay y con una rápida contramarcha seguido de cerca por el victorioso enemigo, que celebraba sus éxitos con canciones, o mejor dicho aullidos de triunfo, tuvo a la capital a vista antes de que cayera la noche.

Pero la visión que tuvo fue muy diferente de la que había contemplado unos días antes al abandonarla. Los amplios alrededores estaban, hasta donde llegaba la vista, ocupados por una impresionante hueste que, según un cómputo poco claro, ascendía a doscientos mil guerreros[295]. Las oscuras líneas de los batallones indios se extendían hasta el mismo límite de las montañas, mientras que la vista solo contemplaba alrededor las crestas y los estandartes de los jefes, mezclados con ricas panoplias de trabajo de plumas, que recordaron a unos pocos que habían servido bajo las órdenes de Cortés los trajes militares de los aztecas. Por encima de todo se levantaba un bosque de lanzas y hachas con filo de cobre que, agitadas en salvaje confusión, resplandecían bajo los rayos del sol poniente, como la luz brillando sobre la superficie de un océano oscuro y turbulento. Era la primera vez que los españoles contemplaban un ejército indio en todo su terror, un ejército como el que los incas llevaban a la batalla, cuando el estandarte del sol se alzaba sobre la tierra.

Sin embargo, si los valientes corazones de los caballeros quedaron consternados por un momento ante la visión, pronto reunieron coraje a medida que cerraban sus filas y se preparaban para abrirse camino a través de la hueste asediadora. Pero el enemigo parecía rehuir el encuentro y, retirándose a medida que se acercaban, les permitieron un paso para entrar libremente en la capital. Los peruanos, probablemente, no deseaban atraer tantas víctimas como pudieran a la batalla, conscientes de que cuantos más fueran, antes se verían afectados por los ataques del hambre[296].

Hernando Pizarro saludó a su hermano con no poca satisfacción, porque traía un importante refuerzo para sus filas, que una vez reunidas no pasaban de doscientos, a caballo y a pie[297], además de doscientos ayudantes indios, un número insignificante en comparación con la incontable multitud que se apelotonaba en las puertas. Los españoles pasaron esa noche con la mayor ansiedad esperando con aprensión natural el día de mañana. El asedio comenzó a principios de febrero de 1536, un asedio memorable que provocó los despliegues más heroicos del valor indio y europeo y que llevó a las dos razas al conflicto más mortal que hasta entonces había tenido lugar en la conquista del Perú.

El número de los enemigos no parecía menos formidable durante la noche que a la luz del día, a lo largo y a lo ancho se podían ver sus hogueras de vigilancia brillando sobre el valle y las cimas de las colinas, tan espesamente dispuestas, dice un testigo visual, «como las estrellas en un

cielo de verano sin nubes»[298]. Antes de que palidecieran estas luces bajo la luz de la mañana, los españoles se levantaron al terrible clamor de las caracolas, las trompetas y los atabales mezclados con los fieros gritos de guerra de los bárbaros, mientras que lanzaban andanadas de proyectiles de todo tipo, la mayoría de los cuales cayeron dentro de la ciudad sin causar daño alguno. Sin embargo, otros tuvieron efectos mucho más graves. Se trataba de flechas en llamas y piedras al rojo vivo envueltas en algodón mojadas en una sustancia bituminosa, que dejaba largas colas de luz por el aire, cayendo sobre los tejados de los edificios y prendiéndoles rápidamente[299]. Estos tejados, incluso en los mejores edificios, eran invariablemente de paja y prendían tan fácilmente como la yesca. En un momento las llamas brotaron en las partes más distantes de la ciudad. Rápidamente se pasó a la madera del interior de los edificios y anchas lenguas de fuego se mezclaron con el humo que se elevaba hacia el cielo, arrojando un terrible resplandor sobre todas las cosas. La atmósfera enrarecida incrementó el ímpetu anterior del viento, que avivaba las llamas, extendiéndose rápidamente de una casa a otra, hasta que la masa de fuego, agitada de un lado a otro por la tempestad, se hinchaba y rugía con la furia de un volcán. El calor se hizo intenso y nubes de humo, arremolinándose como un oscuro paño mortuorio sobre la ciudad, produjeron una sensación de sofoco y casi de ceguera allí donde las llevaba el viento[300].

Los españoles estaban acampados en la gran plaza, una parte bajo toldos y otra parte en la sala del inca Viracocha, en el terreno que posteriormente cubriría la catedral. Tres veces ardió durante este terrible día el tejado del edificio, pero, a pesar de que no se hicieron esfuerzos especiales para apagarlo, las llamas se fueron sin hacer mucho daño. Este milagro fue atribuido a la santa Virgen, a quien varios de los combatientes cristianos vieron claramente protegiendo el lugar en el que se iba a levantar el templo dedicado a su culto[301].

Afortunadamente, el espacio abierto alrededor de la pequeña compañía de Hernando les separaba de la inmediata escena del incendio. Proporcionaba medios de protección similares a los que usaban los cazadores americanos que intentan rodearse de un anillo de tierra yerma cuando se ven rodeados por un incendio en las praderas. El fuego continuó todo el día y por la noche el efecto era más que descorazonador, ya que gracias a las refulgentes llamas los desgraciados españoles podían leer la consternación escrita en los fantasmagóricos rostros de los otros, al mismo

tiempo que en las afueras, sobre las colinas circundantes, se podía ver la multitud de los asediadores, contemplando con diabólico júbilo el trabajo de destrucción. En lo alto, por encima de la ciudad hacia el norte, se elevaba la fortaleza gris que ahora parecía rojiza ante el resplandor, mirando tristemente hacia las ruinas de la bella ciudad que ya no podía proteger y en la distancia se podían discernir las imprecisas formas de los Andes, elevándose en una grandiosidad solitaria hacia las regiones del silencio eterno, muy lejos de los salvajes tumultos que bramaban de forma tan terrible a su base.

La extensión de la ciudad era tal, que el fuego tan solo se apagó varios días después. La torre, el templo, la cabaña, el palacio y las salas cayeron ante él. Afortunadamente, entre los edificios que escaparon se encontraba la magnífica casa del sol y el vecino convento de las vírgenes. Su posición aislada proporcionó los medios para que los indios, por razones de piedad, se aprovechasen y los salvasen[302]. Toda una mitad de la capital, que durante tanto tiempo había sido la sede elegida de la civilización occidental, el orgullo de los incas y la brillante morada de su deidad protectora, había quedado convertida en cenizas a manos de sus propios hijos. Les servía de algún consuelo pensar que había ardido sobre las cabezas de sus conquistadores, ¡su trofeo y su tumba!

Durante el largo tiempo que duró el incendio, los españoles no hicieron ningún intento por apagar las llamas. Intentarlo no hubiera servido de nada. Sin embargo, no se sometieron mansamente a los ataques del enemigo, y salieron de tiempo en tiempo a repelerlos. Pero las maderas caídas y los cascotes de las casas esparcidas presentaban impedimentos serios para los movimientos de la caballería, y cuando se limpiaron en parte gracias a los esfuerzos de los aliados indios y de la infantería, los peruanos plantaron estacas y pusieron barricadas cruzando el camino, que demostraron ser igualmente molestas[303]. Retirarlas era un trabajo que necesitaba tiempo y que era peligroso, ya que los zapadores estaban expuestos a todo el castigo de los arcos del enemigo, y la puntería del peruano era buena. Cuando finalmente se limpiaron los obstáculos, y se abrió un paso libre para la caballería, se lanzaron con ímpetu irresistible contra sus enemigos, quienes retirándose en confusión fueron cortados en pedazos por los jinetes o atravesados por sus lanzas. La matanza en estos casos era grande, pero los indios, sin descorazonarse, normalmente regresaban con renovado coraje al ataque, y mientras que los españoles se encontraban frente a refuerzos

frescos, otros que se agazapaban entre las ruinas, desordenaban las tropas atacando por los flancos. Los peruanos eran expertos tanto con el arco como con la honda, y estos encuentros, a pesar de la superioridad de sus armas, costaron a los españoles muchas más vidas de las que en su actual condición disminuida se podían permitir, una pérdida pobremente compensada por la que se producía entre las filas de sus enemigos que era diez veces mayor. Los peruanos utilizaban con cierta eficacia especialmente un arma, propia de la guerra de Sudamérica. Se trataba del *lasso*, una cuerda larga con un lazo al final que lanzaban con habilidad sobre el jinete o que enredaban en las patas de su caballo, para derribarlos a los dos por tierra. Más de un español cayó en manos del enemigo mediante este método[304].

Acosados de este modo, durmiendo con sus armas, con sus caballos amarrados a su lado, preparados para la acción a cualquier hora, los españoles no tenían descanso ni de día ni de noche. Para sumarse a sus problemas, en la fortaleza que estaba sobre la ciudad y dominaba la gran plaza en la que estaban acuartelados, se había situado una guarnición tan poco numerosa con un falso sentimiento de seguridad que al llegar los peruanos había sido abandonada sin que se diera un golpe en su defensa. Ahora estaba ocupada por un fuerte cuerpo del enemigo, que, desde su elevada posición, enviaba andanadas de proyectiles de vez en cuando, lo que incrementaba enormemente las contrariedades de los asediados. Amargamente se arrepentía ahora su capitán de esa falta de previsión en la seguridad, que le había llevado a descuidar un puesto tan importante.

Sus penurias se agravaron aún más por los rumores que llegaban continuamente a sus oídos sobre el estado del país. El alzamiento, se decía, era general a lo largo de todo el país; los españoles que vivían en sus plantaciones aisladas habían sido asesinados; Lima, Trujillo y las principales ciudades estaban asediadas y caerían pronto en manos del enemigo; los peruanos estaban en posesión de los pasos y todas las comunicaciones estaban cortadas, de tal manera que no se podía esperar auxilio de sus compatriotas desde la costa. Tales eran las descorazonadoras historias que ahora llegaban a la ciudad desde el campamento de los asediadores y que por muy exageradas que fueran tenían de hecho mucho fundamento. Para dar más crédito a los rumores, se lanzaron en la *plaza* ocho o diez cabezas humanas, en cuyos rostros ensangrentados

¡reconocieron con horror los rasgos de sus compañeros que sabían que vivían en la soledad de sus fincas![305].

Dominados por estos horrores, muchos optaban por abandonar el lugar inmediatamente, al no ser ya defendible y abrirse camino hasta la costa con sus buenas espadas. La temeridad en la empresa poseía un encanto para el aventurero espíritu del castellano. Mejor, decían, perecer en una lucha viril por la vida, que morir de forma ignominiosa, acorralados como zorros en sus madrigueras, para ser asfixiados por los cazadores.

Pero los Pizarro, De Rojas y algunos de los principales caballeros rechazaron acceder a una medida que, decían, les cubriría de deshonor[306]. Cuzco había sido el gran trofeo por el que habían luchado, era la antigua sede del imperio y, aunque ahora se encontraba en cenizas, se alzaría de sus ruinas de nuevo tan gloriosa como antes. Todos los ojos se volverían hacia ellos como sus defensores, y su fracaso, al darle confianza al enemigo, podía decidir el destino de sus compatriotas en toda la tierra. Se encontraban en un lugar que era el puesto de honor y sería mejor morir que abandonarlo.

Ciertamente parecía que no había alternativa, porque todas las vías de escape estaban cortadas por el enemigo, que conocía perfectamente el país y se hallaba en posesión de todos los pasos. Pero este estado de cosas no podía durar mucho. Los indios no podían, a la larga, luchar con el hombre blanco. El espíritu de insurrección moriría por sí mismo. Su gran ejército se desharía, porque los nativos no estaban acostumbrados a las privaciones propias de una campaña prolongada. Los refuerzos vendrían diariamente de las colonias y si los castellanos eran fieles a sí mismos por una temporada, se verían apoyados por sus compatriotas, que nunca permitirían que murieran como parias entre las montañas.

Las animosas palabras y el comportamiento valeroso de los caballeros llegó a los corazones de sus seguidores, ya que el espíritu del español respondía rápido a la llamada del honor, si bien no a la de la humanidad. En este momento todos estuvieron de acuerdo en resistir con su líder hasta el último. Pero si iban a permanecer más tiempo en su posición actual, era absolutamente necesario desalojar al enemigo de la fortaleza, y antes de lanzarse a este peligroso servicio, Hernando Pizarro decidió dar un golpe tal que intimidara a los asediadores a la hora de intentar atacarles de nuevo en sus actuales cuarteles.

Comunicó el plan de ataque a sus oficiales y formando su pequeña tropa en tres divisiones las puso bajo las órdenes de su hermano Gonzalo, de Gabriel de Rojas, un oficial en el que depositaba gran confianza, y de Hernán Ponce de León. Se envió a los zapadores indios por delante para limpiar los cascotes, y las diferentes divisiones se movieron simultáneamente por las principales avenidas hacia el campamento de los asediadores. Los rezagados que se encontraron en su camino fueron fácilmente pasados por la espada y los tres cuerpos, atacando simultáneamente sobre las líneas desordenadas de los peruanos, les tomaron completamente por sorpresa. Por un momento hubo poca resistencia y la matanza fue terrible. Pero los indios se reagruparon gradualmente y, poniéndose en algo parecido al orden, volvieron a la lucha con el coraje de hombres familiarizados con el peligro desde hacía mucho tiempo. Lucharon mano a mano con sus mazas y hachas de cobre, mientras que una tormenta de dardos, piedras y flechas llovía sobre los cuerpos bien defendidos de los cristianos.

Los bárbaros mostraban más disciplina de la que se podía esperar, lo que debían, según se dice, a algunos prisioneros españoles de los cuales el inca, perdonándoles generosamente la vida, tomó lecciones del arte de la guerra. Los peruanos también habían aprendido a manejar con cierta habilidad las armas de los conquistadores y se les vio armados con rodelas, cascos y espadas de fabricación europea e incluso en algunos casos montados en los caballos que les habían quitado a los hombres blancos[307]. El joven inca, en concreto ataviado a la manera europea, cabalgaba sobre un caballo de guerra que manejaba con considerable habilidad y con una lanza larga en su mano, liderando a sus seguidores al ataque. Esta disposición a adoptar las armas y tácticas superiores de los conquistadores sugiere una civilización más alta que la de los aztecas, que, en su larga contienda con los españoles, nunca se libraron hasta tal punto del terror hacia el caballo como para montarlo.

Pero unos pocos días o semanas de entrenamiento no eran suficientes para familiarizarse con armas y menos aún con tácticas, tan diferentes a las que hasta entonces estaban acostumbrados los peruanos. La lucha, en esta ocasión, aunque duramente contendida, no fue demasiado larga. Tras un valiente enfrentamiento, en el que los nativos se lanzaban sin miedo sobre los caballeros, intentando arrancarlos de sus sillas, se vieron obligados a ceder terreno ante el repetido empuje de sus atacantes. Muchos fueron

pisoteados bajo las patas, otros cortados por las espadas de los españoles, mientras que los arcabuceros, apoyando a la caballería, mantenían un fuego constante que tuvo un terrible efecto sobre los flancos y la retaguardia de los fugitivos. Finalmente saturado ante la matanza y confiando en que el castigo que había inflingido sobre el enemigo le protegiera de más molestias por el momento, el general castellano retiró sus fuerzas hacia los cuarteles de la capital[308].

Su siguiente paso fue recuperar la ciudadela. Era una empresa peligrosa. La fortaleza, que dominaba la sección norte de la ciudad, se encontraba en lo alto de una prominencia rocosa, tan empinada como para ser inaccesible desde esta parte donde estaba defendida tan solo por un simple muro. Hacia el campo abierto era más fácil acercarse, pero allí estaba protegida por dos muros semicirculares, cada uno de los cuales tenía doce pies de longitud y eran de gran grosor. Estaban construidos con enormes piedras, o mejor dicho rocas, unidas sin cemento para dar lugar a un trabajo rústico. El nivel del terreno entre estas líneas de defensa estaba elevado para permitir a la guarnición descargar sus flechas sobre los atacantes, al tiempo que quedaban protegidos por el parapeto. Dentro del muro interior se encontraba la fortaleza, que constaba de tres fuertes torres, una de gran altura, que, junto con una más pequeña, estaban en manos del enemigo bajo las órdenes de un noble inca, un guerrero de valor bien probado, dispuesto a defenderla hasta el último extremo.

Hernando Pizarro encomendó esta peligrosa empresa a su hermano Juan, un caballero en cuyo pecho ardía el aventurero espíritu de los caballeros andantes de las novelas. A medida que se acercaban a la fortaleza a través de los pasos de montaña, se hizo necesario distraer la atención del enemigo hacia otra parte. Un poco antes de la puesta del sol, Juan Pizarro dejó la ciudad con un cuerpo de hombres con picas a caballo y tomó una dirección opuesta a la de la fortaleza, para que el ejército asediador pudiera suponer que iban de incursión. Pero al hacer la contramarcha en secreto por la noche, afortunadamente encontró los pasos sin protección y llegó frente a la muralla exterior de la fortaleza sin dar la alarma de la guarnición[309].

La entrada se hacía a través de una estrecha apertura en el centro de la pendiente, pero esta se encontraba ahora bloqueada por piedras pesadas que parecían formar un todo con el resto del trabajo de mampostería. Era cuestión de tiempo que al desencajar estas enormes masas se despertara a la guarnición. Los pueblos indios, que raramente atacaban de noche, no

conocían lo suficiente el arte de la guerra siquiera para prever la sorpresa apostando centinelas. Cuando la tarea quedó terminada, Juan Pizarro y su valiente tropa cabalgaron a través de la puerta y avanzaron hacia el segundo parapeto.

Pero sus movimientos no se habían realizado tan en secreto como para pasar desapercibidos y encontraron el patio interior lleno de guerreros que, a medida que los españoles se acercaban, lanzaron nubes de proyectiles que les obligaron a detenerse. Juan Pizarro, consciente de que no se podía perder tiempo, ordenó a la mitad de su cuerpo que desmontara y poniéndose él mismo a la cabeza se prepararon para abrir una brecha como anteriormente en las fortificaciones. Había sido herido algunos días antes en la mandíbula, de tal manera que viendo que su casco le hacía daño se libró de él en un arrebato y confió en la protección de su rodela[310]. Liderando a sus hombres, les animó en el trabajo de demolición, frente a tal lluvia de piedras, jabalinas y flechas, que habrían hecho que el corazón más valiente se encogiera a la hora de enfrentarlo. La buena cota de los españoles no siempre les protegía, pero otros tomaban el lugar de los que caían, hasta que se hizo una brecha y la caballería lanzándose dentro arrasó a todo aquel que se le opuso.

El parapeto fue abandonado y el enemigo, apresurándose en una huida desordenada a través del recinto, se refugió en una especie de plataforma o terraza dominada por la torre principal. Aquí, reagrupándose, dispararon nuevas andanadas de proyectiles contra los españoles, al mismo tiempo que la guarnición en la fortaleza lanzaba trozos de roca y madera sobre sus cabezas. Juan Pizarro, todavía entre la avanzadilla, saltó hacia la terraza, animando a sus hombres con su voz y con su ejemplo, pero en este momento fue golpeado en la cabeza, que no estaba protegida por la rodela, por una gran piedra, y quedó tendido en el suelo. El intrépido jefe siguió animando a sus seguidores con su voz, hasta que se tomó la terraza y sus pobres defensores fueron todos pasados por la espada. Sus sufrimientos eran demasiado para él y le llevaron a la ciudad inferior, donde a pesar de todos los intentos por salvarle no sobrevivió a la herida más que dos semanas, muriendo en una gran agonía[311]. Decir que era un Pizarro es suficiente para reivindicar su valor. Pero es mérito suyo el que este estuviera templado con la cortesía. Su propia naturaleza parecía suave en contraste con el altivo temperamento de sus hermanos y sus modales le convirtieron en un favorito del ejército. Había servido en la conquista del

Perú desde el principio y no hay otro nombre en la lista de los conquistadores que haya quedado menos empañado por la crítica de crueldad o que esté más alto en todos los atributos de un verdadero y valiente caballero[312].

Aunque profundamente afectado por la tragedia de su hermano, Hernando Pizarro vio que no había tiempo que perder para aprovecharse de las ventajas que se habían ganado. Dejando a Gonzalo al cargo de la ciudad, se colocó a la cabeza de los atacantes y puso asedio a las fortalezas. Una se rindió después de una breve resistencia. La otra, que era la más formidable de las dos, todavía se resistía bajo las órdenes del valiente noble que la comandaba. Era un hombre de constitución atlética y se le podía ver dando grandes zancadas por las almenas, armado con una rodela y una coraza española, blandiendo en la mano una maza formidable, decorada con puntas o trozos de cobre. Con esta terrible arma golpeaba a todos los que intentaran abrirse paso hacia la fortaleza. Se dice que mató con sus manos a algunos de sus propios seguidores que propusieron una rendición. Hernando se preparó para tomar el lugar escalándolo. Se plantaron escaleras contra los muros, pero en cuanto un español alcanzaba la parte superior, el fuerte brazo del guerrero indio le lanzaba a tierra. Su actividad era igual a su fuerza y parecía estar en todos lugares en el momento en que se necesitaba su presencia.

El comandante español estaba lleno de admiración ante este despliegue de valor, ya que podía admirar el valor incluso en un enemigo. Ordenó que no hirieran al jefe, sino que, de ser posible, fuera apresado vivo[313]. Esto no era fácil. Finalmente, después de plantar muchas escaleras contra la torre, los españoles la escalaron por diferentes partes al mismo tiempo y, saltando al interior del lugar, sobrepasaron a los pocos combatientes que todavía ofrecían resistencia. Pero no fue posible atrapar al jefe inca, ya que este, viendo que ofrecer más resistencia era ineficaz, saltó al borde de la almena y deshaciéndose de su maza se arropó en su manto y se lanzó de cabeza desde la cima[314]. Murió como un antiguo romano. Había dado su último golpe por la libertad de su país y despreció sobrevivir a su deshonor. El comandante castellano dejó una pequeña fuerza de guarnición para asegurar su conquista y regresar en triunfo hacia su campamento.

Pasó una semana tras otra y los españoles asediados no recibían ayuda. Hacía tiempo que habían comenzado a sentir los ataques del hambre. Afortunadamente, obtenían agua de los arroyos que fluían a través de la

ciudad. Pero, aunque habían administrado bien sus recursos, sus provisiones estaban exhaustas y habían dependido durante algún tiempo de las escasas provisiones de grano que podían sacar de los almacenes y moradas destrozadas, en su mayor parte consumidos por el fuego, o de alguna incursión con éxito[315]. Este último recurso era difícil de realizar, ya que cada expedición llevaba a un fiero encuentro con el enemigo, que normalmente costaba las vidas de varios españoles e inflingía un golpe mucho mayor sobre los aliados indios. Sin embargo, había al menos un resultado positivo de tal pérdida, que había que conseguir sustento para menos. Pero el número total de los asediados era tan pequeño que cualquier pérdida aumentaba enormemente las dificultades para defenderse de los demás.

A medida que pasaban los meses sin noticias de sus compatriotas, sus mentes se veían asediadas por temores mucho más sombríos sobre su destino. Sabían muy bien que el gobernador haría todos los esfuerzos para rescatarles de su desesperada situación. El hecho de que no lo hubiera conseguido hacía probable que su situación no fuera mejor que la suya o quizá que él y sus seguidores hubieran caído víctimas de la furia de los insurgentes. El haberse quedado solos en la tierra, lejos de cualquier ayuda humana, para perecer miserablemente en manos de los bárbaros entre las montañas, era un pensamiento sombrío.

Sin embargo, el actual estado de cosas, aunque extremadamente sombrío, no era tan desesperado como lo pintaba su imaginación. Ciertamente, la insurrección había sido general por todo el país, al menos en la parte que ocupaban los españoles. Había sido tan bien planeada que estalló prácticamente de forma simultánea y hasta unos setecientos conquistadores que vivían descuidadamente en sus fincas habían sido masacrados. Una fuerza india se había plantado frente a Jauja y un considerable ejército había ocupado el valle de Rimac y asediado Lima. Pero la región que rodeaba la capital era abierta y nivelada, muy favorable para que actuara la caballería. Pizarro, en cuanto se vio amenazado por la formación hostil, envió una fuerza contra los peruanos que los puso inmediatamente a la fuga y, aprovechándose de la ventaja, les inflingió un castigo tan severo que, aunque continuaron amenazando en la distancia y cortando sus comunicaciones con el interior, no se atrevieron a adentrarse en el otro lado de Rimac.

Los informes sobre el estado del país que recibía ahora el comandante español le llenaban de la más seria alarma. Estaba especialmente pendiente del destino de la guarnición de Cuzco e hizo repetidos esfuerzos por ayudar a la capital. Envió en diferentes momentos cuatro destacamentos distintos que ascendían en total a más de cuatrocientos hombres, la mitad de ellos de caballería, bajo las órdenes de algunos de sus oficiales más valientes. Pero ninguno llegó a su lugar de destino. Los astutos nativos les permitían marchar hacia el interior del país, hasta que se habían adentrado suficientemente en los pasos de las cordilleras. Después los rodeaban con una enorme superioridad numérica y ocupando las alturas lanzaban sobre las cabezas de los españoles sus fatales proyectiles o los aplastaban bajo el peso de fragmentos de roca que hacían rodar sobre ellos desde las montañas. En algunos casos, el destacamento completo quedó reducido a un solo hombre. En otros casos tan solo sobrevivieron unos pocos rezagados para regresar y narrar el sangriento relato a sus compatriotas en Lima[316].

Pizarro estaba tremendamente consternado. Tenía las premoniciones más sombrías sobre el destino de los españoles dispersados por todo el país e incluso dudaba de la posibilidad de mantener su propio punto de apoyo en él sin ayuda del exterior. Envió un navío a la vecina colonia de Trujillo, urgiéndoles a abandonar el lugar con todos sus efectos y dirigirse con él a Lima. Por fortuna no se adoptó esta medida. Muchos de sus hombres optaban por apropiarse de los navíos anclados en el puerto para escapar del país inmediatamente y refugiarse en Panamá. Pizarro se negó a escuchar un consejo tan ruin, que implicaba abandonar a los valientes hombres en el interior que todavía miraban hacia ellos en busca de protección. Cortó las esperanzas de estos espíritus pusilánimes despachando todos los barcos que entonces estaban en el puerto a una misión muy diferente. Envió cartas a través de ellos a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y México, describiéndoles el sombrío estado de sus asuntos y pidiendo su ayuda. Su carta a Alvarado, que entonces se encontraba en Guatemala, se ha conservado. Le evoca todos los sentimientos del patriotismo y el honor para que viniera en su ayuda y antes de que fuera demasiado tarde. Sin ayuda los españoles no podrían mantener más su posición en Perú y ese gran imperio se perdería para la Corona castellana. Finalmente se compromete a compartir con él las conquistas que pudieran hacer con sus armas unidas[317]. Tales concesiones, al mismo hombre que tan solo hacía unos meses Pizarro estaba deseando expulsar del país casi a cualquier precio, constituyen una

muestra evidente de lo extremo de sus dificultades. El socorro solicitado de forma tan sincera llegó a tiempo, no para sofocar la insurrección india, sino para ayudarle en una refriega casi tan formidable con sus propios compatriotas.

Era ya agosto. Más de cinco meses habían pasado desde que comenzara el asedio de Cuzco; sin embargo, las legiones peruanas seguían acampadas alrededor de la ciudad. El asedio se había prolongado mucho más tiempo de lo que era habitual en las guerras indias y mostraba la decisión de los nativos de exterminar a los hombres blancos. Pero los mismos peruanos habían pasado estrecheces por la falta de provisiones. No era fácil alimentar a una hueste tan grande y el lógico recurso de los almacenes de grano, que con tanta previsión habían preparado los incas, les sirvió de poco, ya que los españoles habían usado su contenido de la manera más pródiga e incluso lo había derrochado en la primera ocupación del país[318]. La temporada de la siembra había llegado y el inca sabía bien que si sus seguidores no la aprovechaban, se verían más azotados incluso que por sus invasores. Desmovilizando la mayor parte de sus fuerzas, por tanto, les ordenó que se retiraran a sus casas y después de que terminaran sus labores en el campo regresaran y reanudaran el bloqueo de la capital. El inca mantuvo una fuerza considerable para que le atendieran a él mismo, con la que se retiró a Tambo, un lugar fuertemente fortificado al sur del valle de Yucay, la residencia favorita de sus antecesores. También envió un gran cuerpo de observación a los alrededores de Cuzco para que vigilara los movimientos del enemigo e interceptara las provisiones.

Los españoles contemplaron con alegría cómo la impresionante hueste que había rodeado la ciudad por tanto tiempo se deshacía. No tardaron en sacar provecho de la circunstancia y Hernando Pizarro se aprovechó de la ausencia temporal para enviar partidas a batir la zona y regresar con provisiones para sus famélicos soldados. En esto tuvo tanto éxito que en una ocasión robaron de las plantaciones indias no menos de dos mil cabezas de ganado (de oveja peruana) y las trajeron a salvo a Cuzco[319]. Esto hizo que el ejército superara por el momento todos los miedos en cuanto a sus necesidades.

Sin embargo, estas incursiones se hicieron a punta de lanza y en ellas tuvieron lugar luchas desesperadas en las que se vertió la sangre de lo mejor de la caballería española. Ciertamente, las luchas no se limitaron a los grandes cuerpos de tropas, sino que tuvieron lugar escaramuzas entre

grupos pequeños que a veces se convirtieron en combates personales. Tampoco eran tan desiguales las partes en estos encuentros individuales como cabría suponer, y el guerrero peruano, con su honda, su arco y su *lasso*, demostró ser un enemigo nada despreciable ante el jinete acorazado, a quien a veces se atrevía a enfrentarse mano a mano con su formidable hacha. El terreno alrededor de Cuzco se convirtió en un campo de batalla como la *vega*[*] de Granada, en la que los cristianos y los paganos desplegaron las características de sus propios sistemas de lucha, y se realizó más de un acto de heroísmo al que tan solo le faltaba la canción del trovador para esparcir a su alrededor una gloria igual a la que quedó grabada sobre los últimos días de la España musulmana[320].

Pero Hernando Pizarro no se contentaba con actuar completamente a la defensiva y planeó un arriesgado golpe con el que terminar la guerra de una vez por todas. Se trataba de la captura del inca Manco, a quien esperaba sorprender en su residencia de Tambo.

Para este servicio seleccionó a ochenta hombres de su caballería mejor montada con un pequeño cuerpo de a pie y dando un gran rodeo a través de desfiladeros de montaña menos frecuentados llegó frente a Tambo sin ser descubierto por el enemigo. Encontró el lugar más fortificado de lo que había imaginado. El palacio, o mejor dicho, la fortaleza de los incas se levantaba sobre una elevada prominencia, cuyas laderas escarpadas por donde se acercaban los españoles estaban cortadas en terrazas, defendidas por fuertes muros de piedra y de ladrillos secados al sol[321]. El lugar era inexpugnable desde este lado. El lado opuesto miraba hacia Yucay y allí el terreno descendía en una pendiente gradual hacia la llanura a través del cual rodaba su profunda aunque estrecha corriente[322]. Esta fue la parte por la que se realizó el ataque.

Cruzando el arroyo sin mucha dificultad, el comandante español ascendió por las suaves laderas haciendo el menor ruido posible. La luz de la mañana apenas había caído sobre las montañas y Pizarro, a medida que se acercaba a las defensas exteriores, que al igual que la fortaleza de Cuzco estaban formadas por un parapeto de piedra de gran fuerza que rodeaba el recinto, se movió con rapidez confiando en que la guarnición se encontrara todavía durmiendo. Pero miles de ojos le contemplaban y en cuanto los españoles se acercaron a distancia de tiro de arco, súbitamente se levantó una multitud de formas oscuras de detrás de la muralla al mismo tiempo que se podía ver al inca, lanza en mano, a lomos de un caballo en el recinto, dirigiendo las

operaciones de sus tropas[323]. En ese mismo momento el aire se oscureció con innumerables proyectiles, piedras, jabalinas y flechas que cayeron como un huracán sobre las tropas y las montañas resonaron con el salvaje grito de guerra del enemigo. Los españoles, tomados por sorpresa, y muchos de ellos seriamente heridos, quedaron estupefactos y aunque se reagruparon rápidamente e hicieron dos intentos por renovar el ataque, finalmente se vieron obligados a retirarse, incapaces de soportar la violencia de la tormenta. Para añadirse a su confusión, la parte inferior en su retaguardia quedó inundada por las aguas, que los nativos habían desviado del curso del río abriendo las compuertas, de tal manera que su posición se hizo insostenible[324]. Celebraron un consejo de guerra y se decidió abandonar el ataque por desesperado y retirarse en tan buen orden como fuera posible.

El día se había consumido en estas infructuosas operaciones y Hernando, bajo la cubierta amiga de la oscuridad, envió por delante su infantería y el equipaje, tomando él mismo el mando del centro y confiando la retaguardia a su hermano Gonzalo. Cruzaron el río de regreso sin ningún problema, aunque el enemigo, confiado ahora en su fuerza, saliera de sus defensas y persiguiera a los españoles en su retirada molestándoles con repetidas descargas de flechas. Más de una vez se acercaron tanto a los fugitivos que Gonzalo y su caballería se vieron obligados a darse la vuelta y hacer una de esas cargas desesperadas que castigaban con eficacia su audacia y con lo que detuvieron la marea de la persecución. Sin embargo, el enemigo victorioso permaneció en la retaguardia de los frustrados caballeros hasta que salieron de los pasos de montaña y divisaron las murallas ennegrecidas de la capital. Este fue el último triunfo del inca[325].

Entre los manuscritos que debo a la liberalidad de ese ilustre erudito español, el llorado Navarrete, el más notable relacionado con esta historia, es el trabajo de Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* . Pero tan solo parece haberse conservado una única copia de este importante documento, de cuya existencia se conocía tan poco hasta que llegó a manos del señor Navarrete, aunque no escapara a las infatigables investigaciones de Herrera, lo que es evidente por la mención de varios incidentes, algunos de los cuales tienen relación directa con el mismo Pedro Pizarro, que los historiadores de las Indias no podían haber obtenido a través de ningún otro canal. El manuscrito ha sido mostrado al público últimamente como parte de la inestimable

colección de los documentos históricos, ahora en proceso de publicación en Madrid, bajo auspicios que podemos confiar asegurarán el éxito. Como no me llegó el trabajo impreso hasta que mi presente obra ya estaba avanzada, he preferido basarme en la copia manuscrita para esta breve reseña de mi narración, como me he visto obligado a hacer para la anterior parte del mismo.

No se conoce nada, hasta donde yo sé, relacionado con el autor, más que lo que se puede entresacar de las noticias casuales que da él mismo en su propia historia. Nació en Toledo en Extremadura, la fructífera provincia de aventureros en el Nuevo Mundo, de donde también emigró la familia de Francisco Pizarro de la que Pedro era aliado. Cuando este jefe llegó para emprender la conquista de Perú, después de recibir la encomienda del emperador en 1529, Pedro Pizarro, que entonces tan solo tenía quince años, le acompañó en calidad de paje. Durante tres años estuvo unido al séquito de este comandante y posteriormente continuó bajo su estandarte como soldado de fortuna. Estuvo presente en la mayoría de los hechos memorables de la conquista y parece que su líder le tenía gran confianza, empleándole en algunas misiones difíciles en las que desplegó frialdad y gallardía. Es cierto que tenemos que aceptar la palabra del mismo autor en este punto, pero narra sus hazañas con un aire de honestidad y sin hacer un esfuerzo especial por resaltarlas excesivamente. Habla de sí mismo en tercera persona y, como su manuscrito no estaba pensado únicamente para la posteridad, difícilmente se hubiera atrevido a falsear mucho, cuando el fraude podía ser tan fácilmente expuesto.

Después de la conquista nuestro autor siguió unido a la fortuna de su comandante y estuvo a su lado en todos los problemas que siguieron y cuando le mataron se retiró a Arequipa para disfrutar tranquilamente del *repartimiento* de tierras y de indios que le habían sido concedidos como recompensa por sus servicios. Ahí se encontraba cuando estalló la gran rebelión de Gonzalo Pizarro. Pero fue fiel a su alianza y prefirió traicionar a su nombre y a su linaje, como nos dice, antes que a su lealtad. Gonzalo a cambio tomó sus estados y hubiera pasado a mayores contra él cuando Pedro Pizarro cayó en sus manos en Lima, de no ser por la interposición de su lugarteniente, el famoso Francisco Carvajal, a quien el cronista tuvo una vez la fortuna de prestar un importante servicio. Este Carvajal le pagó salvándole la vida en dos ocasiones, pero la segunda vez comentó fríamente: «Nadie tiene derecho a un par de vidas, y si caes en mis manos una tercera vez, tan solo Dios te podrá dar otra.» Felizmente, Pizarro no tuvo ocasión de poner a prueba su amenaza. Después de la pacificación del país se retiró de nuevo a Arequipa, pero por el tono quejumbroso de sus comentarios parecería que no le fue devuelta la posesión que había sacrificado con su lealtad al gobierno. Lo último que sabemos de él es en 1571, la fecha que establece para la terminación de su historia.

La narración de Pedro Pizarro abarca toda la conquista, desde la fecha de la primera expedición que partió de Panamá hasta los problemas que siguieron a la partida del presidente Gasca. La primera parte del trabajo fue recopilada a partir de los testimonios de otros y por supuesto no puede aspirar a ser considerada una prueba de alto nivel. Pero todo lo que sigue al regreso de Francisco Pizarro de Castilla, se puede decir que prácticamente todo, en pocas palabras lo que constituye la conquista del

país, queda registrado a través de su propia observación como testigo y protagonista. Esto da a su narración un valor que no podría pretender alcanzar en el terreno de la realización literaria. Pizarro era un soldado con tan poca educación, probablemente, como la que normalmente tienen los que han sido educados en esta dura escuela, la menos propia en el mundo para el progreso tanto moral como mental. Tenía el buen sentido, además, de no aspirar a una excelencia que no podía alcanzar. No hay ambición de escritura elegante en su crónica, no tiene ninguna de las afectaciones de ornamentación que tan solo hacen más flagrante la condición del que las utiliza. Su objetivo era simplemente contar la historia de la conquista tal y como la había visto. Debía tratar con hechos, no con palabras, que sabiamente dejó a aquellos que vinieron al campo después de que los trabajadores lo hubieran abandonado, para que recogieran lo que pudieran de segunda mano.

Podría pensarse que la situación de Pizarro le habría expuesto necesariamente a las influencias de las partes y que, por tanto, daría un sesgo parcial a su narración. Ciertamente, no es difícil determinar bajo qué estandarte se alistó. Escribe desde un bando y, sin embargo, también como alguien honesto que no se aparta de un juicio correcto sobre los hechos que estaban teniendo lugar, más de lo necesario que surge de las opiniones preconcebidas. No hay manipulación para inclinar a su lector hacia un lado u otro, menos aún cualquier perversión obvia de los hechos. Evidentemente, cree en lo que dice y este es el gran punto deseable. Podemos perdonar las influencias naturales de su situación. De ser más imparcial que esto, el crítico de hoy en día, teniendo en cuenta una cantidad mayor de prejuicios e imparcialidad, tan solo podría ser llevado a error.

Pizarro no solo es independiente, sino que de vez en cuando es cáustico condenando a aquellos a cuyas órdenes actuaba. Esto sucede en concreto cuando las medidas que estos toman tienen un efecto demasiado poco favorable sobre sus propios intereses o los de su ejército. En cuanto a los desgraciados nativos, no tiene más consideración por sus sufrimientos que los judíos de antaño tenían por los filisteos, a quienes consideraban enviados para sus espadas y cuyas tierras consideraban como su legítima herencia. El duro conquistador no muestra ninguna piedad en su trato al infiel.

Pizarro era un representante de la época en la que vivía. Sin embargo, sería demasiado lanzar tal oprobio sobre la época. Representaba más sinceramente el espíritu de los fieros guerreros que destronaron a la dinastía de los incas. No era meramente un cruzado, luchando para extender el imperio de la cruz sobre los oscurecidos paganos. El oro era su gran objetivo, el baremo por el que juzgaba el valor de la conquista, la recompensa que pedía por una vida de trabajos y peligros. El aventurero peruano alimentaba su imaginación burda y mundana con estas visiones de oro, más que con las de gloria, por encima de todo de la gloria celestial. Pizarro no se elevaba sobre su casta. Tampoco la sobrepasaba en la visión mental, más que en la moral. Su historia no despliega una gran penetración o vigor y comprensión de pensamiento. Es el trabajo de un soldado, contando su sangriento relato. Su valor reside en que está relatado por alguien que fue protagonista del mismo. Y esto, para el moderno recopilador, le concede un valor mayor que producciones mucho más hábiles

de segunda mano. Es el mineral en bruto que pasado por el habitual proceso de purificación puede recibir el sello que lo hace válido para la circulación general.

Otra autoridad, a quien me he referido ocasionalmente y cuyos escritos todavía duermen en manuscrito, es el licenciado Fernando Montesinos. Es lo contrario, en todos los aspectos, del cronista militar que acabamos de repasar. Floreció más o menos un siglo después de la conquista. Por supuesto, el valor de sus escritos como autoridad para los hechos históricos se basa en sus mayores oportunidades para consultar documentos originales. Gracias a esto contó con grandes ventajas. Fue enviado dos veces en misión oficial a Perú, lo que le obligó a visitar diferentes partes del país. Estas dos misiones duraron quince años, de tal manera que, al mismo tiempo que su posición le daba acceso a los archivos coloniales y a los depósitos literarios, podía verificar sus investigaciones, hasta cierto punto, con la observación real del país.

El resultado de todo ello fueron sus dos trabajos históricos, *Memorias Antiguas Historiales del Perú* y sus *Annales*, citados más de una vez en estas páginas. El primero se ocupa de la historia antigua del país, muy antigua realmente ya que se remonta hasta el diluvio. La primera parte de su tratado versa principalmente sobre una argumentación ¡para demostrar la identidad del Perú con la dorada Ophir de los tiempos de Salomón! Esta hipótesis, que no era original del autor, puede que no ofrezca una noción muy justa de las características de su mente. A medida que progresa su trabajo desciende a través de la línea de los príncipes incas, cuyas hazañas, e incluso nombres, no coinciden en absoluto con el catálogo de Garcilaso, lo que, sin embargo, está muy lejos de demostrar su inexactitud. Pese a ello, al leer las absurdas leyendas que relata Montesinos con un tono de grave confianza, es difícil dudar de lo merecido que tiene el escritor este reproche, al compartir en gran medida la credulidad y el amor por lo maravilloso de una época anterior y menos ilustrada.

Estos mismos rasgos son visibles en sus *Annales*, que están dedicados exclusivamente a la conquista. Aquí el autor, después de su vuelo por las nubes, descendió a tierra firme, donde era más difícil esperar las burdas violaciones a la verdad, o al menos de lo que fue probable. Pero cualquiera que tenga ocasión de comparar su narración con la de los escritores coetáneos encontrará frecuentemente razones para desconfiar de él. Sin embargo, Montesinos tiene un mérito. En sus extensas investigaciones, entró en contacto con documentos originales que ha pasado de vez en cuando a sus propias páginas y que difícilmente se podría encontrar en ningún otro sitio.

Sus escritos han sido elogiados por algunos eruditos de entre sus compatriotas como una muestra de investigación y de información diligente. Mi propia experiencia no les otorgaría gran categoría como garantes históricos. Me parece que no merecen muchos elogios, ni por la exactitud de sus afirmaciones ni por la sagacidad de sus reflexiones. El espíritu de fría indiferencia que manifiesta por los sufrimientos de los nativos es un rasgo odioso para el que hay menos excusa en un escritor del siglo XVII que en uno de los primeros conquistadores, cuyas pasiones estaban encendidas por las largas luchas. M. Ternaux-Compans ha traducido las *Memorias Antiguas* con su habitual elegancia y precisión para su colección de documentos originales relacionados con el Nuevo Mundo. Habla en el

prefacio de realizar el mismo buen trabajo con los *Annales* en un futuro. No tengo noticia de que lo haya hecho y no puedo más que pensar que este excelente traductor podría encontrar un mejor tema para sus trabajos en alguno de los documentos de la rica colección de manuscritos de Muñoz, en su posesión.

Notas al pie

[291] Eso es lo que dice el autor de la *Conquista i Población del Pirú*, un escritor coetáneo que describe lo que vio él mismo, así como lo que recabó de otros. Varias circunstancias, especialmente la honesta indignación que expresa ante los excesos de los conquistadores, llevan a la suposición de que pudiera ser un eclesiástico, uno de esos buenos hombres que seguían a la cruel expedición con una misión de amor y misericordia. Es de esperar que su credulidad le llevara a exagerar las fechorías de sus compatriotas.

Según él, había seis mil mujeres de rango viviendo en los conventos de Cuzco, cada una servida por quince o veinte sirvientes femeninas, la mayoría de las cuales, de las que no murieron en la guerra, sufrieron el destino más triste como víctimas de la prostitución. El pasaje es tan notable y el manuscrito tan raro que lo citaré en el original.

«De estas señoras del Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco quando los Españoles entraron en el havia grand cantidad de señoras que tenian sus casas i sus asientos mui quietas i sosegadas i vivian mui políticamente i como mui buenas mugeres, cada señora acompañada con quince o veinte mugeres que tenia de servicio en su casa bien traidas i aderezadas, i no salian menos desto i con grand honestidad i gravedad i atavio a su usanza, i es a la cantidad destas señoras principales creo yo que en el [...] que avia mas de seis mil sin las de servicio i mamaconas que eran las que andavan como beatas i dende á dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra sino cada qual porque muchas murieron en la guerra que huvo i las otras vinieron las mas á ser malas mugeres. Señor perdone a quien fue la causa desto i a quien no lo remedia pudiendo.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[292] *Ibid., ubi supra.*

[293] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, caps. 1-2.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 2, cap. 3.

[294] «Es gente», dice Oviedo, «muy belicosa é muy diestra; sus armas son picas, é ondas, porras é Alabardas de Plata é oro é cobre» (*Historia de las Indias*, manuscrito, parte, 3, lib. 8, cap. 17). Jerez ha hecho una buena enumeración de las armas de los nativos de Perú (*Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, ap. Barcia, tom. III, p. 200). El padre Velasco ha añadido considerablemente a este catálogo. Según él usaban espadas de cobre, así como alabardas y otras armas europeas (*Historia del reino de Quito*, tom. I, pp. 178-180). ¡No insiste en el conocimiento de las armas de fuego antes de la conquista!

[295] «Pues junta toda la gente quel ingá avia enviado á juntar que á lo que se entendio y los indios dixeron fueron doscientos mil indios de guerra los que vinieron á poner este cerco.» Pedro Pizarro,

Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, manuscrito.

296 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, cap. 4.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 133.

297 «Y los pocos Españoles que heramos aun no doscientos todos.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

298 «Pues de noche heran tantos los fuegos que no parecia sino vn cielo muy sereno lleno de estrellas.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

299 «Unas piedras redondas y hechellas en el fuego y hazellas asqua embolvianlas en vnos algodones y poniéndolas en hondas las tiravan a las cassas donde no alcanzavan á poner fuego con las manos, y ansi nos quemavan las casas que como heran de paja luego se encendian.» *Ibid.,* manuscrito.

300 «I era tanto el humo que casi lo oviera de aogar i pasaron grand travajo por esta causa i sino fuera porque de la una parte de la plaza no havia casas i estava desconorado no pudieran escapar porque si por todas partes les diera el humo i el calor siendo tan grande pasaron travajo, pero la divina providencia lo estorvó.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

301 El templo fue dedicado a nuestra bendita Señora de la Asunción. La aparición de la Virgen fue manifiesta no solo para los cristianos, sino para los guerreros indios, muchos de los cuales se lo comunicaron a Garcilaso de la Vega, en cuyas manos lo maravilloso raramente perdía nada de su brillo (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 25). También queda atestiguado por el padre Acosta, que llegó al país cuarenta años después del evento (lib. 7, cap. 27). Ambos escritores testifican sobre la oportuna ayuda que prestó Santiago, quien con su rodela, que desplegaba la insignia de su orden militar, y armado con su llameante espada, cabalgaba sobre su blanca montura hacia lo más espeso del enemigo. Siempre se podía confiar en el santo patrón de España cuando se necesitaba su presencia; *dignus vindice nodus* .

302 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 24.

El padre Valverde, obispo de Cuzco, que tuvo una participación tan importante en la captura de Atahualpa, se encontraba ausente del país en este momento, pero regresó al año siguiente. En una carta al emperador, contrasta el floreciente estado de la capital cuando la dejó y aquel en que la encontró después, saqueada, al igual que sus bellos alrededores, de sus antiguas glorias. «Si no hubiera conocido el sitio de la ciudad», dice, «no la hubiera reconocido como la misma». El pasaje es demasiado notable como para omitirlo. La carta original se encuentra en los archivos de Simancas. «Certifico á V. M. Que si no me acordata del sitio desta Ciudad yo no la conosciera, á lo menos por los edificios y Pueblos della; porque quando el Gobernador D. Francisco Pizarro entró aqui y entré yo con él estava este valle tan hermoso en edificios y población que en torno tenia que era cosa de admiración vello, porque aunque la Ciudad en si no tenia mas de 3 o 4000 casas, ternia en torno quasi

á vista 19 o 20000; la fortaleza que estava sobre la Ciudad parescia desde á parte una mui gran fortaleza de las de España; agora la mayor parte de la Ciudad esta toda derivada y quemada; la fortaleza no tiene quasi nada enhieso; todos los pueblos de alderredor no tienesino las paredes que por maravilla ai casa cubierta! Las cosa que mas contentamiento me dio en esta Ciudad fue la Iglesia, que para en Indias es harto buena cosa, aunque segun la riqueza a havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al Templo de Salomon.» *Carta del Obispo, F. Vicente de Valverde al Emperador*, manuscrito, 20 de marzo de 1539.

303 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

«Los Indios ganaron el Cuzco casi todo desta manera que enganando la calle hivan haciendo una pared para que los caballos ni los Españoles no los pudiesen romper.» *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

304 *Ibid.,* manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, cap. 4.

305 *Ibid., ubi supra .– Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

306 «Pues Hernando Piçarro nunca estuvo en ello y les respondia que todos aviamos de morir y no desamparar el cuzco. Juntavanse á estas consultas Hernando Piçarro y sus hermanos, Graviel de Rojas, Hernan Ponce de León, Tesorero Riquelme.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

307 Herrera nos asegura que los peruanos incluso apuntaron armas de fuego contra los españoles, obligando a sus prisioneros a arreglar los mosquetes y a fabricar pólvora para ellos. *Historia General*, dec. 5, lib. 8, caps. 5-6.

308 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, caps. 4-5.

309 *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

310 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

311 «Y estando batallando con ellos para echallos de alli Joan Piçarro se descuido descubrirse la cabeça con la adarga y con las muchas pedradas que tiravan le acertaron vna en la caveça que le quebraron los cascos y dende á quince dias murio desta herida y ansi herido estuvo forcejeando con los indios y españoles hasta que se gano este terrado y ganado lo abaxaron al Cuzco.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

312 «Hera valiente», dice Pedro Pizarro, «y muy animoso, gentil hombre, magnánimo y afable» (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). Zárate le desestima con este breve panegírico: «Fue gran pèrdida en la Tierra, porque era Juan Piçarro mui valiente, i experimentado en las Guerras de los Indios, i bien quisto, i amado de todos.» *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 3.

313 «Y mando hernando Piçarro á los Españoles que subian que no matasen á este indio sino que se lo tomasen á vida, jurando de no matalle si lo avia bivo.» Pedro Pizarro, *Relación del*

descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, manuscrito.

314 «Visto este orejon que se lo avian ganado y le avian ganado y le avian tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapo la caveça y el rrostro con la manta y se arrojo del cubo abajo mas de cien estados, y ansi se hizo pedazos. Á Herando Piçarro le peso mucho por no tomalle á vida.» *Ibid.,* manuscrito.

315 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 24.

316 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 5.–Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, cap. 5.–Garcilaso, *Comentario Real*, parte 2, lib. 2, cap. 28.

Según los historiadores de los incas, en estas expediciones cayeron cuatrocientos setenta españoles. Cieza de León calcula el número total de los cristianos que perecieron en la insurrección en setecientos, muchos de los cuales, añade, bajo circunstancias de gran crueldad. (*Crónica del Perú*, cap. 82.) La estimación, considerando el alcance y el espíritu de la insurrección, no parece extravagante.

317 «É crea V. Sa sino somos socorridos se perderá el Cusco, ques la cosa mas señalada é de mas importancia que se puede descubrir, é luego nos perderemos todos; porque somos pocos é tenemos pocas armas, é los Indios estan atrevidos.» *Carta de Francisco Pizarro á D. Pedro de Alvarado*, desde la Ciudad de los Reyes, 29 de julio, 1536, manuscrito.

318 Ondegardo, *Relación Primera y Segunda*, manuscrito.

319 «Recoximos hasta dos mil cavezas de ganado.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

* En español en el original.

320 Pedro Pizarro narra varias de estas hazañas de armas, en algunas de las cuales su propia habilidad se muestra de manera bastante obvia. Un ejemplo de crueldad que registra otorga poco mérito a su comandante, Hernando Pizarro, de quien dice que después de un encuentro desesperado hizo ¡que se cortara la mano derecha de los prisioneros y que en esta condición mutilada se devolvieran a sus compatriotas! (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). Los cronistas no relatan atrocidades como esta a menudo, por lo que podemos desear que fueran excepciones en la política general de los conquistadores en su invasión.

321 «Tambo tan fortalecido que hera cosa de grima, porquel assiento donde Tambo esta es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterias fortalescidos.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

322 «El rio de yucay ques grande por aquella parte va muy angosto y hondo.» *Ibid.*, manuscrito.

323 «Parecia el Inga à caballo entre su gente, con su lança en la mano.» Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, cap. 7.

324 «Pues hechos dos ó tres acometimientos á tomar este pueblo tantas vezes nos hizieron volver dando de manos. Ansi estuvimos todo este dia hasta puesta de sol; los indios sin entendello nos

echaban el rrio en el llano donde estavamos, y aguardar mas pereciéramos aqui todos.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

325 *Ibid.,* manuscrito.–Herrera, *Historia General,* dec. 5, lib. 8, cap. 7.

LIBRO IV

Guerras civiles entre los conquistadores

Capítulo I

Marcha de Almagro a Chile. Sufrimiento de las tropas. Regresa y toma Cuzco. Acción de Abancay. Gaspar de Espinosa. Almagro abandona Cuzco. Negociaciones con Pizarro

Mientras sucedían los acontecimientos registrados en el capítulo anterior, el mariscal Almagro estaba enfrascado en su memorable expedición a Chile. Había partido, como hemos visto, tan solo con una parte de sus fuerzas, dejando a su lugarteniente para que le siguiera con el resto. Durante la primera parte del camino se aprovechó de la gran calzada militar de los incas, que se extendía a través de la meseta hasta muy al sur. Pero a medida que se acercaba a Chile, el comandante español comenzó a verse enredado entre los desfiladeros de las montañas donde ya no se podía distinguir ningún vestigio de la carretera. Aquí su avance quedó impedido por todos los obstáculos propios del salvaje escenario de las cordilleras; barrancos profundos y escarpados, alrededor de cuyos bordes serpenteaba un delgado camino de cabras hasta una vertiginosa altura sobre los precipicios a sus pies; ríos lanzándose con furia por las laderas de las montañas y en increíbles cataratas hacia los abismos abiertos; oscuros bosques de pinos que parecían no tener fin y después nuevos largos tramos de meseta desolada, sin más que algún arbusto o mata para proteger al tembloroso viajero de los recios vientos que barrían las heladas cimas de la sierra.

El frío era tan intenso que muchos perdieron las uñas de los dedos, los dedos mismos y a veces hasta las extremidades. Otros quedaron ciegos por

la deslumbrante extensión de nieve que, en la fina atmósfera de estas elevadas regiones, reflejaba los rayos del sol de forma intolerablemente brillante. El hambre llegó como de costumbre con el séquito de males, ya que en estas deprimentes soledades no se veía vegetación suficiente para el alimento del hombre ni ningún ser vivo a excepción del gran pájaro de los Andes, que oteaba sobre sus cabezas a la espera del banquete. Demasiado a menudo se agasajaba con los desgraciados indios, que, incapaces, por lo escaso de su vestimenta, de sobreponerse a la dureza del clima, perecían por el camino. Tal era la presión del hambre que los miserables supervivientes se alimentaban de los cuerpos muertos de sus compatriotas y los españoles se vieron obligados a un sustento parecido de los restos de sus caballos, congelados literalmente en los pasos de montaña[1]. Tales fueron las terribles penas que la naturaleza impuso sobre quienes se introdujeron impulsivamente en lo que eran sus soledades y guaridas más salvajes.

Sin embargo, sus propios sufrimientos no parecen haber tocado los corazones de los españoles con un sentimiento de compasión por los nativos más débiles. Su camino quedaba marcado en todos los sitios por aldeas quemadas y desoladas, cuyos habitantes eran obligados a servirles como bestias de carga. Se les encadenaba en grupos de diez o doce y ninguna debilidad o enfermedad excusaba al desgraciado cautivo de su parte de trabajos comunes, hasta que algunas veces ¡caía muerto con las cadenas puestas de puro cansancio![2]. La compañía de Alvarado ha sido acusada de haber sido más cruel que la de Pizarro, y muchos de los hombres de Almagro, se podrá recordar, fueron reclutados de ese origen. El comandante miraba con disgusto, dicen, estas monstruosidades y hacía lo que podía para reprimirlas. Sin embargo, no daba un buen ejemplo con su propia conducta, de ser verdad que ordenó que se quemaran vivos a más de treinta jefes indios, ¡por el asesinato de tres de sus seguidores![3]. El corazón enferma ante el recital de las atrocidades perpetradas sobre un pueblo inofensivo o al menos inocente de ningún otro crimen más que el de defender demasiado bien su propia tierra.

Poseer una fuerza superior implica algo enormemente peligroso para su dueño, desde el punto de vista moral. El europeo, con sus habilidades y su fuerza efectiva tan inconmensurablemente superior, al entrar en contacto con el hombre medio civilizado, le sitúa ligeramente por encima del bruto y, por tanto, como nacido igualmente para su servicio. Siente que tiene el derecho natural, por decirlo así, a su obediencia y que esta obediencia debe

medirse no por las capacidades de los bárbaros, sino por la voluntad de su conquistador. La resistencia se convierte en un delito que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. El relato de tales atrocidades no queda confinado a los españoles. Dondequiera que el hombre civilizado y el salvaje han entrado en contacto, en el este o en el oeste, la historia se ha escrito demasiado a menudo con sangre.

Del salvaje caos del paisaje de las montañas, los españoles salieron al verde valle de Coquimbo, cerca del grado trece de latitud sur. Aquí se detuvieron para refrescarse en sus ricas llanuras, después de sus sufrimientos y fatigas sin parangón. Mientras tanto, Almagro enviaba a un oficial con un fuerte grupo de avanzadilla, para conocer las características del país más hacia el sur. Poco después tuvo la satisfacción de ver la llegada del resto de sus fuerzas bajo las órdenes de su lugarteniente Rodrigo de Orgoñez. Se trataba de una persona notable e íntimamente conectada con la posterior fortuna de Almagro.

Era natural de Oropesa, se había entrenado en las guerras italianas y ostentaba el rango de portainsignia en el ejército del Condestable de Borbón en el famoso saqueo de Roma. Fue una buena escuela en la que aprender su oficio de hierro y para acorazar su corazón contra cualquier sensibilidad ante el sufrimiento humano. Orgoñez era un excelente soldado, fiel a su comandante, rápido, sin miedo y puntilloso en la ejecución de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atención de la Corona y poco después de este período fue elevado al puesto de mariscal de Nuevo Toledo. Sin embargo, se puede dudar de si su carácter le cualificaría más para un puesto de subordinado que para uno de mayor responsabilidad.

Almagro recibió también la concesión real que le confería sus nuevos poderes y jurisdicción territorial. El documento había sido retenido por los Pizarro hasta el último momento. Sus tropas, disgustadas desde hace tiempo con la difícil y poco provechosa marcha, exigían ahora clamorosamente el regreso. Cuzco, decían, caía sin duda dentro de los límites de sus gobiernos y era mejor tomar posesión de sus confortables alojamientos que vagabundear como forajidos por estas terribles soledades. Le recordaron a su comandante que esto solo podía beneficiar a los intereses de su hijo Diego. Este era el hijo ilegítimo de Almagro, a quien su padre quería con un cariño desmesurado, justificado más allá de lo habitual por el prometedor carácter del joven.

Después de una ausencia de unos dos meses, el oficial enviado a la expedición de exploración regresó trayendo informes poco prometedores sobre las regiones al sur de Chile. La única tierra de promisión para el castellano era la que estaba repleta de oro[4]. Había penetrado hasta una distancia de cien leguas, probablemente hasta los límites de las conquistas de los incas en el río Maule[5]. Los españoles se habían parado afortunadamente cerca de la tierra de Arauco, donde la sangre de sus compatriotas poco después se derramaría como el agua y que todavía mantiene una orgullosa independencia entre la general humillación de las razas indias que les rodean.

Almagro cedió en este momento a regañadientes ante la renovada insistencia de sus soldados y volvió la cara hacia el norte. No hace falta seguir su marcha con detalle. Descorazonado por las dificultades de los pasos de montaña, tomó la calzada de la costa que le llevaba a través del gran desierto de Atacama. Cruzando estas terribles soledades que se extienden durante casi cien leguas por las fronteras del norte de Chile, en las que prácticamente no hay un parche de verde en toda su extensión para aliviar al desmayado viajero, Almagro y sus hombres pasaron casi tantos sufrimientos, aunque no del mismo cariz, como los que sufrieron en los pasos de las cordilleras. Ciertamente, no se encontraría fácilmente un capitán hoy en día que se aventurara a llevar a su ejército a través de esta terrible región. Pero los españoles del siglo XVI tenían una fuerza de miembros y un ímpetu de ánimo que les elevaba a un estado en el que despreciaban los obstáculos, que casi justifica el alarde del historiador de que «luchaba indiferentemente al mismo tiempo, con el hombre, los elementos y el hambre»[6].

Después de atravesar el terrible desierto, Almagro llegó a la antigua ciudad de Arequipa, a unas seis leguas de Cuzco. Aquí se enteró con sorpresa de la insurrección de los peruanos y de que el joven inca Manco todavía se encontraba con una importante fuerza a no poca distancia de la capital. En una época se había encontrado en términos amistosos con el príncipe peruano, por lo que decidió enviar una embajada a su campamento y organizar una entrevista con él en las cercanías de Cuzco, antes de seguir avanzando.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el inca, quien alegó sus razones de queja contra los Pizarro y señaló el valle de Yucay como el lugar donde conferenciaría con el mariscal español. El comandante español

reanudó, por tanto, la marcha, y tomando la mitad de su fuerza, cuyo número total quedaba un poco por debajo de los quinientos hombres, se dirigió en persona al lugar del encuentro, mientras que el resto de su ejército establecía sus cuarteles en Urcos, a unas seis leguas de la capital[7].

Los españoles en Cuzco, asustados por la aparición de estas nuevas tropas en las cercanías, dudaron sobre si les traería bien o mal, al saber de qué parte habían venido. Hernando Pizarro salió de la ciudad con una pequeña fuerza y acercándose a Urcos escucharon con gran inquietud los propósitos de Almagro de insistir en sus pretensiones sobre Cuzco. Aunque muy inferior en fuerza a su rival, se decidió a resistirle.

Mientras tanto, los peruanos, que habían presenciado la conferencia entre los soldados de los campamentos opuestos, sospecharon algún entendimiento secreto entre las partes, que comprometería la seguridad del inca. Le comunicaron su desconfianza a Manco y este último, adoptando los mismos sentimientos o quizá sospechando por primera vez una sorpresa de los españoles, cayó repentinamente sobre estos últimos en el valle de Yucay con un cuerpo de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile estaban demasiado familiarizados con las tácticas indias como para que les tomaran por sorpresa. Y aunque hubo un fuerte enfrentamiento, que duró más de una hora, en el que a Orgoñez le mataron el caballo, los nativos fueron finalmente rechazados con gran masacre y el inca quedó tan afectado por el golpe que por el momento no parecía probable que supusiera ningún problema[8].

Almagro, uniéndose ahora a la división que había dejado en Urcos, no vio más impedimentos para sus operaciones en Cuzco. Envió inmediatamente una embajada a la municipalidad del lugar, exigiendo que le reconocieran como el gobernador legítimo y presentando al mismo tiempo una copia de sus credenciales de la Corona. Pero no era fácil sentar la cuestión de la jurisdicción, ya que dependía del conocimiento de los verdaderos paralelos de latitud, un conocimiento que era muy difícil que tuvieran los rudos seguidores de Pizarro. La concesión real había puesto bajo su jurisdicción todo el país que se extendiera por espacio de doscientas setenta millas al sur del río Santiago, que se encontraba a un grado y veinte minutos al norte del Ecuador. Doscientas setenta leguas en el meridiano, según nuestras medidas, quedarían a menos de un grado de Cuzco y ciertamente a duras penas incluiría la misma ciudad de Lima. Pero las leguas españolas, de tan solo diecisiete y medio por grado[9], llevarían la

frontera sur a algo más de un grado pasada la capital de los incas, que de esta manera caería bajo la jurisdicción de Pizarro[10]. Sin embargo, la línea de división quedaba tan cerca de la tierra en disputa que era fácil dudar del resultado correcto, de no hacerse cuidadosas observaciones científicas para obtenerlo, y cada una de las partes estaba dispuesta a afirmar, como siempre lo están en estos casos, que sus derechos eran claros e incuestionables[11].

Emplazadas así por Almagro, las autoridades de Cuzco, no queriendo ofender a ninguno de los jefes en contienda, decidieron que debían esperar hasta que pudieran tomar consejo, lo que prometieron hacer inmediatamente, con algunos pilotos mejor instruidos que ellos en la posición del río Santiago. Mientras tanto se estableció una tregua entre las partes, cada una comprometiéndose a no iniciar medidas hostiles y a quedarse en sus actuales cuarteles.

El clima se hizo frío y lluvioso. Los soldados de Almagro, enormemente descontentos con su posición, inundados como estaban por las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro estaba muy ocupado en fortalecerse en la ciudad, en contra del acuerdo. También supieron con consternación que un gran cuerpo de hombres, enviado por el gobernador desde Lima, bajo las órdenes de Alonso de Alvarado, marchaba para liberar a Cuzco. Comenzaron a exclamar que habían sido traicionados y que la tregua había sido tan solo una artimaña para asegurarse su inactividad hasta la llegada de los esperados socorros. En este estado de excitación, no fue muy difícil persuadir a su comandante, demasiado dispuesto a ceder en su propio juicio ante los imprudentes consejeros que le rodeaban, para que violara el tratado y tomara posesión de la capital[12].

A cubierto de una noche oscura y tormentosa (8 de abril de 1537), entró en la plaza sin oposición, se hizo dueño de la iglesia principal, apostó fuertes grupos de caballería en la entrada de las avenidas para evitar sorpresas y destacó a Orgoñez con un cuerpo de infantería para que forzaran la vivienda de Hernando Pizarro. Este capitán se encontraba alojado con su hermano Gonzalo en una de las grandes salas construidas por los incas para las diversiones públicas con inmensas puertas de entrada que se abrían a la *plaza* . Estaba guardada por unos veinte soldados que, cuando las puertas se abrieron de par en par, se situaron con firmeza para defender a su líder. A esto le siguió una fuerte contienda en la que se perdieron algunas vidas, hasta que finalmente Orgoñez, provocado por una obstinada resistencia, prendió fuego al combustible del techo del edificio. Este ardió rápidamente

y las vigas en llamas, cayendo sobre las cabezas de los que se encontraban dentro, forzaron al reacio líder a rendirse de forma incondicional. En cuanto los españoles hubieron abandonado el edificio todo el tejado cayó con un tremendo estrépito[13].

Almagro era ahora dueño de Cuzco. Ordenó que los Pizarro, con quince o veinte de los principales caballeros, fueran confinados. Aparte de lo necesario para asegurar su autoridad, no parece que fuera culpable de actos de violencia contra los habitantes[14], y nombró a uno de los oficiales más hábiles de Pizarro, Gabriel de Rojas, como gobernador de la ciudad. La municipalidad, cuyos ojos estaban ahora abiertos a la validez de las pretensiones de Almagro, no tuvo más escrúpulos para reconocer sus derechos sobre Cuzco.

El primer paso que tomó el mariscal fue enviar un mensaje al campamento de Alonso de Alvarado, avisando a este oficial de la ocupación de la ciudad exigiéndole obediencia como su señor legítimo. Alvarado se encontraba, con un cuerpo de quinientos hombres a pie y a caballo, en Jauja, a unas trece leguas de la capital. Había sido enviado varios meses antes para socorrer a Cuzco, pero se había quedado allí, de la forma más incomprensible y, como se demostró, de la forma más desgraciada para la capital peruana, alegando la excusa de proteger el asentamiento y los alrededores de los insurgentes[15]. En este momento se demostró leal a su comandante, y cuando los embajadores de Almagro llegaron al campamento, los puso bajo grilletes y envió noticia de lo que se había hecho al gobernador en Lima.

Almagro, ofendido por la detención de sus emisarios, se preparó inmediatamente para marchar contra Alonso de Alvarado y tomar medidas más eficaces para someterle. Su lugarteniente, Orgoñez, le urgió fuertemente antes de su partida para que cortara las cabezas de los Pizarro alegando que «mientras vivieran, la vida de su comandante nunca estaría a salvo» y concluyendo con el proverbio español de que «El muerto no mordía»[16]. Pero el mariscal, aunque detestaba a Hernando de corazón, no se decidió a tomar una medida tan violenta, e independientemente de otras consideraciones, tenía todavía una relación con su antiguo asociado Francisco Pizarro y no quería cortar los lazos entre ellos para siempre. Contentándose, por tanto, con colocar a los prisioneros bajo una fuerte guardia en uno de los edificios de piedra que pertenecían a la casa del sol, se puso a la cabeza de sus fuerzas y dejó la capital en busca de Alvarado.

Este oficial había tomado una nueva posición en el punto más lejano del *Río de Abancay*, donde se encontraba con la mayoría de su pequeño ejército frente al puente por el que corrían las rápidas aguas, al mismo tiempo que un fuerte destacamento ocupaba un punto que dominaba un vado aguas abajo. Pero en este destacamento había un caballero de mucha consideración en el ejército, Pedro Lerma, quien por algún resentimiento contra su comandante había establecido una traidora correspondencia con el bando opuesto. Por consejo suyo, Almagro al llegar al límite del río se situó contra el puente frente a frente con Alvarado, como si se estuviera preparando para abrirse paso, concentrando de esa manera la atención de su adversario en este punto. Pero cuando cayó la oscuridad, envió un gran destacamento bajo las órdenes de Orgoñez para que cruzara el vado y actuara de acuerdo con Lerma. Orgoñez realizó su cometido con la habitual rapidez. Se cruzó el vado a través del cual la corriente corría con tal fuerza que arrastró a algunos de sus hombres, quienes perecieron en las aguas. El mismo líder recibió varias heridas en la boca cuando intentaba ganar la otra orilla, pero sin amilanarse animó a sus hombres y cayó con furia sobre el enemigo. Se le unió rápidamente Lerma y los soldados que había ganado para su causa, e incapaz de distinguir al amigo del enemigo, la confusión del otro bando fue completa.

Mientras tanto, Alvarado, alertado por el ruido del ataque sobre sus cuarteles, se lanzó al apoyo de su oficial cuando Almagro, aprovechando la ocasión, avanzó a través del río, dispersando el pequeño cuerpo que había dejado para defenderlo y cayó sobre la retaguardia de Alvarado. Este general se vio completamente rodeado por todos los sitios. La lucha no duró mucho y el desgraciado jefe, sin saber en quién podía confiar, se rindió con todos sus hombres, exceptuando a aquellos que se habían pasado al enemigo. Así fue la batalla de Abancay, como se la denominó, por el río en cuyas orillas se luchó el 12 de julio de 1537. Nunca hubo una victoria más completa o que se lograra sin menos costes de vida, y Almagro regresó en triunfo a Cuzco, con una formación de prisioneros ligeramente inferior en número a su propio ejército[17].

Mientras que sucedían los hechos relatados en las páginas precedentes, Francisco Pizarro se había quedado en Lima, esperando con ansiedad la llegada de los refuerzos que había solicitado, que le permitieran marchar a liberar a los asediados en la capital de los incas. Su llamada no quedó sin respuesta. Entre los refuerzos había un destacamento de doscientos

cincuenta hombres liderados por el licenciado Gaspar de Espinosa, que, recordemos, era uno de los tres socios originales que se embarcó en la conquista del Perú. Había abandonado su residencia en Panamá y había venido en persona por primera vez, según parece, para reavivar la caída fortuna de sus aliados. Pizarro recibió también un barco cargado de provisiones, municiones y otros suministros, además de un rico guardarropa para él mismo, de parte de Cortés, el conquistador de México, quien generosamente extendió su mano para ayudar a su familiar en la hora de necesidad[18].

Con una fuerza que ascendía a cuatrocientos cincuenta hombres, la mitad de ellos a caballo, el gobernador abandonó Lima y comenzó su marcha sobre la capital del inca. No había avanzado mucho cuando recibió las noticias del regreso de Almagro, la captura de Cuzco y la prisión de sus hermanos, y antes de que tuviera tiempo para recuperarse de estas asombrosas noticias supo de la derrota total de Alvarado. Lleno de consternación ante estos veloces éxitos de su rival, regresó a toda prisa a Lima, poniéndola en posición de defensa para asegurarla contra los movimientos hostiles, que no era difícil, según pensaba, que se dirigieran contra la misma capital. Mientras tanto, lejos de quedarse satisfecho con impotentes exabruptos de resentimiento o quejándose de su antiguo compañero, tan solo lamentó que Almagro hubiera recurrido a estas medidas violentas para resolver su disputa, y esto, si podemos creer su palabra, menos por las consideraciones personales que por el prejuicio que podía causar a los intereses de la Corona[19].

Pero mientras estaba ocupado en estas operaciones guerreras, no descuidó probar la eficacia de la negociación. Envió una embajada a Cuzco con Espinosa a la cabeza, que constaba de varias personas en cuya discreción puso la mayor confianza ya que eran los que estaban más interesados en un arreglo amistoso.

El licenciado a su llegada no encontró a Almagro en un humor tan favorable para un acuerdo como hubiera deseado. Eufórico por sus recientes victorias, aspiraba ahora no solo a la posesión de Cuzco, sino de la misma Lima, alegando que caía dentro de los límites de su jurisdicción. Espinosa, con todos los argumentos que sugería la prudencia, intentó en vano hacer ver lo aconsejable de todas sus peticiones. Sus demandas, sobre Cuzco al menos, no cambiaron y se declaró dispuesto a arriesgar su vida para

mantenerla. El licenciado respondió fríamente citando el expresivo proverbio castellano: *El vencido, vencido y el vencidor perdido*[*].

Es dudoso que los moderados argumentos del licenciado hubieran podido tener finalmente ninguna influencia sobre la encendida imaginación del soldado, pero desgraciadamente para la negociación esta quedó interrumpida abruptamente por la muerte del mismo Espinosa, que tuvo lugar de la forma más inesperada aunque, es extraño decir en estos tiempos, sin que fuera imputada al veneno[20]. Fue una gran pérdida para las partes en la actual agitación de sus mentes, ya que su personalidad tenía el peso propio de los consejeros sabios y moderados y un interés más profundo que cualquier otro hombre a la hora de aconsejarles.

En la historia el nombre de Espinosa se recordará por su conexión inicial con la expedición a Perú, que de no ser por la oportuna aunque secreta utilización de sus fondos, no hubiera podido realizarse. Había residido durante mucho tiempo en las colonias españolas de Tierra Firme y Panamá, donde había servido en varios puestos, a veces como funcionario legal presidiendo los tribunales de justicia[21], y con cierta frecuencia como un eficiente líder en las primeras expediciones de conquista y descubrimiento. En todas estas diferentes ocupaciones adquirió una alta reputación de probidad, inteligencia y coraje y su muerte en la actual crisis fue sin duda el hecho más desafortunado que podía haberle acaecido al país.

Se abandonó todo intento de negociación y Almagro anunció su propósito de descender hasta la costa, donde establecería una colonia y fundaría un puerto para él mismo. Esto le aseguraría los medios, tan esenciales, de comunicación con la madre patria, y aquí reanudaría las negociaciones para resolver la disputa con Pizarro. Antes de abandonar Cuzco, envió a Orgoñez con una fuerte división contra el inca, sin preocuparse de dejar la capital expuesta en su ausencia a más ataques de esta parte.

Pero el inca, descorazonado por su último revés e incapaz quizá de reunir suficiente fuerza para resistir, abandonó su fuerte de Tambo y se retiró hacia las montañas. Fue seguido de cerca por Orgoñez a través de colinas y valles, hasta que, abandonado por sus seguidores y con tan solo una de sus mujeres para hacerle compañía, el fugitivo real se guareció en los remotos refugios de los Andes[22].

Antes de abandonar la capital, Orgoñez insistió a su comandante para que cortara las cabezas de los Pizarro y después marchara sobre Lima. Tomando

este paso decisivo terminaría la guerra y se aseguraría para siempre contra más maquinaciones insidiosas de sus enemigos. Pero mientras tanto había surgido un nuevo amigo para los hermanos cautivos. Se trataba de Diego de Alvarado, hermano de ese Pedro que, como se ha mencionado en un capítulo anterior, había dirigido una expedición sin éxito contra Quito. Después de la partida de su hermano, Diego se había unido a la suerte de Almagro, le había acompañado a Chile y, al ser un caballero de nacimiento y poseer algunas de las cualidades propias de la nobleza, se había ganado la ascendencia que se merecía sobre su comandante. Alvarado había visitado frecuentemente a Hernando Pizarro en su encierro, donde, para pasar el tedio del cautiverio, se entretenía con el juego, la pasión de los españoles. Jugaban fuerte y Alvarado perdió la inmensa suma de ochenta mil castellanos de oro. Se dispuso inmediatamente a pagar la deuda, pero Hernando Pizarro se negó de manera perentoria a recibir el dinero. Gracias a esta diplomática generosidad, se aseguró un importante abogado en el consejo de Almagro. En este momento le resultó muy útil. Alvarado protestó ante el mariscal que una medida como la que exigía Orgoñez no solo ultrajaría los sentimientos de sus seguidores, sino que arruinaría su fortuna por la indignación que provocaría en la corte. Cuando Almagro accedió a estos puntos de vista, que verdaderamente eran más gratos a su propia naturaleza, Orgoñez, disgustado con la decisión, declaró que llegaría un día en que se arrepentiría de su equivocada indulgencia. «Nunca se ha sabido de un Pizarro», dijo, «que olvide una ofensa, y las que ya habían recibido de Almagro eran demasiado profundas para olvidarlas». ¡Proféticas palabras!

Al abandonar Cuzco, el mariscal dio órdenes de que Gonzalo Pizarro y los otros prisioneros permanecieran retenidos bajo una estricta custodia. Se llevó consigo en su marcha a Hernando, vigilado de cerca. Descendiendo rápido hacia la costa, llegó al agradable valle de Chincha a finales de agosto. Aquí se dedicó a sentar los cimientos de una ciudad que llevaría su propio nombre, que pudiera servir de contrapeso ante la ciudad de los reyes, desafiando de esta manera a su rival en sus propias fronteras. Mientras estaba ocupado en ello, recibió las malas noticias de que Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los otros prisioneros, después de sobornar a sus guardias, habían escapado de Cuzco y poco después supo que habían llegado sanos y salvos al campamento de Pizarro.

Irritado ante estas noticias, el mariscal no se sintió aliviado por las insinuaciones de Orgoñez de que se debía a su desacertada indulgencia. Esto podía haber supuesto un mal trago para Hernando, pero la atención de Almagro se dirigió hacia las negociaciones con Francisco Pizarro que ahora se proponía reanudar.

Después de alguna correspondencia entre las partes, se acordó presentar el arbitraje de la disputa a una persona, fray Francisco de Bovadilla, un hermano de la orden de la Merced. Aunque vivía en Lima, y se podría suponer que estuviera bajo la influencia de Pizarro, tenía una reputación de integridad que dispuso a Almagro a confiar la resolución de la cuestión exclusivamente a él. Orgoñez, de un temperamento menos optimista que el de su jefe, no compartía esta confianza implícita en la imparcialidad del fraile[23].

Se concertó una entrevista entre los jefes rivales. Tuvo lugar en Mala, el 13 de noviembre de 1537, pero el comportamiento de los dos comandantes el uno con el otro fue muy diferente del que ha- bían mostrado en sus anteriores encuentros. Almagro, quitándose el sombrero, avanzó con sus habituales maneras abiertas para saludar a su antiguo camarada, pero Pizarro apenas condescendió a devolver el saludo, demandando altivamente la razón por la que el mariscal había tomado su ciudad de Cuzco y encerrado a sus hermanos. Esto llevó a una recriminación por parte de su socio. La discusión tomó el tono de un enfadado altercado, hasta que Almagro, aceptando la insinuación de un ayudante, o lo que él entendió como tal, de que se preparaba una traición, abandonó abruptamente la estancia, montó en su caballo y galopó de regreso a sus cuarteles en Chincha[24]. La conferencia se terminó, como se podía haber anticipado, teniendo en cuenta el temperamento encendido de sus mentes al comenzarla, ensanchando la brecha que pretendía curar. El fraile, abandonado ahora completamente a su albedrío, después de cierta deliberación, dio su veredicto. Decidió que se enviaría un navío con un hábil piloto para determinar la latitud exacta del río de Santiago, la frontera norte del territorio de Pizarro a partir del cual se deberían calcular todas las medidas. Mientras tanto, Almagro debía entregar Cuzco y Hernando Pizarro debía ser puesto en libertad, con la condición de que debía abandonar el país en seis semanas con dirección a España. Ambas partes debían retirarse a aquellos de sus territorios que no estuvieran en disputa y abandonar cualquier enfrentamiento[25].

Esta decisión, como se puede suponer, enormemente satisfactoria para Pizarro, fue recibida por los hombres de Almagro con indignación y desdén. Su general, comenzaron a gritar, atacado como estaba por la debilidad y la edad, les había vendido. Sus enemigos iban a ocupar Cuzco y sus agradables lugares, mientras que ellos debían volver al yermo páramo de Charcas. No podían ni soñar que bajo este pobre exterior se encontraba escondido el rico tesoro de Potosí. Denunciaron al árbitro de estar pagado por el gobernador y se escucharon murmullos entre las tropas, estimulados por Orgoñez, que pedían la cabeza de Hernando. Nunca estuvo el caballero en mayor peligro. Pero su buena estrella se interpuso de nuevo, en la forma de Alvarado, para protegerle. Su vida en cautiverio fue una sucesión de indultos[26].

Sin embargo, su hermano, el gobernador, no estaba dispuesto a abandonarle a su destino. Por el contrario estaba dispuesto a hacer cualquier concesión con tal de asegurarse su libertad. Este diplomático bien sabía que las declaraciones cuestan poco para quienes no están dispuestos a acatarlas. Después de algunas negociaciones preliminares, se pronunció otro veredicto más justo o, en cualquier caso, más satisfactorio para la parte descontenta. Los principales artículos del mismo eran que hasta la llegada de alguna instrucción definitiva de Castilla sobre el tema, la ciudad de Cuzco con su territorio quedaría en manos de Almagro, y que Hernando Pizarro sería puesto en libertad con la condición anteriormente estipulada de abandonar el país en seis semanas. Cuando los términos de este acuerdo fueron comunicados a Orgoñez, este oficial insinuó su opinión sobre los mismos pasándose un dedo a través de la garganta y exclamando, «¡Cuánto me ha costado la lealtad a mi comandante!»[27].

Almagro, para hacer mayor honor a su prisionero, le visitó en persona y le anunció que a partir de ese momento era libre. Expresó su esperanza de que, al mismo tiempo, «todas las diferencias pasadas quedaran enterradas en el olvido y que a partir de ahora vivirían tan solo recordando su anterior amistad». Hernando replicó con aparente cordialidad que «no deseaba nada mejor para sí mismo». Después juró de manera solemne y empeñó su honor de caballero, el último quizá un juramento de casi tanto peso en su mente como el primero, que cumpliría fielmente los términos estipulados en el tratado. Luego, el mariscal le acompañó a sus habitaciones, donde participó en un festín en compañía de los principales oficiales, varios de los cuales, junto con Diego Almagro, el hijo del general, posteriormente escoltaron al

caballero al campamento de su hermano, que se había trasladado a la vecina ciudad de Mala. Aquí el grupo recibió una bienvenida de lo más cordial por parte del gobernador, quien les atendió con cortés hospitalidad y les prodigó muchas atenciones, en particular, al hijo de su antiguo socio. En pocas palabras, que a su regreso, tal fue el relato de su recepción que no dejó duda en la mente de Almagro de que todo había quedado amigablemente resuelto[28]. No conocía a Pizarro.

Notas al pie

[1] Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 10, caps. 1-3.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 9, cap. 4.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[2] *Conquista y Población del Pirú*, manuscrito.

El escritor debe haber participado en esta expedición, ya que habla de la observación personal. Los pobres nativos tenían al menos un amigo en el campamento cristiano. «I si en el Real havia algun Español que era buen rancheador i cruel i matava muchos Indios tenianle por buen hombre i en grand reputación i el que era inclinado á hacer bien i a hacer buenos tratamientos a los naturales i los favorecia no era tenido en tan buena estima, *he apuntado esto que vi con mis ojos i en que por mis pecados anduve* porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo i con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»

[3] «I para castigarlos por la muerte destos tres Españoles juntolos en un aposento donde estava aposentado i mandó cabalgar la jente de caballo i la de apie que guardasen las puertas i todos estuviesen apercibidos i los prendio i en conclusión hizo quemar mas de 30 señores vivos atados cada uno a su palo» (*Conquista i Población del Pirú*, manuscrito). Oviedo, que siempre muestra un fuerte sentimiento por el colono, excusa esto con la antigua excusa de la necesidad, *fue necesario este castigo*, y añade que después de esto un español podía mandar un mensaje de un lado al otro del país sin miedo a ser atacado. *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 9, cap. 4.

[4] Esto son palabras de los españoles; «i como no le parecio bien la tierra por no ser quajada de oro». *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[5] Según Oviedo, ciento cincuenta leguas y muy cerca, según le dijeron, *del fin del mundo* (*Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 9, cap. 5). No se debe esperar encontrar con nociones muy precisas de geografía entre los rudos soldados de América.

[6] «Peleando en un tiempo con los Enemigos, con los Elementos, i con la Hambre.» Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 10, cap. 2.

[7] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 9, cap. 6.

[8] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 4.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 21.

[9] «Contando diez i siete leguas i media por grado.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 3, cap. 5.

[10] El gobierno había intentado previamente prevenirse contra cualquier disputa relacionada con los límites de las jurisdicciones. El lenguaje de las concesiones originales daba lugar a alguna mala

interpretación, y ya en 1536, fray Jomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, fue enviado a Lima con plenos poderes para dirimir la cuestión de las fronteras estableciendo la latitud del río Santiago y midiendo doscientas setenta leguas al sur sobre el meridiano. Pero Pizarro, habiendo embarcado a Almagro en su expedición de Chile, no se preocupó de reavivar la cuestión, y el obispo regresó, *re infectâ*, a su diócesis, con un gran sentimiento de disgusto hacia el gobernador. *Ibid.,* dec. 6, lib. 3, cap. 1.

11 «Todos dicen», dice Oviedo en una carta al emperador, «que Cuzco cae dentro del territorio de Almagro». Oviedo era probablemente el hombre mejor informado en las colonias. Sin embargo, esto era un error. *Carta desde Santo Domingo*, manuscrito, 25 de octubre de 1539.

12 Según Zárate, Almagro al entrar en la capital no encontró ninguna prueba de los planes que se le imputaban a Hernando y exclamó «que le habían traicionado» (*Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 4). Probablemente fue bastante crédulo en este asunto.

13 *Carta de Espinall, Tesorero de Nuevo Toledo*, 15 de junio, 1539.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 21.

14 Al menos eso parece a partir del testimonio general; sin embargo, Pedro Pizarro, que pertenecía a la facción opuesta y que se encontraba entre los que Almagro encerró, se queja de que ese jefe les arrebató sus caballos y otros enseres. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

15 El secretario de Pizarro, Picado, tenía una *encomienda* en la vecindad, y Alvarado, que estaba en deuda personal con él, se quedó ahí, según se dice por su instigación (Herrera, *Historia General*, dec. 5, lib. 8, cap. 7). Alvarado era un buen oficial, en el que los Pizarro confiaban enormemente tanto antes como después, y podemos suponer que había alguna explicación para su conducta que desconocemos.

16 *Ibid.,* dec. 6, lib. 2, cap. 8.

17 *Carta de Francisco Pizarro al Obispo de Tierra Firme*, manuscrito, 28 de agosto de 1539.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra.* – *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.– *Carta de Espinall*, manuscrito.

18 «Fernando Cortés embiò con Rodrigo de Grijalva en vn propio Navio suio, desde la Nueva España, muchas Armas, Tiros, Jaeces, Adereços, Vestidos de Seda, i vna Ropa de Martas.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 136.

19 Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 2, cap. 7.

* En español en el original.

[20] *Carta de Pizarro al Obispo de Tierra Firme*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 2, cap. 13.– *Carta de Espinall*, manuscrito.

[21] Como oficial que presidió el juicio y condena del desafortunado Vasco Núñez de Balboa incurrió en ciertos odios. Pero se le debe reconocer que hizo grandes esfuerzos por resistirse a los tiránicos procedimientos de Pedrarias y que pidió de todo corazón merced para el prisionero. Véase Herrera, *Historia General*, dec. 2, lib. 2, caps. 21-22.

[22] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Conquista i Población del Pirú*, manuscrito.

[23] *Carta de Gutierrez al Emperador*, manuscrito, 10 de febrero de 1539.– *Carta de Espinall*, manuscrito.–Oviedo, *Historia de las Indias*, manuscrito, *ubi supra.* –Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 2, caps. 8-14.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 8.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[24] Se dijo que Gonzalo Pizarro estaba apostado en una encerrona con un fuerte grupo en la vecindad para interceptar al mariscal y que un honrado caballero del lado opuesto le advirtió de su peligro repitiendo un dístico de una antigua balada:

«Tiempo es el Caballero
Tiempo es de andar de aqui.»

(Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 3, cap. 4.) Pedro Pizarro admite la verdad de los planes imputados a Gonzalo, quien no pudo llevarlos a ejecución por las órdenes del gobernador, de quien el cronista, con edificante simpleza, o confianza, nos informa, era un hombre que mantenía escrupulosamente su palabra. «Porque el marquez don Francisco Piçarro hera hombre que guardava mucho su palabra.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[25] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Espinall*, manuscrito.

[26] Espinall, el tesorero de Almagro, denuncia que el fraile «demostró ser un verdadero diablo» con su laudo (*Carta al Emperador*, manuscrito). Y Oviedo, un juez más desapasionado, cita, sin condenar a un caballero que le dijo al padre, ¡que «una sentencia tan injusta no había sido pronunciada desde Poncio Pilato»! *Historia de las Indias*, manuscrito, parte 3, lib. 8, cap. 21.

[27] «I tomando la barba con la mano izquierda, con la derecha hiço señal de cortarse la cabeça, diciendo: Orgoñez, Orgoñez, por el amistad de Don Diego de Almagro te han de cortar esta.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 3, cap. 9.

[28] *Ibid., loc. cit. – Carta de Gutierrez*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 9.

Capítulo II

Primera guerra civil. Almagro se retira a Cuzco. Batalla de Las Salinas. Crueldad de los conquistadores. Juicio y ejecución de Almagro. Su carácter. 1537-1538

Apenas habían abandonado los oficiales de Almagro los cuarteles del gobernador, este último, reuniendo a su pequeño ejército, les recapituló brevemente las múltiples ofensas que había cometido su rival contra él; la toma de su capital, el encierro de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas, concluyendo con la declaración, sinceramente repetida por su militar audiencia, de que había llegado la hora de la venganza. Durante el tiempo que las negociaciones habían tenido lugar, Pizarro había estado muy ocupado haciendo preparativos militares. Había reunido una fuerza considerablemente mayor que la de su rival, trayendo soldados de diferentes lugares, aunque la mayoría familiarizados ya con el servicio. En este momento declaró que era demasiado viejo para encargarse de la campaña él mismo y que delegaría esa tarea sobre sus hermanos, liberando a Hernando de todas sus obligaciones con Almagro, como una medida justificada por la necesidad. Este caballero, con gallarda perseverancia, insinuó su propósito de acatar los juramentos que había prestado, aunque finalmente aceptó a regañadientes aprobar las órdenes de su hermano, como una medida que le exigía de forma imperiosa su deber para con la Corona[29].

El siguiente paso del gobernador fue avisar a Almagro de que el tratado había terminado. Al mismo tiempo, le advirtió de que renunciara a todas sus

pretensiones sobre Cuzco y que retirara sus tropas hacia su territorio o la responsabilidad de las consecuencias recaería sobre su cabeza.

Confiando en su falsa seguridad, Almagro despertó ahora completamente y fue consciente del error que había cometido, o puede que la voz de su lugarteniente se levantara para recordárselo. La primera parte de su predicción se había cumplido. Y ¿qué evitaría que se cumpliera la segunda? Para sumarse a sus problemas, en este momento estaban trabajando bajo una dolorosa enfermedad, el resultado de sus anteriores excesos, que destrozaba su constitución y le hacía imposible cualquier esfuerzo mental o físico[30].

En esta triste situación confió el manejo de sus asuntos a Orgoñez en cuya lealtad y coraje sabía que podía confiar completamente. La primera decisión fue asegurar los pasos de Guaitara, una cadena de colinas que rodeaban el valle de Zangalla, donde Almagro se encontraba actualmente. Pero por algún error de cálculo, los pasos no pudieron defenderse a tiempo y el activo enemigo, abriéndose paso a través de los peligrosos desfiladeros, cruzó la sierra, donde una fuerza muy inferior a la suya podría haberse aprovechado. La fortuna de Almagro estaba en su ocaso.

Sus pensamientos se volvieron hacia Cuzco, ansioso como estaba por tomar esta capital antes de que llegara su enemigo. Demasiado débil para montar a caballo, se vio obligado a ser transportado en una litera, y cuando llegó a la antigua ciudad de Bilcas, no muy lejos de Guamanga, su indisposición era tan grave que se vio obligado a detenerse y quedarse allí tres semanas antes de poder reanudar la marcha.

El gobernador y sus hermanos, mientras tanto, después de atravesar el paso de Guaitara, descendieron al valle de Ica, donde Pizarro se detuvo un tiempo considerable para poner a sus tropas en orden y completar los preparativos de la campaña. Después, despidiéndose del ejército, regresó a Lima, encargando el desarrollo de la guerra, como había anunciado anteriormente, a sus hermanos menores y más activos. Hernando, poco después de abandonar Ica, continuó a lo largo de la costa hasta Nasca, proponiéndose entrar al país dando un rodeo para eludir al enemigo que podía bloquearle en alguno de los pasos de la cordillera. Pero desgraciadamente para él, Almagro no adoptó este plan de operaciones, que le hubiera dado una manifiesta ventaja, y su adversario, sin ningún impedimento más allá del que surgía de las dificultades naturales de la marcha, llegó a finales de abril de 1538 a los alrededores de Cuzco.

Pero Almagro ya estaba en posesión de la capital, a la que había llegado diez días antes. Reunió un consejo de guerra para parlamentar sobre el rumbo a tomar. Algunos optaban por defender bien la ciudad. Almagro hubiera intentado lo que se pudiera hacer negociando. Pero Orgoñez replicó sin rodeos: «Es demasiado tarde, has liberado a Hernando Pizarro y no queda más que luchar con él.» La opinión de Orgoñez de marchar y presentar batalla al enemigo en las llanuras, finalmente prevaleció. El mariscal, incapaz de tomar el mando por la enfermedad, delegó en su leal lugarteniente, quien, reuniendo sus fuerzas, abandonó la ciudad y tomó una posición en Las Salinas, a menos de una legua de distancia de Cuzco. El lugar se llamaba así por ciertos pozos o cubas en la tierra, que se utilizaban para la preparación de sal, que se obtenía de un manantial natural en las cercanías. La elección del terreno fue poco juiciosa, ya que su carácter accidentado era poco favorable para que la caballería, que constituía la principal fuerza de las tropas de Almagro, actuara con libertad. Pero aunque los oficiales presionaron repetidamente para que avanzara a terreno abierto, Orgoñez se mantuvo en su posición, como la más favorable para la defensa, ya que el frente estaba protegido por una ciénaga y por un pequeño arroyo que fluía sobre la llanura. Sus fuerzas ascendían en total a unos quinientos soldados, más de la mitad a caballo. Su infantería tenía pocas armas de fuego, y en su lugar estaban armados con picas largas. También contaban con seis cañones pequeños, o falconetes, como se llamaban, que junto con su caballería formaron en dos divisiones iguales, que dispuso a los flancos de su infantería. De esta manera esperó con calma la llegada del enemigo.

No pasó mucho tiempo antes de que las brillantes armas y estandartes de los españoles bajo las órdenes de Hernando Pizarro pudieran contemplarse emergiendo de los pasos de montaña. Las tropas se acercaban en buen orden, mostrando con su paso firme que habían descansado durante la marcha y que ahora estaban frescos para la acción. Avanzaron despacio por la llanura y se detuvieron en el lado opuesto del arroyo que cubría el frente de Orgoñez. Como el sol se había puesto, Hernando estableció aquí su campamento para la noche, con el propósito de posponer el enfrentamiento hasta que hubiera luz del día[31].

Los rumores de la batalla que se avecinaba se extendieron a lo ancho y a lo largo del país y las montañas y las alturas rocosas de alrededor se llenaron de multitud de nativos, ansiosos de alegrarse los ojos con un espectáculo donde, fuera cual fuera el bando que saliera victorioso, la

derrota caería sobre sus enemigos[32]. Las mujeres y los niños castellanos también, aunque con mayor ansiedad, se habían lanzado fuera de Cuzco para presenciar la mortal pelea en la que hermanos y familiares lucharían por la supremacía[33]. El número total de los combatientes era insignificante, aunque no si se comparaba con los que participaban habitualmente en estas guerras americanas. No es, sin embargo, el número de los protagonistas, sino la magnitud de lo que hay en juego, lo que otorga al acontecimiento importancia e interés y lo que se ventilaba en el presente era la posesión de un imperio.

La noche pasó en silencio, un silencio que tan solo rompía la multitud que cubría las colinas circundantes. Los campamentos enfrentados tampoco intentaron ninguna comunicación, aunque mantuvieran vigilancia a una distancia en la que se podían oír y a pesar de que por sus venas corría la misma sangre. ¡Tan mortal era el odio en sus pechos![34].

El sábado 26 de abril de 1538, como habitualmente en este bello clima, el sol se levantó brillante[35]. Pero mucho antes de que sus rayos estuvieran sobre la planicie, la trompeta de Hernando Pizarro había llamado a sus hombres a las armas. Sus fuerzas ascendían a setecientos hombres. Su origen era diverso, los veteranos de Pizarro, los seguidores de Alonso de Alvarado, muchos de los cuales, después de su derrota habían llegado a Lima, y el último refuerzo de las islas, la mayoría de ellos curtidos en más de una dura marcha en las campañas indias y en más de un duro campo de batalla. Sus tropas a caballo eran menores que las de Almagro, pero esto quedaba compensado por la fuerza de su infantería, que incluía cuerpos bien entrenados de arcabuceros, enviados desde Santo Domingo, cuyas armas eran del tipo mejorado que recientemente se había introducido proveniente de Flandes. Todas eran de gran calibre y lanzaban un proyectil de dos puntas, que estaba formado por dos balas unidas por una cadena de hierro. Sin duda era un arma engorrosa comparada con las modernas armas de fuego, pero en manos acostumbradas a blandirlas demostró ser un instrumento destructivo[36].

Hernando Pizarro agrupó a sus hombres en el mismo orden de batalla que el que presentaba el enemigo, colocando su infantería en el centro y disponiendo su caballería en los flancos, uno de cuyos cuerpos puso bajo las órdenes de Alonso de Alvarado, mientras que él se colocaba al mando del otro. La infantería estaba dirigida por su hermano Gonzalo, apoyado por

Pedro de Valdivia, el futuro héroe de Arauco, cuya desastrosa historia es el núcleo de un romance además de una crónica[37].

Se celebró la misa, como si los españoles estuvieran a punto de luchar por lo que estimaban una buena lucha por la fe, en lugar de mancharse las manos con la sangre de sus compatriotas. Hernando Pizarro se dirigió entonces brevemente a sus soldados. Habló de las injurias personales que él y su familia habían recibido de Almagro, recordó a los veteranos de su hermano que habían arrancado Cuzco de su poder, provocó una oleada de vergüenza sobre la frente de los hombres de Alvarado cuando habló de la derrota de Abancay y, señalando la metrópolis inca que brillaba bajo el sol de la mañana, les dijo que había un premio para el vencedor. Respondieron su llamamiento con aclamaciones y una vez que se dio la señal Gonzalo Pizarro, liderando su batallón de infantería, lo llevó directamente a través del río. El agua no era ni profunda ni ancha y los soldados no tuvieron dificultades en llegar a la otra orilla ya que los caballos del enemigo no podían alcanzar la orilla por el terreno pantanoso de los bordes. Pero, a medida que se abrían camino a través de la ciénaga, los cañones pesados de Orgoñez dispararon con eficacia sobre las líneas de vanguardia y las desordenaron. Gonzalo y Valdivia se lanzaron entre sus seguidores amenazando a algunos, animando a otros y finalmente los guiaron con valor hacia tierra firme. Aquí los arcabuceros, destacándose del resto de la infantería, ganaron un pequeño montículo, desde donde, a su vez, abrieron un fuego mortificante sobre Orgoñez, desordenando a sus lanceros y hostigando seriamente a la caballería en los flancos.

Mientras tanto, Hernando, formando sus dos escuadrones de caballería en una sola columna, cruzó a cubierto de un fuego bien mantenido y llegando a tierra firme cabalgó inmediatamente contra el enemigo. Orgoñez, cuya infantería estaba ya muy desgastada, avanzando con su caballería formó los dos escuadrones en una columna como su enemigo y espoleó a todo galope contra los atacantes. El choque fue terrible y fue coreado por la muchedumbre de espectadores indios en las alturas cercanas con un aullido endemoniado de triunfo que se elevó alto por encima del estruendo de la batalla, hasta que se perdió en ecos distantes entre las montañas[38].

El enfrentamiento fue desesperado. Ya que no se trataba del hombre blanco contra los indefensos indios, sino de españoles contra españoles, las dos partes animando a sus compañeros con sus gritos de batalla de «El rey y Almagro» o «El rey y Pizarro», al tiempo que luchaban con un odio que

nada tenía que ver con la antipatía nacional, un odio proporcional a la fuerza de los lazos que se habían roto por la mitad.

En este sangriento campo Orgoñez hizo bien su trabajo, luchando como alguien para quien la batalla es su elemento natural. Identificando a un caballero, a quien por el color del sobreveste de su armadura tomó erróneamente por Hernando Pizarro, cargó contra él a toda carrera y le derribó con su lanza. Derribó a un segundo del mismo modo y a un tercero de un golpe de su espada cuando ya estaba gritando prematuramente «Victoria». Pero mientras que realizaba estas hazañas propias de un paladín de novela, fue golpeado por un disparo de cadena de un arcabuz, que, penetrando entre las barras de su visera, arañó su frente y le privó por un momento del sentido. Antes de que se hubiera recuperado completamente, mataron a su caballo y, aunque el caído caballero consiguió desenmarañarse de los estribos, fue rodeado y pronto superado por el número de enemigos. Sin querer entregar su espada, preguntó «si había algún caballero a quien se pudiera rendir». Orgoñez le dio la espada a un tal Fuentes, un sirviente de Pizarro, que se presentó como tal, y el ruin, sacando su daga, ¡apuñaló al indefenso prisionero en el corazón! Su cabeza, cortada, se clavó en una pica y fue mostrada como un sangriento trofeo en la plaza mayor de Cuzco como la cabeza de un traidor[39]. Así murió un caballero tan leal, tan decidido en el consejo y tan bravo en la acción como nunca ha cruzado las orillas de América.

La lucha había durado hasta entonces más de una hora, y la fortuna del día se volvía contra los seguidores de Almagro. Habiendo caído Orgoñez la confusión aumentó. La infantería, incapaz de aguantar el fuego de los arcabuces, se desperdigó y se refugió detrás de los muros de piedra que estaban esparcidos aquí y allá por el campo. Pedro de Lerma, intentando en vano reunir a la caballería, espoleó su caballo contra Hernando Pizarro, con quien tenía una rencilla personal. Pizarro no se echó atrás en el encuentro. Las lanzas de ambos caballeros chocaron. La de Hernando penetró en el muslo de su oponente, mientras que la de Lerma, desviada por la silla de su oponente, le golpeó con tal fuerza por encima de la ingle que atravesó las juntas de su cota, hiriendo levemente al caballero y forzando a su caballo a que se pusiera de patas. Pero la presión de la lucha pronto separó a los combatientes y en el remolino que siguió Lerma fue desmontado y abandonado en el campo cubierto de heridas[40].

Ya no hubo más orden y casi ninguna resistencia entre los seguidores de Almagro. Huyeron abriéndose camino hasta Cuzco y feliz fue aquel que obtuvo cuartel cuando lo pidió. El mismo Almagro, demasiado débil para sentarse demasiado tiempo en su caballo, reclinado en una litera y desde un promontorio vecino, contemplaba la batalla observando sus fluctuaciones con todo el interés de alguien que sentía que su honor, su fortuna y su misma vida dependían de ella. Con una agonía imposible de describir, había visto cómo sus leales seguidores, después de una dura lucha, habían sido derrotados por sus oponentes, hasta que, convencido de que todo estaba perdido, consiguió montar en una mula y cabalgó buscando un refugio temporal en la fortaleza de Cuzco. Allí fue rápidamente seguido, atrapado y llevado en triunfo hasta la capital, donde, enfermo como estaba, fue puesto en grilletes y confinado en la misma habitación del edificio de piedra en el que había encerrado a los Pizarro.

La acción duró casi dos horas. El número de los muertos ha quedado registrado de formas diferentes, probablemente no fue de más de ciento cincuenta; uno de los combatientes dice que doscientos[41], un gran número teniendo en cuenta el poco tiempo que duró el enfrentamiento y el pequeño tamaño de las fuerzas que luchaban. No se da ninguna relación de los heridos. Las heridas formaban parte del caballero. Se dice que Pedro de Lerma recibió diecisiete, y aun así ¡fue sacado con vida del campo! Las pérdidas recayeron principalmente sobre los seguidores de Almagro, pero no se confinaron al calor de la acción. La mortal animosidad de las partes era tal que varios fueron asesinados a sangre fría, como Orgoñez, después de que se hubieran rendido. El mismo Pedro de Lerma, cuando estaba tumbado en su lecho de convaleciente en los cuarteles de Cuzco, fue visitado por un soldado, llamado Samaniego, a quien había golpeado una vez por un acto de desobediencia. Esta persona entró en solitario en la habitación del herido, se sentó a su lado en la cama y después, reprendiéndole por el insulto, le dijo que había venido ¡para lavarlo con sangre! Lerma le aseguró en vano que, una vez que se hubiera repuesto, le daría la satisfacción que quería. El bellaco exclamó, «¡Ahora es el momento!», y hundió la espada en su pecho. Vivió varios años para jactarse de esta atroz hazaña que proclamó como reparación de su honor. Es una pequeña satisfacción saber que la insolencia de su alarde le costó la vida[42]. Este tipo de anécdotas, repugnantes como son, ilustran no solo el espíritu de

los tiempos, sino el espíritu especialmente feroz que engendran las guerras civiles, la más implacable de las guerras, quitando las de religión.

Entre el apresuramiento de la huida de una de las partes y la persecución de la otra, todos lanzándose hacia Cuzco, el campo de batalla quedó abandonado. Pero pronto se llenó de ladrones, ya que los indios, descendiendo como buitres de las montañas, se apoderaron del campo sangriento y, despojando a los muertos, incluso de la más mínima prenda de vestir, dejaron los cuerpos desnudos sobre la llanura[43]. Se ha pensado que era extraño que los nativos no se aprovecharan de su superior número para caer sobre los vencedores una vez estuvieran exhaustos por la batalla. Pero los cuerpos desperdigados de los peruanos estaban sin líder, estaban derrotados en espíritu, más aún por sus recientes reveses, y los castellanos, aunque debilitados por el momento debido a la lucha, se encontraban en Cuzco en mayor fuerza que nunca.

Así es, el número de tropas que se había reunido dentro de las murallas ascendía a mil trescientos, compuestas, a decir verdad, de los materiales más distintos, lo que provocaba una enorme intranquilidad en Hernando Pizarro, ya que había enemigos lanzándose miradas desafiantes entre ellos y sobre él mismo con un rencor mortal aunque silenciado y amigos que si bien no tan peligrosos, no eran menos problemáticos por la avaricia de sus poco razonables demandas. Había abandonado la capital al pillaje y sus seguidores encontraron un buen botín en las habitaciones de los oficiales de Almagro. Pero esto no satisfizo a los caballeros más ambiciosos y con gran clamor exigieron servicios y ser puestos al mando de alguna expedición, sin dudar por un momento de que les depararía oro. Todos iban en busca de *El Dorado*[*]. Hernando Pizarro accedió a estos deseos, hasta donde le fue posible, encantado de librarse de acreedores tan importunos. Bien es cierto que las expediciones normalmente terminaban en desastre, pero a pesar de eso exploraron el país. Era la lotería de la aventura; los premios eran pocos, pero eran espléndidos, y en la excitación del juego pocos españoles se paraban a calcular las probabilidades de éxito.

Entre aquellos que abandonaron la capital se encontraba Diego, el hijo de Almagro; Hernando se preocupó de enviarle, con una esmerada escolta, a su hermano el gobernador, deseoso de apartarlo de su padre en esta crisis. Mientras tanto el mariscal mismo languidecía en prisión bajo la influencia combinada de la enfermedad del cuerpo y la angustia de mente. Antes de la batalla de Las Salinas, le habían dicho a Hernando Pizarro que Almagro

probablemente moriría. «¡Que el cielo impida que esto suceda antes de que caiga en mis manos!», exclamó[44]. Sin embargo, los dioses parecían ahora dispuestos a garantizarle al menos la mitad de su pío rezo, ya que su cautivo parecía a punto de escapársele justo cuando había caído en su poder. Para consolar al desgraciado jefe, Hernando le visitó en su prisión, y le saludó asegurándole que tan solo esperaba a la llegada del gobernador para ponerle en libertad, añadiendo que, «si Pizarro no venía pronto a la capital, él mismo tomaría la responsabilidad de liberarle y le proporcionaría un medio de transporte hasta los cuarteles de su hermano». Al mismo tiempo, prestando una considerada atención a su comodidad, preguntó al mariscal «qué tipo de transporte sería el más apropiado para su estado de salud». Después de esto le envió algunas exquisiteces de su propia mesa para reavivar su decaído apetito. Almagro dio la bienvenida a estas amables atenciones y, ante la perspectiva de una pronta liberación, curó gradualmente su salud y su ánimo[45].

No podía siquiera soñar que mientras todo esto pasaba, se estaba preparando cuidadosamente un proceso contra él. Había comenzado cuando fue capturado y se invitó a todo el que tuviera una causa de queja contra el desgraciado prisionero, por muy humilde que fuera, a presentarla. La llamada fue rápidamente respondida y más de un enemigo apareció ahora en la hora de su mala suerte, como los viles reptiles que se cuelan arrastrándose hasta la luz entre las ruinas de algún edificio noble, y más de uno que había recibido beneficios de sus manos estaba dispuesto a granjearse el favor de su enemigo volviéndose contra su benefactor. A partir de estas detestables fuentes se reunió una masa de acusaciones que ocuparon ¡dos mil páginas tamaño folio! ¡Y Almagro era el ídolo de los soldados![46].

Después de completar el proceso (8 de julio de 1538), no fue difícil obtener un veredicto contra el prisionero. Las principales acusaciones de las que fue encontrado culpable fueron las de alzarse en guerra contra la Corona y causar, por tanto, la muerte de muchos súbditos de su majestad, de entrar en conspiración con el inca y finalmente de desposeer al gobernador real de la ciudad de Cuzco. Basándose en estas acusaciones fue condenado a muerte por traidor, a ser públicamente decapitado en la plaza mayor de la ciudad. No sabemos quiénes fueron los jueces o cuál fue el tribunal que le condenó. En realidad, todo el proceso fue una burla, si es que se puede

llamar a eso un proceso, cuando el acusado mismo ni siquiera sabe que ha sido acusado.

La sentencia le fue comunicada por un fraile enviado con ese propósito a Almagro. El desgraciado hombre, que mientras tanto había estado durmiendo inconscientemente sobre el borde de un precipicio, no podía comprender al principio la naturaleza de su situación. Recuperándose de su primera sorpresa dijo que «era imposible que se le hiciera tal ofensa, no se lo creía». Después imploró a Hernando Pizarro que le concediera una entrevista. Este caballero, queriendo según parece presenciar la agonía de su cautivo, consintió y Almagro estaba tan postrado por sus desgracias, que se humilló a suplicar por su vida con las súplicas más lastimeras. Recordó a Hernando sus antiguas relaciones con su hermano y los buenos servicios que le había prestado a él y a su familia en los comienzos de su carrera. Sacó a relucir sus reconocidos servicios a su país y suplicó a su enemigo que «perdonara sus canas y no le privara de lo poco que le quedaba de una existencia de la que ya no tenía nada que temer». A esto, el otro respondió fríamente que «estaba sorprendido de ver a Almagro rebajarse de una manera tan indecorosa para un bravo caballero, que su destino no era peor que el que habían sufrido muchos soldados antes que él y que ya que Dios le había dado la gracia de ser cristiano ¡debería emplear el resto de su tiempo en saldar sus cuentas con el cielo!»[47].

Pero Almagro no iba a ser silenciado. Recalcó el servicio que había prestado al mismo Hernando. «Este es un duro pago», dijo, «por haber salvado tu vida tan recientemente bajo circunstancias similares, y eso además, cuando los que me rodeaban me habían presionado una y otra vez para que te la quitara». Concluyó amenazando a su enemigo con la venganza del emperador, quien nunca permitiría que este ultraje sobre alguien que había prestado servicios tan notables a la Corona quedara impune. Todo fue en vano, y Hernando terminó abruptamente la conferencia repitiendo que «su condena era inevitable y que se preparara para enfrentarla»[48].

Almagro, viendo que no podía causar ninguna impresión en el conquistador de corazón de hierro, se dedicó seriamente a poner en orden sus asuntos. Según los términos de la concesión real tenía derecho a nombrar a su sucesor. Por tanto, encomendó este puesto a su hijo, nombrando a Diego de Alvarado, en cuya integridad tenía gran confianza, como administrador de la provincia durante su minoría de edad. Toda su

propiedad y posesiones de todo tipo en Perú las legó a su señor el emperador, asegurándole que se le debía todavía un saldo aún mayor en sus cuentas no zanjadas con Pizarro. Mediante esta política tenía la esperanza de asegurarse la protección del monarca para su hijo, así como un escrutinio estricto en los asuntos de su enemigo.

El conocimiento de la sentencia de Almagro produjo una profunda sensación en la comunidad de Cuzco. Todos quedaron sorprendidos ante la osadía con que alguien, investido con tan poca autoridad, se aventuraba a someter a juicio a alguien de la condición de Almagro. Hubo pocos que no recordaran algún acto generoso o bien intencionado del infortunado veterano. Incluso se oyó denunciar la conducta de Hernando como la de un tirano, a aquellos que habían proporcionado material para la acusación, sorprendidos ahora ante el resultado trágico al que se llegaba. Algunos de los principales caballeros, y entre ellos Diego de Alvarado, a cuya intercesión, como hemos visto, Hernando Pizarro cuando estaba cautivo debía su propia vida, visitaron al comandante e intentaron disuadirle de un procedimiento tan atroz y arbitrario. Fue en vano. Pero tuvo el efecto de cambiar el modo de ejecución, que en lugar de ser en la plaza pública tendría lugar en la prisión[49].

El día establecido, una fuerte guardia de arcabuceros se reunió en la *plaza*[*]. Se dobló el número de guardias alrededor de las casas donde vivían los principales partidarios de Almagro. El verdugo, atendido por el sacerdote, entró furtivamente en la prisión y el desgraciado hombre, después de confesarse y recibir los sacramentos, se sometió sin resistencia al *garrote*[**]. De esta manera oscura, en el lúgubre silencio de una mazmorra, ¡pereció el héroe de cien batallas! Su cadáver fue llevado a la gran plaza de la ciudad, donde en virtud de la sentencia se le cortó la cabeza. Un heraldo proclamó en alto la naturaleza de los delitos por lo que había sido condenado, y sus restos, enrollados en su sangriento sudario, fueron trasladados a la casa de su amigo Hernán Ponce de León y al día siguiente fueron enterrados con toda solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Los Pizarro aparecieron entre los principales dolientes. Y se ha señalado que su hermano rindió honores parecidos a la memoria de Atahualpa[50].

Almagro en el momento de su muerte se encontraba probablemente cerca de los setenta. Pero esto es un tanto incierto, ya que era un expósito y su

historia anterior se pierde en la oscuridad[51]. Tenía muchas excelentes cualidades por naturaleza, y sus defectos, que no eran pocos, pueden quedar razonablemente paliados por las circunstancias de su situación. Ya que cualquier circunstancia atenuante es válida por la posición de un expósito, sin padres ni amigos o profesores para dirigir su pequeño barco a la deriva en el océano de la vida, para arriesgarse entre las fuertes olas y batientes, sin que se le tendiera una mano amiga para ayudarle. Su situación de «expósito» lleva implícita una apología para muchos, muchos de los errores de su vida posterior[52].

Era un hombre de fuertes pasiones y no demasiado acostumbrado a controlarlas[53]. Pero no era vengativo ni cruel por naturaleza. He mencionado un atentado atroz que cometió contra los nativos. Pero la insensibilidad ante los derechos de los indios la compartía con más de un español mejor educado. Sin embargo, los indios, después de su condena, dieron testimonio de su humanidad general, declarando que no tenían un amigo tal entre los hombres blancos[54]. Ciertamente, lejos de ser vengativo, se aplacaba pronto y se ofrecía con facilidad a los demás. Esta facilidad con que cedía, resultado de una credulidad bondadosa, le hacía demasiado a menudo el inocentón de los astutos y mostraba, ciertamente, una falta de confianza en sí mismo que es la marca propia de la gran fuerza de carácter. Sin embargo, la ductilidad de su carácter y la generosidad de su naturaleza le hicieron popular entre sus seguidores. Ningún comandante ha sido jamás más amado por sus soldados. Su generosidad a menudo llegaba a la prodigalidad. Cuando entró en la campaña de Chile, dejó cien mil ducados de oro a los caballeros pobres para que se equiparan y después les condonó la deuda[55]. Era pródigo hasta la ostentación. Pero su extravagancia no le hizo ningún daño entre los errantes espíritus del campamento, con quienes es más probable que gane favor la prodigalidad que una economía estricta y mejor regulada.

Era un buen soldado, cuidadoso y juicioso en sus planes, paciente e intrépido en su ejecución. Tenía el cuerpo cubierto de las cicatrices de sus batallas, hasta que su natural fealdad quedó convertida prácticamente en deformidad. No debe ser juzgado por su última campaña, cuando, deprimido por la enfermedad, cedió ante el genio superior de su rival, sino por sus numerosas expediciones por tierra y mar para la conquista del Perú y de la remota Chile. Sin embargo, se puede dudar si poseía aquellas

cualidades poco comunes, como guerrero y como hombre, que en circunstancias normales le hubieran elevado hasta la distinción. Era uno de los tres o, para hablar con más propiedad, de los dos socios que tuvieron la buena fortuna y la gloria de hacer uno de los descubrimientos más espléndidos en el mundo occidental. Comparte en gran parte este crédito con Pizarro, ya que, aunque no acompañó a este líder en sus peligrosas expediciones, no contribuyó menos a su éxito con sus esfuerzos en las colonias.

Sin embargo, su relación con este caudillo difícilmente se puede tener como una circunstancia afortunada en su carrera. No es muy probable que se respete de forma muy escrupulosa un acuerdo entre individuos para el descubrimiento y la conquista, especialmente cuando se realiza entre hombres más acostumbrados a gobernar a otros que a gobernarse a sí mismos. Si no surgieron antes causas para la discordia, seguramente surgirán a la hora de la división del botín. Pero esta asociación fue especialmente heterogénea, ya que el temperamento libre, sanguíneo y confiado de Almagro no concordaba con la política fría y astuta de Pizarro, y fue invariablemente burlado por sus compañeros allí donde sus respectivos intereses entraron en colisión.

Por último, la ruina final de Almagro se puede imputar justamente a sí mismo. Cometió dos errores principales. El primero fue llamar a las armas para la toma de Cuzco. El establecimiento de una línea de frontera no debía realizarse por las armas. Debía hacerse mediante arbitraje, y si no se podía confiar en los árbitros, debía haber remitido la decisión a la Corona. Pero una vez que había apelado a las armas, no debía posteriormente haber recurrido a la negociación, sobre todo a la negociación con Pizarro. Este fue su segundo error. Conocía lo suficiente de Pizarro como para saber que no era de fiar. Almagro confió en él y pagó por ello con su vida.

Notas al pie

[29] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 3, cap. 10.

[30] «Cayó enfermo i estuvo malo a punto de muerte de bubas i dolores» (*Carta de Espinall*, manuscrito). Era un duro castigo, al suceder esta crisis, por los pecados quizá de días anteriores, pero

«The gods are just, and of our pleasant vices
Make instruments to scourge us.»
«Los dioses son justos y hacen de nuestros vicios
deleitosos los instrumentos para flagelarnos.»
William Shakespeare, *King Lear*.

[31] *Carta de Gutierrez*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 4, caps. 1-5.– *Carta de Espinall*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, caps. 10-11.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, caps. 36-37.

[32] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 4, caps. 5-6.

[33] *Ibid., ubi supra.*

[34] «I fue cosa de notar, que se estuvieron toda la Noche, sin que nadie de la vna i otra parte pensase en mover tratos de Paz: tanta era la ira i aborrecimiento de ambas partes.» *Ibid.,* cap. 6.

[35] En el campo de batalla se erigió posteriormente una iglesia dedicada a San Lázaro y los cuerpos de los que murieron en la acción fueron enterrados dentro de sus muros. Este hecho lleva a Garcilaso a suponer que la batalla tuvo lugar en sábado seis, el día después de la fiesta de San Lázaro, y no el veintiséis de abril, como generalmente ha quedado registrado. *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 38. Véase también Montesinos (*Annales*, manuscrito, año 1538), una autoridad indiferente en cualquier cosa.

[36] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 8.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 36.

[37] *La Araucana*, de Ercilla, puede reclamar el mérito ciertamente, si fuera un mérito, de combinar romance e historia en uno. Seguramente nunca se aventuró la musa a tal especificación de los detalles, no solo poéticos, sino políticos, geográficos y estadísticos, como en esta célebre épica castellana. Es un diario militar convertido en rima.

[38] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 4, cap. 6.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Espinall*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. II.

Todo lo relacionado con esta batalla: la disposición de las fuerzas, las características del terreno, el modo del ataque, se relata de forma tan diferente y confusa, como si hubiera sido un

enfrentamiento entre dos grandes ejércitos, en lugar de un puñado de hombres en cada lado. Parecería que no hay lugar donde sea tan difícil llegar a la verdad como en el campo de batalla.

[39] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, *ubi supra* .–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, *ubi supra.*

[40] Herrera, *Historia General*, *ubi supra* .–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 36.

Según Garcilaso, Hernando Pizarro vestía un sobreveste de terciopelo naranja sobre su armadura y antes de la batalla le mandó noticia de ello a Orgoñez, para que este último le pudiera distinguir en la *mêlée* . Pero un caballero de séquito de Hernando también vestía los mismos colores, según parece, lo que llevó a error a Orgoñez.

[41] «Murieron en esta Batalla de las Salinas casi doscientos hombres de vna parte y de otra» (Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). La mayoría de las autoridades calculan las pérdidas en menos. El tesorero Espinall, partidario de Almagro, dice que mataron a sangre fría ciento cincuenta después de la lucha. «Siguieron el alcanze la mas cruelmente que en el mundo se ha visto, porque matavan a los hombres rendidos e desarmados, e por les quitar las armas los mataban si presto no se las quitaban, e trayendo á las ancas de un caballo a un Ruy Diaz viniendo rendido e desarmado le mataron, i desta manera mataron mas de ciento è cinquenta hombres.» *Carta*, manuscrito.

[42] *Carta de Espinall*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 38.

Fue colgado por este mismo crimen por el gobernador de Puerto Viejo, unos cinco años después de que sucediera, tras haber ultrajado los sentimientos de este oficial y de la comunidad por la manera insolente y abierta con que se jactaba de su atroz hazaña.

[43] «Los indios viendo la Batalla fenecida, ellos tambien se dejaron de la suia, iendo los vnos i los otros à desnudar los Españoles muertos, i aun algunos vivos, que por sus heridas no se podian defender, porque como pasò el tropel de la Gente, siguiendo la Victoria, no huvo quien se lo impidiese; de manera que dexaron en cueros à todos los caìdos.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. II.

[*] En español en el original.

[44] «Respondia Hernando Pizarro, que no le haria Dios tan gran mal, que le dexase morir, sin que le huviese á las manos.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 4, cap. 5.

[45] *Ibid.,* dec. 6, lib. 4, cap. 9.

[46] «De tal manera que los Escrivanos no se davan manos, i ià tenian escritas mas de dos mil hojas.» *Ibid.,* adec. 6, lib. 4, cap. 7.

Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito – *Conquista i Población de Pirú*, manuscrito– . *Carta de Gutierrez*, manuscrito –Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito–. *Carta de Espinall*, manuscrito.

47 «I que pues tuvo tanta gracia de Dios, que le hiço Christiano, ordenase su Alma, i temiese á Dios.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 5, cap. I.

48 *Ibid., ubi supra.*

El mariscal apeló la sentencia de sus jueces ante la Corona, suplicando a su conquistador (dice el tesorero Espinall en su carta al emperador), en términos que hubieran tocado el corazón de un infiel. «De la qual el dicho Adelantado apelo para ante V. M. i le rogo que por amor de Dios hincado de rodillas le otorgase el apelación, diciéndole que mirase sus canas e vejez e quanto havia servido á V. M. i q el havia sido el primer escalon para que el i sus hermanos subiesen en el estado en que estavan, i diciéndole otras muchas palabras de dolor e compasión que después de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque fuera infiel, moviera á piedad.» *Carta*, manuscrito.

49 *Carta de Espinall*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1538.

El obispo Valverde, como asegura al emperador, discutió con Francisco Pizarro en Lima, por el hecho de permitir que se ejerciera violencia contra el mariscal, exigiéndole como una obligación imperiosa que fuera inmediatamente a Cuzco y que le pusiera en libertad. «Era un asunto demasiado grave», añadió correctamente, «para confiarlo a un tercero» (*Carta al Emperador*, manuscrito). El tesorero Espinall, entonces en Cuzco, hizo un intento igualmente infructuoso para que Hernando cambiara su propósito.

* En español en el original.

** En español en el original.

50 *Carta de Espinall*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, *loc. cit. – Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.– *Carta de Gutierrez*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1538.

La fecha de la ejecución de Almagro no se da, una extraña omisión, aunque de poca importancia, ya que este momento debió haber seguido directamente a la condena.

51 Ante, p. 836, cap. 2, lib. 2.

52 Montesinos, a falta de un pedigrí mejor, dice, «¡Era el hijo de sus propias grandes hazañas y tal ha sido la parentela de más de un héroe famoso!» (*Annales*, manuscrito, año 1538). Era muy duro para un castellano el no poder presentar algo parecido a una genealogía, por muy oscura que fuera.

53 «Hera vn hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose tratava muy mal á todos los que con el andavan aunque fuesen cavalleros» (*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito). Es el retrato que dibuja un enemigo.

54 «Los Indios lloraban amargamente, diciendo, que de él nunca recibieron mal tratamiento.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 5, cap. I.

55 Si podemos creer a Herrera, ¡distribuyó ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro entre sus seguidores! «Mandò sacar de su Posada mas de ciento i ochenta cargas de Plata i veinte de Oro, i las

repartiò» (dec. 5, lib. 7, cap. 9). Una carga era lo que un hombre pudiera cargar con facilidad. Una afirmación tal pone a prueba nuestra credulidad, pero es difícil establecer unos límites apropiados a la credulidad en todo lo relacionado con esta tierra de oro.

Capítulo III

Pizarro vuelve a visitar Cuzco. Hernando regresa a Castilla. Su larga prisión. Se envía un comisionado a Perú. Hostilidades con el inca. La administración activa de Pizarro. Gonzalo Pizarro. 1539-1540

A la partida de su hermano en persecución de Almagro, el marqués Francisco Pizarro, como hemos visto, regresó a Lima. Allí esperó con ansiedad el resultado de su campaña y al recibir las bienvenidas noticias de la victoria de Las Salinas hizo inmediatamente preparativos para su marcha a Cuzco. En Jauja, sin embargo, se vio obligado a detenerse un buen tiempo debido al trastornado estado del país y, según parece, más aún por la renuencia a entrar en la capital peruana mientras durase el juicio de Almagro.

En Jauja se encontró con el hijo del mariscal, Diego, a quien Hernando Pizarro había enviado a la costa. El joven estaba lleno de lúgubres temores con respecto al destino de su padre y suplicó al gobernador que no permitiera que su hermano ejerciera violencia sobre él. Pizarro, que recibió a Diego con una aparente amabilidad, le dijo que no sufriera, ya que no se le haría ningún daño a su padre[56], añadiendo que confiaba en que su antigua amistad se renovara pronto. El joven, reconfortado con estas afirmaciones, partió hacia Lima, donde por orden de Pizarro fue recibido en su casa y tratado como un hijo.

El gobernador dio las mismas garantías al obispo Valverde con respecto a la seguridad del mariscal y a algunos de los principales caballeros que se interesaron por el prisionero[57]. Pizarro siguió retrasando su marcha a la capital, y una vez que la reanudó, no había llegado más allá del Río de Abancay, cuando recibió las noticias de la muerte de su rival. Pareció sorprenderse enormemente ante esta noticia, todo su cuerpo se agitó y se quedó por algún tiempo con los ojos inclinados hacia el suelo mostrando signos de una fuerte emoción[58].

Tal es el relato que dan sus amigos. Una versión más probable del asunto le presenta como perfecto conocedor del estado de las cosas en Cuzco. Cuando el juicio terminó, se dice que recibió un mensaje de Hernando, preguntándole qué debía hacerse con el prisionero. Respondió en pocas palabras: «Soluciónalo de forma que no nos dé más problemas»[59]. También se afirma que Hernando, posteriormente, trabajando bajo el oprobio que causó la muerte de Almagro, se escudó alegando que había recibido órdenes del gobernador[60]. Es cierto que durante su larga residencia en Jauja este estuvo en constante comunicación con Cuzco y que de haber acelerado su marcha a la capital, como le urgía repetidamente Valverde[61], hubiera podido fácilmente evitar que se consumara la tragedia. Como comandante en jefe, el destino de Almagro estaba en sus manos, y por mucho que sus partidarios afirmen su inocencia, el juicio imparcial de la historia le debe considerar tan culpable de la muerte de su socio como a Hernando.

Tampoco mostró su posterior conducta ningún remordimiento ante estos procedimientos. Entró en Cuzco, dice alguien que estaba presente allí para presenciarlo, entre toques de clarines y trompetas a la cabeza de su caballería marcial y vestido con el rico traje que le había regalado Cortés, con el orgulloso comportamiento y el semblante feliz de un conquistador[62]. Cuando Diego de Alvarado le pidió el gobierno de las provincias del sur, en el nombre del joven Almagro, a quien su padre, como hemos visto, le había confiado su protección, Pizarro respondió que «el mariscal, con su rebelión había perdido el derecho a cualquier reclamación al gobierno». Y cuando el caballero siguió presionándole, rompió la conversación directamente declarando ¡que «su propio territorio cubría todo el terreno de allí hasta Flandes»![63]. Insinuando sin duda, con este magnífico alarde, que no toleraría a ningún rival en este lado del océano.

En el mismo espíritu había enviado recientemente supervisar a Benalcazar, el conquistador de Quito, quien, según le habían informado, aspiraba a un gobierno independiente. El emisario de Pizarro tenía órdenes de enviar al capitán a Lima, pero Benalcazar, después de seguir con su carrera victoriosa hacia el norte, había regresado a Castilla para solicitar su recompensa del emperador.

Ante las quejas de los injuriados nativos, que invocaron su protección, se mostró extrañamente insensible; al mismo tiempo trataba a los seguidores de Almagro con un desdén mal disimulado. Las posesiones de sus líderes fueron confiscadas y trasferidas sin ceremonia a sus propios partidarios. Hernando había intentado conciliar a parte de la facción opuesta con actos de liberalidad, pero estos habían rechazado aceptar nada del hombre cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su comandante[64]. El gobernador no les alentó a que aceptaran, y muchos quedaron reducidos a tal estado de pobreza que, demasiado orgullosos como para exponer su desgracia a los ojos de sus conquistadores, se retiraron de la ciudad y buscaron un retiro entre las vecinas montañas[65].

A sus propios hermanos les proporcionó unos *repartimientos*[*] tan grandes que provocaron murmullos entre sus partidarios. Puso a Gonzalo al frente de un fuerte destacamento destinado a actuar contra los nativos de Charcas, un pueblo duro que ocupaba un territorio asignado por la Corona a Almagro. Gonzalo encontró una fuerte resistencia, pero, después de algunos duros combates, consiguió someter a la provincia. Fue recompensado junto con Hernando, que le ayudó en la conquista, con una gran concesión en las cercanías de Porco, cuyas productivas minas ya habían sido parcialmente explotadas por los incas. El territorio abarcaba parte de esas colinas de plata de Potosí que desde entonces han proporcionado a Europa tales cantidades de metales preciosos. Hernando comprendió las posibilidades del terreno y comenzó a explotar las minas a una escala mayor de la que hasta entonces se habían trabajado, aunque no parece que se hiciera ningún intento por penetrar en la rica corteza de Potosí[66]. Pasarían unos años más antes de que los españoles sacaran a la luz las canteras de plata que se escondían en el corazón de sus montañas[67].

La gran ocupación de Hernando era ahora recaudar una cantidad suficiente de tesoro para llevarse consigo a Castilla. Había pasado casi un año ya de la muerte de Almagro y era hora de volver y presentarse ante la

corte, donde Diego de Alvarado y otros amigos del mariscal, que habían abandonado Perú hacía ya mucho tiempo, estaban presentando las reclamaciones del joven Almagro, así como una demanda de reparación por los agravios que se habían cometido contra su padre. Pero Hernando confiaba en que su oro disipara las acusaciones contra él.

Antes de su partida, aconsejó a su hermano que se cuidara de los «hombres de Chile», como se llamaba a los seguidores de Almagro, hombres desesperados que harían cualquier cosa, dijo, para vengarse. Suplicó al gobernador que no les permitiera reunirse en ningún número a menos de cincuenta millas de su persona; si lo permitía sería fatal para él. Y concluyó recomendándole una fuerte guardia personal, «porque yo», añadió, «no estaré aquí para cuidar por ti». Pero el gobernador se rio ante lo que llamó ingenuos miedos de su hermano pidiéndole que no se preocupara por él, «ya que los seguidores de Almagro pagarían con su cabeza por su seguridad»[68]. No conocía el carácter de sus enemigos tan bien como Hernando.

Este último poco después embarcó en Lima en verano de 1539. No tomó la ruta de Panamá, porque había oído que las autoridades tenían intención de detenerle. Por tanto, siguió una ruta que rodeaba hacia México, desembarcó en la bahía de Tecoantepec, y se encontraba cruzando la estrecha franja que divide los dos grandes océanos, cuando fue arrestado y llevado a la capital. Pero el virrey Mendoza no consideró que tuviera derecho a detenerle y se permitió que embarcara en Vera Cruz y prosiguiera su viaje. Aun así no consideró que fuera seguro aventurarse en España sin más consejos. Por tanto, se detuvo en Azores, donde se quedó hasta que se pudo comunicar con casa. Tenía algunos amigos poderosos en la corte, y estos le animaron a que se presentara ante el emperador. Aceptó su consejo y poco después llegó a la costa española sano y salvo[69].

La corte se encontraba en Valladolid, pero Hernando, que hizo su entrada en esta ciudad con gran pompa y despliegue de sus riquezas indias, se encontró con una recepción más fría de la que esperaba[70]. Esto se lo debía principalmente a Diego de Alvarado, quien residía allí por aquel entonces y que, como caballero de honrosa posición y con altos contactos, tenía una considerable influencia. Como hemos podido ver, había salvado más de una vez con su oportuna interposición la vida de Hernando y había consentido en condonar una deuda económica suya de gran cuantía. Pero todo se olvidó al recordar la afrenta que había cometido sobre su comandante y, fiel a la

confianza que este caballero había depositado en él en la hora de su muerte, había venido a España para reivindicar las reclamaciones del joven Almagro.

Pero aunque fuera recibido fríamente en un principio, la presencia de Hernando y su propia versión de la disputa con Almagro, apoyada por los argumentos de oro que repartía sin escatimar, detuvieron la indignación del momento, y la opinión de sus jueces pareció quedar suspendida por un tiempo. Alvarado, un caballero más acostumbrado a la acción rápida y decisiva de un campo de batalla que a las tortuosas intrigas de una corte, se irritó por el retraso y retó a Hernando a dirimir su litigio en un combate individual. Pero su prudente adversario no tenía deseos de dilucidar el asunto en una prueba de esa naturaleza y todo terminó rápidamente con la muerte del mismo Alvarado, que tuvo lugar cinco días después del reto. Un hecho tan oportuno naturalmente sugirió la sospecha del veneno[71].

Pero sus acusaciones no se habían desmoronado del todo y Hernando Pizarro había tomado medidas con una mano demasiado arbitraria y había ofendido demasiado burdamente el sentimiento público como para permitir que escapara. No recibió ninguna sentencia formal, pero fue encerrado en la segura fortaleza de Medina del Campo, donde permaneció veinte años, hasta que en 1560, transcurrida una generación y después de que el tiempo hubiera, en cierto modo, corrido un velo dulcificador sobre el pasado, se le permitió que recuperara su libertad[72]. Pero cuando salió era un hombre anciano, vencido por la enfermedad y con el espíritu roto, digno de piedad, más que de indignación. Pocas veces se ha administrado justicia retributiva en tan gran medida a delincuentes de tan alta autoridad, y menos aún en Castilla[73].

Sin embargo, Hernando llevó su largo encierro con una ecuanimidad que, de haber estado fundamentada en sus principios, podría merecer nuestro respeto. Vio cómo sus hermanos y familiares, todos aquellos en los que podía apoyarse en búsqueda de ayuda, quedaban separados unos de otros, su fortuna fue confiscada en parte, al mismo tiempo que se veía envuelto en un costoso litigio con el resto[74], su fama arruinada, su carrera terminada en un momento tan inoportuno, él mismo exilado en el corazón de su propio país, y, sin embargo, lo soportó todo con la constancia de un espíritu valiente. Aunque era muy anciano cuando fue liberado, todavía sobrevivió varios años más y llegó a la extraordinaria edad de cien años[75]. Vivió lo

suficiente para ver que sus amigos, rivales y enemigos retiraban sus cuentas pendientes con él.

Hernando Pizarro era en muchos aspectos un personaje notable. Era el mayor de los hermanos con quienes estaba emparentado tan solo por parte de padre, ya que nació dentro de un matrimonio, de honroso parentesco por ambas líneas de su casa. En sus primeros años recibió una buena educación, buena para la época. Su padre le llevó, cuando todavía era bastante joven, a Italia y allí aprendió el arte de la guerra bajo el Gran Capitán. Se sabe poco de su historia después de su regreso a España, pero cuando su hermano había comenzado su brillante carrera de descubrimiento en Perú, Hernando accedió a participar en sus aventuras.

Francisco le tenía mucho respeto, no solo por ser su hermano mayor, sino por su superior educación y su conocimiento de los asuntos. Era agudo en sus percepciones, rico en recursos y poseía gran vigor en la acción. Aunque era valiente, también era cauto, y sus consejos, cuando no estaban deformados por la pasión, eran sabios y precavidos. Pero tenía otras cualidades que contrapesaban en demasía el bien que resultaba de sus excelentes actuaciones y logros. Su ambición y avaricia eran insaciables. Era altanero incluso con sus iguales y tenía un temperamento vengativo que nada podía apaciguar. De esta manera, en lugar de ayudar a su hermano en la conquista, fue el genio malvado que arruinó su camino. Desde el primer momento generó un desprecio injustificable por Almagro, a quien contemplaba como el rival de su hermano, en lugar de lo que entonces era, su fiel socio en su fortuna. Le trató con indignidad personal y, gracias a sus intrigas en la corte, tenía medios para causarle una seria herida. Cayó en manos de Almagro y casi pagó por estos ultrajes con su vida. Hernando no iba a olvidar esto y fríamente esperó la hora de la venganza. Sin embargo, la ejecución de Almagro fue una acción muy poco diplomática, ya que una pasión malvada difícilmente puede verse retribuida con la impunidad. Hernando pensaba comprar la justicia con el oro del Perú. Había estudiado la naturaleza humana en su lado débil y malvado, y esperaba aprovecharse de ello. Afortunadamente, quedó frustrado. Tuvo, ciertamente, su venganza, pero la hora de su venganza fue la de su ruina.

El revuelto estado de Perú era tal que exigía la inmediata mediación del gobierno. Dentro de la licencia general que reinaba en esta región, los derechos de los indios y de los españoles se veía igualmente pisoteados. Sin embargo, el asunto presentaba una gran dificultad, ya que la autoridad de

Pizarro estaba firmemente establecida a lo largo del país, demasiado alejado de Castilla como para que pudiera controlarse con facilidad desde allí. Además, Pizarro no era un hombre al que fuera fácil acercarse, seguro de su propia fuerza, celoso de cualquier interferencia y con un fiero temperamento, que prendería en llamas ante la menor desconfianza del gobierno. No serviría de nada enviar una comisión para suspenderle en el ejercicio de su autoridad hasta que su conducta pudiera ser investigada, como se había hecho con Cortés y otros grandes oficiales coloniales, en cuya arraigada lealtad podía confiar la Corona. Se temía que la lealtad de Pizarro ejerciera escasa influencia sobre él como para constituirse en un poderoso freno sobre sus movimientos y no faltaban entre sus temerarios seguidores quienes, en caso extremo, estuvieran rápidamente dispuestos a pedirle que rompiera completamente su alianza y se estableciera como un gobierno independiente.

Por tanto, había que enviar a alguien que poseyera, en cierta medida, poder de control sobre él, o al menos un poder equivalente al del peligroso jefe, aunque debería actuar en forma ostensible, tan solo como subordinado suyo. La persona elegida para esta delicada misión fue el licenciado Vaca de Castro, miembro de la Real Audiencia de Valladolid. Era un juez erudito, un hombre íntegro y sabio y que, aunque no se hubiera criado en las armas, tenía tanta habilidad y tal conocimiento del carácter que le permitirían volver los recursos de otros hacia sus propios intereses.

La manera en que se ocultó su misión mostraba la turbación del gobierno. Debía aparecer ante Pizarro en calidad de juez real, consultar con él la reparación de las ofensas, especialmente las relacionadas con los desgraciados nativos, concertar medidas para prevenir futuros males y, sobre todo, descubrir de forma fidedigna el estado del país en todos sus detalles y comunicar la información a la corte de Castilla. Pero, en caso de que Pizarro muriera, debía presentar sus garantías como gobernador real y como tal exigir la obediencia de las autoridades del país. Los acontecimientos demostraron la sabiduría de prepararse para esta última contingencia[76].

Comisionado de esta manera, el licenciado abandonó su tranquila residencia de Valladolid, embarcó en Sevilla, y en el otoño de 1540, y después de un viaje tedioso a través del Atlántico, atravesó el istmo y tras encontrarse con una serie de tempestades en el Pacífico que casi enviaron su frágil embarcación al fondo del mar, un simple naufragio terminó con

ella, en el puerto norteño de Buenaventura[77]. Los asuntos del país se encontraban en tal estado que necesitaban de su presencia.

La guerra civil, que había trastornado recientemente la región, la había dejado en un estado tan inestable que la agitación continuaba mucho después de que la causa inmediata hubiera acabado. Este era el caso especialmente entre los nativos. En el violento cambio de manos de los *repartimientos*[*], los pobres indios a duras penas sabían a quién debían considerar como su señor. Las fieras luchas entre los jefes rivales les dejaban igualmente dubitativos sobre a quién ver como los gobernadores del país. Aún dudaban más sobre la autoridad de un soberano común, más allá de los mares, que rigiera sobre todos, ya que, ¿qué tipo de autoridad era que no podía llamar a la obediencia siquiera a sus propios vasallos?[78]. El inca Manco no tardó en aprovecharse de este estado de ánimo. Abandonó su oscuro refugio en las profundidades de los Andes y se estableció con un fuerte grupo de seguidores en el terreno montañoso que hay entre Cuzco y la costa. A partir de este refugio, descendía hacia las plantaciones vecinas, destrozando las casas, llevándose el ganado y masacrando a la gente. Caía sobre los viajeros, cuando estos viajaban solos o en caravanas de la costa y los mataba (esto lo cuentan sus enemigos) con crueles torturas. De vez en cuando se enviaron contra él destacamentos individuales, pero sin ningún resultado. A algunos los evitó y a otros los venció y en una ocasión redujo una partida de treinta hombres a uno solo[79].

Finalmente, Pizarro se vio en la obligación de enviar una fuerza considerable bajo las órdenes de su hermano Gonzalo contra el inca. El duro indio se enfrentó a sus enemigos en varias ocasiones en los agrestes pasos de las cordilleras. Fue vencido en casi todos los encuentros, algunas veces con graves pérdidas, que recuperaba con asombrosa facilidad, ya que siempre se las apañaba para escapar y sus seguidores eran tan fieles que a pesar de la persecución y las emboscadas encontró un refugio seguro en las secretas guaridas de la sierra.

Frustrado de esta manera, Pizarro decidió probar tentativas pacíficas. Envió a por el inca, tanto en su nombre como en el del obispo de Cuzco, a quien el príncipe peruano reverenciaba, para invitarle a comenzar negociaciones[80]. Manco accedió e indicó, como lo había hecho anteriormente con Almagro, el valle de Yucay como el lugar para realizarlo. El gobernador llegó allí en la fecha acordada, bien guardado y para

propiciar al monarca bárbaro le envió un rico presente mediante un esclavo africano. El esclavo fue interceptado en su camino por una partida de los hombres del inca, que, con o sin órdenes de su señor, le mataron cruelmente y se llevaron el botín a su campamento. Pizarro vengó este ultraje con otro aún más atroz.

Entre los prisioneros indios se encontraba una de las mujeres del inca, una bella y joven mujer, a quien se dice que se encontraba muy unido. El gobernador ordenó que fuera desnudada, atada a un árbol y, en presencia de todo el campamento, azotada con varas y después muerta con disparos de flechas. La desgraciada víctima sufrió la ejecución de la sentencia con una sorprendente entereza. No suplicó compasión, donde no iba a encontrar ninguna. Ni una queja, casi ni un gemido, salió de ella mientras le inflingían estos terribles tormentos. Los conquistadores de hierro estaban sorprendidos ante este poder de resistencia en una mujer tan delicada y expresaron su admiración, al mismo tiempo que condenaban en sus corazones la crueldad de su comandante[81]. Sin embargo, la resistencia bajo los tormentos más insoportables que la crueldad humana pueda inflingir es casi una característica universal de los indios americanos.

Pizarro se dispuso en este momento, como el medio más efectivo para terminar con estos desórdenes entre los nativos, a fundar asentamientos en el corazón del país desafecto. Estos asentamientos, que recibieron el nombre dignificador de ciudades, bien pueden considerarse como colonias militares. Las casas normalmente se construían de piedra, añadiéndoseles varias oficinas públicas y a veces una fortaleza. Se organizaba también una corporación municipal. Se invitaba a los colonos mediante la distribución de grandes extensiones de terreno en las cercanías, con un número estipulado de vasallos indios para cada uno. Los soldados se reunían posteriormente allí, a veces acompañados de sus esposas y familias, ya que las mujeres de Castilla parecen haber desdeñado los impedimentos de sexo, por el ardor de su compromiso conyugal, o tal vez de la aventura romántica. Rápidamente crecía un poblado asentamiento en la espesura, proporcionando protección al territorio circundante y un *dépôt*[*] comercial para el país, así como una fuerza armada dispuesta en cualquier momento para mantener el orden público.

Se construyó un asentamiento como este en Guamanga, a medio camino entre Cuzco y Lima, que cumplió efectivamente su propósito protegiendo las comunicaciones con la costa[82]. Se fundó otra ciudad en el distrito

minero de Charcas, con el apropiado nombre de Villa de la Plata. Y Pizarro, mientras viajaba rodeando la ruta a lo largo de las orillas del mar del sur hacia Lima, fundó allí la ciudad de Arequipa, que desde entonces ha crecido hasta obtener gran fama comercial.

Una vez más en su capital favorita de Lima, el gobernador encontró abundante ocupación atendiendo sus asuntos municipales y solucionando los problemas del gran aumento de su población. Tampoco se olvidó de los otros asentamientos del Pacífico, en ascenso. Fomentó el comercio con las colonias más remotas del norte del Perú y tomó medidas para facilitar el intercambio interno. Estimuló la industria en todas sus facetas, prestando especial atención a la agricultura e importando semillas de diferentes granos europeos, que tuvo la satisfacción de ver en poco tiempo prosperando de forma exuberante en un país donde la variedad del terreno y el clima proporcionaban acomodo para casi cualquier producto[83]. Por encima de todo promovió el trabajo de las minas, que ya había empezado a rendir tan grandes beneficios que los artículos más comunes de la vida diaria subieron a precios desorbitados, mientras que los metales preciosos en sí mismos parecían las únicas cosas de poco valor. Pero pronto cambiaban de manos y se abrían camino hacia la madre patria, donde alcanzaban su verdadero valor al mezclarse con las divisas de Europa. Los españoles descubrieron que finalmente habían llegado a la tierra que habían estado buscando tanto tiempo, la tierra del oro y la plata. Llegaron al país emigrantes en grandes cantidades y extendiéndose por su superficie conformaron una población en aumento, la barrera más efectiva contra los legítimos propietarios de la tierra[84].

Pizarro, reforzado por la llegada de nuevos aventureros, volvió su atención hacia las partes más remotas del país. Pedro de Valdivia fue enviado a su memorable expedición de Chile y a su propio hermano Gonzalo le asignó el territorio de Quito, con instrucciones de explorar el país desconocido al este, donde, según se decía, crecía la canela. Dado que este jefe, que hasta este punto había venido actuando como un personaje secundario en la conquista, participará a partir de ahora de manera destacada, bien podemos ofrecer en este momento alguna información sobre él.

Poco se sabe de sus primeros pasos, ya que surgió del mismo origen oscuro que Francisco y parece haber tenido tan poco que agradecer como su hermano mayor al cuidado de sus padres. Entró pronto en la carrera de

soldado, una carrera a la que cualquier hombre en esa época de hierro, tanto caballero como vagabundo, parece estar naturalmente inclinado, de dejarse a su albedrío. Aquí pronto se distinguió por su habilidad en los ejercicios marciales, era un excelente jinete y cuando llegó al Nuevo Mundo se le tenía por la mejor lanza de Perú[85].

En talento y en la amplitud de sus miras, era inferior a sus hermanos. Tampoco desplegó la misma política fría e ingeniosa, pero era igualmente valiente, y en la puesta en práctica de sus medidas, casi tan poco escrupuloso como ellos. Era bien parecido, con rasgos abiertos y atractivos, un trato libre y soldadesco y un temperamento confiado con el que se ganaba a sus seguidores. De espíritu animoso y aventurero, podía inspirar en otros ese mismo espíritu, lo que era igualmente importante, y de esta manera asegurarse el éxito de sus empresas. Era un excelente capitán de la guerra de guerrillas, un admirable líder en expediciones dudosas y difíciles, pero no tenía capacidad para ser un gran jefe militar, y menos aún para ser un gobernador civil. Su desgracia fue el ser llamado a cubrir ambas situaciones.

Notas al pie

[56] «I dixo, que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria, que su Padre fuese muerto.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 6, cap. 3.

[57] «Que lo haria asi como lo decia, i que su deseo no era otro, sino ver el Reino en paz; i que en lo que tocaba al Adelantado, perdiese cuidado, que volvería à tener el antigua amistad con el.» *Ibid.,* dec. 6, lib. 4, cap. 9.

[58] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

Incluso derramó muchas lágrimas, según Herrera, quien evidentemente les da poco crédito. *Ibid.,* dec. 6, lib. 6, cap. 7.–Conf. lib. 5, cap. I.

[59] «Respondió que hiciese de manera, que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos» (*Ibid.,* dec. 6, lib. 6, cap. 7). «De todo esto», dice Espinall, «fue sabidor el dicho Gobernador Pizarro á lo que mi juicio i el de otros que en ello quisieron mirar alcanzo». *Carta de Espinall*, manuscrito.

[60] *Ibid.,* dec. 6, lib. 5, cap. I.

El testimonio de Herrera está muy cerca de ser el de un coetáneo, ya que proviene, según nos dice, de la correspondencia de los conquistadores y las versiones que le dieron sus propios hijos. Lib. 6, cap. 7.

[61] *Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.

[62] «En este medio tiempo vino á la dicha cibdad del Cuzco el Gobernador D. Franco Pizarro, el qual entro con trompetas i chirimías vestido con ropa de martas que fue el luto con que entro.» *Carta de Espinall*, manuscrito.

[63] *Carta de Espinall*, manuscrito.

«Mui ásperamente le respondió el Gobernador, diciendo que su Gobernación no tenia Termino, i que llegaba hasta Flandes.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 6, cap. 7.

[64] «Avia querido hazer amigos de los principales de Chile, y ofrecidoles daria repartimientos y no lo avian aceptado ni querido.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[65] «Viéndolas oy en dia, muertos de ambre, fechos pedazos e adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante gentes, porque no tienen otra cosa que vestir sino ropa de los Indios, ni dineros con que lo comprar.» *Carta de Espinall*, manuscrito.

[*] En español en el original.

[66] «Con la quietud», escribe Hernando Pizarro al emperador, «questa tierra agora tiene han descubierto i descubren cada dia los vecinos muchas minas ricas de oro i plata, de que los quintos i rentas reales de V. M. cada dia se le ofrecen i hacer casa á todo el Mundo». *Carta al Emperador*, manuscrito, de Puerto Viejo, 6 de julio, 1539.

[67] *Carta de Carvajal al Emperador*, manuscrito, del Cuzco, 3 de noviembre de 1539.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1539.

La historia de cómo un indio descubrió las minas de Potosí al arrancar un arbusto del suelo y descubrir que se habían pegado algunas pepitas de plata a sus raíces, es bien conocida. La mina no fue registrada hasta 1545. El relato lo ofrece Acosta, lib. 4, cap. 6.

[68] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 6, cap. 10.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 3, cap. 12.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 142.

«No consienta vuestra señoria que se junten diez juntos en cinquenta leguas alrededor de adonde vuestra señoria estuviere, porque si los dexa juntar le an de matar. Si á Vuestra Señoría matan , yo negociare mal y de vuestra señoria no quedara memoria. Estas palabras dixo Hernando Piçarro altas que todos le oymos. Y abraçando al marquez partio y se fue.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[69] *Carta de Hernando Pizarro al Emperador*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 6, cap. 10.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1539.

[70] Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.

[71] «Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego de Alvarado, que sucedió luego en cinco dias, no sin sospecha de veneno.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, cap. 9.

[72] Quintana ha establecido esta fecha a partir de un procedimiento legal instituido por el nieto de Hernando, reivindicando el título de marqués en el año de 1625.

[73] Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres* p. 341.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1539.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 142.

[74] Caro de Torres ofrece una *cédula* real relacionada con la explotación de las minas de plata de Porco, que todavía poseía Hernando Pizarro en 1555, y otro documento prácticamente de la misma fecha, notificando la recepción de diez mil ducados por la flota desde Perú (*Historia de las Órdenes Militares,* Madrid, 1629, p. 144). El nieto de Hernando fue nombrado por Felipe IV marqués de la Conquista, con una liberal pensión del gobierno. Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, p. 342, y *Discurso*, p. 72.

[75] «Multos da, Júpiter, annos»;

¡El mayor don que puede conceder el cielo, en opinión de Pizarro y Orellana! «Diole Dios, por todo, el premio mayor desta vida, pues fue tan larga, que excedio de cien años» (*Varones Ilustres*, p. 342). Según esta misma autoridad, un tanto parcial, Hernando murió como había vivido, en ¡olor de santidad! «Viviendo aprender a morir, y saber morir, quando llegò la muerte.»

[76] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 146.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, cap. 9.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1540.

Este último escritor ve algo parecido a un «misterio divino» en esta previsión del gobierno, apoyado de forma tan especial por los acontecimientos. «Prevención del gran espíritu del Rey, no sin misterio.» *Ubi supra.*

77 O, como debería ser llamado en realidad el puerto, *Mala Ventura*, como Pedro Pizarro recalca haciendo un juego de palabras. «Tuvo tan mal viaje en la mar que vbo de desembarcar en la Buena Ventura, aunque yo la llamo Mala.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

* En español en el original.

78 «Piensan que les mienten los que aca les dicen que ai un gran Señor en Castilla, viendo que aca pelean unos capitanes contra otros, y piensan que no ai otro Rei sino aquel que venze al otro, porque aca entrellos no se acostumbra que un capitan pelee contra otro, estando entrambos debaxo de un Señor.» *Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.

79 Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 6, cap. 7.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Espinall*, manuscrito.– *Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.

80 El inca declinó la entrevista con el obispo, alegando que había visto que este le rendía tributo a Pizarro, quitándose su sombrero ante él. Esto demostraba su inferioridad frente a Pizarro, dijo, y que nunca podría protegerle contra el gobernador. El pasaje en que se relata es curioso: «Preguntando a indios del inca que anda alzado que si sabe el inca que yo soi venido á la tierra en nombre S. M. para defendellos, dixo que mui bien lo sabia; y preguntado que porque no se benia á mi de paz, dixo el indio que dezia el inca que porque yo quando vine hize la mocha al gobernador, que quiere decir que le quité el Bonete; que no queria venir á mi de paz, que él que no havia de venir de paz sino á uno que viniese de castilla que no hiziese la mocha al gobernador, porque le paresze á él que este lo podrá defender por lo que ha hecho y no otro.» *Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.

81 Al menos, podemos presumir que lo hicieron, ya que abiertamente le condenaron en las versiones del hecho. Cito a Pedro Pizarro, no muy dispuesto a juzgar la conducta de su general con demasiada severidad. «Se tomo una muger de mango ingá que le queria mucho y se guardo, creyendo que por ella saldria de paz. Esta muger mando matar al marquez después en Yncay, haziendola varear con varas y flechar con flechas por una burla que mango ingá le hizo que aqui contare, y entiendo yo que por esta crueldad y otra hermana del ingá que mando matar en Lima quando los indios pusieron cerco sobrella que se llamava Açarpay me paresce á mi que nuestro señor le castigo en el fin que tuvo.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

* «almacén» en francés en el original.

82 Cieza de León señala la belleza poco común y la solidez de los edificios de Guamanga. «La qual han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Peru, todas de piedra, ladrillo, y

teja, con grandes torres; de manera que no falta aposentos. La plaça esta llana y bien grande.» *Crónica del Perú*, cap. 87.

83 «I con que ià començaba à haver en aquellas Tierras cosecha de Trigo, Cevada, i otras muchas cosas de Castilla.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 2.

84 *Carta de Carvajal al Emperador*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1539 y 1541.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 7, cap. I.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 76 *et alibi.*

85 El caballero Pizarro y Orellana ha ofrecido las notas biográficas de cada uno de los hermanos. No hace falta magia para detectar que la sangre de los Pizarro corría por las venas del escritor hasta la punta de sus dedos. Sin embargo, sus hechos son menos sospechosos que sus deducciones.

Capítulo IV

La expedición de Gonzalo Pizarro. Paso a través de las montañas. Descubre Napo. Increíbles sufrimientos. Orellana navega Amazonas abajo. Desesperación de los españoles. Los supervivientes llegan a Quito. 1540-1542

Gonzalo Pizarro recibió las noticias de su nombramiento como gobernador de Quito sin disimular su placer, no tanto por la posesión de esta antigua provincia india que se le otorgaba como por el campo que le abría para el descubrimiento hacia el este, la tierra de leyenda de las especies orientales que había cautivado la imaginación de los conquistadores durante tanto tiempo. Se retiró sin demora a su gobierno y no encontró ninguna dificultad en despertar un entusiasmo parecido al suyo en el pecho de sus seguidores. En poco tiempo reunió trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios. Ciento cincuenta de su compañía iban a caballo y todos estaban equipados perfectamente para la empresa. Se precavió contra el hambre, además, con una gran reserva de provisiones y una inmensa piara de cerdos que seguía a la retaguardia[86].

Eran ya comienzos de 1540 cuando partió para esta célebre expedición. La primera parte del viaje se realizó, relativamente, con pocas dificultades, mientras que los españoles estaban todavía en la tierra de los incas, ya que los conflictos de Perú todavía no se habían hecho sentir en esta distante

provincia donde la gente sencilla todavía vivía como bajo el primitivo dominio de los Hijos del Sol. Pero el escenario cambió cuando entraron en el territorio de Quixos, donde el carácter de los habitantes, así como el clima, parecían ser bastante distintos. El territorio estaba atravesado por las elevadas cimas de los Andes y los aventureros pronto se vieron enredados en sus profundos e intrincados pasos. A medida que ascendían a regiones más elevadas, los vientos helados que barren las laderas de las cordilleras entumecieron sus miembros y muchos de los nativos encontraron una invernal sepultura en este territorio salvaje. Mientras cruzaban esta formidable barrera, experimentaron uno de esos tremendos terremotos que, en estas regiones volcánicas, agitan tan a menudo las montañas hasta sus cimientos. Los terribles espasmos de la naturaleza abrieron la tierra en un punto, al tiempo que surgían vapores sulfurosos de la cavidad y una aldea de varios cientos de casas ¡se precipitó en el terrible abismo![87].

Al descender la ladera oriental, el clima cambió y a medida que llegaban a un nivel más bajo un calor sofocante sustituyó a los fieros vientos, al mismo tiempo que tempestades de truenos y rayos, lanzándose por los desfiladeros de la sierra, se vertieron sobre sus cabezas prácticamente sin interrupción día y noche, como si las ofendidas deidades del lugar quisieran vengarse de los invasores de sus soledades montañosas. Durante más de seis semanas continuó el diluvio sin remitir, y los desesperados vagabundos, mojados y cansados de los incesantes esfuerzos, eran prácticamente incapaces de arrastrar sus miembros por el terreno irregular y saturado de humedad. Después de varios meses de trabajoso viaje, en los que tuvieron que cruzar más de una ciénaga y arroyos de montaña, finalmente alcanzaron *Canelas*[*], la tierra de la canela. Contemplaron los árboles que producen tan preciosa corteza, extendiéndose en extensos bosques; sin embargo, por muy preciado que hubiera podido ser como artículo de comercio en una situación más accesible, en estas remotas regiones era de poco valor para ellos. Pero, por las tribus errantes de salvajes con quienes se encontraron de vez en cuando en su camino, supieron que a diez días de distancia había una tierra rica y fructífera en la que abundaba el oro y que estaba habitada por una populosa nación. Gonzalo Pizarro había ya alcanzado los límites que en un principio se proponía la expedición. Pero esta información renovó sus esperanzas y decidió seguir adelante con la expedición. Hubiera sido bueno para él y sus seguidores haberse contentado con volver sobre sus pasos.

Continuando la marcha, el país se esparcía en amplias sabanas que terminaban en bosques y que, a medida que se acercaban, parecían extenderse por todas partes hasta el mismo límite del horizonte. Aquí contemplaron árboles de esa increíble altura que tan solo se ven en las regiones ecuatoriales. Algunos eran tan grandes que ¡dieciséis hombres difícilmente podían rodearlos con los brazos extendidos![88]. Los árboles estaban espesamente cubiertos de enredaderas y vides parasitarias, que colgaban en festones de alegres colores de árbol en árbol, vistiéndoles de ropajes, bellos a la vista, pero que formaban una maraña impenetrable. A cada paso se veían obligados a abrirse camino segando con las hachas, al mismo tiempo que sus ropas, empapadas por las lluvias a las que se habían visto expuestos, se enredaban en cada arbusto y en cada zarza, y quedaban colgando sobre ellos hechas jirones[89]. Sus provisiones, echadas a perder por el clima, hacía tiempo que escaseaban y el ganado vivo que habían traído con ellos bien había sido consumido o bien había escapado por los bosques y los pasos de montaña. Partieron con casi mil perros, muchos de ellos de una raza fiera que se utilizaba para cazar a los desgraciados nativos. En estos momentos, los sacrificaron con gusto, pero sus miserables cadáveres proporcionaban un escaso banquete para los hambrientos viajeros y cuando se terminaron tan solo quedaban las hierbas y las peligrosas raíces que pudieran recoger en el bosque[90].

Finalmente, la compañía, agotada por el viaje, llegó a una ancha extensión de agua formada por el Napo, uno de los grandes afluentes del Amazonas y que, aunque tan solo es el tercer o el cuarto río en América, pasaría por uno de primera magnitud en el Viejo Mundo. Esta visión alegró sus corazones, ya que bordeando las orillas esperaban encontrar una ruta más segura y practicable. Tras recorrer sus lindes espesamente cubiertas de matorrales, que pusieron a prueba hasta el límite sus fuerzas, durante una distancia considerable, Gonzalo y su grupo escucharon un retumbo, que sonaba como un trueno subterráneo. El río se lanzaba con furia, caía en rápidos con una temible velocidad y les llevó hasta el límite de una magnífica catarata que para sus asombradas imaginaciones se lanzaba en un único chorro de espuma ¡hasta la profundidad de mil doscientos pies![91]. Los terribles sonidos que escucharon a la distancia de seis leguas se hicieron más opresivos para sus espíritus con la sombría quietud de los bosques circundantes. Los rudos guerreros quedaron invadidos de sentimientos de sobrecogimiento. Ni una barca hollaba las aguas. No se podía ver ningún

ser vivo aparte de los salvajes habitantes de los bosques, la pesada boa y el repugnante caimán tomando el sol en las orillas del arroyo. Los árboles ascendiendo con magnificencia hacia los cielos, el río deslizándose sobre su lecho rocoso como lo había hecho durante siglos, la soledad y el silencio de la escena, roto tan solo por el ronco caer de las aguas o el leve murmullo de los árboles, todo parecía extenderse a su alrededor en el mismo estado salvaje y primitivo que cuando había sido creado por las manos del Creador.

En un espacio por encima y por debajo de las cataratas, el lecho del río se estrechaba de tal manera que su anchura no pasaba de veinte pies. Fuertemente acuciados por el hambre, los aventureros decidieron cruzar a cualquier precio al otro lado con la esperanza de encontrar un terreno que pudiera proporcionarles sustento. Se construyó un endeble puente lanzando los inmensos troncos de los árboles sobre el abismo, donde los acantilados, como partidos por la mitad por alguna convulsión de la naturaleza, descendían a pique en vertical por espacio de varios cientos de pies. Por este camino aéreo los hombres y los caballos consiguieron pasar al otro lado con la pérdida de un solo español, que, mareándose al mirar hacia abajo de forma irresponsable, perdió el equilibrio y cayó sobre las olas que rugían a sus pies.

Sin embargo, ganaron poco con el cambio. La región tenía el mismo aspecto poco prometedor y las orillas del río estaban espesamente cubiertas de árboles gigantescos o bordeadas por una espesura impenetrable. Las tribus de indios, con los que se encontraban de vez en cuando en la espesura sin caminos, eran fieras y poco amistosas y se enzarzaban continuamente en reyertas con ellos. De ellos supieron que río abajo se podía encontrar un fructífero país a una distancia de tan solo unos días de marcha, y los españoles continuaron su agotador viaje, confiando aún y todavía engañados, a medida que la tierra prometida se desvanecía ante sus ojos como un arco iris que se retiraba según iban avanzando.

Finalmente, agotado por los esfuerzos y los sufrimientos, Gonzalo decidió construir un barco lo suficientemente grande como para transportar la parte más débil de su compañía y el equipaje. Los bosques le proporcionaron la madera, las herraduras de los caballos que habían muerto en el camino o habían sido sacrificados para comer se convirtieron en clavos, el caucho sacado de los árboles tomó el lugar de la brea y las ropas hechas jirones de los soldados proporcionaron un sustituto de la estopa. Fue un trabajo difícil, pero Gonzalo animó a sus hombres en la tarea y dio

ejemplo participando en sus esfuerzos. Después de dos meses habían terminado un bergantín, ensamblado de forma rudimentaria, pero fuerte y con carga suficiente como para llevar a la mitad de la compañía, el primer navío europeo que surcó nunca sobre estas aguas interiores.

Gonzalo le dio el mando a Francisco de Orellana, un caballero de Trujillo en cuyo coraje y lealtad pensaba que podía confiar. Después las tropas avanzaron siguiendo de nuevo el curso descendiente del río, mientras que el bergantín se mantenía al lado y cuando un promontorio grande u otra parte de terreno impracticable se interponía, proporcionaba una ayuda muy oportuna para transportar a los soldados más débiles. De esta manera viajaron durante varias duras semanas, a través de la lóbrega espesura de las orillas del Napo. Ya se había consumido hasta la última miga de las provisiones y el último de sus caballos había sido ya devorado. Para apaciguar las punzadas del hambre se alegraron de poder comerse el cuero de sus sillas y cinturones. Los bosques les proporcionaban un escaso sustento y se lanzaron con ansiedad sobre sapos, serpientes y cualquier otro reptil que pudieron encontrar ocasionalmente[92].

Les hablaron de un rico distrito, habitado por un pueblo populoso, donde el Napo vertía sobre un río aún mayor que fluía hacia el este. Como de costumbre, estaba a bastantes días de distancia y Gonzalo Pizarro decidió detenerse donde estaba y enviar a Orellana río abajo con el bergantín hasta la confluencia de las aguas para conseguir provisiones con las que pudieran regresar y ponerse en condiciones para reanudar el viaje. Este caballero, por tanto, tomando consigo cincuenta de los aventureros, siguió avanzando por el centro del río, donde la corriente corría con rapidez y su barca arrastrada por las aguas se lanzó hacia adelante con la velocidad de una flecha perdiéndose pronto de vista.

Pasaron días y semanas y el navío no regresaba, sobre las aguas no se podía ver ni una mota, por mucho que los españoles aguzaran la vista hacia el horizonte, allí donde la línea de la luz se desvanecía entre las oscuras sombras del follaje en las orillas. Se enviaron destacamentos y aunque estuvieron fuera varios días regresaron sin noticias de sus camaradas. Incapaces de aguantar por más tiempo esta incertidumbre o quizá incapaces de quedarse más en su actual campamento, Gonzalo y sus hambrientos seguidores decidieron en ese momento seguir adelante hasta la unión de los ríos. Pasaron dos meses antes de que, aquellos que no perecieron en el camino, completaran este terrible viaje, aunque probablemente la distancia

no pasaba de las doscientas leguas, y finalmente llegaron al lugar que tanto deseaban, donde el Napo vierte sus aguas en el Amazonas; ese impresionante río que alimentado por miles de afluentes se desliza hacia el océano durante cientos de millas, a través del corazón del gran continente, el más majestuoso de los ríos americanos.

Pero los españoles no consiguieron recabar ninguna noticia de Orellana, al tiempo que la región, aunque más poblada que la que habían abandonado, era igualmente de aspecto poco atractivo y estaba ocupada por una raza aún más feroz. En este momento abandonaron la esperanza de encontrar a sus camaradas, a quienes supusieron muertos miserablemente por el hambre o a manos de los nativos. Pero sus dudas finalmente quedaron disipadas con la aparición de un hombre blanco vagabundeando medio desnudo por la selva, en cuyo rostro desfigurado por el hambre reconocieron los rasgos de uno de sus compatriotas. Se trataba de Sánchez de Vargas, un caballero de buena ascendencia y muy estimado en el ejército. Tenía un deprimente relato que contar.

Orellana, arrastrado rápidamente por la corriente del Napo, había llegado al punto en el que confluye con el Amazonas en menos de tres días, realizando en este breve período lo que a Pizarro y su compañía les había llevado dos meses. Había visto que el país en esta parte era diferente de lo que se había imaginado, y lejos de encontrar provisiones para sus compatriotas, difícilmente pudo encontrar sustento para sí mismo. Tampoco podía regresar como había venido y enfrentarse a la corriente del río, mientras que el intento de regresar por tierra era una alternativa igualmente formidable. En este dilema se le cruzó una idea por la mente. Se trataba de lanzar su barco inmediatamente al centro del Amazonas y descender hasta su desembocadura. Allí visitaría a las ricas y pobladas naciones que, como decían los informes, se alineaban en sus orillas, navegaría por el gran océano, cruzaría las islas vecinas y regresaría a España para reclamar la gloria y el mérito del descubrimiento. La sugerencia fue aceptada por sus temerarios compañeros con entusiasmo, dando la bienvenida a cualquier acción que les sacara de su desdichada situación y encendidos ante la perspectiva de una nueva y vibrante aventura, ya que el amor a la aventura era el último sentimiento que se apagaba en el pecho del caballero castellano. ¡Poco se preocuparon de sus desgraciados camaradas a quienes abandonaban en la espesura![93].

Este no es el lugar para rememorar las circunstancias de la extraordinaria expedición de Orellana. Tuvo éxito en su empresa. Pero es increíble que no naufragara en la peligrosa y desconocida navegación de ese río. Muchas veces su navío quedó prácticamente convertido en astillas contra sus rocas y en los furiosos rápidos[94], y todavía se encontró en mayor peligro con las tribus guerreras de las orillas, que caían sobre su pequeña tropa allí donde intentar desembarcar y seguían su estela en canoas durante millas. Orellana finalmente salió del gran río y una vez en la mar llegó a la isla de Cubaga, y de ahí pasó a España, se dirigió a la corte y relató las circunstancias de su viaje, de las naciones del Amazonas que había encontrado en las orillas del gran río, de El Dorado que los informes le aseguraban que existía en la vecindad y de otras maravillas, la exageración más que la invención de una imaginación crédula. Su audiencia escuchó con oídos predispuestos los cuentos del viajero y en una época de maravillas, donde los misterios del este y del oeste salían cada hora a la luz, bien pueden ser excusados por no distinguir la línea verdadera entre la novela y la realidad[95].

No encontró ninguna dificultad en obtener una comisión para conquistar y colonizar los reinos que había descubierto. Pronto se vio a sí mismo a la cabeza de una expedición de quinientos descubridores, preparados para compartir los peligros y los beneficios de su expedición. Pero ni él ni su país estaba destinado a obtener estos beneficios. Murió en el viaje de ida y las tierras bañadas por el Amazonas cayeron dentro de los territorios de Portugal. El desafortunado navegante ni siquiera disfrutó del honor único de dar su nombre a las aguas que había descubierto. Disfrutó tan solo de una gloria estéril del descubrimiento, que ciertamente no queda compensado por las circunstancias injustas en las que lo consiguió[96].

Uno de los miembros del grupo de Orellana mantuvo una terca oposición ante estos hechos, tan repugnantes tanto para la humanidad como para el honor. Se trataba de Sánchez de Vargas, y el cruel comandante se vengó de él abandonándole a su destino en la desolada región donde le encontraron sus compañeros[97].

Los españoles escucharon con horror la relación de Vargas y la sangre casi se les heló en las venas viéndose abandonados en el corazón de esta remota espesura y privados del único medio que tenían para escapar de allí. Hicieron un esfuerzo para continuar su viaje por las orillas, pero después de algunos días de duro trabajo la fuerza y los ánimos fallaron y ¡se abandonaron desesperados!

Es en este momento cuando las cualidades de Gonzalo Pizarro, como hábil caudillo en la hora del desaliento y del peligro, brillaron con fuerza. Seguir avanzando no tenía sentido. Quedarse donde estaban sin comida o vestido, sin defensa contra los fieros animales de los bosques y los aún más fieros nativos era imposible. Tan solo quedaba una salida, regresar a Quito. Pero esto traía consigo el recuerdo del pasado, de sufrimientos que podían calcular muy bien, difícilmente soportables siquiera en la imaginación. Se encontraban por lo menos a cuatrocientas leguas de Quito y había pasado más de un año desde que habían partido en su doloroso peregrinaje. ¡Cómo podían volver a enfrentarse con estos peligros![98].

Sin embargo, no había alternativa. Gonzalo intentó infundir confianza en sus seguidores, explayándose sobre la imbatible perseverancia que hasta ahora habían desplegado, implorándoles que se mostraran dignos del nombre de castellanos. Les recordó la gloria que adquirirían para siempre con su heroico logro cuando regresaran a su propio país. Él les guiaría, dijo, por otra ruta y seguro que encontraban algún lugar con esas regiones tan abundantes de las que habían oído hablar tan a menudo. Ya era algo, al menos, que cada paso les llevara más cerca de casa y como, en cualquier caso, era la única esperanza que les quedaba ahora, debían enfrentarse a ella como hombres. El ánimo sostendría al cuerpo y las dificultades enfrentadas con el ánimo adecuado ¡ya estaban superadas en la mitad!

Los soldados escucharon con entusiasmo sus palabras de promesa y de ánimo. La confianza de su líder dio vida a los desanimados. Sintieron la fuerza de su razonamiento y, a medida que daban crédito a sus promesas, el orgullo del viejo honor castellano revivió en sus pechos y todos se impregnaron en alguna medida de ese generoso entusiasmo de su comandante. Ciertamente tenía derecho a su entrega. Desde el primer momento de la expedición, había compartido generosamente su parte de privaciones. Lejos de reclamar las ventajas de su posición, había compartido el destino del soldado más pobre, atendiendo las necesidades de los enfermos, animando a los ánimos alicaídos, compartiendo su escaso sustento con los hambrientos soldados, soportando su parte de trabajo y carga en la marcha, mostrándose siempre como un fiel camarada, además de su capitán. Descubrió el beneficio de esta conducta en un momento de prueba como el que enfrentaban en este momento.

Ahorraré al lector la recapitulación de los sufrimientos que soportaron los españoles en su marcha de retorno hasta Quito. Tomaron una ruta más al

norte que aquella por la que se habían acercado al Amazonas y, si bien la realizaron con menos dificultades, experimentaron aún más penurias por su mayor incapacidad para superarlas. Su único alimento era la escasa comida que pudieran recolectar de los árboles o que tuvieran la suerte de encontrar en algunos de los desolados asentamientos indios o que pudieran arrancar con violencia de los nativos. Algunos enfermaron y se hundieron por el camino, ya que no había ayuda para ellos. La intensa miseria les había hecho egoístas y más de un pobre desdichado fue abandonado a su suerte, para morir solo en la espesura o más probablemente para ser devorado aún vivo por los animales salvajes que deambulaban por ahí.

Finalmente, en junio de 1542, después de que hubiera pasado algo más de un año en su camino de regreso, la derrotada compañía llegó a las elevadas llanuras cercanas a Quito. Pero, ¡qué diferente era su aspecto del que mostraban al salir de las puertas de la misma capital, dos años y medio antes, con grandes esperanzas románticas y con todo el orgullo de una formación militar! Sus caballos desaparecidos, sus armas rotas y oxidadas, con pieles de animales salvajes en lugar de ropas colgando de los hombros, sus caras quemadas y ennegrecidas por el sol tropical, sus cuerpos devastados por el hambre y profundamente desfigurados por las cicatrices. A medida que con paso vacilante se deslizaban lentamente como una tropa de lúgubres espectros, parecía como si el osario hubiera devuelto sus muertos. Más de la mitad de los cuatro mil indios que habían acompañado a la expedición habían perecido y de los españoles solo ocho, y muchos de ellos físicamente destrozados de manera irreparable, regresaron a Quito[99].

Los pocos habitantes cristianos del lugar, con sus mujeres y sus hijos, salieron a dar la bienvenida a sus compatriotas. Les dieron todo el cuidado y el alivio que estaba en sus manos y a medida que escuchaban la triste relación de sus sufrimientos mezclaron sus lágrimas con las de los vagabundos. Toda la compañía entró después en la capital, donde su primer acto (lo cual merece todo el mérito) fue ir como una sola persona a la iglesia a dar gracias al altísimo por su milagrosa salvación a través de su largo y peligroso peregrinaje[100]. Tal fue el final de la expedición al Amazonas, una expedición que por sus peligros y esfuerzos, su duración y la perseverancia con que los soportaron, probablemente haya quedado sin parangón en los anales del descubrimiento de América.

Notas al pie

[86] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, caps. 6-7.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 2.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, caps. 1-2.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.–Montesinos, *Annales*, año 1539.

Los historiadores varían en cuanto al número de las fuerzas de Gonzalo, los hombres, los caballos y los cerdos. Estos últimos, según Herrera, ascendían a no menos de 5.000, una buena provisión de tocino para una tropa tan pequeña, ya que los indios, sin duda, sobrevivían de maíz tostado, *coca*, que normalmente constituía su único sustento en los viajes más largos.

[87] Zárate calcula con precisión el número en quinientas casas. «Sobrevino vn tan gran terremoto, con temblor, i tempestad de Agua, i Relampagos, i Raios, i grandes Truenos, que abriendose la Tierra por muchas partes, se hundieron quinientas Casas» (*Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 2). No hay nada tan satisfactorio para la mente del lector como las cifras precisas y nada que merezca menos su confianza.

[*] En español en el original.

[88] Esto sería, suponiendo seis pies para los brazos extendidos de un hombre, unos noventa pies de circunferencia o treinta y dos pies de diámetro, más grandes probablemente que el mayor árbol conocido en Europa. Sin embargo, se queda corto ante el famoso gigante de los bosques que M. de Humboldt decía que todavía florecía en Oaxaca, que, según la medición exacta de un viajero en 1839, resultó tener ciento doce pies de circunferencia a la altura de cuatro pies del suelo. Esta altura puede corresponderse con la de la medición que hicieron los españoles. Véase un curioso y erudito artículo sobre árboles del bosque en el n.º 124 de la *North American Review* .

[89] El dramaturgo Molina, en su obra *Las Amazonas de las Indias*, ha dedicado unas doce columnas en *redondillas* al relato de los sufrimientos de sus compatriotas en la Amazonía. El poeta confiaba plenamente en la paciencia de su audiencia. Los siguientes versos describen la condición miserable a la que se vieron reducidos los españoles con las incesantes lluvias.

«Sin que el Sol en este tiempo
Su cara vèr nos permita,
Ni las nubes taberneras
Cessen de echamos encima
Dilubios inagotables,
Que hasta el alma nos bautizan .
Cayeron los mas enfermos,
Porque las ropas podridas
Con el eterno agua và,
Nos dexò en las carnes vivas.»

90 *Capitulacion con Orellana*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 2.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, caps. 6-7.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 2.

Este último escritor obtuvo su información, según nos dice, de varios de los que estuvieron presentes en la expedición. El lector puede estar seguro de que no ha perdido nada al pasar por sus manos.

91 «Al cabo de este largo camino hallaron que el rio hazia vn salto de una peña de mas de dozientas braças de alto: que hazia tan gran ruydo, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegassen a el» (Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 3). No encuentro nada para confirmar o refutar el relato de esta increíble catarata en viajeros posteriores, no muy numerosos por estas salvajes regiones. La supuesta altura de la catarata, dos veces la de la gran catarata del Tequendama en el Bogotá, tal y como la midió Humboldt, que generalmente se tiene como la más alta en América, no es tan grande como algunas de las cascadas que se lanzan por los precipicios de Suiza. Sin embargo, no se puede confiar con seguridad en las estimaciones de los españoles, quienes en el sombrío estado en el que se encontraban sus ánimos, probablemente estaban muy dispuestos a fuertes impresiones de lo sublime y lo terrible.

92 «Yeruas y rayzes, y fruta silvestre, sapos, y culebras, y otras malas sauandijas, si las auia por aquellas montañas que todo les hazia buen estomago a los Españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 4.– *Capitulación de Orellana*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, cap. 7.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, caps. 3-4.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.

93 Esta afirmación de Vargas fue confirmada por Orellana, según parece por el lenguaje de la concesión real que se le dio a este caballero a su regreso a Castilla. El documento se ha conservado completo en la colección de manuscritos de Muñoz.

«Haviendo vos ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuisteis metidos por el dicho rio mas de 200 leguas donde no pudisteis dar la buelta é por esta necesidad é por la mucha noticia que tuvistes de la grandeza é riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro, sin interes ninguno por servir á S. M. Os aventurastes á saber lo que havia en aquellas provincias, é ansi descubristes é hallastes grandes poblaciones.» *Capitulación con Orellana*, manuscrito.

94 Condamine, quien en 1743 navegó Amazonas abajo, señala a menudo los peligros y los peligros en que se aventuró navegando este río, demasiado difícil, según dice, como para ser abordado sin la guía de un piloto hábil. Véase su *Relation Abregée d'un Voyage fait dans l'Interieur de l'Amériqeu Méridionale* (Maestricht, 1778).

95 No ha sido fácil delimitar la línea exacta en épocas posteriores, a la luz de los descubrimientos modernos. Condamine, después de una cuidadosa investigación, considera que hay buen fundamento

para creer en la existencia de una comunidad de mujeres armadas que vivían en las cercanías del Amazonas, aunque ahora hayan desaparecido. Sería difícil desmentir el hecho, pero aún más difícil, considerando los impedimentos de mantener una comunidad así, creerlo. *Relation Abregée d'un Voyage fait dans l'Interieur de l'Amériqeu Méridionale*, p. 99 *et seq.*

96 «Su delito es, en cierta medida, compensado por la gloria de haberse aventurado a una navegación de casi dos mil leguas, a través de naciones desconocidas, en un navío construido con precipitación, madera verde y por manos muy poco expertas, sin provisiones, brújula o siquiera un piloto» (Robertson, *America*, ed. Londres, 1796, vol. III, p. 84). El historiador de América no mantiene el equilibrio moral con una mano tan certera como de costumbre, en su juicio de la extraordinaria empresa de Orellana. Ningún éxito, por muy espléndido que sea, en el lenguaje de alguien que no era muy severo como moralista, «puede condecorar acciones malvadas o consagrar un crimen».

97 Una expedición más notable que la de Orellana fue realizada por una delicada fémina, madame Godin, quien en 1769 intentó descender el Amazonas en un bote abierto, hasta su desembocadura. Iba acompañada de siete personas, dos de ellas sus hermanos y otras dos sus criadas. El bote naufragó y madame Godin, escapando por poco a la muerte, intentó con su grupo realizar el resto del viaje a pie. Los vio perecer uno detrás de otro, de hambre, de enfermedad, hasta que se quedó sola en la inhóspita espesura. Aun así, como la lady de Milton en Comus, pudo salir sana y salva de todos estos peligros y, después de unos sufrimientos sin parangón, tras caer en manos de unos indios amistosos, fue llevada por estos hasta un asentamiento francés. Aunque era una mujer joven, no es de sorprender que los trabajos y los terrores que había soportado le dejaran el pelo blanco. Los detalles de esta extraordinaria historia aparecen en una carta de su marido a M. de la Condamine, quien los cuenta de una manera sincera, natural, que provoca nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, p. 329 *et seq.*

98 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 5.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, cap. 8.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 5.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.

No se debe esperar de estos vagabundos en la espesura ningún tipo de cálculo exacto del tiempo o la distancia, privados, como se encontraban, de los medios para realizar cualquier observación exacta de ninguno de ellos.

99 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 5.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 143.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 15.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, cap. 14.

El último historiador, al terminar su relato de la expedición, pasa a hacer un panegírico sobre el coraje y la constancia de sus compatriotas, que debemos admitir que tenían bien merecido.

«Finalmente, Gonçalo Piçarro entró en el Quito, triunfando de valor, i sufrimiento, i de la constancia, recto, é inmutable vigor del animo, pues Hombres Humanos no se hallan haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.» *Ibid., ubi supra.*

100 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 5.

Capítulo V

El bando de Almagro. Su desesperada situación. Conspiración contra Francisco Pizarro. Asesinato de Pizarro. Actos de los conspiradores. El carácter de Pizarro. 1541

Cuando Gonzalo Pizarro llegó a Quito, recibió las noticias de un hecho que demostraba que su expedición al Amazonas había sido incluso más terrible para sus intereses de lo que había imaginado. Durante su ausencia se había producido una revolución en el lugar que había cambiado toda la situación en Perú.

En el capítulo anterior vimos que cuando Hernando Pizarro regresó a España, su hermano el marqués regresó a Lima, donde continuó ocupándose de la construcción de su nueva capital y preocupándose poco del peligro que se avecinaba hora a hora sobre su camino, y esto a pesar de las repetidas advertencias de amigos más mesurados.

Tras la ejecución de Almagro, sus seguidores, que ascendían a varios cientos, quedaron desperdigados a lo largo del país, pero, por muy esparcidos que estuvieran, seguían unidos por un sentimiento común de indignación contra los Pizarro, los asesinos, como los consideraban ellos, de su líder. El objeto de tales sentimientos no era tanto el gobernador, que no había tenido una participación tan grande en los hechos, como su hermano Hernando. Bajo estas circunstancias, la política de Pizarro podía claramente tomar uno de estos dos caminos: tratar a la facción opositora bien como amigos o como enemigos declarados. Podía conciliar a los más sectarios

con actos de amabilidad, borrar el recuerdo de la antigua afrenta, si le era posible, con beneficios actuales, en pocas palabras, demostrarles que el enfrentamiento había sido con su líder, no con ellos y que era claramente beneficioso para sus intereses volver bajo su estandarte. Esto hubiera sido la actuación más diplomática, así como la más magnánima y hubiera fortalecido enormemente su poder sobre el país al aumentar el número de sus adeptos. Pero, desgraciadamente, no poseía la magnanimidad para actuar así. No estaba en la naturaleza de Pizarro olvidar una injuria ni al hombre al que había injuriado. Por tanto, como no intentó reconciliar a los hombres de Almagro, la política del gobernador fue claramente tenerlos por enemigos, que no dejaban de serlo por estar disimulados, y tomar medidas tales que les impidieran hacerle mal. Debería haber seguido el consejo de su hermano Hernando más prudente, y distribuirlos por diferentes partes, cuidándose de que no se reunieran en grandes grupos en ningún sitio, ni por encima de todo en las cercanías de su propia residencia.

Pero el gobernador despreciaba a los caídos seguidores de Almagro demasiado profundamente como para rebajarse a tomar medidas de precaución. Permitió que el hijo de su rival se quedara en Lima, donde su residencia pronto se convirtió en el centro de operaciones de los caballeros desafectos. La mayoría de los soldados de Almagro conocían bien al joven, por haberse entrenado con ellos en el campamento bajo la mirada de su padre y, ahora que su progenitor había desaparecido, pasaron de forma natural su alianza al hijo que le había sobrevivido.

Pizarro le privó, sin embargo, de gran parte de sus indios y de sus tierras, al tiempo que le excluía del gobierno de Nuevo Toledo, que le había quedado en herencia en el testamento de su padre, con el fin de que no pudiera mantener un séquito de seguidores inútiles[101]. Desprovisto de todos los medios de sustento, sin oficio ni cargo de ningún tipo, los hombres de Chile, ya que así se seguía llamando a los partidarios de Almagro, se vieron reducidos a las mayores estrecheces. Tan pobres eran, como cuenta una historia de la época, que doce caballeros que vivían en la misma casa tan solo tenían un capote para todos ellos, y con el típico sentimiento de orgullo propio del *hidalgo* pobre, no queriendo mostrar su pobreza, vestían el capote por turnos, quedándose en casa los que no tenían derecho a él[102]. Tanto si fuera verdad como si no, la anécdota ilustra bien el extremo al que se vio reducida la facción de Almagro. Y la penuria se hacía aún más mortificante por el descaro de sus enemigos, quienes, enriquecidos con sus

pérdidas, desplegaban ante sus ojos la insolente magnificencia de su séquito que pudiera herir sus sentimientos.

Hombres incitados así por el insulto y la injuria eran demasiado peligrosos para no ser tenidos en cuenta, pero a pesar de que Pizarro recibió varias insinuaciones con la intención de que se pusiera en guardia, no les prestó atención. «¡Pobres diablos!», exclamaba, hablando con lástima y desdén de los hombres de Chile, «ya han tenido suficiente mala suerte. No les molestemos más»[103]. Y les tuvo tan poco en cuenta, que se paseaba libremente, como de costumbre, cabalgando sin ayudantes a todas partes de la ciudad y de sus alrededores[104].

A la colonia llegaron las noticias del nombramiento de un juez por parte de la Corona para que investigara los asuntos de Perú. Pizarro, aunque alarmado por la noticia, dio órdenes de que se le atendiera bien a su desembarco y que se le preparara alojamiento adecuado durante la ruta. Los ánimos de los seguidores de Almagro se elevaron enormemente con estas nuevas. Tenían esperanzas en que este alto funcionario reparara sus afrentas y se eligió a dos de ellos, vestidos con trajes de luto, para que fueran al norte, donde se esperaba la llegada del juez, a presentar sus quejas ante él.

Pero pasaron meses y no llegaron noticias de su llegada, hasta que finalmente un navío, al arribar a puerto, anunció que la mayor parte de la escuadra se había ido a pique con las fuertes tormentas de la costa y que el comisionado probablemente había perecido con ellos. Estas eran noticias desoladoras para los hombres de Chile, cuyos terribles sufrimientos, para utilizar las palabras de su joven líder, «se habían hecho demasiado amargos para poder soportarlos»[105]. Los síntomas de la desafección ya habían empezado a manifestarse abiertamente. Los altivos caballeros no siempre se descubrían al encontrarse con el gobernador en la calle, y en una ocasión se encontraron tres cuerdas colgando de la horca pública, con unos carteles pegados, que llevaban los nombres de Pizarro, Velázquez el juez y Picado el secretario del gobernador[106]. Este último funcionario era especialmente odioso para Almagro y sus seguidores. Como su señor no sabía ni leer ni escribir, todas sus comunicaciones pasaban por las manos de Picado, y siendo este último de naturaleza dura y arrogante, enormemente ensoberbecido por la importancia que le otorgaba su posición, ejercía una malvada influencia sobre las medidas del gobernador. Los empobrecidos seguidores de Almagro eran objeto de sus burlas abiertas, y en esta ocasión se vengó del insulto que se le había hecho cabalgando delante de la

residencia de su joven líder, mostrando una ostentosa magnificencia en su vestido, que brillaba de oro y plata y con la inscripción «Para los hombres de Chile» escrita en su bonete. Fue una provocación estúpida, pero los pobres caballeros que eran objeto de la misma, muy sensibles por sus sufrimientos, no tuvieron la filosofía para despreciarlo[107].

Finalmente, descorazonados ante la llegada largamente retrasada de Vaca de Castro y aún más ante los recientes informes sobre su pérdida, la facción de Almagro, perdida la esperanza de compensación por parte de una autoridad legítima, decidieron tomarla en sus propias manos. Llegaron a la decisión desesperada de matar a Pizarro. El día señalado para ello fue el domingo 26 de junio de 1541. Los conspiradores, dieciocho o veinte, debían reunirse en la casa de Almagro, que se encontraba en la gran plaza junto a la catedral, y cuando el gobernador regresara de misa deberían salir y caer sobre él en la calle. Una bandera desplegada al mismo tiempo desde una ventana superior de la casa debía ser la señal para que el resto de sus camaradas se movieran en apoyo de los que estaban directamente implicados en realizar el acto[108].

Estos preparativos difícilmente podían habérsele ocultado a Almagro ya que sus propios aposentos servirían como lugar de encuentro. Sin embargo, no hay pruebas concluyentes de que participara en la conspiración[109]. Ciertamente era demasiado joven como para que desempeñara un papel dirigente en la misma. Los escritores contemporáneos le describen como prometedor de muchas buenas cualidades, aunque desgraciadamente no estuvo en una situación favorable para desarrollarlas. Era el hijo de una mujer india de Panamá, pero desde sus primeros años había seguido la turbulenta fortuna de su padre, con quien tenía mucho parecido en su naturaleza libre y generosa, así como en la violencia de sus pasiones. Su juventud e inexperiencia le descalificaban para el liderazgo en la situación confusa del momento en que se encontraba y le convertía en poco más que una marioneta en manos de otros[110].

El más destacado de sus consejeros era Juan de Herrada, o Rada, como se escribía su nombre más a menudo, un caballero de respetable familia, pero que, habiéndose alistado a temprana edad como soldado común, había ascendido poco a poco hasta los puestos más altos del ejército por su talento militar. En esta época ya era de avanzada edad, pero los fuegos de la juventud no se habían apagado en su pecho, y ardía de deseos de vengar las afrentas que habían hecho a su antiguo comandante. El apego que siempre

había sentido por el viejo Almagro parecía haberlo traspasado completamente a su hijo, y parece ser que planeó este audaz complot pensando más en él que en sí mismo y se preparó para liderar su realización.

Sin embargo, había uno entre los conspiradores que sintió las punzadas de la conciencia por el papel que estaba desempeñando y que descargó su pecho revelando todo el complot a su confesor. Este último no perdió tiempo en informar a Picado, quien informó a su vez a Pizarro. Pero, por muy extraño que parezca, causó menos impresión en la mente del gobernador que las advertencias vagas que había recibido con tanta frecuencia. «Es un invento del sacerdote», dijo, «quiere una mitra»[111]. Sin embargo, repitió la historia al juez Velázquez, quien, en lugar de ordenar que se atrapara a los conspiradores y que se tomaran las medidas oportunas para conocer la verdad de la acusación, parecía estar poseído por la misma chifladura que Pizarro, y pidió al gobernador que no tuviera ningún miedo, «ya que ningún mal le sobrevendría, mientras que la vara de la justicia», que en Castilla no era una insignia de autoridad metafórica, «estuviera en sus manos»[112]. Aun así, para evitar cualquier posibilidad de peligro, se pensó que era prudente que Pizarro se abstuviera de ir a misa el domingo y que se quedara en casa con la excusa de estar enfermo.

El día señalado, Rada y sus compañeros se encontraron en la casa de Almagro y esperaron con ansiedad el momento en que el gobernador saliera de la iglesia. Pero grande fue su consternación cuando supieron que no estaba ahí, sino que se había quedado en casa, según habían informado recientemente, por enfermedad. Con la seguridad de que sus planes habían sido descubiertos, sintieron que su ruina era inevitable y que además se produciría sin disfrutar de la triste compensación de haber dado el golpe por el que habían incurrido en ella. Enormemente confusos, algunos optaban por desbandarse, esperando que Pizarro, después de todo, no supiera nada de sus planes. Pero la mayoría optaban por llevarlo a cabo inmediatamente, atacándole en su casa. La cuestión quedó decidida de forma sumaria por uno del grupo que sentía que este último camino era la única posibilidad que tenían de salvarse. Abriendo las puertas de par en par, se lanzó llamando a sus compañeros a que «le siguieran, o proclamaría el propósito por el que se habían reunido». No se dudó más y los caballeros salieron hacia delante con Rada a la cabeza gritando según marchaban: «¡Larga vida al rey! ¡Muerte al tirano!»[113].

Era la hora del almuerzo, que en esta primitiva época de las colonias españolas se efectuaba al mediodía. Sin embargo, muchos, excitados por los gritos de los atacantes, salieron a la plaza para investigar la causa del mismo. «Van a matar al marqués», dijeron algunos fríamente; otros replicaron, «Es Picado». Nadie salió en su defensa. El poder de Pizarro no se asentaba en el corazón de las gentes.

A medida que los conspiradores cruzaban la *plaza*[*], uno del grupo dio un rodeo para evitar un charco de agua que había en su camino. «¡Qué!», exclamó Rada, «¿Tienes miedo de mojarte los pies, cuando vas a meterte hasta las rodillas en sangre?». Y ordenó al hombre que dejara la empresa y que volviera a su alojamiento. La anécdota es característica[114].

El palacio del gobernador se levantaba en el extremo opuesto de la plaza. Se entraba en él a través de dos patios. La entrada del exterior estaba protegida por una enorme puerta, capaz de resistir contra cien o más hombres. Sin embargo, estaba abierta y los atacantes, corriendo a través del patio interior, todavía gritando su terrible grito de batalla, se enfrentaron a dos sirvientes que holgazaneaban en el patio. Derribaron a uno de estos. El otro, huyendo a toda velocidad hacia la casa, gritó: «¡Socorro, socorro, los hombres de Chile vienen todos a asesinar al marqués!»

Pizarro en este momento estaba comiendo o, más probablemente, acababa de comer. Fue rodeado por un grupo de amigos, que habían pasado, según parece, después de la misa, para preguntar por su estado de salud, algunos de los cuales se habían quedado para el almuerzo. Entre estos se encontraba don Martínez de Alcántara, el medio hermano de Pizarro por parte de madre, el juez Velázquez, el obispo electo de Quito y algunos de los principales caballeros del lugar hasta un número de quince o veinte. Algunos de ellos, alarmados ante el griterío del patio de armas, abandonaron el salón y, corriendo hasta el primer descansillo de la escalera, preguntaron por la causa de los disturbios. En cuanto los gritos del sirviente les informaron de ello, se retiraron de forma precipitada a sus casas y, como no tenían intención de resistir el ataque desarmados, o al menos malamente armados, como la mayoría de ellos estaban, corrieron hasta el pasillo que dominaba los jardines, donde se dejaron caer fácilmente sin lesionarse. Velázquez, el juez, para poder usar mejor sus manos al descender, se puso la vara en la boca, cuidándose así, dice un cáustico cronista antiguo, de no faltar a su promesa de ¡que «no le sobrevendría ningún daño a Pizarro mientras la vara de la justicia estuviera en sus manos»![115].

Mientras tanto el marqués, al saber la naturaleza del tumulto, llamó a Francisco de Chaves, un oficial en el que tenía mucha confianza y que se encontraba en la habitación exterior que se abría en la escalera, para que asegurara la puerta, mientras que él y su hermano Alcántara se ponían su armadura. Si esta orden, fríamente dada, hubiera sido fríamente obedecida, los hubiera salvado a todos, ya que la entrada podía haberse defendido contra una fuerza mucho mayor, hasta que las noticias de los caballeros que habían escapado trajeran apoyo para Pizarro. Pero desgraciadamente, Chaves, desobedeciendo a su comandante, abrió a la mitad la puerta e intentó negociar con los conspiradores. Estos últimos habían llegado al comienzo de las escaleras y terminaron el debate rápidamente atravesando a Chaves y lanzando su cuerpo escaleras abajo. Por un momento los ayudantes del caballero asesinado los mantuvieron a raya, pero estos también fueron despachados rápidamente y Rada y sus compañeros, entrando en las habitaciones, las cruzaron corriendo, gritando, «¿Dónde está el marqués? ¡Muerte al tirano!».

Martínez de Alcántara, quien en la habitación adyacente ayudaba a su hermano a ponerse su cota, en cuanto vio que habían tomado la entrada de la antecámara, saltó a la puerta de la habitación y ayudado por dos jóvenes, pajes de Pizarro, y por uno de los caballeros que le atendían, intentó contener el acercamiento de los atacantes. Acto seguido se produjo una lucha desesperada. Las dos partes recibieron golpes, algunos de los cuales resultaron fatales y dos de los conspiradores fueron asesinados, mientras que Alcántara y sus valientes compañeros fueron heridos repetidas veces.

Finalmente, Pizarro, incapaz con la prisa del momento de ajustarse las cinchas de su coraza, la arrojó y envolviéndose un brazo en el capote cogió la espada con el otro y saltó en ayuda de su hermano. Era demasiado tarde, Alcántara ya se estaba tambaleando ante sus atacantes bajo la pérdida de sangre y pronto cayó al suelo. Pizarro se lanzó contra los invasores como un león salido de su guarida y repartió sus golpes con gran rapidez y fuerza, como si la edad no tuviera poder para anquilosar sus miembros. «¡Qué!», gritó, «¿habéis venido a matarme en mi propia casa?». Los conspiradores se retiraron por un momento, al tiempo que dos de ellos caían bajo la espada de Pizarro, pero se reagruparon rápidamente y gracias a su superioridad numérica lucharon con gran ventaja, relevándose unos a otros en el ataque. Sin embargo, el paso era estrecho y la lucha duró algunos minutos, hasta que los dos pajes de Pizarro quedaron tendidos a su lado, momento en el

que Rada, impaciente por el retraso, gritó: «¿Por qué tardamos tanto? ¡Abajo con el tirano!», y tomando a uno de sus compañeros, Narváez, en sus brazos, le lanzó contra el marqués. Pizarro, forcejeando inmediatamente con su contrincante, le atravesó con la espada. Pero en ese momento recibió una herida en la garganta y tambaleándose cayó al suelo, al tiempo que las espadas de Rada y varios de los conspiradores se hundían en su cuerpo. «¡Jesús!», exclamó el moribundo y trazó una cruz sobre el suelo sangriento, inclinó su cabeza para besarla, cuando una estocada, más amable que el resto, puso fin a su existencia[116].

Los conspiradores, después de cometer su sangrienta acción, se lanzaron a la calle y blandiendo sus chorreantes espadas gritaron: «¡El tirano ha muerto! ¡La ley ha sido restaurada! ¡Larga vida a nuestro señor el emperador y a su gobernador Almagro!» Los hombres de Chile, levantados por el grito alentador, surgieron en ese momento de todos lados para unirse al estandarte de Rada, quien pronto se encontró a la cabeza de casi trescientos seguidores, todos armados y preparados para apoyar su autoridad. Se situó una guardia en las casas de los principales partidarios del antiguo gobernador y se los puso bajo custodia. La casa de Pizarro y la de su secretario Picado fueron entregadas al pillaje, encontrándose en la de este último un gran botín de oro y plata. El mismo Picado se refugió en la morada de Riquelme, el tesorero, pero su escondite fue descubierto, traicionado según algunas versiones por el comportamiento, aunque no las palabras, del mismo tesorero, y fue arrastrado y encerrado en una prisión segura[117]. Toda la ciudad quedó consternada, a medida que grupos armados corrían de un sitio a otro en sus diferentes misiones y todos los que no pertenecían a la facción de Almagro temblaban no fueran a ser incluidos en la proscripción de sus enemigos. Tan grande era el desorden que los hermanos de la Merced, formando en procesión, patrullaban las calles en solemne procesión, con la hostia levantada en el aire, con la esperanza de que mediante la presencia de la forma sagrada se calmaran las pasiones de la multitud.

Pero Rada y sus seguidores no ejercieron más violencia que la de encerrar a unas pocas personas sospechosas e incautar caballos y armas allí donde las encontraran. Se convocó después al ayuntamiento para que reconociera la autoridad de Almagro, se despidió sin ceremonia de sus puestos a los que se mostraron reacios siendo sustituidos por otros de la facción de Chile. Se admitieron todas las pretensiones del nuevo aspirante,

y el joven Almagro, desfilando a caballo por las calles y escoltado por un cuerpo de caballería bien armado, fue proclamado con toques de trompeta gobernador y capitán general del Perú.

Mientras tanto los destrozados cuerpos de Pizarro y sus leales seguidores quedaron en el suelo empapados en sangre. Algunos optaban por arrastrar el cuerpo del gobernador hasta el mercado y poner su cabeza en una horca. Pero otros convencieron a Almagro secretamente para que garantizara las súplicas de los amigos de Pizarro y permitiera que se le enterrara. Esto se hizo de forma subrepticia y rápida, temerosos de ser interrumpidos. Un fiel sirviente y su mujer, con unos pocos esclavos negros, envolvieron el cuerpo en una tela de algodón y lo llevaron a la catedral. Se cavó con toda rapidez una fosa en una oscura esquina, se realizaron los servicios a toda prisa y, en secreto y en una oscuridad rota solo por la débil luz de unas pocas velas que trajeron estos humildes sirvientes, los restos de Pizarro, envueltos en su sangriento sudario, fueron entregados al polvo original. Tal fue el miserable final del conquistador del Perú, del hombre que hasta hacía tan solo unas horas gobernaba el país, con un poder tan absoluto como el que poseían los incas. Herido de muerte a plena luz del día, en el corazón de su propia capital, rodeado de los que habían sido sus compañeros de armas y habían compartido sus triunfos y sus botines, pereció como un desdichado paria. «No hubo nadie», en el expresivo lenguaje del cronista, «siquiera para decir ¡que Dios le perdone!»[118].

Unos pocos años después, cuando se restauró la tranquilidad en el país, los restos de Pizarro se colocaron en un suntuoso ataúd y se depositaron bajo un monumento en una parte prominente de la catedral. Y en 1607, cuando el tiempo había arrojado ya su amable manto sobre el pasado y el recuerdo de sus errores y sus crímenes se deshizo ante los grandes servicios que había prestado a la Corona con la extensión de su imperio colonial, sus huesos se llevaron a la nueva catedral y se permitió que reposaran junto a los de Mendoza, el sabio y buen virrey de Perú[119].

Pizarro se encontraba probablemente no muy lejos de los sesenta y cinco años de edad cuando murió, aunque esto, debe decirse, no es más que una conjetura aproximada, ya que no existe un registro auténtico de su fecha de nacimiento[120]. Nunca estuvo casado, más que con una princesa india de sangre inca, hija de Atahualpa y nieta del gran Huayna Capac, tuvo dos hijos, un hijo y una hija. Ambos le sobrevivieron, pero el hijo no llegó a la edad adulta. Su madre, después de la muerte de Pizarro, se casó con un

caballero español llamado Ampuero y se fue con él a España. Su hija Francisca la acompañó y fue casada posteriormente allí con su tío Hernando Pizarro, entonces prisionero en la Mota del Medina. Ni los títulos ni las posesiones del marqués Francisco pasaron a esta descendencia ilegítima. Pero en la tercera generación, en el reinado de Felipe IV, el título fue revivido por don Juan Hernando Pizarro, quien, en gratitud por los servicios de sus ancestros, fue nombrado marqués de la Conquista, con una liberal pensión del gobierno. Todavía se pueden encontrar a sus descendientes llevando el mismo título nobiliario, según se dice, en Trujillo, en la antigua provincia de Extremadura, el lugar de origen de los Pizarro[121].

Ya hemos descrito a Pizarro. Era alto de estatura, bien proporcionado y con un rostro agradable. Criado en el campo, sin el lustre de la corte, tenía un comportamiento castrense y el aire de alguien acostumbrado a mandar. Pero aunque no hubiera recibido educación, no había vergüenza o rusticidad en su discurso, que, cuando servía a su propósito, podía ser convincente e incluso insinuante. La prueba de esto es la impresión favorable que causó al presentarse, después de su segunda expedición, siendo como le eran extrañas todas las formas y los usos, en la puntillosa corte de Castilla.

Al contrario que muchos de sus compatriotas, no sentía pasión por la vestimenta ostentosa, que tenía por un estorbo. El traje que más usaba en las ocasiones públicas era una capa negra, con un sombrero blanco y zapatos del mismo color, esto último se dice que imitando al Gran Capitán, cuyo carácter había aprendido a admirar pronto en Italia, pero que, ciertamente, tenía poco que ver con el suyo[122].

Era moderado en el comer, bebía con frugalidad y normalmente se levantaba una hora antes del alba. Era puntual a la hora de atender sus asuntos y no se apartaba ante ningún trabajo. Ciertamente tenía un gran poder de resistencia paciente. Como a la mayor parte de los de su nación, le gustaba el juego y se cuidaba poco por la calidad de aquellos con quienes jugaba, aunque cuando su oponente no podía permitirse perder, él podía pasar, según dicen, por un perdedor, como una manera, muy elogiada por un escritor castellano, de dispensar la deuda por su delicadeza[123].

Aunque era avaricioso, lo era para gastar y no para acumular. Sus grandes tesoros, mayores, probablemente, que los que nunca antes habían caído en manos de un aventurero[124], se perdieron en su mayoría en sus empresas, sus trabajos arquitectónicos y los planes de mejora pública que, en un país donde puede decirse que el oro y la plata, habían perdido su

valor por su abundancia, absorbieron una enorme cantidad de dinero. Al tiempo que consideraba todo el país, en cierto modo, como propiedad suya, y lo repartía libremente entre sus capitanes, es cierto que la concesión principesca de un territorio de veinte mil vasallos, que le había hecho la Corona, nunca se hizo efectiva, ni tampoco sus descendientes sacaron ningún beneficio de ello[125].

Para un hombre de la energía activa de Pizarro, la pereza era el mayor mal. La excitación del juego era en cierto modo necesaria para un espíritu acostumbrado a la estimulación propia de la guerra y la aventura. Su mente sin educar no gustaba de distracciones intelectuales más refinadas. El expósito abandonado nunca había sido enseñado a leer ni a escribir. Esto ha sido discutido por algunos, pero ha quedado atestiguado por autoridades indiscutibles[126]. Montesinos dice, ciertamente, que Pizarro, en su primer viaje, intentó aprender a leer, pero la impaciencia de su temperamento lo impidió, y se contentó con aprender a firmar su nombre[127]. Pero Montesinos no era un historiador coetáneo. Pedro Pizarro, su compañero de armas, nos dice expresamente que no sabía leer ni escribir[128], y Zárate, otro contemporáneo que conocía bien a los conquistadores, confirma esta afirmación y añade que Pizarro no podía ni escribir su nombre[129]. Esto lo hacía su secretario (Picado, en sus últimos días) mientras que el gobernador simplemente hacía la *rúbrica*[*] de costumbre junto a su nombre. Este es el caso de los documentos que he examinado, en los que su firma, escrita probablemente por su secretario, o su título de marqués, en sus últimos días sustituido por su nombre, está adornado por una rúbrica al final, realizada de una manera tan torpe como si fuera hecha por un labrador. Sin embargo, no debemos considerar esta carencia del mismo modo que lo haríamos en esta época de iluminación general, general al menos en nuestro afortunado país. Leer y escribir, hoy en día algo tan universal, a comienzos del siglo XVI debe verse como una habilidad, y todo aquel que tenga ocasión de consultar los documentos firmados de aquella época verá que su realización, incluso en los casos de personas del mayor rango, demasiado a menudo dirían muy poco a favor de un escolar de hoy en día.

Aunque audaz en la acción y difícil de desviar de su propósito, Pizarro era lento para tomar una decisión. Esto le daba una apariencia de indecisión nada propia de su carácter[130]. Quizá la conciencia de ello le llevaba a adoptar la costumbre de decir «No» en un principio, a los que solicitaban

sus favores, y posteriormente, cuando quería, revisaba su juicio y concedía aquello que le parecía oportuno. Tomó el camino opuesto de su camarada Almagro, quien, como se ha podido observar, generalmente decía «Sí», pero demasiado a menudo no podía cumplir su promesa. Esto era característico de la naturaleza descuidada de este último, gobernada por el impulso más que por los principios[131].

No hace falta hablar del coraje de un hombre entregado a una carrera como la de Pizarro. El coraje, ciertamente, era una cualidad de poco valor entre los aventureros españoles, ya que el peligro era su elemento. Pero él poseía algo más valioso que el simple coraje animal, en esa constancia de propósito que estaba tan profundamente arraigada en su naturaleza que no podían arrancar ni las tormentas más fuertes de la fortuna. Era esta constancia inflexible lo que constituía la clave de su carácter y encerraba el secreto de su éxito. Una prueba evidente de ello aparece en su primera expedición, entre los manglares y las terribles ciénagas de Choco. Vio a sus seguidores caer a su alrededor bajo el ataque de la malaria, consumidos por un enemigo invisible e incapaces de dar un golpe para defenderse. Sin embargo, su espíritu no cedió ni flaqueó en su empresa.

Hay algo opresivo para la imaginación en esta guerra contra la naturaleza. En el combate entre dos hombres, los ánimos se elevan por un enfrentamiento que se lleva a cabo en términos de igualdad, pero en una guerra contra los elementos, sentimos que, por muy valientemente que luchemos, no tenemos poder para tomar el control. Tampoco nos anima la perspectiva de gloria en un combate como este, ya que en el cálculo caprichoso de la gloria humana, el aguante silencioso ante las privaciones, por muy dolorosas que sean, se tienen en poco en comparación con los ostentosos trofeos de la victoria. Los laureles del héroe, ¡qué desgracia para la humanidad que esto sea así!, crecen mejor en el campo de batalla.

Este espíritu inflexible de Pizarro se muestra aún más fuerte cuando en la pequeña isla de Gallo trazó una línea en la arena que iba a separarles a él y a su puñado de seguidores de su país y del hombre civilizado. Confiaba en que su propia perseverancia daría fuerza a los débiles y reuniría a los corazones valientes a su alrededor para continuar la empresa. Confiaba en el futuro, y no se equivocó. Este fue heroico y tan solo le faltó una motivación más noble en su objetivo para convertirse en una verdad moral sublime.

Sin embargo, el mismo rasgo de su carácter se desplegó de forma igualmente notable cuando al desembarcar en la costa y determinar la fuerza real de los incas, continuó su marcha hacia el interior a la cabeza de una fuerza de menos de doscientos hombres. En esto indudablemente se propuso el ejemplo de Cortés, tan contagioso para los espíritus aventureros de aquella época y especialmente para Pizarro, embarcado en una empresa parecida. Sin embargo, el riesgo que asumió Pizarro fue mucho mayor que el del conquistador de México, cuyas fuerzas eran prácticamente tres veces más numerosas, al mismo tiempo que los terrores que provocaba el nombre del inca, estuvieran o no justificados por el resultado, estaban tan extendidos como los de los aztecas.

Es indiscutible que Pizarro planeó la captura de Atahualpa como una imitación del mismo modelo. Pero la situación de los dos capitanes españoles era tan distinta como la manera en que se llevaron a cabo sus actos de violencia. La masacre gratuita de los peruanos se parecía a la de Alvarado en México y podía haber provocado consecuencias más desastrosas, si el carácter peruano hubiera sido tan fiero como el de los aztecas[132]. Pero el golpe que sublevó a estos destrozó los espíritus más mansos de los peruanos. Fue un golpe audaz que dejaba tanto a la suerte, que casi ni merece el nombre de política.

Cuando Pizarro desembarcó en el país, lo encontró revuelto por una lucha por la Corona. Sería de suponer que le hubiera interesado enfrentar una parte contra la otra, arrojando su propio peso en el platillo de la balanza que más le conviniera. En lugar de esto, recurrió a un acto de violencia tan audaz que destrozó a ambos de un mismo golpe. Su carrera posterior no resiste la comparación con la profunda diplomacia desplegada por Cortés, cuando reunió a las naciones en conflicto bajo su estandarte y las dirigió contra un enemigo común. Aún menos tuvo la oportunidad de desplegar las tácticas y la admirable estrategia de su rival. Cortés llevó a cabo sus operaciones militares sobre los principios científicos de un gran capitán a la cabeza de una hueste poderosa. Pizarro aparece tan solo como un aventurero, un afortunado caballero andante. Gracias a un golpe de suerte, rompió el hechizo que había mantenido tanto tiempo la tierra bajo el dominio de los incas. El hechizo se rompió y la tela etérea de su imperio, construida sobre la superstición de siglos, se desvaneció con un toque. Esto se debió más a la suerte que al resultado de una política.

Pizarro era principalmente pérfido, y no hay nada tan opuesto a la política sólida. Un acto de perfidia completamente reconocido se convierte en la ruina de su autor. El hombre que renuncia a la confianza en su buena fe descarta el mejor apoyo para operaciones futuras. ¿Quién construiría, a sabiendas, en arenas movedizas? Con el pérfido trato a Almagro, Pizarro malquistó las mentes de los españoles. Con su pérfido trato a Atahualpa y posteriormente al inca Manco, indignó a los peruanos. El nombre de Pizarro se convirtió en sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco, con una insurrección que casi le costó a Pizarro sus dominios. La guerra civil terminó en una conspiración que le costó a él su vida. Tales fueron los frutos de su política. A Pizarro se le puede considerar como un hombre astuto, pero no, como le han elogiado a menudo sus compatriotas, como un político.

Cuando Pizarro tomó posesión de Cuzco, encontró el país bien avanzado en las artes de la civilización, instituciones bajo las que la gente vivía en tranquilidad y con seguridad personal, las montañas y las tierras altas blanqueaban de rebaños, los valles que bullían con los frutos de la agricultura científica, los graneros y los almacenes llenos hasta desbordar, toda la tierra disfrutando de su abundancia, y el carácter de la nación dulcificado bajo la influencia de la forma más suave y más inocente de superstición, bien preparada para la recepción de una civilización más alta y cristiana. Pero, lejos de introducir esto, Pizarro entregó a las razas conquistadas a su brutal soldadesca; los claustros sagrados fueron abandonados a su lujuria, las ciudades y los pueblos entregados al pillaje, se repartió a los pobres nativos como esclavos, para que trabajaran las minas de los conquistadores, los rebaños se esparcieron y destruyeron de forma gratuita, se dilapidaron los graneros, se permitió que los más bellos dispositivos para el perfecto trabajo del campo se pudrieran, el paraíso se convirtió en un desierto. En lugar de aprovecharse de las antiguas formas de civilización, Pizarro prefirió borrar todo vestigio de ellas de la faz de la tierra y sobre sus ruinas erigir las instituciones de su propio país. Le importaba poco que las orillas del Pacífico estuvieran tachonadas con ciudades y comunidades en alza, mercados de un floreciente comercio. No tenía participación en el considerable patrimonio. Era un extraño en la tierra de sus padres.

La religión de los peruanos, que les llevaba al culto de ese glorioso astro que es el mejor representante del poder y la beneficencia del creador, es

quizá la forma más pura de superstición que ha existido entre los hombres. Sin embargo, ya era mucho que, bajo el nuevo orden de las cosas y a través del benevolente celo de los misioneros, se permitiera que algunos gérmenes de una fe más noble brotaran en su oscura alma. No se puede decir que el mismo Pizarro mostrara una gran solicitud para la propagación de la fe. No era un fanático como Cortés. El fanatismo es la perversión del principio religioso, pero a Pizarro le faltaba el principio mismo. La conversión de los paganos era el motivo principal de la expedición de Cortés. No era un alarde vano. Hubiera sacrificado su vida por ello en cualquier momento y más de una vez, gracias a su celo poco cauto, realmente puso su vida y el éxito de su empresa en peligro. Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas, sustituyéndolas por la religión de Jesús. Esto le daba a la expedición el carácter de una cruzada. Proporcionaba la mejor excusa para la conquista y hace más que cualquier otra consideración para situar nuestras simpatías del lado de los conquistadores.

Pero los motivos que gobernaban a Pizarro, hasta donde el juicio humano puede sondearlos, eran la avaricia y la ambición. Los buenos misioneros, ciertamente, siguieron su séquito para esparcir las semillas de la verdad espiritual, y el gobierno español, como de costumbre, dirigió su benéfica legislación a la conversión de los nativos. Pero la fuerza motriz de Pizarro y sus seguidores era el ansia por el oro. Este era el verdadero estímulo para sus sufrimientos, el precio de la perfidia, la verdadera recompensa o galardón de sus victorias. Esto otorgaba un carácter bajo y mercenario a su empresa, y cuando contrastamos la feroz avaricia de los conquistadores con las maneras dulces e inofensivas de los conquistados, nuestras simpatías, las simpatías incluso de los españoles, por fuerza caen del lado de los indios[133].

Pero como ningún cuadro carece de luces, no debemos, haciendo justicia a Pizarro, extendernos únicamente en los rasgos más oscuros de su retrato. No hubo ninguno de sus hijos a quien España debiera más por la extensión de su imperio, ya que su brazo ganó para ella la más preciosa de las joyas indias que nunca brillara en la diadema imperial. Cuando contemplamos los peligros a los que hizo frente, los sufrimientos que pacientemente soportó, los increíbles obstáculos que superó, los magníficos logros que realizó tan solo con su brazo, por así decirlo, sin ayuda del gobierno, aunque no fuera un buen hombre ni un gran hombre en el sentido más alto de este término, es imposible no contemplarle como un hombre extraordinario.

Tampoco podemos omitir injustamente, como atenuante de sus errores, sus primeras circunstancias, ya que, como Almagro, era el hijo del pecado y del dolor, lanzado pronto al mundo para que se buscara su fortuna como bien pudiera. En su juventud y sus primeros años, se vio influenciado por aquellos en cuya compañía fue lanzado. Y ¿cuándo ha sido el destino de los marginados necesitados caer en manos de los sabios y los virtuosos? Su destino se forjó entre los habitantes licenciosos de un campamento, la escuela de la rapiña, cuya única ley era la espada y que miraba a los desgraciados indios y su patrimonio como su legítimo botín.

¿Quién no tiembla ante el pensamiento de lo que hubiera sido su propio destino de haber sido entrenado en esa misma escuela? La cantidad del delito no muestra necesariamente la criminalidad del que lo comete. La historia, ciertamente, se ocupa de lo primero, para registrarlo como una advertencia para la humanidad, pero tan solo Él, que conoce el corazón, la fuerza de la tentación y los medios para resistirla, es el que puede determinar la medida de la culpa.

Notas al pie

101 *Carta de Almagro*, manuscrito.

102 Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 8, cap. 6.

103 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 144.

104 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 6.

105 «Mis sufrimientos», dice Almagro, en su *Carta a la Audiencia Real de Panamá*, «eran suficientes para desbaratar mi razón».

106 «Hizo Picado el secreptario del Marquez mucho daño a muchos, porque el marquez don Francisco Piçarro como no savia ler ni escrivir fiavase del y no hacia mas de lo que el le aconsejava y ansi hizo este mucho mal en estos rreinos, porque el que no andava á su voluntad sirviendole aunque tuviese meritos le destruya y este Picado fue causa de que los de Chile tomasen mas odia al marquez por donde le mataron. Porque queria este que todos lo reverenciasen, y los de chile no hazian caso dél, y por esta causa los perseguia este mucho, y ansi vinieron á hazer lo que hizieron los de Chile.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito –también Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 6.

107 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 6.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 2.

108 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1541.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4.

109 Sin embargo, esto parecería entrar en contradicción con la misma carta de Almagro a la Real Audiencia de Panamá, en la que afirma que, irritado ante intolerables injurias, él y sus seguidores habían decidido tomar en sus propias manos la solución, entrando en la casa del gobernador y atrapándole. Es cierto, sin embargo, que en el relato completo de los hechos que han hecho escritores que tenían los mejores medios de información, no encontramos el nombre de Almagro mencionado entre los que participaron de forma activa en el trágico drama. Su propia carta simplemente expresa que su propósito era tomar parte en ella, con la posterior declaración de que era simplemente para capturar a Pizarro, no para asesinarle, una declaración a la que nadie que lea la historia de los hechos estará muy dispuesto a dar crédito.

110 «Mancebo virtuoso, i de grande Animo, i bien enseñado: i especialmente se havia exercitado mucho en cavalgar a Caballo, de ambas sillas, lo qual hacia con mucha gracia, i destreça, i tambien en escrevir, i leer, lo qual hacia mas liberalmente, i mejor de lo que requeria su Profesion. De este

tenia cargo, como Aio, Juan de Herrada.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 6.

111 «Pues un dia antes un sacerdote clerigo llamado Benao fue de noche y avisso a Picado el secreptario y dixole mañana Domingo quando el marquez saliere á misa tienen concertado los de Chile de matar al marquez y á vos y á sus amigos. Esto me a dicho vno en confision para que os venga á avisar. Pues savido esto Picado se fue luego y lo conto al marquez y el le rrespondio. Ese clerigo obispado quiere.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

112 «El Juan Velazquez le dixo. No tema vuestra señoria que mientras yo tuviere esta vara en la mano nadie se atrevera.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

113 Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 6.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 8.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Carta de Maestro*, Martín de Arauco, manuscrito, 15 de junio de 1541.

* En español en el original.

114 «Gomez Perez por haver alli agua derramada de una acequia, rodeo algun tanto por no mojarse, reparó en ello Juan de Rada, y entrandose atrevido por el agua le dijo: ¿Bamos á bañarnos en sangre humana, y rehusais mojaros los pies en agua? Ea volveos. Hizolo volver y no asistio al hecho.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1541.

115 «En lo qual no paresce haver quebrantado su palabra, porque despues huiendo (como adelante se dirà) a tiempo, que quisieron matar al Marques, se hecho de vna Ventana abajo, à la Huerta, llevando la Vara en la boca.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 7.

Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Carta del Maestro, Martín de Arauco*, manuscrito.– *Carta de Fray Vicente de Valverde a la Audiencia de Panamá*, manuscrito, desde Tumbez, 15 de noviembre de 1541.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 145.

116 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 8.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 6.– *Carta de la Justicia y Regimiento de la Ciudad de los Reyes*, manuscrito, 15 de julio de 1541.– *Carta del Maestro, Martín de Arauco*, manuscrito.– *Carta de Fray Vicente Valverde, desde Tumbez*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, *ubi supra.* –Montesinos, manuscrito, año 1541.

Pizarro y Orellana parece no tener ninguna duda de que su familiar asesinado murió en olor de santidad. «Allí le acabaron los traidores enemigos, dandole cruelissimas heridas, con que acabó el

Julio Cesar Español, estando tan en si que pidiendo confesion con gran acto de contricion, haziendo la señal de la Cruz con su misma sangre, y besandola murio.» *Varones Ilustres*, p. 186.

Según una autoridad el golpe mortal se lo dio un soldado llamado Boregan, quien, cuando Pizarro estaba caído, le golpeó en la parte de atrás de la cabeza con una jarra de agua, que había agarrado de la mesa (Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 6). Considerando la prisa y la confusión de la escena, las diferentes versiones de la catástrofe, aunque variando necesariamente en detalles concretos, tienen un notable acuerdo entre ellas.

117 «No se olvidaron de buscar á Antonio Picado, i iendo en casa del Tesorero Alonso Riquelme, èl mismo iba diciendo: No sè adonde està el Señor Picado, i con los ojos le mostraba, i le hallaron debaxo de la cama.» Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 7.

Encontramos el nombre de Riquelme, poco después de esto, inscrito en el ayuntamiento de Lima, mostrando que encontró conveniente adherirse temporalmente, al menos, a Almagro. *Carta de la Justicia y Regimiento de la Ciudad de los Reyes*, manuscrito.

118 «Muriò pidiendo confesion, i haciendo la Cruz, sin que nadie dijese, Dios te perdone.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 144.

Manuscrito de Caravantes .–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 8.– *Carta del Maestro Martín de Arauco*, manuscrito.– *Carta de Fray Vicente Valverde desde Tumbez*, manuscrito.

119 «Sus huesos ençerrados en una caxa guarnecida de terciopelo morado con passamanos de oro que yo he visto.» *Manuscrito de Caravantes.*

120 Anterior, libro 2, cap. 2, nota I.

121 *Manuscritos de Caravantes* .–Quintana, *Españoles Célebres*, tom. II, p. 417.

Véase también el discurso, Legal y Político, que Pizarro y Orellana ha adjuntado a su voluminoso libro, en el que el caballero reclama los derechos de Pizarro. Está redactado en forma de un memorial para Felipe IV, a favor de los descendientes de Pizarro, demostrando, después de exponer los múltiples servicios del conquistador, lo poco que su posteridad se había beneficiado de las magníficas concesiones que le había otorgado la Corona. Los argumentos del consejero real no fueron infructuosos.

122 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 144.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 9.

El retrato de Pizarro en el palacio virreinal en Lima le muestra en traje de ciudadano, con una capa de cebellina, la *capa y la espada* de un caballero castellano. Cada panel de la espaciosa *sala de los Vireyes* estaba reservado al retrato de un virrey. La larga hilera está completa, de Pizarro a Pezuela, y es curioso, como Robertson señala, que el último panel fue rellenado exactamente cuando el reino de los virreyes terminó abruptamente con la revolución (*Residence in South America*, vol. I, p. 228). Es una coincidencia curiosa que ocurriera lo mismo en Venecia, donde, si la memoria no me

engaña, el último nicho reservado para las efigies de sus duques acababa de ser ocupado, cuando la antigua aristocracia fue derrocada.

123 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 9.

124 «Halló, i tuvo mas Oro, i Plata, que otro ningun Español de quantos han pasado á Indias, ni que ninguno de quantos Capitanes han sido por el Mundo.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 144.

125 *Manuscrito de Caravantes* .–Pizarro y Orellana, *Discurso Leg. y Pol., ap. Varones Ilustres* . Gonzalo Pizarro, cuando fue hecho prisionero por el presidente Gasca, le retó a señalar cualquier parte del país en la que la concesión real se hubiera llevado a efecto asignándole un reparto específico de tierra a su hermano. Véase Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 36.

126 Incluso alguien tan experto como Muñoz parece haber caído en este error. En una de las cartas de Pizarro encuentro la siguiente de un memorándum autógrafo de este eminente erudito: *Carta de Francisco Pizarro, su letra i buena letra.*

127 «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer; no le dió su viveza lugar á ello; contentose solo con saber firmar, de lo que se veia Almagro, y decia, que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida, sin poder darla. En adelante firmó siempre Pizarro por si, y por Almagro su Secretario.» Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1525.

128 «Porque el marquez don Françisco Piçarro como no savia ler ni escrivir.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

129 «Siendo personas», dice el autor, hablando de Pizarro y de Almagro, «no solamente, no leidas, pero que de todo punto no sabian leer, ni aun firmar, que en ellos fue cosa de gran defecto [...] Fue el Marquès tan confiado de sus Criados, i Amigos, que todos los Despachos, que hacia, asi de Governacion, como de Repartimientos de Indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las quales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Françisco Piçarro». Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 9.

* En español en el original.

130 Esta tardanza en la decisión ha llevado a que Herrera dudara de su resolución en absoluto, un juicio que ciertamente se contradice con el tenor general de su historia. «Por que aunque era astuto, i recatado, por la maior parte fue de animo suspenso, i no mui resoluto.» *Historia General*, dec. 5, lib. 7, cap. 13.

131 «Tenia por costumbre de quando algo le pedian dezir siempre de no. Esto dezia el que hazia por no faltar a su palabra, y no obstante que dezia no, correspondia con hazer lo que le pedian no aviendo inconveniente [...] Don Diego de Almagro hera á la contra que á todos dezia si, y con pocos cumplia.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

132 Véase la *Conquista de México*, libro 4, cap. 8.

133 Las siguientes vigorosas líneas de Southey condensan en un pequeño espacio los rasgos más notables de Pizarro. Bien se puede reconocer que el epitafio del poeta puede ser absuelto de la

acusación, generalmente de forma merecida, de adulación hacia el sujeto del mismo.

«For a column at Truxillo.
Pizarro here was born; a greater name
The list of Glory boasts nor. Toil and Pain,
Famine, and hostile Elements, and Hosts
Embattled, failed to check him in his course,
Not to be wearied, not to be deterred,
Not to be overcome. A mighty realm
He overran, and with relentless arm
Slew or enslaved its unoffending sons,
And wealth and power and fame were his rewards.
There is another world, beyond the grave,
According to their deeds where men are judged.
O Reader! If thy daily bread be earned
By daily labor, –yea, however low,
However wretched, be thy lot assigned,
Thank thou, with deepest gratitude, the God
Who made thee, that thou art not such as he.»

Capítulo VI

Movimientos de los conspiradores. Avance de Vaca de Castro. Proceso contra Almagro. Progresos del gobernador. Las fuerzas se acercan. Las sangrientas llanuras de Chupas. Conducta de Vaca de Castro. 1541-1543

El primer paso de los conspiradores, después de asegurarse la posesión de la capital, fue enviar mensajes a las diferentes ciudades, proclamando la revolución que había tenido lugar y exigiendo que reconocieran al joven Almagro como gobernador de Perú. En los lugares donde los llamamientos estuvieron acompañados de una fuerza militar como en Trujillo y Arequipa, fueron obedecidos sin mucho cavilar. Pero en otras ciudades se asintió de forma más fría y en algunas de ellas el requerimiento se trató con desprecio. En Cuzco, el segundo lugar de importancia después de Lima, un número considerable de partidarios de Almagro se aseguraron el predominio de su partido, y aquellos magistrados que se resistieron fueron expulsados de sus puestos para dejar sitio a otros de temperamento más acomodaticio. Pero los habitantes leales de la ciudad, insatisfechos con estos procedimientos, enviaron en privado a uno de los capitanes de Pizarro llamado Álvarez de Holguín, quien se encontraba con una considerable fuerza en las cercanías, y este oficial, entrando en el lugar, pronto desposeyó a los nuevos dignatarios de sus honores y devolvió la antigua capital a su lealtad.

Los conspiradores experimentaron una oposición aún más decidida por parte de Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro,

derrotado, como recordará el lector, por el viejo Almagro en el puente de Abancay, y que ahora se encontraba al norte con un destacamento de unos doscientos hombres, las mejores tropas del lugar. Este oficial, al recibir las noticias del asesinato del general, escribió inmediatamente a Vaca de Castro, avisándole del estado de las cosas en Perú y urgiéndole a que acelerara su marcha hacia el sur[134].

Este funcionario había sido enviado por la Corona española, como se dijo en un capítulo anterior, para cooperar con Pizarro en la tarea de restaurar la tranquilidad en el país, con autoridad para asumir él mismo el gobierno, en caso de muerte de este comandante. Después de un largo y tempestuoso viaje, desembarcó en la primavera de 1541, en el puerto de Buena Ventura, y, asqueado por los peligros del mar, prefirió continuar su pesado viaje por tierra. Pero había quedado tan debilitado por sus penurias, que pasaron más de tres meses antes de que llegara a Popayán, donde recibió las sorprendentes noticias de la muerte de Pizarro. Esta era una contingencia en la que se había pensado, con juiciosa previsión, en sus instrucciones. Sin embargo, quedó penosamente confuso por las dificultades de su situación. Era un extraño en la tierra, con un conocimiento muy imperfecto del país, sin una fuerza armada que le apoyara, ni tan siquiera poseía la ciencia militar que se supondría necesaria para proporcionársela. No sabía nada del grado de influencia de Almagro, o del alcance que había alcanzado la insurrección, nada, en pocas palabras, de la disposición de la gente entre la que se lanzaba.

Ante tal emergencia, un espíritu más débil hubiera escuchado los consejos de quienes le aconsejaban que volviera a Panamá y permaneciera allí hasta que hubiera reunido una fuerza suficiente como para permitirle enfrentarse a los insurgentes con ventaja. Pero el corazón valeroso de Vaca de Castro se apartó de tomar un paso que proclamaría su incompetencia para la tarea que le había sido encomendada. Tenía confianza en sus propios recursos y en la virtud de la comisión bajo la que actuaba. Confiaba demasiado en la habitual lealtad de los españoles y, después de una madura reflexión, decidió seguir adelante y confiar en los acontecimientos para realizar los objetivos de su misión.

Se vio reafirmado en su propósito por los consejos que recibió en este momento de Alvarado, y sin más dilación continuó su marcha hacia Quito. Aquí fue bien recibido por el lugarteniente de Gonzalo Pizarro, quien estaba a cargo del lugar durante la ausencia de su comandante en su expedición

por el Amazonas. Al licenciado también se le unió Benalcazar, el conquistador de Quito, quien aportó un pequeño refuerzo y se ofreció personalmente para ayudarle en la consecución de su empresa. En este momento mostró la comisión real, que le daba poderes, a la muerte de Pizarro, para tomar el gobierno. La situación se había producido y Vaca de Castro declaró su propósito de ejercer la autoridad que le había sido conferida. Al mismo tiempo, envió emisarios a las principales ciudades, exigiéndoles obediencia como el legítimo representante de la Corona, teniendo buen cuidado de emplear a personas discretas para la misión, que tuvieran peso sobre la población. Después continuó su marcha lentamente hacia el sur[135].

Con sus movimientos deseaba dar tiempo a que sus llamamientos surtieran efecto y a que amainara la fermentación provocada por los últimos sucesos extraordinarios. Confiaba en esa lealtad que hace que el español, a no ser que se encuentre en casos extremos, nunca quiera entrar en colisión con la autoridad real. Y por mucho que este popular sentimiento pueda verse disturbado por ráfagas temporales de pasión, confiaba en la corriente habitual de sus sentimientos para darle a la gente una dirección correcta. En esto no se equivocó, porque el sentimiento de lealtad estaba tan profundamente arraigado en el antiguo español que tan solo siglos de opresión y desgobierno podrían haberle llevado a abandonar su lealtad. Es triste, pero no extraño, que el tiempo pasado bajo un mal gobierno no le haya hecho capaz de crear uno bueno.

Mientras que esto sucedía en el norte, la facción de Almagro en Lima recibía nuevas incorporaciones de fuerza. Ya que, además de aquellos que desde el principio habían estado abiertamente a favor de su padre, había muchos otros que, por una u otra causa, habían desarrollado aversión hacia Pizarro y ahora se alistaban gustosamente bajo el estandarte del jefe que lo había derrotado.

El primer paso del joven general, o mejor dicho de Rada, quien dirigía sus movimientos, fue asegurarse las provisiones necesarias para las tropas, la mayoría de las cuales, después de haberse hallado en situación de indigencia durante tanto tiempo, estaban incapacitadas completamente para el servicio. Se recolectaron fondos, hasta una cantidad considerable, tomando dinero de la Corona que estaba en manos del tesorero. También se sacó al secretario de Pizarro, Picado, de la prisión para interrogarle sobre el lugar donde se encontraban los tesoros de su señor. Pero, aunque fue

torturado, no quiso dar, o como seguramente es más probable, no pudo dar, información sobre el tema, y los conspiradores, que tenían una larga lista de afrentas que resolver con él, terminaron los procedimientos decapitándole en la plaza mayor de Lima[136].

Valverde, el obispo de Cuzco, intercedió en vano en su favor, como él mismo nos asegura. Es notable que la última vez que este fanático prelado aparece en escena sea con un carácter benevolente suplicando compasión[137]. Poco después se le permitió que embarcara, junto con el juez Velázquez y algunos otros partidarios de Pizarro, en el puerto de Lima. Tenemos una carta suya, fechada en Tumbez en noviembre de 1541, casi inmediatamente después de que cayera en manos de los indios y fuera masacrado junto con sus compañeros en Puná. Una muerte violenta que a menudo cerraba la tormentosa carrera de los aventureros de América. Valverde era un monje dominico, al igual que el padre Olmedo, que había estado en el séquito de Cortés, y aguantado junto a su comandante durante toda la expedición. Pero no siempre, como el buen Olmedo, utilizó su influencia para detener la mano alzada del guerrero. Al menos no era este el dulce aspecto con el que se presentaba en la terrible masacre de Cajamarca. Sin embargo, algunas versiones contemporáneas le describen, después de haberse instalado en el obispado, como infatigable en sus esfuerzos por convertir a los nativos y por mejorar su condición, y su propia correspondencia con el gobierno, después de ese período, muestra una gran solicitud por estos encomiables objetivos. Entrenado en la escuela más severa de la disciplina monástica, que demasiado a menudo cierra el corazón a la caridad más básica de la vida, no podía, como el benevolente Las Casas, elevarse demasiado por encima de los fanáticos principios como para contemplar a los paganos como sus hermanos, mientras que se encontraran en estado de infieles, y en el verdadero espíritu de esa escuela, concebía sin duda que la santidad del fin justificaba los medios, por muy desagradables que fueran en sí. Sin embargo, el mismo hombre, que derramaba con tanta generosidad la sangre de los pobres nativos para asegurarse el triunfo de su propia fe, hubiera derramado igualmente la suya en su defensa. Este tipo de personalidad era común en el siglo XVI[138].

Los seguidores de Almagro, después de haberse provisto de fondos, tuvieron los mismos pocos escrúpulos en apoderarse para su propio uso de tantos caballos y armas de todo tipo como pudieron encontrar en la ciudad. Y esto lo hicieron sin la menor renuencia, ya que los habitantes en su

mayoría no mostraron ninguna buena voluntad hacia su causa. Mientras estaba ocupado en esto, Almagro recibió la noticia de que Holguín había abandonado Cuzco con una fuerza de casi trescientos hombres, con la que se proponía unirse con Alvarado en el norte. Era importante para el éxito de Almagro evitar esta reunión. Si la política de Vaca de Castro consistía en dilatar los acontecimientos, la de Almagro era claramente la de acelerar las operaciones y llevar los asuntos de la manera más rápida posible a su fin, marchar inmediatamente contra Holguín, a quien podía esperar derrotar con facilidad gracias a su superioridad numérica, después continuar el golpe con una victoria todavía más fácil sobre Alvarado, momento en el que el nuevo gobernador estaría, en cierta medida, a su merced. Sería fácil derrotar a estos batallones por separado, que, sin embargo, una vez unidos, supondrían una desigualdad formidable. Almagro y su grupo ya se habían expuesto contra el gobierno con una actuación demasiado atroz y que golpeaba tan directamente la autoridad real, como para que los autores se engañaran con esperanzas de perdón. Su única posibilidad era continuar audazmente el golpe, y con el éxito, colocarse en una situación tan formidable como para provocar el miedo del gobierno. El miedo a un vasallo demasiado poderoso podría obtener condiciones que sus ruegos nunca lograrían.

Pero Almagro y sus seguidores evitaron la confrontación directa con la Corona. Se habían rebelado porque se encontraba en su camino, no porque lo desearan. Tan solo querían vengar sus afrentas personales en Pizarro y no desafiar a la autoridad real. Por tanto, cuando algunos de los más decididos, que llevaban la situación sin miedo hasta sus últimas consecuencias, propusieron marchar inmediatamente contra Vaca de Castro y, golpeando en su cabeza, decidir la contienda con un golpe, se rechazó la propuesta de forma prácticamente unánime y no fue hasta después de un gran debate cuando finalmente se decidió actuar contra Holguín y cortar su comunicación con Alonso de Alvarado.

Poco después de que Almagro comenzara su marcha hacia Jauja, donde se proponía presentar batalla a su enemigo, se encontró con la grave desgracia de la muerte de Juan de Rada. Era un hombre bastante entrado en años y las últimas escenas de agitación en las que había tomado parte como figura principal habían sido demasiado para una constitución enormemente destrozada por una vida de extraordinarias penalidades. Se vio atacado por una fiebre de la que murió poco después. Con su muerte, Almagro sufrió una pérdida inestimable, ya que, además de estar fielmente unido a su joven

líder, estaba por su larga experiencia y su cauto aunque valiente carácter, mejor cualificado que cualquier otro caballero en el ejército para llevarlo sano y salvo a través de los mares tormentosos en los que se habían embarcado.

Entre los caballeros de mayor consideración después de la muerte de Rada, los dos más ambiciosos eran Cristóbal de Sotelo y García de Alvarado, ambos poseían un considerable talento militar, pero el último era conocido por un comportamiento audaz y presuntuoso, que nos podría recordar a su ilustre tocayo, quien adquirió mucho mayor renombre bajo el estandarte de Cortés. Desgraciadamente, la envidia creció entre estos dos oficiales, esa envidia tan común entre los españoles, que parece ser su característica nacional, una impaciencia de igualdad, fundada en un falso principio de honor, que siempre ha sido una fuente inagotable de conflicto entre ellos tanto en la monarquía como en la república.

Esto fue especialmente desafortunado para Almagro, cuya inexperiencia le llevó a apoyarse en otros para que le respaldaran, y en la actual situación revuelta de su consejo, difícilmente sabía a dónde dirigirse a buscarlo. En el retraso que ocasionaron estas disensiones, su pequeño ejército no llegó al valle de Jauja hasta después de que el enemigo hubiera pasado. Almagro le siguió de cerca, dejando atrás el equipaje y la artillería para poderse mover más rápidamente. Pero la oportunidad de oro se había perdido. Los ríos, crecidos por las lluvias otoñales, impidieron su persecución, y aunque sus tropas ligeras cazaron a algunos rezagados de la retaguardia, Holguín consiguió llevar sus fuerzas a través de los peligrosos pasos de las montañas y unirse a Alonso de Alvarado, cerca del puerto norteño de Huaura.

Defraudado en su objetivo, Almagro se preparó para marchar sobre Cuzco, la capital, como él la consideraba, de su propia jurisdicción, para tomar posesión de esa ciudad, y allí se preparó para enfrentarse a su adversario en el campo. Sotelo fue enviado por delante con un pequeño grupo en avanzadilla. No encontró oposición por parte de los, ahora indefensos, ciudadanos. El gobierno del lugar fue devuelto de nuevo a manos de los hombres de Chile, y su joven líder pronto apareció a la cabeza de sus batallones y estableció sus cuarteles de invierno en la capital inca.

Aquí la envidia entre los capitanes rivales estalló en una contienda abierta. Terminó con la muerte de Sotelo asesinado a traición en sus habitaciones por García de Alvarado. Almagro, enormemente ofendido por esta atrocidad, fue el más indignado, ya que se sentía demasiado debilitado

para castigar al delincuente. Contuvo su resentimiento por el presente, fingiendo tratar al peligroso oficial con un favor más distinguido. Pero no iba a embaucar a Alvarado con un comportamiento tan engañoso. Sintió que había perdido la confianza de su comandante. En venganza urdió un complot para traicionarle, y Almagro, llevado por la necesidad de la autodefensa, imitó el ejemplo de su oficial, entrando en su casa con un grupo de hombres armados, quienes, cayendo con violencia sobre el insurgente, lo asesinaron en el sitio[139].

A este procedimiento irregular le siguieron de las mejores consecuencias. Los planes de sedición de Alvarado murieron con él. Las semillas de la insubordinación fueron erradicadas y a partir de ese momento Almagro experimentó tan solo la obediencia ciega y el apoyo más leal de sus seguidores. También a partir de ese momento su propio carácter pareció cambiar, dependía mucho menos de los demás que de sí mismo y desplegó recursos que nadie habría esperado de alguien de su edad, porque prácticamente no había alcanzado los veintidós[140]. A partir de este momento desplegó una energía y previsión con las que demostró, a pesar de su juventud, estar a la altura de la exigente situación de emergencia en la que su suerte estaba desgraciadamente situada.

Comenzó inmediatamente a cubrir las necesidades de sus hombres, y tensó cada nervio para ponerlos en buen estado para el combate de la campaña que se avecinaba. Repuso su tesoro con una gran cantidad de plata que sacó de las minas de La Plata. El salitre, que se encontraba en abundancia en las cercanías de Cuzco, le proporcionó material para la pólvora. Ordenó que se fundieran cañones, algunos de grandes dimensiones, bajo la supervisión de Pedro de Candia, el griego, que como se recordará había llegado al país en la primera expedición con Pizarro, y quien junto con unos cuantos compatriotas suyos, los levantinos como se les conocía, conocían bien su fabricación. Bajo su supervisión, se hicieron armas de fuego, junto con corazas y cascos, en los que la plata se mezclaba con el cobre[141], y eran de tan buena calidad que podían competir, como dice un viejo soldado de la época, con las de los talleres de Milán[142]. Almagro recibió además un oportuno suministro de una fuente que difícilmente podría haber esperado. Se trataba de Manco, el inca errante, quien, detestando la memoria de Pizarro, transfirió al joven Almagro los mismos sentimientos de amistad que anteriormente tenía por su padre, aumentados quizá por el hecho de que por las venas del joven comandante corría sangre

india. De este lado Almagro obtuvo una generosa provisión de espadas, lanzas y armas, así como armaduras de todo tipo, que el inca había tomado principalmente del memorable asedio de Cuzco. También recibió la gratificante promesa de que le apoyaría con un destacamento de tropas de nativos cuando abriera la campaña.

Sin embargo, antes de hacer una última llamada a las armas, Almagro decidió intentar la negociación con el nuevo gobernador. En la primavera, o a principios de verano de 1542, envió una embajada a este último, entonces en Lima, en la que lamentaba la necesidad de tomar las armas contra un oficial de la Corona. Su único deseo, dijo, era reivindicar sus propios derechos, asegurarse la posesión de Nuevo Toledo, la provincia que le había legado su padre y de la que había sido excluido de la forma más injusta por Pizarro. No disputaba la autoridad del gobernador sobre Nueva Castilla, como se designaba al país que había sido asignado al marqués, y concluía proponiendo que las dos partes permanecieran en sus respectivos territorios hasta que se les comunicara la decisión de la Corona de Castilla. Almagro no recibió respuesta a esta petición formulada en términos respetuosos.

Frustradas sus esperanzas de un acuerdo pacífico, el joven capitán no vio más salida que el arbitrio de las armas. Reuniendo a sus tropas, antes de partir de la capital, les dirigió un breve discurso. Declaró que el paso que él y sus valientes compañeros estaban a punto de dar no era un acto de rebelión contra la Corona. Habían sido forzados a él por la conducta del propio gobernador. La encomienda de este oficial no le confería autoridad sobre el territorio de Nuevo Toledo, que recaía en el padre de Almagro y que su padre le había legado. Si Vaca de Castro, excediendo los límites de su autoridad, le conducía a hostilidades, la sangre que se vertiera en la contienda caería sobre la cabeza de ese comandante, no sobre la suya. «En el asesinato de Pizarro», continuó, «nos tomamos esa justicia por nuestra mano porque en todos los demás sitios nos la habían denegado. Lo mismo sucede ahora en nuestra contienda con el gobernador real. Somos súbditos de la Corona tan leales y sinceros como lo es él». Y concluyó apelando a sus soldados para que se mantuvieran a su lado con el corazón y con su brazo en el combate que se avecinaba, en el que estaban tan interesados como él mismo.

La audiencia no quedó insensible al llamamiento. Había pocos entre ellos que no sintieran que sus destinos estaban indisolublemente unidos al de su comandante y al mismo tiempo que podían esperar poco del austero

carácter del gobernador, se sentían íntimamente unidos a su joven jefe, quien, con todas las cualidades populares de su padre, provocaba más simpatía aún por el hecho de su condición y de su situación desesperada. Poniendo sus manos sobre la cruz colocada sobre un altar a tal propósito, oficiales y soldados juraron cada uno enfrentar los peligros con Almagro y mantenerse fieles hasta el final.

En cuanto a los números, sus fuerzas no habían aumentado mucho desde la partida de Lima. Reunió poco más de quinientos en total, pero entre ellos se encontraban los veteranos de su padre, bien experimentados en más de una campaña india. Tenía unos doscientos caballos, muchos de los cuales estaban cubiertos de armadura completa, un hecho no demasiado común en estas guerras, donde un jubón relleno de algodón era a menudo la única defensa del guerrero. Su infantería, formada por lanceros y arcabuceros, estaba excelentemente armada. Pero su fuerza reposaba en su artillería pesada, compuesta por dieciséis piezas, ocho cañones grandes y ocho más pequeños, o falconetes como se les llamaba, formando, como dice alguien que lo vio, un bello tren de artillería, que hubiera hecho un buen papel en el castillo de Burgos[143]. El pequeño ejército, en pocas palabras, aunque no era imponente por su tamaño, estaba bien disciplinado y tan bien pertrechado como nunca lo había estado ningún ejército que batallara en los campos de Perú, mucho mejor que cualquiera de los que el propio padre de Almagro o Pizarro lideraran nunca en el campo de batalla y con los que ganaron la conquista del Perú. Poniéndose a la cabeza de su gallarda compañía, el jefe partió de las murallas de Cuzco a mediados del verano, en 1542, y dirigió su marcha hacia la costa con la esperanza de encontrar a su enemigo[144].

Al tiempo que los acontecimientos descritos en las páginas precedentes tenían lugar, Vaca de Castro, a quien habíamos dejado en Quito el año anterior, avanzaba lentamente hacia el sur. Su primer acto, tras abandonar la ciudad, mostraba su resolución de no establecer ningún compromiso con los asesinos de Pizarro. Benalcazar, el distinguido oficial que, como anteriormente he mencionado, le había ofrecido inmediatamente su lealtad, había protegido a uno de los principales conspiradores, su amigo personal, quien había caído en su poder, y había facilitado su escapada. El gobernador, indignado por esta actuación, no escuchó ninguna explicación, y ordenó que el delincuente regresara al distrito de Popayán. Fue una decisión valiente, en la precaria situación en la que se encontraba su propia suerte.

A medida que el gobernador continuaba su marcha, era bien recibido por el pueblo en su camino, y cuando entró en el distrito de San Miguel y de Trujillo fue recibido con entusiasmo leal por los habitantes, que reconocieron inmediatamente su autoridad, aunque mostraron poca prisa en arriesgarse con él en el conflicto que se avecinaba.

Después de permanecer un largo tiempo en cada uno de estos lugares, reanudó su marcha y llegó al campamento de Alvarado en Huaura a principios de 1542. Holguín había plantado su propio campamento a cierta distancia de su rival, junto entre estos dos capitanes, como de costumbre, habían surgido rencillas, ya que ambos aspiraban al mando supremo de capitán general del ejército. Podría parecer que el puesto de gobernador que había sido concedido a Vaca de Castro incluía el de comandante en jefe de las fuerzas. Pero De Castro era un estudioso, formado en leyes, y por mucha autoridad que pudiera atribuirse en cuestiones civiles, los dos capitanes imaginaron que cedería la parte militar a manos de otros. Conocían poco del carácter de este hombre.

Aunque no poseía más ciencia militar que la propia de un caballero de aquella época marcial, el gobernador sabía que reconocer su ignorancia y ceder el manejo de los asuntos a manos de otros dañaría enormemente su autoridad, si no le llevaba al desacato de los turbulentos espíritus con los que ahora se encontraba. Tenía tanto la sagacidad como el espíritu y confiaba en ser capaz de suplir sus deficiencias con la experiencia de otros. Su posición puso a los hombres más hábiles del país a su disposición, y con la ayuda de sus consejos se sentía suficientemente competente como para decidir su plan de operaciones y ponerlo en práctica. Sabía además que la única manera de dirimir la confrontación de las dos partes en la crisis actual era asumir él mismo el mando que la había originado.

A pesar de esto se acercó a sus dos ambiciosos oficiales con gran cautela, y las indagaciones que realizó a través de algunas personas juiciosas que estaban en las mejores relaciones con ellos tuvieron tanto éxito que ambos fueron convencidos en poco tiempo para que renunciaran a sus pretensiones en favor suyo. Holguín, el menos razonable de los dos, le esperó en el campamento de su rival, donde el gobernador tuvo además la satisfacción de reconciliarle con Alonso de Alvarado. Fue necesaria cierta habilidad, ya que la rivalidad entre los dos había alcanzado a tal punto que habían llegado a retarse.

Después de haber restaurado de esta manera la armonía, el licenciado pasó al campamento de Holguín, donde fue recibido con salvas de artillería y aclamaciones de «¡Viva el Rey!», por parte de la leal soldadesca. Ascendiendo a una plataforma cubierta con terciopelo, lanzó una animada arenga a las tropas, el secretario leyó su comisión en voz alta y el pequeño ejército le rindió obediencia como representante de la Corona.

El siguiente paso de Vaca de Castro fue enviar a la mayor parte de su fuerza en dirección a Jauja, al tiempo que, a la cabeza de una pequeña división, se dirigía hacia Lima. Aquí fue recibido con vivas muestras de alegría por los ciudadanos, que estaban profundamente unidos a la causa de Pizarro, el fundador y constante patrón de su capital. Ciertamente, los ciudadanos no habían perdido tiempo, después de la marcha de Almagro, en echar a sus títeres de la municipalidad y reafirmar su autoridad. Con esta disposición favorable hacia él, el gobernador no encontró dificultades a la hora de obtener un considerable préstamo de dinero de los habitantes más ricos. Pero tuvo menos suerte, inicialmente, en su petición de caballos y armas, ya que la cosecha había sido ya recogida con demasiado éxito por los hombres de Chile. Sin embargo, como prolongó su estancia por algún tiempo en la capital, obtuvo importantes suministros antes de abandonarla, tanto de armas como de munición, al mismo tiempo que sumó a sus fuerzas un considerable número de reclutas[145].

Y mientras estaba ocupado con todo esto, recibió noticias de que el enemigo había abandonado Cuzco y se encontraba en su marcha hacia la costa. Abandonando, por tanto, Los Reyes, con sus fieles seguidores, Vaca de Castro marchó inmediatamente hacia Jauja, el punto de encuentro acordado. Aquí reunió a sus fuerzas y descubrió que ascendían a unos setecientos hombres. La caballería, en la que se encontraba su fuerza, era superior en número a la de su oponente, pero no estaban tan bien montados ni armados. Estaba compuesta por muchos caballeros de nacimiento y soldados de probada calidad, además de unos cuantos que como se jugaban mucho, ya que tenían grandes posesiones en el país, las habían dejado ante la llamada del gobierno para alistarse bajo su estandarte[146]. Su infantería, además de las picas, estaba igualmente bien provista de armas de fuego, pero no tenía nada que mostrar en artillería, excepto tres o cuatro falconetes mal montados. Sin embargo, a pesar de estas deficiencias, el ejército real, si una fuerza tan insignificante merece este nombre, era tan superior en

número a su rival, que se podría pensar, en general, que los rivales estaban igualados[147].

El lector, familiarizado con los enormes números que se utilizan en las guerras europeas, puede que se sonría ante las tristes fuerzas de los españoles. Pero en el Nuevo Mundo, donde una incontable hueste de nativos valía poco, quinientos europeos bien entrenados suponían un cuerpo formidable. Ningún ejército, hasta el período que nos ocupa, había superado los mil hombres. Sin embargo, no es el número, como ya he recalcado, lo que da importancia al conflicto, sino las consecuencias que dependen del resultado del mismo, la magnitud de lo que está en juego y la habilidad y el coraje de los que actúan. Incluso cuanto más limitados sean los medios, mayor puede ser la ciencia que se muestre en el uso de los mismos, hasta el punto de que, olvidando la pobreza de los materiales, fijemos nuestra atención en la conducta de los protagonistas y la grandeza de los resultados.

Mientras tanto en Jauja, Vaca de Castro recibía una embajada de Gonzalo Pizarro, regresado de su expedición a la «Tierra de la canela», en la que este jefe ofrecía sus servicios en la contienda que se avecinaba. La respuesta del gobernador mostraba que no estaba completamente en contra de llegar a un acuerdo con Almagro siempre que se realizara sin comprometer la autoridad real. Quizá deseaba evitar la prueba final de una batalla, considerando que, por la igualdad de las fuerzas en contienda, el resultado sería enormemente dudoso. Sabía que la presencia de Pizarro, el detestado enemigo de los hombres de Almagro, en el campo provocaría la desconfianza en sus pechos, lo que seguramente echaría al traste cualquier intento de acuerdo. Tampoco es probable que el gobernador quisiera tener un espíritu tan impaciente dentro de su propio consejo. Por tanto, envió un mensaje a Gonzalo, agradeciéndole la prontitud de su apoyo, pero declinándolo cortésmente, al mismo tiempo que le aconsejaba que se quedara en su provincia y reposara después de las fatigas de su agotadora expedición. Igualmente le aseguraba que no dudaría en solicitar sus servicios cuando fuera necesario. El altivo caballero quedó enormemente disgustado con este rechazo[148].

El gobernador recibió una relación de los movimientos de Almagro que le llevó a suponer que se estaba preparando para ocupar Gaumanga, una plaza fortificada de fuerza considerable, a unas treinta leguas de Jauja[149]. Ansioso por mantener este lugar, levantó su campamento y, a marchas forzadas, llevadas a cabo de una forma tan irregular que seguramente le

hubieran puesto en gran peligro de haber estado cerca el enemigo para aprovecharse de ello, consiguió anticiparse a Almagro y se lanzó a la plaza mientras que su contrincante estaba en Bilcas, a unas diez leguas de distancia.

En Guamanga, Vaca de Castro recibió otra embajada de Almagro, con el mismo mensaje que la anterior. El joven jefe reprobaba de nuevo las hostilidades entre hermanos de la misma familia y proponía un acuerdo de las discrepancias sobre las mismas bases que anteriormente. En esta ocasión el gobernador condescendió a responder a esta proposición. Se puede pensar, por su respuesta, que sentía cierta compasión por el joven e inexperto Almagro y que estaba dispuesto a hacer distinciones entre él y los principales conspiradores, siempre y cuando pudiera separarle de los intereses de aquellos. Pero lo más probable es que tan solo quisiera distraer a su enemigo con la apariencia de una negociación, mientras que ganaba tiempo para socavar la fidelidad de sus tropas.

Insistió en que Almagro debía entregarle a todos los implicados directamente en la muerte de Pizarro y después disolver las tropas. Con estas condiciones el gobierno no tendría en cuenta sus actos de traición y le restauraría el favor real. Junto con esta misión, Vaca de Castro, según se dice, envió a un español, disfrazado de indio, que tenía la misión de ponerse en comunicación con ciertos oficiales en el campamento de Almagro y convencerles, si era posible, de que abandonaran su causa y volvieran a su alianza. Desgraciadamente, el disfraz del emisario fue detectado. Fue atrapado, torturado y después de haber confesado todo el plan fue colgado como espía.

Almagro expuso el plan ante sus capitanes. Los términos que había exigido el gobernador eran tales que ningún hombre con un poco de honor en su naturaleza podía tener en cuenta ni por un momento, y la indignación de Almagro, así como la de sus compañeros, aumentó con la doblez de su enemigo, que practicaba artes tan insidiosas, al tiempo que entraba ostensiblemente en una negociación abierta y sincera. Temerosos quizá de que las tentadoras ofertas de su contrincante pudieran prevalecer sobre la constancia de algunos de los espíritus más débiles entre ellos, exigieron que se rompieran todas las negociaciones y que se les condujera inmediatamente contra el enemigo[150].

El gobernador, mientras tanto, viendo que el abrupto terreno alrededor de Guamanga era poco favorable para su caballería, de la que más dependía,

retiró sus fuerzas a las tierras bajas de alrededor, conocidas como los llanos de Chupas. Era la época del año de las tempestades, y durante varios días las tormentas descargaron con fuerza sobre las colinas, barriendo las laderas hacia el valle, mientras derramaban lluvia, aguanieve y nieve sobre los pobres soldados que dormían al raso hasta que quedaron empapados hasta los huesos y casi rígidos por el frío[151]. Finalmente, el 16 de septiembre de 1542, los exploradores trajeron noticias de que las tropas de Almagro estaban avanzando, aparentemente con la intención de ocupar las tierras altas alrededor de Chupas. La guerra contra los elementos había remitido por fin y fue seguida por uno de esos días brillantes que tan solo se encuentran en los trópicos. El bando real se puso pronto en marcha, ya que Vaca de Castro estaba deseoso de asegurarse las alturas que dominaban el valle, destacó un cuerpo de arcabuceros para este servicio, apoyados por un cuerpo de caballería, al que pronto siguió el resto de las fuerzas. Al llegar a la prominencia, le trajeron noticias de que el enemigo se había detenido y se había establecido en una posición fuerte a menos de una legua de distancia.

Ya estaba avanzada la tarde y no le quedaban más que dos horas de sol. El gobernador dudó si comenzar la acción cuando iban a ser cubiertos por la noche tan pronto. Pero Alonso de Alvarado le aseguró que «Ahora era el momento, porque los ánimos de sus hombres estaban calientes para la lucha y era mejor beneficiarse de ello que sofocar su ardor con la demora». El gobernador accedió, exclamando al mismo tiempo, «¡Ojalá que por el poder de Josué se detuviera el sol en su curso!»[152]. Después dispuso su pequeño ejército en orden de batalla e hizo los preparativos para el ataque.

En el centro situó la infantería, compuesta de arcabuceros y lanceros, que conformaban la *batalla*, como era llamada. En los flancos dispuso a la caballería, poniendo el flanco derecho, junto con el estandarte real, bajo las órdenes de Alonso de Alvarado, y el izquierdo bajo las de Holguín, apoyado por un valiente grupo de caballeros. Su artillería, demasiado insignificante para ser tenida demasiado en cuenta, también se puso en el centro. Se proponía liderar la vanguardia y romper la primera lanza con el enemigo, pero fue disuadido de este caballeroso alarde por sus oficiales, quienes le recordaron que de su vida dependía demasiado para exponerla así de forma gratuita. El gobernador se contentó, por tanto, con liderar un cuerpo de reserva, formado por cuarenta caballos, para actuar en cualquier parte en que lo requiriera la ocasión. Este batallón, que incluía la flor y nata de su caballería, salió principalmente de las tropas de Alvarado, para gran

descontento de este capitán. El gobernador cabalgaba una montura negra como el carbón, y vestía un sobreveste de brocado sobre su cota, a través del cual se veía el hábito y los emblemas de la caballeresca orden de Santiago, que le había sido conferida justo antes de su partida de Castilla[153]. Era una cuestión de honor entre la caballería de la época enfrentar el peligro desplegando su propio rango con todo el esplendor de su atuendo militar y de la armadura de sus caballos.

Antes de comenzar el ataque, Vaca de Castro dirigió unas pocas indicaciones a sus soldados, para eliminar la vacilación que quizás algunos pudieran sentir, ante el recuerdo del desagrado mostrado por el emperador tanto hacia los vencedores como hacia los vencidos después de la batalla de Las Salinas. Les dijo que sus enemigos eran rebeldes. Estaban en armas contra él, el representante de la Corona, y era su deber aplastar esta rebelión y castigar a los autores de la misma. Después hizo que se leyera la ley en voz alta, proclamando la condena de los traidores. Por esta ley, Almagro y sus seguidores habían perdido el derecho a sus vidas y a sus propiedades y el gobernador prometió distribuir estas últimas entre aquellos de sus hombres que mostraran mayores méritos para ello con su conducta en la batalla. Esta diplomática promesa final hizo desvanecerse los escrúpulos de los más exigentes, y después de haber terminado sus preparativos de la manera más juiciosa y marcial, Vaca de Castro dio orden de avanzar[154].

A medida que las tropas superaban un alto de las colinas, que hasta ahora les había ocultado de sus enemigos, fueron entrando en su campo de visión, formados a lo largo de la cresta de una suave prominencia, con sus estandartes blancos como la nieve, los colores distintivos de los hombres de Almagro, flotando sobre sus cabezas y sus brillantes armas reflejando los rayos del sol de la tarde. La disposición de las tropas de Almagro era igual a la de su adversario. En el centro se encontraba su excelente artillería, cubierta por sus arcabuceros y lanceros, mientras que su caballería cabalgaba en los flancos. Se proponía liderar él mismo las tropas del flanco izquierdo. Había elegido su posición con juicio, ya que las características del terreno le daban carta blanca para utilizar sus cañones, que abrieron un efectivo fuego sobre sus enemigos a medida que se acercaban. Sacudido por la tormenta de fuego, Vaca de Castro vio la dificultad de avanzar de forma abierta ante las baterías del enemigo. Tomó consejo, por tanto, de Francisco Carvajal, quien se ocupó de llevar las tropas por una ruta más larga, pero más segura. Esta es la primera ocasión en la que aparece el nombre de este

veterano en estas guerras americanas, donde más tarde adquiriría una triste notoriedad. Había llegado al país después de las campañas de cuarenta años en Europa, donde había estudiado el arte de la guerra bajo el gran capitán Gonzalo de Córdoba. Aunque ahora era de edad avanzada, poseía todo el coraje y la indómita energía de la juventud y dio buen ejemplo de las lecciones que había estudiado de su gran comandante.

Aprovechándose de una ruta serpenteante que rodeaba el declive de las colinas, condujo a sus tropas de tal manera que hasta que estaban bastante cerca del enemigo quedaban protegidos por el terreno que había entre medias. Mientras avanzaban de esta manera, fueron atacados en el flanco izquierdo por los batallones indios bajo las órdenes de Paullo, el hermano del inca Manco, pero un cuerpo de mosqueteros, dirigiendo un fuego irregular sobre ellos, pronto libró a los españoles de esta molestia. Cuando, finalmente, las tropas reales superando la colina vieron de nuevo las líneas de Almagro, la artillería abrió fuego sobre ellos con un efecto fatal. Sin embargo, no fue más que por un momento, ya que por alguna razón inexplicable los cañones estaban apuntados con tal ángulo que, pese a presentar una diana clara, la mayor parte de los tiros pasaron sobre sus cabezas. No queda claro si esto se debió a una traición o simplemente a una torpeza. La artillería estaba bajo las órdenes del ingeniero Pedro de Candia. Este hombre, quien, debe recordarse, era uno de los trece que tan valientemente se había mantenido junto a Pizarro en la isla de Gallo, había luchado siempre hombro con hombro con su líder a lo largo de la conquista. Últimamente, sin embargo, había desarrollado cierto disgusto con él y había tomado parte por la facción de Almagro. Quizá pensara que la muerte de su antiguo comandante había saldado todas las deudas y ahora estaba dispuesto a retomar su antigua alianza. Al menos, se dice, que en esta época mantenía correspondencia con Vaca de Castro. El mismo Almagro parece no haber tenido ninguna duda de su traición, ya que, después de reprenderle en vano por su actual conducta, le atravesó el cuerpo y el desgraciado caballero cayó sin vida en el campo. Después, lanzándose él mismo sobre uno de los cañones, modificó su dirección y con tanto éxito que la descarga derribó a varios caballeros[155].

El fuego cobró ahora una mayor efectividad y con una andanada barrió una línea entera de la infantería real, y aunque otros rápidamente se adelantaron para llenar el hueco, los hombres, impacientes ante sus sufrimientos, gritaron con fuerza a las tropas, que se habían detenido por un

momento, para que aceleraran su avance[156]. Este retraso estaba provocado por el deseo de Carvajal de traer sus propios cañones para dirigirlos contra las columnas de enfrente. Pero este plan se abandonó rápidamente, la artillería pesada quedó tirada en el campo y se ordenó a la caballería que cargara, sonaron las trompetas y gritando sus gritos de guerra los valientes caballeros hincaron espuelas en sus monturas y cabalgaron a pleno galope contra el enemigo.

Hubiera sido bueno para Almagro haberse mantenido firme en un puesto que le daba tanta ventaja. Pero por un falso arrebato de honor pensó que era un menoscabo para un valiente caballero esperar pasivo el ataque, y ordenando a sus hombres que cargaran, los batallones enfrentados, lanzándose rápidamente uno contra otro, se encontraron en mitad de la llanura. El choque fue terrible. Los caballos y los jinetes se tambalearon por la fuerza del mismo. Las lanzas saltaron en astillas[157], y los caballeros, sacando sus espadas o blandiendo sus mazas y hachas, aunque algunos de las tropas reales tan solo iban armados con un hacha común, asestaron sus golpes con toda la furia del odio civil. Fue un enfrentamiento terrible, no solo de hombre contra hombre, sino, utilizando las palabras de un testigo del mismo, de hermano contra hermano y de amigo contra amigo[158]. No se pidió cuartel, porque la brecha, que había sido lo suficientemente grande como para romper los lazos más queridos de la hermandad, no dejó lugar a la humanidad. Las excelentes armas de los hombres de Almagro compensaban su inferioridad numérica, pero los partidarios reales ganaron cierta ventaja disparando a los caballos en lugar de a los cuerpos protegidos de sus enemigos.

La infantería mientras tanto, en ambas partes, mantenía un intenso fuego cruzado de sus arcabuces, que causaba efecto entre las filas de los caballeros, así como uno en otro. Pero la batería de Almagro de armas pesadas, ahora bien dirigida, segaba las columnas a pie a medida que avanzaban. Estos últimos, flaqueando, comenzaron a retirarse ante el terrible fuego, cuando Francisco de Carvajal, lanzándose ante ellos, gritó, «¡Vergüenza, mis hombres! ¿Abandonáis ahora? ¡Soy dos veces más fácil como diana que vosotros!». Era un hombre muy grande, y quitándose su casco de acero y su coraza, para no tener ventaja sobre sus seguidores, se quedó malamente cubierto con su jubón de algodón, cuando, blandiendo la alabarda sobre su cabeza, se lanzó valientemente hacia adelante a través de cegadoras volutas de humo y una tormenta de balas de mosquete, y apoyado

por los más valientes de sus tropas ganó a los artificieros y se hizo con las piezas.

Las sombras de la noche llevaban ya un tiempo haciéndose cada vez más espesas sobre el campo de batalla. Pero la mortal contienda continuaba en la oscuridad; las insignias rojas y blancas indicaban los bandos respectivos, y los gritos de batalla se elevaban por encima del estruendo, «Vaca de Castro y el Rey», «Almagro y el Rey», mientras que ambos invocaban la ayuda de su militar apóstol Santiago. Holguín, quien comandaba a los realistas en su flanco izquierdo, atravesado por dos balas de mosquete, había muerto en la acción anterior. Había resultado muy llamativo a causa de un rico sobreveste de terciopelo blanco sobre su armadura. Un grupo de caballeros aún más valientes mantenían la lucha de forma tan tenaz en esta parte que les fue difícil a los hombres de Almagro mantener el terreno[159].

En el flanco derecho, donde el que dirigía era Alonso de Alvarado, las cosas eran diferentes. Allí se enfrentó directamente a Almagro, quien luchó haciendo honor a su nombre. Con repetidas cargas contra su oponente intentó aniquilar sus escuadrones, mucho peor montados y peor armados que los suyos. Alvarado resistió con un coraje que no disminuyó, pero sus efectivos habían quedado mermados, como ya hemos visto, antes de la batalla, para proveer al gobernador una reserva y limpiamente sobrepasado por la fuerza superior de su adversario, quien ya había ganado dos de los pendones reales, fue cediendo lentamente terreno. «¡Prended pero no matéis!», gritaba el generoso y joven jefe, quien se sentía seguro de la victoria[160].

Pero en este momento crítico, Vaca de Castro, quien con su reserva había ocupado un terreno elevado que dominaba el campo de acción, era plenamente consciente de que había llegado el momento de tomar parte en el combate. Durante mucho rato había aguzado los ojos para atisbar a través de las penumbras los movimientos de los combatientes y recibía constantes noticias de cómo iba la lucha. No lo dudó más, por lo que, llamando a sus hombres para que le siguieran, se dirigió audazmente a lo más espeso de la *mêlée*[*] para apoyar a su incondicional oficial. La llegada al campo de nuevas tropas, frescas para la acción, dio la vuelta a la marea[161]. Los hombres de Alvarado se animaron y se reagruparon. Los de Almagro, a pesar de verse desplazados por la furia del ataque, volvieron rápidamente contra sus atacantes. Trece de los caballeros de Vaca de Castro cayeron muertos de sus sillas. Pero fue el último esfuerzo de los hombres de

Almagro. Su fuerza, aunque no así su espíritu, les falló. Se dispersaron en todas las direcciones y mezclándose todos en la oscuridad, caballos, infantería y artillería, se tropezaban unos con otros, mientras intentaban escapar como bien podían de la presión de sus perseguidores. Almagro intentó de todo para hacerlos resistir. Realizó milagros de valor, dicen los que lo presenciaron, pero fue arrastrado por la marea y aunque parecía cortejar la muerte, por la libertad con que se exponía al peligro, escapaba sin herida.

Hubo otros en su compañía, y entre ellos un joven caballero llamado Gerónimo de Alvarado, quienes obstinadamente se negaron a abandonar el campo y gritando: «¡Nosotros matamos a Pizarro! ¡Nosotros matamos al tirano!», se lanzaron sobre las lanzas de sus conquistadores, prefiriendo la muerte en el campo de batalla que el ignominioso destino de la horca[162].

Eran las nueve cuando terminó la batalla, aunque se siguieran escuchando disparos a intervalos sobre el campo de batalla hasta mucho más tarde, a medida que algunas partidas de fugitivos rezagadas eran alcanzadas por sus perseguidores. Sin embargo, muchos consiguieron escapar en la oscuridad de la noche, mientras que algunos, según se dice, lograron eludir la persecución de una forma más curiosa, arrancando las insignias a los cuerpos de los enemigos, y poniéndoselas ellos mismos y mezclándose entre las filas de los seguidores de Vaca de Castro, se unieron a la persecución.

Este comandante, finalmente, temiendo algún accidente perjudicial y que los fugitivos, de reagruparse bajo la cubierta de la noche, pudieran inflingir algunas pérdidas a sus perseguidores, hizo que sonaran las trompetas y reunió sus fuerzas desperdigadas bajo sus estandartes. Toda la noche se quedaron armados en el campo, tan recientemente escenario de una ruidosa lucha, y ahora cubierto por un silencio que rompían únicamente los gemidos de los heridos y de los moribundos. Los nativos, que habían acechado durante toda la lucha como una nube oscura alrededor de las faldas de las montañas, contemplando con sombría satisfacción la destrucción de sus enemigos, se aprovecharon ahora de la oscuridad para descender, como una manada de lobos hambrientos, sobre la llanura, donde despojaron a los cuerpos de los muertos, e incluso a los desgraciados que estaban vivos pero impedidos, quienes en vano se habían arrastrado hacia los arbustos para ocultarse. La mañana siguiente, Vaca de Castro dio órdenes de que los heridos, aquellos que no habían muerto con la fría

humedad de la noche, fueran puestos bajo el cuidado de los cirujanos, mientras que los sacerdotes se ocupaban de administrar la confesión y la absolución a los moribundos. Se cavaron cuatro grandes tumbas o pozos, en los que se amontonaron juntos los cuerpos de los muertos, los conquistadores y los conquistados, indiscriminadamente. Pero los restos de Álvarez de Holguín y otros más fueron enterrados con la solemnidad propia de su rango, y los pendones andrajosos ganados a los derrotados compatriotas ondeaban sobre su monumento, como tristes trofeos de su victoria.

El número de los muertos varía en los diferentes recuentos, de trescientos a quinientos en ambos bandos[163]. La mortandad fue mayor entre los conquistadores, quienes sufrieron más por los cañones del enemigo antes de la acción que los segundos sufrieron en la huida que siguió. El número de los heridos era aún mayor, y la mitad de los supervivientes del lado de Almagro fueron hechos prisioneros. Ciertamente, muchos escaparon del campo a la ciudad vecina de Guamanga, donde se refugiaron en iglesias y monasterios. Pero no se respetó su asilo y los sacaron y arrojaron en prisión. Su valiente y joven comandante huyó con unos pocos seguidores tan solo hasta Cuzco, donde fue inmediatamente arrestado por los magistrados que él mismo había puesto en la ciudad[164].

En Guamanga, Vaca de Castro designó una comisión, con el licenciado Gama a la cabeza, para juzgar a los prisioneros, y la *justicia* no quedó satisfecha hasta que cuarenta de ellos fueron condenados a muerte y otros treinta, algunos de ellos con la pérdida de uno o más de sus miembros, fueron enviados al destierro[165]. Represalias tan severas han sido demasiado comunes entre los españoles en sus contiendas civiles. Es extraño que se lancen tan ciegamente a estas, con el terrible destino que espera a los vencidos.

Del escenario de esta sangrienta tragedia, el gobernador se trasladó a Cuzco, donde entró a la cabeza de sus batallones victoriosos, con toda la pompa y el despliegue militar de un conquistador. Mantenía una pompa que correspondía con su modo de vida, lo que le costó el desprecio de algunos, que contrastaban sarcásticamente esta ostentosa profusión con las austeras reformas que posteriormente introdujo en las finanzas[166]. Pero Vaca de Castro era sensible al efecto de este despliegue externo en el pueblo en general y no desdeñó ningún medio para infundirle autoridad a su puesto. Su primer acto fue decidir el destino de su prisionero Almagro. Se reunió

un consejo. Algunos optaban por perdonar al desgraciado jefe, en consideración a su corta edad y a la fuerte provocación que había recibido. Pero la mayoría eran de la opinión de que su muerte era indispensable para la tranquilidad permanente del país.

Cuando le condujeron a la ejecución en la gran plaza de Cuzco, el mismo lugar donde su padre había muerto tan solo unos años antes, Almagro mostró la más perfecta compostura, aunque, cuando el heraldo proclamó en alto la condena del traidor, este negó con indignación que lo fuera. No apeló a la merced de sus jueces, sino que simplemente solicitó que sus huesos fueran colocados junto a los de su padre. Rechazó que le taparan los ojos, como era habitual en tales ocasiones, y después de confesarse abrazó devotamente la cruz, y entregó su cuello al golpe del verdugo. Sus restos, de acuerdo con su petición, fueron depositados junto a los de su desgraciado padre[167].

Ciertamente ha habido pocos nombres tan poco afortunados en la historia como el de Almagro. Sin embargo, el destino del hijo provoca una simpatía mayor que el del padre, y esto no solo por su juventud y las circunstancias particulares de su situación. Poseía muchas de las buenas cualidades del viejo Almagro, con un carácter franco y viril, en el que el comportamiento del soldado quedaba un tanto atenuado por el refinamiento de una mejor educación que la que se puede encontrar en el libertinaje de un campamento. Su carrera, aunque corta, ofrecía una promesa de talento considerable que tan solo necesitaba un buen campo para desarrollarse. Pero era un hijo de la desgracia y en el amanecer de su vida se vio cubierto por nubes de tormenta. Si su carácter, de naturaleza benigna, mostraba algunas veces las fieras chispas del vengativo espíritu indio, se puede encontrar cierta excusa no solo en su sangre, sino en las circunstancias de su situación. Sufrió más pecados de los que cometió y si alguna vez pudiera encontrarse justificación para la conspiración, sería en un caso como este, donde, empujado por las injurias acumuladas sobre su padre y sobre sí mismo, no pudo obtener reparación de la única parte donde tenía derecho a buscarla. Con él se extinguió el nombre de Almagro, y la facción de Chile, durante tanto tiempo el terror del lugar, murió para siempre.

Mientras que estos acontecimientos tenían lugar en Cuzco, el gobernador supo que Gonzalo Pizarro había llegado a Lima, donde se mostró enormemente descontento con el estado de las cosas en Perú. Abiertamente se quejó de que el gobierno del país, después de la muerte de su hermano,

no hubiera sido puesto en sus manos, y, como alguien comentó, estaba meditando planes para apoderarse del mismo. Vaca de Castro sabía bien que no faltarían malos consejeros que azuzaran a Gonzalo para que diera ese paso desesperado y, ansioso por extinguir la chispa de la insurrección antes de que se viera avivada por estos turbulentos espíritus y convertida en llama, destacó un fuerte grupo a Lima para asegurar la capital. Al mismo tiempo ordenó que Gonzalo Pizarro se presentara en Cuzco.

Este caudillo no pensó que fuera prudente desdeñar el llamamiento, y poco después entró en la capital inca a la cabeza de un cuerpo bien armado de caballeros. Fue admitido inmediatamente a presencia del gobernador, momento en el que este despidió a la guardia diciendo que no tenía nada que temer de un valiente y leal caballero como Pizarro. Después le interrogó sobre sus últimas aventuras en Canelas y mostró gran simpatía ante sus extraordinarios sufrimientos. Se cuidó mucho de no provocar sus celos con alusión alguna sobre sus ambiciosos planes y concluyó recomendándole que, ahora que la tranquilidad del país estaba restablecida, se retirara a sus valiosos estados de Charcas y buscara el reposo que tanto necesitaba. Gonzalo Pizarro, al ver que no había fundamento para una confrontación abierta con el frío y diplomático gobernador y sintiendo probablemente que no tenía, por lo menos ahora, fuerza suficiente como para garantizarla, consideró que era prudente aceptar el consejo y retirarse a La Plata, donde se ocupó en trabajar las ricas minas de plata que pronto le pusieron en situación para una empresa más memorable que cualquiera de las que hasta ahora había intentado[168].

Tras haberse deshecho de este formidable competidor, Vaca de Castro se ocupó de las medidas para la colonización del país. Comenzó con su ejército, una parte del cual estaba desperdigado. Pero muchos caballeros seguían presionando con sus reclamaciones de una recompensa adecuada por los servicios prestados. No estaban dispuestos a que se las infravalorara y el gobernador se alegró de librarse de sus insistencias empleándolos en expediciones distantes, entre las que se encontraba la exploración del país bañado por el Río de la Plata. Los ardientes bríos de los fogosos caballeros, sin que fuera necesario mucho aire que les aventara, hubieran puesto el país de nuevo en poco tiempo en estado de fermentación.

Su siguiente preocupación fue proporcionar leyes para el mejor gobierno de la colonia. Se preocupó especialmente del estado de la población india y fundó escuelas para enseñarles el cristianismo. Mediante varias

disposiciones, intentó protegerlos de las exacciones de sus conquistadores y animó a los pobres nativos a que cambiaran su residencia a las comunidades de los hombres blancos. Ordenó a los caciques que proporcionaran provisiones para los *tambos*, o casas para el alojamiento de los viajeros, que caían en sus cercanías, eliminando con esta reglamentación una excusa plausible para la rapiña de manos de los españoles y promoviendo enormemente la facilidad del intercambio. Vigiló con atención las finanzas enormemente ruinosas a causa de los últimos problemas y en varios casos redujo lo que consideró que eran *repartimientos*[*] excesivos entre los conquistadores. Esto último le expuso a mucho odio por parte de quienes lo sufrieron. Pero sus medidas eran tan justas e imparciales que fue apoyado por la opinión pública[169].

Ciertamente, la conducta de Vaca de Castro, desde el momento de su llegada al país, había sido tal que había provocado el respeto y había demostrado su competencia en el difícil puesto para el que había sido elegido. Sin fondos, sin tropas, había encontrado el país, a su desembarco, en un estado de anarquía. Sin embargo, con coraje y habilidad, había adquirido gradualmente suficiente fuerza como para sofocar la insurrección. Aunque no era un soldado, había mostrado un espíritu impasible y presencia de ánimo a la hora de la acción, y había realizado sus preparativos militares con una previsión y una discreción que provocaron la admiración en los más experimentados veteranos.

Si bien puede pensarse que abusó de las ventajas de su victoria con crueldad hacia los conquistados, se debe reconocer que no estaba influenciado por motivos de carácter personal. Era un abogado, educado en altas ideas de la prerrogativa real. Contemplaba la rebelión como un delito imperdonable y, si su austera naturaleza era implacable en la exigencia de justicia, vivía en una época de hierro, donde la justicia raras veces estaba templada por la compasión.

En sus posteriores disposiciones para la colonización del país, mostró igual imparcialidad y sabiduría. Los colonos fueron profundamente sensibles a los beneficios de su administración y mostraron la mejor valoración de sus servicios cuando solicitaron a la corte de Castilla que le mantuviera en el gobierno del Perú[170]. Desgraciadamente, no era tal la política de la Corona.

Notas al pie

[134] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 13.– Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 7.– *Declaración de Uscategui*, manuscrito.– *Carta del Maestro, Martín de Arauco*, manuscrito.– *Carta de Fray Vicente Valverde, desde Tumbez*, manuscrito.

[135] Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 4.– *Carta de Benalcazar al Emperador, desde Cali*, manuscrito, 20 de septiembre de 1542.

Benalcazar urgió a Vaca de Castro para que asumiera solo el título de juez y no el de gobernador, lo que entraría en conflicto con las pretensiones de Almagro en esa parte del país que se conocía como Nuevo Toledo y que le había sido legada por su padre, «Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como Governador, sino como Juez de V. M. que venia á desagraciar á los agraviados, porque todos lo rescibirian de buena gana». *Ubi supra.*

[136] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carte de Barrio Nuevo*, manuscrito.– *Carte de Fray Vicente Valverde, desde Tumbez*, manuscrito.

[137] «Siendo informado que andavan ordenando la muerte á Antonio Picado secretario del Marqués que tenian preso, fui á Don Diego é á su Capitan General Joan de Herrada é á todos sus capitanes, i les puse delante el servicio de Dios i de S. M. i que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillandome á sus pies porque no lo matasen: i no bastó que luego dende á pocos dias lo sacaron á la plaza desta cibdad donde le cortaron la cabeza.» *Carte de Fray Vicente de Valverde, desde Tumbez*, manuscrito.

[138] «Quel Señor obispo Fray Vicente de Balverde como persona que jamas ha tenido fin ni zelo al servicio de Dios ni de S. M. ni menos en la conversion de los naturales en los poner é doctrinar en las cosas de nuestra santa fée catholica, ni menos en entender en la paz é sosiego destos reynos, sino á sus intereses propios dando mal ejemplo á todos.» *Carta de Almagro a la Audiencia de Panamá*, manuscrito, 8 de noviembre de 1541. El escritor, debe tenerse en cuenta, era un enemigo personal.

[139] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, caps. 10-14.– Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 147.– *Declaración de Uscategui*, manuscrito.– *Carta de Barrio Nuevo*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 6, lib. 10, cap. 13; dec. 7, lib. 3, caps. 1, 5.

[140] «Hiço mas que su edad requeria, porque seria de edad de veinte i dos años.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 20.

[141] «Y ademas de esto hiço armas para la Gente de su Real, que no las tenia, de pasta de Plata, i Cobre, mezclado, de que salen mui bueno Coseles: haviendo corregido, demàs de esto, todas las armas de la Tierra; de manera, que el que menos Armas tenia entre su Gente, era Cota, i Coracinas, ò

Coselete, i Celadas de la mesma Pasta, que los Indios hacen diestramente, por muestras de las de Milàn.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 14.

142 «Hombres de armas con tan buenas celadas borgoñesas como se hacen en Milan.» *Carta de Ventura Beltrán al Emperador, manuscrito, desde Vilcas*, 8 de octubre de 1542.

143 «El artilleria hera suficiente para hazer bateria en el castillo de Burgos.» *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la pregunta 38 de la informacion hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.

144 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–*Declaracion de Uscategui*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 2, cap. 13.–*Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador, San Joan de la Frontera*, manuscrito, 24 de septiembre de 1542.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, caps. 1-2.

145 *Declaración de Uscategui*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. I, cap. I.– *Carta de Barrio Nuevo*, manuscrito.– *Carta de Benalcazar al Emperador*, manuscrito.

146 La municipalidad de Arequipa, la mayoría de cuyos miembros estaban en el ejército, defendió con vehemencia las reclamaciones de una compensación por haber abandonado de forma tan inmediata sus fincas y haber tomado las armas ante la llamada de su gobernador. Sin esa recompensa, decían, su ejemplo patriótico no sería seguido a menudo.

147 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 15.– *Carta de Barrio Nuevo*, manuscrito.

Carvajal señala la diplomacia con la que este comandante sobornó a los reclutas para su servicio, pagándoles con promesas y bellas palabras cuando le fallaba el dinero contante y sonante. «Dando á unos dineros, é á otros armas i caballos, i á otros palabras, i á otros promesas, i á otros graziosas respuestas de lo que con él negoziaban para tenerlos á todos muy conttentos i presttos en el servicio de S. M. quando fuese menestter.» *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro* .

148 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 15.

149 Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 85.

150 *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 16.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, cap. 8.– *Carta de Ventura Beltrán*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 149.

151 «Tuvieron tan gran tempestad de agua, Truenos, i Nieve, que pensaron perecer; i amaneciendo con dia claro, i sereno.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, cap. 8.

152 «Yasi Vaca de Castro signió su parescer, temiendo toda via la falta del Dia, i dijo, que quisiera tener el poder de Josue, para detener el Sol.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 18.

153 «I visto esto por el dicho señor Governador, mandó dar al arma á miui gran priesa, i mando á este testigo que sacase toda la gente al campo, i el se entró en su tienda á se armar, i dende á poco salió della encima de un cavallo morcillo rabicano armado en blanco i con una ropa de brocado encima de las armas con el abito de Santiago en los pechos.» *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.

154 Las palabras del gobernador, dice Carvajal, quien fue testigo de su efecto, animaron el corazón de sus tropas, de tal manera que fueron a la batalla como a un baile. «En pocas palabras comprehendió tan grandes cosas que la gente de S. M. Covró tan grande animo con ellas, que tan determinadamente se partieron de alli para ir á los enemigos como si fueron á fiestas donde estuvieran convidados.» *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal, sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.

155 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, caps. 17, 19.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, cap. 11.– *Dicho del Capitán Francisco Carvajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.– *Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador*, manuscrito.– *Carta de Ventura Beltrán*, manuscrito.– *Declaración de Uscategui*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 149.

Según Garcilaso, cuyas baterías generalmente hacen más daño que las de cualquier otra autoridad, diecisiete hombres cayeron con este maravilloso disparo. Véase *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, cap. 16.

156 Los oficiales llevaban a los hombres, según Zárate, a punta de espada, para que ocuparan el lugar de sus camaradas caídos. «Porque vn tiro llevo toda vna hilera hiço abrir el Escuadron, i los Capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenaçando de muerte à los Soldados, con las Espadas desenvainadas, i se cerrò.» *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. I.

157 «Se encontraron de suerte, que casi todas las lanças quebraron, quedando muchos muertos, i caidos de ambas partes.» *(Ibid., ubi supra.)* Zárate escribe en esta ocasión con el espíritu y la fuerza de Tucídides. No estaba presente, pero llegó al país al año siguiente, cuando recabó los detalles de la batalla de la gente mejor informada que había allí, a quien podía acceder gracias a su posición.

158 En lenguaje de los mismos conquistadores, quienes en su carta al emperador comparan la acción a la gran batalla de Rávena. «Fue tan reñida i porfiada, que después de la de Rebena, no se ha visto entre tan poca gente mas cruel batalla, donde hermanos á hermanos, ni deudos a deudos, ni

amigos á amigos no se davan vida uno á otro.» *Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador*, manuscrito.

159 La batalla estuvo tan igualada, dice Beltrán, uno de los capitanes de Vaca de Castro, que durante mucho tiempo fue dudoso hacia qué lado se inclinaría la victoria. «I la batalla estuvo mui gran rato en peso sin conoscerse vitoria de la una parte á la otra.» *Carta de Ventura Beltrán*, manuscrito.

160 «Gritaba, Victoria; i decia, Prender i no matar.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 3, cap. II.

* En francés en el original.

161 La carta de la municipalidad de Arequipa da al gobernador los honores por decidir el destino de ese día con este movimiento, y el escritor expresa su «admiración por el valor y coraje que desplegó, de lo poco que se podía esperar por su edad y profesión».

162 «Se arrojaron en los Enemigos, como desesperados, hiriendo á todas partes diciendo cada vno por su nombre: Yo soi Fulano, que matè al Marquès; i asi anduvieron hasta que los hicieron pedaços.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 19.

163 Zárate calcula el número en trescientos. Uscategui, que pertenecía al bando de Almagro y Garcilaso, ambos lo calculan en quinientos.

164 Los detalles del acontecimiento han sido sacados de Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Ventura Beltrán*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, caps. 17-20.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.– *Dicho del Capitán Francisco de Carvajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, á favor de Vaca de Castro*, manuscrito.– *Carta del Cabildo de Arequipa al Emperador*, manuscrito.– *Carta de Barrio Nuevo*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 149.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 3, caps. 15-18.– *Declaración de Uscategui*, manuscrito.

Muchas de estas autoridades estaban presentes en persona en el campo de batalla y es extraño que los detalles de la batalla estén sacados de un testimonio más auténtico. El estudiante de historia no se sorprenderá de que en estos detalles haya la mayor discrepancia.

165 *Declaración de Uscategui*, manuscrito.– *Carta de ventura Beltrán*, manuscrito.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 21.

Los leales burgueses de Arequipa parecen haberse quedado satisfechos con estas ejecuciones. «Si la noche no nos hubiera cogido», decían, aludiendo a la acción en su carta al emperador, «su Majestad no hubiera tenido razón para quejarse, pero lo que se omitió entonces se ha hecho ahora, ya que el gobernador anda descuartizando cada día a algún que otro de los traidores que escaparon en el campo».

166 Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 4, cap. I.

[167] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 21.–Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 6, cap. I.

[168] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 4, cap. I; lib. 6, cap. 3.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 4, cap. 22.

[*] En español en el original.

[169] *Ibid.*, *ubi supra* .–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 6, cap. 2.

[170] «I asi lo escrivieron al Rei la Ciudad de Cuzco, la Villa de la Plata, i otras Comunidades, suplicandole, que los dexase por Governador à Vaca de Castro, como persona, que procedia con rectitud, i que ià entendia el Govierno de aquellos Reinos.» Herrera, *ibid., loc. cit.*

Capítulo VII

Abusos de los conquistadores. Código para las colonias. Gran entusiasmo en Perú. Blasco Núñez, el virrey. Su severa política. Oposición de Gonzalo Pizarro. 1543-1544

Antes de continuar la narración de los acontecimientos del Perú, debemos retornar a la madre patria, donde estaban teniendo lugar grandes cambios con respecto a la administración de las colonias.

Desde su ascensión al trono, Carlos V había estado absorbido principalmente por la política de Europa, donde se había abierto un escenario más estimulante para su ambición que el que podía encontrar en una lucha contra los príncipes bárbaros del Nuevo Mundo. Permitió, por tanto, que en esta región creciera un imperio desatendido, por así decirlo, hasta que llegó un punto en el que se había extendido hasta dimensiones superiores a las de sus dominios europeos y destinado a ser mucho más opulento que estos, en breve plazo. Es cierto que se había diseñado un plan de gobierno y que de vez en cuando se promulgaban leyes para la regulación de las colonias. Pero estas leyes a menudo se acomodaban menos a las necesidades de las colonias mismas que a las de la madre patria y aunque se elaboraban con el mejor de los espíritus se aplicaban de manera imperfecta ya que la voz de la autoridad, por muy alto que se proclamara en casa, demasiado a menudo moría en débiles ecos antes de cruzar las aguas.

El estado de las cosas, y ciertamente el modo en que los territorios españoles en el Nuevo Mundo habían sido originalmente adquiridos, era de

lo más desafortunado tanto para las razas conquistadas como para sus amos. De haber sido las provincias ganadas por los españoles fruto de una adquisición pacífica (de intercambio o de negociación) o de haberse realizado la conquista bajo la dirección directa del gobierno, los intereses de los nativos se hubieran protegido de forma más cuidadosa. Debido a la superior civilización de los indios en las colonias españolas de América, después de la conquista permanecieron en el territorio y se mezclaron en las mismas comunidades con los hombres blancos, constituyendo esta circunstancia un obvio contraste con la situación de nuestros propios aborígenes, quienes, disminuyendo debido al contacto con la civilización, se han retirado a medida que la otra ha avanzado más y más hacia el corazón de la espesura. Pero los indios de Sudamérica estaban mejor preparados gracias a sus anteriores instituciones para una legislación más refinada que la que se podía adaptar a los salvajes cazadores de los bosques, y de haber estado ahí el soberano en persona para supervisar sus conquistas nunca hubiera permitido que una parte tan grande de sus vasallos fuera sacrificada de forma gratuita a la avaricia del puñado de aventureros que los había subyugado.

Pero, tal y como sucedió, la tarea de someter el país fue puesta en manos de individuos irresponsables, soldados de fortuna, aventureros desesperados que entraron en la conquista como si se tratara de un juego, que iban a jugar de la manera menos escrupulosa, preocupándose poco más que de ganarlo. Al recibir escaso apoyo del gobierno, dependían tan solo de su valor para lograr el éxito, y el derecho de conquista, tal y como ellos lo entendían, anulaba cualquier derecho que existiera para los desgraciados nativos. Las tierras y los miembros de las razas conquistadas se dividieron y los vencedores se apropiaron de ellos como legítimos botines de la victoria cometiéndose diariamente ultrajes, ante cuya contemplación se estremece la humanidad.

Estos ultrajes, aunque en ningún lugar se perpetraron a una escala tan terrible como en las islas donde en unos pocos años prácticamente habían aniquilado a la población nativa, fueron de magnitud suficiente en Perú como para provocar la venganza del cielo sobre las cabezas de sus autores, y los indios pudieron sentir que esta venganza no tardó mucho, al contemplar a sus opresores disputando sobre su miserable botín y volviendo las espadas contra ellos mismos. Perú, como ya se ha dicho anteriormente, fue sometida en su mayor parte por aventureros de una clase más baja y

más feroz que los que siguieron el estandarte de Cortés. El carácter de los seguidores era compartido en buena medida por el de los líderes en sus respectivas empresas. Fue una triste fatalidad para los incas, ya que los temerarios soldados de Pizarro eran más apropiados para luchar contra los fieros aztecas que contra los más refinados y afeminados peruanos. Embriagados por una acumulación poco común de poder, y sin la menor noción de las responsabilidades que iban unidas a la posición de señores del país, demasiado a menudo se abandonaron a la indulgencia de cualquier capricho que dictara la crueldad o el capricho. Frecuentemente, dice un testigo poco sospechoso, he visto a los españoles, mucho después de la conquista, entretenerse cazando a los nativos con sabuesos por puro deporte, o ¡para entrenar a sus perros para la caza![171]. Se abrió un campo sin límites al libertinaje. Se arrancaba sin remordimiento a la joven doncella de los brazos de su familia, para gratificar la pasión de su brutal conquistador[172]. Se abrían y violaban las casas sagradas de las vírgenes del sol mientras que los caballeros engrosaban su harén con un séquito de muchachas indias, y parecía que la media luna hubiera sido un símbolo mucho más adecuado para su estandarte que la inmaculada cruz[173].

Pero la pasión dominante de los españoles era el ansia por el oro. Ante esta no se esquivaba ningún esfuerzo y se exigía despiadadamente su trabajo al esclavo indio. Por desgracia, en Perú abundaban las minas que recompensaban demasiado bien este trabajo, y la vida humana era lo que tenía menos valor en la estima de los conquistadores. Bajo los incas, nunca se permitió a los peruanos que holgazanearan, pero la tarea que se les imponía era siempre proporcional a su fuerza. Tenían sus temporadas de descanso y de recuperación y estaban bien protegidos contra las inclemencias del tiempo. Se cuidaba en todo su seguridad personal. Pero los españoles, al tiempo que ponían a prueba, casi hasta el límite, la fuerza del nativo, le privaban de los medios para recuperarse cuando estaba exhausto. Permitieron que las previsoras medidas de los incas cayeran en desuso. Se vaciaron los graneros, se desperdiciaron los ganados, en un ritmo desenfrenado de vida. Se sacrificaron y se mataron muchas llamas tan solo para gratificar un mero capricho epicúreo, solo por los sesos, un delicado bocado, muy apreciado por los españoles[174]. Tan irresponsable era el espíritu de destrucción después de la conquista, dice Ondegardo, el sabio gobernador de Cuzco, que en cuatro años perecieron más de estos animales

que en cuatrocientos, en tiempos de los incas[175]. Los rebaños, en un tiempo tan numerosos sobre el ancho altiplano, se vieron ahora reducidos a un escaso número que se escondía en los refugios de los Andes. Los pobres indios, sin comida, sin la cálida lana que les proporcionaba refugio del frío, vagabundeaban hambrientos y medio desnudos por el altiplano. Ni siquiera a los que habían ayudado a los españoles en la conquista les fue mejor, y más de un noble inca deambulaba como un mendigo por la tierra sobre la que un día gobernaba, y si impulsado casualmente por la necesidad hurtaba algo de la superabundancia de los conquistadores pagaba con una muerte miserable[176].

Es cierto que había hombres buenos, misioneros fieles a su vocación, que trabajaron duramente en la conversión espiritual de los nativos, y que conmovidos por sus desgracias hubieran interpuesto con gusto su brazo para protegerles de sus opresores[177]. Pero demasiado a menudo los eclesiásticos se vieron infectados por el espíritu general de libertinaje, y las órdenes religiosas, que llevaban una vida de lujo en las tierras cultivadas por sus esclavos indios, estaban menos dispuestas a pensar en la salvación de sus almas que en aprovecharse del trabajo de sus cuerpos[178].

Sin embargo, no faltaban hombres buenos y sabios en las colonias que, de vez en cuando, levantaban la voz quejándose contra estos abusos y que llevaban sus quejas hasta el trono. Para crédito del gobierno también ha de decirse que este fue solícito a la hora de obtener toda la información que pudo, tanto de sus propios oficiales como de comisionados enviados expresamente para este propósito, cuyos voluminosos comunicados arrojan un chorro de luz sobre la situación interna del país y proporcionan los mejores materiales para el historiador[179]. Pero resultó mucho más fácil conseguir esta información que sacar provecho de ella.

En 1541, Carlos V, que había estado muy ocupado con sus asuntos en Alemania, volvió a visitar sus ancestrales dominios, donde el estado de sus colonias reclamaba su atención de forma imperiosa. Se presentaron ante él varias relaciones relativas al tema, pero nadie ejerció una presión tan fuerte sobre la conciencia real como Las Casas, posteriormente obispo de Chiapas. Este buen eclesiástico, cuya larga vida estuvo dedicada a esas benevolentes labores que le valieron el honroso título de protector de los indios, acababa de terminar su célebre tratado sobre la Destrucción de las Indias, el informe más destacado, probablemente, que se pueda encontrar sobre la perversidad

humana, pero que, desgraciadamente, pierde mucho de su efecto por la credulidad del escritor y la obvia tendencia a exagerar.

En 1542, Las Casas puso su manuscrito en manos de su real señor. Ese mismo año se celebró un consejo en Valladolid, compuesto principalmente por juristas y teólogos con el fin de idear un sistema de leyes para la reglamentación de las colonias de América.

Las Casas se presentó ante este organismo y desplegó un elaborado razonamiento, del cual tan solo se ha hecho público una parte. En él asume, como premisa fundamental, que los indios eran, por ley de naturaleza, libres, que, como vasallos de la Corona, tenían derecho a su protección y que deberían ser declarados libres a partir de ese momento, sin excepción y para siempre[180]. Mantiene esta premisa con una gran variedad de argumentos que incluye la sustancia de lo mismo que ha sido desde entonces exigido en esta misma causa por los amigos de la humanidad. Hace alusión al terreno de la conveniencia, mostrando que sin la interferencia del gobierno la raza india sería gradualmente exterminada por la opresión sistemática de los españoles. En conclusión, sostiene que si los indios, como se pretendía, no trabajarían a menos que se les obligara, al hombre blanco le seguía interesando cultivar el terreno y que si no fuera capaz de hacerlo, ello no le otorgaría ningún derecho sobre el indio, ya que Dios no permite un mal del que pueda salir un bien[181]. Hay que recordar que esta elevada moral viene de labios de un dominico, en el siglo XVI, uno de la misma orden que fundó la Inquisición y en el mismo país ¡donde el flamígero tribunal se encontraba en ese momento en plena actividad![182].

Los argumentos de Las Casas naturalmente encontraron toda la oposición que se podía esperar de la indiferencia, el egoísmo y el fanatismo. También se resistieron algunas personas entre su audiencia con puntos de vista justos y benevolentes, quienes, al tiempo que admitían lo correcto en general de su razonamiento y sentían profunda compasión ante las afrentas que se les hacían a los indios, dudaban, sin embargo, de si su plan de reforma no estaba repleto de males mayores que aquellos que intentaba corregir. Porque Las Casas era un amigo inflexible de la libertad. Se atrincheraba fuertemente en el terreno del derecho natural y, como algunos reformistas de hoy en día, desdeñaba calcular las consecuencias de desarrollar hasta el final, sin restricciones, esta ley fundamental. Su sincera elocuencia, imbuida del generoso amor por la humanidad y fortalecida con una gran cantidad de datos que no eran fáciles de rebatir, se impusieron sobre sus oyentes. El

resultado de sus deliberaciones fue un código de reglamentos, que, sin embargo, lejos de limitarse a las necesidades de los nativos, hacía especial referencia a la población europea y a la inestabilidad del país. Aquí solo será necesario señalar algunas de las disposiciones que hacían referencia directa a Perú.

Los indios fueron declarados fieles y leales vasallos de la Corona y su libertad como tales fue totalmente reconocida. Sin embargo, para mantener inviolada la garantía de gobierno de los conquistadores, se decidió que quienes legalmente tuvieran esclavos podrían mantenerlos, pero que a la muerte de sus actuales propietarios revertirían a la Corona.

Se dispuso, sin embargo, que en cualquier caso perderían el derecho a los esclavos quienes se mostraran indignos de tenerlos por desatenderlos o por maltratarlos, todos los funcionarios públicos o cualquiera que hubiera tenido cargos bajo el gobierno, los eclesiásticos y las órdenes religiosas y, finalmente, en una amplia cláusula, todos aquellos que hubieran tomado parte de forma criminal en los conflictos entre Pizarro y Almagro.

Además se ordenaba que a los indios se les debería gravar de forma moderada, que no deberían ser obligados a trabajar donde no quisieran y que donde, por circunstancias excepcionales, esto fuera necesario deberían recibir una compensación justa. También se decretó que como los *repartimientos* de tierra eran a menudo excesivos, en tales casos deberían reducirse y que allí donde los propietarios hubieran sido culpables de un notorio abuso de sus esclavos perderían todo el derecho a sus propiedades.

Como Perú siempre había mostrado un espíritu de insubordinación que exigía una mediación más fuerte por parte de la autoridad que en otras colonias, se decidió enviar un virrey a este país, quien ostentaría un rango y estaría dotado de poderes que le pudieran convertir en un representante digno del soberano. Debía ir acompañado de una Audiencia Real, que constaba de cuatro jueces, con amplios poderes de jurisdicción, tanto penal como civil, quienes, además del tribunal de justicia, formarían una especie de consejo para ayudar al virrey. Debía disolverse la Audiencia de Panamá, y el nuevo tribunal, junto con la corte del virrey, debería establecerse en Los Reyes, o Lima, como ya comenzaba a conocerse a partir de entonces la metrópolis del imperio español en el Pacífico[183].

Estas son algunas de las principales características de este notable código, que, tocando las relaciones más delicadas de la sociedad, rompía los mismos cimientos de la propiedad y que de un plumazo, por así decirlo,

convertía a una nación de esclavos en hombres libres. Podemos suponer que hubiera sido suficiente un poco de previsión para adivinar, que en las remotas regiones de América y especialmente en Perú, donde los colonos habían estado acostumbrados hasta ahora a una licencia sin límites, una reforma, tan beneficiosa en puntos esenciales, tan solo se podría poner en marcha de forma tan sumaria, pagando el precio de una revolución. Sin embargo, los reglamentos recibieron la sanción del emperador ese mismo año y en noviembre de 1543 fueron publicados en Madrid[184].

Nada más conocerse su contenido los colonos recibieron comunicación del mismo a través de sus amigos en España. Las noticias se esparcieron como el fuego por la tierra de México a Chile. Los hombres quedaron atónitos ante la ruina que se avecinaba. En Perú, especialmente, no había prácticamente nadie que pudiera esperar escaparse a la aplicación de la ley. Había pocos que no hubieran participado, en un momento o en otro, en las confrontaciones civiles entre Almagro y Pizarro y todavía menos de los que quedaban que no estuviera incluidos en una u otra de las insidiosas cláusulas que parecían extenderse como una telaraña para atraparlos.

Todo el país quedó conmocionado. Los hombres se reunían tumultuosamente en las esquinas y en los lugares públicos y en cuanto se hicieron públicas las disposiciones estas fueron recibidas con quejas y abucheos generales. «¿Es este el fruto», gritaron, «de todos nuestros trabajos? ¿Es por esto por lo que hemos vertido nuestra sangre como el agua? Ahora que estamos destruidos por las adversidades y los sufrimientos ¡para quedarnos al final de nuestras campañas tan pobres como al empezar! ¿Es así como el gobierno recompensa nuestros servicios por ganarle un imperio? El gobierno ha hecho poco por ayudarnos a la hora de hacer la conquista y lo que tenemos hemos de agradecérselo a nuestras propias espadas y con estas mismas espadas», continuaban, calentándose hasta la amenaza, «sabremos cómo defenderlo». Después, levantándose las mangas, los avezados veteranos desnudaban su brazo o, mostrando su pecho desnudo, señalaban sus cicatrices como el mejor título de sus posesiones[185].

El gobernador, Vaca de Castro, contemplaba de esta manera con la más honda preocupación cómo se avecinaba la tormenta por todas partes. Él mismo se encontraba en el centro de la desafección, ya que Cuzco, habitada por una población mixta y descontrolada, se encontraba tan alejada entre las montañas que tenía mucha menos relación con la madre patria y, por tanto, estaba mucho más lejos de su influencia que las grandes ciudades de la

costa. La gente pidió al gobernador que les protegiera contra la tiranía de la corte, pero él intentó calmar la agitación haciéndoles ver que con estas medidas violentas tan solo irían contra su objetivo. Les aconsejó que nombraran delegados para que presentaran una petición ante la Corona, exponiendo la imposibilidad de poner en práctica el actual plan de reforma, y suplicando que se revocara y les invocó a que esperaran con paciencia la llegada del virrey, a quien podrían convencer de que suspendiera las disposiciones hasta que llegaran nuevas noticias desde Castilla.

Pero no era fácil apaciguar la tempestad y la gente buscaba ahora con ansia a alguien cuyos intereses y simpatías estuvieran con ellos y cuya posición en la comunidad les proporcionara protección. La persona a la que se volvieron de forma natural en esta crisis fue Gonzalo Pizarro, el último en la tierra de esa familia que había liderado a los ejércitos de la conquista, un caballero cuyo valor y maneras populares le habían hecho siempre el favorito entre la gente. A partir de este momento le acuciaron con peticiones para que intercediera de su parte ante el gobierno y les protegiera de las opresivas disposiciones.

Pero Gonzalo Pizarro se encontraba en Charcas, muy ocupado en explotar las ricas vetas del Potosí, cuyos manantiales de plata, que acababan de salir a la luz, iban a verter pronto tales ríos de riqueza sobre Europa. Aunque complacido con este llamamiento para que les protegiera, el cauto caballero estaba más dispuesto a proveerse de medios para una empresa que a lanzarse prematuramente a ella, y al tiempo que animaba en secreto a los descontentos, no se comprometió a tomar parte en ningún movimiento revolucionario. En esa misma época, recibió cartas de Vaca de Castro, cuyo ojo vigilante estaba al tanto de todos los aspectos del momento, advirtiendo a Gonzalo y a sus amigos de que no se dejaran seducir por locos planes de reforma y rompieran su alianza. Y para retener aún más estos movimientos alborotadores, ordenó a sus alcaldes que detuvieran a todo el que fuera culpable de lenguaje sedicioso y que le castigaran inmediatamente. Con esta conducta firme aunque comedida la mente del pueblo quedó sobrecogida y hubo una calma temporal en las aguas turbulentas, mientras todos esperaban con ansiedad la llegada del virrey[186].

La persona elegida para este puesto tan importante fue un caballero de Ávila, llamado Blasco Núñez Vela. Era un caballero de antigua familia, atractivo, aunque algo avanzado en edad y con fama de valiente y devoto. Había desempeñado algunos cargos de responsabilidad que satisficieron a

Carlos V, quien ahora le nombró para este puesto en Perú. La elección no atestigua el discernimiento del monarca.

Puede parecer extraño que este importante puesto no hubiera sido otorgado a Vaca de Castro, que ya se encontraba en el lugar y que había demostrado estar tan bien cualificado para ocuparlo. Pero desde la misión de este oficial a Perú había habido una serie de asesinatos, insurrecciones y guerras que amenazaban a la pobre colonia con la ruina, y aunque su sabia administración había restablecido el orden, la comunicación con las Indias era tan lenta que los resultados de su política no se habían revelado completamente. Además, como se habían planeado importantes innovaciones en el gobierno, se pensó que era mejor enviar a alguien que no tuviera que enfrentarse a prejuicios personales, por el partido que ya había tomado, y que viniendo directamente de la corte y revestido de poderes extraordinarios, pudiera presentarse con mayor autoridad que cualquiera que estuviera ya familiarizado con el pueblo en un cargo inferior. El monarca, sin embargo, escribió una carta de su propio puño y letra a Vaca de Castro en la que agradecía a este oficial los servicios prestados y le ordenaba que, después de haber ayudado al nuevo virrey con los frutos de su larga experiencia, regresara a Castilla y ocupara su sitio en el Consejo Real. Se enviaron cartas en el mismo tono halagador a los colonos leales que habían apoyado al gobernador en los últimos tumultos del país. Cargado con estos testimonios y con las desventuradas ordenanzas, Blasco de Núñez embarcó en Sanlúcar el 3 de noviembre de 1543. Iba acompañado de cuatro jueces de la Audiencia y de un numeroso séquito para que pudiera aparecer con la pompa propia de su distinguido rango[187].

Alrededor de mediados del siguiente enero, en 1544, el virrey, después de un viaje favorable, desembarcó en Nombre de Dios. Allí encontró un navío cargado de plata de las minas de Perú, dispuesto a partir para España. Su primer acto fue imponer un embargo sobre él para el gobierno, por contener el producto del trabajo de esclavos. Después de estas medidas extraordinarias, tomadas en contra del consejo de la Audiencia, cruzó el istmo hasta Panamá. Aquí dio una buena muestra de su futura política, ordenando que se liberara a más de trescientos indios, que habían sido traídos por sus propietarios desde Perú, y fueran enviados de regreso a su propio país. Estas prepotentes medidas causaron una gran sensación en la ciudad y encontraron la fuerte oposición de los jueces de la Audiencia. Estos le suplicaron que no comenzara de forma tan precipitada a realizar su

cometido, sino que esperara a llegar a la colonia y tener tiempo para conocer algo el carácter del país y el temperamento de la gente. Pero Blasco Núñez respondió fríamente que «no había venido a mediar con las leyes, ni a discutir sus méritos, sino a aplicarlas, y las aplicaría hasta la última letra fuera cual fuera la consecuencia»[188]. Esta respuesta y el tono imperioso en el que se dio terminaron rápidamente con el debate, ya que los jueces vieron que era inútil debatir con alguien que parecía considerar toda protesta como un intento de apartarle de su deber, y cuyas ideas del deber descartaban todo ejercicio discrecional de la autoridad, incluso cuando lo exigía el bien público.

Dejando a la Audiencia, debido a la enfermedad de uno de sus miembros, en Panamá, el virrey prosiguió su camino, y bordeando la costa del Pacífico el 4 de marzo desembarcó en Tumbez. Fue bien recibido por los leales habitantes, se proclamó públicamente su autoridad y el pueblo quedó sobrecogido ante un despliegue de pompa y magnificencia como no se había visto hasta entonces en Perú. Aprovechó la primera ocasión para insinuar su futura línea política liberando un número de esclavos indios ante la petición de sus caciques. Después siguió por tierra hacia el sur y mostró su determinación de aplicarse él mismo de forma estricta la ley, ordenando que su equipaje fuera llevado por mulas donde era posible, y donde era absolutamente necesario hacer uso de los indios, les pagó de forma justa por sus servicios[189].

Todo el país quedó consternado por los informes de las actuaciones del virrey, así como por sus conversaciones, de lo más imprudentes, que fueron puestas en circulación con avidez y, sin duda, a menudo exageradas. Se volvieron a convocar reuniones en las ciudades. Se mantuvieron discusiones ante la necesidad de oponerse a su ulterior avance, y una delegación de los ciudadanos de Cuzco, que se encontraban en ese momento en Lima, exigió con urgencia a la gente que cerraran las puertas de la capital contra él. Pero Vaca de Castro también había dejado Cuzco con dirección a esta ciudad, ante la primera noticia de la llegada del virrey y con alguna dificultad se impuso sobre los habitantes convenciéndoles de que no rompieran su lealtad, sino que recibieran a su nuevo gobernador con los honores propios y que confiaran en un juicio más calmado para que pospusiera la aplicación de la ley hasta que el caso pudiera ser llevado ante el trono.

Pero el grueso de los españoles, después de lo que habían oído, tenía poca confianza en que se pudiera obtener ayuda de esta parte. Se volvieron ahora con más insistencia que nunca hacia Gonzalo Pizarro y las cartas y los llamamientos le llovieron de todas partes del país invitándole a que tomara él mismo el puesto de su protector. Estas peticiones tuvieron una respuesta mucho más favorable que en la ocasión anterior.

Ciertamente había muchos motivos para que Gonzalo se pusiera en acción. España le debía a su familia principalmente esta ampliación de su imperio colonial y se había sentido profundamente ofendido por el hecho de que el gobierno de la colonia se confiara a otras manos que no fueran las suyas. Había sentido esto con la llegada de Vaca de Castro y mucho más cuando el nombramiento del virrey demostró que la política de la Corona era excluir a su familia del gobierno. Su hermano Hernando todavía languidecía en prisión y él mismo iba a ser sacrificado ahora como la víctima principal de estas fatídicas ordenanzas. ¿Para quién había participado de forma tan destacada en la guerra civil con el mayor de los Almagro? Y se decía, bien podían ser habladurías, que el virrey ya había sugerido que se ocuparía de Pizarro de la forma apropiada[190]. Sin embargo, no había nadie en el país que se jugara tanto, que tuviera tanto que perder con la revolución. Abandonado así por el gobierno, llegó a la conclusión de que era hora de ocuparse de sí mismo.

Reuniendo a dieciocho o veinte caballeros en quienes más confiaba y tomando una gran cantidad de plata, sacada de sus minas, aceptó la invitación de ir a Cuzco. A medida que se acercaba a esta capital, se le unió un numeroso grupo de ciudadanos que venían para darle la bienvenida, haciendo que el aire vibrara con sus gritos, mientras que le saludaban con el título de procurador general del Perú. El título fue rápidamente confirmado por la municipalidad de Lima, para que pudiera presentar sus quejas ante el virrey y solicitar la suspensión cautelar de las ordenanzas.

Pero la chispa de la ambición prendió en el pecho de Pizarro. Se sintió fuerte gracias al afecto del pueblo y, desde la posición elevada en la que ahora se encontraba, sus deseos tomaron una perspectiva más alta y desmedida. Sin embargo, si albergaba una intención criminal en su pecho, la ocultó de los demás con habilidad, quizá de sí mismo. El único objetivo que confesó tener en mente era el bien del pueblo[191]. Una frase sospechosa, que normalmente significa el bien de una persona. En este momento exigió que se le diera permiso para reclutar y organizar una fuerza armada, con el

título de capitán general. Sus intenciones eran completamente pacíficas, pero no era seguro, a no ser que estuviera fuertemente protegido, presentarlas ante una persona del temperamento impaciente y arbitrario del virrey. Los amigos de Pizarro argumentaron además que una fuerza así era necesaria para liberar al país de su viejo enemigo, el inca Manco, quien se encontraba al acecho en las montañas vecinas con un cuerpo de guerreros, dispuesto a saltar sobre los españoles a la primera oportunidad. La municipalidad de Cuzco dudó, comprensiblemente, si conferir poderes tan lejos de su legítima autoridad. Pero Pizarro confesó su propósito, en caso de rechazo, de declinar el puesto de procurador, y los esfuerzos de sus partidarios, respaldados por los del pueblo, finalmente acallaron los escrúpulos de los magistrados, que otorgaron al ambicioso jefe militar los poderes que deseaba. Pizarro los aceptó con la modesta promesa de que lo hacía «únicamente mirando por los intereses del rey, de las Indias y ¡sobre todo de Perú!»[192].

Notas al pie

[171] «Españoles hai que crian perros carniceros i los avezan á matar Indios, lo qual procuran á las veces por pasatiempo, i ver si lo hacen bien los perros.» *Relación que dió el Provisor Morales sobre las cosas que convenian provarse en el Perú*, manuscrito.

[172] «Que los Justicias dan cedulas de Anaconas que por otros terminos los hacen esclavos é vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia á vos Fulano, para que os podais servir de tal Indio ó de tal India é lo podais tomar é sacar donde quiera que lo hallaredes.» *Relación que dió el Provisor Morales sobre las cosas que convenian provarse en el Perú*, manuscrito.

[173] «Es general el vicio del amancebamiento con Indias, i algunos tienen cantidad dellas como en serrallo.» *Ibid.*, manuscrito.

[174] «Muchos Españoles han muerto i matan increible cantidad de ovejas por comer solo los sesos, hacer pasteles de tuetano y candelas de la grasa. De ai el hambre general.» *Ibid.*, manuscrito.

[175] «Se puede afirmar que hicieron mas daño los Españoles en solos quatro años qeu el Inga en quatrocientos.» Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[176] «Ahora no tienen que comer ni donde sembrara, i asi van á hurtallo como solian, delito por que han aorcado á muchos.» *Relación que dió el Provisor Morales sobre las cosas que convenian provarse en el Perú*, manuscrito.

Esta y alguna de las citas anteriores, como habrá visto el lector, han sido tomadas del manuscrito del bachiller Luis de Morales, quien vivió dieciocho o veinte años en Cuzco, y que en 1541, más o menos el momento en que Vaca de Castro llegaba a Perú, preparó un memorándum para el gobierno, que ocupaba ciento nueve capítulos. Trataba sobre la situación del país y los remedios que se le ocurrían a la benévola mente de su autor. Las notas al margen del emperador muestran que recibió atención en la corte. No hay razón, hasta donde yo sé, para desacreditar el testimonio del escritor y Muñoz ha hecho algunos sensatos extractos del mismo para su inestimable colección.

[177] El padre Naharro señala a doce misioneros, algunos de ellos de su orden, cuya ferviente labor y milagros por la conversión de los indios estima digna de ser comparada con la de los doce apóstoles de la cristiandad. Es una pena que la historia, al mismo tiempo que conmemora los nombres de tantos perseguidores de los pobres paganos, haya omitido los de sus benefactores.

«Tomó su divina Magestad por instrumento 12 solos religiosos pobres, descalzos i desconocidos, 5 del orden de la Merced, 4 de Predicadores, i de San Francisco, obraron lo mismo que los 12 apostolos en la coversion de todo el universo mundo.» Naharro, *Relación Sumaria*, manuscrito.

[178] «Todos los conventos de Dominicos i Mercenarios tienen repartimientos. Ninguno dellos ha doctrinado ni convertido un Indio. Procuran sacar dellos quanto pueden, trabajarles en grangerias; con esto i con otras limosnas enriquecen. Mal egemplo. Ademas convendrá no pasen frailes sino precediendo diligente examen de vida i doctrina» (*Relación de las cosas que S. M. deve proveer para*

los reynos del Peru, embiada desde los Reyes á la Corte por el Licenciado Martel Santoyo, de quien va firmáda en principios de 1542, manuscrito). Esta declaración del licenciado muestra un lado diferente de la escena respecto al fragmento que he citado anteriormente del padre Naharro. Sin embargo, no son irreconciliables. La naturaleza humana tiene tanto luces como sombras.

179 Tengo en mi posesión varios de estos memorándum o *relaciones*, como se les denomina, redactados por residentes en respuesta a las preguntas presentadas por el gobierno. Estas preguntas, al tiempo que tienen como principal objetivo conocer la naturaleza de los abusos existentes, e invitar a que se sugieran los remedios, a menudo se ocupan de las leyes y usos de los antiguos incas. Las respuestas, por tanto, son de gran valor para el investigador histórico. El más importante de estos documentos en mi posesión es el de Ondegardo, gobernador de Cuzco, que ocupa unas cuatrocientas hojas tamaño folio, que en su tiempo formaron parte de la valiosa colección de lord Kingsborough. Es imposible examinar con detalle este elaborado y concienzudo informe sin una profunda convicción de los esfuerzos que realizó la Corona para determinar la naturaleza de los abusos en los gobiernos locales de las colonias y su honrado propósito de solucionarlos. Desgraciadamente estos loables propósitos no eran demasiado a menudo seguidos por los mismos colonos.

180 La emancipación perpetua de los indios se exige con gran énfasis por otro obispo, también dominico, pero que, ciertamente, tenía muy poco que ver con Las Casas. Fray Valverde convierte este tema en uno de los principales ejes de un comunicado, ya citado, al gobierno, cuyo alcance general debe admitirse que da más crédito a su humanidad que algunos de los pasajes que han quedado registrados de él en la historia. «A V. M. representarán alla los conquistadores muchos servicios, dandalos por causa para que los dexen servir de los Indos como de esclavos: V. M. se los tiene mui bien pagados en los provechos que han avido desta tierra, y no los ha de pagar con hazer á sus vasallos esclavos.» *Carta de Valverde al Emperador*, manuscrito.

181 «La loi de Dieu défend de faire le mal pour qu'il en résulte du bien.» *Œvres de Las Casas, évêque de Chiapa*, trad. Par Llorente, París, 1822, tom. I, p. 251.

182 Es una curiosa coincidencia que este argumento de Las Casas fuera publicado por primera vez, en traducción, además, por un secretario de la Inquisición, Llorente. El original todavía se encuentra en manuscrito. Es notable que estos volúmenes, que contienen los puntos de vista de este gran filántropo, sobre temas de tal interés para la humanidad, no hayan sido consultados, o al menos citados, de forma más libre por quienes desde entonces han seguido sus pasos. Son un arsenal del cual se puede tomar prestada más de una buena arma para la buena causa.

183 Las disposiciones de este célebre código se pueden encontrar, con más o menos precisión (en general con menos), en varios escritores contemporáneos. Herrera las ofrece *in extenso* . *Historia General*, dec. 7, lib. 6, cap. 5.

184 Las Casas presionó el asunto en casa sobre la conciencia real, haciendo ver que la Santa Sede concedió el derecho de conquista a los soberanos españoles con la condición exclusiva de convertir a

los paganos y que el todopoderoso le haría responsable de la realización de este cometido. *Œvres de Las Casas, évêque de Chiapa*, *ubi supra.*

185 *Carta de Gonzalo Pizarro a Pedro Valdivia*, manuscrito desde los Reyes, 31 de octubre de 1538.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. I.– Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 6, caps. 10-11.

Benalcazar, en una carta a Carlos V, se permite un tono de invectiva contra las ordenanzas, que al arrebatar a los agricultores sus esclavos indios, les reducirían inevitablemente a la pobreza. Benalcazar era un conquistador y uno de los más respetables de su grupo. Su polémica es un buen ejemplo del razonamiento de este grupo en este tema y muestra una decidida respuesta a la de Las Casas. *Carta de Benalcazar al Emperador, manuscrito, desde Cali, 20 de diciembre de 1544* .

186 *Ibid.*, *ubi supra* .–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, *ubi supra* .–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1543.

187 *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 6, cap. 9.–Fernando, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 6.–Zárate, mansucrito.

188 «Estas y otras cosas le dixo el Licenciado Çarate: que no fueron al gusto del Virey: antes se enojò mucho por ello, y respondio con alguna aspereza: jurando que auia de executar las ordenanças como en ellas se contenia: sin esperar para ello terminos algunos, ni dilaciones.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 6.

189 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 2.– Fernández, *Historia del Perú*, *ubi supra* .– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.– Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1544.

190 «No era justo», dijo el virrey, «que el país siguiera estando en las manos de unos muleros y porqueros, (haciendo alusión a los orígenes de los Pizarro) y que tomaría medidas para que fuera restaurada la corona».

«Que asi me la havia de cortar á mi i á todos los que havian seido notablemente, como el decia, culpados en la batalla de las Salinas i en las diferencias de Almagro, i que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de gente tan vaxa que llamaca el á los desta tierro porqueros i arrieros, sino que estuviese toda en la Corona real.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

191 «Diciendo que no queria nada para si, sino para el beneficio universal, i que por todos havia de poner todas sus fuerças.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 7, cap. 20.

192 «Acepté lo por ver que en ello hacia servicio á Dios i á S. M. i gran bien á esta tierra i generalmente á todas las Indias.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

Herrera, *Historia General*, dec. 7, caps. 19-20.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, caps. 4, 8.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 8.–

Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1544.

Capítulo VIII

El virrey llega a Lima. Gonzalo Pizarro marcha desde Cuzco. Muerte del inca Manco. Precipitada conducta del virrey. Capturado y depuesto por la Audiencia. Gonzalo es proclamado gobernador del Perú. 1544

Mientras sucedían los acontecimientos relatados en las páginas precedentes, Blasco Núñez viajaba hacia Lima. Pero el alejamiento que su conducta ya había provocado en las mentes de los colonos quedaba patente en el frío recibimiento que experimentaba de vez en cuando en el camino, y en los escasos alojamientos que le proporcionaban para él y su séquito. En un lugar donde montó su campamento, encontró una ignominiosa inscripción sobre la puerta: «Quien toma mi propiedad pagará por ello con su vida»[193]. Ni intimidado, ni apartado de su propósito, el inflexible virrey continuó su viaje a la capital, donde los habitantes, precedidos por Vaca de Castro y las autoridades municipales, salieron a recibirle. Entró con gran pompa, bajo un palio de paño carmesí, bordado con las armas de España y apoyado sobre cuatro postes de plata pura, que portaban los miembros del ayuntamiento. Un caballero que llevaba una maza, el emblema de la autoridad, cabalgaba ante él, y después de que se pronunciaran los juramentos del cargo en la cámara del Consejo, la procesión se movió hacia

la catedral, donde se cantó el *Te Deum* y se nombró a Blasco Núñez en su nueva dignidad de virrey del Perú[194].

Su primer acto fue proclamar su determinación de respetar las ordenanzas. No tenía autorización para suspender su aplicación. Cumpliría con su misión, pero se ofreció a unirse a los colonos en un memorando dirigido al emperador solicitando que revocara el código que, como ahora pensaba, no sería bueno para los intereses del país ni de la Corona[195]. Con este punto de vista declarado abiertamente sobre el tema, puede parecer extraño que Blasco Núñez no hubiera asumido la responsabilidad de suspender la ley hasta que el soberano pudiera asegurarse de las consecuencias inevitables de su aplicación. El pachá de un déspota turco que se hubiera permitido semejantes libertades sobre los intereses de su señor podía esperar con toda seguridad la cuerda del arco[*]. Pero el ejemplo de Mendoza, el prudente virrey de México que adoptó esta actitud en una crisis similar y precisamente en la misma época, mostraba lo correcto de la misma bajo las circunstancias actuales. Allí se suspendieron las ordenanzas hasta que se pudiera advertir a la Corona de las consecuencias de su aplicación y México se salvó de una revolución[196]. Pero Blasco Núñez no tenía la visión de Mendoza.

En ese momento, la ansiedad generalizada distaba mucho de aplacarse. Se formaron varias conspiraciones secretas en Lima y se mantuvieron contactos con las diferentes ciudades. Sin embargo, en el pecho del virrey no se levantaron sospechas, y cuando se le informó de los preparativos de Gonzalo Pizarro, no tomó más medidas que mandar un mensaje a su campamento, anunciando los poderes extraordinarios que se le habían otorgado y exigiéndole que disolviera sus fuerzas. Parecía pensar que una simple palabra sería suficiente para disipar la rebelión. Pero hacía falta más que un soplo para dispersar a la soldadesca de hierro de Perú.

Gonzalo Pizarro mientras tanto estaba muy ocupado en reunir a su ejército. Su primer paso fue pedir dieciséis piezas de artillería de Guamanga, que Vaca de Castro había mandado allí, no queriendo confiar estos instrumentos de destrucción al volátil pueblo de Cuzco. Gonzalo, que no tenía escrúpulos en cuanto al trabajo de los indios, se apropió de seis mil nativos para el transporte de este tren de artillería a través de las montañas[197].

Gracias a sus esfuerzos y a los de sus amigos, el activo jefe pronto reunió una fuerza de casi cuatrocientos hombres, que, si bien no muy imponente en un principio, tenía pensado aumentar, en su descenso a la costa, con reclutamientos en las ciudades y aldeas del camino. Gastó todos sus fondos en equipar a sus hombres y proporcionarles lo necesario para la marcha, y para suplir las deficiencias no tuvo escrúpulos en apropiarse (ya que usar sus espadas era de interés público) del tesoro real. Con esta oportuna ayuda, sus tropas, bien montadas y perfectamente equipadas, estuvieron en perfecto estado para el combate y después de dirigirles una breve arenga en la que tuvo cuidado de insistir en el carácter pacífico de su empresa, lo que evidenciaba un desacuerdo con sus preparativos militares, Gonzalo Pizarro partió de las puertas de la capital.

Antes de abandonarla, recibió una importante adhesión de fuerzas con la llegada de Francisco Carvajal, el veterano que había tenido una participación tan importante en la batalla de Chupas. Se encontraba en Charcas cuando llegaron las noticias de las ordenanzas a Perú e inmediatamente decidió abandonar el país y regresar a España, convencido de que el Nuevo Mundo ya no volvería a ser una tierra para él, dejarían de ser las indias doradas. Vendiendo todas sus posesiones y convirtiéndolas en dinero, se preparó para embarcar en el primer barco que se le ofreciera. Pero no surgió ninguna oportunidad y podía tener pocas esperanzas de escaparse del vigilante ojo del virrey. Sin embargo, aunque Pizarro le pidió que se incorporara bajo sus órdenes en la expedición, el veterano declinó esta oferta, diciendo que tenía ochenta años y que no deseaba más que regresar a su hogar y pasar los pocos días que le quedaban en tranquilidad[198]. Bien le hubiera ido de haber persistido en su rechazo. Pero cedió ante la insistencia de su amigo y el breve tiempo que le quedaba de vida demostró ser lo suficientemente largo como para grabar su memoria con perpetua infamia.

Poco después de abandonar Cuzco, Pizarro supo de la muerte del inca Manco. Fue asesinado por un grupo de españoles de la facción de Almagro, quienes tras la derrota de su líder se habían refugiado en el campamento indio. A cambio fueron todos asesinados por los peruanos. Es imposible determinar sobre quién recaería la culpa de la discusión ya que ninguno de los presentes lo recogió[199].

La muerte del inca Manco, como normalmente se le conocía, es un hecho que no se puede pasar en silencio en la historia peruana, ya que era el

último de su raza del que se pueda decir que estaba animado por ese heroico espíritu de los antiguos incas. Aunque había sido situado en el trono por Pizarro, lejos de permanecer como una simple marioneta en sus manos, Manco pronto mostró que su suerte no iba a quedar unida a la de los conquistadores. Con las antiguas instituciones de su país derruidas a su alrededor, intentó oponerse con fuerza, como Guatemozin, el último de los aztecas, para mantener su tambaleante destino o para enterrar a sus opresores bajo sus ruinas. Con el ataque a su propia capital Cuzco, en el que se destruyó una gran parte de la misma, hizo temblar a los conquistadores. Aunque frustrado finalmente por la ciencia superior de su adversario, el joven bárbaro aún mostraba el mismo espíritu inconquistable de antes. Se retiró a los refugios de sus montañas nativas, de donde salía cuando la ocasión lo permitía, para caer sobre una caravana o un viajero o sobre alguna partida rezagada de militares y, cuando había una guerra civil, lanzaba su peso hacia el lado del más débil, prolongando la contienda de sus enemigos y alimentando su venganza ante la visión de sus calamidades. Moviéndose con rapidez a cualquier punto, esquivaba la persecución entre los recovecos de las cordilleras y acechando en las cercanías de las ciudades, o tendiendo emboscadas en las grandes vías del país, el inca Manco hizo que su nombre fuera temible para los españoles. A menudo le propusieron condiciones para un acuerdo, y cada gobernador sucesivo hasta Blasco Núñez traía órdenes de la Corona para que utilizara todos los medios posibles para llegar a un acuerdo con el formidable guerrero. Pero Manco no confiaba en las promesas de los hombres blancos, y prefirió mantener una salvaje independencia en las montañas, rodeado de espíritus valientes, que vivir como un esclavo en la tierra que había sido el dominio de sus ancestros.

La muerte del inca eliminó uno de los grandes pretextos de los preparativos militares de Gonzalo Pizarro, pero, como se puede imaginar, le influyó poco. Fue mucho más sensible a la deserción de algunos de sus seguidores que inicialmente participaron en la marcha. Algunos de los caballeros de Cuzco, asustados por la apropiación sin ceremonias que había hecho del dinero público, y por el aspecto beligerante que estaba tomando la situación, parece ser que se dieron cuenta por primera vez que estaban de camino a la rebelión. Un número de estos, incluyendo algunos de los principales hombres de la ciudad, se retiraron en secreto del ejército y dándose prisa en llegar a Lima ofrecieron sus servicios al virrey. Las tropas

quedaron descorazonadas por esta deserción e incluso Pizarro titubeó en su propósito y pensó en retirarse con cincuenta seguidores a Charcas y llegar ahí a un acuerdo con el gobierno. Pero una pequeña reflexión, ayudada por las quejas del valiente Carvajal, quien nunca daba la espalda a una empresa que había comenzado, le convencieron de que había ido demasiado lejos como para retroceder y que su única forma de estar seguro era avanzar.

Se vio reafirmado por más manifestaciones decididas, que recibió poco después, de la opinión pública. Un oficial llamado Puelles, que dominaba Guanuco, se le unió con un cuerpo a caballo que le había encomendado el virrey. Esta deserción fue seguida por la de otros, y Gonzalo, a medida que descendía por las laderas del altiplano, vio que sus efectivos aumentaban gradualmente a casi el doble de aquellos con los que había salido de la capital india.

A medida que atravesaba con un paso más ligero el sangriento campo de Chupas, Carvajal indicó los diferentes lugares del campo de batalla y Pizarro podía haber encontrado alimento para una reflexión angustiosa, mientras meditaba sobre el destino del rebelde. En Guamanga fue recibido con los brazos abiertos por los habitantes, muchos de los cuales se alistaron con gusto bajo su bandera, temblando por su propiedad, ya que de todos sitios llegaban noticias del temperamento inflexible del virrey[200].

Este funcionario comenzó ahora a convencerse de que se encontraba en una situación crítica. Antes de que la traición de Puelles, señalada anteriormente, se consumara, el virrey recibió alguna vaga insinuación de su propósito. Aunque no le dio mucho crédito, destacó a uno de su compañía, llamado Díaz, con una fuerza para que le interceptara. Pero aunque este caballero realizó su misión con rapidez, poco después fue convencido de que siguiera el ejemplo de su camarada y se pasó al enemigo con la mayor parte de los hombres bajo sus órdenes. En las contiendas civiles de esta desgraciada tierra, los partidos se cambiaban con tanta facilidad, que la traición de un comandante prácticamente había dejado de ser una mancha en el honor de un caballero. Sin embargo, todos, estuvieran en el lado que estuvieran, proclamaban a voz en grito su lealtad a la Corona.

Traicionado de esta manera por sus propios hombres, por aquellos que parecían más fieles a su servicio, Blasco Núñez comenzó a sospechar de todos a su alrededor. Desgraciadamente, sus sospechas cayeron sobre algunos de los que más merecían su confianza. Entre estos se encontraba su predecesor, Vaca de Castro. Este oficial se había comportado, en la delicada

situación en la que le habían colocado, con su habitual discreción y con una perfecta integridad y honor. Había departido con franqueza con el virrey y hubiera sido bueno para Blasco Núñez si hubiera sabido aprovecharse de ello. Pero estaba demasiado henchido por la arrogancia del puesto y por el concepto que tenía de su superior sabiduría, como para tener en mucho los consejos de su experimentado predecesor. El virrey sospechaba que este último mantenía correspondencia secreta con sus enemigos en Cuzco, una sospecha que parece no haber tenido más fundamento que la amistad personal que se sabía que tenía Vaca de Castro con estas personas. Pero con Blasco Núñez sospechar significaba estar convencido, y ordenó que Vaca de Castro fuera detenido a bordo de un navío que estaba en el puerto. Esta medida arbitraria fue seguida por el arresto y puesta en prisión de otros caballeros, probablemente con justificaciones igual de frívolas[201].

Después volvió su atención hacia el enemigo. A pesar de su anterior fracaso, no había perdido totalmente la esperanza de conseguir algo a través de la negociación y envió otra embajada, con el obispo de Lima a la cabeza, al campamento de Gonzalo Pizarro, con la promesa de una amnistía general y algunas propuestas de un carácter más tentador para el comandante. Pero este paso, además de proclamar su debilidad, no tuvo más éxito que el anterior[202].

El virrey se preparó con determinación para la guerra. Su primera preocupación fue poner la capital en posición defensiva reforzando sus fortificaciones y levantando barricadas en las calles. Ordenó un reclutamiento general de los ciudadanos y exigió reclutamientos de las ciudades vecinas, un llamamiento que no fue respondido con mucha celeridad. Se preparó en el puerto una escuadra de ocho o diez navíos para actuar de acuerdo con las tropas de tierra. Se arrebataron las campanas de las iglesias y se utilizaron para fabricar mosquetes[203]. También se obtuvieron fondos de los quintos reales que se habían acumulado en el tesoro real. Se ofreció a los soldados el botín más exorbitante y se pagaron precios por mulas y caballos, que mostraban que el oro, o mejor dicho la plata, era el bien de menor valor en Perú[204]. Con estos esfuerzos, el activo comandante pronto reunió una fuerza considerablemente mayor que la de su adversario. Pero, ¿cómo podía confiar en ella?

Mientras que estos preparativos seguían adelante, los jueces de la Audiencia llegaron a Lima. Durante todo su avance, no habían mostrado gran respeto por las ordenanzas o por la voluntad del virrey, ya que habían

gravado a los pobres nativos tan libremente y con tan pocos escrúpulos como cualquiera de los conquistadores. Hemos visto ya la total falta de cordialidad que existía entre ellos y su jefe en Panamá. Esto se hizo más evidente al desembarcar en Lima. Desaprobaron su actuación en todos los detalles; su rechazo a suspender las ordenanzas, aunque de hecho no había encontrado oportunidad en los últimos tiempos, para ponerlas en funcionamiento; sus preparativos para la defensa, declarando que hubiera sido mejor confiar en los resultados de la negociación y finalmente la encarcelación de tantos caballeros leales lo que declararon como un acto arbitrario, todo ello mucho más allá de su autoridad, y no tuvieron escrúpulos en visitar la prisión en persona y liberar a los cautivos de su encierro[205].

Este audaz movimiento, al tiempo que reconcilió la buena voluntad del pueblo, cercenó inmediatamente toda relación con el virrey. En la Audiencia había un abogado llamado Cepeda, un hombre astuto y ambicioso, con un considerable conocimiento de cómo funcionaba su profesión, y con un mayor talento para la intriga. No desechaba las malas artes de la demagogia para ganarse el favor del populacho y confiaba en sacar provecho fomentando un malentendido con Blasco Núñez. Debe confesarse que este último hizo todo lo que estaba en su mano para ayudar a su consejero en este loable propósito.

Cierto caballero del lugar, llamado Suárez de Carvajal, que había desempeñado durante mucho tiempo un cargo en el gobierno, cayó en desgracia frente al virrey, bajo la sospecha de connivencia con algunos de sus familiares que habían tomado hacía poco el partido de los descontentos. El virrey convocó a Carvajal a su presencia en el palacio a altas horas de la noche y, cuando le condujeron ante él directamente, le acusó de traición. Este último negó firmemente la acusación en tonos tan altaneros como los de su acusador. El altercado subió de tono, hasta que finalmente en el calor de la pasión Blasco Núñez le golpeó con su daga. En un instante, los presentes, tomando esto como una señal, hundieron sus espadas en el cuerpo del desgraciado hombre, que cayó sin vida al suelo[206].

Enormemente alarmado por las consecuencias de su precipitado acto, ya que Carvajal era muy querido en Lima, Blasco Núñez ordenó que se sacara de la casa el cuerpo del asesinado por una escalera de servicio y se le transportara a la catedral, donde, enrollado en su ensangrentado capote, se le metió en una tumba velozmente cavada para recibirle. Unos hechos tan

trágicos, conocidos por tantos testigos, no podían mantenerse en secreto mucho tiempo. Vagos rumores de los hechos explicaban la misteriosa desaparición de Carvajal. Se abrió la tumba y los destrozados restos del caballero asesinado demostraron la culpa del virrey[207].

A partir de este momento Blasco Núñez fue aborrecido de forma general y su crimen, en este caso, asumió un tinte aún mayor de ingratitud, ya que se sabía que el fallecido había tenido una gran influencia a la hora de reconciliar a los ciudadanos con su gobierno. Nadie sabía dónde caería el siguiente golpe o cuánto se tardaría en ser víctima de las ingobernables pasiones del virrey. En este estado de cosas, algunos miraban hacia la Audiencia, y aún más hacia Gonzalo Pizarro, buscando protección.

Este jefe avanzaba lentamente hacia Lima, encontrándose ciertamente a unos días de marcha. Enormemente confuso, Blasco Núñez sintió la soledad de su situación. Manteniéndose distante, como de hecho lo estaba, de sus propios seguidores, obstaculizado por la Audiencia, traicionado por sus soldados, sintió profundamente las consecuencias de su errónea conducta. Sin embargo, parecía que no le quedara otro camino más que salir y enfrentar a su enemigo o quedarse en Lima y defenderse. Había puesto la ciudad en situación de defensa, lo que argumentaba a favor de que este había sido su propósito inicial. Pero sintió que no podía confiar más en sus tropas y decidió tomar un tercer camino de lo más inesperado.

Este era abandonar la capital y retirarse a Trujillo, a unas ochenta millas de distancia. Las mujeres embarcarían a bordo de la escuadra y, junto con los efectos de los ciudadanos, serían transportadas por mar. Las tropas, junto con el resto de los habitantes, marcharían por tierra arrasando el país a su paso. Gonzalo Pizarro, al llegar a Lima, la encontraría sin provisiones para su ejército, y apurado de esta manera no se molestaría en hacer una larga marcha cruzando el desierto en busca de su enemigo[208].

No está muy claro lo que se proponía hacer el virrey con su movimiento, a no ser que quisiera ganar tiempo y, sin embargo, cuanto más tiempo había ganado, se había demostrado peor para él. Pero estaba destinado a encontrarse una decidida oposición por parte de los jueces. Argüían que no había justificación para una acción como esta y que la Audiencia no podía mantenerse de forma legal fuera de la capital. Blasco Núñez persistió en su decisión, amenazando a este organismo con la fuerza si era necesario. Los jueces apelaron a los ciudadanos para que les apoyaran en su enfrentamiento con una medida tan arbitraria. Reunieron una fuerza para su

propia protección y ese mismo día aprobaron un decreto que ordenaba la detención del virrey.

Entrada la noche se informó a Blasco Núñez de los preparativos hostiles de los jueces. Inmediatamente convocó a sus seguidores, que ascendían a doscientos, se puso su armadura y se preparó para marchar a la cabeza de sus tropas contra la Audiencia. Este era el camino que debía tomar, ya que en una crisis como esta en la que se encontraba, que exigía prontitud y decisión, la presencia del líder es esencial para asegurarse el éxito. Pero, desgraciadamente, cedió ante las quejas de su hermano y otros amigos, que le disuadieron de exponer su vida de forma tan precipitada en una aventura como esta.

Lo que Blasco de Núñez no hizo lo hicieron los jueces. Salieron a la cabeza de sus seguidores, cuyo número, aunque pequeño en un principio, estaban seguros que aumentaría con voluntarios a medida que avanzaban. Lanzándose adelante gritaron, «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Larga vida al Rey y a la Audiencia!». Era casi el alba y los habitantes salieron asustados de su sueño, corrieron a las ventanas y los balcones, y al saber la razón del movimiento, algunos cogieron sus armas y se unieron mientras que las mujeres, agitando sus bufandas y pañuelos, animaban al ataque.

Cuando la muchedumbre llegó ante el palacio del virrey, se detuvieron por un momento sin saber qué hacer. Se dieron órdenes de que se disparara sobre ellos desde las ventanas y una andanada pasó sobre sus cabezas. No hubo ningún herido y la mayor parte de los hombres del virrey, junto con la mayoría de los oficiales, incluyendo a algunos de aquellos que habían estado tan preocupados por su seguridad personal, se unieron ahora abiertamente al populacho. Después entraron en el palacio y se abandonaron al pillaje. Blasco Núñez, abandonado por todos menos por unos pocos seguidores fieles, no se resistió. Se rindió a los atacantes, fue llevado ante los jueces y estos le pusieron en estricto confinamiento. Los ciudadanos, deleitados con el resultado, proporcionaron un refrigerio para los soldados, y el suceso terminó sin la pérdida de una sola vida humana. Nunca se ha visto una revolución tan falta de sangre[209].

El primer trabajo de los jueces fue quitarse de en medio al prisionero. Fue enviado junto con una fuerte guardia a una isla vecina, hasta que se pudiera tomar alguna medida. Se declaró que se le deponía de su puesto, se estableció un gobierno provisional, compuesto por su propio organismo, con Cepeda a la cabeza, como presidente, y su primer acto fue declarar que

las detestadas ordenanzas quedaban suspendidas hasta que se recibieran instrucciones de la corte. También se decidió enviar a Blasco Núñez de regreso a España con uno de su propio cuerpo que debería explicar al emperador la naturaleza de los últimos disturbios y defender las medidas de la Audiencia, lo que se puso pronto en práctica. El licenciado Álvarez fue la persona elegida para acompañar al virrey, y el desgraciado comandante, después de pasar varios días en la desolada isla, prácticamente sin alimento alguno y expuesto a todas las inclemencias del tiempo, partió de Panamá[210].

Aún les quedaba un adversario más formidable en Gonzalo Pizarro, que había avanzado hasta Jauja, a unas noventa millas de Lima. Allí se detuvo, mientras que muchos ciudadanos se preparaban para unirse a su bandera, prefiriendo servir con él que mantenerse bajo la autoridad de la autoconstituida Audiencia. Los jueces, que mientras tanto habían saboreado las mieles del puesto demasiado poco tiempo como para contentarse y renunciar a él, tras un retraso considerable, enviaron una embajada al procurador. Le anunciaron la revolución que había tenido lugar y la suspensión de las ordenanzas. El gran objetivo de su misión se había logrado, por tanto, y, como el nuevo gobierno ya estaba organizado, le instaron a que mostrara su obediencia al mismo desbandando sus fuerzas y retirándose a disfrutar en tranquilidad de sus posesiones. Una petición arriesgada, aun expresada en los términos más corteses y halagadores, para hacerle a alguien en la posición de Pizarro, era como intentar ahuyentar al águila que está a punto de caer sobre su presa. Sin embargo, si el jefe hubiera flaqueado, su lugarteniente de corazón de león le hubiera reafirmado. «Nunca muestres un corazón débil», exclamó este último, «cuando estás tan cerca de la meta. El éxito ha seguido cada paso de tu camino. Ahora tan solo tienes que extender la mano y tomar el gobierno. Todo lo demás seguirá». El enviado que trajo el mensaje de los jueces fue enviado de regreso con la respuesta de que «el pueblo había llamado a Gonzalo Pizarro para el gobierno del país, y si la Audiencia no le investía inmediatamente, la ciudad sería entregada al pillaje»[211].

Los desconcertados magistrados cayeron en el desánimo con esta respuesta tan decidida. Sin embargo, resistiéndose a renunciar, en su desconcierto, tomaron consejo de Vaca de Castro, que todavía estaba detenido a bordo de uno de los navíos. Pero este comandante había recibido demasiado poco favor de manos de sus sucesores como para pensar que fuera necesario arriesgar su vida por ellos frustrando los planes de Pizarro.

Mantuvo un discreto silencio, por tanto, y dejó el asunto a la sabiduría de la Audiencia.

Mientras tanto, Carvajal fue enviado a la ciudad para acelerar sus deliberaciones. Llegó por la noche, acompañado de un pequeño grupo de soldados, insinuando su desprecio por el poder de los jueces. Su primer acto fue atrapar a un número de caballeros, a quienes sacó de sus lechos y puso bajo arresto. Eran hombres de Cuzco, los mismos que, como ya se ha dicho anteriormente, habían abandonado las filas de Pizarro tras su partida de la capital. Mientras que la Audiencia todavía dudaba sobre el camino a tomar, Carvajal ordenó que tres de sus prisioneros, personas de consideración y decoro, fueran puestas a lomos de mulas y escoltadas hasta las afueras de la ciudad, donde, después de darles un poco de tiempo para que se confesaran, los colgó de las ramas de un árbol. Supervisó la ejecución en persona y burlonamente condescendió con una de las víctimas diciéndole que «en consideración de su mayor rango, ¡tendría el privilegio de elegir la rama de la que sería colgado!»[212]. El feroz oficial hubiera seguido con las ejecuciones, según dicen, de no haber sido por las órdenes que recibió de su líder. Pero ya se había hecho bastante para azuzar la opinión de la Audiencia en cuanto al camino que debían tomar, ya que sintieron que sus propias vidas estaban pendiendo de un hilo en manos de alguien con tan pocos escrúpulos. Sin más dilación, por tanto, enviaron una invitación a Gonzalo Pizarro para que entrara en la ciudad, declarando que la seguridad del país y el bien general exigían que el gobierno se pusiera en sus manos[213].

Este jefe había ya avanzado hasta media milla de la capital, a la que entró poco después el 28 de octubre de 1544 en formación militar. Sus fuerzas ascendían a algo menos de mil doscientos españoles, además de varios miles de indios, que arrastraban sus cañones pesados en la vanguardia[214]. Detrás iban las filas de los lanceros y los arcabuceros, que formaban un formidable cuerpo de infantería para el ejército colonial, y finalmente la caballería, a la cabeza de la cual cabalgaba el mismo Pizarro, sobre una poderosa montura, alegremente engualdrapada. El jinete iba con armadura completa, sobre la que flotaba un sobreveste ricamente adornado, y su cabeza estaba protegida por una gorra roja muy adornada, su vistosa librea que destacaba su presencia militar[215]. Frente a él portaban el estandarte real de Castilla, ya que todos, realistas o rebeldes, se cuidaban de luchar bajo este símbolo. Este emblema de lealtad estaba apoyado en la derecha por un

estandarte con las armas bordadas de Cuzco, y por otro a la izquierda, desplegando el blasón que la Corona había concedido a los Pizarro. A medida que el desfile militar pasaba por las calles de Lima, el aire se llenaba con las aclamaciones del populacho y de los espectadores desde los balcones. El cañón sonó a intervalos y las campanas de la ciudad, las que el virrey había dejado, tocaron un repique alegre, ¡como si fuera en honor de una victoria!

Los jueces de la Audiencia Real tomaron los juramentos del cargo de forma debida y Gonzalo Pizarro fue proclamado gobernador y capitán general de Perú, hasta que se pudiera conocer la voluntad de su majestad con respecto al gobierno. El nuevo gobernador se alojó en el palacio de su hermano, donde las manchas de la sangre de este todavía no se habían borrado. La ceremonia de inauguración fue celebrada con *fêtes*[*], corridas de toros y torneos, y continuaron durante varios días, mientras que el alocado populacho de la capital se abandonaba a la celebración, ¡como si un orden de las cosas nuevo y de mejores auspicios hubiera comenzado en Perú![216].

Notas al pie

[193] «A quien viniere à quitar mi hacienda, quitarle he la vida.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 7, cap. 18.

[194] «Entró en la cibdad de Lima á 17 de Mayo de 1544: saliole á recibir todo el pueblo á pie y á caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y á la entrada de la cibdad; estaban le esperando el Regimiento y Justicia, y oficiales del Rey con ropas largas, hasta en pies de carmesi, y un palio del mesmo carmesi aforrado en los mesmo, con ocho baras guarnecidas de plata y tomaronle debajo todos á pie, cada Regidor y justicia con una bara del palio, y el Virrey en su caballo con las mazas delante tomaronle juramento en un libro misal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clerigos con la cruz á la puerta y le metieron dentro cantando Te deum laudamus, y despues que obo dicho su oracion, fué con el cabildo y toda la ciudad á su palacio donde fué recebido y hizo un parlamento breve en que contentó á toda la gente.» *Relación de los sucesos del Perú desde que entró el virrey Blasco Núñez acaecidos en mar y tierra*, manuscrito.

[195] «Porque llanamente confesaba, que asi para su Magestad, como para aquellos Reinos, eran perjudiciales.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 5.

[*] El autor se refiere a la costumbre que había entre los turcos de condenar al súbdito entregándole una cuerda de arco para que él mismo diera fin a su vida.

[196] Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, caps. 2-5.

[197] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 8.

[198] Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 7, cap. 22.

[199] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, cap. 7.

[200] Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, caps. 14, 16.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, caps. 9-10.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 8, caps. 5-9.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.– *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.

[201] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 3.– Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 10.

[202] A Loaysa, el obispo, le robaron los despachos y ni siquiera se le permitió entrar en el campamento, no fuera a ser que su presencia hiciera tambalearse la lealtad de los soldados (véase

Relación de los Sucesos del Perú, manuscrito). El relato ocupa más espacio del que merece en la mayor parte de las autoridades.

203 «Hiço hacer gran Copia de Arcabuces, asi de Hierro, como de Fundicion, de ciertas Campanas de la Iglesia Maior, que para ello quitó.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 6.

204 Blasco Núñez pagó, según Zárate, quien tenía los mejores medios para saberlo, doce mil ducados por treinta mulas –«El Visorrei les mandó comprar, de la Hacienda Real, treinta i cinco Machos, que hiciesen la Jornada, que costaron mas de doce mil ducados» (Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap 10)–. La Sudamérica de nuestros días se sorprendería ante tales precios por animales que después se han hecho tan abundantes en su país.

205 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 10.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 8, caps. 2, 10.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

206 «Le golpeó en el pecho con su daga, como dicen algunos, pero el virrey lo niega.» Dice Zárate en la copia impresa de su historia (lib. 5, cap. II). En el manuscrito original de su trabajo, que todavía está en Simancas, afirma el hecho sin ninguna matización. «Luego el dicho Virrei echó mano á una daga, i arremetió con él, i le dió una puñalada, i á grandes voces mandó que le matasen» (Zárate, manuscrito). Esta sin duda era su honesta convicción, cuando estaba en el lugar poco después de que hubiera ocurrido. El diplomático historiador pensó que era más prudente atenuar su comentario antes de su publicación. «Dijeron», dice otro coetáneo, familiarizado con estos hechos amigo del virrey, «que le propinó varias heridas con su daga». Y no intenta rebatir la acusación (*Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito). Ciertamente, esta versión de la historia parece haber sido generalmente aceptada entonces por aquellos que tenían mejores medios para conocer la verdad.

207 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, *ubi supra* .

208 *Ibid.*, lib. 5, cap. 12.–Fernández, parte I, lib. I, cap. 18.

209 *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.– *Relación Anónima*, manuscrito.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 19.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. II.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

Gonzalo Pizarro saca devotamente como conclusión de esto, que la revolución fue traída claramente por la mano de Dios para el bien de la tierra. «En hizóse sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra que Dios la guiava para el bien desta tierra.» *Carta*, manuscrito, *ubi supra.*

210 *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.– *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.

La historia de la captura del virrey es bien contada por el escritor del último manuscrito, quien no parece, aquí al menos, demasiado tendencioso en favor de Blasco Núñez, aunque fuera un partidario

suyo.

211 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 103.

Exigía cierto coraje llevar el mensaje de la Audiencia a Gonzalo y sus desesperados seguidores. El historiador Zárate, el interventor real, fue el enviado, no muy a su satisfacción según parece. Sin embargo, escapó sin sufrir daño e hizo un informe completo de los hechos en su crónica.

212 «Le queria dar su muerte con un preëminencia señalada, que escogiese en qual de las Ramas de aquel Arbol queria que le colgasen.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 13.–Véase también la *Relación Anónima*, manuscrito.–Fernández, parte I, lib. I, cap. 25.

213 Según Gonzalo Pizarro, la Audiencia le invitó obedeciendo las demandas de los representantes de las ciudades. «Y á esta sazon llegué yo á Lima, i todos los procuradores de las cibdades destos reynos suplicaron al Audiencia me hiciesen Governador para resistir los robos é fuerzas de Blasco Núñez andava faciendo, i para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas á su real servicio convenía. Los Oydores visto que asi convenia al servicio de Dios i al de S. M. i al bien destos reynos», etc. (*Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito). Pero la versión de Gonzalo sobre sí mismo debe ser vista con algo más de indulgencia de lo habitual. Su carta, que está dirigida a Valdivia, el célebre conquistador de Chile, contiene una descripción completa del alzamiento y el progreso de su rebelión. Es la mejor reivindicación, por tanto, que se puede encontrar de él mismo, y como contraposición a las narraciones de sus enemigos es de inestimable valor para el historiador.

214 Utilizó doce mil indios para este servicio, dice el escritor de la *Relación Anónima*, manuscrito. Pero este autor, aunque vivía en las colonias en esos momentos, habla de forma demasiado aleatoria como para ganarse nuestra confianza.

215 «Y el armado y con una capa grana cubierta con muchas guarniciones de oró é con sayo de brocado sobre las armas.» *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.

* En francés en el original.

216 Para las páginas precedentes relacionadas con Gonzalo Pizarro, véase *Relación Anónima*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 25.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Zárate, *loc. cit.* –Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 8, caps. 16-19.– *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1544.

Capítulo IX

Medidas de Gonzalo Pizarro. Huida de Vaca de Castro. Reaparición del virrey. Su desastrosa retirada. Derrota y muerte del virrey. Gonzalo Pizarro, señor del Perú. 1544-1546

El primer acto de Gonzalo Pizarro fue ordenar que se arrestara a aquellas personas que habían tomado la parte más activa contra él en los últimos tumultos. A varios los condenó a muerte, pero después les conmutó la pena y se contentó con enviarlos al destierro y confiscar sus posesiones[217]. Su siguiente preocupación fue asentar su autoridad sobre bases sólidas. Llenó el gobierno municipal de Lima con sus propios partidarios. Envió a sus lugartenientes a que se ocuparan del gobierno de las principales ciudades. Hizo que se construyeran galeras en Arequipa para asegurarse el dominio de los mares y puso a sus fuerzas en la mejor condición posible, preparándose para futuras emergencias.

La Audiencia Real existía tan solo en nombre, ya que sus poderes fueron rápidamente absorbidos por el nuevo gobernante, que quería poner el gobierno en el mismo estado en que se encontraba bajo el marqués, su hermano. La verdad es que la Audiencia cayó hecha pedazos por necesidad ante el enfrentamiento de sus diferentes miembros. Álvarez había sido enviado con el virrey a Castilla. Cepeda, el más ambicioso de la corte, una vez que hubieron fracasado sus ambiciosos planes, se contentó con convertirse en un instrumento en manos del jefe militar que le había

desbancado. Zárate, un tercer juez, que desde el primer momento había protestado contra las medidas violentas de sus colegas, quedó confinado en su casa por una enfermedad mortal[218], y en cuanto a Tepeda, el magistrado que quedaba, Gonzalo se proponía enviarlo de regreso a Castilla con un relato tal de los últimos acontecimientos que reivindicara su propia conducta a los ojos del emperador. Carvajal se oponía a este paso, diciéndole directamente a su comandante que «había ido demasiado lejos como para esperar el favor de la Corona, y ¡que sería mejor que dependiera para sus reivindicaciones de sus picas y mosquetes!»[219].

Pero se descubrió que el barco que debía transportar a Tepeda había desaparecido súbitamente del puerto. Era el mismo en el que Vaca de Castro se encontraba recluido, y este oficial, sin pararse a confiar en la tolerancia de alguien cuyas ofertas había rechazado de forma tan poco ceremoniosa en una ocasión anterior, y convencido además de que su misma presencia no ayudaría en nada en una tierra sobre la que no tenía ninguna autoridad legítima, había convencido al capitán de que partiera con él hacia Panamá. Después cruzó el istmo y se embarcó para España. Los rumores de su llegada le habían precedido y no faltaron acusaciones contra él por parte de algunos a los que su gobierno había ofendido. Fue acusado de haber tomado medidas demasiado arbitrarias, sin tener en cuenta los derechos tanto de los colonos como de los nativos y sobre todo de haber malversado los fondos públicos y de regresar con los cofres ricamente cargados a Castilla, lo que constituía un delito imperdonable.

En cuanto el gobernador puso pie en su propio país fue arrestado y conducido rápidamente a la prisión de Arévalo y, aunque posteriormente se le trasladó a unas estancias mejores, donde fue tratado con las atenciones propias de su rango, se le mantuvo como prisionero de estado durante doce años, hasta que los lentos tribunales de Castilla pronunciaron una sentencia a su favor. Fue absuelto de todas las acusaciones que se habían presentado contra él, y lejos de haber especulado se descubrió que no había vuelto a casa más rico de lo que se había ido. Fue liberado de su encierro, se le devolvieron los honores y dignidades, tomó su asiento de nuevo en el Consejo Real y Vaca de Castro disfrutó, durante el resto de sus días, de la consideración que se merecía por todas sus acciones[220]. El mejor elogio de la sabiduría de su administración lo proporcionan los problemas que trajo a las colonias la administración de su sucesor. La nación gradualmente reconoció el valor de sus servicios, aunque debe admitirse que la manera en

que el gobierno se los pagó constituye un frío comentario acerca de la gratitud de los príncipes.

Gonzalo Pizarro estaba condenado a experimentar una decepción mucho mayor que la provocada por la huida de Vaca de Castro con el regreso de Blasco de Núñez. Al poco tiempo de que el navío que le llevaba fuera del país abandonara la orilla, Álvarez, el juez, ya fuera por remordimiento de la participación que había tenido o por el miedo a las consecuencias de llevar al virrey de regreso a España, se presentó ante el dignatario y le anunció que ya no estaba prisionero. Al mismo tiempo se excusó por su participación, explicando que era debida al deseo de salvar la vida de Blasco de Núñez y sacarle de esa peligrosa situación. Después puso el barco a su disposición y le aseguró que le llevaría donde quiera que eligiera.

El virrey, fuera cual fuera la confianza que pusiera en la explicación del juez, se aprovechó rápidamente de su oferta. Su orgulloso espíritu se sublevaba ante la idea de regresar a casa en desgracia, frustrado como había sido, en todos los objetivos de su misión. Decidió probar de nuevo fortuna en tierra y su única duda era en qué punto intentar reunir a sus partidarios a su alrededor. En Panamá podía quedarse a salvo, mientras pedía ayuda de Nicaragua y otras colonias del norte. Pero esto sería abandonar su gobierno inmediatamente, y una confesión tal de debilidad tendría un mal efecto sobre sus seguidores en Perú. Decidió, por tanto, dirigir sus pasos hacia Quito, que, al tiempo que se encontraba dentro de su jurisdicción, estaba lo suficientemente lejos del escenario de los últimos tumultos como para darle tiempo a reagruparse y enfrentarse a sus enemigos.

En pos de este objetivo, el virrey y su séquito desembarcaron en Tumbez, a mediados de octubre de 1544. Nada más tomar tierra, envió un manifiesto explicando los violentos procedimientos de Gonzalo Pizarro y sus seguidores, a quienes denunció como traidores a su príncipe, e hizo un llamamiento a los verdaderos súbditos de la colonia para que le apoyaran a mantener la autoridad real. El llamamiento fue escuchado y llegaron voluntarios, aunque lentamente, de San Miguel, Puerto Viejo y otros lugares de la costa, animando el corazón del virrey con la convicción de que el sentimiento de lealtad no se había extinguido en el pecho de los españoles.

Pero mientras estaba ocupado en esto, recibió noticias de la llegada a la costa de uno de los capitanes de Pizarro con una fuerza superior a la suya. Su número era exagerado, pero Blasco Núñez, sin esperar a comprobar la veracidad de la noticia, abandonó su posición en Tumbez y con toda la prisa

que pudo a través de un terreno salvaje y montañoso medio cubierto de nieve marchó hasta Quito. Pero esta capital, situada en el extremo norte de su provincia, no era un punto favorable para el encuentro con sus seguidores y, tras prolongar su estancia hasta que hubo recibido la promesa de Benalcazar, el leal comandante en Popayán, de que le apoyaría con todas sus fuerzas en el conflicto que se avecinaba, hizo una rápida contramarcha hacia la costa, y tomó su posición en la ciudad de San Miguel. Este era un punto bien situado para sus propósitos, ya que se encontraba en la gran calzada que discurría por la costa del Pacífico, además de ser el mercado principal de intercambio comercial con Panamá y el norte.

Aquí el virrey alzó su estandarte y en unas pocas semanas se vio a la cabeza de una fuerza que ascendía a casi quinientos hombres en total, a pie y a caballo, mal provistos de armas y de munición, pero aparentemente entusiastas de su causa. Viéndose con fuerza suficiente como para comenzar con las operaciones activas, partió contra varios de los capitanes de Pizarro en la vecindad, sobre los que obtuvo algunas victorias decisivas, que renovaron su confianza y le hicieron concebir esperanzas de restablecer su dominio sobre el país[221].

Durante este tiempo Gonzalo Pizarro no estuvo inactivo. Había observado con ansiedad los movimientos del virrey y estaba convencido ahora de que era el momento de atacar y que si no quería verse derrocado, debía desplazar a su formidable rival. Por tanto, situó una fuerte guarnición bajo las órdenes de un oficial de confianza en Lima y, tras enviar por delante una fuerza de unos seiscientos hombres por tierra a Trujillo, él mismo se embarcó para ese puerto el 4 de marzo de 1545, el mismo día en que el virrey había partido de Quito.

En Trujillo, Pizarro se puso a la cabeza de su pequeño ejército y se dirigió sin pérdida de tiempo contra San Miguel. Su rival, deseoso de llevar la disputa a su final, hubiera marchado de buen grado para presentarle batalla, pero sus soldados, en su mayoría jóvenes sin experiencia, reunidos con prisas, estaban intimidados por el nombre de Pizarro. Insistieron abiertamente en que se les llevara al terreno alto, donde se verían reforzados por Benalcazar y su desgraciado comandante, como un jinete con una montura ingobernable a cuyos humores se veía obligado a someterse, fue llevado con prisa en dirección contraria a sus deseos. Era el destino de Blasco Núñez; que sus propósitos se vieran frustrados tanto por sus amigos como por sus enemigos.

Al llegar frente a San Miguel, Gonzalo Pizarro descubrió, para su gran mortificación, que el enemigo lo había abandonado. Sin entrar en la ciudad aceleró el paso y después de atravesar un valle bastante grande alcanzó las faldas de una cadena montañosa, en la que Blasco Núñez había entrado tan solo unas horas antes. La tarde estaba ya entrada, pero Pizarro, conocedor de la importancia de la rapidez, envió a Carvajal por delante con un grupo de tropas ligeras para que alcanzaran a los fugitivos. El capitán consiguió alcanzar su solitario vivaque entre las montañas a medianoche, cuando las cansadas tropas estaban hundidas en el sueño. Sacados de su reposo por el toque de la trompeta, que, por muy extraño que parezca, su enemigo había tocado de forma incauta[222], el virrey y sus hombres se pusieron en pie de un salto, montaron en sus caballos, cogieron sus arcabuces y lanzaron una andanada tal sobre las filas de sus atacantes que Carvajal, desconcertado por esta recepción, pensó que era prudente, con su inferior número, retirarse. El virrey le siguió, hasta que, temiendo una emboscada en la oscuridad de la noche, se retiró y permitió a su adversario que se reuniera con el cuerpo principal del ejército bajo las órdenes de Pizarro.

Esta conducta de Carvajal, con la que permitió que la caza se le escapara de entre las manos, por pura falta de atención, es inexplicable. Crea una excepción extraña dentro de la habitual precaución y vigilancia que desplegó en su carrera militar. Pero Pizarro, aunque enormemente encendido, valoraba demasiado los servicios de la lealtad bien probada de su lugarteniente, como para discutir con él. Aun así se consideró de la mayor importancia alcanzar al enemigo, antes de que hubiera avanzado mucho más hacia el norte, donde las dificultades del terreno entorpecerían enormemente la persecución. A Carvajal, ansioso por reparar su error, se le situó nuevamente a la cabeza de un cuerpo de tropas ligeras, con órdenes de acosar la marcha del enemigo, cortar sus aprovisionamientos y mantenerle en jaque, si era posible, hasta la llegada de Pizarro[223].

Pero el virrey se había aprovechado del reciente retraso, para ganar una ventaja considerable a sus perseguidores. Su camino le llevó a través del valle de Caxas, un distrito amplio y sin cultivar, que proporcionaba poco sustento para hombres y bestias. Día tras día, sus tropas mantuvieron la marcha a través de esta deprimente región, atravesada por *barrancas*[*] y quebradas rocosas que aumentaron enormemente sus esfuerzos. Su principal alimento era el maíz seco, que normalmente constituía el alimento de los indios cuando viajaban, aunque los españoles no le prestaban tanta

atención, y este alimento tan escaso se veía reforzado por las hierbas que pudieran encontrar en laderas del camino, que los soldados hervían en sus cascos a falta de mejores utensilios[224]. Carvajal, mientras tanto, les perseguía tan de cerca que su equipaje, munición y a veces sus mulas caían en sus manos. El infatigable guerrero siempre estaba detrás de su rastro, de día y de noche, dejándoles poco reposo. No montaban las tiendas y se acostaban con sus armas, con sus monturas ensilladas a su lado, y casi no había cerrado el soldado sus cansados ojos, cuando era despertado por el grito de que el enemigo estaba sobre ellos[225].

Finalmente, los acosados seguidores de Blasco Núñez llegaron al *depoblado*[**], o desierto de Paltos, que se extiende hacia el norte durante muchas lúgubres millas. El terreno, atravesado por numerosos arroyos, tiene el aspecto de un gran cenagal y hombres y caballos se rebozaban en sus aguas estancadas, se abrían paso con dificultad a través del pantano o abrían un camino a través de la enmarañada maleza que surgía con gran exuberancia de su superficie. Los cansados caballos, sin comida a excepción de la que podían encontrar en la espesura, a menudo quedaban agotados con el viaje e inservibles se dejaba que murieran en la carretera, con las corvas cortadas para que no pudieran ser útiles al enemigo, aunque más a menudo eran despachados para proporcionar un miserable banquete para sus amos[226]. Muchos de ellos cayeron en el camino de puro cansancio, o se perdieron en los bosques incapaces de mantener el ritmo de la marcha. Y desgraciado aquel que se rezagaba y caía en manos de Carvajal, al menos si había pertenecido al bando de Pizarro. La mera sospecha de traición sellaba su destino con el implacable soldado[227].

Los sufrimientos de Pizarro y su tropa no eran mucho menores que los del virrey, aunque se veían un tanto mitigados por los nativos del país, que, con rápido instinto, discernían qué facción era la más fuerte y, por supuesto, la que era más de temer. Pero, a pesar de todos los alivios, los sufrimientos del jefe eran terribles. Era una repetición de las fúnebres escenas de la expedición del Amazonas. Debe admitirse que los soldados de la conquista conquistaron sus triunfos a un precio muy alto. Sin embargo, el virrey tenía una fuente de inquietud aún mayor quizá que la de terminar con el sufrimiento físico. Se trataba de la desconfianza en sus propios seguidores. Había varios de los principales caballeros en su séquito de los que sospechaba que estaban en correspondencia con el enemigo e incluso de

estar planeando entregarle a sus manos. Estaba tan convencido que hizo que dos de estos oficiales fueran ejecutados sobre la marcha y sus cadáveres, al quedar en las cunetas, cuando se encontraban con la mirada del soldado, le decían que había otros peligros que temer en estas terribles soledades además del enemigo en su retaguardia[228].

Otro caballero, el segundo en el mando por detrás del virrey, fue ejecutado tras una investigación más formal de su caso, en el primer lugar en el que se detuvo el ejército. A estas alturas es imposible determinar hasta qué punto las sospechas de Blasco Núñez se basaban en la verdad. Los juicios de los contemporáneos varían[229]. En tiempos de fermentación política, la opinión del escritor generalmente se ve determinada por el partido al que pertenece. A juzgar por el carácter de Blasco Núñez, celoso e irritable, podemos suponer que actuara sin causa suficiente. Pero esta consideración se ve contrapesada por la facilidad con la que sus seguidores se desviaban de la lealtad a su comandante, que parece haber tenido un asidero tan ligero sobre su afecto, que al menor revés de la fortuna se veía alterado. Estuvieran o no bien fundadas sus sospechas, el efecto fue el mismo en la mente del virrey. Con un enemigo en los talones a quien no se atrevía a enfrentarse y seguidores en quienes no confiaba, la copa de sus calamidades estaba casi llena.

Finalmente salió a tierra firme y, atravesando Tomabamba, Blasco Núñez volvió a entrar en su norteña capital de Quito. Pero su recepción no fue tan cordial como la que había experimentado anteriormente. Ahora venía como un fugitivo con un formidable ejército persiguiéndole y pronto se le hizo sentir que la manera más segura de recibir apoyo es no necesitarlo.

Sacudiéndose de los pies el polvo de la desleal ciudad, cuyos supersticiosos habitantes eran muy sensibles a más de un mal augurio que había presagiado su pronta ruina[230], el desgraciado comandante siguió su camino hacia Pastos, en la jurisdicción de Benalcazar. Pizarro y sus fuerzas entraron en Quito poco después, decepcionados porque a pesar de su prisa el enemigo seguía eludiendo su persecución. Se detuvo solo para que sus hombres recuperaran la respiración y declarando que «seguiría al virrey hasta el mar del norte pero que lo atraparía»[231], reanudó su marcha. En Pastos, casi logró su objetivo. Su avanzadilla alcanzó a Blasco Núñez cuando este se detenía en la orilla opuesta de un riachuelo. Los hombres de Pizarro, desmayados a causa de los trabajos y el calor, se tambaleaban débiles junto al agua, para saciar su ardiente sed, y hubiera sido fácil para

las tropas del virrey, frescas por el descanso, y superiores en número a sus enemigos, haberles destrozado. Pero Blasco Núñez no podía conseguir que sus soldados cargasen. Habían huido tanto tiempo delante del enemigo, que su mera visión les llenaba el corazón de pánico y hubieran pensado tanto en volverse contra él como la liebre en volverse contra los perros que la persiguen. Sentían que para salvarse solo podían huir, no luchar, y se aprovecharon del cansancio de sus perseguidores para acelerar su retirada.

Gonzalo Pizarro continuó la persecución algunas leguas más allá de Pastos, hasta que al verse arrastrado más de lo que quería dentro de los territorios de Benalcazar, y no atreviéndose a enfrentarse con este formidable capitán en desventaja, se detuvo y, a pesar de su magnífico alarde sobre el mar del norte, ordenó la retirada e hizo una rápida contramarcha hacia Quito. Allí encontró ocupación en recuperar los desgastados ánimos de las tropas y en fortalecerse con refuerzos frescos, que incrementaron enormemente sus efectivos, aunque estos se vieron disminuidos por un cuerpo que destacó bajo las órdenes de Carvajal para sofocar una insurrección, que según se había enterado había surgido en el sur. Esta estaba dirigida por Diego Centeno, uno de sus propios oficiales a quien había colocado en La Plata, donde los habitantes del lugar se habían unido a la revuelta y habían levantado el estandarte de Corona. Con el resto de sus tropas, Pizarro decidió quedarse en Quito, esperando el momento en que el virrey regresara a sus dominios, igual que el tigre que se agazapa junto a un manantial en la espesura esperando pacientemente el regreso de sus víctimas.

Mientras tanto, Blasco Núñez había avanzado en su retirada hasta Popayán, la capital de la provincia de Benalcazar. Aquí fue amablemente recibido por el pueblo, y sus soldados, reducidos por la deserción y la enfermedad a un quinto de los que partieron, descansaron de las fatigas sin parangón de una marcha que se había prolongado por más de doscientas leguas[232]. No tardó mucho en unírsele Cabrera, el lugarteniente de Benalcazar, con un fuerte refuerzo y poco después este jefe en persona. Todos sus efectivos ascendían a casi cuatrocientos hombres, la mayoría de los cuales estaban en buenas condiciones y bien entrenados en la escuela de las guerras americanas. Sus propios hombres carecían de armas y municiones y se puso a la labor de suplir esta deficiencia construyendo hornos para fabricar arcabuces y picas[233]. Quien esté familiarizado con la historia de esta época se sorprenderá ante la rapidez con que los aventureros

españoles se disponía a realizar los oficios y artesanías más diferentes que normalmente requieren un largo aprendizaje. Desplegaban esa destreza tan necesaria para los colonos en un nuevo país, donde todo hombre debe convertirse hasta cierto punto en su propio artesano. Pero este estado de cosas, por muy favorable que fuera para el ingenio del artista, no es muy propicio para el avance del arte, y no puede haber duda de que las armas hechas por los soldados de Blasco Núñez eran de la factura más imperfecta y burda.

A medida que las semanas pasaban, Gonzalo Pizarro, aunque poseía la paciencia del soldado español, se sintió incómodo con la prolongada estancia de Blasco Núñez en el norte y recurrió a la estratagema del señuelo para sacarle de su retiro. Salió de Quito con la mayor parte de sus fuerzas, dando a entender que iba a ayudar a su lugarteniente en el sur, al tiempo que dejaba una guarnición en la ciudad bajo las órdenes de Puelles, el mismo oficial que anteriormente había desertado del virrey. Se cuidó de que estas noticias llegaran al campamento del enemigo. La estratagema tuvo el efecto deseado. Blasco Núñez y sus seguidores, confiados en su superioridad sobre Puelles, no dudaron por un momento en aprovecharse de la supuesta ausencia de Pizarro. Abandonando Popayán, el virrey, a principios de enero de 1546, se movió a marchas forzadas hacia el sur. Pero antes de que llegara a su lugar de destino, se dio cuenta de la encerrona a la que le habían conducido. Comunicó el hecho a sus oficiales, pero ya había sufrido mucho por tanta incertidumbre, por lo que el único deseo que tenía ahora era finalizar su disputa con Pizarro a través del arbitraje definitivo de las armas.

Este jefe mientras tanto había estado bien informado, a través de sus espías, de los movimientos del virrey. Al saber que este había salido de Popayán, había vuelto a Quito, había unido sus tropas a las de Puelles y, saliendo de la capital, había tomado una posición fuerte a unas tres leguas al norte, en un terreno elevado que dominaba el arroyo por el que el enemigo tenía que pasar. No transcurrió mucho tiempo hasta que este apareció y Blasco Núñez, como la noche comenzaba a echarse encima, se estableció en la orilla opuesta del riachuelo. Estaba tan cerca del campamento enemigo que las voces de los centinelas se podían oír claramente en el campamento de enfrente, y no dudaron en tildarse los unos a los otros con el epíteto de «traidores». En estas guerras civiles, como hemos visto, cada parte reclamaba para sí el mérito exclusivo de la lealtad[234].

Pero Benalcazar pronto vio que la posición de Pizarro era demasiado fuerte para ser atacada con un mínimo de posibilidades de éxito. Propuso, por tanto, al virrey que retirara sus fuerzas en secreto por la noche y rodeando las colinas cayera sobre los enemigos por la retaguardia, donde estarían menos preparados para enfrentarle. Se aprobó el consejo y en cuanto las dos huestes desaparecieron la una de la vista de la otra por la oscuridad, dejando sus hogueras encendidas para engañar al enemigo, Blasco Núñez desmanteló su campamento y comenzó un rodeo en dirección a Quito. Pero o bien había sido mal informado o sus guías le perdieron, porque los caminos demostraron estar tan impracticables que se vio obligado a dar una vuelta tan enorme que amaneció antes de que se hubiera acercado al punto de ataque. Al ver que debía abandonar la idea de aprovecharse de la sorpresa aceleró su paso en dirección a Quito, donde llegó con hombres y caballos enormemente cansados por la marcha nocturna de ocho leguas desde un lugar que en línea recta no estaba a más de tres leguas. Fue un error fatal en la víspera de un enfrentamiento[235].

Al llegar vio que los hombres habían abandonado casi por completo la capital. Todos se habían unido al estandarte de Pizarro, porque había prendido en ellos el espíritu general de desafección y veían a este jefe como su protector ante las opresivas ordenanzas. Pizarro era el representante del pueblo. Enormemente conmovido por esta deserción, el desgraciado virrey, levantando sus manos hacia el cielo, exclamó, «¿Significa esto, Dios, que abandonas a tus siervos?». Las mujeres y los niños salieron y en vano le ofrecieron comida, de la que obviamente estaba necesitado, preguntándole al mismo tiempo, «Por qué había ido allí a morir». Sus seguidores, con mayor indiferencia que su comandante, entraron en las casas de los habitantes y sin ninguna ceremonia se apropiaron de todo lo que pudieran encontrar para apaciguar su apetito.

Benalcazar, que vio la temeridad de presentar batalla, en su actual situación, recomendó al virrey que intentara negociar y se ofreció él mismo para ir al campamento del enemigo y negociar, si era posible, las condiciones de un acuerdo con Pizarro. Pero Blasco Núñez, aunque se había sentido abatido por un momento, recuperó su habitual constancia y orgullosamente contestó que «No se puede tener fe en los traidores. Hemos venido para luchar, no para parlamentar y debemos cumplir nuestra obligación como buenos y leales caballeros. Yo cumpliré la mía», continuó,

«y ten por seguro que seré el primer hombre que rompa su lanza contra el enemigo»[236].

Después llamó a sus tropas y les dirigió unas palabras antes de marchar. «Sois todos hombres valientes», dijo, «y leales a vuestro soberano. Por mi parte tengo la vida en poco en comparación a las obligaciones con mi príncipe. Confiemos en nuestro éxito, los españoles, en una buena causa, han superado contiendas más desiguales que esta. Y luchamos por el derecho, es la causa de Dios, la causa de Dios»[237], concluyó, y los soldados, enardecidos por su generoso ardor, le respondieron con hurras que llegaron al corazón del desgraciado comandante, poco acostumbrado últimamente a estos despliegues de entusiasmo.

Era el 18 de enero de 1546 cuando Blasco Núñez salió en marcha a la cabeza de su formación de la antigua ciudad de Quito. Había avanzado menos de una milla[238] cuando divisó al enemigo formado a lo largo de la cresta de unos terrenos elevados, que ascendían suavemente desde las llanuras de Añaquito. Gonzalo Pizarro, enormemente disgustado al saber de la partida del virrey, a primera hora de la mañana había levantado su campamento y marchado hacia la capital, completamente decidido a que su enemigo no se le escapara.

Las tropas del virrey, ahora detenidas, estaban en formación de batalla. Un pequeño cuerpo de arcabuceros estaba apostado en la vanguardia para comenzar la lucha. El resto de ese cuerpo estaba distribuido entre los lanceros que ocupaban el centro, protegidos en los flancos por la caballería dividida en dos escuadrones prácticamente iguales. La caballería ascendía a casi doscientos cuarenta, algo menos que en el otro bando, aunque el número total de las fuerzas del virrey, un poco por debajo de cuatrocientos, eran algo más de la mitad de las de su rival. A la derecha y frente al estandarte real, Blasco Núñez, apoyado por trece caballeros elegidos, tomó su posición, preparado para encabezar el ataque.

Pizarro había formado sus tropas de manera parecida a la de su adversario. En total eran unos setecientos hombres, bien pertrechados, en buen estado y dirigidos por los mejores caballeros en Perú[239]. Como, a pesar de su superioridad numérica, Pizarro no parecía inclinado a abandonar su ventajosa posición, Blasco Núñez dio órdenes de avanzar. La acción comenzó con los arcabuceros y en unos pocos momentos densas nubes de humo, arrastrándose por el campo, lo oscurecieron todo por un momento,

porque ya era tarde cuando comenzó la acción y la luz estaba desapareciendo rápidamente.

La infantería, nivelando sus picas, avanzó bajo el abrigo del humo y pronto se enzarzó duramente con las filas opuestas de lanceros. Después llegó la carga de la caballería, que, a pesar de ser desbandada por el fuego de los arcabuceros de Pizarro, muy superiores a los suyos, se realizó con tanto ánimo que los caballos del enemigo se vieron obligados a dar la vuelta y retirarse ante ellos. Pero fue tan solo para volver con mayor violencia, mientras que, como una poderosa ola, la caballería de Pizarro se lanzaba contra sus enemigos, arrastrándoles por la pendiente, y aplastando por igual a hombres y caballos en una destrucción indiscriminada. Sin embargo, estos a su vez, finalmente se reagruparon, animados por los gritos y los esfuerzos desesperados de sus oficiales. Las lanzas se habían destrozado y lucharon mano a mano con espadas y hachas mezclados en una terrible confusión. Pero la lucha no duró mucho, porque, aunque los números eran casi iguales, la caballería del virrey, agotada por la dura marcha de la noche anterior[240], no era rival para sus enemigos. El terreno quedó lleno de los restos de sus cuerpos, y caballos y jinetes, muertos y moribundos, se amontonaron unos sobre otros. Cabrera, el valiente lugarteniente de Benalcazar, fue muerto, y Benalcazar derribado a los pies de su caballo, cubierto de heridas y dejado por muerto en el campo. Álvarez, el juez, fue mortalmente herido. Tanto él como su colega Cepeda se encontraban en la acción, aunque en bandos diferentes, luchando como si se hubieran criado en las armas y no en la pacífica profesión de leyes.

Sin embargo, Blasco Núñez y sus compañeros mantuvieron una resistencia valiente a la derecha del campo. El virrey había mantenido su palabra de ser el primero en romper su lanza contra el enemigo y con un golpe muy bien dirigido había derribado a un caballero, llamado Alonso de Montalvo, limpiamente de su silla. Pero finalmente se vio sobrepasado por el número y, a medida que sus compañeros caían uno tras otro a su lado, se quedó prácticamente desprotegido. Ya estaba herido cuando el golpe de un hacha en la cabeza le hizo caer del caballo y quedó inconsciente en el suelo. De haber sido reconocido puede que le hubieran apresado vivo, pero llevaba un sobreveste de algodón indio sobre su armadura que ocultaba la orden militar de Santiago y las demás insignias de su rango[241].

A pesar de eso fue rápidamente reconocido por uno de los seguidores de Pizarro, quien probablemente había seguido ya alguna vez la bandera del

virrey. El soldado inmediatamente se lo indicó al licenciado Carvajal. Esta persona era el hermano del caballero que, como recordará el lector, Blasco Núñez había matado de forma tan precipitada en su palacio en Lima. El licenciado se había enrolado posteriormente a las órdenes de Pizarro y junto con varios familiares juró vengarse del virrey. Montando inmediatamente, hostigó al comandante caído por el asesinato de su hermano y estaba desmontando para acabar con él con sus propias manos cuando Puelles, quejándose de que era un acto de degradación, ordenó a uno de sus ayudantes, un esclavo negro, que cortara la cabeza del virrey. Este hombre ejecutó la orden con un solo golpe de su sable, mientras que el desdichado, que quizá en ese momento moría a causa de sus heridas, no pronunció una palabra, sino que con sus ojos implorantes dirigidos al cielo recibió el golpe fatal[242]. Se colgó la cabeza en una pica y algunos fueron lo suficientemente bestiales como para arrancarle las canas de la barba y ponerlas en sus gorras, como espeluznantes trofeos de su victoria[243]. El destino de este día estaba decidido. Sin embargo, la infantería hizo una valiente resistencia, manteniendo a la caballería de Pizarro a raya con su hirsuto despliegue de picas. Pero su número fue reducido por los arcabuceros y puestos en desorden, no pudieron resistir más la llegada de la caballería, que rompió su columna y pronto los dispersó y los sacó del terreno. La persecución no fue ni larga ni sangrienta, ya que sobrevino la oscuridad y Pizarro ordenó que sonaran las trompetas para llamar a sus hombres junto a las banderas.

Aunque la acción duró muy poco tiempo, casi un tercio de las tropas del virrey habían perecido. Las pérdidas en sus oponentes fueron muy pocas[244]. Varios de los caballeros vencidos tomaron refugio en las iglesias de Quito. Pero les sacaron del santuario a rastras, y algunos, probablemente aquellos que habían apoyado anteriormente la causa de Pizarro, fueron ejecutados y otros desterrados a Chile. El conquistador perdonó a la mayor parte. A Benalcazar, que se recuperó de sus heridas, se le permitió que regresara a su gobierno, con la condición de que nunca más levantara armas contra Pizarro. Sus tropas fueron invitadas a alistarse bajo las órdenes del vencedor, quien, sin embargo, nunca las trató con la confianza que mostraba a sus antiguos partidarios. Estaba enormemente disgustado por las indignidades de que había sido objeto el virrey, cuyos restos descuartizados hizo enterrar con los honores propios de su rango en la catedral de Quito. Gonzalo Pizarro, vestido de negro, caminó presidiendo el duelo en la

procesión. Era habitual que los Pizarro, como ya hemos visto, rindieran este tributo funerario a sus víctimas[245].

Este fue el triste final de Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú. Habían pasado menos de dos años desde que puso el pie por primera vez en el país, un período pleno de desastres y de desgracias. Sus adversidades pueden imputarse en parte a las circunstancias y en parte a su propio carácter. Ministro como era de una ley odiada y opresiva, no fue dotado de poderes absolutos para ponerla en práctica[246]. Sin embargo, todo el mundo puede, hasta cierto punto, reclamar el derecho a tal poder, ya que sería absurdo ejecutar un encargo cuyas circunstancias muestran que probablemente no logrará el objetivo para el que se había pensado. Pero hace falta sagacidad para determinar la existencia de esa contingencia y coraje moral para asumir la responsabilidad de actuar sobre ella. Una crisis como esta es la prueba más dura de carácter. Atreverse a desobedecer por un superior sentido del deber, es una paradoja que un espíritu pequeño difícilmente puede comprender. Desgraciadamente, Blasco Núñez era un tirano pedante, un hombre de visión estrecha, que no se sentía autorizado bajo ninguna circunstancia a desviarse de la letra de la ley. Envalentonado por su breve autoridad, además, consideró la oposición a las ordenanzas como una traición a sí mismo, y, por tanto, identificándose con su cometido, se vio empujado por sentimientos personales, casi tanto como por los de naturaleza pública y patriótica.

El carácter del virrey tampoco era de esos que tienden a mitigar el odio de sus medidas y reconciliar al pueblo para que las acate. Proporcionaba un fuerte contraste con el de su rival, Pizarro, cuyo comportamiento franco y caballeroso y cuya generosa confianza en sus seguidores le hizo inmensamente popular, cegando sus juicios y dando a la peor causa la apariencia de ser la mejor. Blasco Núñez, por el contrario, irritable y suspicaz, se situó en una falsa posición con todos aquellos a los que se acercó, ya que un carácter suspicaz crea una atmósfera de desconfianza alrededor que mata cualquier afecto amable. Su primer paso fue distanciarse de los miembros de la Audiencia que habían sido enviados para actuar de acuerdo con él. Pero esto fue tanto culpa de ellos como de él mismo, ya que eran tan laxos como él severo en la interpretación de la ley[247]. Después se distanció y ofendió a la gente a la que le habían encargado gobernar. Y, finalmente, disgustó a sus propios amigos y demasiado a menudo los convirtió en enemigos, de tal manera que en su último enfrentamiento por el

poder y por la existencia se vio obligado a apoyarse en el brazo de un extraño. Sin embargo, en el catálogo de sus cualidades no debemos pasar en silencio sus virtudes. Hay dos a las cuales sin duda tiene derecho, una la lealtad, que brillaba de forma aún mayor entre la desafección general que le rodeaba, y la constancia en la adversidad, que podía provocar el respeto incluso entre sus enemigos. Pero con la mayor indulgencia por sus méritos, difícilmente se puede dudar que pudiera encontrarse una persona más incompetente para la tarea que se le encomendó en Castilla[248].

La victoria de Añaquito fue recibida con alegría general en la capital vecina, todas las ciudades del Perú entendieron que sellaba la caída de las detestadas ordenanzas, y el nombre de Gonzalo Pizarro resonó de un extremo al otro del país como el de su libertador. Este jefe continuó su prolongada estancia en Quito durante la estación húmeda, dividiendo su tiempo entre los placeres licenciosos del temerario aventurero y las obligaciones que ahora le acuciaban como gobernador del estado. Su administración se vio manchada con menos actos de violencia de los que se podría haber esperado por las circunstancias de su situación. Mientras Carvajal, el consejero en el que desgraciadamente ponía su mayor confianza, se encontraba ausente se observó que Gonzalo no sancionó ninguna ejecución que no fuera de acuerdo con la ley[249]. Recompensó a sus seguidores con nuevas concesiones de tierra y destacó a varios en expediciones, a una distancia que fuera suficiente para llamarlos de vuelta rápidamente. Dictó varias disposiciones para el bienestar de los nativos, y algunas en concreto para instruirles en la fe cristiana. Prestó atención a la recaudación fiel de los impuestos reales, urgiendo a los colonos a que se portaran de tal manera que pudieran conciliar la buena voluntad de la Corona e inducir a la revocación de las ordenanzas. Su administración, en pocas palabras, se llevó de tal manera que incluso el austero Gasca, su sucesor, reconoció que «fue un buen gobierno, para un tirano»[250].

Finalmente, en julio de 1546, el nuevo gobernador se despidió de Quito y, dejando allí una guarnición bajo las órdenes de su oficial Puelles, comenzó su viaje al sur. Fue un avance triunfal y en todos los sitios la gente le recibía en la carretera con entusiasmo. En Trujillo, los ciudadanos salieron como uno solo para darle la bienvenida y los clérigos cantaron himnos en su honor, ensalzándole como el «príncipe victorioso» e implorando al todopoderoso que «alargara sus días y le diera honor»[251]. En Lima se propuso derribar algunos de los edificios y abrir una nueva calle

para su entrada, que de aquí en adelante llevaría el nombre del vencedor. Pero el diplomático jefe declinó este halagador tributo y modestamente prefirió entrar en la ciudad de la manera habitual. Se formó una procesión de ciudadanos, soldados y clérigos, y Pizarro hizo su entrada en la capital con dos de sus principales capitanes a pie, sosteniendo las riendas de su montura, mientras que el obispo de Lima y los obispos de Cuzco, Quito y Bogotá, el último de los cuales había venido a la ciudad para ser consagrado, cabalgaban a su lado. Las calles se llenaron de ramas, los muros de las casas se cubrieron de tapices colgantes y se levantaron arcos triunfales a su paso en honor al vencedor. Todos los balcones, barandas y azoteas estaban repletos de espectadores que lanzaban hurras largos y altos, saludando al soldado victorioso con los títulos de «libertador y protector del pueblo». Las campanas tocaron su alegre repique, como en su anterior entrada en la capital, y entre acordes de viva música y los risueños sonidos de la celebración Gonzalo continuó su camino hasta el palacio de su hermano. Perú se encontraba una vez más bajo la dinastía de los Pizarro[252].

De las diferentes partes del país llegaron delegados, ofreciendo la enhorabuena de sus respectivas ciudades y todos elevaron con entusiasmo sus reclamaciones por los servicios prestados en la revolución. Pizarro, al mismo tiempo, recibió la bienvenida noticia del éxito de sus armas en el sur. Diego Centeno, como se ha dicho anteriormente, había levantado allí el estandarte de la rebelión, o mejor dicho, de la lealtad a su soberano. Se había adueñado de La Plata y el espíritu de insurrección se había extendido por la provincia de Charcas. Carvajal, que había sido enviado contra él desde Quito, tras detenerse en Lima, había continuado inmediatamente hacia Cuzco y allí, reforzando sus fuerzas, había descendido en rápida marcha contra el distrito en resistencia. Centeno no se confió en el campo contra este formidable campeón. Se retiró con sus tropas hacia los refugios de la sierra. Carvajal fue en su persecución, siguiéndole la pista con la constancia de un perro de presa, a través de montañas y páramos, por bosques y peligrosos barrancos, sin dejarle respiro, de noche y de día. Comiendo, bebiendo y durmiendo en su silla, el veterano, de ochenta años, vio a sus propios seguidores agotarse uno detrás de otro, mientras que él presionaba en la persecución, como el salvaje cazador de Bürger, como si estuviera dotado de una constitución sobrenatural, ¡inasequible a la fatiga! Durante esta terrible persecución, que se prolongó durante más de doscientas leguas a través de un terreno salvaje, Centeno se vio abandonado

por la mayoría de sus seguidores. Los que cayeron en manos de Carvajal fueron rápidamente ejecutados, porque este inexorable jefe no tenía merced para aquellos que habían traicionado a su partido[253]. Finalmente, Centeno, con un puñado de hombres, llegó a las orillas del Pacífico, y allí, separándose unos de otros, se defendieron cada uno como mejor pudo. Su líder encontró asilo en una cueva en las montañas, donde fue alimentado en secreto por un curaca indio, hasta que le llegara de nuevo el momento de desplegar el estandarte de la revuelta[254].

Carvajal, después de algunos otros movimientos decididos, que establecieron completamente el poder de Pizarro sobre el sur, regresó en triunfo a La Plata. Allí se ocupó él mismo de explotar las minas de plata del Potosí, donde una veta recientemente abierta prometía proporcionar beneficios superiores a los descubiertos hasta entonces en México y Perú[255]. Y pronto pudo enviar grandes remesas a Lima, sin escatimar en la comisión que tomaba, ya que la avaricia del lugarteniente era igual a su crueldad.

Gonzalo Pizarro era ahora el señor indiscutible de Perú. De Quito a los confines del norte de Chile, todo el país reconocía su autoridad. Su flota recorría triunfante el Pacífico y le daba el dominio de toda ciudad y aldea de sus orillas. Su almirante, Hinojosa, un discreto y valiente oficial, había ganado Panamá para él y marchando a través del istmo le había conseguido la posesión de Nombre de Dios, el principal centro de comunicación con Europa. Sus fuerzas estaban en una excelente condición, incluyendo la flor y nata de los guerreros que había luchado bajo las órdenes de su hermano y que ahora con entusiasmo se reunieron alrededor del nombre de Pizarro, al tiempo que el río de riqueza que surgía de las minas del Potosí le proporcionaba los recursos de un monarca europeo.

El nuevo gobernador comenzó entonces a asumir la pompa correspondiente a su verdadera fortuna. Le protegía un cuerpo de escolta de ochenta soldados. Siempre comía en público, y normalmente con no menos de cien invitados a su mesa. Incluso adoptó, según se dice, la etiqueta más absoluta de la realeza, dando su mano a besar y no permitiendo a nadie, fuera del rango que fuera, que se sentara en su presencia[256]. Pero esto lo niegan otros. No sería extraño que un hombre vanidoso como Pizarro, con una mente superficial e indisciplinada, una vez que se vio a sí mismo elevado de esta manera de su condición humilde a la mayor posición del país, se sintiera algo ebrio por la posesión del poder y tratara con desdén a

los que se había acercado una vez con deferencia. Pero alguien que le vio a menudo en su prosperidad nos asegura que no era así, y que el gobernador continuó mostrando el mismo comportamiento franco y militar que antes de su ascenso, relacionándose en términos familiares con sus camaradas y desplegando las mismas cualidades que hasta entonces le habían hecho querido para el pueblo[257].

Sea como fuere, lo cierto es que no faltaron los que le instaron a que rompiera su alianza con la Corona y formara un gobierno independiente para sí mismo. Entre estos se encontraba su lugarteniente Carvajal, cuyo temerario espíritu nunca se achicaba para seguir las cosas hasta sus últimas consecuencias. Aconsejó a Pizarro directamente que renunciara a su lealtad de forma inmediata. «De hecho, ya lo has hecho», dijo, «has luchado contra un virrey, le has expulsado del país, derrotado y asesinado en batalla. ¿Qué favor o merced puedes esperar de la Corona? Has ido demasiado lejos tanto para detenerte como para echarte atrás. Debes continuar con valentía proclamándote rey, las tropas, el pueblo, te apoyarán». Y concluyó, según se dice, aconsejándole que se casara con la Coya, la representante femenina de los incas, para que las dos razas pudieran a partir de ese momento ¡estar con tranquilidad bajo un cetro común![258].

El consejo del audaz consejero fue quizá el más diplomático que le podía haber dado a Pizarro en las circunstancias en las que se encontraba. Porque su situación era parecida a alguien que hubiera escalado inconscientemente un vertiginoso precipicio, demasiado lejos como para descender sano y salvo, sin que fuera seguro quedarse donde se encontraba. Su única posibilidad era escalar aún más alto hasta haber ascendido a la cima. Pero Gonzalo Pizarro se echó atrás por la posición en la que esto le colocaba de abierta rebelión. A pesar de que el camino contra la ley últimamente le había seducido, el sentimiento de lealtad estaba demasiado profundamente arraigado en su pecho como para extirparlo. Aunque estuviera en armas contra las medidas y los ministros de su soberano, no estaba preparado para alzar la espada contra el mismo soberano. Sin duda tenía emociones enfrentadas en su pecho, como Macbeth y alguna naturaleza menos noble:

> «No quisieras hacer trampas,
> pero aceptarías una ganancia ilegítima».

Y por muy agradable que pudiera ser para su vanidad la idea del cetro alzado en el aire que se presentaba a su imaginación, no tenía la audacia, quizá podríamos decir la ambición criminal, para intentar asirlo.

Incluso en este momento, cuando se le instaba a esta medida excepcional, estaba preparando su misión a España, para reivindicar el camino que había tomado y para solicitar la amnistía por el pasado, con una confirmación completa su autoridad, como sucesor de su hermano en el gobierno de Perú. Pizarro no leía con la calma de la profética mirada de Carvajal.

Entre las reseñas biográficas de los escritores de los asuntos coloniales españoles, ciertamente no debería omitirse el nombre de Herrera, que ha hecho más por este vasto tema que cualquier otro autor. Su relación de Perú ocupa un lugar propio en su gran trabajo la *Historia General de las Indias*, siguiendo el plan cronológico en el que está organizada la historia. Pero como provoca reflexiones que no son muy distintas en su carácter de las que suscitan las otras partes del trabajo, me tomaré la libertad de remitir al lector al epílogo del libro tercero de la *Conquista de México*, para una relación completa de estos volúmenes y su erudito autor.

Otro cronista con el que frecuentemente estoy en deuda a medida que avanza la narración es Francisco López de Gómara. El lector también encontrará una reseña de este autor en la *Conquista de México*, libro 5, epílogo. Pero como las notas sobre sus escritos se limitan a su *Crónica de Nueva España*, bien se pueden añadir aquí algunas reflexiones sobre su trabajo más extenso, *Historia de las Indias*, en el que la historia del Perú ocupa una parte principal.

La *Historia de las Indias* pretende ofrecer una breve visión de todo el alcance de las conquistas españolas en las islas y en el continente americano, hasta donde se había llegado a mediados del siglo XVI. A pesar de que nunca visitó el Nuevo Mundo, Gómara se encontraba, para escribir esta relación, en una posición que le abría los mejores medios de información. Conocía bien a los principales hombres de la época y recabó los detalles de su historia de sus propios labios, al mismo tiempo, gracias a su residencia en la corte, se encontraba en posesión de la opinión que allí se tenía y de la impresión que provocaban los acontecimientos que sucedían sobre los más competentes para juzgarlos. De esta manera pudo introducir en su trabajo muchos detalles interesantes, que no se pueden encontrar en otros registros de la época. El alcance de su investigación iba más allá de los conquistadores y le llevó a realizar una investigación sobre los recursos generales de los países que describe y especialmente de su aspecto físico y su producción. El desarrollo de su trabajo, no menos que el lenguaje, muestra al cultivado estudioso, experto en el arte de la composición. En lugar de la *naïveté*[*] atractiva, aunque infantil, de las viejas crónicas militares, Gómara maneja los diferentes temas con el agudo y sagaz criticismo de un hombre de mundo, al mismo tiempo que sus

descripciones están realizadas con una brevedad aglutinadora que contrasta con los párrafos largos y laberínticos de los monjes cronistas. Estos méritos literarios, combinados con el conocimiento de las oportunidades de información del autor, salvaron a sus obras del olvido que demasiado a menudo espera a los manuscritos sin publicar, y tuvo la satisfacción de ver pasar más de una edición en vida. Sin embargo, no llevan el sello más alto de la autenticidad. El autor admite demasiado rápidamente en sus páginas versiones no refrendadas por el testimonio contemporáneo. Esto lo hace no por credulidad, ya que su mente más bien tiende a la dirección opuesta, sino por una carencia, aparentemente, de verdadero espíritu de la conciencia histórica. La imputación de descuido en sus afirmaciones, para utilizar una frase comedida, se le hizo a Gómara ya en su tiempo, y Garcilaso nos cuenta que cuando algunos caballeros peruanos le pidieron explicaciones por algunas afirmaciones falsas que les dejaban malparados, el historiador no dio más que una poco elegante explicación. Esto es una gran mancha sobre sus trabajos y hace que tengan mucho menos valor para el recopilador moderno, que investiga por el bien de la verdad pura, que muchas crónicas más humildes pero más escrupulosas.

Hay otra autoridad más que se ha utilizado en este trabajo, Gonzalo Fernández de Oviedo, de quien ya he dado noticia en otro sitio, y el lector con interés sobre el asunto me permitirá que le remita a la nota crítica de su vida y escritos que se encuentra en la *Conquista de México*, libro 4, epílogo. Su relación de Perú está incorporada a su gran trabajo *Natural é General Historia de las Indias*, manuscrito, donde ocupa los libros cuarenta y seis y cuarenta y siete. Se extiende desde el desembarco de Pizarro en Tumbez hasta el regreso de Almagro de Chile y cubre así toda la porción de lo que puede ser llamada la conquista del país. El estilo en el que está realizada, igual que el resto del trabajo al que pertenece, no proporciona argumentos para el criticismo más allá de los que ya se han hecho sobre el carácter general de los escritos de Oviedo.

Esta eminente persona era a la vez un erudito y un hombre de mundo. A pesar de vivir mucho tiempo en la corte y estar familiarizado con personas de la mayor distinción en Castilla, vivió mucho tiempo en las colonias y de esta manera añadió los frutos de su experiencia personal a lo que había obtenido de los informes de otros. Su curiosidad era infatigable, abarcando todas las ramas de las ciencias naturales, así como de la historia personal y civil de los colonos. Era a la vez el Plinio y el Tácito. Sus trabajos abundan en retratos de carácter, abocetados con libertad y animación. Sus reflexiones son agudas y a menudo alcanzan un tono filosófico, que se libera de las ataduras habituales de la época, y el ritmo de la historia cambia por una gran cantidad de anécdotas personales, que dan una visión interna rápida del carácter de las partes.

A pesar de su eminente preparación y de una posición social que imponía respeto, es extraño que se haya permitido que una parte tan grande de sus escritos, toda su gran *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas*, permanecieran durante tanto tiempo en manuscrito. Esto se debe en parte al capricho de la fortuna, ya que la *Historia* estuvo más de una vez a punto de ser publicada e incluso hoy en día se supone que está lista para la imprenta. Sin embargo, tiene serios defectos que pueden

haber contribuido a mantenerla en su forma actual. En su estilo de composición, poco metódico y episódico, se parece más a notas para una gran historia que a una historia en sí. Se puede contemplar como si se tratara de comentarios o como una ilustración de la época. Desde ese punto de vista sus páginas son de gran valor y con frecuencia han recurrido a ellas escritores que se han apropiado de forma poco escrupulosa de afirmaciones del viejo cronista con poco reconocimiento para su autor.

Es una pena que Oviedo mostrara más disposición a contar lo que era nuevo que a establecer la parte de ello que era estrictamente cierto. Entre sus méritos difícilmente se encontrará el de la precisión histórica. Y, sin embargo, podemos encontrar una explicación para esto, hasta cierto punto, en el hecho de que sus escritos, como ya se ha sugerido anteriormente, no tienen tanto el carácter de obras terminadas, como de notas desperdigadas, donde tanto los hechos como los rumores, incluso los más contradictorios, están registrados de forma aleatoria, formando un cúmulo de material misceláneo, del que un historiador discreto se puede valer para levantar una construcción simétrica sobre cimientos de mayor fuerza y solidez.

Otro autor digno de mención especial es Pedro Cieza de León. Su *Crónica del Perú* debería más bien llamarse un Itinerario, o mejor dicho una Geografía, de Perú. Ofrece una visión topográfica detallada del país en la época de la conquista, de sus provincias, ciudades, tanto indias como españolas, de su floreciente costa, sus bosques, valles e interminables cadenas montañosas en el interior, con muchos detalles interesantes de la población que los habitaba, sus vestidos, costumbres, sus restos arquitectónicos y obras públicas, al mismo tiempo que esparcidas por aquí y por allá, se pueden encontrar reseñas de su primera historia y de su política social. Es, en pocas palabras, una descripción viva del país en cuanto a sus características físicas y morales, tal y como fue visto en la época de la conquista y en ese período de transición en que se vio sometido por primera vez a las influencias europeas. La concepción de un trabajo, en un período tan temprano, sobre un plano filosófico como este, que nos recuerda al de Malte-Brun en nuestra propia época, *parva componere magnis*, es por sí mismo un indicativo de la mente global de su autor. No era tarea fácil, allí donde no se había abierto todavía ninguna senda para los caminos del historiador, ni había pistas para el libro de notas del viajero, o mediciones del explorador científico. Sin embargo, las distancias de un sitio a otro están todas cuidadosamente anotadas por este industrioso compilador, y las costumbres de los diferentes lugares, así como sus rasgos peculiares, se muestran con bastante precisión, considerando la naturaleza de los obstáculos a los que tuvo que enfrentarse. La realización literaria del trabajo además es altamente respetable, algunas veces incluso rica y pintoresca, y el autor describe el grandioso y bello escenario de las cordilleras con una sensibilidad hacia sus encantos, que no se encuentra a menudo entre los topógrafos sin gusto y menos aún entre los rudos conquistadores.

Cieza de León llegó al Nuevo Mundo, como nos dice él mismo, a la tierna edad de trece años. Pero no es hasta la época de Gasca cuando se ve enrolado entre los protagonistas de las bulliciosas escenas del conflicto civil, cuando acompañó al presidente en su campaña contra Gonzalo Pizarro. Su crónica, o al menos las notas para ella, fueron recopiladas en el poco tiempo libre que pudo sacar de

sus otras ocupaciones más agitadas, y después de diez años de haberla comenzado, completó la primera parte, que es todo lo que tenemos, en 1550, cuando el autor alcanzó la edad de treinta y dos años. Apareció en Sevilla en 1553 y el año siguiente en Amberes, al mismo tiempo que una traducción italiana impresa en Roma en 1555 daba testimonio de la rápida celebridad de su obra. La edición de Amberes, que es la que he utilizado en esta compilación, está en forma de duodécimo, extremadamente bien impresa y adornada con grabados en los que Satán, porque el autor tenía una buena dosis de la antigua credulidad, con sus habituales atributos de pesadilla, aparece con frecuencia en su forma física. En el prefacio, Cieza anuncia su propósito de continuar su trabajo en otras tres partes, que ilustrarían respectivamente la historia antigua del país bajo el reinado de los incas, su conquista por los españoles y las guerras civiles que posteriormente siguieron. Incluso da, con curioso detalle, los contenidos de algunos de los libros del proyecto de su historia. Pero tan solo se terminó, como ya se ha dicho, la primera parte, y el autor, después de regresar a España, murió allí en 1560, a la temprana edad de cuarenta y dos, sin haber realizado nada de su magnífico plan, que había diseñado de forma tan confiada. Esta carencia es lamentable, considerando el talento del escritor y las oportunidades de su observación personal. Pero aun así hizo suficiente como para que le estemos agradecidos por sus trabajos. Gracias al vivo trazo con el que ha descrito las escenas y el escenario, tal y como se le presentaron a sus ojos, nos ha proporcionado un telón de fondo para la descripción histórica, el paisaje, por decirlo así, en el que los personajes de la época mejor podían retratarse. Hubiera sido imposible mostrar la topografía antigua del terreno de forma tan fidedigna en períodos posteriores, cuando las cosas viejas hubieran pasado, y el conquistador, destrozando los monumentos de la antigua civilización, hubiera borrado muchos de los hitos incluso del aspecto físico del país, tal y como existían bajo la elaborada cultura de los incas.

Notas al pie

217 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

El honesto soldado que nos cuenta esto fue más leal a su rey que a su familia. Finalmente no se unió al partido de Gonzalo y se encontró entre aquellos que escaparon por poco de la soga en esta ocasión. Parece haber tenido poco respeto por su homónimo familiar.

218 Zárate el juez, no debe ser confundido con Zárate el historiador, quien fue a Perú con la corte de la Audiencia como *contador real*, habiendo ocupado anteriormente el puesto de secretario del consejo real en España.

219 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 172.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, cap. 21.

220 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib 5, cap. 15.– *Relación Anónima*, manuscrito.– *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1545.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 28.

221 *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, caps. 14-15.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 8, caps. 19-20.– *Relación Anónima*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 23.– *Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.

El autor del último documento citado señala el fuerte sentimiento hacia la Corona que existía en varias de las ciudades y menciona también el rumor de un ataque planeado sobre Cuzco por parte de los indios. El escritor pertenecía al frustrado partido de Blasco Núñez y es proverbial la facilidad con que los informes dan crédito a los exilados en su propio favor.

222 «Mas Francisco Caruajal q los yua siguiendo, llegó quatro horas de la noche á dode estauan: y con vna Trompeta que lleuaua les tocó arma: y sentido por el Virey se leuantó luego el primero.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 40.

223 *Ibid., ubi supra* .–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 9, cap. 22.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, lib. 4, cap. 26.

* En español en el original.

224 «Caminando, pues, comiendo algunas Jervas, que cocian en las Celadas, quando paraban á dar aliento a los Caballos.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 9, cap. 24.

225 «I sin que en todo el camino los vnos, ni los otros, quitasen las Sillas à los Caballos, aunque en este caso estaba mas alerta la Gente del Visorei, porque si algun pequeño rato de la Noche reposaban, era vestidos, i teniendo siempre los Caballos del Cabestro, sin esperar à poner Toldos, ni à adereçar las otras formas, que se suelen tener para atar los Caballos de Noche.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 29.

[**] En español en el original.

[226] «I en cansandose el Caballo, le desjarretaban, i le dexaba, porque sus contrarios no se aprovechasen de él.» *Ibid.*, *loc. cit.*

[227] «De no ser por la interposición de Pizarro», dice Fernández, «muchos más hubieran sido colgados por su lugarteniente, que *con gusto* citaba el viejo proverbio español: “ *De los enemigos los menos* ”». *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 40.

[228] «Los afligidos soldados, que por el cansancio de los Caballos iba à pie con terrible angustia, por la persecución de los Enemigos, que iban cerca, i por la fatiga de la hambre, quando vieron los cuerpos de los dos Capitanes muertos en aquel camino quedaron atonitos.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 9, cap. 25.

[229] Fernández, que tenía una pluma leal, y bastante amistosa con el virrey, después de afirmar que estos oficiales, que había condenado a muerte, le habían servido hasta ese momento con sus vidas y fortunas, desecha el asunto con la moderada reflexión de que la gente juzgó el hecho de forma distinta. «Sobre estas muertes uuo en el Perú varios y contrarios juyzios y opiniones, de culpa de descargo» (*Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 41). Gómara dice, menos equívocamente, que «Todos lo condenaron» (*Historia de las Indias*, cap. 167). El peso de la opinión parece haber estado en contra del virrey.

[230] Alguno de estos augurios registrados por el historiador, como el aullido de los perros, ciertamente no fueron milagros. «En esta lamentable, i angustiosa partida, muchos afirmaron, haver visto por el Aire muchos Cometas, i que quadrillas de Perros andaban por las Calles, dando grandes i temerosos ahullidos, i los Hombres andaban asombrados i fuera de si.» Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 10, cap. 4.

[231] *Ibid., ubi supra.*

[232] Esta retirada de Blasco Núñez se puede comparar sin duda, si no en duración al menos en lo duro de los sufrimientos, con cualquier expedición en el Nuevo Mundo, a excepción de la del mismo Gonzalo Pizarro al Amazonas. Los detalles de la misma se pueden encontrar con más o menos amplitud en Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, caps. 19, 29.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 7, lib. 9, caps. 20-26.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 40 *et seq. – Relación de los Sucesos del Perú*, manuscrito.– *Relación Anónima*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1545.

[233] «Proveiò, que se tragese alli todo el hierro que se pudo haver en la Provincia, i buscò Maestros, i hiço adereçar Fraguas, i en breve tiempo se forjaron en ellas doscientos Arcabuces con todos sus aparejos.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 34.

[234] «Que se llegaron à hablar los Corredores de ambas partes, llamandose Traidores los vnos à los otros, fundando, que cada vno sustentaba la voz del Rei, i asi estuveiron toda aquella noche

aguardando.» *Ibid.*, *ubi supra.*

235 Para las páginas precedentes, véase Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, caps. 34-35.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 167.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1546.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, caps. 50-52.

Herrera, en su relato de estos acontecimientos, ha caído en una extraña confusión de fechas, estableciendo la llegada del virrey a Quito el 10 de enero y la batalla con Pizarro nueve días después. Este último acontecimiento, gracias al testimonio de Fernández, sabemos que tuvo lugar el dieciocho de ese mes, por coincidencia de las autoridades contemporáneas que he consultado, como se dice en el texto, la tarde del mismo día en que el virrey entró en Quito. Herrera, a pesar de haber organizado su trabajo siguiendo un sistema cronológico de anales, no es inmaculado en sus fechas. Quintana ha mostrado varios anacronismos del historiador que saltan a la vista en el período anterior de la conquista del Perú. Véase sus *Españoles Célebres*, tom. II, apéndice n.º 7.

236 «Yo os prometo, que la primera laça que se rompa en los enemigos, sea la mia (y asi lo cumplio).» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 53.

237 «Que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 35.

238 «Un quarto de legua de la ciudad.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

239 Los efectivos de los dos lados han sido calculados de forma distinta, como de costumbre, haciendo, sin embargo, una diferencia mayor de la habitual en las proporciones relativas, ya que la cantidad total es tan pequeña. Me he atenido a las afirmaciones de los escritores mejor informados. Pizarro estima que la fuerza de su adversario era de cuatrocientos cincuenta hombres y sus propias fuerzas de tan solo seiscientos, una estimación que, debemos resaltar, no convierte la del texto en menos creíble.

240 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 35.

241 Llevaba este traje, dice Garcilaso de la Vega, para no tener ningún privilegio sobre un soldado raso, y arriesgarse como el resto (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, cap. 34). Pizarro no da crédito a un intento tan magnánimo. Según él, el virrey se puso este traje para que, al ser desconocido su rango, pudiera tener más posibilidades de escapar. Debe confesarse que este es el motivo común para disfrazarse. «I Blasco Núñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venia vestido con una camiseta de Yndios por no ser conocido, i no quiso Dios porque pagase quantos males por su causa se havian hecho.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

242 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 54.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 35.

«Mandò à un Negro que traia, que le cortase la Cabeça, i en todo esto no se conoció flaqueça en el Visorrei, ni hablò palabra, ni hiço mas movimiento, que alçar los ojos al Cielo, dando muestras de

mucha Christiandad, i constancia.» Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. I, cap. 3.

243 «Aviendo algunos capitanes y personas arrancado y pelado algunas de sus blancas y leales baruas, para traer por empresa, y Juan de la Torres las traxo despues publicamente en la gorra por la ciudad de los Reyes.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 54.

244 Las estimaciones de los muertos y los heridos en esta acción son tan discordantes como de costumbre. Algunas llevan las pérdidas del virrey a doscientos, mientras que Gonzalo Pizarro calcula las suyas en solo siete muertos y unos pocos heridos. Pero ¡qué difícil es que las partes en conflicto saquen un parte fiel!

245 Para los relatos de la batalla de Añaquito, bastante rápidamente despachada por la mayoría de los escritores, véase *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 170.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. I, caps. 1-3.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 35.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1546.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, caps. 33-35.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. I, caps. 53-54.

Gonzalo Pizarro parece contemplar la batalla como una especie de proceso judicial a través de un combate, en el que el Cielo, con el resultado, indicó llanamente su derecho. Sus notas son edificantes. «Por donde parecerá claramente que Nuestro Señor fuè servido este se viniese á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase quantos males havia fecho en la tierra, la qual quedó tan asosegada i tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del Marqués mi hermano.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

246 Las reflexiones de Garcilaso sobre este punto son encomiablemente tolerantes. «Assi acabò este buen cauallero, por querer porfiar tanto en la execucion de lo que ni a su Rey ni a aquel Reyno nouenia: donde se causaron tantas muertes y daños de Españoles, y de Yndios: aunque no tuuo tanta culpa como se le atribuye, porque lleuó preciso mandato de lo que hizo.» *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, cap. 34.

247 Blasco Núñez caracterizó a los cuatro jueces de la Audiencia de un modo más conciso que halagador, ¡un chico, un loco, un bobo y un burro! «Decia muchas vecces Blasco Núñez, que le havian dado el Emperador, i su Consejo de Indias vn Moço, un Loco, un Necio, vn Tonto por Oidores, que asi lo havian hecho como ellos eran. Moço era Cepeda, i llamaba Loco a Juan Álvarez, i Necio à Tejada, que no sabia Latin.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 171.

248 El relato de Blasco Núñez Vela se fundamenta principalmente en la autoridad de los escritores leales, algunos de los cuales escribieron después de su regreso a Castilla. Por tanto, lo más natural es que se inclinaran hacia el lado del verdadero representante de la Corona que hacia el del rebelde. Ciertamente, la única voz que se alzó con decisión en favor de Pizarro fue la suya propia, una autoridad muy sospechosa. Sin embargo, con todo el prestigio a su favor, la administración de

Blasco Núñez, a través del testimonio general, fue un total fracaso. Y hay poco que atraiga la atención en la historia del hombre, excepto sus desgracias sin parangón y la firmeza con la que las sufrió.

249 «Nunca Piçarro, en ausencia de Francisco de Carvajal, su Maestre de Campo, matò, ni consintió matar Español, sin que todos, los mas de su Consejo, lo aprobasen: i entonces con Proceso en forma de Derecho, i confesados primero.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 172.

250 *Ibid.*, *ubi supra.* –Fernández ofrece un retrato menos favorable de la administración de Gonzalo (*Historia del Perú*, parte I, lib. I, cap. 54; lib. 2, cap. 13). Fernández escribió a instancias de la corte; Gómara, aunque presente en la corte, escribió por gusto propio. La alabanza de Gómara es menos sospechosa que la censura de Fernández.

251 «Victorioso Principe, hagate Dios dichoso, i bienaventurado, èl te mantenga, i te conserve.» Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 2, cap. 9.

252 Para una relación de estas celebraciones, véase Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 2, cap. 9.– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 5.– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

253 «Poblando los arboles con sus cuerpos», dice Fernández.

254 Para la expedición de Carvajal, véase Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. I, cap. 9 *et seq* .– Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. I.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib, 4, caps. 28, 29, 36, 39.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. I *et seq.–Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

Es imposible ofrecer en una o dos páginas una idea cercana de lo poco por lo que se escapó y los peligrosos riesgos a los que se enfrentó Carvajal, no solo del enemigo, sino de sus propios hombres, cuyas fuerzas sobrecargó en la persecución. Rivalizan con las del famoso Scanderberg, o nuestro propio héroe de Kentucky, el coronel Boone. Ciertamente fueron mucho más maravillosas que las suyas, ya que el capitán español había alcanzado una edad en la que las energías menguadas generalmente piden descanso. Pero el cuerpo del veterano parece haber sido tan insensible como su alma.

255 La veta que se había descubierto en Potosí era tan rica que las otras minas quedaron comparativamente desiertas para trabajar en esta (Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 4). El efecto de una entrada tan súbita de riqueza fue tal, según Garcilaso, que en diez años a partir de este momento un caballo herrado en hierro en esa parte prácticamente valía su peso en plata. *Comentarios Reales*, parte I, lib. 8, cap. 24.

256 «Traia Guarda de ochenta Alabarderos, i otros muchos de Caballo, que le acompañaban, i ià en su presencia ninguno se sentaba, i à mui pocos quitaba la Gorra.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 5.

[257] Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 4, cap. 42.

Garcilaso tuvo la oportunidad de conocer personalmente el modo de vida de Gonzalo, ya que, cuando era un chico, fue admitido varias veces, según nos dice, a su mesa. Esta cortesía, tan rara por parte de los conquistadores con alguien de raza india, no fue olvidada por el historiador de los incas, que retrató a Gonzalo Pizarro con tonos más favorables que a la mayoría de sus propios compatriotas.

[258] *Ibid.,* parte 2, lib. 4, cap. 40.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 172.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 13.

El poeta Molina ha recreado esta escena entre Carvajal y su comandante con un buen efecto, en su *Amazonas de las Indias*, donde utiliza cierta licencia poética en el homenaje que rinde a los modestos méritos de Gonzalo. El mismo Julio César no podía ser más magnánimo.

«Sepa mi Rey, sepa España,
Que muero por no ofenderla,
Tan fácil conservarla,
Que pierdo por no agraviarla,
Quanto infame en poseerla,
Una Corona ofrecida.»

[*] En francés en el original.

LIBRO V

Colonización del país

Capítulo I

Gran conmoción en España. Pedro de la Gasca. Primeros pasos. Su misión en Perú. Su diplomática conducta. Sus ofertas a Pizarro. Gana la flota. 1546-1547

Mientras que en Perú estaba teniendo lugar la importante revolución que se ha detallado en las páginas anteriores, de vez en cuando se abrían camino hasta la madre patria rumores sobre la misma, pero la distancia era tan grande y las posibilidades de comunicación tan escasas que las noticias generalmente llegaban mucho más tarde del momento en que ocurrían los acontecimientos que relataban. El gobierno escuchaba con consternación los problemas que habían causado las ordenanzas y la inmoderada conducta del virrey, y no pasó mucho tiempo antes de que se supiera que se había depuesto a este funcionario y le habían sacado de la capital, al tiempo que todo el país, bajo el poder de Gonzalo Pizarro, se levantaba en armas contra él. Todas las clases se llenaron de consternación ante estas alarmantes noticias y muchos que anteriormente habían aprobado las ordenanzas condenaron abiertamente a los ministros, que, sin considerar el temperamento inflamable del pueblo, habían de esta manera prendido imprudentemente la mecha de una serie de desastres que amenazaba con una explosión general a lo largo y ancho de las colonias[1]. Nadie recordaba que hubiera habido jamás una revuelta como esta en el imperio español. Fue comparada con la famosa guerra de las *comunidades*, a comienzos del reinado de Carlos V. Pero la insurrección peruana parecía la más formidable

de las dos. Los problemas de Castilla, al estar bajo la mirada de la corte, podían manejarse con más facilidad, mientras que era difícil que se pudiera hacer sentir el mismo poder en las remotas orillas de las indias. Situadas en el distante Pacífico, el principio de atracción que mantenía Perú con la madre patria era tan débil que esta colonia bien podía, en cualquier momento, con un impulso menor que el que se le había dado ahora, salirse de su órbita política. ¡Parecía como si la más preciada de las joyas estuviera a punto de caer de la diadema imperial!

Tal era el estado de las cosas en el verano de 1545, cuando Carlos V se encontraba ausente en Alemania, ocupado en los problemas religiosos del imperio. El gobierno se encontraba en manos de su hijo, quien con el nombre de Felipe II pronto alzaría el cetro sobre la mayor parte de los dominios de su padre y que tenía su corte en Valladolid. Reunió un consejo de prelados, juristas y militares de gran experiencia para deliberar sobre las medidas que se debían tomar para restaurar el orden en las colonias. Todos estuvieron de acuerdo en considerar las actuaciones de Pizarro como una atrevida rebelión y hubo pocos, en un principio, que no estuvieran dispuestos a emplear toda la fuerza del gobierno para reivindicar el honor de la Corona para aplastar la rebelión y castigar a los autores[2].

Pero por muy deseable que esto pudiera parecer, un poco de reflexión mostró que no era fácil de hacer, si es que era posible siquiera. La gran distancia a la que se encontraba Perú exigía que las tropas se transportaran no solo a través del océano, sino a través de la ancha extensión del gran continente. Y ¿cómo se iba a hacer esto, cuando los puestos principales, las llaves de la comunicación del país, estaban en manos de los rebeldes, al tiempo que su flota surcaba el Pacífico, dueña de sus aguas, cortando cualquier acercamiento a la costa? Incluso si una fuerza española pudiera desembarcar en Perú, ¿qué posibilidades tenía, desconociendo, como desconocían, el país y el clima, de enfrentarse con los veteranos de Pizarro, entrenados en la guerra en las indias y estrechamente unidos a su comandante? Los nuevos refuerzos, que de esta manera se enviaran, podían verse infectados por el espíritu de insurrección y abandonar su propia lealtad[3].

No quedaba más, por tanto, que intentar medidas de reconciliación. El gobierno, por muy mortificado que estuviera en su orgullo, debía volver sobre sus propios pasos. Se debía aplicar a todos los que se sometieran un amplio perdón y deberían utilizarse argumentos tan persuasivos y

concesiones tan diplomáticas que convencieran a los colonos rebeldes de que era su interés, así como su obligación, retornar a su lealtad.

Pero acercarse al pueblo en el actual estado de agitación y hacer esas concesiones sin comprometer demasiado la dignidad y la autoridad permanente de la Corona era un asunto delicado, que para que tuviera éxito dependía completamente del carácter de la persona que lo llevara a cabo. Tras mucha deliberación se encontró, según se pensaba, una persona competente en Pedro de la Gasca, un nombre que, más deslumbrante aún por el contraste con los lúgubres tiempos en los que apareció por primera vez, todavía brilla sin merma con el paso de los años.

Pedro de la Gasca nació probablemente a finales del siglo XV, en un pequeño pueblo de Castilla llamado Barco de Ávila. Provenía, tanto por parte de padre como de madre, de un antiguo y noble linaje, antiguo ciertamente, si como defienden sus biógrafos, provenía su descendencia de Casca, ¡uno de los conspiradores contra Julio César![4]. Al tener la desgracia de perder a su padre a edad temprana, su tío le llevó al famoso seminario de Alcalá de Henares, fundado por el gran Jiménez. Aquí rápidamente mostró su habilidad en los estudios liberales, especialmente en aquellos relacionados con su profesión, y finalmente recibió el título de doctor en Teología.

El joven, sin embargo, desplegó otros talentos además de aquellos que exigía su sagrada vocación. La guerra de las *comunidades*[*] se extendía entonces por el país y las autoridades del colegio mostraron su disposición a tomar el bando popular. Pero Gasca, poniéndose él mismo a la cabeza de una fuerza armada, tomó una de las puertas de la ciudad y con la ayuda de las tropas reales aseguró la plaza para los intereses de la Corona. Este temprano despliegue de lealtad probablemente no pasó inadvertido a su vigilante soberano[5].

De Alcalá, Gasca fue posteriormente llevado a Salamanca, donde se distinguió por su habilidad en la disputa escolástica obteniendo los mayores honores académicos en esta antigua universidad, fructífero nido de erudición y genios. Posteriormente se le confió la dirección de algunos asuntos importantes de naturaleza eclesiástica y fue nombrado miembro del Tribunal de la Inquisición.

En este último cargo se le envió a Valencia, hacia 1540, para examinar ciertas alegaciones de herejía en esta parte del país. Estas estuvieron envueltas en gran oscuridad y, a pesar de que Gasca tuvo la ayuda de varios

eminentes juristas, la investigación le llevó casi dos años. Demostró tanta agudeza y una imparcialidad tan perfecta en la manera en que llevó este difícil asunto, que fue nombrado por las Cortes de Valencia para el cargo de *visitador* de este reino, un puesto de mucha responsabilidad, que exigía gran discreción de la persona que lo ocupara, ya que era su competencia inspeccionar el estado de los tribunales de justicia y de las finanzas en todo el territorio, con autoridad para enmendar abusos. Fue una prueba de extraordinaria consideración el hecho de que se le concediera a Gasca, ya que era una desviación de los usos habituales (y eso en una nación enormemente apegada a los usos) otorgar tal puesto a alguien que no fuera súbdito de la Corona aragonesa[6].

Gasca realizó la tarea que se le había encomendado con independencia y habilidad. Mientras estaba ocupado en esto, el pueblo de Valencia quedó consternado por la planeada invasión de franceses y turcos, quienes, bajo el temible Barbarroja, amenazaban la costa y las vecinas islas Baleares. En general se tenía miedo de un levantamiento de la población morisca, y los oficiales españoles al mando de esa zona, al quedarse sin la protección de la marina, perdieron la esperanza ante la idea de enfrentarse al enemigo. En este momento de pánico generalizado, tan solo Gasca mantuvo la calma y el control personal. Reprendió a los comandantes españoles por su comportamiento poco marcial, les animó a confiar en la lealtad de los moriscos y les aconsejó la inmediata construcción de fortificaciones a lo largo de la costa para su protección. Como consecuencia fue nombrado miembro de la comisión para supervisar estos trabajos y reclutar fuerzas para defender la costa y realizó la tarea de forma tan fiel, que Barbarroja, después de algunos intentos inútiles de culminar un buen desembarco, quedó frustrado en todos los lugares y se vio obligado a abandonar la empresa como infructuosa. La mayor parte del mérito de esta resistencia se le debe otorgar a Gasca, quien supervisó la construcción de las defensas y pudo contribuir con una buena parte de los fondos necesarios, gracias a las reformas económicas que había introducido en la administración de Valencia[7].

Fue en este momento, la última parte del año de 1545, cuando el Consejo eligió a Gasca como la persona más competente para acometer la peligrosa misión de Perú[8]. Su carácter, ciertamente, parecía especialmente apropiado para ello. Su lealtad había quedado demostrada a lo largo de toda su vida. Combinaba la mayor suavidad de maneras con la más intrépida resolución.

Aunque su comportamiento era humilde, como era propio de su vocación, estaba lejos de ser abyecto, ya que se apoyaba en una consciente rectitud de propósito que provocaba respeto en todos los que se relacionaran con él. Era agudo en sus percepciones, tenía un sagaz conocimiento de la personalidad y, aunque criado en los claustros, estaba familiarizado con asuntos mundanos, e incluso con la ciencia militar, como podría esperarse solo de alguien crecido en la corte y en los campamentos.

Por tanto, el Consejo le recomendó sin dudarlo y de forma unánime al emperador y pidió la aprobación de sus procedimientos. Carlos había seguido la actuación de Gasca con atención. Le había llamado especialmente la atención la hábil manera con que había realizado los procesos judiciales contra los herejes de Valencia[9]. El monarca vio inmediatamente que él era el hombre para la situación de crisis que atravesaba, e inmediatamente le escribió, de su propio puño y letra, expresándole su completa satisfacción con el nombramiento y dándole a entender que tenía la intención de demostrar lo que apreciaba su valía, recomendándole para una de las principales sedes entonces vacantes.

Gasca aceptó la importante misión que se le ofrecía sin dudarlo y dirigiéndose a Madrid recibió las órdenes del gobierno sobre el curso que debía seguir. Estaban expresadas en el tono más benigno y conciliador, en perfecta concordancia con las sugerencias de su propio carácter benevolente[10]. Pero al mismo tiempo que elogiaba el tono de las instrucciones, consideró los poderes que se le conferían completamente insuficientes para lograr el objetivo. Estaban concebidos con el espíritu desconfiado con el que el gobierno español normalmente limitaba la autoridad de sus grandes oficiales coloniales, cuya distancia de casa les daba un especial motivo para ello. En caso de que hubiera cualquier emergencia extraña o inesperada, Gasca debía pedir instrucciones. Esto causaría un retraso, cuando la rapidez era esencial para el éxito. La corte, como hizo ver al Consejo, sería por su lejanía del escenario de la acción completamente incompetente para pronunciarse sobre la conveniencia de las medidas a tomar. Debería enviarse a alguien en quien el rey pudiera confiar completamente y que fuera investido con poderes y competencias para cualquier emergencia, poderes no solo para decidir sobre qué era lo mejor, sino para llevar esa decisión a la práctica, de manera que exigió valientemente ir no solo como representante del soberano, sino investido de toda la autoridad del soberano mismo. «Por mi parte», concluyó, «no pido

ni salario ni compensación de ningún tipo. No codicio ningún despliegue de pompa ni de formación militar. Confío en realizar el trabajo que se me ha encomendado con mi estola y mi breviario[11]. Débil como soy de cuerpo, el reposo de mi propia casa sería más grato para mí que esta peligrosa misión, pero no me echaré atrás ante la llamada de mi soberano y si, como es muy probable, no vuelvo a ver mi tierra natal, me veré animado al menos por la conciencia de haber hecho todo lo que estaba en mi mano por servir a sus intereses»[12].

Los miembros del Consejo, mientras escuchaban con admiración la desinteresada declaración de Gasca, quedaban asombrados por lo audaz de las exigencias. No porque desconfiaran de la pureza de sus motivos, ya que estos se encontraban por encima de toda sospecha, sino porque los poderes que había impuesto se encontraban tan por encima de los que hasta el momento se habían delegado en un virrey colonial, que sintieron que no tenían autorización para concederlos. Incluso tuvieron miedo de solicitárselos al emperador por lo que pidieron al mismo Gasca que fuera él quien se dirigiera al monarca y expusiera con precisión las razones en las que se basaba para estas extraordinarias peticiones.

Gasca aceptó con entusiasmo la sugerencia y escribió de la forma más completa y explícita a su soberano, que había cambiado su residencia a Flandes. Pero Carlos no era tan tenaz o, por lo menos, tan celoso de su autoridad como sus ministros. Había estado en posesión de ella durante demasiado tiempo como para sentir ese celo y, ciertamente, no pasarían muchos años antes de que, oprimido por este peso, renunciara a él completamente en manos de su hijo. Su sagaz mente, además, comprendió rápidamente las dificultades de la situación de Gasca. Sintió que la actual situación de crisis tan solo se podía enfrentar con medidas extraordinarias. Cedió ante la fuerza de los argumentos de su vasallo, y el 16 de febrero de 1546 le escribió otra carta mostrando su aprobación e insinuando su disposición a concederle poderes tan absolutos como los que había solicitado.

Gasca sería nombrado presidente de la Audiencia Real. Pero, bajo este simple título, fue colocado a la cabeza de todos los ministerios de la colonia, civiles y militares, así como judiciales. Se le concedieron poderes para hacer nuevos *repartimientos* y para confirmar los que ya se habían efectuado. Podía declarar la guerra, reclutar tropas, nombrar o destituir a placer todos los cargos. Podía ejercer la prerrogativa real de indultar delitos

y estaba especialmente autorizado para conceder amnistías por cualquier delito, excepto a los implicados en rebelión. Además, debía proclamar inmediatamente la revocación de las odiadas ordenanzas. Estas dos últimas disposiciones puede decirse que formaban la base de todas sus operaciones.

Como el brazo secular no podía alcanzar a los eclesiásticos y, sin embargo, demasiado a menudo se les encontraba creando problemas en las colonias, se permitió a Gasca que desterrara del Perú a cualquiera que considerara que se lo merecía. Incluso podía mandar de regreso a casa al virrey, si el bien del país lo requería. De acuerdo con su propia sugerencia, no recibiría un sueldo específico, aunque tenía acceso sin límite a los tesoros de Perú y Panamá. Además, le entregaron cartas del emperador para las principales autoridades, no solo de Perú, sino de México y de las colonias vecinas, exigiéndoles su aprobación y apoyo, y finalmente le entregaron cartas en blanco con la firma real que podía rellenar a placer[13].

Al mismo tiempo que una concesión tal de poderes sin límites provocó los sentimientos más cálidos de gratitud en Gasca hacia un soberano que ponía tanta confianza en él, es extraordinario que no despertara, según parece, los sentimientos correspondientes de envidia en los cortesanos. Sabían bien que el buen eclesiástico no los había solicitado para sí mismo. Por el contrario, algunos del Consejo estaban deseosos de que fuera elegido para la diócesis, que se le había prometido previamente, antes de su partida, pensando que así iría con mayor autoridad que como un humilde eclesiástico y temiendo además que el mismo Gasca, en caso de que no fuera nombrado, pudiera sentir una decepción natural. Pero el presidente se dio prisa en desterrar estas impresiones. «De poco me servirá el honor donde voy», dijo, «y estaría manifiestamente mal nombrarme para un puesto en una Iglesia, mientras que me encuentro a una distancia desde la que no podré desempeñar mis funciones. La conciencia de mi insuficiencia», añadió, «en caso de no volver, pesaría sobre mi alma en mis últimos momentos»[14]. La diplomática renuencia a aceptar la mitra ha pasado a ser proverbial. Pero no había ninguna afectación en ella, y los amigos de Gasca, cediendo a sus argumentos, se abstuvieron de presionar más el asunto.

El nuevo presidente siguió adelante con sus preparativos. Fueron pocos y sencillos, porque iría acompañado por un pequeño séquito de seguidores entre los que el más notable era Alonso de Alvarado, el valiente oficial que, como recordará el lector, estuvo durante mucho tiempo a las órdenes de

Francisco Pizarro. Había residido los últimos años en la corte, y ahora, a petición de Gasca, le acompañó a Perú, donde su presencia podía facilitar las negociaciones con los insurgentes, al tiempo que su experiencia militar sería igualmente valiosa en caso de tener que acudir a las armas[15]. Hubo algún retraso necesario a la hora de poner a punto la pequeña escuadra, y no fue hasta el 26 de mayo cuando el presidente y su séquito embarcaron en Sanlúcar para el Nuevo Mundo.

Después de un buen viaje, no muy largo para la época, desembarcó a mediados de julio en el puerto de Santa Marta. Aquí recibió la sorprendente noticia de la batalla de Añaquito, de la derrota y muerte del virrey y de la manera en que Gonzalo Pizarro había establecido su dominio absoluto sobre el país. Aunque estos acontecimientos habían ocurrido varios meses antes de la partida de Gasca de España, la comunicación era tan defectuosa que no habían llegado noticias de los mismos al país.

En este momento las noticias llenaron al presidente de preocupación, al tiempo que reflexionaba sobre el hecho de que los insurgentes, después de un acto tan atroz como el de matar al virrey, pudieran perder las esperanzas de perdón y fueran indiferentes a las consecuencias. Por tanto, tuvo cuidado en dar a entender que la fecha de su misión era posterior a la de la terrible batalla que autorizaba una amnistía total de todos los delitos cometidos hasta la fecha contra el gobierno[16].

Sin embargo, desde algunos puntos de vista, la muerte de Blasco Núñez podía verse como una circunstancia prometedora para la pacificación del país. De haber estado vivo a la llegada de Gasca, este se hubiera visto enormemente entorpecido por el hecho de tener que actuar en coordinación con una persona tan detestada en todos sitios de la colonia o por la alternativa inoportuna de enviarle de regreso a Castilla. Los insurgentes, además, con toda probabilidad, serían en este momento más dóciles a la hora de razonar, ya que toda la animosidad personal debería estar enterrada en la tumba de su enemigo.

El presidente dudaba enormemente a la hora de tomar la decisión de por dónde intentaría entrar en Perú. Todos los puertos estaban en manos de Pizarro y al cuidado de sus oficiales con órdenes estrictas de interceptar cualquier comunicación de España y de detener a cualquiera que llevara una misión de este país, hasta que se conociera su decisión sobre el tema. Gasca finalmente decidió cruzar por Nombre de Dios, en esas fechas ocupada por Hernán Mejía, un oficial a quien Gonzalo Pizarro había puesto al frente de

esta importante puerta de sus dominios, como alguien en cuya lealtad a su causa podía confiar con tranquilidad.

De haber aparecido Gasca en este lugar con una actitud amenazante, con una formación militar o tan solo con cualquier despliegue de pompa oficial que pudiera haber despertado la desconfianza del comandante, sin duda no hubiera encontrado fácil realizar el desembarco. Pero Mejía no vio nada que temer en la llegada de un pobre eclesiástico, sin una fuerza armada, casi sin séquito para apoyarle, que, según parecía, llegaba tan solo en misión de caridad. Por tanto, en cuanto se supo la categoría del enviado y su misión, se preparó para recibirle con los honores propios de su rango, marchando a la cabeza de sus soldados, junto con un considerable grupo de eclesiásticos que vivían en el lugar. No había nada en Gasca, menos aún en su humilde atuendo clerical y su modesto séquito, que provocara en el espectador vulgar sensaciones de sobrecogimiento o de reverencia. Ciertamente, el aspecto de pobreza que tenían él y sus seguidores, tan diferente de la pompa que habitualmente adoptaban los virreyes de las indias, provocó más de una chanza entre la ruda soldadesca, que al aparecer no tuvo escrúpulos en pronunciar en voz alta sus ordinarias bromas, que llegaron a oídos del presidente en persona[17]. «Si este es el gobernador que nos manda su majestad», exclamaron, «Pizarro no tiene que preocuparse demasiado».

Sin embargo, el presidente, lejos de alterarse ante estas procacidades o de mostrar rencor hacia sus autores, las aguantó con la mayor humildad y se presentó enormemente agradecido ante sus hermanos, quienes con su comportamiento respetuoso parecían deseosos de rendirle honores.

Pero, por muy llana y poco pretenciosa que fuera la conducta de Gasca, Mejía en su primera entrevista pronto descubrió que no trataba con un hombre común. El presidente, después de explicar brevemente la naturaleza de su cometido, le dijo que había venido como mensajero de paz y que confiaba en las medidas pacíficas para su éxito. Después expuso el alcance general de su misión, y su autoridad para conceder un perdón incondicional a todos aquellos, sin excepción, que se sometieran inmediatamente al gobierno y finalmente su propósito de proclamar la revocación de las ordenanzas. Con esto se conseguían, por tanto, los objetivos de la revolución. Seguir luchando sería una rebelión manifiesta y además sin motivo, por lo que suplicó al comandante, apelando a los principios de lealtad y patriotismo, que le apoyara a la hora de apaciguar los disturbios del país y hacerlo regresar a su lealtad.

El lenguaje cándido y conciliador del presidente, tan diferente de la arrogancia de Blasco Núñez y del austero comportamiento de Vaca de Castro, causaron una notable impresión en Mejía. Admitió la fuerza del razonamiento de Gasca y se jactó de que Gonzalo Pizarro no sería insensible a ellos. Aunque unido al destino de este líder, era leal en su corazón y, como la mayor parte de su facción, había sido llevado a la rebelión por accidente más que por planificación. Ahora que tenía una oportunidad tan buena de desandar sus pasos con seguridad, estaba deseoso de asegurarse el perdón real regresando a su lealtad a tiempo. Le hizo saber esto al presidente, asegurándole su sincera cooperación en el buen trabajo de la reforma[18].

Este fue un importante paso para Gasca. Era aún más importante para él asegurarse la obediencia de Hinojosa, el gobernador de Panamá en el puerto de cuya ciudad fondeaba la flota de Pizarro, que constaba de veintidós navíos. Pero no era fácil acercarse a este oficial. Era una persona de un carácter muy superior a los que normalmente se encontraba entre los insensatos aventureros del Nuevo Mundo. Estaba unido a los intereses de Pizarro y este último le había recompensado poniéndole al mando de su armada y de Panamá, la llave de sus territorios en el Pacífico.

El presidente envió primero a Mejía y Alonso de Alvarado para preparar su propia llegada, informando a Hinojosa del propósito de su misión. Poco después les siguió él mismo y fue recibido por este comandante con todas las muestras exteriores de respeto. Pero aunque escuchó con deferencia las explicaciones de Gasca, no surtieron el mismo efecto que habían surtido en Mejía, por lo que terminó pidiendo al presidente que le mostrara sus poderes, y preguntándole si estos le daban autoridad para confirmar a Pizarro en su actual puesto, al que tenía derecho tanto por sus propios servicios como por la voz general del pueblo.

Esta era una cuestión embarazosa. Una concesión como esa hubiera sido demasiado humillante para la Corona, pero reconocer abiertamente esto en la actual coyuntura a un seguidor tan incondicional de Pizarro podía descartar cualquier otra negociación. El presidente evadió la pregunta, por tanto, afirmando simplemente que no había llegado todavía el momento de mostrar sus poderes, y que Hinojosa podía estar seguro que eran suficientes para asegurar una gran recompensa a todos los siervos leales a su país[19].

Hinojosa no quedó satisfecho e inmediatamente escribió a Pizarro, poniéndole al tanto de la llegada de Gasca y del objeto de su misión al

mismo tiempo que le sugería directamente su convicción de que el presidente no tenía autoridad para confirmarle en el gobierno. Pero antes de que partiera el barco, Gasca consiguió los servicios de un fraile dominico, que había tomado pasaje a bordo para una de las ciudades de la costa. Confió a este hombre manifiestos, divulgando el propósito de su visita y proclamando la abolición de las ordenanzas, con un perdón sin restricciones para todos aquellos que volvieran a la obediencia. También escribió a los prelados y a las corporaciones de las diferentes ciudades. A los primeros les pidió que cooperaran con él para inculcar un espíritu de lealtad y subordinación entre el pueblo, al mismo tiempo que daba a entender a las ciudades su propósito de conferenciar con ellos a partir de entonces, para poder diseñar algunas medidas efectivas para el bienestar del país. El dominico se dispuso a distribuir estos papeles él mismo entre las principales ciudades de la colonia, y mantuvo fielmente su palabra, aunque, como se demostró más tarde, con no poco riesgo para su vida. Las semillas diseminadas de esta manera bien podían caer en tierra yerma, pero el presidente confiaba en que la mayor parte enraizarían en los corazones del pueblo y pacientemente esperó la cosecha.

Mientras tanto, aunque fracasó a la hora de acabar con los escrúpulos de Hinojosa, los corteses modales de Gasca y su discurso suave y persuasivo tuvieron un visible efecto sobre las personas con las que diariamente entró en contacto. Varios de estos y entre ellos algunos de los principales caballeros en Panamá, así como en la escuadra, expresaron su disposición a unirse a la causa real y ayudar al presidente a mantenerla. Gasca se aprovechó de su ayuda para abrir comunicación con las autoridades de Guatemala y México, a quienes informó de su misión, al mismo tiempo que les aconsejaba que no permitieran que se realizara ningún tipo de intercambio con los insurgentes en la costa del Perú. Finalmente, también se impuso sobre el gobernador de Panamá para que le proporcionara los medios para entrar en comunicación con el mismo Gonzalo Pizarro y se envió un barco a Lima que llevaba una carta de Carlos V, dirigida a este jefe junto con una epístola de Gasca.

El comunicado del emperador estaba formulado en los términos más condescendientes e incluso conciliadores. Lejos de culpar a Gonzalo por la rebelión, su señor real fingía contemplar su conducta como si en cierto modo se la hubieran impuesto las circunstancias, especialmente el empecinamiento del virrey Núñez a la hora de negar a los colonos su

derecho inalienable de petición. No insinuaba en forma alguna que fuera a confirmar a Pizarro en el gobierno, ni tampoco que le fuera a apartar del mismo, sino que simplemente se refería a Gasca como alguien que le acercaría al beneplácito real y con quien debería cooperar para restablecer la tranquilidad del país.

La propia carta de Gasca estaba afinada en la misma clave diplomática. Recalcaba, sin embargo, que las exigencias que hasta ahora había marcado la línea de conducta de Gonzalo ya no existían. Todo lo que había pedido le había sido concedido. Ya no había nada por lo que pelear, y a Pizarro y sus seguidores tan solo les quedaba mostrar su lealtad y la sinceridad de sus principios de obediencia a la Corona. Hasta este momento, dijo el presidente, Pizarro había estado en armas contra el virrey, y el pueblo le había apoyado como contra un enemigo común. Si mantenía esta contienda el enemigo sería su soberano. En un combate como ese, era seguro que el pueblo le abandonaría y, por tanto, Gasca le conminó, por su honor como caballero y su deber como leal vasallo, a respetar la autoridad y a no provocar la contienda de forma precipitada, lo que sin duda demostraría al mundo que su lucha hasta este momento había sido más por ambición egoísta que por motivos patrióticos.

Esta carta, que estaba redactada en los términos más corteses y halagadores para el que la recibía, no era muy larga. Iba acompañada de otra mucho más concisa a Cepeda, el intrigante abogado, que, como sabía Gasca, tenía una gran influencia sobre Pizarro en ausencia de Carvajal, entonces ocupado en recolectar la cosecha de plata de las recién descubiertas minas de Potosí[20]. En esta epístola, Gasca simulaba proponer al astuto político como miembro de la Real Audiencia y le consultaba sobre la mejor manera de suplir una vacante en este organismo. Estos despachos fueron entregados a un caballero llamado Paniagua, un leal seguidor del presidente y uno de los que le habían acompañado desde Castilla. También le dio a este emisario manifiestos y cartas, como las entregadas al dominico, con órdenes de distribuirlos en secreto en Lima, antes de abandonar la capital[21].

Pasaron semanas y meses mientras que el presidente seguía en Panamá, donde ciertamente bien se podía decir que se encontraba detenido como si fuera un prisionero de Estado, ya que sus comunicaciones con Perú estaban celosamente cortadas. En el ínterin, tanto él como Hinojosa esperaban con ansiedad la llegada de algún mensajero de Pizarro que indicara de qué

manera recibiría este jefe la misión del presidente. El gobernador de Panamá era consciente de la peligrosa situación en que él mismo se encontraba y de la locura que suponía provocar una contienda con la corte de Castilla. Pero sentía cierta renuencia, no demasiado a menudo compartida por los caballeros de Perú, a abandonar a su suerte al comandante que había depositado tanta confianza en él. Sin embargo, confiaba en que este comandante abrazaría la oportunidad que se le ofrecía en este momento de poner al país y a él mismo en un estado de seguridad permanente.

Varios de estos caballeros que habían dado su adhesión a Gasca, disgustados con esta obstinación, como la llamaban, de Hinojosa, propusieron capturarle y hacerse con la armada. Pero el presidente rechazó la oferta de inmediato. Su misión, dijo, era de paz y no se mancharía nada más comenzar con un acto de violencia. Incluso respetó los escrúpulos de Hinojosa y pensó que sería mucho más probable que un caballero tan honrado por naturaleza fuera leal a sus intereses si se le ganaba por buenos medios que si era reducido por la fuerza o por el fraude. Gasca pensó que podía permitirse tranquilamente la pérdida de tiempo. Había diplomacia además de honestidad en ello. Ciertamente, la una siempre acompaña a la otra.

Mientras tanto, de vez en cuando llegaban personas de Lima y de lugares vecinos ofreciendo informaciones sobre Pizarro que variaban de acuerdo con el carácter y la situación de las partes. Algunos le describían como ganándose todos los corazones por su temperamento abierto y la popular profusión con la que, aunque codiciando riqueza, distribuía *repartimientos* y favores entre sus seguidores. Otros decían de él que llevaba los asuntos de forma arbitraria, mientras que entre los ciudadanos de Lima predominaban el mayor apocamiento y desconfianza. Todos estaban de acuerdo en que su poder descansaba sobre bases demasiado seguras como para resquebrajarse, y que si el presidente fuera a Lima tendría o bien que consentir en convertirse en un instrumento de Pizarro y confirmarle en el gobierno o bien pagar con su vida[22].

Era indudablemente cierto que Gonzalo, al tiempo que prestaba atención, como decían sus amigos, a los asuntos públicos, encontraba tiempo para disfrutar de los placeres que esperan al soldado de fortuna en su momento de triunfo. Era objeto de halago y homenaje, cortejado incluso por aquellos que le odiaban. Porque aquellos que no amaban al exitoso jefe tenían

buenos motivos para temerle, y sus hazañas eran conmemoradas en *romances*[*] y baladas, rivalizando, lo que no se alejaba mucho de la verdad, con las de los más valientes paladines de la caballería[23].

Entre este estallido de adulación, la copa de alegría que se ofrecía a los labios de Pizarro tenía una gota de amargura que contagiaba su sabor al resto, ya que, a pesar de su aparente confianza, miraba con incesante ansiedad la llegada de noticias que le tranquilizaran sobre la luz con que el gobierno de su país contemplaba su conducta, lo que podía apreciarse en sus celosas precauciones para proteger los accesos a la costa y detener a los emisarios reales. Supo, por tanto, con no poca intranquilidad, a través de Hinojosa, del desembarco del presidente Gasca y del propósito de su misión. Pero su descontento quedó mitigado al saber que el nuevo enviado había venido sin una formación militar, sin ninguna parafernalia ostentosa del cargo para imponerse sobre las mentes del vulgo, sino únicamente, por así decirlo, con el sencillo atuendo de un humilde misionero[24]. Pizarro no fue capaz de discernir que bajo su modesto exterior subyacía un poder moral más fuerte que sus batallones cubiertos de acero, que trabajando de forma silenciosa sobre la opinión pública, tanto más seguro cuanto que lo hacía en silencio, estaba incluso ya en ese momento minando su fuerza, ¡al igual que un canal subterráneo carcome los cimientos de un edificio imponente que se levanta seguro en todo su orgullo!

Pero aunque Pizarro no pudiera prever este resultado, tuvo la suficiente vista como para convencerse de que era más seguro mantener al presidente fuera de Perú. Las noticias de su llegada, además, aceleraron su anterior propósito de enviar una embajada a España para reivindicar sus actuaciones anteriores y solicitar la confirmación real de su autoridad. La persona designada a la cabeza de esta misión fue Lorenzo de Aldana, un caballero de discreción y coraje, en el que Pizarro confiaba enormemente, como uno de sus más devotos partidarios. Había ocupado algunos puestos importantes bajo el mandato de este jefe, uno de cuyos éxitos fue la sagacidad que mostró en elegir a sus agentes.

Además de Aldana y uno o dos caballeros más, se unió a la misión el obispo de Lima, pensando que debido a su posición era más probable que tuviera una influencia mayor en la corte sobre la suerte de Gonzalo. Junto con los despachos para el gobierno, se confió a los enviados una carta de los habitantes de Lima para Gasca, en la que, después de felicitar al presidente por su llegada, anunciaban su disgusto por el hecho de que hubiera llegado

demasiado tarde. Los problemas del país se encontraban ahora resueltos con el derrocamiento del virrey y la nación estaba en calma bajo el gobierno de Pizarro. Explicaban que había una embajada de camino a Castilla, *no para pedir perdón*, porque no habían cometido delito alguno[25], sino para pedir al emperador que confirmara a su líder en el gobierno, como el hombre en Perú más adecuado para ello por sus virtudes[26]. Expresaban la convicción de que la presencia de Gasca tan solo serviría para renovar los conflictos del país y sugerían de forma oscura que su intento de desembarcar probablemente le costaría la vida. El lenguaje de este peculiar documento era más respetuoso de lo que se podría esperar por el contenido. Estaba fechado el 14 de octubre de 1546 y fue firmado por setenta de los principales caballeros de la ciudad. Probablemente estaba dictado por Cepeda, cuya mano es visible en la mayoría de las intrigas de la pequeña corte de Pizarro. También se dice, la autoridad es algo cuestionable, que Aldana recibió instrucciones de Gonzalo para ofrecer un soborno de cincuenta mil *pesos de oro* al presidente, para convencerle de que volviera a Castilla, y, en caso de que los rechazara, se pensaría un modo más oscuro y efectivo para librar al país de su presencia[27].

Aldana, reforzado con estos despachos, apretó el paso hacia Panamá. A través de él, el gobernador conoció el actual estado de sentimientos en los consejos de Pizarro y escuchó con pesar la convicción del enviado de que ni ese jefe ni sus compañeros admitirían negociaciones que no le confirmaran en la posesión del Perú[28].

Aldana fue rápidamente admitido a audiencia por el presidente. El resultado fue muy diferente del de la conferencia con Hinojosa, porque el enviado de Pizarro no estaba protegido de forma natural con esa dura protección que hasta ahora había resistido a todo argumento. En este momento supo con sorpresa la naturaleza de los poderes de Gasca y el alcance de las concesiones reales para los insurgentes. Se habían embarcado con Gonzalo Pizarro en una desesperada empresa y había demostrado tener éxito. La colonia no tenía, razonablemente, nada más que exigir y, aunque era partidario de corazón de su líder, ningún principio de honor más que el de gratificar su ambición le hacía sentirse obligado a tomar partido en una salvaje contienda contra la Corona que inevitablemente acabaría con la ruina. Consecuentemente abandonó su misión a Castilla, que probablemente nunca le fue muy grata, y anunció su propósito de aceptar el perdón ofrecido por el gobierno y apoyar al presidente en la tarea de asentar los

asuntos del Perú. Posteriormente, debe añadirse, escribió a su antiguo comandante en Lima, exponiendo el curso que había tomado y recomendándole de forma sincera que siguiera su ejemplo.

La influencia de este precedente en alguien tan importante como Aldana, ayudado sin duda por la convicción de que a estas alturas no se podía esperar ningún cambio en Pizarro, al tiempo que cualquier retraso sería fatal para él mismo, prevaleció finalmente sobre los escrúpulos de Hinojosa, quien insinuó a Gasca su disposición a poner la flota a sus órdenes. El acto se realizó con gran pompa y ceremonia. Previamente se apartó de los navíos a algunos de los partidarios más incondicionales de Pizarro, y el 19 de noviembre de 1546, Hinojosa y sus capitanes renunciaron a sus cargos poniéndolos en manos del presidente. Posteriormente tomaron juramento de lealtad a Castilla y el heraldo proclamó un perdón por todas las ofensas pasadas desde una plataforma erigida en la plaza central de la ciudad, y el presidente, dándoles la bienvenida como vasallos leales y verdaderos de la Corona, volvió a restituir en sus diferentes puestos a los caballeros. Después se enarboló el estandarte real de España a bordo de la escuadra, proclamando que este baluarte del poder de Pizarro se le había escapado para siempre[29].

La devolución de sus cargos a los capitanes insurgentes fue una diplomática acción de Gasca. Se aseguró los servicios de los oficiales más capaces en el país y volvió contra Pizarro el brazo en el que más confiaba para apoyarse. Así se consiguió este gran paso, sin fuerza ni fraude, gracias a la paciencia de Gasca y a su juiciosa previsión. Se conformó con darse tiempo y ahora podía confiar con buenos argumentos en el éxito final de su misión.

Notas al pie

[1] «Que aquello era contra una cédula que tenian del Emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y del hijo mayor, y no teniendo hijos á sus mugeres, con mandarles espresamente que se casasen como lo habian ya hecho los mas de ellos; y que tambien era contra otra cédula real que ninguno podia ser despojado de sus indios sin ser primero oido á justicia y condenado.» *Historia de Don Pedro Gasca*, obispo de Sigüenza, manuscrito.

[2] *Manuscrito de Caravantes – Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito.

Uno de los miembros de este consejo era el duque de Alba, de tan lúgubre fama posteriormente en los Países Bajos. Es de creer que su voto fuera por el uso de la fuerza.

[3] «Ventilose la forma del remedio de tan grave caso en que huvo dos opiniones; la una de imbiar un gran soldado con fuerza de gente á la demostracion de este castigo; la otra que se llevase el negocio por prudentes y suaves medios, por la imposibilidad y falto de dinero para llevar gente, cavallos, armas, municiones y vastimentos, y para sustentarlos en tierra firme y pasarlos al Pirú», *manuscrito de Caravantes* .

[4] «Pasando á España vinieron á tierra de Ávila y quedó del nombre dellos el lugar y familia de Gasca; mudandose pro afinidad de la pronunciación, que hay entre las dos letras consonantes *c* . y *g* . El nombre de Casca en Gasca.» *Historia de Don Pedro de Gasca*, manuscrito.

El parecido en el nombre es una base suficientemente fuerte para colgar un pedigrí sobre Castilla.

[*] En español en el original.

[5] Este relato de los primeros pasos de Gasca lo he sacado principalmente de una nota biográfica en manuscrito escrita en 1465, en vida del prelado. El nombre del autor, quien habla según parece a partir del conocimiento personal, no aparece, pero parece el trabajo de un erudito y está escrito con una cierta pretensión de elegancia. El manuscrito original forma parte de la valiosa colección de don Pascual de Gayangos de Madrid. Es muy valioso por la luz que arroja sobre los primeros pasos de Gasca, que ha pasado en gran silencio para los historiadores castellanos. Es de lamentar que el autor no continuara sus trabajos más allá del período en que el objeto de los mismos recibió el nombramiento de su misión en Perú.

[6] «Era tanta la opinion que en Valencia tenian de la integridad y prudencia de Gasca, que en las Cortes de Monzon los Estados de aquel Reyno le pidieron por Visitador contra la costumbre y fuero de aquel Reyno, que no puede serlo sino fuere natural de la Corona de Araugon, y consintiendo que aquel fuero se derogase el Emperador lo concedió á instancia y peticion dellos.» *Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito.

[7] «Que parece cierto», dice su entusiasta biógrafo, «que por disposicion Divina vino á hallarse Gasca entónces en la Ciudad de Valencia, para remedio de aquel Reyno y Islas de Mallorca y Menorca é Iviza, segun la órden, prevencion y diligencia que en la defensa contra las armadas del

Turco y Francia tuvo, y las provisiones que para ello hizo». *Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito.

8 «Al ver que un león no había valido, enviaron una oveja», dice Gómara, «Finalmente, quiso embiar una Oveja, pues un león no aprovecho; y asi escogiò al Licenciado Pedro Gasca». *Historia de las Indias*, cap. 174.

9 Gasca hizo lo que el autor llama *una breve y copyosa relacion* de procedimientos al emperador en Valencia y el monarca estaba tan concentrado en la investigación que le dedicó toda la tarde, ¡a pesar de que su hijo Felipe estaba esperándole para ir a una *fiesta* ! Prueba irrefutable, tal y como lo concibe el autor, de su celo por la fe. «Queriendo entender muy de raizo todo lo que pasaba, como Principe tan zeloso que era de las cosas de la religion.» *Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito.

10 Estas instrucciones, cuyo tono patriarcal por parte del gobierno es altamente loable, aparecen *in extenso* tan solo en el manuscrito de Caravantes.

11 «De suerte que juzgassen que la masa fuerça que lleuaua era su abito de clerigo y breuiario.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 16.

12 *Manuscrito de Caravantes – Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito–. Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 16-17.

Aunque no para sí, Gasca solicitó un favor al emperador, el nombramiento de su hermano, un eminente jurista, para un puesto vacante en los escaños de la corte de Castilla.

13 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 6.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. I, cap. 6.– *Manuscrito de Caravantes* .– Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 17-18.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 174.– *Historia de Don Pedro Gasca*, manuscrito.

14 «Especialmente, si alla muriesse ó le matassen: que entonces de nada le podria ser buena, sino para partir desta vida, con mas congoxa y pena de la poca cuenta que daua de la prouision que auia aceptado.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 18.

15 De este caballero desciende la noble casa de los condes de Villamor en España. *Manuscrito de Caravantes* .

16 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 21.

17 «Especialmente muchos de los soldados, que estauan desacatados, y decian palabras feas, y desuergonçadas. A lo qual el Presidente (viendo que era necessario) hazia las orejas sordas.» *Ibid.,* parte I, lib. 2, cap. 23.

18 *Ibid., ubi supra* .– *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1546.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 6.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 2, cap. 5.

19 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 25.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 7.– *Manuscrito de Caravantes* .

[20] «El Licenciado Cepeda que tengo yo agora por teniente, de quien yo hago mucho caso i le quiero mucho.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

[21] Las cartas indicadas en el texto se pueden encontrar en Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 7.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 29-30. La carta del presidente ocupa varias páginas. Gran parte de ella está dedicada a precedentes históricos e ilustraciones, para mostrar la locura, así como la perversidad de una colisión con la autoridad imperial. El tono benigno de esta homilía se puede deducir de su frase final: «Nuestro señor por su infinita bondad alumbre a vuestra merced, y a todos los demas para que acierten a hazer en este negocio lo que conuiene a sus almas, honras, vidas y haziendas: y guarde en su sancto servicio la Illustre persona de vuestra merced.»

[22] Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 27.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 2, cap. 7.– *Manuscrito de Caravantes* .

[*] En español en el original.

[23] «Y con esto, estaua siempre en fiestas y recozijo, holgandose mucho que le diessen musicas, cantando romances, y coplas, de todo lo que auia hecho: encaresciendo sus hazañas, y victorias. En lo qual mucho se deleytaua como hombre de gruesso entendimiento.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 32.

[24] Gonzalo, en su carta a Valdivia, habla de Gasca como de un clérigo de una reputación devota, quien sin recompensa, en el verdadero espíritu del misionero, había venido para pacificar los asuntos del país. «Dicen ques mui buen christiano i hombre de buena vida i clerigo, i dicen que viene a estas partes con buena intencion i no quiso salario ninguno del Rey sino venir para poner paz en estos reynos con sus cristiandades.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

[25] «Porque perdon ninguno de nosotros le pide, porque no entendemos que emos errado, sino seruido à su Magestad: conseruando nuestro derecho; que por sus leyes Reales à sus vasallos es permitido.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 33.

[26] «Porque el por sus virtudes es muy amado de todos: y tenido por padre del Perú.» *Ibid.*, *ubi supra.*

[27] *Ibid.*, *loc. cit.* –Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 2, cap. 10.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 8.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 177.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1546.

Pizarro, en su carta a Valdivia, señala este reproche a Gasca, quien con toda su *reputación de santo, era tan hábil como cualquier hombre en España* y había venido ahora para enviarle a casa, como compensación, sin duda, por sus leales servicios. «Pero yo y el resto de los caballeros», concluye, «le hemos advertido de que no ponga pie aquí». «Y agora que yo tenia puesta esta tierra en sosiego embiava su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que dicen ques un santo, es un hombre mas mañoso que havia en toda España é mas sabio; e asi venia por presidente é Governador,

é todo quanto el quiera; é para poderme embiar á mi á España, i á cabo de dos años que andavamos fuera de nuestras casas queria el Rey darme este pago, mas yo con todos los cavalleros deste Reyno le embiavamos á decir que se vaya, sino que harémos con él como con Blasco Núñez.» *Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia*, manuscrito.

28 Con la misión de Aldana a Castilla, Gonzalo Pizarro cierra la importante carta, tan a menudo citada en estas páginas, y que puede suponerse que proporciona los mejores argumentos para su conducta. Es un hecho curioso que Valdivia, el conquistador de Chile y sus tropas formaran parte de las fuerzas que lucharon contra Pizarro poco después en Huarina. ¡Así era la amistad en la que se apoyaba Pizarro!

29 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 9.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 38, 42.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 178.– *Manuscrito de Caravantes* .

Garcilaso de la Vega, cuya parcialidad por Gonzalo Pizarro forma un saludable contrapeso con los puntos de vista desfavorables de la mayoría de los demás escritores, en su reseña de esta acción, parece dispuesto a dar poco crédito a la lealtad que se demuestra con el sacrificio de un benefactor. *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 4.

Capítulo II

Gasca reúne sus fuerzas. Deserción de los seguidores de Pizarro. Reúne sus reclutamientos. Agitación en Lima. Abandona la ciudad. Gasca parte de Panamá. Sangrienta batalla en Huarina. 1547

En cuanto Gasca estuvo en poder de Panamá y de la flota, comenzó una política más decidida que la que hasta ese momento se había permitido. Reclutó hombres y provisiones de todas las regiones. Se cuidó de pagar los atrasos que ya se les debía a los soldados y prometió una paga liberal en el futuro, porque, aunque era consciente de que sus gastos personales costarían poco a la Corona, no escatimaba su gasto cuando el bien público lo requería. Como los fondos en el tesoro estaban exhaustos, obtuvo préstamos de los ciudadanos ricos de Panamá en base al crédito del gobierno. Estos, confiando en su buena fe, le entregaron diligentemente los adelantos necesarios. Posteriormente envió cartas a las autoridades de México y Guatemala, pidiendo su ayuda en las hostilidades contra los insurgentes en caso de que fuera necesario, y llamamientos, con el mismo contenido, a Benalcazar, en la provincia norte de Perú, para que se reuniera con él cuando desembarcara en ese país con todas sus fuerzas disponibles.

El pueblo de Panamá mostró un gran entusiasmo a la hora de poner a punto su pequeña armada para el viaje que se estaba planeando, y los prelados y comandantes no desdeñaron la oportunidad de demostrar su lealtad tomando parte en el buen trabajo junto con los soldados y

marineros[30]. Sin embargo, antes de su partida Gasca propuso enviar una pequeña escuadra de cuatro barcos bajo las órdenes de Aldana, para que navegara hasta el puerto de Lima, con órdenes de proteger a los que fueran afectos a la causa real y subirles a bordo de los navíos en caso de necesidad. También se le encomendaron copias autentificadas de la comisión del presidente que debían entregarse a Gonzalo Pizarro, para que este jefe tuviera la sensación de que aún había tiempo para volver atrás antes de que se cerraran las puertas del perdón[31].

Mientras todo esto sucedía, las proclamas y las cartas de Gasca estaban surtiendo su efecto en Perú. No hacía falta mucha sagacidad para percibir que la nación al completo, asegurada la protección a las personas y a la propiedad, no tenía nada que ganar con la revolución. Afortunadamente, el interés y el deber caían en esta ocasión del mismo lado, y el antiguo sentimiento de lealtad, oculto por un tiempo aunque no extinto, revivió en el pecho del pueblo. Sin embargo, no se manifestó inmediatamente mediante un acto abierto, porque bajo un fuerte régimen militar, los hombres difícilmente piensan para sí mismos y menos aún comunican sus pensamientos a otros. Pero los cambios de la opinión pública, como los cambios atmosféricos que llegan lenta e imperceptiblemente, se hacen sentir cada vez más y más fuertes, hasta que por una especie de simpatía silenciosa se esparcen hasta los lugares más remotos de la tierra. Finalmente, algunos indicios de este cambio de sentimientos llegaron a Lima, a pesar de que se había ocultado celosamente toda noticia de la misión del presidente en la capital. El mismo Gonzalo Pizarro notó estos signos de desafección, aunque fueran demasiado débiles y vagos como para que el ojo más experimentado pudiera descubrir la tormenta que se avecinaba.

Los partidarios fieles a Pizarro le habían llevado varias de las proclamas del presidente, y Carvajal, quien había sido llamado de Potosí, declaró que eran «más temibles que las lanzas de Castilla»[32]. Sin embargo, no perdió por un momento la confianza en sus propias fuerzas, y con una armada como la que había en Panamá a sus órdenes, sentía que podía desafiar a cualquier enemigo en sus costas. Tenía una confianza absoluta en la lealtad de Hinojosa.

Fue en este momento en el que llegó Paniagua al puerto con los despachos de Gasca para Pizarro que consistían en la carta del emperador y la suya. Este caudillo las llevó inmediatamente ante sus consejeros de

confianza Carvajal y Cepeda, preguntándoles su opinión sobre el camino a tomar. Era la crisis que decidiría el destino de Pizarro.

Carvajal, cuya sagaz visión había comprendido plenamente la situación en que se encontraban, optaba por aceptar la gracia real en los términos en que se proponía, e insinuó el sentido de su contenido declarando que «pavimentaría el suelo de quien las hubiera llevado a la capital con lingotes de oro y plata»[33]. Cepeda pensaba de otra manera. Era juez de la Real Audiencia y había sido enviado a Perú como consejero directo de Blasco Núñez. Pero se había vuelto contra el virrey, se había enfrentado a él en batalla y se podía decir que su ropa ¡todavía estaba empapada de su sangre! ¿Qué gracia podía esperar para él? Por mucho respeto que se pudiera mostrar a la carta de las cláusulas reales, a la hora de la verdad, siempre viviría arruinado bajo el gobierno de Castilla. Por tanto, presionó con fuerza para que se rechazaran las ofertas de Gasca. «Te costarán el gobierno», le dijo a Pizarro, «este sacerdote con labia no es una persona tan simple como te piensas. Es inteligente y diplomático[34]. Sabe bien las promesas que debe hacer, y una vez que domine el país también sabrá cómo mantenerlas».

Carvajal no se conmovió ante estos argumentos o las sornas de sus compañeros y, a medida que la discusión subía de tono, Cepeda acusó a su oponente de dar consejo influido por miedo de su propia seguridad, una provocación estúpida, que quedaba lo bastante desmentida por toda la vida del valiente y viejo guerrero. Carvajal no siguió insistiendo más en sus puntos de vista; sin embargo, al ver que estos no eran bienvenidos por Pizarro se contentó con señalar fríamente que «no tenía, ciertamente, ningún problema para rebelarse, pero que creía que tenía el cuello igual de apto para una soga que sus compañeros y que difícilmente podía esperar vivir más tiempo, pero que en cualquier caso, después de todo, poco le importaba»[35].

Pizarro, azuzado por una exaltada ambición que se sobreponía a cualquier obstáculo[36], no condescendió a calcular las desesperadas posibilidades de una contienda con la Corona. Se lanzó en el mismo plato de la balanza que Cepeda. La oferta de perdón fue rechazada y de esta manera cortó el último lazo que le unía con su país y, mediante este acto, se proclamó rebelde[37].

Poco después de la partida de Paniagua, Pizarro recibió noticias de la deserción de Aldana y de Hinojosa, así como de la rendición de la flota en

la que había gastado una inmensa suma como el baluarte de su poder. A esta desagradable noticia le siguieron los relatos de las deserciones de algunas de las principales ciudades del norte y del asesinato de Puelles, el leal lugarteniente a quien había confiado el gobierno de Quito. No pasó mucho tiempo antes de que viera atacada su autoridad desde el punto opuesto en Cuzco, ya que Centeno, el leal jefe que, como recordará el lector, había sido empujado por Carvajal a refugiarse en una cueva cerca de Arequipa, había salido de su confinamiento después de estar allí un año, y al saber de la llegada de Gasca, había levantado de nuevo el estandarte real. Reuniendo después un pequeño grupo de seguidores y cayendo sobre Cuzco por la noche, se hizo dueño de la capital, derrotó a la guarnición que la mantenía y la aseguró para la Corona. Marchando poco después hacia la provincia de Charcas, el valiente capitán se alió con el oficial que mandaba en nombre de Pizarro en La Plata, y sus fuerzas combinadas, que ascendían a mil hombres, tomaron posición en las orillas del lago Titicaca, donde los dos caballeros esperaron con frialdad la oportunidad de enfrentarse a su antiguo comandante.

Gonzalo Pizarro, afectado profundamente por la deserción de aquellos en los que más confiaba, quedó aturdido ante las descorazonadoras noticias de las pérdidas que caían en tal abundancia sobre él. Sin embargo, no perdió el tiempo en recriminaciones y quejas vanas, sino que inmediatamente se lanzó a hacer preparativos para enfrentar la tormenta con su característica energía. Escribió inmediatamente a aquellos capitanes que pensaba que todavía le eran fieles, ordenándoles que estuvieran preparados para poner sus tropas en marcha y ayudarle a la menor noticia. Les recordó sus obligaciones para con él y que sus intereses eran idénticos a los suyos. La comisión del presidente, añadió, se había realizado antes de que las noticias de la batalla de Añaquito llegaran a España y nunca podrían garantizar el perdón a aquellos involucrados en la muerte del virrey[38].

Pizarro fue igualmente activo forzando el reclutamiento en la capital y poniendo a sus soldados en la mejor situación para la lucha. Pronto se vio a la cabeza de unos mil hombres, maravillosamente pertrechados y con un equipamiento completo, «una formación tan gallarda», dice un viejo escritor, «aunque fuera tan pequeña en número, nunca ha pateado las llanuras de Italia», desplegando en la excelencia de sus armas, sus magníficos uniformes y las corazas de sus caballos una magnificencia que tan solo podía proporcionar la plata de Perú[39]. A cada compañía se le

entregó un nuevo grupo de colores, bordados con una insignia propia. Algunos llevaban las iniciales y armas de Pizarro y uno o dos estaban coronados audazmente con una corona, como para sugerir el rango al que aspiraba el comandante[40].

Entre los líderes más notables en este caso se encontraba Cepeda, «quien», en palabras de un escritor de su época, «había cambiado el hábito de licenciado por el casco emplumado y los arneses de cota de malla del guerrero»[41]. Pero el caballero a quien Pizarro confió el principal cuidado de la organización de sus batallones fue el veterano Carvajal, quien había estudiado el arte de la guerra bajo los mejores capitanes de Europa y cuya vida de aventuras habían comentado como ejercicio práctico en sus tempranas lecciones. Fue en su hombro en el que más se apoyó en la hora del peligro, y hubiera sido bueno para él si se hubiera aprovechado de sus consejos anteriormente.

Uno se puede hacer una idea del lujoso equipamiento de las fuerzas de Pizarro, atendiendo al hecho de que se preocupara de proporcionar a cada uno de sus mosqueteros un caballo. Los gastos en los que incurrió fueron enormes. El coste inmediato de sus preparativos, según nos dicen, fue al menos de medio millón de *pesos de oro*[*], y su pago a los caballeros y en realidad también a los soldados comunes en su pequeño ejército era a una escala tan extravagante que no se podía encontrar más que en el suelo de plata del Perú[42].

Cuando sus propios fondos se terminaron, suplió la carencia con impuestos sobre los ciudadanos ricos de Lima como precio por quedar exento del servicio militar, préstamos forzados y diversos planes de exacción militar[43]. A partir de este momento, según se dice, el temperamento del jefe sufrió un cambio visible[44]. Sus pasiones se hicieron más violentas, se volvió más deseoso de control y se permitía con más libertad actos de crueldad y libertinaje. La desesperada causa en la que estaba involucrado le hacía tomar en poco las consecuencias. Aunque de naturaleza franca y confiada, la frecuente deserción de sus seguidores le llenaba de suspicacias. No sabía en quién confiar. Todo aquel que se mostraba indiferente a su causa, o se sospechaba que lo era, era tratado como un enemigo declarado. En Lima reinaba una enorme desconfianza. Nadie se atrevía a confiar en el vecino. Algunos ocultaron sus efectos, otros se las apañaban para eludir la vigilancia de los centinelas y esconderse en

los bosques y montañas vecinas[45]. No se permitía a nadie entrar o salir de la ciudad sin permiso. Quedó cortado todo el comercio, todo intercambio, con otros lugares. Hacía mucho que el último quinto de la Corona se había enviado a Castilla, ya que Pizarro se había adueñado de él para su propio uso. En este momento se apoderó de la casa de la moneda, rompió los sellos reales y emitió una moneda devaluada, estampada con su propio emblema[46]. Fue su acto más decisivo de soberanía.

Durante este lúgubre período, el abogado Cepeda ideó una solemne farsa, cuya puesta en práctica debería dar una especie de sanción legal a la causa rebelde a los ojos del populacho. Hizo que se organizara un proceso contra Gasca, Hinojosa y Aldana, en el que fueron acusados de traición contra el gobierno existente del Perú, declarados culpables y condenados a muerte. Este documento fue entregado a algunos juristas en la capital, exigiendo sus firmas. Pero estos no tenían intención de implicarse de forma irreversible estampando sus nombres en un papel como ese, y evadieron el tema alegando que tan solo serviría para cortar toda posibilidad, en caso de que cualquiera de los acusados estuviera dispuesto, de abrazar de nuevo la causa de la que había desertado. Cepeda fue el único que firmó el documento. Carvajal tildó todo el asunto de ridículo. «¿Cuál es el objeto de tu proceso?», le dijo a Cepeda. «Su objeto», replicó este último, «es evitar el retraso, y que si en cualquier momento se apresa a los culpables se les lleve inmediatamente a ejecución». «Te suplico perdón», contestó Carvajal, «pensé que el documento tendría alguna virtud que ya les hubiera matado. Deja que caigan en mis manos y yo les llevaré a ejecución sin esperar sentencia o tribunal. ¡Te lo juro!»[47].

Mientras que se redactaba este documento, llegaron noticias de que la escuadra de Aldana se encontraba en el puerto de Callao. Este comandante había partido de Panamá a mediados de febrero de 1547. A su paso por la costa había desembarcado en Trujillo, donde los ciudadanos le habían recibido con entusiasmo y habían proclamado con alegría su sumisión a la autoridad real. Al mismo tiempo recibió mensajes de varios de los oficiales de Pizarro en el interior, dando a entender que regresaban a su obediencia y que estaban dispuestos a apoyar al presidente. Aldana designó Cajamarca como el lugar de encuentro donde se deberían reunir sus tropas y esperar el desembarco de Gasca. Después continuó su viaje en dirección a Lima.

En cuanto Pizarro fue informado de su llegada, temeroso de que pudiera tener un efecto desastroso seduciendo a sus seguidores y socavando su

fidelidad, los hizo marchar a una milla de la ciudad y acampar allí. Se encontraba a dos leguas de la costa y apostó una guardia en la capital para interceptar cualquier comunicación con los navíos. Antes de abandonar la capital, Cepeda recurrió a un método para asegurarse con mayor firmeza a los habitantes, según él pensaba, a los intereses de Pizarro. Hizo que se reuniera a los ciudadanos y les lanzó una estudiada arenga en la que se explayaba sobre los servicios de su gobernador y la seguridad de la que había disfrutado el país durante su mandato. Después les dijo que cada hombre podía elegir libremente por sí mismo si se quedaba bajo la protección del actual gobernador o si prefería traspasar su lealtad al enemigo. Les invitó a que fueran sinceros, pero exigió a todos los que se mantuvieran bajo Pizarro que juraran lealtad a su causa, asegurándoles que cualquiera que faltara al juramento violando su promesa lo pagaría con la vida[48]. No hubo nadie lo suficientemente valiente, con la cabeza dentro de la boca del león, como para quebrantar su obediencia a Pizarro, y todo el mundo hizo el juramento prescrito, que el licenciado administró de la forma más solemne e imponente. Carvajal, como de costumbre, se burló de todo el procedimiento. «¿Cuánto tiempo crees que durará este mismo juramento?», le preguntó a su compañero. «El primer viento que sople de la costa después de habernos ido lo esparcirá por el aire.» Su predicción pronto se vio confirmada.

Mientras tanto Aldana había anclado en el puerto, donde no había navíos de los insurgentes que pudieran incomodarle. Por consejo de Cepeda, se habían quemado cuatro o cinco hacía poco tiempo, durante la ausencia de Carvajal, para cortar todo medio de comunicación gracias al cual los habitantes pudieran abandonar el lugar. El veterano soldado deploró profundamente esta acción a su regreso. «Era destruir», dijo, «los ángeles guardianes de Lima»[49]. Y ciertamente le hubieran sido ahora muy útiles a Pizarro a las órdenes de un comandante como él, pero su estrella estaba en el ocaso.

El primer acto de Aldana fue hacer que se le entregara la copia de los poderes de Gasca, que se le había encomendado, a su antiguo comandante, quien, indignado, la rompió en pedazos. Aldana posteriormente consiguió mediante sus agentes que circularan entre los ciudadanos e incluso entre los soldados del campamento los manifiestos del presidente. No tardaron mucho en causar su efecto. Pocos habían estado al tanto del verdadero propósito de la misión de Gasca, del alcance de sus poderes o de las

generosas condiciones ofrecidas por el gobierno. Se apartaron del desesperado camino al que habían sido seducidos sin darse cuenta y se dedicaron tan solo a buscar la manera menos peligrosa de salir de su actual posición y volver a su lealtad. Algunos escaparon por la noche del campamento, eludiendo la vigilancia de los centinelas y consiguieron retirarse a bordo de los navíos. Algunos fueron atrapados y no hallaron cuartel a manos de Carvajal y sus ayudantes sin piedad. Pero allí donde el ánimo de desafección surgió no faltaron los medios.

Como los fugitivos estaban aislados de Lima y de la costa vecina, se ocultaron en bosques y montañas y buscaron la posibilidad de abrirse camino hasta Trujillo y otros puertos que se hallaban a cierta distancia, y fue tan contagioso el ejemplo que a menudo sucedió que los mismos soldados enviados a perseguir a los desertores se unieron a ellos. Entre los que huyeron se encontraba el licenciado Carvajal, quien no debe ser confundido con el militar homónimo. Era el mismo caballero cuyo hermano había sido asesinado en Lima por Blasco Núñez y que se vengó, como ya hemos visto, empapando sus propias manos en la sangre del virrey. Que una persona implicada de esta manera confiara en el perdón real demostraba que nadie debía perder las esperanzas de lograrlo, y el ejemplo demostró ser de lo más desastroso para Pizarro[50].

Cuando le contaron la deserción de sus camaradas, Carvajal, quien se burlaba de todo, incluso de las desgracias que le llegaban más hondo, se deleitó murmurando las palabras de una cancioncilla popular:

«Estos mis Cabellicos, Madre,
Dos a dos me los lleva el Aire»[51].

Pero la deserción de sus seguidores causó una impresión mayor en Pizarro, quien quedó doloridamente afligido al ver a su gallarda compañía, en la que tanto confiaba para ganar sus batallas, desapareciendo como si se tratara de las brumas de la mañana. Desconcertado por la traición de aquellos en quienes más había confiado, no sabía hacia dónde ir, ni qué curso tomar. Era evidente que debía abandonar sin pérdida de tiempo su actual posición peligrosa. Pero, ¿a dónde debería dirigir sus pasos? En el norte las grandes ciudades habían abandonado su causa y el presidente ya marchaba contra él, mientras que Centeno tenía tomados los pasos del sur con una fuerza que doblaba a la suya. En esta situación extrema finalmente

decidió ocupar Arequipa, un puerto de mar que todavía le era fiel, donde podía permanecer hasta que decidiera sobre el curso futuro de sus operaciones.

Tras una dolorosa pero rápida marcha, Gonzalo llegó a este lugar, donde rápidamente se le unió un refuerzo que había destacado para recuperar Cuzco. Pero tan frecuentes habían sido las deserciones en ambas compañías, a pesar de que una vez abandonada Lima estas se habían reducido enormemente en las unidades de Pizarro, que su número total no pasaba de quinientos hombres, menos de la mitad de la fuerza que tan recientemente había reunido en la capital. ¡A tan humilde situación se había visto reducido el hombre que, hasta hacía poco, había gobernado sobre la tierra con un dominio sin límites! Aun así, el caudillo no cejó. Había recuperado el ánimo con la excitación de la marcha y la distancia de Lima, y parecía recuperar su anterior confianza, al tiempo que exclamaba, «La desgracia es la que nos enseña quiénes son nuestros amigos. Si tan solo quedan diez fieles, ¡no temáis que volveré a gobernar Perú!»[52].

En cuanto las fuerzas rebeldes se hubieron retirado de la vecindad de Lima, los habitantes de la ciudad, nada preocupados, como había predicho Carvajal, por los juramentos forzados de alianza a Pizarro, abrieron de par en par las puertas a Aldana, quien tomó posesión de esta importante plaza en nombre del presidente. Este mandatario, mientras tanto, había partido de Panamá con toda la flota el 10 de abril de 1547. La primera parte de su viaje fue favorable, pero pronto se complicó por las corrientes contrarias y el tiempo se tornó agitado y tempestuoso. La violencia de la tormenta continuaba día tras día, el mar arremetía con furia y la flota era zarandeada por las olas que se elevaban como montañas, como queriendo imitar el carácter salvaje de la región que bordeaban. La lluvia caía en torrentes y los rayos eran tan constantes que los navíos, para citar el vivo lenguaje del cronista, «¡parecían estar navegando por mares de llamas!»[53]. Los corazones de los marinos más duros se llenaron de desaliento. Consideraron que era inútil luchar contra los elementos y exigieron en voz alta regresar al continente y posponer el viaje hasta una temporada del año más favorable.

Pero el presidente vio en esto la ruina de su causa, así como la de los vasallos leales a los que habían implicado después de su desembarco para que le apoyaran. «Estoy dispuesto a morir», dijo, «pero no a volver», y a pesar de las quejas de sus seguidores más temerosos, insistió en ir a tanta velocidad como pudieran los barcos, en cada intervalo de la tormenta[54].

Mientras tanto, para desviar los pensamientos de los marineros de su actual peligro, Gasca les entretuvo explicándoles algunos de los extraños fenómenos que el océano mostraba en la tempestad, que habían llenado sus supersticiosas mentes de un miedo misterioso[55].

Se habían dado señales a los barcos para que llegaran como pudieran hasta la isla de Gorgona. Ahí llegaron, uno detrás de otro, todos excepto uno, aunque el temporal había dañado a todos en mayor o menor medida. El presidente esperó tan sólo a que la furia de los elementos amainara, para embarcar de nuevo y sobre aguas más mansas cruzó hasta Manta. Desde este lugar pronto continuó su viaje hasta Tumbez y desembarcó en este puerto el 13 de junio. Fue recibido en todos los sitios con entusiasmo y todos parecían ansiosos de borrar todo recuerdo del pasado declarando su futura fidelidad a la Corona. Gasca recibió también numerosas cartas de felicitación de caballeros del interior, la mayoría de los cuales había servido anteriormente bajo Pizarro. Acusó recibo con cortesía de sus ofertas de ayuda y les ordenó que se dirigieran hacia Cajamarca el lugar de encuentro de todos.

A este mismo lugar envió a Hinojosa, en cuanto este oficial hubo desembarcado con las fuerzas de tierra de la flota, ordenándole que comandara los refuerzos allí reunidos y que posteriormente se encontrara con él en Jauja, donde decidió establecer su cuartel general. Se encontraba en un territorio rico y abundante y que, debido a su situación céntrica, proporcionaba un punto para actuar con las mejores ventajas contra el enemigo.

Después siguió avanzando por la llana carretera de la costa hacia Trujillo, a la cabeza de un pequeño destacamento de caballería. Tras detenerse un breve espacio de tiempo en esta leal ciudad, atravesó la cadena montañosa por el sureste y pronto entró en el fructífero valle de Jauja. Allí se le unieron en este momento los refuerzos del norte, así como los de las principales ciudades de la costa, y poco después de su llegada recibió un mensaje de Centeno, informándole de que dominaba los pasos por los que Gonzalo Pizarro se disponía a escapar del país y que el jefe insurgente pronto caería en sus manos.

El campamento real se alegró tremendamente con estas noticias. La guerra, por tanto, estaba finalmente terminada y eso sin que el presidente hubiera tenido siquiera que levantar su espada contra un español. Varios de sus consejeros le aconsejaron que disolviera ya la mayor parte de sus tropas

por ser una carga que había dejado de ser necesaria. Pero el presidente era demasiado sabio como para debilitar su fuerza antes de haberse asegurado la victoria. Consintió, sin embargo, en dar la contraorden de petición de tropas de México y las colonias adyacentes, ya que ahora se sentía con la fuerza suficiente gracias a la lealtad generalizada del país. Pero concentrando sus fuerzas en Jauja estableció su cuartel general en esta ciudad, como tenía pensado en un primer momento, decidido a esperar allí noticias de los acontecimientos en el sur. El resultado fue diferente de lo que había esperado[56].

Mientras tanto, Pizarro, a quien habíamos dejado en Arequipa, había decidido, después de mucha deliberación, abandonar Perú y pasarse a Chile. En este territorio, más allá de la jurisdicción del presidente, podía encontrar un lugar seguro. Pensó que el caprichoso pueblo pronto se cansaría de su nuevo gobernante y reuniría fuerza suficiente para comenzar de nuevo las operaciones para recuperar su dominio. Tales eran los cálculos del caudillo rebelde. Pero, ¿cómo iba a conseguir su objetivo mientras que los pasos entre las montañas por los que pasaba su ruta estuvieran dominados por Centeno con una fuerza que doblaba en número a la suya? Decidió tratar de negociar, ya que ese capitán había servido en una ocasión bajo sus órdenes y ciertamente había sido de lo más activo a la hora de intentar persuadir a Pizarro para que asumiera el cargo de procurador. Por tanto, avanzando en dirección al lago Titicaca, cerca del cual había establecido su campamento Centeno, Gonzalo envió un emisario a su campamento para comenzar unas negociaciones. Apeló a la memoria de su adversario sobre las amistosas relaciones que habían existido entre ellos y le recordó una ocasión en concreto en la que le había perdonado la vida, cuando fue declarado culpable de conspirar contra él mismo. Dijo que no le guardaba rencor por su reciente conducta y que ahora no había venido buscando el enfrentamiento con él. Su propósito era abandonar Perú y el único favor que le pedía por su antigua asociación era que le dejara paso libre para cruzar las montañas.

A este mensaje Centeno contestó en términos tan corteses como los del mismo Pizarro, que tenía en cuenta su antigua amistad. Estaba dispuesto a servir a su antiguo comandante en todo aquello que no fuera en contra de su honor y la obediencia a su soberano. Pero se encontraba allí en armas por la causa real y no podía desviarse de su deber. Si Pizarro confiaba en su buena fe y se rendía, daba su palabra de caballero de utilizar toda su influencia con

el gobierno para asegurarle unas condiciones tan favorables para él y para sus seguidores como se le habían garantizado al resto de sus compatriotas. Gonzalo escuchó las dulces promesas de su antiguo camarada con un amargo rencor pintado en el rostro y quitándole la carta a su secretario, la arrojó con indignación. No quedaba más que recurrir a las armas[57].

Inmediatamente levantó el campamento y dirigió su marcha hacia las orillas del lago Titicaca, cerca del cual se encontraba su rival. Recurrió, sin embargo, a una estratagema para poder, si era posible, evitar un encuentro. Envió por delante a sus exploradores en una dirección diferente de la que pretendía tomar y después aceleró su marcha hasta Huarina. Se trataba de una pequeña ciudad situada en el extremo sudeste del lago Titicaca, ¡en cuyas orillas, el origen de la primitiva civilización de los incas, pronto resonaría la mortal contienda de sus más civilizados conquistadores!

Pero los movimientos de Pizarro habían sido comunicados en secreto a Centeno y este comandante, por tanto, cambiando su posición, tomó otra no muy lejos de Huarina el mismo día en que Gonzalo llegaba a este lugar. Los centinelas de los dos campamentos se divisaron esa tarde y las fuerzas rivales, durmiendo con sus armas, se prepararon para la acción a la mañana siguiente.

El 26 de octubre de 1547, los dos comandantes, después de formar sus tropas en orden de batalla, avanzaron para enfrentarse en los llanos de Huarina. El terreno, defendido en un lado por un gran ramal de los Andes y no muy lejos en el otro por las aguas del Titicaca, era una llanura nivelada, muy apropiada para las maniobras militares. Parecía que la naturaleza lo hubiera preparado para campo de batalla.

El ejército de Centeno ascendía a unos mil hombres. Su caballería constaba de casi doscientos cincuenta hombres, bien equipados y montados, entre ellos varios caballeros de familia, algunos de los cuales habían seguido en algún momento el estandarte de Pizarro. En conjunto hacían un cuerpo eficiente en el que cabalgaban algunas de las mejores lanzas de Perú. Sus arcabuceros eran menos numerosos, y no pasaban de ciento cincuenta, pobremente pertrechados de munición. El resto y con mucho la mayor parte del ejército de Centeno, constaba de lanceros, tropas rápidamente reclutadas que poseían poca disciplina[58].

Estos cuerpos de infantería formaron en el centro de su línea, flanqueados por los arcabuceros en dos divisiones prácticamente iguales, al tiempo que su caballería también quedaba dispuesta en dos cuerpos en las

alas derecha e izquierda. Desgraciadamente, Centeno había estado la última semana enfermo de pleuresía, tan enfermo en realidad que el día anterior había sido sangrado en varias ocasiones. Ahora se encontraba demasiado débil para mantenerse en la silla, por lo que se le llevó en una litera, y cuando hubo visto formar a sus hombres, se retiró a una distancia del campo, incapaz de participar en la acción. Pero Solano, el militante obispo de Cuzco, que con varios de sus seguidores participó en el enfrentamiento, una circunstancia que ciertamente no era muy extraña, cabalgaba por entre las filas con el crucifijo en la mano, ofreciendo su bendición a los soldados y exhortando a cada uno de los hombres a que cumpliera con su obligación.

Las fuerzas de Pizarro eran menos de la mitad que las de su rival, y no sobrepasaban los cuatrocientos ochenta hombres. Los caballos no eran más de ochenta y cinco en total y los situó en un único cuerpo a la derecha de su batallón. La fuerza de su ejército residía en sus arcabuceros, unos trescientos cincuenta. Era un cuerpo admirable, dirigido por Carvajal, quien los había instruido cuidadosamente. Considerando la calidad de sus armas y su gran disciplina, este pequeño cuerpo de infantería podía considerarse como la flor y nata de los soldados del Perú y Pizarro confiaba principalmente en ellos para lograr el éxito en ese día[59]. El resto de su fuerza, formada de lanceros, no muy importantes en número aunque, como el resto de la infantería, con una excelente disciplina, lo distribuyó a la izquierda de sus mosqueteros para repeler a la caballería del enemigo.

El mismo Pizarro estaba al mando de la caballería, tomando su puesto, como de costumbre, en la primera línea. Estaba armado a la perfección. Sobre su brillante cota llevaba un sobreveste de terciopelo acuchillado de color carmesí y cabalgaba sobre un brioso corcel, cuya chillona armadura, con los llamativos colores de su jinete, hacían al temerario comandante el objeto más llamativo del campo.

Su lugarteniente, Carvajal, iba equipado de una manera muy distinta. Vestía una armadura de apariencia muy humilde, pero fuerte y práctica, y un casco de acero con su visor listado del mismo material le protegió la cabeza de más de un terrible golpe ese día. Sobre sus armas llevaba un sobreveste de un color verduzco y cabalgaba un activo pura raza de fuertes piernas, que aunque capaz de aguantar la fatiga no tenía ni gracia ni belleza. No hubiera sido fácil distinguir al veterano del caballero más ordinario.

Las dos huestes se acercaron a seiscientos pasos la una de la otra, y se detuvieron. Carvajal prefería recibir el ataque del enemigo antes que seguir

avanzando, porque el terreno que ahora ocupaban permitía un amplio arco para sus mosqueteros, sin árboles ni arbustos que los entorpecieran como en las otras partes del campo. Había además un motivo especial para mantenerse en la actual posición. Los soldados iban cargados, algunos con dos, algunos con tres arcabuces cada uno, que eran las armas de los que de vez en cuando habían desertado del campamento. Esta provisión tan poco común de arcabuces, aunque fuera un gran impedimento para la marcha, podía proporcionar una gran ventaja a unas tropas que estuvieran esperando un ataque, ya que, debido al imperfecto conocimiento de la construcción de armas de fuego en esa época, se perdía mucho tiempo cargándolas[60].

Prefiriendo, por tanto, que el enemigo comenzara el ataque, Carvajal se detuvo, mientras que el escuadrón que se hallaba enfrente, después de un breve descanso, continuó su marcha cien pasos más. Viendo que después se quedaban inmóviles, Carvajal destacó un pequeño grupo de escaramuza hacia el frente para provocarles, pero pronto se encontró con una partida igual del enemigo y se intercambiaron algunos disparos, aunque causando poco daño en ambas partes. Viendo que su maniobra fallaba, el veterano ordenó a sus hombres que avanzaran unos pocos pasos, con la esperanza de provocar la carga de su contrario. Esto funcionó. «Perdemos el honor», exclamaron los soldados de Centeno, quienes, con una especie de caballerosidad espuria, ya que pertenecían a tropas sin adiestramiento, sentían que era una vergüenza esperar el ataque. Sus oficiales se esforzaron en vano porque permanecieran en sus puestos. Su comandante no estaba y se veían azuzados por los gritos de un fraile fanático, llamado Domingo Ruiz, que, creyendo que los filisteos habían caído en sus manos, gritaba: «¡Ahora es el momento! ¡Adelante, adelante, caed sobre el enemigo!»[61]. No hizo falta nada más, y los hombres se lanzaron al ataque con una prisa tumultuosa, los lanceros llevando sus armas niveladas de forma tan irresponsable que interferían unos con otros y en algunos casos incluso herían a sus camaradas. Los mosqueteros, mientras tanto, mantenían un desordenado fuego a medida que avanzaban, que debido al rápido movimiento y la distancia no tenía ningún efecto.

Carvajal estaba contento de ver al enemigo gastando de forma tan inútil su munición. Aunque permitió que algunos de los mosqueteros dispararan, para estimular a sus oponentes, ordenó al grueso de su infantería que guardaran su fuego hasta que el disparo pudiera hacer efecto. Como conocía la tendencia de los tiradores a disparar por encima del blanco, ordenó a sus

hombres que apuntaran al cinturón o incluso un poco por debajo de este, añadiendo que un tiro que quedaba corto aún podía hacer daño, mientras que uno que pasaba por un pelo por encima de la cabeza se perdía[62].

La compañía del veterano mantuvo la calma inamovible, mientras la de Centeno avanzaba rápidamente, pero cuando llegaron a unos cien pasos de sus rivales, Carvajal dio la orden de disparar. Una andanada instantánea corrió por las líneas y una tempestad de balas se vertió sobre las filas de los atacantes, con una puntería tan precisa, que más de cien cayeron en el campo, mientras que un número aún mayor quedó herido. Antes de que se pudieran recuperar de su desorden, los hombres de Carvajal, cogiendo los mosquetes que sobraban, los descargaron con el mismo terrible efecto sobre el grueso del enemigo. La confusión de estos era ahora completa. Incapaces de aguantar la incesante lluvia de balas que caía sobre ellos del fuego a discreción que mantenían los arcabuceros, fueron presa del pánico y huyeron del campo, sin hacer un amago de volver a luchar.

Pero muy diferente fue la suerte del día en el combate de caballería. Gonzalo Pizarro había reunido sus tropas cerca de la retaguardia de la derecha de Carvajal para dar a este último más amplitud a la hora de desplegar sus mosqueteros. Cuando la caballería del enemigo comenzó un brioso galope contra él por la izquierda, Pizarro, aún favoreciendo a Carvajal, cuyo fuego además inflingió algunas pérdidas entre los atacantes, avanzó tan solo unas varas para recibir la carga. El escuadrón de Centeno, por tanto, llegó tronando a toda carga, y a pesar del daño que causaron los mosquetes del enemigo, cayó con tal furia sobre sus adversarios que los derribó hombre y caballo por el polvo, «cabalgando sobre sus cuerpos postrados», dice el historiador, «¡como si fueran un rebaño de ovejas!»[63]. Este último, recuperándose con gran dificultad del primer golpe, intentó reagruparse y mantener la lucha en términos más igualados.

Sin embargo, el caudillo no pudo recuperar el terreno que había perdido. Muchos murieron, muchos quedaron heridos y la tierra quedó cubierta de los cuerpos muertos de hombres y caballos. Pero la pérdida recayó mucho más duramente sobre la tropa de Pizarro, y la mayor parte de los que escaparon con vida se vieron obligados a rendirse como prisioneros. Cepeda, que luchó con la furia de la desesperación, recibió un grave corte de sable a lo largo de la cara que le dejó inutilizado y le forzó a entregarse[64]. Pizarro, después de ver a sus mejores y más valientes hombres caer a su alrededor, fue atacado inmediatamente por tres o cuatro caballeros.

Saliendo de la *mêlée*[*], hincó espuelas a su caballo y el noble animal, sangrando de una grave herida que le cruzaba la espalda, adelantó a todos sus perseguidores excepto a uno que le detuvo agarrando las bridas. Gonzalo estaba en una mala situación, pero agarrando una pequeña hacha que colgaba en su costado, lanzó un mandoble tal sobre la cabeza del caballo de su enemigo que este se hundió violentamente, obligando a su jinete a soltar la presa. Mientras tanto, unos arcabuceros, viendo los apuros de Pizarro, saltaron a su rescate, mataron a dos de sus atacantes, que para entonces le habían dado alcance, y obligaron a los otros a huir[65].

El descalabro de la caballería había sido completo y Pizarro consideraba ya el día como una derrota, cuando escuchó la trompeta del enemigo tocando la nota de victoria. Pero apenas habían muerto sus ecos cuando fueron retomados por el bando opuesto. La infantería de Centeno había sido desbaratada, como ya hemos visto, y expulsada del terreno. Pero su caballería por la derecha había cargado contra el ala izquierda de Carvajal, que estaba compuesto de lanceros mezclados con arcabuceros. La caballería cabalgó directa contra esta magnífica falange. Pero no fueron capaces de atravesar la densa mata de picas que las tropas sostenían con mano firme manteniéndose impasibles y sin miedo en su puesto, al tiempo que los atacantes eran fuertemente atacados por el mortificante fuego de los arcabuceros en la retaguardia de los lanceros. Al ver que era imposible abrir una brecha, la caballería cabalgó alrededor de los flancos en gran desorden, y finalmente se unieron con el victorioso escuadrón de la caballería de Centeno en la retaguardia. Los dos grupos intentaron en este momento cargar contra el batallón de Carvajal. Pero sus hombres, enfrentándoles con la prontitud y disciplina de soldados bien entrenados, convirtieron la retaguardia en un frente. El mismo bosque de lanzas se presentó al ataque, al mismo tiempo que una incesante descarga de balas castigaba la audacia de los caballeros, que rotos y completamente desanimados por su infructuoso intento, finalmente imitaron el ejemplo de los soldados de a pie atrapados por el pánico y abandonaron el campo.

Pizarro y unos pocos de sus camaradas que todavía estaban aptos para la acción les persiguieron tan solo por una corta distancia, ya que ciertamente no se encontraban en condiciones ni eran lo suficientemente numerosos como para continuar mucho tiempo. La victoria fue completa y el jefe insurgente se apoderó de las tiendas abandonadas del enemigo, donde se obtuvo un inmenso botín en plata[66], y donde también encontró las mesas

puestas para el refrigerio de los soldados de Centeno a su regreso el campo. Tan confiados estaban de su éxito. El festín cubrió las necesidades de sus conquistadores. ¡Así son las fortunas de la guerra! Fue sin duda una acción enormemente decisiva y se pudo ver a Gonzalo Pizarro, cabalgando por el campo cubierto por los cadáveres de sus enemigos, santiguarse varias veces y exclamar, «¡Jesús, qué victoria!».

No menos de trescientos cincuenta hombres de Centeno habían muerto y el número de los heridos era aún mayor. Se calcula que más de cien de estos murieron la noche siguiente por congelación, porque aunque el clima en estas regiones elevadas es templado, el viento que por la noche sopla sobre las montañas es afilado y penetrante y más de un infeliz herido, que hubiera podido recuperarse con un cuidadoso tratamiento, se quedó congelado con la humedad y apareció por la mañana convertido en un endurecido cadáver. La victoria no se consiguió sin una grave pérdida por parte de los conquistadores, de los que quedaron cien o más en el campo. Sus cuerpos se amontonaban en la parte del terreno que ocupaba la caballería de Pizarro, donde la lucha había sido más encarnizada. En este estrecho espacio también se encontraban los cuerpos de más de cien caballos, la mayor parte de los cuales, así como de los jinetes, normalmente muertos a la vez, eran del ejército vencedor. Era la batalla más terrible que se había luchado en el suelo teñido de sangre de Perú[67].

La gloria del día, una gloria triste, se debe otorgar casi en su totalidad a Carvajal y a su valiente escuadrón. Los juiciosos preparativos del viejo guerrero, junto con la perfecta disciplina y el coraje a toda prueba de sus seguidores, dieron la vuelta a la suerte de la lucha cuando estaba casi completamente perdida y le aseguraron la victoria.

Carvajal, a prueba de toda fatiga, continuó la persecución junto con aquellos de sus hombres que estaban en condiciones de unírsele. Los desgraciados fugitivos que caían en sus manos, la mayoría de los cuales habían traicionado la causa de Pizarro, fueron inmediatamente ejecutados. Los laureles que había ganado en el campo contra valientes hombres de armas, como él mismo, quedaron deslustrados con la crueldad hacia sus indefensos cautivos. Su comandante, Centeno, más afortunado, logró escapar. Viendo que la batalla estaba perdida, abandonó su litera, se lanzó encima de un caballo y, a pesar de su enfermedad, azuzado por el terrible destino que le esperaba si era capturado, consiguió abrirse camino hacia la vecina sierra. Aquí se esfumó para sus perseguidores y, como un venado

herido, con la jauría pisándole de cerca los talones, consiguió eludirles penetrando en las profundidades de los bosques, hasta que, después de un largo rodeo, consiguió milagrosamente escaparse y llegar a Lima. El obispo de Cuzco, que fue en una dirección diferente, fue igualmente afortunado. Tuvo suerte de no caer en manos del despiadado Carvajal, quien, como el obispo había sido una vez partidario de Pizarro, hubiera sentido tan poco reparo a la hora de sentenciarle a la soga, a juzgar por el poco respeto que normalmente mostraba por los de este hábito, como si hubiera sido el más bajo de entre los comunes[68].

El día posterior a la acción, Gonzalo Pizarro hizo que los cuerpos de los soldados, que todavía estaban unos junto a otros en el campo donde hacía tan poco se habían enzarzado en mortal combate, fueran puestos en una tumba común. Los de mayor rango, ya que la distinción de rango no se olvidaba ni en la tumba, se trasladaron a la iglesia del pueblo de Huarina, que dio su nombre a la batalla. Allí fueron enterrados con toda la solemnidad debida. Pero posteriormente se les transportó a la catedral de La Paz, y fueron enterrados bajo un mausoleo erigido por suscripción popular en esa zona, ya que había pocos de los que estaban allí que no tuvieran que llorar la pérdida de algún familiar en ese fatal día.

El vencedor se aprovechó entonces de su éxito para enviar despachos a Arequipa, La Plata y otras ciudades en esa parte del país, para que recolectaran fondos y refuerzos para la guerra. Sus propias pérdidas quedaron más que compensadas con el número de los del bando perdedor que se avinieron a servir bajo su estandarte. Reuniendo sus fuerzas, dirigió su marcha a Cuzco, cuya capital, aunque seducida de vez en cuando a un despliegue de lealtad a la Corona, había manifestado la unión a su causa en un primer momento.

Allí los habitantes estaban preparados para recibirle en triunfo, bajo arcos que se levantaron a través de las calles, con bandas de música y juglares conmemorando sus éxitos. Pero Pizarro, con mayor discreción, declinó los honores de una ovación mientras el país estuviera en manos de sus enemigos. Enviando por delante el grueso de sus tropas, siguió a pie, acompañado por un pequeño séquito de amigos y ciudadanos y avanzó inmediatamente hasta la catedral, donde se dieron gracias y se cantó el *Te Deum* en honor a la victoria. Después se retiró a su residencia, anunciando su propósito de establecer su cuartel principal, por el momento en la venerable capital de los incas[69].

Todo pensamiento de retirarse a Chile quedó abandonado, ya que su reciente éxito había encendido nuevas esperanzas en su pecho y había revivido su antigua confianza. Confiaba que tendría un efecto similar en el temperamento vacilante de aquellos cuya fidelidad se había tambaleado por miedo a su propia seguridad y no por no confiar en su habilidad para hacer frente al presidente. Ahora verían que su estrella todavía estaba en ascenso. Sin más temores, decidió quedarse en Cuzco y esperar allí tranquilamente el momento en que un último llamamiento a las armas decidiera cuál de los dos sería señor del Perú.

Notas al pie

[30] «Y ponia sus fuerças con tanta llaneza y obediencia, que los Obispos y clérigos y los capitanes y mas principales personas eran los que primero echauan mano, y tirauan de las gumenas y cables de los nauios, para los sacar à la costa». Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 70.

[31] *Ibid., ubi supra.* –Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1546.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 178.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 9.–Herrera, *Historia General*, dec. 4, lib. 3, cap. 3.

[32] «Que era mas de temer aquellas cartas que a las lanças del Rey de Castilla.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 45.

[33] «Y le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata, y tejos de Oro.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 5.

[34] «Que no lo embiauan por hombre sencillo y llano, sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños.» *Ibid., loc. cit.*

[35] «Por lo demas, quando acaezca otra cosa, ya yo he viuido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescueço para la soga, como cada uno de vuesas mercedes.» *Ibid.*, *loc. cit.*

[36] «Loca y luciferina soberuia», como Fernández describe el ambicioso temperamento de Gonzalo, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 15.

[37] Manuscrito de Caravantes.

Según Garcilaso, Paniagua tenía instrucciones secretas del presidente, que le daban poderes en caso de juzgarlo necesario para mantener la autoridad real, confirmar a Pizarro en el gobierno, ¡«importando poco si el diablo gobernaba allí siempre que el país se mantuviera bajo la Corona»! El hecho fue relatado así por Paniagua, quien continuó en Perú después de estos acontecimientos (*Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 5). Esto es posible. Pero es más probable que un chismoso crédulo como Garcilaso estuviera equivocado, que el hecho de que Carlos V estuviera dispuesto a hacer un reconocimiento tal de su imbecilidad, o que el hombre elegido para la confidencia de Gasca hubiera traicionado de forma tan indiscreta su confianza.

[38] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, caps. 11, 13.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 45, 59.– Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547.

[39] «Mil Hombres tan bien armados y adereçados, como se han visto en Italia, en la maior prosperidad, porque ninguno havia, demas de las Armas, que no llevase Calças, i Jubon de seda, i muchos de Tela de Oro, i de Brocado, i otros bordados, i recamados de Oro, i Plata, con mucha

Chaperia de Oro por los Sombreros, i especialmente por Frascos, i Caxas de Arcubuces.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. II.

40 *Ibid., ubi supra.*

Algunos escritores afirman incluso que Pizarro estaba preparando su coronación en esta época y que de hecho había enviado llamamientos a diferentes ciudades con el fin de que enviaran a sus delegados para que asistieran. «Quería apresurar su coronacion y para ello despachó cartas á todas las ciudades del Perú» (Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547). Pero es muy poco probable que hubiera puesto una confianza tan ciega en los colonos en esta crisis, como para meditar un paso tan precipitado. Los leales historiadores castellanos son rápidos a la hora de aceptar informes para desacreditar a un *rebelde* .

41 «El qual en este tiempo, oluidado de lo que conuenia a sus letras, y profession, y officio de Oydor; salio en calças jubon, y cuera, de muchos recamados: y gorra con plumas.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 62.

* En español en el original.

42 *Ibid., ubi supra.* –Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. II.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 3, cap. 5.–Montesinos, *Annales*, año 1547.

43 Fernández, parte I, lib. 2, cap. 62.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547.

44 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 172.

45 «Andaba la Gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender, ni tenian animo para huir, i algunos, que hallaron mejor aparejo, se escondieron por los Cañaverales, i Cuevas, enterrando sus Haciendas.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, cap. 15.

46 *Relación Anónima*, manuscrito.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547. «Assi mismo echó Gonzalo Piçarro a toda la plata que gastaua y destribuya su marca, que era una G. rebuelta en una P. y pregonò que so pena de muerte, todos recibiessen por plata fina la que tuuiesse aquella marca: sin ensayo, ni otra diligencia alguna. Y desta suerte hizo passar mucha plata de ley baja por fina.» *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 62.

47 «Riose mucho entonces Caruajal y dixo que segun auia hecho la instancia, que auia entendido, que la justicia como rayo, auia de yr luego a justiciarlos. Y dezia que si el los tuuiesse presos, no se le daria vn clauo por su sentencia, ni firmas» (*ibid.,* parte I, lib. 2, cap. 55). Entre los juristas en Lima que mantuvieron su independencia resistiéndose a la petición de Cepeda de firmar el documento se encontraba el licenciado Polo Ondegardo, un hombre de gran discreción y una de las mejores autoridades para las antiguas instituciones de los incas.

48 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 61.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, caps. 11, 14.

[49] «Entre otras cosas dixo a Gonçalo Piçarro vuesa Señoria mandò quemar cinco angeles que tenia en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú.» Garcilaso, parte 2, lib. 5, cap. 6.

[50] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 180.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 63, 65.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 6, caps. 15-16.

[51] Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 180.

[52] «Aunque siempre dijo: que con diez Amigos que le quedasen, havia de conservarse, i conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña, ò su sobervia.» *Ibid., loc. cit.*

[53] «Y los truenos y relampagos eran tantos y tales; que siempre parecia que estauan en llamas, y que sobre ellos venian Rayos (que en todas aquellas partes caen muchos)» (Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 71). El vivo colorido del viejo cronista muestra que él mismo estaba familiarizado con estas tormentas tropicales del Pacífico.

[54] «Y con lo poco que en aquella sazon, el Presidente estimaua la vida si no auia de hazer la jornada: y el gran deseo que tenia de hazerla se puso contra ellos diziendo, que qual quiera que le tocasse en abaxar vela, le costaria la vida.» Fernández, parte I, lib. 2, cap. 71.

[55] Se vieron alrededor de los mástiles y jarcias del barco del presidente esas luces fosforescentes que a veces aparecen en una tormenta en el mar, y él entretuvo a los marineros, según Fernández, explicándoles el fenómeno y contándoles las fábulas a las que habían dado lugar en la antigua mitología. Esta pequeña anécdota proporciona una clave para la popularidad de Gasca incluso entre las clases más humildes.

[56] Para las páginas precedentes, véase Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. I.–Herrera, Historia General, dec. 8, lib. 3, cap. 14 *et seq.* –Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 71-77.– *Manuscrito de Caravantes* .

Este último escritor, que ocupó un importante cargo en el departamento de las finanzas coloniales, tenía oportunidades de información que le han permitido proporcionar algunos detalles relacionados con los principales protagonistas de estos tiempos turbulentos, que no se pueden encontrar en ningún otro sitio. Su trabajo, que todavía está en manuscrito, ha sido traspasado a la biblioteca del rey en Madrid.

[57] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 16.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7.

[58] En la estimación de las fuerzas de Centeno, que varía en las diferentes versiones de setecientos a mil doscientos, he tomado el número intermedio de mil que ha preferido Zárate, por ser más probable que cualquiera de los extremos.

[59] *Flor de la milicia del Perú*, dice Garcilaso de la Vega, quien compara a Carvajal con un experto jugador de ajedrez, colocando sus piezas para asegurarse de forma infalible la victoria. *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 18.

[60] Garcilaso, *Comentarios Reales*, *ubi supra.*

El padre del historiador, del mismo nombre, era uno de los pocos caballeros nobles que permanecieron fieles a Gonzalo Pizarro en el ocaso de su fortuna. Se encontraba presente en la batalla de Huarina y los detalles que dio a su hijo le permitieron posteriormente suplir muchas deficiencias de los informes de los historiadores.

[61] «A las manos, á las manos: á ellos, á ellos.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 79.

[62] Garcilaso, *Comentarios Reales*, *ubi supra.*

[63] «Los de Diego Centeno, como yuan con la pujança de vna carrera larga, lleuaron a los de Gonçalo Piçarro de encuentro, y los tropellaron como si fueran ouejas, y cayeron cauallos y caualleros». *Ibid.,* parte 2, lib. 5, cap. 19.

[64] La herida de Cepeda dejó abierta la nariz, quedándole una cicatriz tan terrible que se vio obligado posteriormente a cubrirla con un parche, según nos cuenta Garcilaso, quien le vio frecuentemente en Cuzco.

[*] En francés en el original.

[65] Según la mayoría de las autoridades, el caballo de Pizarro no solo fue herido, sino muerto en el combate y la pérdida fue suplida por Garcilaso de la Vega, quien le montó en el suyo propio. Esta ayuda tan a tiempo al rebelde no le sirvió de nada al caballero posteriormente, sino que fue utilizada en su contra por sus enemigos como un delito. Su hijo el historiador niega firmemente el hecho pareciendo ansioso por librar a su padre de esta deshonrosa imputación, que lanzó una nube sobre su fortuna. *Ibid.,* parte 2, lib. 5, cap. 23.

[66] El botín ascendía a no menos de un millón cuatrocientos mil pesos, según Fernández. «El saco que vuo fue grande: que se dixo ser de mas de vn millon y quatrocientos mil pesos» (*Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 79). La cantidad es sin duda burdamente exagerada. Pero nos hemos familiarizado tanto con las maravillas de oro de Perú, que, al igual que el lector de las *Noches de Arabia*, confiamos con demasiada facilidad como para volver a las posibilidades habituales.

[67] «La mas sangrienta batalla que vuo en Perù.» *Ibid., loc. cit.*

En las versiones de esta batalla hay discrepancias, como de costumbre, que el historiador debe reconciliar como pueda. Pero en general hay un acuerdo en las líneas maestras y en los puntos importantes. Todos están de acuerdo en describirla como la más sangrienta batalla que había habido nunca entre españoles en Perú y todos dan a Carvajal el mérito de la victoria. Para las autoridades, además de los repetidamente citados Fernández y Garcilaso, véase Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito (estuvo presente en la batalla).–Zárate,

Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú, lib. 7, cap. 3.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 4, cap. 2.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 181.–Montesinos, *Annales*, manuscrito, año 1547.

68 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, *ubi supra* .–Zárate, lib. 7, cap. 3.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, caps. 21-22.

69 *Ibid.,* parte 2, lib. 5, cap. 27.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 3. Garcilaso de la Vega, que era un niño en aquella época, fue testigo de la entrada de Pizarro en Cuzco. Escribe, por tanto, de memoria, aunque después del paso de muchos años. Como consecuencia del rango de su padre, tuvo fácil acceso al palacio de Pizarro y esta parte de su narración puede reclamar la consideración debida no solo a un coetáneo, sino a un testigo ocular.

Capítulo III

Desaliento en el campamento de Gasca. Su campamento de invierno. Reanuda su marcha. Cruza el Apurimac. Conducta de Pizarro en Cuzco, acampa cerca de la ciudad. Ruta de Xaquixaguana. 1547-1548

Mientras que tenían lugar todos los acontecimientos registrados en el capítulo anterior, el presidente Gasca se había quedado en Jauja, esperando nuevas noticias de Centeno, sin dudar en ningún momento de que recibiría la noticia de la derrota total de los rebeldes. Grande fue su consternación, por tanto, al saber el resultado del fatal conflicto en Huarina y que los realistas habían sido desperdigados a lo ancho y a lo largo por la larga espada de Pizarro, al tiempo que su comandante había desaparecido como un fantasma[70], dejando la mayor incertidumbre sobre su destino.

La noticia extendió una indignación general entre los soldados, proporcional a su anterior confianza, y sintieron que era prácticamente inútil luchar contra un hombre que parecía estar protegido por un encantamiento que le hacía invencible frente a las desventajas más grandes. El presidente, por muy aguda que fuera su decepción, se cuidó de mostrarla, al mismo tiempo que intentó restablecer los ánimos de sus seguidores. «Habían sido demasiado optimistas», dijo, «y esta era la manera en que el cielo les reprendía por su atrevimiento. Sin embargo, no era más que el curso habitual de los acontecimientos que la providencia, cuando decidía

humillar a los culpables, les permitiera llegar lo más alto posible, ¡para que su caída fuera mayor!».

Pero al mismo tiempo que Gasca intentaba tranquilizar de esta manera a los supersticiosos y a los timoratos, dedicaba su mente, con su habitual energía, a reparar la afrenta que la causa había sufrido con la derrota de Huarina. Envió un destacamento bajo las órdenes de Alvarado a Lima, para reunir a los realistas que habían huido del campo de batalla y con la misión de tomar los cañones de sus barcos y traerlos al campamento. Se envió otro destacamento a Guamanga, a unas sesenta leguas de Cuzco, con el propósito similar de proteger a los fugitivos, así como de evitar que los caciques indios proporcionaran provisiones al ejército insurgente de Cuzco. Como sus propias fuerzas eran considerablemente superiores a las que su oponente podía ponerle enfrente, Gasca decidió levantar su campamento sin más dilación y marchar sobre la capital inca[71].

Después de abandonar Jauja el 29 de diciembre de 1547, pasó por Guamanga, y tras una dura marcha, que se hizo especialmente fatigosa por el clima inclemente y el mal estado de las carreteras, entró en la provincia de Andaguaylas. Era una región bella y fructífera, y como la carretera más adelante le llevaría a las profundidades de la lúgubre sierra, difícilmente practicable con las nieves de invierno, Gasca decidió quedarse en su ubicación actual hasta que la dura temporada hubiera amainado. Como muchas de las tropas habían contraído enfermedades debido a la exposición a las lluvias constantes, creó un hospital de campaña y el buen presidente visitó personalmente las habitaciones de los enfermos, atendiendo sus necesidades y ganándose sus corazones con su simpatía[72].

Mientras tanto, el campamento real se vio fortalecido por una continua llegada de refuerzos, ya que a pesar de la conmoción que había causado en todo el país las primeras noticias de la victoria de Pizarro, un poco de reflexión convenció a la gente que el que tenía razón era el más fuerte y terminaría imponiéndose. Junto con estos refuerzos vinieron también varios de los capitanes más distinguidos del país. Centeno, ardiendo en deseos de resarcirse de su última desgracia, después de recuperarse de su enfermedad, se unió al campamento con sus seguidores desde Lima. Benalcazar, el conquistador de Quito, quien, como recordará el lector, había compartido la derrota de Blasco Núñez en el norte, llegó con otro destacamento, y poco después fue seguido por Valdivia, el famoso conquistador de Chile, quien, habiendo regresado al Perú en busca de refuerzos para su expedición, había

sabido del estado del país y se había lanzado sin dudarlo en el mismo plato de la balanza que el presidente, aunque esto le llevara a chocar con un antiguo amigo y camarada, Gonzalo Pizarro. La llegada de este último aliado fue acogida con un regocijo general en el campamento, ya que a Valdivia, formado en las guerras de Italia, se le tenía por el más consumado soldado en Perú, y Gasca le aduló declarando ¡que «le prefería a él a un refuerzo de ochocientos hombres»![73].

Además de estos ayudantes militares, el presidente estaba apoyado por un séquito de eclesiásticos y civiles que era difícil de encontrar en los campos de batalla de Perú. Entre ellos se encontraban los obispos de Quito, Cuzco y Lima, los cuatro jueces de la nueva Audiencia y un número considerable de clérigos y misioneros[74]. Por muy poco que pudieran servir para fortalecer su brazo en la batalla, su presencia daba autoridad y algo de carácter sagrado a la causa, lo que ejercía su efecto en las mentes de los soldados.

En este momento la temporada de vientos comenzó a ceder frente a la suave influencia de la primavera, que se hace sentir pronto en estas regiones que aunque tropicales son templadas debido a su elevación, y Gasca, después de una pausa de casi tres meses en Andaguaylas, reunió a sus tropas para la marcha final sobre Cuzco[75]. El número total quedaba un poco por debajo de dos mil, la fuerza europea más grande que se había reunido en Perú. Casi la mitad estaban provistos de armas de fuego y la infantería era más útil que la caballería en estas regiones montañosas que tenían que atravesar. Pero su caballería era también numerosa y llevaba con él una formación de once cañones pesados. El equipamiento y la disciplina de las tropas eran buenos, estaban bien provistas de munición y reservas y eran dirigidas por hombres cuyos nombres estaban asociados a las hazañas más memorables en el Nuevo Mundo. Todo aquel que tenía un interés real en la prosperidad del país se encontraba, en pocas palabras, bajo el estandarte del presidente, ofreciendo un chocante contraste con los salvajes y temerarios aventureros que ahora engrosaban las filas de Pizarro.

Gasca, que no pretendía tener un mayor conocimiento de los asuntos militares del que realmente tenía, había entregado el mando de sus tropas a Hinojosa, nombrando al mariscal Alvarado como segundo en el mando. Valdivia, que llegó después de que se hicieran estas disposiciones, aceptó el cargo de coronel, con el acuerdo de que sería consultado y empleado en todas las cuestiones de importancia[76]. Después de haber terminado sus

preparativos, el presidente levantó su campamento en marzo de 1548 y comenzó su marcha sobre Cuzco.

El primer obstáculo en su avance fue el río Abancay, cuyo puente había sido destruido por el enemigo. Pero como no había ninguna fuerza que les causara problemas en la otra orilla, el ejército no tardó mucho en construir un puente nuevo y desplegarlo sobre el río, que en este lugar no tenía nada especial. La carretera a partir de aquí se adentraba hacia el corazón de una región montañosa, donde los bosques, los precipicios y los barrancos se mezclaban en una especie de confusión caótica, con un valle verde aquí y allá, brillando como una isla de verdor entre el salvaje oleaje de un océano agitado. Los altos picos de los Andes elevándose por encima de las nubes estaban cubiertos de nieve, que, descendiendo hasta muy abajo de sus laderas, confería una penetrante frialdad a los vientos que barrían su superficie, hasta que los hombres y los caballos quedaban entumecidos y agarrotados bajo su influencia. Las carreteras en estas regiones eran en algunos lugares tan estrechas y accidentadas que se hacían prácticamente impracticables para la caballería. Los caballeros se veían obligados a desmontar y el presidente junto con el resto realizó el viaje a pie, tan arriesgado que incluso en los últimos tiempos no era extraño que alguna mula, de andar tan seguro, se precipitara con su carga de plata a miles de pies por las escarpadas laderas de algún acantilado[77].

La marcha se vio tan retrasada por estos impedimentos del terreno que las tropas difícilmente hacían más de dos leguas al día[78]. Afortunadamente, la distancia no era muy grande y el presidente miraba con mayor temor el paso del Apurimac, al que ahora se estaba acercando. Este río, uno de los afluentes más formidables del Amazonas, desliza sus anchas aguas a través de las gargantas de las cordilleras que se elevan como una inmensa muralla de roca a ambos lados, presentando una barrera natural que cualquier enemigo podría defender con facilidad contra una fuerza muy superior a la suya. Los puentes sobre este río, según supo Gasca antes de su partida de Andaguaylas, habían sido todos destruidos por Pizarro. El presidente, por tanto, había enviado a explorar las orillas de la corriente y determinar el lugar más idóneo para restablecer las comunicaciones con la orilla opuesta.

El lugar elegido se encontraba cerca de la aldea india de Cotapampa, a unas nueve leguas de Cuzco, ya que el río, aunque rápido y turbulento al verse comprimido en unos límites más estrechos, medía aquí menos de doscientos pasos de anchura, una distancia que, aun así, era considerable.

Se dieron órdenes de recoger en la vecindad de este lugar materiales en grandes cantidades lo más pronto posible y que al mismo tiempo, para despistar al enemigo y obligarle a dividir sus fuerzas, caso de que se dispusiera a resistir, se reunieran materiales en menor cantidad en otros puntos del río. Se ordenó al oficial apostado en la vecindad de Cotapampa que no comenzara a tender el puente hasta que llegara una fuerza suficiente como para acelerar el trabajo y asegurar su éxito.

Debe recordarse que la estructura en cuestión era uno de esos puentes colgantes que utilizaban antiguamente los incas y que todavía se utilizan en Sudamérica a la hora de cruzar ríos profundos y turbulentos. Están construidos de haces de mimbre trenzadas en enormes cables, que una vez extendidos cruzando las aguas se fijan a pesados bloques de piedra o, allí donde se puede, directamente a la roca. A través de estos cables se colocan tablones asegurándose de esta manera un paso que, a pesar de su apariencia frágil y ligera, al balancearse a una altura a veces de varios cientos de pies sobre el abismo, proporciona un medio tolerablemente seguro de transporte para hombres e incluso para cargas tan pesadas como la artillería[79].

A pesar de las imperiosas órdenes de Gasca, el oficial encargado de recolectar los materiales para el puente estaba tan ansioso por tener el honor de completar el trabajo él mismo que lo comenzó inmediatamente. El presidente, enormemente disgustado al saber esto, aceleró su marcha con toda su fuerza para cubrir los trabajos. Pero mientras avanzaba penosamente a través del laberinto de montaña le trajeron noticias de que una partida del enemigo había demolido la pequeña porción de puente que ya se había construido cortando los cables en la orilla opuesta. Valdivia, por tanto, aceleró el paso a la cabeza de doscientos arcabuceros al tiempo que el cuerpo principal del ejército seguía a toda la velocidad que podía.

Este oficial, al llegar al lugar, vio que la interrupción había sido provocada por un pequeño grupo de seguidores de Pizarro, que no pasaban de veinte, apoyados por un cuerpo más fuerte de indios. Inmediatamente ordenó que se le proveyera de *balsas*, las anchas y torpes barcazas del país, y gracias a estas cruzó a sus hombres sin oposición hasta la otra orilla del río. El enemigo, desconcertado por la llegada de una fuerza así, se retiró y se abrió camino para informar de esto a su comandante en Cuzco. Mientras tanto, Valdivia, que vio la importancia de cada segundo en la crisis actual, aceleró el trabajo con el mayor vigor. Durante toda la noche sus cansadas tropas continuaron los trabajos, que estaban bien avanzados, cuando el

presidente y sus batallones, surgiendo de los pasos de las cordilleras, se presentaron al amanecer en la orilla opuesta.

Se dio poco tiempo para el descanso, ya que todos estaban convencidos de que el éxito de su empresa dependía del pequeño respiro que les había dado el enemigo con su poca previsión. El presidente, junto con sus principales oficiales, participó en los trabajos con los soldados comunes[80], y antes de las diez de la noche, Gasca tuvo la satisfacción de ver el puente tan bien fijado que las primeras filas del ejército, desprovistas del peso de su equipaje, pudieron aventurarse a cruzarlo. En poco tiempo fue posible situar a varios cientos de hombres en la otra orilla. Pero aquí las tropas se enfrentaron a una nueva dificultad no menos formidable que la del río. El terreno se elevaba de forma abrupta, casi un precipicio desde la orilla del río hasta una altura, en sus picos más elevados, de varios miles de pies. Esta empinada pendiente debía escalarse, aunque ciertamente no en toda su altura. Las dificultades del terreno accidentado con terribles simas y arroyos y enmarañado de matorrales, se veían enormemente acrecentadas por la oscuridad de la noche, y los soldados, a medida que ascendían trabajosamente, iban llenándose de un temor cercano al miedo, por la incertidumbre de si el paso siguiente no les llevaría a una emboscada, para la que el terreno era tan favorable. Falsos informes de que el enemigo les acechaba hicieron que más de una vez el pánico se apoderara de los españoles, pero Hinojosa y Valdivia estaban cerca para reagrupar a sus hombres y animarles, hasta que finalmente, antes de que rompiera el alba, los valientes caballeros y sus seguidores se situaron en el punto más alto que atravesaba la carretera, donde esperaron la llegada del presidente. Esto no llevó mucho tiempo, y a lo largo de la siguiente mañana los realistas tenían ya fuerzas suficientes para enfrentarse al enemigo.

El paso del río se había realizado con menos pérdidas de lo que se podía esperar, considerando la oscuridad de la noche y las tropas que llenaban la calzada colgante. Algunos pocos, ciertamente, cayeron a las aguas y se ahogaron, y más de sesenta caballos se precipitaron por la corriente y se estrellaron contra las rocas al intentar nadar con ellos hasta la otra orilla[81]. Aún hizo falta más tiempo para subir las armas pesadas y las carretas militares, y el presidente acampó en la posición fuerte que ahora ocupaba para esperar su llegada y para dar respiro a sus tropas tras sus extraordinarios esfuerzos. En esta posición le abandonamos, para dar a

conocer al lector el estado de cosas en el ejército insurgente y la causa de esta extraña negligencia en la protección de los pasos del Apurimac[82].

Desde el momento en que Pizarro había ocupado Cuzco, había vivido entre sus seguidores con un lujo imprudente, como un soldado de fortuna en la hora de prosperidad, disfrutando del presente, preocupándose poco del futuro, como si la corona de Perú ya se encontrara de forma irrevocable en su cabeza. El caso de Carvajal era distinto. Contemplaba la victoria de Huarina como el comienzo, no como el final de la lucha por el imperio, y era infatigable poniendo a sus tropas en la mejor condición para mantener su actual ventaja. Al primer rayo del alba podía contemplarse al veterano montado sobre su mula, con el atuendo y el aire de un soldado raso, cabalgando por las diferentes partes de la capital, unas veces supervisando la fabricación de armas o proveyéndose de reservas militares y otras entrenando a sus hombres, ya que era de lo más cuidadoso a la hora de mantener la más estricta disciplina[83]. Su inquieto espíritu parecía no encontrar placer más que en la acción constante, viviendo como siempre lo había hecho en la agitación de la aventura militar, no tenía ningún gusto por nada que no estuviera relacionado con la guerra y en la ciudad tan solo veía materiales para un campamento bien organizado.

Con estos sentimientos, estaba muy disgustado con el rumbo que había tomado su joven líder, quien ahora profesaba su intención de permanecer donde se encontraba y presentar batalla al enemigo cuando este avanzara. Carvajal le aconsejó una política muy diferente. Parecía no tener esa confianza absoluta en la lealtad de los seguidores de Pizarro, al menos no en aquellos que un día siguieron el estandarte de Centeno. Estos hombres, unos trescientos en número, habían sido, en cierto modo, obligados a servir a las órdenes de Pizarro. No mostraban devoción por la causa y el veterano presionó fuertemente a su comandante para que los desbandara inmediatamente, ya que era mejor ir a la batalla con unos cuantos hombres fieles que con una hueste de falsos y pusilánimes.

Pero Carvajal también pensaba que su líder no era lo suficientemente fuerte en número para enfrentarse a su oponente, apoyado como estaba por los mejores capitanes de Perú. Le aconsejó, por tanto, que abandonara Cuzco, llevándose con él todo el tesoro, las provisiones y las reservas de todo tipo de la ciudad que pudieran servir en cualquier sentido a los realistas. Estos últimos a su llegada a la ciudad, descontentos con la pobreza de un lugar donde habían esperado encontrar tanto botín, se disgustarían

con el servicio. Pizarro mientras tanto podría refugiarse con sus hombres en la espesura cercana, donde familiarizados con el terreno sería fácil eludir al enemigo, y si este último perseveraba en la persecución, con sus filas menguadas por la deserción, no sería difícil encontrar una oportunidad en los pasos de montaña para atacarle con ventaja. Este fue el consejo de guerra del viejo guerrero, que no fue del gusto del encendido comandante, quien prefirió arriesgar sus posibilidades en una batalla antes que darle la espalda al enemigo.

Tampoco mostró Pizarro más favor a una proposición que se dice que le hizo el licenciado Cepeda de que se aprovechara de su último éxito para entrar en negociaciones con Gasca. Un consejo así del hombre que tan recientemente se había resistido a cualquier apertura hacia el presidente tan solo podía provenir de la convicción de que la última victoria había puesto a Pizarro en una posición de ventaja como para exigir condiciones mucho mejores de las que se le hubieran concedido anteriormente. Puede que la experiencia posterior le hubiera llevado a desconfiar de la fidelidad de los seguidores de Gonzalo o posiblemente de la capacidad de su jefe para sacarles de la actual crisis. Cualesquiera que fueran los motivos del escurridizo consejero, Pizarro hizo poco caso a la sugerencia e incluso mostró algo de resentimiento cuando se le insistió en el tema. En todo combate con indios o con europeos, fueran cuales fueran los efectivos, había salido victorioso. No iba a abandonarse al desaliento ahora por primera vez y decidió permanecer en Cuzco y arriesgarlo todo a una batalla. Había algo cautivador para su temperamento valiente y caballeroso en el riesgo mismo. En esto también fue reafirmado por algunos de los caballeros que le habían seguido a través de todas sus fortunas, aventureros jóvenes y temerarios que, como él mismo, preferían arriesgarlo todo a una tirada de dados antes que adoptar la cauta y, según les parecía a ellos, timorata política de los consejeros más serios. Serían estos consejeros los que moldearían el curso futuro de Pizarro[84].

Tal era el estado de cosas en Cuzco, cuando los soldados de Pizarro regresaron con las noticias de que un destacamento del enemigo había cruzado el Apurimac y se afanaba en reconstruir el puente. Carvajal vio inmediatamente la absoluta necesidad de mantener este paso. «Es asunto mío», dijo, «solicito que se me encomiende la tarea. Dame tan solo cien lanceros y me encargaré de defender el paso contra un ejército y traer de vuelta al capellán (el nombre con el que el presidente era conocido en el

campamento rebelde) como prisionero a Cuzco»[85]. «No puedo prescindir de vos padre», dijo Gonzalo, dirigiéndose a él con este cariñoso epíteto, con el que normalmente se refería a su anciano seguidor[86]; «No me puedo permitir que estéis tan lejos de mí», y le encargó la misión a Juan de Acosta, un joven caballero muy cercano a su comandante, y que había dado indudables muestras de su valor en más de una ocasión, pero que, como se demostró en este caso, carecía claramente de las cualidades necesarias para una misión tan crítica como la presente. Acosta, por tanto, fue puesto a la cabeza de doscientos mosqueteros a caballo, y después de muchos sanos consejos de Carvajal partió en su expedición.

Pero pronto olvidó el consejo del veterano y se movió a un ritmo tan lento por las difíciles carreteras que, aunque la distancia era de no más de nueve leguas, descubrió a su llegada que el puente estaba completado y que ya había cruzado un cuerpo tan grande del enemigo que no tenía fuerza suficiente para atacarles. Acosta meditó ciertamente sobre una emboscada por la noche, pero el plan fue traicionado por un desertor y se contentó con retirarse a una distancia segura y pedir más refuerzos de Cuzco. Se destacaron rápidamente trescientos hombres para apoyarle, pero cuando llegaron el enemigo ya tenía apostada toda su fuerza en la cresta de la prominencia. La oportunidad de oro estaba perdida sin remisión y el desconsolado caballero cabalgó de vuelta a toda velocidad para comunicar el fracaso de su empresa a su comandante en Cuzco[87].

La única cuestión que había que decidir ahora era el lugar donde Gonzalo Pizarro debería presentar batalla a sus enemigos. Este decidió inmediatamente abandonar la capital y esperar a sus oponentes en el valle vecino de Xaquixaguana. Se encontraba a unas cinco leguas de distancia y el lector lo recordará como el lugar donde Francisco Pizarro quemó al general peruano Challcuchima, en su primera ocupación de Cuzco. El valle, verde y exuberante, proporcionaba muchos puntos de vista pintorescos, y por la maravillosa temperatura del clima había sido un lugar de residencia de verano de los nobles indios, las casas de veraneo de muchos de los cuales todavía salpicaban las laderas de las montañas. Un río, o mejor dicho un arroyo, de no gran volumen fluía por un extremo de su superficie y el suelo cercano alrededor era tan húmedo y fangoso que bien podía tratarse de una ciénaga.

Aquí llegó el comandante rebelde después de una tediosa marcha por carreteras que no eran fáciles de atravesar con su séquito de carretas

pesadas y de artillería. Sus fuerzas ascendían en total a novecientos hombres, junto con media docena de piezas de artillería. Era un cuerpo bien pertrechado y con una excelente disciplina, ya que habían sido entrenados por el tirano más estricto en el servicio peruano. Pero la desgracia de Pizarro fue que su ejército estaba compuesto, en parte al menos, de hombres en los que no podía confiar completamente respecto a la lealtad a su causa. Esto era un defecto que ningún coraje o habilidad en el líder podía suplir.

Al entrar en el valle, Pizarro eligió la parte oriental del mismo, en dirección a Cuzco, como el punto más favorable para su campamento. Estaba cruzado por el arroyo que hemos mencionado anteriormente y estableció su ejército de tal manera que, al mismo tiempo que un extremo del campamento se apoyaba en una barrera natural formada por los acantilados montañosos que se levantaban aquí de forma casi perpendicular, la otra estuviera protegida por el río. Por tanto, al tiempo que era prácticamente imposible atacar sus flancos, los accesos por delante eran tan extremadamente estrechos debido a estos obstáculos, que no sería fácil derrotarles por cuestión de número desde esa dirección. Por la retaguardia, sus comunicaciones se mantenían abiertas con Cuzco, proporcionándole una forma rápida de obtener provisiones. Después de haberse asegurado esta posición fuerte, decidió esperar pacientemente el ataque del enemigo[88].

Mientras tanto, el ejército real se había estado abriendo paso trabajosamente por las empinadas laderas de las cordilleras, hasta que a finales del tercer día el presidente tuvo la satisfacción de verse rodeado de toda su fuerza, con sus cañones y sus reservas militares. Habiendo descansado sus hombres lo suficiente, reanudó su marcha y todos partieron con la confianza optimista de terminar rápidamente su conflicto con el *tirano*, como era llamado Pizarro.

Su avance era lento, como en la parte anterior de su marcha, ya que el terreno era igualmente farragoso. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el presidente supiera que su contrario había establecido su campamento en el vecino valle de Xaquixaguana. Poco después, dos frailes, enviados por el mismo Gonzalo, aparecieron frente al ejército con el pretendido propósito de ver los poderes con los que Gasca había sido investido. Pero como su conducta dio razón para sospechar que eran espías, el presidente hizo que se apresara a los dos hombres santos y les negó el permiso para que regresaran al campamento de Pizarro. A través de un emisario suyo, a quien despachó para ver al jefe rebelde, le renovó las

promesas de perdón que ya le había dado, en caso de que abandonara las armas y se rindiera. Es altamente encomiable para Gasca un acto tal de generosidad, en un momento tan tardío, creyendo, probablemente, que el juego estaba en sus manos. Es una pena que la anécdota no se apoye en una autoridad mejor[89].

Después de una marcha de un par de días, la vanguardia avanzada de los realistas cayó súbitamente sobre los puestos de avanzada de los insurgentes, de los que se habían podido ocultar gracias a una espesa niebla, y tuvo lugar una ligera escaramuza entre ellos. Finalmente, en la mañana del 8 de abril, el ejército real, superando la cima de un campo elevado que rodeaba el encantador valle de Xaquixaguana, contempló desde lejos, abajo, en la orilla opuesta, las líneas brillantes del enemigo, con sus blancas tiendas, como un grupo de aves salvajes anidando entre los acantilados de las montañas. Y aún más lejos podía verse una hueste de guerreros indios, destacando chillones con sus trajes multicolores, ya que los nativos, en esta parte del país, con poca percepción de sus verdaderos intereses, manifestaban gran celo por la causa de Pizarro.

Acelerando su paso, el ejército real descendió rápidamente por las empinadas laderas de la sierra y, a pesar de todos los esfuerzos de sus oficiales, se movieron con tan poco orden, cada hombre abriéndose camino como podía, que la desordenada columna presentaba muchos puntos vulnerables para el enemigo, y si Pizarro hubiera situado su cañón en cualquiera de las posiciones favorables que le ofrecía el terreno, el descenso se hubiera realizado con considerables pérdidas. Pero este comandante, lejos de intentar detener el acercamiento del presidente, se mantuvo obstinadamente en la posición fuerte que había ocupado, confiando completamente en que sus adversarios no dudarían en atacarle, fortalecido como estaba, de la misma manera en que lo habían hecho en Huarina[90].

Sin embargo, no se olvidó de destacar un cuerpo de arcabuceros para asegurarse una prominencia vecina de las cordilleras, que en manos del enemigo podía causar bastantes problemas a su propio campamento, al mismo tiempo que dominaba de forma aún más efectiva el terreno que pronto ocuparían los atacantes. Pero esta maniobra fue observada por Hinojosa, quien la derrotó enviando un destacamento mayor de mosqueteros reales que rechazaron a los rebeldes y que tras una corta escaramuza se apoderaron de las alturas. El general de Gasca se aprovechó de su éxito para plantar una pequeña batería de cañones en la prominencia,

desde la que, aunque la distancia era demasiado grande para causar grandes bajas, lanzó algún disparo sobre el campo enemigo. Ciertamente, una bala golpeó a dos hombres, uno de ellos el paje de Pizarro, matando al mismo tiempo un caballo que este mantenía de las bridas, y el caudillo ordenó inmediatamente que se levantaran las tiendas, considerando que ofrecían una diana demasiado clara para la artillería[91].

Mientras tanto, las fuerzas del presidente habían descendido al valle, y al llegar a la llanura los oficiales les hicieron formar en línea. El terreno ocupado por el ejército era algo más bajo que el de su enemigo, cuyo tiro al descargarse de vez en cuando desde sus baterías pasaba por encima de sus cabezas. Un desertor, uno de los hombres de Centeno, trajo noticias de que Pizarro se estaba preparando para un ataque nocturno. El presidente, por tanto, ordenó a todas sus fuerzas que se reunieran en formación de batalla, preparados en cualquier momento para rechazar el ataque. Pero si el jefe insurgente planeaba un ataque parecido, abandonó la idea y, según dice, debido a la desconfianza que sentía por parte de sus tropas, de quienes temía que bajo la protección de la oscuridad se pasaran al bando contrario. Si esto fuera cierto, en este momento debía estar sintiendo toda la razón de la admonición de Carvajal, cuando ya era demasiado tarde para aprovecharse de ella. El desgraciado comandante se encontraba en la situación de un caballero valiente y de temple, lanzándose a la batalla en un caballo de guerra cuyas inseguras articulaciones amenazaban ¡con ceder bajo él a cada paso y dejar a su jinete a merced de sus enemigos!

Las tropas del presidente pasaron en armas la mayor parte de la noche, aunque el aire de las montañas era tan cortante que difícilmente podían mantener las lanzas en las manos[92]. Pero antes de que el sol naciente hubiera encendido los picos más altos de la sierra, ambos campamentos estaban en movimiento y se ocupaban febrilmente en los preparativos para el combate. El ejército real formó en dos batallones de infantería, uno para atacar al enemigo en el centro y el otro, si era posible, para operar en sus flancos. Estos batallones estaban protegidos por escuadrones a caballo en las alas y en la retaguardia, al tiempo que había reservas, tanto de caballería como de arcabuceros, situadas para actuar según lo requiriera la situación. Los preparativos estaban hechos con tanta maestría que provocaron el sincero elogio de Carvajal, quien exclamó, «seguramente el demonio o Valdivia debe encontrarse entre ellos», un innegable halago para este

último, ya que el que lo decía no sabía de la presencia de este comandante en el campo[93].

Gasca, dejando que sus oficiales condujeran la batalla, se retiró a la retaguardia con su séquito de clérigos y licenciados, los últimos de los cuales no compartían la ambición de su hermano rebelde Cepeda de romper una lanza en el campo.

Gonzalo Pizarro formó su escuadrón de la misma manera que lo había hecho en las llanuras de Huarina, con la excepción de que el mayor número de su caballería le permitía ahora cubrir ambos flancos de la infantería. Sin embargo, seguía dependiendo principalmente de las armas de fuego. A medida que se formaban las filas, cabalgó entre ellas, animando a sus hombres a cumplir su cometido como valientes caballeros y verdaderos soldados de la conquista. Pizarro iba soberbiamente armado, como de costumbre, y vestía un traje completo de cota de malla, de la más fina hechura, que junto con su casco estaba ricamente incrustado de oro[94]. Cabalgaba un caballo castaño de gran fuerza y ánimo y, a medida que galopaba por las líneas como blandiendo su lanza y desplegando su habilidad como jinete, bien se podía haber pensado que era la personificación del Espíritu de la Caballería. Para completar estos preparativos, ordenó a Cepeda que liderara a la infantería, ya que el licenciado parece haber tenido más peso a la hora de llevar los asuntos en esta última época, o al menos en estos preparativos militares, que Carvajal. Este último, ciertamente, bien por disgusto ante el camino que había tomado su líder o por la desconfianza que, según se dice, no se preocupaba por ocultar sobre el éxito de las actuales operaciones, rechazó toda responsabilidad sobre las mismas y eligió servir como caballero privado antes que como comandante[95]. Sin embargo, Cepeda, como demostrarían los hechos, no fue menos sagaz a la hora de detectar la ruina que se avecinaba.

Cuando hubo recibido sus órdenes de Pizarro, cabalgó hacia adelante como para elegir el terreno que ocuparían sus tropas, y haciéndolo se apartó por unos momentos de la protección del acantilado. Sin embargo, pronto reapareció y se le vio cabalgando a toda velocidad por la llanura. Sus hombres miraban sorprendidos, pero sin desconfiar de sus motivos, hasta que, como continuaba su camino directamente hacia las líneas de su enemigo, su traición fue evidente. Varios siguieron adelante para alcanzarle y entre ellos un caballero mejor montado que Cepeda. Este último

cabalgaba un caballo de no mucha fuerza ni velocidad, poco apropiado para esta maniobra tan crítica de su amo. El animal, además, soportaba el peso de las armaduras con las que su ambicioso jinete le había cargado, de tal manera que al llegar a la parte fangosa que había entre los dos ejércitos su paso se vio enormemente retrasado[96]. Los perseguidores de Cepeda le alcanzaron rápidamente y el caballero anteriormente mencionado llegó finalmente lo suficiente cerca como para tirar una lanza al fugitivo, que, hiriéndole en la pantorrilla, atravesó el costado de su caballo y ambos cayeron de cabeza al suelo. El licenciado en esta emergencia lo hubiera pasado mal, pero afortunadamente un pequeño grupo de tropas del otro bando, que contemplaban la persecución, galoparon en este momento con brío al rescate y, expulsando a sus perseguidores, recuperaron a Cepeda del lodo y le llevaron a las estancias del presidente.

Gasca le recibió con gran satisfacción, tan grande que, según un cronista, no desdeñó demostrarlo con un beso en la mejilla[97]. La anécdota no es muy reconciliable con el carácter y las relaciones de las partes o con la posterior conducta del presidente. Gasca, sin embargo, supo reconocer el valor de este trofeo y el efecto que esta deserción en un momento como este causaría en el ánimo de los rebeldes. El movimiento de Cepeda, tan inesperado para su propio bando, fue el resultado de una previa deliberación, ya que en secreto había dado promesas, según se dice, al prior de Arequipa, a la sazón en el campamento real, de que si Gonzalo Pizarro no podía ser inducido a aceptar el perdón que se le ofrecía renunciaría a su causa[98]. El momento elegido por este astuto consejero para hacerlo fue el más terrible para los intereses de su comandante.

El ejemplo de Cepeda fue contagioso. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, un caballero de antigua familia y probablemente de mayor consideración que cualquier otro en el bando de Pizarro, hincó espuelas a su caballo al mismo tiempo que el licenciado y cabalgó hacia el enemigo. Diez o doce de los arcabuceros siguieron la misma dirección y consiguieron ponerse bajo la protección de una guardia avanzada de los realistas.

Pizarro quedó aterrado ante esta deserción, en una coyuntura tan crítica, de aquellos en los que más había confiado. Quedó atónito por un momento. El mismo suelo sobre el que se encontraba parecía derrumbarse bajo sus pies. Con este estado de ánimo entre sus soldados, vio que todo minuto de retraso era fatal. No se atrevió a esperar el ataque en su posición fuerte como había intentado, sino que inmediatamente dio orden de avanzar.

Hinojosa, el general de Gasca, viendo al enemigo en movimiento, dio órdenes similares a sus propias tropas. Inmediatamente las avanzadillas y los arcabuceros de los flancos se movieron rápidamente hacia adelante, la artillería se preparó para abrir fuego y «todo el ejército», dice el presidente en su propio relato de los hechos, «avanzó con paso firme y con perfecta determinación»[99].

Pero antes de que se disparara un tiro, una columna de arcabuceros, compuesta principalmente por los seguidores de Centeno, abandonaron su puesto y marcharon directamente sobre el enemigo. Un escuadrón a caballo enviado para perseguirles siguió su ejemplo. El presidente inmediatamente ordenó a sus hombres que se detuvieran, no queriendo derramar sangre innecesariamente, ya que era probable que la hueste rebelde se derrumbara en pedazos por sí misma.

Los leales seguidores de Pizarro quedaron atrapados por el pánico, al verse traicionados ellos y su líder de esa manera en manos de sus enemigos. Era inútil seguir resistiéndose. Algunos arrojaron las armas y huyeron en dirección a Cuzco. Otros intentaron escapar a las montañas y algunos se fueron al bando contrario y se rindieron como prisioneros, esperando que no fuera tarde para aprovecharse de las promesas de perdón. Los aliados indios, viendo que los españoles flaqueaban, habían sido los primeros en abandonar el terreno[100].

Pizarro entre el naufragio general se vio a sí mismo con tan solo unos pocos caballeros que rechazaron huir. Aturdido por el inesperado revés de la fortuna, el desgraciado jefe casi no podía comprender su situación. «¿Qué nos queda?», le dijo a Acosta, uno de los que todavía le era fiel. «Caer sobre el enemigo, ya que no queda nada más», le contestó el soldado con corazón de león, «y ¡morir como romanos!». «Mejor morir como cristianos», replicó su comandante, y lentamente girando su caballo cabalgó en dirección al ejército real[101].

No había avanzado mucho cuando se le acercó un oficial, a quien, después de darle a conocer su nombre y rango, Pizarro le entregó su espada y se rindió como prisionero. El oficial, rebosante de alegría con este trofeo, le llevó inmediatamente a los aposentos del presidente. Gasca estaba a caballo rodeado de sus capitanes, algunos de los cuales, cuando reconocieron al cautivo, tuvieron la gracia de retirarse para no presenciar su humillación[102]. Incluso los mejores de ellos, con el sentimiento de que el derecho estaba de su parte, podían haber sentido una punzada de reparo ante

el pensamiento de la deserción que había llevado a su benefactor a esta condición.

Pizarro se mantuvo sentado en su montura, pero a medida que se acercaba hizo una respetuosa reverencia al presidente, que este último reconoció con un frío saludo. Después, dirigiéndose a su prisionero en un tono severo, Gasca preguntó abruptamente que, «¿por qué había puesto al país en tal estado de confusión, levantando la bandera de la revuelta, matando al virrey, usurpando el gobierno y rechazando de forma obstinada las ofertas de perdón que se le habían hecho repetidamente?».

Gonzalo intentó justificarse achacando el destino del virrey a su mala conducta y su propia usurpación, como se denominó, a la libre elección del pueblo, así como a la de la Real Audiencia. «Fue mi familia», dijo, «quien conquistó el país, y como su representante aquí, sentí que tenía derecho al gobierno». A esto Gasca replicó en un tono aún más severo: «Tu hermano ciertamente conquistó el país y por esto el emperador se dignó a elevaros tanto a él como a ti del polvo. Vivió y murió como un súbdito leal y eso tan solo hace tu ingratitud hacia tu soberano aún más abyecta.» Después, viendo que el prisionero estaba a punto de responder, el presidente cortó la conversación de plano, ordenando que se le pusiera en estricto confinamiento. Fue puesto bajo la custodia de Centeno, quien había solicitado el puesto, no por un sentimiento indigno de venganza, ya que parece haber tenido una naturaleza generosa, sino con el honroso propósito de procurarle confort al cautivo. Aunque este oficial le mantuviera en estricto encierro, Pizarro era tratado con la deferencia debida a su rango y se le permitían todos los deseos excepto el de la libertad[103].

En este naufragio generalizado de sus fortunas, Francisco de Carvajal no tuvo más suerte que su jefe. A medida que veía a los soldados desertar de sus puestos y pasarse al enemigo uno detrás de otro, murmuró fríamente la letra de su vieja balada favorita:

> «Estos mis Cabellicos, Madre,
> Dos a dos me los lleva el Aire.»

Pero cuando vio el campo prácticamente vacío y a sus seguidores incondicionales desvanecerse como el humo, sintió que era hora de cuidarse de su propia seguridad. Sabía que no podía haber perdón para él e hincando espuelas a su montura se dispuso a huir tan rápido como pudiera. Cruzó el

arroyo que fluía, como ya se ha mencionado anteriormente, por el campamento, pero al subir por la orilla opuesta, que era empinada y rocosa, su caballo, algo viejo y agobiado por el peso de su jinete, que era grande y corpulento, perdió pie y cayó al agua. Antes de que pudiera liberarse, Carvajal fue atrapado por uno de sus propios seguidores, quien esperaba, gracias a ese trofeo, hacer las paces con el vencedor y que se fue corriendo a los aposentos del presidente.

El convoy pronto se vio aumentado por un número de comunes del ejército real, algunos de los cuales tenían antiguas rencillas que zanjar con el prisionero y no contentos con lanzarle reproches e imprecarle, amenazaban con pasar a actos de violencia personal que Carvajal, lejos de menospreciar, parecía más bien buscar como la manera más rápida de quitarse la vida[104]. Cuando se acercó a los aposentos del presidente, Centeno, que se encontraba cerca, reprobó a la desordenada turba y les obligó a que abrieran paso. Carvajal al ver esto, con aire respetuoso preguntó a quién debía esta cortés protección. A lo que su antiguo camarada contestó: «¿No me conocéis?, Diego Centeno.» «Pido perdón», dijo el veterano, sarcásticamente, aludiendo a su larga huida en las Charcas, y a su reciente derrota en Huarina, «hace tanto tiempo que no veo más que vuestra espalda que había olvidado vuestro rostro»[105].

Entre el séquito del presidente se encontraba el marcial obispo de Cuzco, quien, como se recordará, había compartido con Centeno la desgracia de su derrota. Su hermano había sido apresado por Carvajal en su huida del campo y había sido inmediatamente colgado por este fiero jefe, que, como ya hemos tenido más de una ocasión de ver, no tenía respeto por las personas. El obispo le reprochó en este momento el asesinato de su hermano y, encendido por las frías respuestas, no tuvo la generosidad suficiente y le golpeó en la cara. Carvajal no hizo ningún intento de resistencia. Tampoco respondió una palabra a las preguntas que le hizo Gasca, sino que mirando en círculo a su alrededor altivamente mantuvo un desdeñoso silencio. El presidente, viendo que no se podía sacar nada más de este cautivo, ordenó que fuera puesto bajo estricta custodia junto con Acosta y otros caballeros que se habían rendido, hasta que se decidiera su destino[106].

La siguiente preocupación de Gasca fue enviar a un oficial a Cuzco para evitar que sus partidarios cometieran excesos como consecuencia de su reciente victoria, si se puede llamar victoria, cuando no se ha dado un

golpe. Todo lo que pertenecía a los derrotados, sus tiendas, armas, munición y reservas militares, pasó a ser propiedad de los vencedores. Su campamento estaba bien avituallado, proporcionando un apropiado suministro a los realistas, que prácticamente habían terminado con sus provisiones. Además había un considerable botín en forma de vajilla y dinero, ya que los hombres de Pizarro, como era cosa no muy rara en aquellos tiempos turbulentos, iban muchos de ellos a la guerra con todas sus riquezas terrenales, al no conocer ningún sitio seguro donde guardarlas. Se cuenta una anécdota de uno de los soldados de Gasca quien al ver una mula corriendo por el campo con un gran paquete a su espalda, atrapó al animal y lo montó después de haber tirado el bulto pensando que contenía una armadura o algo de menor valor. Otro soldado más astuto recogió el paquete como su parte del botín y vio que contenía ¡varios miles de ducados de oro! Era la suerte de la guerra[107].

De esta manera terminó la batalla, o mejor dicho la desbandada de Xaquixaguana. El número de los muertos y heridos, ya que algunos habían muerto en la persecución, no fue muy grande, según la mayoría de las versiones, y no pasó de quince muertos en el bando rebelde y ¡uno solo en el bando de los realistas! Y ese por el descuido de un camarada[108]. ¡Nunca hubo una victoria más barata, un final tan incruento de una fiera y sangrienta rebelión! Se ganó no tanto por la fuerza de los vencedores como por la debilidad de los vencidos. Se desmoronaron de «motu propio», porque no se apoyaban sobre una base firme. El brazo que no está animado por el sentimiento de la razón pierde la fuerza en el momento de la batalla. Fue mejor que fueran derrotados de esta manera por la fuerza moral que por el brutal recurso de las armas. Una victoria como esta estaba más en armonía con el caritativo carácter del conquistador y de su causa. Fue el triunfo del orden, el mejor homenaje a la ley y a la justicia.

Notas al pie

[70] «Y salio a la Ciudad de los Reyes, sin que Carbajal, ni alguno de los suyos supiesse por donde fue, sino que parecio encantamiento.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 22.

[71] Gasca, según Ondegardo, alimentó a su ejército durante su estancia en Jauja con los graneros peruanos del valle, ya que encontró una cantidad de maíz que todavía quedaba en ellos suficiente para varios años de consumo. Es harto extraño que estos almacenes hubieran sido respetados tanto tiempo por los hambrientos conquistadores. «Cuando el Señor Presidente Gasca passó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el Valle de Jauja, estuvo alli siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en deposito de maiz de cuatro a tres y dos años mas de 15.000 hanegas junto al camino, é alli comio la gente.» Ondegardo, *Relación Segunda*, manuscrito.

[72] Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 4.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 82-85.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Cieza de León, cap. 90.

[73] Al menos eso dice Valdivia en su carta al emperador. «I dixo publico que estimara mas mi persona que á los mejores ochocientos hombres de guerra que le pudieran venir aquella hora.» *Carta de Valdivia*, manuscrito.

[74] Zárate, manuscrito.

[75] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 90.

El viejo cronista, o mejor dicho geógrafo, Cieza de León estaba presente en la campaña, según nos cuenta, de tal manera que su testimonio, siempre bueno, tiene en el resto de los acontecimientos que siguen a continuación un valor mayor de lo habitual.

[76] Ciertamente, Valdivia dice que Gasca le encomendó todo el mando a él. «Luego me dio el autoridad toda que traia de parte de V. M. para en los casos tocantes à la guerra, i me encargó todo el exercito, i le puso baxo de mi mano rogando i pidiendo por merced de su parte á todos aquellos caballeros capitanes e gente de guerra, i de la V. M. mandándoles me obedeciesen en todo lo que les mandase acerca de la guerra, i cumpliesen mis mandamientos como los suyos» (*Carta de Valdivia*, manuscrito). Pero otras autoridades afirman, con mayor verosimilitud, lo que aparece en el texto. Valdivia, debe confesarse, no pierde nada en modestia. Toda su carta al emperador está escrita en un tono de autoglorificación, difícil de igualar, incluso para un hidalgo castellano.

[77] Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 91.

[78] *Manuscrito de Caravantes* .

[79] Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 86-87.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 5.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y*

conquista de los reinos del Perú, manuscrito.– *Manuscrito de Caravantes .– Carta de Valdivia*, manuscrito.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

80 «La gente que estaua, de la vna parte y de la otra, todos tirauan y trabajauan al poner, y apretar de las Criznejas: sin que el Presidente ni Obispos, ni otra persona quisiese tener preuilegio para dexar de trabajar.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 87.

81 «Aquel dia pasaron mas de quatrocientos Hombres, llevando los Caballos à nado, encima de ellos atadas sus armas, i arcabuces, caso que se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, i luego daban en vnas peñas, donde se hacian pedaços, sin darles lugar el ímpetu del rio, à que pudiesen nadar.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 5.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 184.

82 *Ibid.*, *ubi supra.* –Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 87.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 5.–Pedro Pizarro, *Descubrimiento y Conquista*, manuscrito.– *Manuscrito de Caravantes .– Carta de Valdivia*, manuscrito.–Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. 91.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

83 «Andaua siempre en vna mula crecida de color entre pardo y bermejo, yo no le vi en otra cabalgadura en todo el tiempo que estuuo en el Cozco antes de la Batalla de Sacsahuana. Era tan contino y diligente en solicitar lo que a su exercito congenia, que a todas horas del dia y de la noche le topauan sus soldados haziendo su oficio, y los agenos.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte I, lib. 5, cap. 27.

84 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 27.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 182.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 88.

«Finalmente, Gonçalo Pizarro dixo que queria prouar su ventura: pues siempre auia sido vencedor, y jamas vencido.» *Ibid.*, *ubi supra.*

85 «Paresceme vuestra Señoria se vaya á la vuelta del Collao y me deje cien hombres, los que yo escojiere, que yo me iré á vista deste capellan, que ansi llamaba él al presidente.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

86 Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 31.

87 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 88.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 5.– *Carta de Valdivia*, manuscrito.

La carta de Valdivia al emperador, fechada en Concepción, fue escrita unos dos años después de los hechos registrados anteriormente. La ocupan principalmente sus conquistas chilenas, de las que su campaña bajo las órdenes de Gasca, a su visita al Perú, forma una especie de brillante episodio. Esta carta, cuyo original se guarda en Simancas, ocupa unas setenta páginas de folio en la copia que tengo en mi poder. Es uno de esos documentos históricos que forma parte de los despachos y la correspondencia del gobierno colonial, que, por lo minucioso de sus detalles y los medios de

información que poseían los escritores, son del mayor valor. Los despachos dirigidos a la corte, especialmente, se pueden comparar con las célebres *Relazioni* que hacían los embajadores venecianos a su república y que felizmente están ahora en proceso de publicación en Florencia, bajo los auspicios editoriales del erudito Albèri.

88 *Carta de Valdivia*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, caps. 33-34.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 88.

89 El hecho no se menciona en ninguna de las partes presentes en estos acontecimientos. Se puede encontrar con algunas pequeñas discrepancias en Gómara (*Hitoria de las Indias*, cap. 185) y Zárate (*Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 6) y puede que la mayoría de los lectores piense que su categórico testimonio contrapese el negativo que proporciona el silencio de los otros contemporáneos.

90 «Salió á Xaquixaguana con toda su gente y allí nos aguardó en un llano junto á un cerro alto por donde bajábamos; y cierto nuestro Señor le cegó el entendimiento, porque si nos aguardaran al pie de la bajada, hicieran mucho daño á nosotros. Retiráronse á un llano junto á una ciénaga, creyendo que nuestro campo allí les acometiera y con la ventaja que nos tenian del puesto nos vencieran.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– *Carta de Valdivia*, manuscrito.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

91 «Porque muchas pelotas dieron en medio de la gente, y una dellas matò junto á Gonçalo Pizarro vn criado suyo que se estaua armando: y matò otro hombre y vn cauallo: que puso grande alteración en el campo, y abatieron todas las tiendas y toldos.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 89.– *Carta de Valdivia*, manuscrito.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

92 «I asi estuvo el Campo toda la Noche en Arma, desarmadas las Tiendas, padeciendo mui gran frio que no podian tener las Lanças en las manos.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 6.

93 «Y así quando vio Francisco de Caruajal el campo Real; pareciéndole que los esquadrones venian bien ordenados dixo, Valdiuia està en la tierra, y rige el campo, ò el diablo.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 89.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.– *Carta de Valdivia al emperador*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 6.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 34.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

94 «Iba mui galàn, i gentil hombre sobre vn poderoso caballo castaño, armado de Cota, i Coracinas ricas, con vna sobre ropa de Raso bien golpeada, i vn Capacete de Oro en la cabeça, con su barbote de lo mismo.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.

95 «Porque el Maesse de campo Francisco de Caruajal, como hombre desdeñado de que Gonaçalo Piçarro no huuiesse querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por vencido), no quiso hazer oficio de Maese de campo, como solia, y así fue a ponerse en el esquadron con su compañia, como vno de los capitanes de ynfateria.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 35.

96 *Ibid., ubi supra.*

97 «Gasca abraçò, i besò en el carrillo à Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido à Piçarro, con su falta.» Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.

98 «Ça, segun pareciò, Cepeda le huvo avisado con Fr. Antonio de Castro, Prior de Santo Domingo en Arequipa, que si Piçarro no quisiesse concierto ninguno, èl se pasaria al servicio del emperador à tiempo que le deshiciese.» *Ibid., ubi supra.*

99 «Visto por Gonzalo Pizarro i Carvajal su Maestre de Campo que se les iva gente procuraron de caminar en su orden hacia el campo de S. M. i que viendo esto los lados i sobre salientes del exercito real se empezaron á llegar á ellos i á disparar en ellos i que lo mesmo hizo la artilleria, i todo el campo con paso bien concertado i entera determinación se llegó á ellos.» *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

100 «Los Indios que tenian los enemigos que diz que eran mucha cantidad huyeron mui á furia» (*Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito). Para los detalles de la batalla, más o menos detallados, véase *Carta de Valdivia al Emperador*, manuscrito.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 35.–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.– Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 90.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 7.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 4, cap. 16.

101 «Gonçalo Piçarro bolvuiendo el rostro, a Juan de Acosta, que estaua cerca del, le dixo, que haremos hermano Juan? Acosta presumiendo mas de valiente que de discreto respondió, Señor arremetamos, y muramos como los antiguos Romanos. Gonçalo Piçarro dixo mejor es morir como Cristianos.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 36.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 7.

102 Garcilaso, *Comentarios Reales*, *ubi upra.*

103 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 90.

Los historiadores por supuesto relatan el diálogo entre Gasca y su prisionero con ciertas discrepancias. Véase Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 185.–Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 36.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

104 «Luego llevaron antel dicho Licenciado Caravajal Maestre de campo del dicho Pizarro i tan cercado de gentes que del havian sido ofencdidas que le querian matar, el qual diz que mostava que olgara que le matáran alli.» *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

105 «Diego Centeno reprehendia mucho à los que le ofendían. Por lo qual Caruajal le mirò, y le dixo, Señor quien es vuestra merced que tanta merced me haze? À lo qual Centeno respondio, Que no conoce vuestra merced a Diego Centeno? Dixo entonces Caruajal, Por Dios señor que como siempre vi à vuestra merced de espaldas que agora teniéndole de cara, no le conocia.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 90.

106 *Ibid., ubi supra.*

Es justo afirmar que Garcilaso, que conocía personalmente al obispo de Cuzco, duda de que se produjera la indecorosa conducta que le imputa Fernández, por ser incongruente con el carácter del prelado. *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 39.

107 Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 8.

108 «Temióse que en esta batalla muriria mucha gente de ambas partes por haver en ellas mill i quatrocientos arcabuceros i seiscientos de caballo i mucho numero de piqueros i diez i ocho piezas de artilleria, pero plugo á Dios que solo muió un hombre del campo de S. M. i quince de los contrarios como está dicho.» *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

Muñoz supone que el manuscrito al que nos hemos referido anteriormente fue escrito por Gasca, o mejor dicho dictado por él a su secretario. El original se conserva en Simancas sin fecha y con la escritura del siglo XVI. Está dedicado principalmente a la batalla y a los acontecimientos inmediatamente posteriores relacionados con la misma, y aunque muy breve, cada frase es de gran valor viniendo de una alta fuente. Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, manuscrito, da el título de un trabajo de la pluma de Gasca, que parecería ser una relación de su propia administración, *Historia del Perú y de su Pacificación*, 1576, fol. No he encontrado en este trabajo ninguna otra alusión al mismo.

Capítulo IV

Ejecución de Carvajal. Gonzalo Pizarro es decapitado. Espolios de la victoria. Sabias reformas de Gasca. Regreso a España. Su muerte y carácter. 1548-1550

En ese momento se hacía necesario decidir el destino de los prisioneros, y se encargó a Alonso de Alvarado junto al licenciado Cianca, uno de los miembros de la nueva Audiencia Real, que prepararan el proceso. No hizo falta mucho tiempo. La culpabilidad de los prisioneros era demasiado evidente, ya que se les había cogido con las armas en la mano. Fueron todos condenados a ser ejecutados y sus propiedades confiscadas para la Corona. Gonzalo Pizarro debía ser decapitado y Carvajal ahogado y descuartizado. No se le mostró piedad a quien no la había mostrado para los demás. Hubo algo de discusión en cuanto a aplazar la ejecución hasta la llegada de las tropas a Cuzco, pero el miedo a disturbios por parte de los partidarios de Pizarro decidió al presidente a ejecutar las sentencias al día siguiente en el campo de batalla[109].

Cuando se le comunicó su condena a Carvajal la escuchó con su habitual indiferencia. «No pueden más que matarme», dijo como si ya hubiera decidido el asunto en su mente[110]. Durante el día, muchos vinieron a verle en su encierro, algunos para reprenderle por sus crueldades, pero la mayoría por la curiosidad de ver al fiero guerrero que había hecho su nombre terrible por todo el país. No le importó hablar con ellos, aunque con esas salidas de humor cáustico que se permitía a expensas de los que le escuchaban. Entre

estos visitantes se encontraba un caballero sin importancia, cuya vida, según parece, Carvajal había salvado anteriormente cuando estuvo en su poder. Esta persona expresó al prisionero su fuerte deseo de servirle, y como reiteraba sus ofertas, Carvajal le cortó en seco exclamando: «¿Y qué servicio puedes hacerme? ¿Puedes liberarme? Si no puedes hacer eso no puedes hacer nada. Si salvé tu vida, como dices, fue probablemente porque pensé que no merecía la pena quitártela.»

Algunas personas de pía disposición le conminaron a que viera a un sacerdote, aunque solo fuera para descargar su conciencia antes de abandonar este mundo. «¿Pero de qué serviría?», preguntó Carvajal. «No tengo nada que pese sobre mi conciencia, de no ser la deuda de medio real a una bodeguera en Sevilla que me olvidé de pagar antes de abandonar el país»[111].

Fue llevado a ejecución en un capacho, o mejor dicho una cesta, arrastrada por dos mulas. Llevaba los brazos inmovilizados y a medida que empujaban su voluminoso cuerpo en este miserable medio de transporte, exclamó: «Cunas para niños y según parece también una cuna para un anciano»[112]. A pesar de lo poco dispuesto que había parecido a un confesor, iba acompañado de varios eclesiásticos en su camino a la horca y uno de estos le conminaba constantemente a que diera algún signo de contrición en este momento solemne, aunque solo fuera repitiendo el *Pater Noster* y el *Ave Maria* . Carvajal, para librarse de la persistencia de este padre espiritual, le contestó fríamente las palabras «*Pater Noster* », «*Ave Maria* ». Después mantuvo un obstinado silencio. Murió, como había vivido, con una broma, o mejor dicho con un sarcasmo en sus labios[113].

Francisco de Carvajal fue uno de los personajes más extraordinarios de esta época oscura y turbulenta, el más extraordinario por su edad; en el momento de su muerte tenía ochenta y cuatro años, una edad en la que la fuerza corporal y afortunadamente las pasiones normalmente se han atemperado. Una edad en la que, en las ingeniosas palabras del moralista francés: «Nos halagamos diciéndonos que dejamos nuestros vicios, cuando en realidad nuestros vicios son los que nos abandonan»[114]. Pero el fuego de la juventud ardía fiero e insaciable en el pecho de Carvajal.

La fecha de su nacimiento nos lleva hasta la mitad del siglo XV, antes de los tiempos de Isabel y Fernando. Su origen era oscuro y nació, según se dice, en Arévalo. Durante cuarenta años sirvió en las guerras italianas, bajo el más ilustre de los capitanes de la época, Gonzalo de Córdova, Navarro y

las Colonnas. Fue abanderado en la batalla de Rávena, presenció la captura de Francisco I en Pavía y siguió la bandera del desventurado Borbón en el saqueo de Roma. No obtuvo oro en su parte del botín, en esta ocasión, tan solo los papeles de una oficina notarial, que Carvajal astutamente pensó que le valdrían oro. Y así fue, ya que el notario accedió de buen grado a canjearlos a un precio que le permitió al aventurero cruzar los mares hasta México y buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando tuvo lugar la insurrección de los peruanos, fue enviado para apoyar a Francisco Pizarro, y este jefe le recompensó con una concesión de tierra en Cuzco. Aquí se quedó durante varios años, dedicado activamente a aumentar su fortuna, ya que el amor al lucro era una pasión dominante en su pecho. Con la llegada de Vaca de Castro, le encontramos prestando un buen servicio bajo la bandera real, y al estallar la gran rebelión bajo las órdenes de Gonzalo Pizarro, transformó su propiedad en oro y se preparó para regresar a Castilla. Parecía tener el presentimiento de que quedarse allí sería fatal. Pero, aunque intentó por todos los medios abandonar Perú, no lo consiguió, ya que el virrey había puesto un embargo a la navegación[115]. Se quedó, por tanto, en el país y tomó servicio, como hemos visto, aunque a regañadientes, bajo las órdenes de Pizarro. Era su destino.

La vida tumultuosa en la que entró a partir de este momento sacó todas las pasiones dormidas de su alma, que quizá se encontraban ahí ocultas hasta para él mismo: la crueldad, la avaricia, la venganza. Las ejercitó ampliamente en la guerra contra sus paisanos, ya que la guerra civil es proverbialmente la más sangrienta y feroz de todas. Las atrocidades registradas de Carvajal en su nueva carrera y el número de sus víctimas son difícilmente creíbles. Por honor a la humanidad esperamos creer que están exageradas enormemente, pero el hecho de que les diera pie a que surgieran basta para relegar su nombre a la infamia[116].

Incluso disfrutaba de forma diabólica, según se dice, entreteniéndose con el sufrimiento de sus víctimas, y en el momento de la ejecución ¡profería terribles bromas, que les hacía sentir de forma más profunda la amargura de la muerte! Tenía una vena socarrona, si se puede llamar así, que dejaba libre siempre que podía. La mayoría de sus salidas fueron recordadas por la soldadesca, pero en su mayor parte son de un carácter repulsivo, surgen de una mente familiarizada con el lado más débil y malvado de la humanidad y desconfiando de todos los demás. Tenía una broma para todo, para las

desgracias de los demás y para las suyas. Veía la vida como una farsa, aunque él demasiado a menudo la convirtió en una tragedia.

Se le debe reconocer a Carvajal una virtud, la de la fidelidad a su bando. Esto le hacía menos tolerante a la perfidia en los demás. Nunca se supo que mostrara merced a un renegado. Esta fidelidad sin desviación, aunque a una mala causa, puede provocar algo parecido al respeto, allí donde la fidelidad era tan escasa[117].

Como militar, Carvajal ocupa un puesto alto entre los soldados del Nuevo Mundo. Era estricto, incluso severo a la hora de aplicar la disciplina, por lo que era poco querido entre sus seguidores. Es dudoso que poseyera ingenio respecto a las combinaciones militares necesarias para dirigir la guerra a gran escala, pero en los movimientos y giros de la guerra de guerrillas no tenía rival. Dispuesto, activo y perseverante, era insensible al peligro o a la fatiga y después de días sobre la silla de montar parecía darle poco valor al lujo de una cama[118].

Conocía bien cada paso de montaña y eran tales la sagacidad y los recursos que desplegaba en sus expediciones errantes que vulgarmente se creía que le ayudaba un *familiar*[119]. Con un carácter tan extraordinario, con poderes prolongados tan por encima del tiempo habitual en los hombres y pasiones tan fieras vacilando al borde de la tumba, no era sorprendente que circularan muchas historias fabulosas sobre él, y que Carvajal estuviera rodeado de terrores misteriosos como una especie de ser sobrenatural, ¡el demonio de los Andes!

Muy diferentes eran las circunstancias que tuvieron lugar en la última escena de Gonzalo Pizarro. Por petición suya, no se permitió que nadie le visitara en su encierro. Se le oyó caminar en su tienda durante la mayor parte del día, y cuando llegó la noche, después de que Centeno le comunicara que su ejecución tendría lugar el próximo mediodía, se tumbó a descansar. No durmió mucho, sin embargo, sino que se levantó pronto y continuó recorriendo la estancia, como sumido en la meditación, hasta el amanecer. Después mandó por un confesor y se quedó con él hasta después del mediodía, sin tomar prácticamente ningún refrigerio. Los oficiales de justicia se impacientaron, pero su impaciencia fue reprochada severamente por la soldadesca, muchos de los cuales, habiendo servido bajo el estandarte de Gonzalo, estaban movidos a la piedad ante sus desgracias.

Cuando el jefe salió para la ejecución, mostró en su vestido el mismo gusto por la magnificencia y el despliegue que en días más felices. Sobre su

jubón vestía un soberbio abrigo de terciopelo amarillo, lleno de bordados de oro, mientras que su cabeza estaba protegida por una gorra de los mismos materiales, ricamente decorada del mismo modo con ornamentos de oro[120]. En su alegre atuendo montó su mula y la sentencia se llevó a cabo de forma tan relajada que se le permitió llevar sus brazos desencadenados. Fue escoltado por un buen número de sacerdotes y frailes, que mantenían levantados los crucifijos ante sus ojos al tiempo que él llevaba una imagen de la virgen en la mano. Siempre había sido objeto especial de devoción de Pizarro, tanto, de hecho, que aquellos que le conocieron mejor en su hora de prosperidad tenían cuidado, cuando tenían una petición, de hacerla en nombre de la Virgen María.

Los labios de Pizarro besaron con frecuencia el emblema de su divinidad mientras que sus ojos se hundían sobre el crucifijo en aparente devoción, sin fijarse en los objetos que le rodeaban. Al llegar al patíbulo, subió con paso firme y pidió permiso para dirigir unas pocas palabras a la soldadesca que se había reunido a su alrededor. «Hay muchos entre vosotros», dijo, «que se han hecho ricos sobre el botín de mi hermano y el mío propio. Sin embargo, de todas mis riquezas no me queda nada más que las ropas que llevo e incluso estas no son mías, sino que son propiedad del verdugo. No tengo, por tanto, medios para comprar una misa por el bien de mi alma y os imploro, por el recuerdo de los beneficios pasados, que tengáis caridad conmigo cuando me haya ido, para que os vaya bien en la hora de vuestra muerte». Un profundo silencio reinaba entre la marcial multitud, roto únicamente por los suspiros y gemidos, mientras escuchaban la petición de Pizarro, a la que respondieron fielmente, ya que después de su muerte se dijeron misas en muchas de las ciudades por el bien del caudillo ido.

Después, arrodillándose ante un crucifijo en una mesa, Pizarro se quedó unos minutos absorto rezando, después de lo cual, dirigiéndose al soldado que debía administrar justicia, le pidió con calma que «cumpliera su deber con mano firme». Rechazó que le vendaran los ojos y estirando el cuello se sometió a la espada del verdugo, quien le cortó la cabeza con un solo golpe, tan bueno, que el cuerpo se mantuvo por unos momentos en la misma postura erguida que en vida[121]. La cabeza fue llevada a Lima, donde la pusieron en una caja o armazón y después la colocaron en un poste junto a la de Carvajal. Le pusieron un cartel que rezaba: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se rebeló en Perú contra su soberano y luchó por la causa de la tiranía y la traición contra el estandarte real en el valle de

Xaquixaguana»[122]. Sus amplias posesiones, incluyendo las ricas minas de Potosí, fueron confiscadas, su mansión en Lima fue derruida, el palacio cubierto de sal y se erigió un pilar de piedra, con una inscripción prohibiendo a nadie que construyera en el lugar que había sido profanado por la residencia del traidor.

Los restos de Gonzalo no fueron expuestos a todas las indignidades que se inflingieron al de Carvajal, cuyos restos fueron colgados en cadenas en las cuatro grandes carreteras que llevaban a Cuzco. Centeno salvó el cuerpo de Pizarro de ser descuartizado, pagando al verdugo sus costosas vestiduras y en este suntuoso sudario fue enterrado en la capilla del convento de Nuestra Señora de la Merced en Cuzco. Era el mismo lugar donde, hombro con hombro, descansaban los sangrientos restos de los Almagro, padre e hijo, quienes en cierto modo habían muerto a manos de la justicia y necesitaron de la caridad privada para su entierro. Todos estos fueron entregados en este momento «a la misma tumba», dice el historiador, con cierta amargura, «como si Perú no se pudiera permitir tierra suficiente para enterrar a sus conquistadores»[123].

Gonzalo Pizarro tan solo había llegado a los cuarenta y dos años cuando murió, que era justo la mitad del tiempo que se le asignó a su seguidor Carvajal. Era el más joven de la notable familia con quien España está tan en deuda por la adquisición del Perú. Llegó al país con su hermano Francisco, al regreso de este último de su visita a Castilla. Gonzalo estuvo presente en todos los capítulos notables de la conquista. Presenció la captura de Atahualpa, participó de forma activa en la supresión de la insurrección de los incas y especialmente en la reducción de Charcas. Posteriormente comandó la desastrosa expedición al Amazonas y finalmente dirigió la memorable rebelión que terminó de forma tan desastrosa para él mismo. Hay pocos hombres cuyas vidas estén tan llenas de aventuras tan salvajes y románticas y que en su mayor parte fueran coronadas por el éxito. El espacio que ocupa en la página de la historia es totalmente desproporcionado en comparación con sus talentos. Puede achacarse en parte a la fortuna, pero más aún a esas llamativas cualidades que forman una especie de sustituto del talento mental y que le aseguraron la popularidad entre el vulgo.

Tenía una fachada rutilante, sobresalía en todas las artes marciales, buen jinete, dominaba la esgrima, manejaba la lanza a la perfección, era un tirador de primera línea con el arcabuz y añadía la destreza de ser un

excelente dibujante. Era valiente y caballeroso, incluso hasta la temeridad, cortejaba la aventura y siempre estaba frente al peligro. Era, en pocas palabras, un caballero andante en el sentido más extravagante del término, y «montado en su rocín preferido», dice alguien que le veía a menudo, «no le hacía más caso a un escuadrón de indios que a un enjambre de moscas»[124].

Al mismo tiempo que de esta manera, con sus brillantes hazañas y llamativos modales, cautivaba la imaginación de sus compatriotas, se ganaba sus corazones no menos con su franqueza marcial, su confianza en la fidelidad, de la que abusó demasiado a menudo, y su gran liberalidad, porque Pizarro, aunque avaricioso de la propiedad de los demás, era, como el conspirador romano, pródigo con lo suyo. Este era su retrato en los días más felices cuando su corazón no se había corrompido con el éxito, ya que está bien atestiguado que su prosperidad provocó más de un cambio en él. Su cabeza se aturdió con su ascensión, y es prueba de una carencia de talento igual a su éxito el hecho de que no supiera cómo aprovecharse de él. Obedeciendo los dictados de su propio juicio impulsivo, rechazó las advertencias de sus consejeros más sabios y se apoyó con confianza ciega en su destino. Garcilaso culpa de esto a la maligna influencia de las estrellas[125]. Pero el supersticioso cronista hubiera podido explicar mejor con el principio común de la naturaleza humana, con la presunción que alimenta el éxito, la locura, como el proverbio romano, o mejor dicho el griego, lo llama, con la que los dioses afligen a los hombres cuando se disponen a arruinarlos[126].

Gonzalo no tenía educación, excepto la que había adquirido en la dura escuela de la guerra. Tenía incluso poco de esa sabiduría que surge de la astucia y perspicacia personal que termina convirtiéndose en carácter. En todo esto era inferior a sus hermanos mayores, aunque les igualaba en ambición. De haber poseído una décima parte de su sagacidad, no hubiera persistido de manera loca en la rebelión, después de la llegada del presidente. Antes de este período, representaba al pueblo. Sus intereses y los suyos estaban unidos. Tenía su apoyo, porque estaba luchando por reparar sus afrentas. Cuando estas fueron reparadas por el gobierno, no había nada más por lo que luchar. A partir de ese momento, estaba luchando solo por él mismo. La gente no tenía ni parte ni intereses en la contienda. Sin una simpatía común que los uniera, ¿era de extrañar que le abandonaran como hojas en el invierno y que le dejaran expuesto y desnudo como un tronco informe ante la furia de la tempestad?

Cepeda, más criminal que Pizarro, ya que tenía tanto una educación superior como una mayor inteligencia que empleó solo para engañar a su comandante, no le sobrevivió demasiado. Había venido al país con un cargo de alta responsabilidad. Su primer paso fue traicionar al virrey a quien le habían enviado a apoyar, su paso siguiente fue traicionar a su jefe a quien fingía servir. Toda su carrera fue una traición a su propio gobierno. Su vida, una larga perfidia.

Después de su rendición, varios de los caballeros, disgustados ante el apóstata de sangre fría, intentaron persuadir a Gasca para que le ejecutara junto con su comandante, pero el presidente se negó, en consideración al destacado servicio que había prestado a la Corona con su deserción. Fue puesto bajo arresto, sin embargo, y enviado a Castilla. Allí fue acusado de alta traición. Hizo una defensa convincente y, como tenía amigos en la corte, es probable que hubiera sido absuelto, pero antes de que terminara el juicio murió en prisión. Fue la justicia retributiva que no siempre se encuentra en los asuntos de este mundo[127].

Ciertamente, sucedió que varios de aquellos que habían estado más dispuestos a abandonar la causa de Pizarro vivieron poco más que su comandante. El valiente Centeno y el licenciado Carvajal, que desertaron de él cerca de Lima y llevaron el estandarte real al campo de Xaquixaguana, ambos murieron en menos de un año después de Pizarro. Hinojosa fue asesinado tan solo dos años después en La Plata y su antiguo camarada Valdivia, después de una serie de brillantes hazañas en Chile que proporcionaron el tema más glorioso a la musa épica de Castilla, fue parado por los invencibles guerreros de Arauco. El alma de Pizarro fue ampliamente vengada.

Acosta y tres o cuatro caballeros más que se rindieron con Gonzalo fueron ejecutados el mismo día que su jefe, y Gasca, al día siguiente de la terrible tragedia, levantó su cuartel y marchó con todo su ejército a Cuzco, donde fue recibido por el diplomático pueblo con el mismo entusiasmo con el que tan recientemente habían recibido a su adversario. Encontró allí parte del ejército rebelde que se había refugiado en la ciudad después de su última derrota, donde se les puso inmediatamente bajo arresto. Por orden de Gasca se abrieron procesos contra ellos. Los principales caballeros, hasta un número de diez o doce, fueron ejecutados, otros fueron condenados al destierro o a galeras. Se dictaron los mismos severos decretos contra los que huyeron y no fueron apresados y sus propiedades fueron confiscadas. Las

propiedades de los rebeldes proporcionaron un fondo para recompensar a los leales[128]. La aplicación de la justicia podría parecer severa, pero Gasca estaba dispuesto a que la vara cayera de forma pesada sobre los que habían rechazado tan a menudo sus ofertas de perdón. La indulgencia era inútil entre la ruda y licenciosa soldadesca, que difícilmente reconocía la existencia del gobierno a menos que sintieran su rigor.

En ese momento cayó otro nuevo deber sobre el presidente, el de recompensar a sus leales seguidores, no menos difícil, como se demostró, que el de castigar a los culpables. Los candidatos eran muchos, ya que todos los que habían levantado un dedo por el gobierno reclamaban su recompensa. Insistieron en sus peticiones con clamorosa persistencia, lo que dejó perplejo al buen presidente, consumiendo cada minuto de su tiempo.

Disgustado con el infructuoso estado de cosas, Gasca decidió quitarse de encima esta molestia inmediatamente retirándose al valle de Guaynarima, a unas doce leguas de la ciudad, y allí, sopesando con tranquilidad un plan de compensación, determinó los méritos de las partes. Tan solo estaba acompañado de su secretario y de Loaysa, ahora arzobispo de Lima, un hombre con sentido y que conocía bien los asuntos del país. El presidente permaneció tres meses en esta reclusión, examinando cuidadosamente las reclamaciones que entraban en colisión y distribuyendo las confiscaciones entre las partes de acuerdo con sus respectivos servicios. Los repartimientos, debe recordarse, eran concedidos generalmente tan solo de por vida, y a la muerte del implicado revertían a la Corona para que los reasignara a su placer.

Cuando terminó con esta ardua tarea, Gasca decidió retirarse a Lima, dejando el documento de partición al arzobispo para que se lo comunicara al ejército. A pesar de todo el cuidado que se había puesto en un reparto justo, Gasca era consciente de que era imposible satisfacer las demandas de una soldadesca celosa e irritable, donde cada hombre probablemente exageraba sus propios méritos, al mismo tiempo que subestimaba los de sus camaradas y no quería exponerse a las molestias y las quejas que no servirían más que para irritarle.

A su partida, las tropas fueron reunidas por el arzobispo en la catedral para que conocieran el contenido de la lista que se le había confiado. Primero un respetable dominico, el prior de Arequipa, pronunció un discurso en el que el reverendo padre se explayaba sobre la virtud de la satisfacción y la estupidez, así como la maldad, de intentar resistirse a las

autoridades constituidas, temas, en breve, que pensó que podrían conciliar de la mejor manera la buena voluntad y la conformidad de su audiencia.

Después se leyó una carta del presidente desde el púlpito. Iba dirigida a los oficiales y soldados del ejército. El autor comenzaba con una breve exposición de las dificultades de su tarea, debido a la cantidad limitada de las gratificaciones y al gran número de servicios y de pretendientes. Había considerado de la manera más cuidadosa el asunto, dijo, e intentado asignar a cada uno lo que se merecía según sus méritos sin prejuicios y sin parcialidad. Sin duda, habría incurrido en errores, pero confiaba en que sus seguidores se los perdonarían cuando reflexionaran que lo había hecho de acuerdo con sus pobres habilidades, y confiaba en que todos le harían justicia reconociendo que no había estado influenciado por motivos de interés personal. Ofrecía un enfático testimonio de los servicios que habían prestado a la buena causa y concluía con los más afectuosos deseos de su futura prosperidad y felicidad. La carta está fechada en Guaynarima el 17 de agosto de 1548 y llevaba la sencilla firma del licenciado Gasca[129].

El arzobispo después leyó el documento que contenía las recompensas del presidente. La renta anual de las posesiones que se debían distribuir ascendía a ciento treinta mil *pesos ensayados*[130], una gran cantidad, considerando el valor del dinero en esos días, en cualquier otro país que no fuera Perú, donde el dinero era una bagatela[131].

Los repartimientos distribuidos variaban en su valor de mil a tres mil quinientos *pesos* de renta anual, todos aparentemente calculados con la mayor precisión para con los méritos de las partes. El número de los pensionistas era de doscientos cincuenta, ya que los fondos no hubieran sido suficientes para una distribución general, ni tampoco se consideró que los servicios de la mayoría valieran tal consideración[132].

El efecto que produjo el documento, sobre hombres cuyas mentes estaban llenas de las expectativas más indefinidas, fue justo el que había previsto el presidente. Fue recibido con un murmullo general de desaprobación. Incluso aquellos que habían conseguido más de lo que esperaban, estaban descontentos al comparar su situación con la de sus camaradas, a quienes pensaban mejor remunerados en proporción a sus méritos. Arremetieron especialmente contra la preferencia mostrada por los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro, como Hinojosa, Centeno y Aldana, por encima de los que siempre se habían mantenido leales a la Corona. Había cierta justificación para tal preferencia, ya que nadie había prestado un servicio tan esencial

aplastando la rebelión y eran estos servicios los que Gasca se proponía recompensar. Recompensar a cada hombre que había demostrado ser leal solo por su lealtad hubiera dividido el donativo en fracciones que no valdrían nada en absoluto[133].

Sin embargo, el arzobispo, secundado por algunos de los principales caballeros, se esforzó en vano por infundir un espíritu más comedido entre la multitud. Estos insistían en que la recompensa debía anularse y que se debía realizar una nueva sobre principios más justos, amenazando, además, con que si el presidente no lo hacía así, tomarían el asunto de la reparación en sus manos. Su descontento, fomentado por algunas personas maliciosas que pensaron que se beneficiarían, finalmente llegó al punto de amenazar con un motín y no se sofocó hasta que el comandante de Cuzco sentenció a uno de los líderes a muerte y a varios de los demás al destierro. La soldadesca de hierro de la conquista necesitaba una mano de hierro para dominarlos.

Mientras tanto el presidente continuaba su viaje hacia Lima, y por todo el camino era recibido por la gente con un entusiasmo, más grato a su corazón por sentir que era merecido. A medida que se acercaba a la capital, los leales habitantes se prepararon para darle un magnífico recibimiento. Toda la población salió fuera de las puertas, liderados por las autoridades de la ciudad, con Aldana el corregidor a la cabeza. Gasca cabalgaba en una mula, vestido con sus ropas eclesiásticas. A su derecha, transportado en un caballo ricamente protegido, iba el sello real, en una caja delicadamente tallada y decorada. Sobre su cabeza los oficiales de la municipalidad, que, vestidos de terciopelo carmesí, cabalgaban a su lado, portaban un magnífico palio de brocado. Alegres cuerpos de bailarines, vestidos con fantásticos trajes de seda alegremente teñida, seguían a la procesión, esparciendo flores y cantando versos a medida que andaban, en honor al presidente. Habían sido elegidos como representantes de las diferentes ciudades de la colonia y llevaban en sus sombreros leyendas o lemas en rima que indicaban su lealtad a la Corona, manifestando mucha más lealtad en su composición, puede añadirse, que mérito poético[134]. De esta manera, sin sonar de tambores o ruido de artillería o cualquiera de los adornos de la guerra, el buen presidente hizo su pacífica entrada en la ciudad de los Reyes, al tiempo que el aire se llenaba de aclamaciones del pueblo, que le saludaba como su «¡Padre y Libertador, el Salvador de su país!»[135].

Pero por muy grato que fuera para el corazón de Gasca este homenaje, no era un hombre que perdiera el tiempo en vanos devaneos. Ahora tan solo pensaba con qué medios erradicaría las semillas del desorden que habían prendido tan fácilmente en este fructífero suelo y cómo podía asentar la autoridad del gobierno sobre bases permanentes. En virtud de su cargo, presidía la Real Audiencia, el gran tribunal judicial y, de hecho, ejecutivo de la colonia y aceleró enormemente los asuntos que se habían acumulado con los últimos disturbios. Con el inestable estado de la propiedad, había abundante tema de litigio, pero afortunadamente la nueva Audiencia estaba compuesta por jueces hábiles y rectos, que trabajaron diligentemente con su jefe para corregir los males causados por el desgobierno de sus predecesores.

Gasca tampoco se olvidó de los desgraciados nativos y se ocupó de todo corazón de ese difícil problema, de los mejores medios para mejorar su situación. Envió unos cuantos comisionados, como visitadores a diferentes partes del país, con la tarea de inspeccionar las *encomiendas* y determinar la manera en que se trataba a los indios, conversando no solo con los propietarios, sino con los mismos nativos. También debían enterarse de la naturaleza y el alcance de los tributos que pagaban antiguamente cuando eran vasallos de los incas[136].

De esta manera se obtuvo una gran cantidad de valiosa información, que le permitió a Gasca, con la ayuda de un consejo de eclesiásticos y de juristas, preparar un sistema uniforme de imposición para los nativos, más ligero incluso que el que se les imponía en tiempos de los príncipes incas. El presidente hubiera liberado con gusto a las razas conquistadas de la obligación del servicio personal, pero al considerarlo sosegadamente se juzgó impracticable en el actual estado del país, ya que los colonos, especialmente en las regiones tropicales, querían a los nativos para realizar trabajos, y estos últimos, se sabía por experiencia, no trabajarían a no ser que se les obligase. El presidente, sin embargo, limitó la cantidad de trabajo que se les podía exigir con gran precisión, de tal manera que se prestaba en forma de un moderado impuesto personal. No se podría exigir a ningún peruano que cambiara de lugar de residencia, del clima al que estaba acostumbrado a otro, una fructífera fuente de incomodidad, así como de enfermedad en tiempos pasados. Con estas diferentes disposiciones, la situación de los nativos, aunque no tanto como había previsto el confiado filántropo Las Casas, mejoró mucho más de lo que era compatible con las

ansiosas demandas de los colonos e hizo falta toda la firmeza de la Audiencia para poner en práctica unas disposiciones tan difíciles de aceptar para estos últimos. Aun así se aplicaron. La esclavitud, en su sentido más odioso, no fue tolerada más en Perú. El término «esclavo» no era reconocido en relación con sus instituciones y el historiador de las indias hace el orgulloso alarde de que todos los vasallos indios podían aspirar al rango de hombre libre, aunque debía haberse matizado con las limitaciones que he señalado anteriormente[137].

Además de estas reformas, Gasca introdujo algunas más en el gobierno municipal de las ciudades, y otras aún más importantes en la ordenación de las finanzas y en el modo de llevar la contabilidad. Con estos y otros cambios en la economía interna de la colonia, sentó la administración sobre bases nuevas y facilitó enormemente el camino para un gobierno más seguro y ordenado de sus sucesores. Como último paso, para asegurar la tranquilidad del país una vez que lo hubiera abandonado, destacó algunos de los caballeros más ambiciosos a expediciones distantes, confiando en que apartaría a los ligeros y temerarios espíritus, que podían de otra manera juntarse y perturbar la tranquilidad pública, de la misma manera que a veces vemos las brumas, que la buena influencia del sol ha esparcido, condensarse y precipitarse en una tormenta cuando este se ha ido[138].

Gasca llevaba ya más de quince meses en Lima y casi tres años habían pasado desde que entró por primera vez en el país. En ese tiempo había logrado los grandes objetivos de su misión. Cuando desembarcó encontró la colonia en un estado de anarquía, o mejor dicho, de rebelión organizada bajo un caudillo popular y poderoso. Llegó sin fondos ni fuerzas para apoyarle. Lo primero lo consiguió a través del crédito que estableció con su buena fe, lo segundo lo ganó con la argumentación y la persuasión de las mismas personas a quienes se las había confiado su rival. De esta manera volvió las armas de este rival contra él mismo. Con una serena llamada a la razón, forjó un cambio en el corazón del pueblo y sin que costara una gota de sangre a ningún súbdito real acabó con una rebelión que había amenazado a España con la pérdida de la más rica de sus provincias. Había castigado a los culpables y en los expolios de estos encontró los medios para recompensar a los leales. Además, había gestionado tan bien los recursos del país que podía pagar el gran préstamo que había negociado con los mercaderes de la colonia para los gastos de la guerra, que pasaban de los novecientos mil *pesos de oro*[139]. Más aún, gracias a su economía había

ahorrado un millón y medio de ducados al gobierno, que durante algunos años no había recibido nada de Perú, y se propuso llevar de regreso este aceptable tesoro para llenar los cofres reales[140]. Todo esto se había realizado sin el coste de equipo o salario ni cargo alguno a la Corona excepto el de su propio gasto frugal[141]. El país se encontraba ahora en estado de tranquilidad. Gasca sintió que su trabajo estaba terminado y que era libre para gratificar su deseo natural de regresar a su tierra natal.

Antes de su partida organizó la distribución de aquellos repartimientos que habían pasado a la Corona durante el último año debido a la muerte de los titulares. La vida duraba poco en Perú, ya que aquellos que vivían por la espada, si no morían por la espada, demasiado a menudo caían pronto víctimas de las durezas propias de la carrera de aventura. Había muchos solicitantes para el nuevo botín del gobierno, y como entre ellos había algunos de los que habían quedado descontentos con la antigua repartición, Gasca se vio asediado por protestas y a veces reproches expresados en un lenguaje nada decoroso ni respetuoso. Pero estos no tenían poder para desequilibrar su ecuanimidad, pacientemente escuchó y respondió a todos en un dulce tono de reconvención calculado para hacer desaparecer la rabia, «adquiriendo», dice un viejo escritor, «más gloria real con esta victoria sobre él mismo que con todas sus victorias sobre sus enemigos»[142].

En la víspera de su partida tuvo lugar un incidente emocionante por sí mismo y honroso para las partes implicadas. Los caciques indios del territorio vecino, teniendo presente los grandes beneficios que había prestado a su pueblo, le entregaron una considerable cantidad de platos en señal de su gratitud. Pero Gasca rechazó recibirlos, aunque al hacerlo causó mucha inquietud entre los peruanos, quienes temieron haber provocado sin querer su desagrado.

Muchos de los principales colonos, también, por el mismo deseo de mostrar la consideración de sus importantes servicios, le enviaron después de que hubiera embarcado un magnífico donativo de cincuenta mil *castellanos* de oro. «Como ya había partido de Perú», dijeron, «no podía tener ninguna razón para rechazarlo». Pero Gasca estaba tan decidido en rechazar este regalo como lo había estado en el otro. «Había venido al país», recalcó, «para servir al rey, y para asegurar las bendiciones de la paz a los habitantes, y ahora que, gracias al cielo, se le había permitido conseguirlo, no deshonraría la causa con un acto que pudiera provocar sospechas sobre la pureza de sus motivos». A pesar de su rechazo, los

colonos planearon esconder la suma de veinte mil *castellanos* a bordo de su navío, con la idea de que una vez que estuviera en el país, con su misión concluida, los escrúpulos del presidente desaparecieran. Gasca ciertamente aceptó el donativo porque sintió que sería indecoroso devolverlo, pero tan solo hasta que pudiera encontrar a los familiares de los donantes, momento en el que los distribuiría entre los más necesitados[143].

Después de haber terminado con todos sus asuntos, el presidente entregó el poder, hasta la llegada de un virrey, a sus leales socios de la Real Audiencia, y en enero de 1550 se embarcó con el tesoro real en una escuadra para Panamá. Fue acompañado hasta la orilla por una numerosa multitud de habitantes, caballeros y gente común, personas de todas las edades y condiciones, que fueron para ver por última vez a su benefactor y para contemplar con ojos entrecerrados el navío que le llevaba lejos de su tierra.

Su viaje fue feliz y a principios de marzo el presidente alcanzó su puerto de destino. Permaneció allí tan solo hasta poder reunir caballos y mulas suficientes para llevar el tesoro a través de las montañas, ya que sabía que esta parte del país estaba llena de espíritus salvajes y predadores que estarían tentados de actuar violentamente sabiendo la riqueza que traía consigo. Siguiendo adelante, por tanto, atravesó el istmo y después de una fatigosa marcha llegó sano y salvo a Nombre de Dios.

La experiencia justificó sus temores. No había avanzado más de tres días, cuando una horda de rufianes, después de asesinar al obispo de Guatemala, entró en Panamá con la intención de inflingir el mismo destino al presidente y de apresar el botín. En cuanto le comunicaron las noticias a Gasca, este, con su habitual energía, reunió una fuerza y se preparó para marchar en ayuda de la capital invadida. Pero la fortuna, o para decir mejor la providencia, le fue favorable en este momento, como de costumbre, y en la víspera de su partida supo que los ciudadanos se habían enfrentado a los maleantes y los habían desbaratado con una gran matanza. Desbandando sus fuerzas, por tanto, fletó una flota de diecinueve navíos para transportarle a él y al tesoro real a España, donde llegó sano y salvo, entrando en el puerto de Sevilla, después de poco más de cuatro años desde el momento en que había partido de este mismo puerto[144].

Grande fue la sensación que provocó a lo largo del país su llegada. Los hombres apenas podían creer que una sola persona hubiera logrado resultados tan inmediatos en un tiempo tan corto, un pobre eclesiástico que

sin ayuda del gobierno, con su propia fuerza, por así decirlo, había aplastado una rebelión que había desafiado las armas de España durante tanto tiempo.

El emperador estaba ausente en Flandes. Se alegró enormemente cuando supo del éxito absoluto de la misión de Gasca y quedó no menos satisfecho con las noticias del tesoro que había traído con él, ya que el tesoro público, que raramente rebosaba, había quedado exhausto con los recientes problemas en Alemania. Carlos inmediatamente escribió al presidente, pidiéndole que se presentara en la corte para poder conocer de sus propios labios los detalles de la expedición. Gasca, por tanto, acompañado por un numeroso séquito de nobles y caballeros, ya que ¿quién no le rendiría homenaje a aquel que el rey tenía el placer de honrar?, embarcó en Barcelona y después de un viaje favorable se unió a la corte en Flandes.

Fue recibido por su real señor, quien apreció plenamente sus servicios de una manera enormemente gratificante para sus sentimientos, y poco después fue ascendido a obispo de Palencia, un reconocimiento más acorde con su carácter y con sus merecimientos. Aquí permaneció hasta 1561, momento en el que fue promovido para la vacante de Sigüenza. El resto de sus días los pasó en paz desempeñando las funciones episcopales, honrado por su soberano y disfrutando de la admiración y el respeto de sus compatriotas[145].

En su retiro seguía siendo consultado por el gobierno en cuestiones de importancia relativas a las indias. Los disturbios de esa desgraciada tierra volvieron a comenzar, aunque a una escala mucho menor que antes, poco después de la partida del presidente. Fueron causados principalmente por el descontento con los *repartimientos* y por la constancia de la Audiencia a la hora de aplicar las benevolentes restricciones en cuanto a los servicios personales de los nativos. Pero estos problemas amainaron después de muy pocos años, bajo el sabio gobierno de los Mendoza, dos virreyes sucesivos de esa ilustre casa que ha dado tantos de sus hijos para el servicio de España. Bajo su gobierno se siguió la suave aunque decidida política que Gasca había puesto como ejemplo. Las antiguas turbulencias del país fueron reparadas de forma permanente. Con la paz, la prosperidad regresó a las fronteras de Perú y la conciencia de los benefactores resultados de sus trabajos bien podían proyectar un rayo de satisfacción, igual que lo hizo de gloria, sobre el ocaso de la vida del presidente.

Esa vida llegó a su fin en noviembre de 1567, a una edad, probablemente, no muy lejana de la que estableció el escritor sacro como el fin de su existencia humana[146]. Murió en Valladolid y fue enterrado en esa misma ciudad en la iglesia de Santa María Magdalena, que él mismo había construido y dotado liberalmente. Su monumento, copado por una efigie esculpida de un sacerdote en sus hábitos, todavía puede verse allí, atrayendo la admiración del viajero por la belleza de su realización. Las banderas que se habían tomado a Gonzalo Pizarro en el campo de Xaquixaguana fueron colgadas sobre su tumba, como trofeos de su memorable misión en Perú[147]. Las banderas hace ya mucho tiempo que han quedado reducidas a polvo, al igual que los restos del que descansaba bajo ellas, pero la memoria de sus buenas acciones perdurará para siempre[148].

Gasca como persona era sencillo y su rostro estaba lejos de ser hermoso. Era torpe y mal proporcionado, ya que sus miembros eran demasiado largos para su cuerpo, de tal manera que cuando cabalgaba parecía mucho más bajo de lo que realmente era[149]. Su vestimenta era humilde, sus modales sencillos y no había nada imponente en su presencia. Pero en un contacto más cercano revelaba un encanto en su forma de hablar que borraba cualquier impresión negativa que produjera su apariencia externa y que se ganaba los corazones de sus oyentes.

Puede pensarse que el carácter del presidente ya ha quedado lo suficientemente retratado en la historia que se ha dado de su vida. Presentaba una combinación de cualidades que generalmente se neutralizan las unas a otras, pero que estaban mezcladas en tales proporciones en él, que le otorgaban una fuerza adicional. Era amable aunque decidido, intrépido por naturaleza y, sin embargo, prefería confiar en las artes más dulces de la política. Era frugal en sus gastos personales y economizaba en los gastos públicos; sin embargo, no preocupándose por acumular riquezas propias, nunca escatimaba su generosidad cuando el bien público lo requería. Era benevolente y tolerante, por tanto, podía tratar de forma dura al criminal impenitente; humilde en su comportamiento, sin embargo, con todo el respeto a uno mismo que surge de la rectitud consciente de propósito; modesto y poco pretencioso, y aun así no se encogía ante las grandes empresas; delegaba enormemente en otros y, sin embargo, en última instancia confiaba principalmente en sí mismo; se movía de manera reflexiva, esperando pacientemente su momento, pero cuando este llegaba era intrépido, dispuesto y decisivo.

Gasca no era un hombre de genio, en el sentido vulgar del término. Al menos ninguno de sus potenciales intelectuales parece haberse desarrollado de forma extraordinaria más allá de lo que se encuentra en otros. No era un gran escritor, ni un gran orador, ni un gran general. No intentaba serlo tampoco. Encargó el cuidado de los asuntos militares a hombres militares, de los eclesiásticos a los clérigos, y los asuntos civiles y judiciales los puso en manos de los miembros de la Audiencia. No era uno de esos pequeños grandes hombres que aspiran a hacerlo todo ellos mismos, con la convicción de que nadie puede hacerlo mejor que ellos. Sin embargo, el presidente era un agudo juez del carácter. Cualquiera que fuera el puesto, elegía al mejor hombre para ocuparlo. Hizo aún más. Se aseguró la fidelidad de sus agentes, presidía sus deliberaciones, dictaba una línea general de política y después infundía un espíritu de unidad a sus planes que les hacía moverse a todos en concierto para lograr un gran resultado único.

Un rasgo distintivo de su mente era su sentido común, el mejor sustituto del genio en un gobernante que tiene los destinos de sus compatriotas en sus manos y más indispensable que el mismo genio. En Gasca, las diversas cualidades estaban fundidas con tal armonía que no había sitio para el exceso. Parecían regularse unas a otras. Mientras que su compasión por la humanidad le enseñaba la naturaleza de sus necesidades, su razón le sugería hasta qué punto se podían aliviar, así como la mejor manera de lograrlo. No gastaba fuerzas en planes ilusorios de benevolencia, como Las Casas, pero, por otra parte, tampoco aceptaba la política egoísta de los colonos. Aspiraba a lo realizable, al mejor bien realizable.

Para lograr sus objetivos, rechazaba la fuerza al igual que el fraude. Confiaba para el éxito en su poder sobre las convicciones de sus oyentes y la fuente de ese poder era la confianza que inspiraba su propia integridad. Entre todas las calumnias de las facciones nunca se pronunció una sola imputación sobre la integridad de Gasca[150]. No es de extrañar que una virtud tan extraña fuera tan apreciada en Perú.

Hay algunos hombres cuyo carácter está tan maravillosamente adaptado a la concreta crisis en la que surgen, que parece que la providencia los hubiera ideado especialmente. Tal fue el caso de Washington en nuestro propio país y de Gasca en Perú. Podemos pensar en personas concretas con mayores cualidades, al menos cualidades intelectuales superiores, que las que poseían estos grandes hombres. Pero fue la maravillosa adaptación de su personalidad a las exigencias de la situación, la perfecta adaptación de

los medios al fin, lo que constituía el secreto de su éxito, lo que permitió a Gasca derrotar de forma tan gloriosa la revolución y a Washington lograrla de forma aún más gloriosa.

Desde el primer momento la conducta de Gasca en las colonias proporciona la mejor ilustración de su carácter. De haber venido respaldado por un despliegue militar o siquiera investido con la parafernalia de la autoridad, todos los corazones y todas las manos se le hubieran cerrado. Pero el humilde eclesiástico no provocó ningún temor y sus enemigos estaban ya desarmados antes de que hubiera comenzado sus acercamientos. De haber escuchado Gasca, impaciente ante la tardanza de Hinojosa, las sugerencias de aquellos que le proponían su detención, hubiera puesto su causa en peligro con este pronto despliegue de violencia. Pero sabiamente escogió ganarse a su enemigo intentando convencerle.

De igual manera esperó a que llegara su momento para entrar en Perú. Permitió que sus comunicados hicieran su trabajo en la mente del pueblo y tuvo cuidado de no asestar el golpe con la hoz antes de que la cosecha estuviera madura. De esta manera, dondequiera que fuera, todo estaba preparado para su llegada, y cuando puso pie en Perú, el país ya era suyo.

Después de los oscuros y turbulentos espíritus de los que nos hemos ocupado hasta este momento, es refrescante explayarse sobre una personalidad como la de Gasca. En la larga procesión que ha pasado bajo nuestra revisión, hemos visto tan solo caballeros cubiertos de cotas, blandiendo su sangrienta lanza y montados en sus caballos de guerra, cabalgando sobre los indefensos nativos o batallando con sus propios amigos y hermanos, fieros arrogantes y crueles, azuzados solo por el ansia de oro o el amor poco más honroso de una gloria bastarda. Ciertamente, mezclado con estas cualidades hemos visto chispas del temperamento caballeresco y romántico propio de la época heroica de España. Pero con algunas honrosas excepciones, era la escoria de su caballería la que se dirigió a Perú y sirvió bajo la bandera de los Pizarro. Cerrando esta gran formación de guerreros de hierro, contemplamos a los pobres y humildes misioneros que llegaban a la tierra en un peregrinaje de piedad y que en todos los sitios proclamaban las felices nuevas de paz. Ninguna trompeta de guerra anunciaba su llegada, ni se puede seguir su rastro por los gemidos de los heridos y de los moribundos. Los medios que empleaban estaban en perfecta armonía con sus fines. Sus armas eran la argumentación y la suave persuasión. Era la razón lo que querían conquistar, no el cuerpo. Se abría

camino con la convicción no con la violencia. Era una victoria moral a la que aspiraban, más potente y feliz, más permanente, que la del conquistador manchado de sangre. A medida que llegaban a sus grandes resultados con calma e imperceptiblemente, por así decirlo, nos recuerdan al modo lento e imperceptible en que la naturaleza obra los grandes cambios en el mundo material que perdurarán aun cuando los estragos del huracán hayan pasado y hayan quedado olvidados.

Con la misión de Gasca termina la historia de la conquista de Perú. Ciertamente, la conquista termina estrictamente cuando se sofocó la revuelta peruana, cuando la fuerza, si no el espíritu de la raza inca quedó destruido para siempre. El lector, sin embargo, puede sentir una curiosidad natural por seguir hasta el final el destino de la destacable familia que consiguió la conquista. Tampoco quedaría completa la historia de la misma invasión sin un relato de las guerras civiles que surgieron de ella, que sirven además como comentario moral sobre los eventos precedentes, mostrando que el abuso de las fieras y desenfrenadas pasiones recae sin remisión más tarde o más temprano, incluso en esta vida, sobre las cabezas de los culpables.

Es cierto que los problemas del país se reanudaron al partir Gasca. Las aguas habían estado revueltas de forma demasiado terrible como para que se apaciguaran inmediatamente, pero poco a poco amainaron bajo el comedido gobierno de sus sucesores, quienes sabiamente se aprovecharon de su política y ejemplo. De esta manera la influencia del buen presidente permaneció tras haberse retirado del escenario de sus esfuerzos, y Perú, tan revuelta hasta ese momento, continuó disfrutando de una paz tan grande y tan larga como cualquier parte del imperio colonial de España. Con la benevolente misión de Gasca, por tanto, se le puede permitir al historiador de la conquista que termine su trabajo, con sentimientos parecidos a los del viajero que, después de haber viajado durante mucho tiempo entre bosques sombríos y peligrosos desfiladeros de las montañas, finalmente desemboca en un paisaje agradable sonriente con tranquilidad y paz.

Agustín de Zárate (una autoridad altamente respetable, que he citado con frecuencia en la última parte del trabajo) fue *Contador de Mercedes* para Castilla. Desempeñó este cargo durante quince años, después de lo cual el gobierno le envió a Perú para inspeccionar el estado de las finanzas

coloniales, que había quedado enormemente perturbado por los recientes problemas, y para ponerlas, dentro de lo posible, en orden.

Zárate partió, por tanto, en el séquito del virrey Blasco Núñez, y gracias a las pasiones de su imprudente superior se vio involucrado poco después de su llegada en los inextricables embrollos de la contienda civil. En el enfrentamiento que siguió se mantuvo del lado de la Audiencia Real y a la llegada de Gonzalo Pizarro a Lima le encontramos en esta capital, en el momento en que Zárate fue comisionado por los jueces para presentarse ante el jefe insurgente y pedirle que disolviera sus tropas y se retirara a sus posesiones. El historiador realizó la misión, que parece no haberle hecho mucha gracia y que ciertamente no estaba exenta de peligro. A partir de este momento apenas oímos nada de él a lo largo de las turbulentas escenas que siguieron. Probablemente no participó en los asuntos más de lo que las circunstancias le obligaban a actuar, pero la orientación poco favorable de sus comentarios sobre Gonzalo Pizarro da a entender que, por mucho que pudiera estar descontento con la conducta del virrey, no apoyó en ningún momento las ambiciones delictivas de su rival. Ciertamente los tiempos eran poco propicios para llevar a cabo las reformas financieras para las que Zárate había viajado a Perú. Aun así mostró una devoción tan auténtica por los intereses de la Corona, que el emperador, a su regreso, expresó su satisfacción haciéndole superintendente de finanzas de Flandes.

Poco después de su llegada a Perú, parece haber concebido la idea de dar a conocer a sus compatriotas en casa los conmovedores acontecimientos que habían sucedido en la colonia, que además proporcionaban algunos pasajes impactantes para el estudio del historiador. A pesar de recabar, con este propósito, notas y diarios, como nos cuenta, no se atrevió a utilizarlos hasta su regreso a Castilla. «Porque haber comenzado la historia en Perú», dice, «hubiera sido suficiente para poner mi vida en peligro, ya que cierto comandante, llamado Francisco de Carvajal, amenazó con vengarse de cualquiera que se atreviera a hacer una relación de sus hazañas, que merecían mucho más ser condenadas al olvido que quedar registradas en papel». En este comandante el lector reconocerá inmediatamente al lugarteniente de Gonzalo Pizarro.

A su regreso, Zárate se dispuso a compilar su trabajo. Su primer propósito fue ceñirse a los acontecimientos que siguieron a la llegada de Blasco Núñez, pero pronto descubrió que para que estos fueran comprensibles debía llevar la historia al principio de sus orígenes. Consecuentemente, aumentó su plan y, comenzando desde el descubrimiento de Perú, dio una visión completa de la conquista y la posterior ocupación del país, llevando la narración hasta el fin de la misión de Gasca. Para la primera parte de la historia, se apoyó en las relaciones de personas que habían tenido una participación principal en los acontecimientos. Trata esta parte de forma más sumaria que aquella en la que él mismo es tanto espectador como protagonista, donde, considerando las ventajas que su posición le daba para la información, su testimonio es del más alto valor.

Alcedo en su *Biblioteca Americana*, manuscrito, habla del trabajo de Zárate diciendo que «contiene mucho que es bueno pero que no merece el elogio de la exactitud». Escribió bajo la

influencia del calor de su partido, lo que necesariamente desvía la mente más justa de su inclinación natural. Por esto debemos ser indulgentes a la hora de examinar las versiones de las partes en conflicto. Pero en este caso no parece haber intención de retorcer la verdad para apoyar su propia causa, y el acceso que tenía a las mejores fuentes de conocimiento a menudo nos proporciona detalles que no están al alcance de otros cronistas. Su narración está condimentada además con sensatas reflexiones y comentarios casuales, que abren vías de luz en los oscuros pasajes de este período lleno de acontecimientos. Sin embargo, el estilo del autor tan solo puede aspirar a moderados elogios respecto a la elegancia y la exactitud, al tiempo que las frases alcanzan esa tediosa e interminable longitud propia de las parlanchinas composiciones del auténtico cronista de otros tiempos.

Las personalidades, que más o menos por necesidad aparecían en un trabajo como este, llevaron a su autor a echarse atrás a la hora de publicarlo, al menos en vida. Para el celoso espíritu del caballero castellano dice «la censura, por muy ligera que sea, se contempla con indignación e incluso aquel que es elogiado raramente considera satisfactorio el elogio». Y expresa su convicción de que hacen bien quienes dejan que el relato de su propia época que han realizado quede en manuscrito, hasta que la generación que se ve afectada por el mismo haya pasado. Su propio manuscrito, sin embargo, fue entregado al emperador y recibió tal recomendación de la autoridad real, que Zárate, sacando más coraje, consintió en darlo a la imprenta. Apareció, por tanto, en Amberes en 1555, en octava, y una segunda edición se imprimió en Sevilla en 1577. Desde entonces se ha incorporado a la valiosa colección de Barcia y por mucha indignación o disgusto que provocara entre los contemporáneos que se sintieron dolidos por la censura del autor, o que se sintieron defraudados de su legítimo galardón, el trabajo de Zárate ha tenido una importancia permanente entre las autoridades más respetables para la historia de la época.

El nombre de Zárate sugiere naturalmente el de Fernández, ya que ambos trabajaron en el mismo campo de la historia. Diego Fernández de Palencia, o *Palentino* como se le llama normalmente por su lugar de nacimiento, llegó a Perú y sirvió como soldado raso en el ejército real que se reunió para luchar contra las insurrecciones que surgieron tras el regreso de Gasca a Castilla. Entre sus ocupaciones militares, encontró tiempo libre para recopilar materiales para una historia del período, a la que fue posteriormente animado por el virrey Mendoza, marqués de Cañete, quien le otorgó, según nos cuenta él mismo, el puesto de cronista de Perú. Esta muestra de confianza en su capacidad literaria sugiere mayores logros en Fernández de los que se pueden deducir a partir de la humilde posición que ocupaba. Con los frutos de sus investigaciones el soldado cronista regresó a España y después de un tiempo terminó su narración sobre la insurrección de Girón.

El presidente del Consejo de Indias vio el manuscrito y le agradó tanto la realización que le animó a que escribiera un relato, en el mismo estilo, sobre la rebelión de Gonzalo Pizarro y de la administración de Gasca. El historiador fue estimulado además, como menciona en su dedicatoria a Felipe II, con la promesa de una recompensa de este monarca al terminar sus trabajos, una promesa muy justa además de diplomática, pero que inevitablemente sugiere una influencia no demasiado

favorable sobre la imparcialidad histórica. Tampoco se encontrará una influencia así contrastándolo con la verdad, ya que al tiempo que la narración de Fernández muestra al lector con esmero la causa real desde el punto de vista más favorable, hace poca justicia a las reclamaciones del bando opuesto. Ciertamente sería difícil encontrar una apología de la rebelión en las páginas de un asalariado real, pero siempre hay circunstancias atenuantes que, por mucho que condenemos el delito, sirven para rebajar nuestra indignación hacia el culpable. Estas circunstancias no se encontrarán en las páginas de Fernández. Es desgraciado para el historiador de estos acontecimientos el que sea tan difícil encontrar a alguien dispuesto a la imparcialidad ante las reclamaciones de un rebelde fracasado. Sin embargo, el inca Garcilaso no ha evitado hacerlo en el caso de Gonzalo Pizarro e incluso Gómara, a pesar de vivir a la sombra, o mejor dicho a la luz, de la corte, se ha atrevido de vez en cuando a una generosa protesta en su favor.

El apoyo que de esta manera ofrecieron a Fernández las más altas instancias le abrió las mejores fuentes de información, al menos en el bando que apoyó al gobierno en la contienda. Además de la comunicación personal con los líderes realistas, tuvo acceso a su correspondencia, sus diarios y documentos oficiales. Se aprovechó laboriosamente de estas oportunidades y su narración, tomando la historia de la rebelión desde su nacimiento, continúa hasta su fin y el término de la administración de Gasca. De esta manera la primera parte de su trabajo, como se llamó en este momento, se llevaba hasta el comienzo de la segunda y todo el conjunto ofrecía una imagen unitaria de los tumultos de la nación hasta que se introdujo un nuevo orden de cosas y se estableció una tranquilidad permanente en todo el país.

El lenguaje es lo suficientemente sencillo, sin aspirar a bellezas retóricas que están fuera del alcance de su autor, pero no tanto como el carácter simple de la crónica. Las frases están dispuestas con más arte que en la mayoría de las pesadas composiciones de la época y, al tiempo que no hay intento de erudición o de especulación filosófica, los acontecimientos fluyen de manera ordenada, tolerablemente prolijos, ciertamente, pero dejando una impresión clara y comprensible en la mente del lector. Esto ha hecho que los compiladores posteriores hayan acudido a ella, como una inagotable reserva para sus propias páginas, un hecho que bien puede dar un testimonio de la fidelidad general, así como de lo completo, de la narración. La crónica de Fernández, organizada en dos partes, bajo el título genérico de *Historia del Perú*, fue entregada al mundo en vida del autor en Sevilla en 1571, en un volumen tamaño folio, que ha sido la edición utilizada en la preparación de este trabajo.

Notas al pie

[109] La sentencia de Pizarro aparece completa en la copia manuscrita de la *Historia* de Zárate, a la que he tenido más de una oportunidad de referirme. El historiador la omitió en su trabajo impreso.

[110] «Basta matar.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 91.

[111] «En eso no tengo que confesar: porque juro á tal, que no tengo otro cargo, si no medio real que deuo en Seuilla à vna bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que passè a Indias.» *Ibid., ubi supra.*

[112] «Niño en cuna, y viejo en cuna.» *Ibid., ubi supra.*

[113] «Murio como gentil, porque dicen, que yo no le quise ver, que ansí le dí la palabra de no velle; mas á la postrer vez que me habló llevándole á matar le decia el sacerdote que con él iba, que se encomendase á Dios y dijese el Pater Noster y el Ave María, y dicen que dijo Pater Noster, Ave María, y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[114] Cito de memoria, pero creo que la reflexión se puede encontrar en ese admirable compendio de sabiduría mundana, *The Characters* de La Bruyère.

[115] Pedro Pizarro da testimonio de los intentos de Carvajal por abandonar el país en los que fue ayudado, aunque de forma infructuosa, por el cronista, quien se encontraba en ese momento en las mejores relaciones con él. La guerra civil separó a estos antiguos camaradas, pero Carvajal no se olvidó de los favores que le debía a Pedro Pizarro, pagándole con la libertad posteriormente, en dos ocasiones distintas, de la condena general de los prisioneros en sus manos.

[116] De las trescientas cuarenta ejecuciones, según Fernández, trescientas fueron de Carvajal (*Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 91). Zárate las aumenta a quinientas (*Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. I). La discrepancia muestra lo poco que se puede confiar en la precisión de tales cálculos.

[117] Ciertamente la fidelidad es una de las muchas virtudes que Garcilaso destaca de Carvajal, quien considera la mayoría de los relatos de crueldad y avaricia que circulaban sobre el veterano, así como la dura frivolidad que se le imputó en sus últimos momentos, como invenciones de sus enemigos. El cronista indio era un niño cuando Gonzalo y su caballería ocuparon Cuzco, y el agradable trato que recibió de ellos debido, sin duda, a la posición de su padre en el ejército rebelde lo ha pagado bien, pintando sus retratos con los colores más favorables en los que aparecían en su imaginación. Pero el charlatán anciano ha registrado varias atrocidades separadas en la carrera de Carvajal, que forman un comentario diferente a la corrección de sus afirmaciones generales relacionadas con su carácter.

[118] «Fue maior sufridor de trabajos, que requeria su edad, porque à maravilla se quitaba las Armas de Dia, ni de Noche, i quando era necesario, tampoco se acostaba, ni dormia mas de quanto recostado en vna Silla, se le cansaba la mano en que arrimaba la Cabeça.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 5, cap. 14.

[119] Pedro Pizarro, quien parece haber tenido sentimientos bastante amistosos hacia Carvajal, resume así en unas palabras su carácter. «Era mui lenguaz: hablaba mui discreptamente y á gusto de los que le oian: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra [...] Este Carvajal era tan sabio que decian que tenia familiar.» *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.

[120] «Al tiempo que lo mataron, diò al Verdugo toda la Ropa, que traìa que era mui rica, i de mucho valor, porque tenia vna Ropa de Armas de Terciopelo amarillo, casi toda cubierta de Chaperia de Oro, i vn Chapeo de la misma forma.» Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 8.

[121] «El verdugo», dice Garcilaso, con un símil más expresivo que elegante, «hizo su trabajo tan limpiamente ¡como si hubiera estado cortando la cabeza a una lechuga!». «De vn reues le cortò la cabeça con tanta facilidad, como si fuera vna hoja de lechuga, y se quedò con ella en la mano, y tardò el cuerpo algun espacio en caer en el suelo.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 43.

[122] «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguana, donde dió batalla campal contra el estandarte real queriendo defender su traicion e tirania: ninguno sea osado de la quitar de aqui so pena de muerte natural.» Zárate, manuscito.

[123] «Y las sepolturas vna sola auiendo de ser tres: que aun la tierra parece que les faltò para auer los de cubrir.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 43.

Para los trágicos detalles de las páginas precedentes, véase caps. 39-43.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.– *Carta de Valdivia*, manuscrito.– *Manuscrito de Caravantes* .–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 186.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 91.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 8.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 4, cap. 16.

[124] «Quando Gonçalo Pizarro, que aya gloria, se veya en su zainillo, no hazia mas caso de esquadrones de Indios, que si fueran de moscas.» Garcilaso, parte 2, lib. 5, cap. 43.

[125] «Dezian que no era falta de entendimiento, pues lo tenia bastante, sino que deuia ser obra de influencia de sifnos y planetas, que le cegauan y forcauan a que pusiese la garganta al cuchillo.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 33.

[126] «Οταγ δε Δαμων ανορι πορσυν κακα
Τον νουν εβλαψε πρωτον.»

Eurípides, *Fragmenta.*

127 El astuto abogado preparó una argumentación tan convincente en su propia justificación que Illescas, el célebre historiador de los papas, declara que todo aquel que la leyera con detenimiento, saldría de la lectura con la completa convicción de la inocencia del escritor y de su inalterable lealtad a la Corona. Véase el párrafo citado por Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 6, cap. 10.

128 Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.– Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 91.– *Carta de Valdivia*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 8.– *Relación del Licenciado Gasca*, manuscrito.

129 *Manuscrito de Caravantes* .–Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, manuscrito.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 92.

130 El peso ensayado, según Garcilaso, tenía un quinto más de valor que el ducado castellano. *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 6, cap. 3.

131 «Entre los caballeros capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasion repartió el Presidente Pedro de la Gasca 135.000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millon y tantos mil pesos, como dize Diego Fernández, que escribió en Palencia estas alteraciones, y de quien lo tomó Antonio de Herrera: y porque esta ocasion fué la segunda en que los beneméritos del Pirú fundan con razon los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguro la corona de Castilla las provincias mas ricas que tiene en America, pondré sus nombres para que se conserbe con certeza su memoria como pareza en el auto original que proveyó en el asiento de Guainarima cerca de la ciudad del Cuzco en diez y siete de Agosto de 1548, que está en los archivos del govierno.» *Manuscrito de Caravantes* .

La suma mencionada en el texto, dividida así entre el ejército, queda muy lejos de la que afirman Garcilaso, Fernández, Zárate y ciertamente todos los demás escritores que escriben sobre el tema, ninguno de los cuales la calcula en menos de un millón de *pesos* . Pero Caravantes, de quien he tomado el dato, copia del acta original de repartición guardada en los archivos reales. Sin embargo, Garcilaso de la Vega debía estar bien informado del valor de estas propiedades que, según él, excedía con mucho el cálculo que da esta cédula. Así, por ejemplo, Hinojosa, dice él, obtuvo del reparto de tierras y ricas minas que se le asignó de las propiedades de Gonzalo Pizarro de no menos de 200.000 *pesos* anualmente, al mismo tiempo que Aldana, el licenciado Carvajal y otros obtuvieron posesiones que les proporcionaban entre 10.000 y 50.000 *pesos (ibid., ubi supra).* Es imposible reconciliar las enormes discrepancias. Parece que no hubiera suma que pareciera demasiado grande para la credulidad del antiguo cronista, y la imaginación del lector queda tan completamente desconcertada con las riquezas de este El Dorado, que es difícil de ajustar su fe mediante cualquier estándar de probabilidad.

132 Caravantes ha trascrito del acta original un catálogo completo de los pensionistas, con la cantidad de las sumas adjunta a cada uno de los nombres.

133 El presidente encontró un ingenioso medio de remunerar a varios de sus seguidores otorgándoles la mano de las viudas de los caballeros que habían perecido en la guerra. Las inclinaciones de las damas no parecen haber sido siempre consultadas en este diplomático arreglo. Véase Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 6, cap. 3.

134 Fernández ha reunido estas flores de la poesía colonial, que prueban que los viejos conquistadores eran mucho más expertos con la espada que con la pluma. *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 93.

135 «Fue recibimiento mui solemne, con universal alegria del Pueblo, por verse libre de Tiranos; i toda la Gente, à voces, bendecia al Presidente, i le llamaban: Padre, Restaurador, i Pacificador, dando gracias à Dios, por haver vengado las injurias hechas à su Divina Magestad.» Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 4, cap. 17.

136 «El Presidente Gasca mando visitar todas las provincias y repartimientos deste reyno, nombrando para ello personas de autoridad y de quien se tenia entendido que tenian conocimiento de la tierra que se les encargavan, que ha de ser la principal calidad, que se ha buscar en la persona, a quien se comete semejante negocio después que sea Cristiana: lo segundo se les dio instruccion de lo que hauian de averiguar, que fueron muchas cosas: el numero, las haciendas, los tratos y granjerías, la calidad de la gente y de sus tierras y comarca, y lo que davan de tributo.» Ondegardo, *Relación Primera*, manuscrito.

137 «El Presidente, i el Audiencia dieron tales ordenes, que este negocio se asentò, de manera, que para adelante no se platicò mas este nombre de Esclavos, sino que la libertad fue general por todo el Reino.» Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 5, cap. 7.

138 *Manuscrito de Caravantes* .–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 187.–Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, caps. 93-95.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 10.

139 «Recogió tanta suma de dinero, que pagò novecientos mil pesos de Oro, que se hallò haver gastado, desde el Dia que entrò en Panamá, hasta que se acabò la Guerra, los quales tomò prestados.» Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 5, cap. 7.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 10.

140 «Aviendo pagado el Presidente las costas de las guerra que fueron muchas, remitió á S. M. y lo llevó consigo 264.422 marcos de plata, que á seis ducados valieron I million 588.332 ducados.» *Manuscrito de Caravantes* .

141 «No tubo ni quiso salario el Presidente Gasca sino cedula para que á un mayordomo suyo diosen los Oficiales reales lo necesario de la real Hacienda, que como pareze de los quadernos de su gasto fué muy moderado» (*Manuscrito de Caravantes*). Parece ser que Gasca fue muy exacto a la

hora de llevar las cuentas de sus desembolsos tanto para sus gastos como los de su casa, desde el momento en que embarcó para las colonias.

142 «En lo qual hizo mas que en vencer y ganar todo aquel Imperio: porque fue vencerse así propio.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 6, cap. 7.

143 Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 95.

144 *Manuscrito de Caravantes* .–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 183.–Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. I, cap. 10.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 13.–Herrera, *Historia General*, dec. 8, lib. 6, cap. 17.

145 *Ibid., ubi supra .– Manuscrito de Caravantes* .–Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 182.–Fernández, *Historia del Perú*, parte 2, lib. I, cap. 10.–Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, lib. 7, cap. 13.

146 No he encontrado ninguna noticia del año en que nació Gasca, pero una inscripción en su retrato en la sacristía de Santa María Magdalena en Valladolid, de donde se ha tomado el grabado, afirma que murió en 1567, a la edad de setenta y uno. Esto es perfectamente coherente con la época de su vida a la que había llegado cuando lo encontramos en Salamanca en el año 1522.

147 «Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la Iglesia de la advocación de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad, donde se pusieron las vanderas que ganó á Gonzalo Pizarro.» *Manuscrito de Caravantes* .

148 La memoria de sus logros no se ha dejado únicamente al cuidado del historiador. Hace tan solo unos años que el carácter y la administración de Gasca se convirtió en el tema principal de un elaborado panegírico de uno de los más distinguidos estadistas del parlamento británico (véase el *discurso de Lord Broughman sobre el maltrato de las colonias de América del Norte*, febrero de 1838). El ilustrado español de nuestros días que contempla con pena los excesos cometidos por sus compatriotas en el siglo XVI en el Nuevo Mundo puede sentir un honesto orgullo por el hecho de que dentro de esta compañía de espíritus oscuros se encontrara alguien hacia quien la actual generación pudiera volverse como el más brillante modelo de integridad y sabiduría.

149 «Era muy pequeño de cuerpo con estraña hechura, que de la cintura abaxo tenia tanto cuerpo, como qualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenia vna tercia. Andando a cauallo parescia a vn mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo: pero lo que la naturaleza le nego de las dotes del cuerpo, se lo doblò en los del animo.» Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 2, lib. 5, cap. 2.

150 «Fue tan recatado y estremado en esta virtud, que puesto que de muchos quedò mal quisto, quando del Perú se partio para España, por el repartimiento que hizo: con todo esso, jamas nadie dixo del, ni sospechò; que en esto, ni otra cosa, ovuiesse mouido por codicia.» Fernández, *Historia del Perú*, parte I, lib. 2, cap. 95.